L O S M U T A N T E S

por

Alexandre GROTHENDIECK

NOTA DEL TRADUCTOR

El comienzo de una página en el original francés se indica con un rombo, y al margen figura su numeración. En las numerosas referencias internas del texto se usa siempre esta numeración original.

En las referencias a *Cosechas y Siembras* se usa la paginación del texto original francés, que también se incluye en la primera edición francesa de *Récoltes et Semailles*, a cargo de la editorial *Gallimard* en 2022.

1. Fujii Guruji

    58. ¿Quién es "yo"? – o la dimisión
    59. La fuerza de la humildad
    60. Fujii Guruji (1) – o el sentido de lo esencial
    61. Fujii Guruji (2) – o el don
    62. Que nuestra oración sea canto...
    63. Los visitantes sin equipaje
    64. Filiación y crecimiento de una misión (Nichiren y Guruji)
    65. El balance de la fe – o las vías secretas
    66. El encuentro – o el don de atención (Gandhi y Guruji)

2. Gandhi

    67. El Mahatma de uniforme – u homenaje al no-soldado desconocido
    68. Las dos grandezas – o la epopeya y la verdad
    69. De las armas y del silencio – o la caída del telón
    70. La ejecución del soldado Solvic[1] – o el crimen de los justos
    71. El santo y sus flaquezas – o la paradoja del mutante
    72. "Formación humana" – ¡y "Solución final"!
    73. Todos los hombres son falibles – o la ruptura

3. Walt Whitman y sus amigos

    74. Richard Maurice Bucke – o el profeta de la "*otra* realidad"
    75. Tiempos de muletas y tiempo de caminar (E. Carpenter y M. Légaut)
    76. Walt Whitman (1) – o boda de un poeta
    77. Walt Whitman (2) – o Eros y la Unión Mística
    78. Dos Prometeos para una Misión – o perros, gatos y hombres
    79. Ramakrishna – o la boda de la Madre con Eros
    80. Walt Whitman (3) – o predicción y visión
    81. Los ancestros del hombre – o ¡en ruta hacia el Reino!
    82. "Conocimiento cósmico" y condicionamiento
    83. El Creador y la Presencia – o el doble rostro
    84. Simientes invisibles – o las llaves del Reino

4. El ballet de los mutantes (1)

    85. Los mutantes (1): el ballet de los mutantes. Hahnemann y Riemann
    86. Los mutantes (2): la ciencia espiritual (R. Steiner, T. de Chardin)
    87. Teilhard y Légaut – o la problemática Parusía
    88. Los mutantes (3): un viento de justicia y libertad (P. A. Kropotkin y A. S. Neill)

[1] (N. del T.) Se trata del soldado raso Edward Donald "Eddie" Slovik, fusilado en Francia el 31 de enero de 1945 por el crimen de deserción frente al enemigo. Es el único soldado estadounidense sometido a un consejo de guerra y fusilado por deserción durante la Segunda Guerra Mundial. Grothendieck se refiere siempre a él, por un fallo de memoria, como Solvic.

5. A. S. Neill

89. Neill y el más allá del Muro – o el pensamiento, y el ser
90. Neill y el pecado original – o el mito como mensaje
91. La democracia directa de Makarenko a Neill – o: despertar al *hombre* en el ciudadano
92. Neill y el Mensaje – o el milagro de la libertad
93. ¿Educación sin sugerencia? – o educación y conocimiento de uno mismo
94. Neill y el bombardero – o la-felicidad-a-gogó y la *otra* dimensión
95. Summerhill – o la sauna, y el mar abierto...

6. Edward Carpenter

96. Edward Carpenter (1) – o la mirada infantil
97. Edward Carpenter (2) – o entierro y metamorfosis de un vivo
98. De Whitman-el-padre a Carpenter-el-hijo – o la epopeya y la Papelera del Progreso
99. Eclosión del A.B.C. del sexo – o aprender que la tierra es redonda
100. El A.B.C. del sexo (en cinco coplas)

A) El sexo está por todas partes
B) Problemática del sexo: vivir el sexo requiere discernimiento
C) Papel del sexo: "hacer el amor" es una creación
D) Todos somos unos "homo" que se ignoran
E) El sexo en la educación: las dos iluminaciones

101. El afecto en la educación, ésa es la revolución
102. Faros en la noche – o el cariño y la libertad

7. Félix Carrasquer

103. Félix Carrasquer (1): eclosión de una misión
104. Félix Carrasquer (2): el auge
105. Félix Carrasquer (3): la escuela autogestionada, escuela de libertad
106. Félix Carrasquer (4): libertad-Summerhill y libertad-Vallespir-Monzón
107. Félix Carrasquer (5): el tiempo de la cosecha
108. Nadie es profeta en su tierra
109. Educación y acto de fe
110. El nuevo espíritu de la educación

8. El ballet de los mutantes (2)

111. Los mutantes (4): todos somos mutantes en potencia
112. Los mutantes (5): el abanico de mutantes – o diversidad y grandeza
113. Los lugares comunes de los santos
114. Los mutantes (6): los mutantes y el sexo – o el hombre plenamente libre no es de hoy ni de ayer

9. Solvic

115. Solvic (1) – o la grandeza al desnudo
116. Solvic (2) – o la maravilla del calvario
117. Solvic (3) – o el sembrador y el viento y la lluvia
118. La roca en la arena – o moral patriótica y miedo al poli
119. Asignación de una misión – o el "espiritual" ante las banderas
120. Misión de paz y trabajo misionero – o lo esencial y lo accesorio

121. Los mutantes (7): Freud – o el coraje de la lucidez

10. Los dos mesías (Steiner, Krishnamurti)

122. Fantasmagorías de un visionario – o clarividencia y espiritualidad
123. Hermanos enfrentados – o una madrina para dos mesías
124. La paja y el grano (1): R. Steiner y la ciencia del mañana
125. La paja y el grano (2): Krishnamurti – o degradación de una misión
126. La paja y el grano (3): Krishnamurti – un balance
127. Un serio que ignora la sonrisa – o humor y espiritualidad
128. "La última tentación" – o mutilación de un sanniasin[2]
129. Capacidad de atención y recuerdo – o: la fidelidad es un don renovado sin cesar...
130. ¿Descubrimiento, o ciencia infusa? – o "el enigma Krishnamurti"
131. Conocimiento latente y conocimiento activo – o el pedestal y el don

11. El Ballet de los mutantes (3)

132. Los mutantes (8): los mutantes y el conocimiento de sí mismo
133. Los mutantes (9): los mutantes y las hermanas enfrentadas
134. Los mutantes (10): la reconciliación
135. Los mutantes (11): los mutantes y la crisis de la civilización – o del hombre enfermo y su curación
136. Los mutantes (12): los mutantes y la gran esperanza

12. Tres pensadores (Darwin, Freud, Légaut)

137. El sol es el centro – o los pensadores-mutantes
138. El Iluminador
139. Darwin – o la Aventura de la especie
140. Freud (1): el Inconsciente – o descubrimiento de la Casa de los Locos
141. Freud (2): Eros está por todas partes – o los acróbatas y el guerrero
142. Freud (3): El sueño, mensajero del Inconsciente – o la vaina y el fruto
143. Freud (4): represión, resistencias y el juego de los idiotas...
144. Freud (5): impulso incestuoso y sublimación
145. Freud (6): todos los sueños tienen un sentido – o el gran secreto

[2]N. del T.: En el hinduismo, el sanniasin ("renunciante" en sánscrito) es la persona de las castas superiores que se encuentra en la etapa de renunciación a la vida material.

N 177 ◊(58) ¿Quién es "yo"? – o la dimisión

(18 y 20 de septiembre)[3] Además, en la treintena de páginas de reflexiones sobre mi vida, escritas en ese momento (julio y agosto de 1974), se nota como un malestar constante, una desconfianza frente a mí mismo y que incluye hasta el trabajo de formulación (¡un trabajo de *reflexión*, en suma, que no osaba decir su nombre!) en el que estaba metido – ¡y sin embargo Dios sabe lo urgente que era! Me daba cuenta confusamente del incesante trabajo en mí de fuerzas egóticas de resistencia y de auto–engrandecimiento, pero sin llegar a captarlas de hecho (¡ni se me hubiera ocurrido que se pudiera hacerlo!), y sin tener la menor idea de en qué me podría apoyar para hacerles frente y superarlas (y la idea misma de que eso era algo posible, con un trabajo "documentado" ajustado y riguroso, ni me había rozado).

El pensamiento krishnamurtiano que había hecho mío no me era aquí de ninguna ayuda. Bien al contrario me paralizaba, llenándome de sospechas hacia mis mejores aliados: un *pensamiento* incisivo y riguroso, al servicio de una *curiosidad* que ya se ha despertado. Y hablando de "*mis*" aliados: no veía ningún otro "yo" que ese "ego" (alias "el mí") ¡que demasiado bien conocía! No sabía que aún había *otra cosa* en mí, en la psique, que en mí había el *alma*, y que era el *verdadero* "yo": aquél al que correspondía actuar como jefe *tanto* del pensamiento (dispuesto a obedecerle) *como* del ego (por más reticente que sea a obedecer y servir...). No descubrí a ese *otro*, a ese *verdadero yo mismo* hasta más dos años después, el 18 de octubre de 1976, con el primer sueño cuyo mensaje sondeé: son los "reencuentros conmigo mismo", cuya breve evocación abre la Llave de los Sueños (desde el primer párrafo de la sección "Primeros encuentros – o los sueños y el conocimiento de uno mismo") – reencuentros vividos como un verdadero "segundo nacimiento". Pero aún en los siguientes años, visualizaba y concebía ese "verdadero yo mismos" no bajo el nombre de "alma" o de "espíritu"[4], sino bajo el de "el niño"
N 178 o ◊"el obrero", e incluso (por una confusión que no se me presentó como tal hasta este invierno, con los sueños metafísicos) el de "Eros". El alma y el espíritu no hacen su entrada en mi universo conceptual, psicológico y espiritual hasta el mes de diciembre de 1985 (con el primer sueño mensajero en el que aparece una personificación de mi alma, más precisamente del aspecto yin del alma, de *Psique*[5]), y sobre todo en la estela de los sueños del pasado otoño e invierno[6].

Volvamos a mis disposiciones de espíritu en junio y julio de 1974, en el momento en que por primera vez en mi vida consagro una reflexión a mi propia vida y a mi persona. El estado de confusión en que me encontraba entonces sobre *quién es* pues "yo mismo", aparece de forma

[3] Véase el reenvío a la presente nota en la sección "La evidencia de quiebra (2) – o lo esencial y lo accesorio" (n^o 68), página 326.

[4] Esto seguramente está ligado al hecho de que la palabra misma de "alma" está prácticamente ausente del vocabulario krishnamurtiano (sin duda por reacción al abuso de ese término, puesto en todas las salsas, en los medios espirituales que Krishnamurti conoció desde su juventud), y que la palabra "espíritu" ("mind" en inglés) es utilizada por él con una connotación peyorativa sistemática: "el espíritu" aparece como una especie de travesti particularmente tentador del ego, adornado con todo el prestigio que rodea a los valores culturales ligados al pensamiento creativo y a la "espiritualidad". Y es verdad que es uno de los travestis más populares del ego, enarbolando "espíritu" o "espiritualidad". El hecho de que Krishnamurti niegue así (al menos tácitamente) la existencia del "espíritu" o del "alma" o cualquier otro nombre que se le dé (encarnando el "yo" espiritual, instancia responsable de la psique y la única con vocación de conocimiento espiritual), en tanto que realidad de *esencia diferente al ego* (aunque a éste le guste apropiarse de esos nombres) – esa especie de nihilismo espiritual seguramente ha contribuido no poco a mantenerme en esa confusión sobre mí mismo que describo en la presente nota. Compárese con las tres notas (n^{o}s 53 a 55) sobre las "bestias negras" de Krishnamurti: la confusión en mi espíritu era fiel reflejo de la que reinaba en el espíritu del que tácitamente (y sin querer reconocerlo) había elegido como mi maestro y (a mis espaldas) mi modelo.
Para un pequeña "presentación" de la psique y del papel que en ella juega "el espíritu", reenvío a la larga nota "La pequeña familia y su Huésped", n^o 1.

[5] Digo algunas palabras sobre ese sueño mensajero en la nota (n^o 1) que acabo de citar, al comienzo de las notas del 5 de junio (página N 6. Allí encadeno con la presentación de "Psique", la legítima esposa del espíritu...

[6] Compárese con los comentarios en una nota al pie de la página N 2, en la nota citada en las dos notas a pie de página precedentes.

muy clara en un corto poema (en inglés, de fecha 25.6.1974), dedicado a un amigo japonés "Yooichiro". Incluyo una traducción en francés[7]:

N 179

◊M o i
Champ de bataille
de cent forces
rivalisant pour être "moi"
et un autre "moi"
les contemplant, ahuri
et un autre encore
les yeux fermés
qui proclame "qui je suis"
"qui je serai"
"qui je devrais être"
et un autre s'y soumettant
et un autre se rébellant
et un autre encore les analysant tous
– sauf lui–même...
t o u t cela et cela seulement
est "Moi"

La conclusión, perentoria donde las haya, prácticamente equivale a un decreto de impotencia: en ese estercolero y ese barullo que es "yo", sería vano querer discernir o establecer un *orden*, discernir o instituir un "yo" que fuera "*el verdadero*", con el que legítimamente me identificaría para mayor beneficio mío, un *jefe* según un orden espiritual de las cosas que no sea un invento de una de esas cien fuerzas, de esos cien "yo" que se enfrentan y que quieren imponer su ley, sino que un orden de naturaleza muy diferente. Despidiendo por igual a esos cien "yo" como igualmente legítimos todos e igualmente ilegítimos, lavándome en suma las manos en sus disputas (y he aquí el ciento un "yo" que aparece, lavándose las manos y proclamando: ¡"no tengo nada que ver con eso"!), eso equivalía (según los cánones krishnamurtianos de los que estaba tan impregnado) a renunciar a todo *trabajo* para ponerlo en claro. Pues tal trabajo carece de sentido, no es más que ruido que se añade al ruido, salvo si está animado por una sed de verdad y aquél (el "yo") que lo emprende no está movido por una voluntad de poder o por el ansia de hacerse valer. En mi confusión, estaba tan lejos (¿o era sólo una apariencia, o un "alejamiento" debido a la pantalla de alguna idea fija?) de aquél que en mí tiene sed de verdad

N 180

y sabe beber, ¡que era como si hubiera olvidado totalmente su existencia! O ◊como si alguien en mí, desde los desamparados días de mi infancia, hubiera declarado de una vez por todas que no existía – que yo sería y haría como veía ser y hacer a todo mi alrededor: como si la verdad desnuda, y aquél que en nosotros tiene sed y sabe beber, no existiese...

(59) La fuerza de la humildad

(18 y 20 de septiembre)[8] La verdadera humildad es el estado del alma que le permite acoger sin resistencia un conocimiento sobre sí misma, sobre la psique, sobre su pasado, sobre su destino,

[7] *Yo*/Campo de batalla/de cien fuerzas/rivalizando por ser "yo"/y otro "yo"/contemplándolas, pasmado/y otro más/con los ojos cerrados/que proclama "quién soy yo"/"quién seré"/"quién debería ser"/y otro sometiéndose/y otro rebelándose/y otro más analizándolos a todos/– salvo a sí mismo/*todo* eso y solamente eso/ es "Yo"

[8] Véase el signo de reenvío a la presente nota en la sección "La evidencia de quiebra (2) – o lo esencial y lo accesorio" (n^o 68), página 330. Para otros elementos de reflexión sobre la humildad (y sobre su cónyuge, la confianza) véase la nota "Los clichés del espiritual (2): ¡alto! a la duda y la seguridad" (n^o 52), y también la larga nota "Experiencia mística y conocimiento de sí – o la ganga y el oro" (n^o 9). En este último título, "el oro" pude entenderse como una designación de la verdadera humildad, mientras que "la ganga" designaría los clichés (o los "propósitos deliberados") con los que a menudo se encuentra inextricablemente mezclada, debido al

que el "yo", por su propia naturaleza o por poderosos mecanismos adquiridos, tendría tendencia a rechazar, a menudo con vehemencia y como un ultraje intolerable. Por eso tal conocimiento, y en la medida en que el "yo" es fuerte y poderoso en la escena, es sentido casi siempre como doloroso. La humildad también es la fuerza por excelencia que nos permite asumir sufrimiento y dolor. Inversamente, el sufrimiento y el dolor, en la medida en que (aunque sea a base de desgaste...) borren las resistencias en su contra, hacen eclosionar la humildad, como una lluvia bienhechora que empapa un terreno árido hace eclosionar la semilla enterrada. La humildad es una verdadera *fuerza* espiritual, o un estado de "potencia espiritual", que permite al alma conocer lo que le estaba oculto, realizar espontáneamente el acto justo, el acto creativo, allí donde sin ella el conocimiento y el acto justo están excluidos.

La humildad es de esencia muy distinta de la que le asignan los clichés corrientes, que la confunden con una especie de propósito deliberado (por no decir, de pose) que consiste en ponerse siempre (o en fingir que se pone) por debajo de los demás, dándoles si fuera necesario cualidades imaginarias, o cargándose a sí mismo con defectos no menos imaginarios (y que a
N 181 menudo no engañan a nadie, comenzando por el mismo interesado). Tales juegos ◊son más la afectación de una vanidad que se complace en jugar a ser "la humilde" (y llegando a veces hasta enorgullecerse ingenuamente de su propia "humildad"[9]), que signos o medios de una verdadera humildad[10].

En ningún caso la humildad se manifiesta con una *resistencia* en contra de un conocimiento[11]. No se opone a la percepción y el conocimiento de una grandeza o una belleza en uno
N 182 mismo, o en una obra de la que ◊se fuera el autor – no más que si se tratase de la persona o de la obra de otro. Más en general, no se opone a una percepción o un conocimiento incluso cuando éstos puedan ser sentidos por el yo como causa de satisfacción, de gratificación. Pero

---

condicionamiento cultural. Éste conserva una influencia dominante en muchos de los grandes espirituales. (Véase la constatación en la citada nota, página N 26.

[9] Ése fue particularmente mi caso de manera casi habitual, desde 1971 hasta 1976, pero ha desaparecido completamente (creo) con la entrada en mi vida de la meditación, en octubre de 1976. Me he encontrado el mismo género de jactancia pueril, haciendo gala de una "humildad" muy sabia y distinguida, en ciertos pasajes de la autobiografía de C.G. Jung, escrita en los últimos años de su vida. A juzgar por los ecos de algunos lectores que me han llegado, parece ser que soy el único en darme cuenta, pues ese tipo de pose es considerado como de buen tono y se da por sentado entre los usuarios de la "espiritualidad" erudita que mantiene el pabellón alto, con la doble bandera del Humanismo y de la Ciencia...

[10] Sin embargo a veces ocurre que una humildad verdadera coexiste mal que bien con tales juegos, que entonces no son un "fingimiento" destinado a dar la apariencia de una humildad ausente, sino los *medios* que el alma, animada por el deseo de humildad y poco segura de sí misma, cree poder emplear (al tiempo que se lo oculta a sí misma) para acceder a un estado de humildad (si teme que le falta) o para mantenerse en él. Estoy convencido de que tales supuestos "medios" siempre tienden a ir en contra de lo que persiguen – crean un *ruido*, un *barullo*, mientras que sólo el silencio y la limpidez responden a la naturaleza íntima de la humildad. Intento dar a entrever el tipo de "barullo", de ambigüedad que rodea esos juegos en la citada nota (n^o 9) sobre los místicos, en un párrafo de la página N 24.

La verdadera humildad surge espontáneamente de la sed de verdad, es uno de los aspectos esenciales del alma en estado de verdad. No puede "alcanzarse" u "obtenerse", como una "virtud" que se quisiera cultivar, o un "deber" que se quisiera cumplir, para estar a la altura de una vocación religiosa por ejemplo, o de una imagen, de un modelo que se supone que la encarna y al que nos esforzamos en parecernos. Igual que los "juegos de humildad" antes señalados (y que son una de sus expresiones más comunes), tales esfuerzos tienen tendencia a interferir con la presencia silenciosa de un estado de verdad, de humildad. Por el mismo esfuerzo de conformarse a esto o aquello, nos distraemos de lo esencial, que es tomar conocimiento de lo que realmente es, tal como es.

La idea fija tan fuertemente implantada en la tradición espiritual cristiana (hasta el punto de hacerse asfixiante), de que "hay que ser humilde", y los consiguientes clichés sentimentales sobre la "humildad" que se ha de conseguir a cualquier precio, seguramente también han constituido y constituyen aún un handicap muy pesado para muchos espirituales – para todos los que no han alcanzado la indispensable autonomía espiritual (¡que tiene gran riesgo de ser tachada de orgullo, si no de herejía!) para superarlos de una vez por todas.

[11] Sin embargo pude "coexistir mal que bien" con tales resistencias, que se supone que la salvaguardan, pero que en realidad son movimientos psíquicos parásitos, una dispersión de energía, que tienden a *enturbiar* el estado de humildad mucho más que a preservarlo. Véase al respecto los comentarios de la precedente nota a pie de página.

la presencia de la humildad no deja que el placer del yo (percibido por el alma como tal) se extienda y contamine el alma con un aliento de suficiencia, ni que el conocimiento vivo de lo que hay de valioso en ella misma, en sus obras o en lo que ella custodia (y especialmente el cuerpo en su fuerza propia y en su belleza, o la psique...) la incite a ponerse por encima de nadie. Bien al contrario, sentir vivamente lo que es valioso en nosotros mismos nos vuelve aptos, cuando estamos en estado de humildad, para percibir también lo que es valioso en otro y, aunque aún permanezca oculto o en estado potencial, no pide más que desplegarse y realizarse.

(60) Fujii Guruji (1) – o el sentido de lo esencial

(23 de septiembre)[12] El "credo" religioso de mis amigos monjes que vinieron a mi casa ([63]) se reducía de hecho a su más simple expresión: devoción incondicional a Fujii Guruji, creencia igualmente incondicional en la virtud suprema de "la Oración", y en fin aceptación de la autoridad moral y espiritual (después de la del mismo Fujii Guruji) del profeta Nichiren ([64]) y de Buda. Al menos para éste último, era un credo en teoría, pues a excepción de los monjes más viejos que habían recibido una formación doctrinal tradicional fuera del Nihonzan Myohoji[13], raros debían ser los monjes que habían tenido entre sus manos aunque sólo fuera el Dhammapada (el texto fundamental del budismo, equivalente a los Evangelios para los cristianos). No poco estupefacto me quedé un día al darme cuenta de que el más cercano de mis amigos monjes [14] ignoraba totalmente que según el budismo "mahayana" que se suponía que profesaba, ¡se admitía la reencarnación! Nunca (me explicó) se había planteado cuestión alguna sobre los destinos del
N 183 alma después de la muerte, ni sobre el alma sin duda, ¡y ◊visiblemente jamás se había enfrentado a tal cuestión durante sus años de vida de monje en el seno de esa secta decididamente poco usual!

Sin embargo, el sentido literal de la Oración expresa la veneración por la Sutra de la Flor de Loto, cuyo contenido esencial es la Promesa hecha por el Buda Eterno a todo ser vivo de alcanzar, al final (si fuera necesario) de una miríada de existencias sucesivas, el estado último de la Sabiduría perfecta, de llegar a ser él también "Buda" (o "un Buda"). Además desde el primer día en que contacté con el primer monje del grupo, éste tuvo mucho cuidado en explicarme que la Oración, cuando se dice como saludo y por eso mismo, como acto de respeto, expresa de hecho el respeto por el "futuro Buda", que ya vive en potencia en todo ser vivo. La inclinación ritual en el saludo, pero también durante el servicio religioso cuando los participantes se vuelven unos hacia los otros, no es la inclinación ante "Dios" o ante "Buda", sino ante el ser de carne y hueso que está delante, en el que se saluda al Buda que él mismo está llamado a ser.

Ese contenido tan esencial de la Oración estaba, no tengo ninguna duda sobre eso, muy interiorizado en todos los monjes discípulos de Guruji con los que tuve amigables relaciones. Pero por extraño que pueda parecer, eso no implica sin embargo, para un espíritu simple como el de mi amigo, poco dado a las representaciones intelectuales y ante todo intuitivo[15], que se

[12] Véase el signo de reenvío a la presente nota en la sección "La entrada de lo Divino (2) – o "darle gusto a Buda"" (n^o 71), página 346.

[13] N. del T.: Orden monástica del budismo nichirenita japonés, fundada por Guruji.

[14] Se trata del amigo monje por el que me encontré en el Correccional en 1977, bajo el cargo de haber "alojado y alimentado gratuitamente a un extranjero en situación irregular". Para los detalles de esta historia tan de casa, reenvío a Cosechas y Siembras, sección "Mi adiós – o los extranjeros" (CyS I, n^o 24).

[15] La mayor parte de mi vida hubiera estado tentado de ver en estas incoherencias tan enormes un signo de estupidez irremediable. Gracias a estos encuentros ahora sé que no es así. Ese amigo tenía una sensibilidad de una fineza asombrosa y que a menudo me hacía sentir muy torpe. No se envanecía de ello, tanto menos cuanto esa cualidad tiende a pasar totalmente desapercibida, sobre todo en una persona de natural muy modesto y poco dada a expresarse sobre lo que percibe, ni a fiarse de sí misma, cuando eso va en contra de lo que se piensa y se dice alrededor. Sin embargo, con ocasión del suicidio (particularmente violento) de un amigo común, suceso que perturbó profundamente el círculo de los que le habían conocido, ese monje no sólo encontró una serenidad que fue de gran ayuda, sino que además "sentía" esa muerte y su sentido profundo (que se me escapaba igual que se le escapaba a todos...) con una asombrosa penetración. Lo que había comprendido de esa muerte, ningún libro

plantee la cuestión de en qué sentido un ser, mortal después de todo como sabe cualquiera, y generalmente muy lejos de ser "un Buda" en el momento en que se acerca a la muerte, estaría no obstante "destinado a ser Buda"...

N 184 ◊Esto muestra hasta qué punto Fujii Guruji se preocupaba poco de la formación teológica de los que ordenaba monjes en la secta que había fundado[16] y que era como una emanación de su poderosa personalidad religiosa. Lo único que le importaba era el amor ardiente por la Oración, que debía ser para el adepto fuente de alegría y fortaleza, y aparte de eso (o mejor *incluido* en eso) una total devoción militante por la causa de la paz en el mundo. Por lo que sé y por extraordinario que pueda parecer, el grupo Nihonzan Myohoji es el primer y único grupo religioso del mundo cuya misma razón de ser, inseparable de su vocación religiosa, es una lucha no violenta ([66]) por la paz en el Mundo, junto con un rechazo de todos los aparatos militares[17] y una incesante acción por su abolición. Para Fujii Guruji, la Oración, don supremo del Buda a los hombres, era el agente espiritual por excelencia para propagar la paz y para actuar en pro de la desaparición de la violencia en la sociedad de los hombres. Y el principal punto de mira de esa acción fue la violencia institucional encarnada por los aparatos militares y por su razón de ser, la guerra, que supera en bestialidad a cualquier otra violencia incluso la más criminal ([71]).

N 185 ◊Fujii Guruji fue igualmente uno de los pocos espirituales en sentir con toda su urgencia, con toda su agudeza y alcance la actual Crisis de Civilización, y la amenaza de destrucción inminente y total que pesa sobre la especie humana por los efectos conjugados, inseparables uno del otro, de la frenética desespiritualización de las mentalidades y de la proliferación de armas de destrucción masiva. Claramente vio que la supervivencia de la vida en la tierra a corto plazo está indisolublemente ligada a una profunda mutación espiritual, a una Revolución de las mentalidades de una amplitud y una profundidad sin precedentes[18]. Sólo una tal mutación

---

profano ni sagrado, ninguna persona en el mundo, hubiera podido enseñárselo..

[16] Esa fundación se remonta a 1918 (entonces tenía 33 años). Fue en el primer año de su trabajo misionero fuera de Japón, en Manchuria y en China, donde se formaron también los primeros discípulos fuera de Japón.

[17] El único otro grupo religioso que conozco que practica una actitud consecuente si no de militancia activa contra toda forma de violencia militar, al menos de no colaboración con los aparatos militares, son los "testigos de Jehová", secta cristiana bien conocida en Occidente por su infatigable proselitismo y por su intransigencia doctrinal, cercana a veces al fanatismo religioso. En los países que no reconocen la objeción de conciencia por motivos religiosos, los testigos de Jehová varones pasaban la mayor parte de su vida en prisión por su rechazo al servicio militar. Así fue en Francia hasta el momento en que fue promulgado al fin un estatuto de la objeción de conciencia, en los años cincuenta. Apenas si es necesario señalar que las Iglesias cristianas, tanto católica como protestante, nunca se han conmovido por la suerte de unos cristianos encarcelados a causa de su fidelidad al espíritu y al mensaje de un cierto energúmeno llamado Jesús, condenado a muerte como se merecía hace dos mil años – sin contar los escasos no cristianos que les acompañaban al preferir la prisión más que participar en la preparación de las carnicerías colectivas del mañana. En Francia, finalmente fue un hombre viejo, sólo y al final de su vida, y para colmo un incalificable anarco, André Lecoin, el que consiguió imponer al aparato del Estado un estatuto de la objeción de conciencia, con una huelga de hambre ilimitada. Que nadie busque su nombre en una enciclopedia (en su lugar se encontrará al Mariscal Leclerc de ilustre memoria...), ni en la memoria de la gente de Iglesia y de los espirituales cristianos que pasan por serios, todos tan ocupados en la "espiritualidad" que no han debido darse cuenta de que algo ha pasado en un país llamado "cristiano". Pero seguramente Dios reconoce a los suyos, incluso entre los que creen no conocerle, igual que conoce también a los que Le han visto en prisión por la iniquidad de los hombres, y no Le han socorrido...

[18] Esa visión de una necesaria mutación espiritual me parece que en Fujii Guruji está algo enturbiado por veleidades de "edad de oro": cree encontrar en cierto periodo pacífico del Japón, bajo la égida del budismo (especialmente en el periodo Nara del siglo octavo), una especie de ideal espiritual nacional, que él quisiera ver extenderse a escala mundial por la virtud soberana de la Oración "¡Na mu myo ho ren ge kyo!"[19]. Esa ambigua añoranza en la visión profética de Guruji se encuentra reforzada por su condenación sin paliativo del espíritu científico, que considera responsable (no sin buenas razones, hay que reconocerlo) de la desespiritualización del mundo moderno y del impasse suicidad en que se encuentra metido.

Por mi parte, creo que la desespiritualización del mundo moderno, y la senil degeneración del espíritu religioso, ya estaban desde siempre en germen en las mismas instituciones religiosas, y de hecho constituyen unos síntomas entre otros de esa "enfermedad infantil" de la humanidad, que está a punto de llegar a su crisis culminante y a desanudarse. La tradicional oposición de "ciencia" y "religión" me parece que es otro de sus síntomas, originalmente debido a una sana y creativa reacción del espíritu humano, esforzándose mal que bien en deshacerse

pondrá fin de manera total y definitiva a la locura militar y a los juegos cínicos y atroces de la guerra, esos vestigios convertidos hoy en suicidas de la edad de la violencia y del rebaño – de la "Ley de la jungla" (por retomar la expresión del mismo Guruji).

La aparición de un hombre de estatura profética como Fujii Guruji, igual que la de un Marcel Légaut, personalidades tan diferentes como se pueda imaginar pero uno y otro hombres profundamente religiosos e intrépidos visionarios, están entre los escasos signos que me anuncian y prefiguran la Gran Mutación. Signos ciertamente irrisorios en términos de su impacto sociológico o psicológico mensurable, y sin embargo signo de inmenso alcance al único nivel que
N 186 aquí cuenta, el de la realidad espiritual. ¿Es Dios el que ◊ha suscitado esos hombres de fe y de coraje y de mirada penetrante, porque se acerca la Hora? ¿O es porque tales hombres (y aunque sólo haya uno o dos...) se han levantado, en contra de la milenaria inercia que pesa sobre ellos igual que pesa sobre todos – es a causa de ellos, que Él esperaba en silencio (desde hacía mucho tiempo, antes quizás de que el hombre fuera creado...), por lo que los Tiempos ya han sido encontrados maduros para la Siega y la Hora ha sido al fin fijada? (¡Aunque quizás nadie, salvo el Señor de toda la Creación, la conozca?) No lo sé, y tal vez ningún hombre lo sepa jamás. Pero sé que cuando suene la Hora, juntando todo el peso de lo que ahora pesa en el Mundo de los hombres será encontrado ligero, y la "nada" que son la mirada y la voz de *uno solo* que osa ver y decir, aunque sea la voz solitaria que grita en el desierto, habrá pesado mucho para hacer bascular por fin Su Balanza...

Acabo de evocar *cuál* era el desafío de dimensiones sobrehumanas al que, sólo entre la multitud, se enfrentaba Fujii Guruji, sin más arma que el humilde e indomable coraje de la fe. Esto me hace comprender hasta qué punto toda cuestión un poco "teológica" o doctrinal debía parecerle como enteramente accesoria por no decir fútil, si no para su propia vida interior (firmemente arraigado en una tradición religiosa muy rica), al menos para la formación y la ordenación de sus adeptos – ¡cuando la Casa del Hombre está en llamas! Lejos de haber sido turbada por lo que él ha sido uno de los pocos en ver en toda su impensable agudeza, su mirada se volvió más penetrante para discernir lo *esencial* en el caótico movimiento de lo accesorio, en el que nos hace discernir un orden y una dirección. Así Guruji fue también uno de los pocos espirituales que claramente vio la diferencia esencial entre la dimensión intelectual y la dimensión espiritual del ser humano, y en saber que doctrina y teología son del intelecto, y que la fe, el amor, la esperanza son del espíritu. Y supo por instinto que la Crisis de las crisis no la resolverá el intelecto, sino el espíritu – no la inteligencia de la cabeza (que es secundaria), sino la fe. En respuesta a una situación sin precedentes, tuvo el inimaginable atrevimiento, rompiendo según la letra con una tradición multimilenaria, ¡de fundar una comunidad de monjes en que el bagaje doctrinal requerido era rigurosamente *nulo*!

Y ciertamente es un hecho "evidente" que para su misión y para la que encomendaba a esa comunidad, tal bagaje no era de ninguna ayuda. Si esos pocos monjes de manos vacías tenían algo con qué actuar sobre la inexorable inercia del Mundo, ciertamente no era con el irrisorio
N 187 medio ◊de "argumentos" sacados de un fondo doctrinal, del mismo orden del Mundo que, en el plano de la inteligencia y el discurso, los aplastaba millones y millones de veces con todo el peso de la ruidosa ciencia. Sino que era con la *fe*, con esa que "mueve montañas" (según nos aseguró un hombre grande donde los haya por su fe...)[20].

En la misma línea, las reglas y los votos que fundamentaban la vida monástica en el seno

del corsé intelectual y doctrinal de una institución religiosa tan tentada como cualquier otra institución humana por el poder y el abuso de poder. En realidad, la sed de conocimiento del hombre, surgida de la pulsión de Eros, en modo alguno se opone por su naturaleza ni a sus verdaderas necesidades religiosas o espirituales, ni a sus finalidades divinas. En la aventura humana, los tres planos de conocimiento carnal, mental y espiritual son indisolublemente solidarios unos de otros, y a la larga el hombre no sabría colaborar con los designios de Dios y actuar en pro de destino divino rechazando una de esas tres dimensiones esenciales de su naturaleza.

[20]Es verdad que esas "montañas" (algunas curaciones calificadas de "milagrosas" hace dos mil años, digamos, o la construcción de algunas "pagodas de paz" en este siglo, aquí y allá por el mundo...) pueden parecer irrisorias

de Nihonzan Myohoji se reducían a poca cosa, dejando esencialmente que cada uno se enfrentara a su responsabilidad de asumir su vocación monástica, así como la misión de paz militante que le estaba indisolublemente ligada, según sus propias luces. La única regla en la que Guruji era muy estricto era el voto de pobreza. Según él la relajación en ese punto abría la puerta a todas las corrupciones. En los últimos años, y por razones de oportunidad más que propiamente morales, también fue llevado a adoptar una posición firme contra el uso de drogas en el seno del grupo[21]. Por el contrario, aún aconsejando ◊fuertemente la continencia sexual, no hacía de ella una regla imperativa, dejando a cada uno la responsabilidad de sus propias decisiones en la materia. Según me han dicho, la experiencia ha demostrado además que en casi todos los casos, cuando un monje tenía una relación amorosa, o bien ésta era de corta duración, o bien terminaba por dejar el estado monástico por propia elección[22]. Creo que salvo dos o tres excepciones, los monjes que formaban el núcleo estable de Nihonzan Myohoji, es decir los que formaban parte de él desde hacía muchos años, observaban espontáneamente la tradicional regla monástica de castidad, y esto por libre elección y no porque se hubieran sentido obligados bajo la presión del grupo o del mismo Guruji. ◊Por extraordinario que pueda parecer se diría que tales presiones *no existían*[23].

N 188

N 189

a los ojos de la sola razón, ante las inimaginables dimensiones de lo que está en juego: la "salvación" de la humanidad. Pero si la razón constata con buen sentido la pequeñez de los efectos en el plano en que ella misma se sitúa, la *fe*, ella, sabe por instinto que sólo son reflejos o *signos* que describen una acción de magnitud y alcance muy diferentes, que se realizan en un *plano muy diferente* de la realidad. (Un poco como símbolos matemáticos compactos y de apariencia modesta, cuales son 9^9 ó 9^{9^9} o el signo ∞, sirven para designar números muy grandes o inimaginablemente grandes, incluso el infinito...) Son como afloraciones en el mundo visible de efectos de vasta envergadura que tienen lugar en el mundo invisible – signos que la inteligencia de la sola razón ignora como tales, y que para la inteligencia arraigada en la fe pueden tener a veces una claridad fulgurante. Y quizás la Hora prometida sea también aquella en que el Mundo invisible, dejando de ocultarse obstinadamente a los ojos de la gran mayoría (y, casi siempre, hasta a los ojos de los elegidos...), irrumpa en el Mundo visible con fuerza, con efectos visibles y llamativos, irrecusables, no sólo para algunos sino para *todos*.

[21] Una de las numerosas paradojas aparentes de la persona de Guruji, ese asceta entre los ascetas, es que haya atraído a numerosos hippies y les haya acogido con una afección exenta de toda traza de desconfianza moralizante. Uno de los dos únicos discípulos que menciona por su nombre en su autobiografía era un hippie cuando lo encontró. (Además es el monje antes mencionado, en a presente nota, que me valió el honor de encontrarme en el correccional por la causa del Buda – y de los extranjeros...) Guruji dice:

> "Shakyamuni (el Buda), sin más que su bol de hierro, sólo comía lo que le daban los demás. Sin ayuda de su real familia, vagabundeaba en busca de la verdad y predicando la doctrina. También Shakyamuni era un hippie en busca de la verdad. En suma, los hippies son los buscadores de la verdad que no se preocupan de las necesidades materiales de la existencia."

Hablando de hippies, decía en el párrafo precedente: "Nunca hacen daño ni hablan mal de nadie. Sólo caminan en busca de la verdad. Esperando encontrar algo en la India o descubrir algo valioso en Japón, caminan y caminan sin parar...". Sin embargo después también las vio verdes y sin madurar en algunos de ellos. Pero su simpatía y su paciencia continuaron, aún a riesgo de darles a sus adversarios varas para pegarle...
En lo que concierne a mi propia experiencia con los monjes de Nihonzan Myohoji, jamás tuve historias de drogas en mi casa, ni (por lo que sé) entre los monjes misioneros en Europa y América. En general, todos tenían en su modo de vida unos "modales" irreprochables, y mucho tacto y discreción con el anfitrión.

[22] Lo pude comprobar por experiencia personal, pues en 1977 tuve una relación amorosa con una joven religiosa del grupo, relación que sólo duró unas semanas. Fue ella quien puso fin. Según mis últimas noticias, aún hoy es miembro del grupo y siempre tan activa en el trabajo misionero y pacifista. Ni ella ni yo quisimos mantener en secreto nuestra relación, y jamás tuve la impresión de que nadie en el grupo estuviera molesto u ofendido.
Entre los primeros discípulos de Guruji, hay una pareja que vive en el templo del grupo en Atami, que sirve de residencia habitual de Guruji en Japón. El marido y la mujer terminaron ser ordenados monjes por Guruji, pero al insistir, Guruji accedió a su deseo de seguir viviendo maritalmente. En 1983, tuve el placer de recibir en mi casa a su hijo, un hombre en la treintena que también fue ordenado monje por Guruji. Le tiene una devoción infinita a la vez que una afección como la que se le tiene a un abuelo. Me dió la impresión de ser un hombre excepcionalmente pleno desde todos los puntos de vista. Fue él quien me habló con gran sencillez de la situación particular de sus padres. Al parecer todos los miembros de su familia han sido ordenados monjes por Guruji, y todos se entregan a él en cuerpo y alma.

[23] Véase la continuación en la siguiente nota.

(61) Fujii Guruji (2) – o el don

(26–28 de octubre)[24] Esta improvisada retrospectiva sobre la personalidad de Fujii Guruji me viene a recordar oportunamente que él es uno de los poquísimos espirituales[25] que ha comprendido que una auténtica vida espiritual en modo alguno está subordinada a un saber doctrinal ni a capacidades de tipo intelectual, sino que por el contrario es inseparable del despliegue de una *libertad creativa* en el ser, y no puede desplegarse fuera del respeto de esa libertad. Que ese respeto de la libertad en sus adeptos haya llegado a incluir el terreno tabú por antonomasia de la vida sexual tiene con qué maravillar. Sin duda en el pasado no supe apreciar el carácter extraordinario, casi increíble de esa actitud de Guruji, a los ojos de la "Sangha" (la comunidad religiosa de todos los creyentes budistas) seguramente más "escandalosa" y apropiada para desacreditar la religión y el estado monástico que constituye su núcleo, que su incalificable laxismo frente a la preparación doctrinal de los ordenaba monjes o religiosas[26].

N 190

◊Para apreciar en todo su alcance las libertades que Fujii Guruji se tomó con una tradición inmemorial, conviene recordar aquí *quién* es hombre que desconcierta a más de uno, y que impone respeto a todos. Quien se lo haya encontrado, aunque sólo sea una vez o lo haya visto sólo en foto, sabe que no es un hombre que se pueda quitar de un manotazo como un "exaltado" o un "chiflado", al que no habría que tomar en serio. Tiene una presencia como rara vez me he encontrado en un hombre, una presencia, además, ajena a todo deseo consciente o inconsciente de imponerse, de imponer, de dominar. Una presencia que es radiante. Que actúa con más fuerza en el silencio que con la palabra. No conozco hombre que evoque de manera tan irresistible la *grandeza* – una grandeza que no es de la carne ni del intelecto, sino del espíritu. En su penetrante mirada creemos percibir la fuerza indomable del águila. Pero esa fuerza es alegría, por más incisiva que sea sentimos sin embargo en ella una dulzura, no está hecha para herir. Si no obstante hiere a veces, sentimos que esa herida le hace un bien al que la recibe. Ese hombre está entre los hombres como un águila, y a la vez es como un niño pequeño, como un recién nacido en su infinita delicadeza, rodeado de adultos a los que hace parecer toscos y torpes.

[24] Continuación de la nota anterior, fechada el 23 de septiembre, hace más de un mes. Esta lamentable interrupción se debe a una enfermedad – véase al respecto el comienzo de la nota "Los mutantes (1): el baile de los mutantes" (n^o 85).

[25] Los únicos otros espirituales en los que he encontrado esa comprensión son Krishnamurti, Marcel Légaut y (me parece que en menor medida) Gandhi. En los dos últimos decenios de la vida de Gandhi, me parece que esa comprensión estuvo enturbiada en parte por un discurso más y más moralizante y afectado, constantemente al límite del cliché y la autocomplacencia. Sin duda hay que ver ahí el tributo a su papel de ídolo nacional y religioso, difícil de asumir hasta para un hombre de su talla.

[26] Seguramente hasta algunos de sus más fieles discípulos se sentían incómodos con esas particularidades de su Maestro, poco conformes con la imagen que les hubiera gustado hacerse de un gran santo budista, y mucho les costó no ver esas "manchas". Su fidelidad es un testimonio tanto más elocuente del extraordinario ascendiente ejercido por ese hombre. (Por otra parte ese ascendiente, visiblemente, no era buscado. Parece que ya lo tenía antes de que comenzara su misión de maestro religioso, a la edad de 32 años.) En ese hombre, durante su larga vida, se dio una profundización y por eso mismo, a veces, una transformación realmente asombrosa de su visión del mundo, de la que él mismo parece que no siempre se dio cuenta muy claramente de tan natural que era su llegada, pero que debió desconcertar y secretamente chocar a más de uno de sus incondicionales discípulos. Es verdad que por lo que sé, Fujii Guruji no juzgó útil explicitar y explicar con declaraciones públicas sus posiciones más perturbadoras para un budista decente – simplemente quizás porque, habituado durante toda su vida a seguir únicamente sus propias luces, terminó por perder un poco el sentido de esas normas a las que la gente se ha acostumbrado a aferrarse con mucho cuidado.
Lo cierto es que hasta entre sus discípulos más jóvenes y menos imbuidos de los valores religiosos tradicionales, rara vez se ponen "en claro" esas actitudes de Guruji, que le separan de manera tan radical de cualquier otro Maestro religioso que hayan podido conocer. Su actitud inequívoca frente a la violencia militar basta con mucho para singularizarle en medio del laxismo generalizado al respecto, ¡de rigor en los medios religiosos tanto como en cualquier otro! Con más razón, en los innumerables discursos oficiales de homenaje en honor de Fujii Guruji en su gloriosa vejez, toda alusión (aunque sólo fuera a su acción antimilitarista) que pudiera chocar a alguien en el habitual ronrón de buenos sentimientos y de grandes principios humanitarios, comprensión entre los pueblos y todo eso, es cuidadosamente omitida. (Conforme a las inmutables reglas de ese género, azote de la grandes ocasiones solemnes...)

Voluntad intrépida, viva, indomable – y la inocencia del niño que acaba de nacer, fundiéndose ambas indisolublemente...

N 191 ◊Nació (el 6 de agosto de 1885) en una "familia campesina extremadamente pobre, que no tenía dinero para pagar ni un sólo animal de carga, ni buey ni caballo. Teníamos que vivir con algunos granos de mijo"[27]. Por propia elección, siguió llevando una vida de pobreza, más de una vez al límite de lo que el cuerpo puede soportar – hasta su centésimo año, que fue el de su muerte. Después de la educación primaria, prosiguió sus estudios en una "Academia agrícola", pero atraído por la vida religiosa desde su tierna infancia, y a pesar de la severa política antirreligiosa y antibudista llevada a cabo por el gobierno imperial del Japón, se ordenó monje a los dieciocho años. Fue una decisión de duras consecuencias porque así renunciaba a toda esperanza de poder sostener materialmente a su familia, que tanto había apostado por él. Quizás no hubiera podido vencer la oposición de su padre, apoyado por el consejo de familia, y esto en un país en que la autoridad de la familia es incomparablemente mayor que en nuestros lares, si no hubiera sido ayudado in extremis por el apoyo comprensivo y aparentemente incondicional de su madre. En lo sucesivo él le dedicará una devoción casi religiosa. Ella misma será ordenada religiosa por su hijo y le seguirá en sus peregrinaciones misioneras y en sus rigurosas prácticas ascéticas. Seguirá siendo la discípula fiel de su hijo, a lo largo de una vida de privaciones y de disciplina monástica de un rigor difícil de imaginar, hasta su muerte en 1930, a la edad de 83 años.

Ese mismo año, libre ya de toda atadura familiar, Guruji (a la edad de 45 años) hizo voto solemne de consagrar su vida a la realización de una profecía del gran profeta Nichiren del que (desde los inicios de su vida monástica) se había hecho un devoto discípulo: "llevar" a la India, cuna de Buddha y del budismo, la doctrina salvadora de Buddha[28].

N 192 ◊Hacía ya trece años, desde la edad de 32 años[29], que conforme al mensaje de un sueño[30]

[27] Saco la mayoría de los detalles de la vida de Fujii Guruji de su autobiografía, testimonio asombroso por más de un motivo (creo que escrito al final de los años sesenta, cuando Guruji tenía más de 80 años). Existe una traducción inglesa, desgraciadamente muy abreviada (un tercio): "My Non–Violence, an autobiography of a Japanese buddhist" (Mi No–Violencia, una autobiografía de un budista japonés), publicada por Nihonzan Myohoji (Japan Buddha Sangha Press, 3–2–22 Kudan–kita, Chiyodaku, Tokyo, Japón), 1975. Mi otra fuente escrita es una recopilación de declaraciones y conferencias de Fujii Guruji publicado en lengua inglesa, "Buddhism for World Peace" (Budismo para la Paz Mundial), en la misma editorial (1980), en su 95 aniversario. Este libro tiene al final una tabla muy útil, con los principales sucesos de la vida de Fujii Guruji ordenados cronológicamente (páginas 324–329). (En la edición inglesa de la biografía, visiblemente precipitada, las fechas faltan a menudo.)

[28] San Nichiren, reformador y profeta budista japonés del siglo XIII (1222–1282). Recomienda poner la doctrina expuesta en la Sutra de la Flor de Loto (Saddharmapundarikasutra) en el centro de la vida religiosa nacional, y enseña la suprema virtud benéfica de la oración Na mu myo ho ren ge kyo, que expresa la veneración por esa Sutra. A causa de sus opciones intransigentes, hubo de afrontar persecuciones y adversidades de un rigor poco común, sin conseguir que las autoridades establecidas aceptasen sus puntos de vista. En nuestros días, en Japón hay varios millones de budistas "nichirenitas", repartidos en numerosas sectas de las tendencias más diversas. La de Fujii Guruji, Nihonzan Myohoji, es sin duda la más pequeña numéricamente, contando a penas con cien o doscientos monjes, religiosas y simpatizantes. Pero ha logrado gran audiencia por la personalidad excepcional de Guruji y por sus compromisos pacifistas y antimilitaristas, tanto en Japón (lucha contra la presencia de bases americanas en Japón, que sirvieron de apoyo logístico durante la guerra de Vietnam) como en muchos otros países, y especialmente en Estados Unidos, considerado por Guruji como el principal foco de guerras en el mundo actual. El budismo, nacido en la India en el siglo sexto antes de Jesucristo, se propagó en Japón vía China y sustituyó a la religión tradicional, el sintoísmo, en los primeros siglos de nuestra era. En los tiempos de Nichiren, el budismo prácticamente había desaparecido de la India desde hacía varios siglos.

[29] Según el modo japonés de contar, que considera que el hombre tiene *un* año al nacer, habría que leer aquí 33 años. Es el número que figura en la autobiografía de Guruji. También es la edad en que Nichiren fundó su nueva secta.

[30] Varios sueños y visiones jugaron un papel preponderante en la vida de Guruji. Al enterarme de su biografía por primera vez, en 1974 ó 1975, me chocó mucho que se pudiera conceder tal importancia a los sueños, y a sus mensajes ¡en un lenguaje simbólico tan imponderable! Veía en ello como un resto arcaico, a fe mía bastante folclórico en pleno siglo veinte. Estaba lejos de sospechar que al poco, un sueño (que además no parecía tener la menor connotación religiosa) iba a transformar profundamente mi relación conmigo mismo y con el mundo; y que

que tuvo en 1912 (entonces tenía veintisiete años), consagraba su vida a "iluminar a los demás" y a diseminar el Dharma (la doctrina del Buda) por el mundo, tanto en Japón como en Manchuria y China. Después de la apocalíptica destrucción de Hiroshima, al final de la segunda guerra mundial, esa misión se amplió a una misión a escala mundial, en inseparable simbiosis, actualmente, con una actividad pacifista no violenta en el espíritu de Gandhi ([67]).

N 193 ◊Entre su ordenación en 1903 y el sueño de 1912 que le precisó su futura misión, Guruji pasó diez años de su vida estudiando las principales corrientes del budismo presentes en su país, partiendo de la enseñanza de Nichiren para volver finalmente a ella y mantenerse en ella hasta el fin de su vida, y haciendo de los escritos del profeta y de la Sutra de la Flor de Loto su pan espiritual de cada día y su referencia constante. Pero visiblemente está más inclinado a la práctica religiosa que a la erudición y la exégesis de los textos[31]. Las enseñanzas religiosas le interesan no como temas de estudios filosóficos, históricos, lingüísticos, sino en la medida exactamente en que permiten iluminar su propia vida y la de los demás. Igual que Gandhi, no es un intelectual o un místico, sino un hombre de acción. En su autobiografía, nunca se detiene en el detalle de sus estudios, y aún menos en la discusión de cuestiones doctrinales o filosóficas o sobre la evolución de sus ideas y de su visión del mundo. Por el contrario, habla con bastante detalle de sus prácticas ascéticas. Al dedicarse a sus estudios religiosos, familiarizándose con las doctrinas y prácticas Zen, parece ser que consagra los cinco años de "espera" entre 1912 y 1917 (en que debía comenzar su actividad misionera) ante todo a una preparación "práctica" por medio de prácticas ascéticas, el "self–training" como él las llama.

N 194 ◊Los primeros ejercicios que menciona consisten en quemaduras de la piel, practicadas de manera continua y sistemática como un medio (supongo) para entrenarse a resistir el dolor físico. En los siguientes años se imagina y ejecuta pruebas de resistencia dignas de figurar en una "hagiografía ascética universal" desde los orígenes. Las describe con el detalle sin énfasis que se pondría en un pequeño manual de movimientos gimnásticos. Seguramente pocos son los que hayan sobrevivido al tipo de "entrenamiento" al que se sometió en su juventud, sin que su salud se resintiera, muy al contrario. Parece ser que se forjó a la vez que su voluntad, para poder afrontar después sin temor ni desfallecimiento los rigores a veces extremos de la vida que había elegido.

Recuerdo que al principio me desconcertó y hasta me molestó, cuando esporádicamente me llegaban ecos de esas antiguas prácticas ascéticas de Guruji, por alguno de sus discípulos que había retomado por su cuenta algunas (¡las menos temerarias!) de ellas. Según mis ideas bien

---

en adelante mi subida por el camino del conocimiento iba a estar marcada por otros sueños, que siempre llegaban a punto para aportarme algún conocimiento crucial, que nada hubiera podido hacerme prever y que ningún libro ni nadie hubiera podido comunicarme. E incluso se presentaron algunas "visiones" el pasado invierno, como la cosa más natural del mundo – tan sencillamente, sin tambor ni trompeta, como aparecen en el relato de Guruji... Después del gran viraje que tuvo lugar en mi vida espiritual en 1976, con (entre otros) el primer sueño mensajero cuyo mensaje sondeé, ni se me ocurrió ponerlo en relación a poco que sea con la persona de Guruji, o con mis contactos con un ambiente religioso, por medio de los monjes que recibía familiarmente en mi casa. Sólo me he dado cuenta de ese lazo con la retrospectiva que estoy haciendo de mi encuentro con Guruji, y con los monjes inspirados en él.

[31] No creo que razonablemente se pueda considerar a Guruji como un "erudito" en literatura religiosa budista. Por lo que sé, nunca aprendió una lengua extranjera, por ejemplo el pali, el sánscrito o el chino, como hubiera sido natural en un erudito de los escritos budistas. Además he notado que muchos japoneses (y lo son Guruji y casi todos sus discípulos que me he encontrado) tienen un serio "bloqueo" con las lenguas extranjeras. Cuando Guruji se encontró con Gandhi en 1933, después de llevar tres años en la India, prácticamente aún no hablaba ni una palabra de hindi, y su intérprete, un discípulo japonés de Guruji, sólo hablaba inglés y muy mal. (Respecto de ese encuentro, véase la nota posterior "El encuentro – o el don de atención", n^o 66.)
En general, tengo la impresión de que los espíritus poderosamente originales rara vez se inclinan a la erudición como tal, sino que tienden más bien a dedicarse selectivamente a lo que exactamente ha de nutrir su misión y a asimilarla, evitando cargar todo bagaje inútil. En este aspecto, el Renacimiento parece haber sido una época excepcional, en que la erudición humanista era parte del aire de los tiempos y los más dotados la adquirían "sobre la marcha", como algo que se da por sentado.

establecidas, entonces veía ahí un fanatismo religioso de mal agüero, un lamentable desprecio e incluso un odio del cuerpo, que se desahogaba con tales violencias sobre sí mismo[32]. Pero al ir conociendo mejor la personalidad poco corriente de Guruji, a la fuerza tuve que constatar que ese esquema categórico no se le podía aplicar en modo alguno. En él no hay traza de odio ni del Mundo[33], ni de sí mismo ni de su cuerpo. Muy al contrario, en él se siente un respeto y un amor por las cosas de este Mundo, hasta por las más humildes, una gratitud por todo lo que le pasa al tiempo que una solicitud por lo que esté confiado a sus cuidados, incluyendo el bienestar y la
N 195 salud de su propio cuerpo, igual que el de sus ◊discípulos y parientes. En sus ejercicios ascéticos, llegando a veces hasta el límite extremo de la resistencia humana, siempre tenía mucho cuidado, a la vez que empujaba el límite tanto como podía, en no pasarse jamás, y hacerlo de manera que ese cuerpo a él confiado no se deteriorase ni disminuyera, o se afease de algún modo. Podemos preguntarnos sobre el sentido de tales pruebas impuestas a uno mismo, a las que parece que se inclinan tantos temperamentos profundamente religiosos. No tengo conocimiento de que Guruji se haya explicado jamás al respecto[34], y sin duda debía sentirse tanto menos incitado a hacerlo cuanto que esas prácticas se inscriben, en el budismo al igual que el hinduismo que le había precedido o en el cristianismo posterior, en una larga tradición varias veces milenaria[35]. Pero el mismo término que utiliza, "self–training", sugiere un "entrenamiento" como el de un atleta, indicando ya con bastante claridad al menos una de sus motivaciones: se trata de ejercitar conjuntamente el cuerpo y la voluntad, para lograr un dominio tan perfecto como sea posible de la voluntad (o mejor dicho, del *espíritu*, instancia espiritual responsable de la persona....) sobre el cuerpo, y del espíritu y el cuerpo conjuntamente sobre todas las pruebas (y también, sin duda, sobre todas las tentaciones de apoltronarse...) que pudieran presentarse; y esto no con disposiciones de brutalidad ni de cerrazón hacia las humildes y necesarias exigencias del cuerpo, sino más bien con las del perfecto caballero hacia su montura: de un caballero ciertamente
N 196 exigente hasta ◊el extremo con ella como consigo mismo, llevándola a veces hasta el límite extremo de lo que es capaz de dar, pero teniendo cuidado a la vez de no sobrepasar nunca ese límite y dedicándole en toda ocasión una solicitud amorosa y atenta[36].

[32]Tenía el mismo malestar, la misma actitud de rechazo, frente a lo que conocía de los *ritos de iniciación*, especialmente los ritos de pubertad, en las sociedades llamadas "primitivas". También sobre este tema, mi forma de ver ha matizado considerablemente a lo largo de los años.

[33]Las disposiciones de Guruji respecto del "Mundo" concuerdan con las de Nichiren. Éste se distanciaba de las actitudes dominantes en su tiempo, en que las gentes tendían a proyectar en un "más allá" idílico su nostalgia, en el seno de una sociedad violenta y agitada, de una vida serena y feliz. Insistía en que el papel de la religión no es incitar a los hombres a poner sus esperanzas en un mundo mítico, sino instaurar un estado de armonía entre los hombres en el seno de la nación, y (últimamente) entre las diferentes naciones. Se trata en suma de instaurar el "Reino de Dios" en la tierra (retomando la expresión evangélica), en vez de relegarlo al cielo. Seguramente ésa era también la visión de Jesús, igual que la de Buda, pero en ambos con un mayor acento sobre el aspecto individual, el "Reino de Dios en el hombre", más que colectivo (el reino de Dios en la nación). Ese aspecto colectivo del advenimiento del Reino de Dios me ha sido subrayado en tres de los cuatro sueños proféticos que tuve el pasado invierno.

[34]Dice sin embargo, a propósito de sus ejercicios en el frío glacial de Manchuria, que éstos le recordaban las pruebas que San Nichiren tuvo que pasar en su duro exilio, en la isla de Sado. La motivación parece ser de la misma naturaleza que la de los místicos cristianos que arden en deseos de "compartir la cruz de Cristo" en lo posible.

[35]El mismo Buda, dotado de una voluntad excepcional, antes de su iluminación realizó ejercicios ascéticos llevados a un grado extremo, que además describe en coloridos términos en uno de sus sermones (según nos ha transmitido la tradición oral). Después de su iluminación, rechazó esa vía extrema, igual que la vía extrema opuesta de una vida muelle dada a la búsqueda de placeres, como desprovistas de nobleza, y trazará y recomendará la "noble vía de en medio". Seguramente sabía bien, al hacerlo, que entre los que aceptaran su enseñanza en los siglos venideros, no faltarían los que sin embargo siguieran una u otra vía extrema, que él había superado. Las experiencias ni del Buda ni de nadie pueden dispensar a todo hombre de tener que pasar por sus propias experiencias para encontrar su justa vía. No fue de otro modo para Fujii Guruji. Parece ser que no practicó formas extremas de "self–training" ascético más allá de los 35 años. Parece que terminaron en los primeros años de su obra misionera propiamente dicha (que comenzó en 1917, cuando tenía 32 años).

[36]Veo sobre todo dos tipos de escollos en la vía de las austeridades ascéticas, que (si no se tiene cuidado) pueden

Sin duda, si Guruji pudo llegar en esa vía (entre otras que pueden parecer más esenciales...) tan lejos como lo hizo, sin perder la vida ni la salud, no fue sólo por tener una constitución idónea, sino ante todo por la fuerza de su fe. Seguramente era ella la que le instaba a llegar con confianza hasta un límite que a la razón y la imaginación les podía parecer una locura, sin temor alguno a morir o dañarse de por vida. Tengo muy claro que para Guruji eso no era una especie de partida a "doble o nada", un apuéstalo todo – sino que en cada momento tenía una conciencia clara de sus posibilidades reales de resistencia, ciertamente contando la multiplicación desmesurada por efecto de una fe ardiente en la que se concentraba todo su ser.

Ciertamente, unas pruebas ascéticas tan extremas van mucho más allá de las necesidades de un "self–training" incluso del más exigente, y su sentido no puede reducirse a un aspecto de alguna manera "utilitario", conforme a la imagen del caballero que se entrena con su montura, ¡a fin de estar preparado para resistir todos los asaltos! Creo sentir ahí una tonalidad más específicamente religiosa que, no por permanecer constantemente implícita, es de menor importancia. Se percibe el impulso de un deseo exaltado de *glorificar* con todo su ser a *Dios* (o al Buda, o al Creador, o cualquier otro nombre que se Le dé...), con tales actos de superación de uno mismo y de lo que de ordinario parece ser humanamente realizable – haciendo donación
N 197 total de esa superación a Aquél que se glorifica ◊tan en silencio. Seguramente, lo que hace posible tal acto y le da todo su sentido, es saber que en ese camino no estamos *solos*; que de alguna manera misteriosa, Aquél que glorificamos con todo nuestro corazón y todo nuestro ser Se asocia y participa en ese acto de alabanza y de amor.

Bajo esta luz, se comprende que si en Nichidatsu Guruji ese don de amor se hizo una vez por la vía de las austeridades ascéticas extremas, eso no fue porque ese hombre estuviera alienado de su cuerpo, o le tuviera horror, sino al contrario porque era, a la vez que un "espiritual", un "terrenal" amigo de su cuerpo al que apreciaba por instinto. Era con algo muy valioso para él con lo que testimoniaba del modo más espontáneo y más perfecto su amor por Aquél que es la Fuente de todo amor y cuya gloria cantaba, mejor que lo hubieran podido hacer sus débiles palabras. Hay actos, ahora me doy cuenta, que (sin decirlo jamás...) son ante todo oración y ofrenda – un apasionado canto de amor del que son a la vez letra y melodía.

Y seguramente no hay que ser ni sentirse un gigante del espíritu para darse así dedicándose por completo – hacer de la vida, aunque sólo sea por unos momentos, un canto de alabanza, un canto de amor. Para eso basta haber sentido la realidad y la presencia de Aquél y de Aquella de los que vienen todos los dones, de Aquél y de Aquella que acogen todos los dones que les llevan las aguas vivas del amor. Con tal acto nos convertimos en vehículo del don que el Alma del Universo se hace a Sí misma. Participamos, en nuestro humilde sitio, en el gran Canto de la Creación y en la fuerza del Río del devenir.

No es necesario ser grande: al despojarnos nos superamos, y al superarnos (con una fuerza que hay en nosotros y que no viene de nosotros...), sin buscarlo crecemos.

N 198 ◊(62) Que nuestra oración sea canto...

desnaturalizar su sentido incluso en el caso de que no se mezcle con ninguna intención oculta autodestructiva o "masoquista". Uno es perder el contacto con las necesidades esenciales del cuerpo y hacerle violencia, incluso sin intenciones violentas hacia él – cual un señor duro y sin piedad que exigiese a sus servidores más de lo que éstos pueden realmente dar. El otro, sin duda aún más frecuente, es el de lanzarse a una puja ascética por un ansia de autoengrandecimiento egótico, para ponerse por encima de los demás a los ojos de uno mismo o a los ojos de otro; o aunque sólo sea por la satisfacción de experimentar el poder absoluto, discrecional de la voluntad sobre el cuerpo. En tal caso, esa voluntad no es, como podemos imaginar, la del espíritu, que entonces está subyugado por el ego, sino la voluntad *del ego*. Seguramente ambas actitudes, la de cerrazón frente a las necesidades del cuerpo, y la que se mueve por el ansia de poder o de autoengrandecimiento, a menudo van juntas. De hecho, los movimientos de la vanidad y el orgullo siempre van acompañados de una cerrazón del ser. Y los actos que inspiran son espiritualmente estériles por sí mismos.

(29 de octubre)[37] "La Oración" consiste en la repetición indefinida de siete sílabas sagradas[38]

¡Na mu myo ho ren ge kyo! ,

siguiendo un ritmo invariable llevado al unísono por todos los participantes, casi siempre de forma bastante vigorosa, con pequeños tambores portátiles de oración en piel, que se golpean rítmicamente con un mazillo robusto y recurvo, de una madera a la vez dura y ligera. El ritmo está rigurosamente fijado, sólo el tempo puede variar según el tono general y las disposiciones particulares de los participantes. El sonido del tambor tiene por sí mismo un efecto muy tonificante en los participantes y en los eventuales oyentes – al menos (en éstos últimos) cuando no se oponen resistencias debidas a prevenciones deliberadas. No hay melodía fija, y casi siempre el recitativo de cada uno de los participantes se sitúa en un registro más o menos monocorde, cada uno "colocando" su voz en la altura que le es propia, o (a veces un poco a la buena de Dios) según su disposición o la inspiración del momento. Tampoco es raro, sobre todo cuando hay muchos participantes y se han reunido de manera más o menos fortuita, sin estar ya acostumbrados a rezar unos con otros, que el canto comience de manera más bien disonante, pero parece que eso no le preocupa a nadie. Entonces hay una especie de milagro que ocurre siempre[39], y que no cesa de maravillarme cada vez: y en los minutos siguientes, a medida que el canto progresa y sin que haya la menor apariencia de esfuerzo consciente en ese sentido, todas esas voces, que en esa cacofonía inicial a menudo parecen toscas y patosas, se reajustan y "se colocan" unas
N 199 con otras como movidas por el efecto de una ◊fuerza que hubiera nacido del mismo canto y que actuaría en cada uno, para resolver el barullo de voces heteróclitas y disonantes en la múltiple y delicada armonía polifónica de un verdadero canto; un canto diferente de cualquier otro que jamás hubiera sido cantado, naciendo así (no sabríamos decir cómo) en cada momento, como bajo las discretas indicaciones de un Director de Orquesta invisible e inspirado, que con sus manos expertas y seguras trenza los hilos dispersos de nuestras granulosas voces en esa cinta cálida y suave y ondulante de un vasto canto.

Para un observador superficial, esa armonía de la Oración cantada en común puede parecer repetitiva, por esa inalterable unidad rítmica de base de las siete sílabas rituales, según una textura melódica en apariencia invariable. Sin embargo, cuando (como es lo más frecuente) el canto continúa durante más tiempo que unos pocos minutos, incluso una hora o más, esa textura melódica tiende a modificarse insensiblemente a lo largo del canto, por deslizamientos progresivos bien de tal voz, bien de tal otra, trazando un sinuoso camino hacia los agudos o los graves, en la movediza trama de voces entrelazadas. Igual que a un viajero en una barcaza tranquila y potente que baja por un río, el movimiento y el canto de esas aguas que le arrastran pude parecerle el mismo de un momento a otro. Y sin embargo también sabe, y siempre renueva esa experiencia, que cambia sutilmente, según los vientos y el sol y el relieve circundante y los meandros del recorrido, a medida que prosigue su viaje y se acerca al final – al mar que incansablemente le llama y le atrae, sin cesar cambiantes y eternamente semejantes a sí mismas, esas aguas cantarinas y ondulantes...

(63) Los visitantes sin equipaje

(25 y 26 de septiembre)[40] Los monjes que venían a verme eran casi siempre monjes jóvenes,

[37] Véase el signo de reenvío a la presente nota en la sección "La entrada de lo divino (2) – o "dando gusto a Buda"" (n^o 71), página 346.

[38] Para la significación religiosa de esas sílabas, véanse los comentarios en la penúltima nota "Fujii Guruji (1) – o el sentido de lo esencial", página N 183.

[39] Alguna vez, muy excepcionalmente, he participado en una oración en común a tres, y en uno de los monjes participantes se manifestaba una acción perturbadora sistemática, tendiendo a mantener a toda costa una desarmonía del conjunto. Sin embargo era un hombre de un notable sentido musical, pero presa de un estado de deterioro interior próximo a la neurosis. En los días siguientes me abstuve de asociarme a una "oración" que se había convertido en una burla.

[40] Véase el reenvío a la presente nota en la nota "Fujii Guruji (1) – o el sentido de lo esencial" (n^o 60), página

en la veintena o la treintena, dejando aparte el grupo de monjes y religiosas que fueron mis huéspedes junto con el mismo Fujii Guruji, durante varios días a principios de noviembre de 1976. Igualmente hay otros dos monjes de más edad, venidos a Francia para visitas de unas pocas semanas. Ambos eran hombres de gran presencia, Fukuda shonin y Yagi–ji shonin. Tengo por un gran privilegio que hayan venido a vivir bajo mi techo durante cierto tiempo, demasiado corto a mi gusto (una o dos semanas cada uno) para aportar una enseñanza con su sola presencia

N 200 al alumno ¡ay! ◊mediocre que yo era. En la primera visita de Fukuda shonin, a finales de 1976, debía de estar en la cincuentena – es cinco o seis años mayor que yo. Gracias a él, que había visto un artículo en un periódico japonés sobre mi actividad militante ecologista y antimilitarista en el seno de Sobrevivir y Vivir, y sobre mi postura sobre la ciencia y la investigación científica, se estableció el contacto entre Nihonzan Myohoji y yo. El primer monje misionero del grupo que vino a Europa, el mismo que desembarcó en mi casa sin avisar el 7 de abril de 1974, era su discípulo directo, habiéndose hecho monje bajo su influencia mientras proseguía sus estudios de física. Fukuda shonin y yo teníamos fuertes afinidades. Era un hombre a la vez pensativo y de un temperamento comunicativo, activo, amable, teñido de una alegría tranquila, y le gustaba cantar. Cocinero y jardinero experto por añadidura. Y también tenía una gran experiencia de la vida. Lamento que el contacto con él no se haya mantenido después de 1978 – eso forma parte de las numerosas cosas que permanecen misteriosas para mí, en mis relaciones con el grupo Nihonzan Myohoji. Se distinguía de Guruji por su carácter sedentario: sólo salió de Japón (aparte de sus dos visitas a mi casa) durante la última guerra, cuando era un joven soldado[41] En contra de la tradición monástica budista, llevaba una vida de campesino (practicando el cultivo biológico, hay que precisar). Había reunido a su alrededor un grupo de jóvenes de ciudad para una vida en común a la vez religiosa y agrícola.

N 201 ◊Yagi shonin había pasado una gran parte de su vida en la obra misionera de Nihonzan Myohoji en India. Debía de estar en los setenta bien cumplidos. Pequeño, muy fino, inclinado al silencio, haciendo las cosas discretamente de forma que a penas se le notara, se desprendía de él sin embargo una silenciosa irradiación que impregnaba la atmósfera del lugar. Desgraciadamente yo lo percibía a través de un caparazón aislante, de tan distraído que estaba en ese periodo por ya no sabría decir qué ocupaciones o cuidados. Y sin embargo, a pesar de esa distracción, a pesar de esa falta de atención (al límite, me temo, de la descortesía) hacia mi huésped, y de que en los diez años que han pasado he olvidado tantas cosas, el recuerdo de esa silenciosa presencia, de esa disponibilidad discretamente amorosa, permanece vivamente grabado en mi espíritu. No creo que lo olvide jamás.

Es algo notable que con Fukuda shonin y Yagi shonin no tuviera nunca ninguna veleidad de tratar sobre cuestiones de doctrina, ni con ninguno de los monjes más jóvenes que vinieron a compartir mi techo. Entre mis amigos monjes el único que, por propia iniciativa, me aclaró

N 182.

[41] Me sorprendió un poco ver que un monje budista, penetrado del mensaje de paz del Buda y dedicado en cuerpo y alma a una "acción de paz" en el espíritu de Buda, me hablara como de la cosa más natural y (pudiera parecer) la más "normal" del mundo de su participación en la guerra, en una guerra que además era al más puro estilo imperialista en contra de pueblos pacíficos y militarmente poco preparados. Cuando interrogué a Fukuda sobre esto, me precisó que por o que él sabía, no hubo en Japón ni un sólo budista, monje o laico, que se negara a ser movilizado según le obligaba la ley – a riego, es verdad (según lo que me decía mi informador), de ser fusilado más o menos en el sitio por "deserción". No me quedó claro si hoy la situación sería diferente, aunque sólo fuera (digamos) entre los monjes de Nihonzan Myohoji, o si en la próxima gran ocasión el reflejo del rebaño actuará inexorablemente como antes. Lo que ocurrió en la última guerra mundial, tanto en Oriente como en Europa, tanto en países budistas como cristianos, ilustra en todo caso de manera llamativa hasta qué punto las admirables historias de "Bodhisattvas" dejándose descuartizar y bendiciendo a sus verdugos, o de santos cristianos sufriendo mil tormentos antes que desviarse una pulgada del camino trazado por el Cristo, tienen en los ardientes fieles (que se complacen en identificarse con esas imágenes de Épinal[42]) el efecto de vapores euforizantes, que la primera borrasca seria disipa sin que quede rastro; el tiempo, al menos, de cumplir con "su deber de ciudadano" y de esperar tiempos mejores (si llegan...) para retomar las dulces e inefables ensoñaciones "espirituales".

ocasionalmente cuestiones de doctrina o de fe, e incluso el único que he oído o leído expresarse en ese sentido es el mismo Fujii Guruji. Eso debía formar parte de la ley no escrita del grupo, sentida por todos sin que jamás tuviera que ser formulada: que sólo el Maestro tenía autoridad para hablar de tales cuestiones. Y en ese terreno su autoridad, más inmediata que la de Buda o San Nichiren, era absoluta.

(64) Filiación y crecimiento de una misión (Nichiren y Guruji)

(26 de septiembre)[43] He creído sentir entre los miembros de Nihonzan Myohoji como un acuerdo tácito de que Fujii Guruji era una reencarnación del mismo Bodhisattva Nichiren. Sin que tenga una convicción bien asentada sobre este tema, esa suposición me parece al menos de lo más natural. Lo que es seguro es que la fuerte personalidad de Fujii Guruji no cede en nada a la de san Nichiren, tanto por el indomable coraje en la adversidad y las pruebas (al límite a veces de la resistencia humana), y por la humildad que acompaña a ese coraje, como por
N 202 una fe inquebrantable en ◊su propia misión, de dimensiones sobrehumanas. A ello se añade en uno y otro una seguridad sin fisuras en la justedad de sus opciones y sus opiniones religiosas (seguridad que puede llegar hasta la intolerancia más perentoria), y un infatigable ardor militante para iluminar a los hombres, anunciando al mundo la verdad de la que se sienten nombrados apóstoles.

Conforme a la visión "krishnamurtiana" de la realidad espiritual y psíquica, visión (a menudo todo en "blanco o negro") de la que estaba tan fuertemente impregnado todavía en octubre de 1976, tendía a no ver en tales disposiciones de apóstol más que un producto de las tendencias de autoengrandecimiento del yo. Me quedó como un malestar hacia ese aspecto de la persona de Guruji, aspecto que nunca había examinado seriamente bajo sus diferentes iluminaciones. Además ese malestar estaba alimentado y reforzado por ciertos aspectos y episodios a veces desconcertantes, por decir poco, de la actividad misionera del grupo que aceptaba la autoridad de Fujii Guruji[44]. Sin embargo, con perspectiva, puedo decir sin reserva alguna que en Guruji (y seguramente igual que en san Nichiren) ese ardor apostólico me parece que es de naturaleza espiritual, y no egótica. Una de las piedras de toque seguras para esa cualidad espiritual es la fortaleza en el sufrimiento y en la soledad – la capacidad de llevar su misión, solo si es necesario, entre la indiferencia, la apatía, o la hostilidad y hasta el desprecio de todos, sin perder el sentido de la grandeza de esa misión, ni endurecerse o agriarse. Los inviernos más despiadadamente rigurosos al pasar por tales almas las vuelven más limpias, y más delicado y penetrante su perfume, como por un vino de noble cepa.

Otra piedra de toque es el contacto con tales seres, en "carne y hueso" o aunque sólo sea a través de sus obras, contacto que nos permite percibir ese limpidez esencial, ese perfume, inalterados por las diversas contingencias que les lían igual que nos lían a nosotros. Esa percepción directa de la personalidad excepcional de Fujii Guruji es la que ha permanecido como nota de fondo fuerte y persistente, inalterable, en mi relación con él. El "malestar" que acabo de evocar le añadía unos "armónicos" (a veces al límite de la disonancia...), que lo enriquecen como con una interrogación persistente y nunca resuelta, con tonalidades de misterio nunca sondeadas verdaderamente. En alguna parte de mí, seguramente, ya se había decantado la parte esencial de la contingente, en ese canto de una riqueza desconcertante que me llegaba por la personalidad viva y los escritos de Guruji, y por los ecos de su vida. Pero esa separación sólo se hizo plenamente consciente con el trabajo de estos últimos meses sobre la Llave de los Sueños, a lo largo de los días y las semanas. La reflexión ocasional sobre la obra espiritual de los apóstoles
N 203 ◊de Jesús, bajo el impulso del pensamiento de Marcel Légaut, ciertamente tuvo su parte.

[43] Véase el signo de reenvío a la presente nota en la nota "Fujii Guruji (1) – o el sentido de lo esencial" (n^o 60), página N 182.

[44] Explico algo de esto en la nota "El santo y sus flaquezas – o la paradoja del mutante" (n^o 71), especialmente la página N 234.

Volviendo a la relación entre Fujii Guruji y Nichiren, se me ocurre que ése es por excelencia uno de esos casos mencionados por Marcel Légaut (pero sobre todo en el contexto del mundo espiritual cristiano) de una auténtica "filiación espiritual". Esa filiación ha sido de una fecundidad excepcional, realizándose después de más de siete siglos sin que su fuerza se viera afectada en nada. En efecto, casi siete siglos tuvieron que pasar desde la muerte del gran profeta budista, antes de que se levantara el hombre que hiciera el voto de consagrar su vida al cumplimiento de la misión que éste anunciaba: llevar a la India, cuna de la doctrina de Buda que tanto había impregnado al pueblo y la cultura del Japón, esa perla sin precio que la India había dejado que se perdiera. Así Guruji fue el primero y uno de los principales obreros del renacimiento del budismo en la India. Después de diez o quince siglos que estaba muerto y era prácticamente desconocido en toda la India, en 1930 un monje desconocido y solitario que estaba en los cuarenta, sin lazos con el país y sin siquiera conocer una de sus lenguas, armado solamente con su fe, su tambor sagrado y su Oración, llegó para desembarcar. Allí pasó casi medio siglo de su vida, recorriéndola en todas direcciones y cantando Na mu myo ho ren ge kyo a voz en grito, acompañándose con el tambor de oración. Hoy la India cuenta con millones de budistas[45] – el budismo ha vuelto a ser una de las tres religiones principales del país, con el hinduismo y el islam. ¿Mera coincidencia (^{65})?

N 204 $^{\diamond}$Pero esa gran misión, nutrida a lo largo de los años por lo que el obrero era y por lo que él llegaba a ser con su contacto, no ha dejado de transformarse durante ese medio siglo. Pues la misión es una obra de fe y de arte, y no ejecución de una tarea según planes preestablecidos e inmutables: obra de creador, no de recadero. Sin que estuviera premeditado ni previsto, por la virtud creativa que había en ella y en aquél que se fundía con ella, creció hasta tener la talla de la humanidad entera y de su destino, no sólo el de las próximas generaciones, sino de su destino para siempre jamás. Lo que hombres de mirada profética y profunda, como el Buda, Jesús y Nichiren entrevieron en el horizonte de los tiempos, y que hasta el momento de la conflagración atómica de Hiroshima, el 6 de agosto de 1945, permanecía aún en una neblina más que lejana para todos, incluyendo a Fujii Guruji, que se acercaba ya al atardecer de una vida de trabajos bien repleta, de repente se volvió muy cercano: *ese gran fuego que abrasó Hiroshima, ¡era la señal del gran Fuego que ya abrasa la Casa de los Hombres!* De repente esos tiempos de un futuro casi mítico en que, según las profecías, ha de jugarse el destino de os hombres, se han vuelto muy cercanos, qué digo: *ya estábamos en la Casa que se quemaba y todavía estamos en ella*, pero sin que la mayoría se dé cuenta todavía; pues las llamas aún no están a nuestro alrededor y no nos llega el calor, y los que se queman siempre son los demás (al menos así parece...), y los demás están lejos...

Ese hombre supo sentir ese aliento ardiente, como un signo de que la medida ya estaba colmada y de que los tiempos estaban maduros: el infierno ha puesto pie sólidamente y se ha extendido y ha invadido la tierra de los hombres, la tierra de Dios y de todas las criaturas. Y

[45] Son sobre todo los antiguos sin–casta los que han abrazado la religión budista, que no reconoce el sistema de castas. Sin duda *ahí* estaba sobre todo el carácter revolucionario tangible de la doctrina del Buda, que tomaba posición de manera drástica en favor de los desheredados del antiguo sistema de castas. Buda, ese hijo de rey, al hacerse monje *mendicante*, se identificó con los pobres entre los pobres. El color ocre del hábito del monje budista, conforme a la tradición inaugurada por el Buda, simboliza la tierra, el barro, que es considerado vil por la tradición, asimilado a la condición del paria, y revestido de nobleza por el empeño sin reservas del Buda. No hay que extrañarse de que las enseñanzas del Buda, igual que las de Jesús, hayan encontrado en vida y en los siglos siguientes una vehemente hostilidad por parte de los poderes establecidos, y esto a pesar de el hecho de que el hinduismo tiene tendencia a ser mucho más tolerante con las desviaciones doctrinales, de lo que lo ha sido el judaísmo. Además es algo extraño que el Buda haya llegado a viejo y muriera de muerte natural, en lugar de ser puesto rápidamente fuera de juego, como fue el caso de Jesús. Quizás su alta cuna contribuyera a rodearlo de un halo de prestigio que lo preservaba, así como los numerosos discípulos en vida, de una persecución sangrienta. Según cuenta la tradición, durante los cincuenta años que le fueron concedidos después de su iluminación, de la persona de Buda se desprendía una irradiación y una autoridad como no se sabe de ningún otro hombre en la historia, incluyendo a Jesús.

para superar al infierno, tenemos que dar ahora *el Salto* – o perecer...

Ese salto, bien lo veía él con los ojos del espíritu, no era un salto de la mera inventiva humana, sino un prodigioso *salto espiritual* de la humanidad entera. Es el salto que, arrancándonos de nuestro desprecio por os seres y as cosas que nos rodean, ha de elevarnos a la veneración de lo divino en toda cosa que tenga un soplo de vida.

Quien venera no destruye ni mutila, sino que saluda y se postra ante lo que venera. Y para el hombre impregnado del espíritu de la Sutra de la buena Ley de la Flor de Loto, el saludo religioso por excelencia, el que religa, no es otro que la Oración de las oraciones, don supremo
N 205 del Buda a los hombres y ◊Promesa hecha a todos los vivientes, asegurándoles un destino de Buda:

¡Na my myo ho ren ge kyo!

(65) El balance de la fe – o las vías secretas

(1 de noviembre)[46] Debe ser muy difícil, si no imposible, apreciar o situar el alcance exacto del papel de "misionero pionero" de Guruji, en el renacimiento del budismo en la India. No he tenido conocimiento de ningún inicio de reflexión en ese sentido, ni en el mismo Guruji ni en sus adeptos. Seguramente, su convicción íntima más o menos tácita, más o menos expresada con claridad, es que ese renacimiento es, antes que cualquier otra cosa, la obra espiritual de Guruji. En todo caso es innegable que Guruji y sus discípulos de Nihonzan Myohoji han jugado un papel de primer plano en la restauración de los lugares santos ligados a la vida del Buda. Los "jardines de Lumini", lugar del nacimiento del Buda, y la montaña sagrada de Gijjhakuta en la provincia de Rajgir, en que Buda habría enseñado la Sutra de la Flor de Loto, estaban invadidos por una jungla casi impenetrable cuando Guruji desembarcó en la India, a finales de 1930. Sin duda por razones políticas el gobierno de la India, al menos a partir de 1956 (con ocasión del 2500 aniversario de la "Gran Defunción", i.e. de la muerte del Buda) apoyó los esfuerzos de restauración del budismo en el país, que iban en el sentido del programa oficial de rehabilitación social de los antiguos "intocables". El amistoso contacto que se estableció en 1933 entre Gandhi y Guruji (véase al respecto la siguiente nota, "El encuentro – o el don de atención") seguramente jugó un papel en esa evolución de los espíritus en las altas esferas, en favor del budismo. Sin contar con su alcance al nivel de las fuerzas puramente espirituales, que es considerable.

Por otra parte y según puedo juzgar por los diversos ecos que me llegan, también es cierto que Guruji y los monjes de Nihonzan Myohoji en la India, al no hablar la lengua del país, nunca han arraigado en el seno del pueblo hindú. Su forma de budismo, centrada en la oración (¡en
N 206 japonés[47]!) Na my myo ho ren ge kyo, tampoco tenía ninguna oportunidad, en esas ◊condiciones,

[46] Véase el signo de reenvío a la presente nota en la nota anterior, página N 203.

[47] Es bastante extraño, cuando se piensa en ello, que aparentemente Guruji nunca haya pensado en recitar la Oración en su forma original, en lengua pali, que al menos forma parte del patrimonio cultural arcaico del país en que pretendía realizar su obra misionera. Esto va en el mismo sentido que la reticencia de Guruji, compartida por la mayoría de sus discípulos, a aprender una lengua distinta del japonés, para las necesidades de la obra misionera. Ahí parece haber un propósito deliberado de ignorar totalmente los aspectos prácticos de la obra misionera, incluyendo la comunicación verbal con los que se pretende "iluminar" religiosamente. Podemos ver ahí la señal de un fe incondicional, en la fertilidad de su acción, en la preeminencia de las fuerzas espirituales. Sin embargo también creo ver ahí una traza de discreto nacionalismo, tendencia tan fuerte en Japón, incluyendo los medios de inspiración religiosa, como en cualquier otra parte del mundo. Ese sentimiento nacionalista era aún más claro en Nichiren, para quien la nación japonesa estaba llamada a una misión salvadora en el mundo. Igualmente Gandhi veía tal papel para el pueblo hindú. (E igualmente los profetas hebreos, para la nación judía...) Seguramente Guruji lo sabía, y sin embargo ni uno ni otro sentía que eso fuera una diferencia que les separase. Sin duda lo contrario está más cerca de la verdad – la manera en que uno y otro se identificaban con su misión, que sabían de alcance universal, una misión de todo su pueblo, lejos de separarles, sólo podía acercarles más.
En lo que es esencial, situado en el plano espiritual, dos misiones pueden completarse, pero nunca contradecirse verdaderamente y aún menos entrar en competición una con otra. Dicho de otro modo: los designios de Dios siguen innumerables vías, bajo una infinidad de rostros diferentes que son todos *verdaderos*. Por diferentes que

de arraigar allí. Supongo que la gran mayoría de los budistas de la India, antiguos intocables casi en su totalidad, ni siquiera conocen la existencia de esa oración, que no han oído ni las palabras sagradas ni el sonido del tambor que las acompaña. Pero en el espíritu de Guruji es esa Oración de las oraciones, y ninguna otra, la que se supone que ha de "salvar" no sólo a la India, sino al mundo entero. Con ese espíritu escribe en su autobiografía (loc. cit. página 66):

> "Con la fe de que en todo caso el budismo no dejaría de retornar a la India, fui para allá, y si fracasaba, la profecía de Nichiren perdería credibilidad. Como mi doctrina es el budismo predicado por San Nichiren, si no propagara el Na–mu–myo–ho–ren–ge–kyo, mi viaje a la India perdería su sentido. Es verdad que entre las diferentes prácticas del budismo en Japón, el Na–mu–myo–ho–ren–ge–kyo fue creado por el pueblo japonés y como tal no puede ser fácilmente comprendido por extranjeros. Cuando los indios lo comprendan es cuando se restablecerá un auténtico lazo religioso. Si esa doctrina es una religión verdaderamente capaz de realizar la idea de la paz mundial, no dejará de encontrar creyentes. Sólo tal religión puede salvar a la India. Y no sólo la India, sino que todo el mundo puede ser salvado. Según la fe que tengo en la previsión del fundador [Nichiren], sobre eso no hay duda."

N 207 ◊Tomando al pie de la letra a Guruji, ¡deberíamos considerar que su misión en la India ha sido un fracaso! Sin embargo ése no es el sentimiento de Guruji ni de ninguno de sus discípulos, ni tampoco el mío ciertamente. En mi espíritu no hay ninguna duda de que, igual que la misión de Gandhi, la de Guruji jugará un importante papel en los designios de Dios. Según el juicio objetivo de la razón humana, la misión de Gandhi también parece un incontestable fracaso – la sociedad india, igual que el mundo en su conjunto, está tan alejada como siempre del precepto de la no–violencia amorosa. Y ya era así en el momento de la muerte de Gandhi.

Algunas páginas después del pasaje que he citado, Guruji cuenta que se instaló en plena jungla, junto a una antigua torre que señalaba el lugar de nacimiento del Buda. Tenía la intención de permanecer ahí rezando y ayunando, durante un tiempo indefinido, aunque tuviera que morir de hambre si fuera necesario. Finalmente el jefe de la aldea más cercana fue a buscarle y le ofreció hospitalidad, proponiéndole ir y volver todos los días, en vez de permanecer en el lugar y ayunar hasta la muerte. Seguramente, si ese hombre que había oído el sonido del tambor de oración que le llegaba de la cercana jungla no se hubiera conmovido, Guruji habría muerto allí según su determinación, aunque aún estaba en el primer paso de su misión, recién llegado a la India. Sin embargo, es bien evidente que al morir así en su empeño no hubiera tenido el sentimiento de un fracaso. Miraba con los ojos del espíritu, y sabía que todo acto de fe, todo acto de amor da fruto.

Los secretos caminos por los que obran los actos del hombre fiel a su misión están ocultos a sus ojos igual que a los ojos de todos. A lo más podemos captar afloramientos ocasionales, aquí y allá. Pero en toda su extensión y profundidad, sólo Dios los conoce.

(66) El encuentro – o el don de atención (Gandhi y Guruji)

(27 de septiembre)[48] Desde antes de su llegada a la India, en 1930, Fujii Guruji había sido fuertemente impresionado por la acción no–violenta llevada a cabo por Gandhi en favor de la independencia de la India, que estaba en su apogeo cuando desembarca. Es el año de la famosa
N 208 "Marcha de la sal", en que Gandhi y numerosos ◊colaboradores fueron encarcelados[49]. Parece ser

sean, esos designios y esos rostros están en íntimo *acuerdo* unos con otros, igual que Dios está de acuerdo consigo mismo.

[48] Véase el reenvío a la presente nota en la nota "Fujii Guruji (1) – o el sentido de lo esencial" (n^o 60), página N 184.

[49] Por la educación recibida, al igual que el mismo profeta Nichiren, Guruji hubiera tendido a ser respetuoso con la autoridad establecida y a concederle consideraciones y atenciones que, según mi propia inclinación, a menudo

que Gandhi es el único espiritual, aparte de Buda y Nichiren, cuyo pensamiento y personalidad han tenido un profundo impacto sobre la visión y la misión de Fujii Guruji. Después de la muerte de su madre en 1930, desde el instante en que Guruji hizo voto de consagrarse a la difusión del budismo y de la Oración en la India, también tenía la idea de que rezaría incansablemente por el éxito del movimiento de independencia iniciado por Gandhi en 1918, en contra de todas las grandes potencias incluyendo el Japón. Su propia misión y la de Gandhi–ji le parecían indisolublemente ligadas.

Es bien característico del enfoque directo de Guruji que al desembarcar en la India no se le ocurriera contactar con Gandhi–ji lo antes posible. Eso hubiera podido parecerle útil para obtener una garantía moral que, desde el punto de vista puramente práctico, seguramente hubiera sido muy valiosa para allanarle el camino de un trabajo misionero al estilo clásico. En vez de eso, primero se pasó tres años recorriendo los lugares sagrados del budismo en la India (que desde hacía varios siglos, invadidos por la jungla, nadie había pisado...), y familiarizándose un poco con la vida de los indios, viviendo en unas condiciones de soledad y pobreza en que más de una vez le pareció que iba a morir en el empeño. Entre tanto el rumor de un "monje con tambor" japonés llegó, de boca en boca y por Dios sabe dónde, hasta Gandhi. Un signo entre muchos otros de hasta qué punto Gandhi, ese ídolo nacional de una inmensa nación, permanecía sin embargo cerca de la vida del pueblo y de sus mil "pequeñas cosas": como esa "historia loca" del monje mendicante japonés, que sin hablar una palabra de hindi, en un suburbio perdido y apestoso de Bombay, junto a montones de basura y del lugar de incineración de los cadáveres, le enseña a los chiquillos a cantar una curiosa oración en japonés, acompañándose con un tambor...

N 209

◊Gandhi vivía entonces en su ashram de Wardha, a 800 km de allí. Su mujer Kasturba (con ocasión de algún viaje que tuviera que hacer a Bombay, supongo) fue a ver en persona (¡eso es!) al original y en su lugar, y a su inesperada llegada fue recibida en la choza del ermitaño por un montón de chiquillos andrajosos y alegres, dándole con ganas al tambor y cantando palabras incomprensibles para ellos mismos igual que para la distinguida visitante. Ella terminaría también por aprenderse esas palabras, si no a comprender su sentido, y por cantar ella también, igual que Gandhi, el canto sagrado...

Para Fujii Guruji, ahí estaba – en ese encuentro del budismo japonés encarnado por lo que él veía de más valioso en él, por la Oración entre todas, y la India encarnada por lo mejor que tenía para ofrecer al mundo, por ese gran santo (que él veneraba, en verdad, tanto como al mismo Nichiren...) – *ahí* estaba a sus ojos la profunda razón espiritual del éxito del movimiento de independencia de la India por la vía no violenta; un éxito que a unos ojos "realistas" le hubiera parecido entonces impensable, absolutamente sin esperanza. Igual que a esos mismos ojos, los de la mera "sana razón" que ignora lo que es de un orden distinto al suyo, la íntima convicción de Fujii Guruji sobre ese profundo lazo entre su misión y la de Gandhi y los destinos de la India, sólo les puede parecer como una fantasmagoría al límite de lo absurdo y del ridículo[50].

El primer encuentro entre los dos hombres tuvo lugar el 4 de octubre de 1933. Duró

---

me parecen excesivas. Eso no impide que al igual que Nichiren, y ciertamente sin buscarlo conscientemente, Guruji se encontró muy a menudo en oposición a las autoridades, cuando éstas eran hostiles a su misión, y hubo de afrontar la represión sin que jamás pensara en quejarse o en reprochárselo a sus opresores. Así en 1930 hacía mucho que había superado la actitud común, según la cual la prisión es el lote sólo de los malhechores. Ya en el primer año de su misión, en 1917, con ocasión de sus ingenuos esfuerzos por convertir a la verdadera fe budista a la familia imperial (ésa fue la primera idea que se le vino, para su misión en Japón...), tuvo derecho a una estancia en prisión, salpicada por otra parte de episodios rocambolescos. Seguramente ése fue uno de los primeros frutos apreciables de sus primeros esfuerzos misioneros...

[50]Yo mismo no tengo las ideas muy claras sobre esa íntima convicción de Guruji, si no es que no me parece ni absurda ni ridícula. Además me parece que no sólo es digna de respeto y de tomarse en serio, sino natural, y útil y fértil en su propia vida y en la de sus discípulos. Al nivel que se sitúa tal convicción, que no es el de los determinismos psíquicos o sociológicos sino más bien el de la realidad espiritual, me parece que escapa a toda posibilidad de apreciación "objetiva". Véase al respecto la reflexión de las dos notas consecutivas "La Providencia – ¿invención o descubrimiento?" y "Sentido e interpretación" (N^{o}s 30, 31).

unos veinte minutos – el tiempo asignado había sido de quince. (El tiempo de Gandhi, vista la afluencia de visitantes queriendo hablar con él, sin contar su obligaciones de coordinador de la acción a nivel nacional, estaba estrictamente programado...) Durante los dos meses siguientes, Guruji permaneció cerca de Gandhi en su Ashram de Wardha, lo que dio ocasión a varias entrevistas cortas más (totalizando quizás una hora, contando la primera), más un intercambio de cartas. Nos han quedado las notas de una especie de "diario", llevado por Guruji en esos
N 210 días, que él sabía capitales para su misión. Notas tomadas ◊en vivo, y de inmenso interés, que he leído por primera vez ayer por la mañana[51].

Durante los veinte minutos que duró la primera "entrevista", con la emocionada asistencia de un monje japonés discípulo de Guruji y que hablaba un poco (muy poco...) de inglés, Guruji no abrió la boca para hablar:

> "Durante todo ese tiempo, junté mis manos en oración, en gratitud por esa ocasión tan rara y valiosa. Más que esperar sacar alguna cosa de la entrevista, tuve el deseo de captar al mismo Gandhi–ji con ese encuentro. Mi intención no era escuchar opiniones, ni tenía el deseo de hacerle comprender algunas de las mías. Todos los periódicos de la India dedicaron un artículo a ese encuentro, diciendo que "durante ese encuentro de 20 minutos, permaneció recitando *Odaimoku* y rezando". El hecho es que esos veinte minutos pasaron mientras las lágrimas no cesaban de correr por mi cara."

Al leer ese escueto relato, se nota que en esos veinte minutos en que Guruji se limitó a rezar, los tres años cargados de esperanza, de oración, de sufrimiento y de fe que había pasado en ese país sin soñar en ir a importunar al que a sus ojos lo encarnaba totalmente, esos años estaban presentes con todo su peso. Y toda su intensa vida desde los años nimbados de olvido de su infancia, esa vida que se había desposado con una misión que la superaba infinitamente – esa vida estaba ahí toda entera, en esos minutos tan densos y de un sentido tan rico, que sólo la oración del corazón y las lágrimas podían decirlo. Para mí lo más extraordinario, no obstante, es que Gandhi, frente a ese extraño del que no sabía casi nada y al que veía por primera vez, haya sabido sentirlo: que ése que estaba ahí, aparentemente incapaz de articular una sola palabra, en compañía de un "intérprete" ahogado de emoción y más o menos balbuceante, hablando lo mejor que podía en lugar del visitante mudo – que ése no era uno más en esa marea de visitantes, entre los treinta o cincuenta si no eran cien que recibía cada día. Que ese hombre de aspecto humilde no había venido a *pedir* (a pedir quizás, seguramente como tantos otros, la distinción y
N 211 ◊el honor de haber hablado con Gandhi...), sino que había venido a *dar*. Si no obstante recibía, sólo era a través de ese don que hacía de sí mismo sin medida y sin esperar nada a cambio...

Ese extraordinario *don de atención* es el que me impresiona en Gandhi y el que para mí le da su grandeza en esos minutos, igual que se la da a Guruji. Atención que toma rostros tan diferentes en uno y en otro (pues a menudo se tiene la impresión de que Guruji no *ve* a la persona que tiene delante...) que pudiera creerse que es, en estos dos hombres tan diferentes, de esencia muy distinta. (Incluso estar tentado a creerla ausente en Guruji...)

Sin embargo quizás no es así. Al menos en ese breve encuentro (que parecería banal y quizás vagamente cómico sin más a todo observador superficial), en uno y en otro esa atención aparta y supera todo lo que en ese mismo instante es accesorio (mientras que por sí mismo sería de importancia capital para uno u otro). En esos raros momentos en que dos hombres se encuentran más allá de las ideas y las palabras que se pronuncian, en uno y otro vive la *atención a lo esencial*.

[51] Los últimos tres días los he pasado sobre todo leyendo (o releyendo) los dos libros citados de Guruji, "My Non–violence" y "Bouddhisme for World Peace". las notas de Guruji a que me refiero aquí figuran en el segundo de esos libros, páginas 44–77. El pasaje citado más abajo se encuentra en la página 53. Por supuesto, ahí también se encuentra un relato más detallado del encuentro y de las palabras intercambiadas entre Gandhi y el Rev. Okitsu (el monje discípulo de Guruji, que hacía las funciones de intérprete).

(67) El Mahatma de uniforme – u homenaje al no–soldado desconocido

(1–4 de noviembre)[52] Antes del punto de inflexión de Hiroshima, no parece que las guerras entre naciones y el papel que él mismo o sus discípulos tuvieran que jugar en ellas, le hayan planteado a Fujii Guruji el menor problema[53]. Al menos yo no he encontrado traza alguna de una reserva o una reticencia en ese sentido ni en la parte de su biografía que trata de esa época cuando tenía menos de sesenta años, ni en otra parte. Por el contrario, por lo que conozco de los hechos y gestos de Guruji después de 1945, creo poder decir que su oposición a los aparatos militares en tiempo de paz como en tiempo de guerra, igual que su oposición a toda guerra
N 212 aunque parezca justificada según los criterios ◊comúnmente admitidos, ha sido total y sin traza de ambigüedad[54]. Esta actitud de no–violencia resuelta y total frente a la guerra y los aparatos militares contrasta con la actitud extrañamente ambigua del mismo Gandhi, del que Guruji creía seguir el insuperable ejemplo[55].

Es en la ambigüedad fundamental de Gandhi en su relación con la guerra, con esa purulenta plaga falsamente santificada y convertida en respetable y anodina por una milenaria tradición de barbarie y de hipocresía social, es *ahí* donde veo *la* gran contradicción (entre otras de magnitud menos formidable) en la vida del Mahatma ([68]). Creyó consagrar totalmente esa vida a la búsqueda de la verdad y, como fruto de esa búsqueda, a la práctica de la "ahimsa", de la no–violencia amorosa hacia todos los hombres. En su propio país, un país al que estaba profundamente unido, se declaraba dispuesto a renunciar a la independencia de su pueblo duramente oprimido y humillado bajo el yugo colonial, si para instaurarla había que recurrir a medios violentos. Pero cosa extraña, ese mismo hombre sirvió sucesivamente en tres guerras,
N 213 debidas a causas que le eran totalmente ajenas[56], al servicio de gobiernos ◊de países en los que él mismo era extranjero, y en favor por añadidura de la discriminación y la brutalidad humillante de los amos del país.

Ciertamente, sin que no obstante lo apruebe o quiera seguir su ejemplo, no habría que lanzarle piedras, si se piensa en las inmensas presiones a las que ya tenía que enfrentarse en tiempos de paz en su lucha no–violenta por los derechos y la dignidad de la minoría india en

[52] Véase el reenvío a la presente nota en la nota "Fujii Guruji (2) – o el don" (n^o 61), página N 192.

[53] Véase el principio de la nota "El santo y sus fallos – o la paradoja del mutante" (n^o 71) para precisiones y comentarios al respecto.

[54] Un ejemplo típico al respecto es la actitud de Guruji sobre los incidentes fronterizos sino-indios. Citando la autoridad del Buda y la de Gandhi, abogó (ciertamente sin éxito) por disuadir a la India de dejarse arrastrar a una guerra, proponiendo participar personalmente, con sus discípulos, en una acción no violenta en la frontera sino–india. Véase, en "Buddhism for World Peace", "The doctrine of the sword", pp. 85–88.

[55] Remito a la nota anterior, "El encuentro – o el don de atención", para la relación entre Gandhi y Fujii Guruji. Ignoro si Gandhi supo, él también, aprender al fin la "lección de la historia" con el viento de la explosión de Hiroshima, durante los dos años que le quedaban de vida antes de su muerte violenta en enero de 1948. Pero no me ha llegado ningún eco en ese sentido.

[56] Se trata de la guerra de los Bóers (1899–1902), de la "revuelta de los Zulús" (1906), y de la primera Guerra Mundial (1914–1918). Las dos primeras veces Gandhi se enroló al servicio del gobierno de África del Sur (gobierno británico, contra los Bóers primero, contra los Zulús declarados "en rebeldía" después), y la tercera vez en las fuerzas armadas británicas mientras estaba en Inglaterra. Nacido en 1869, Gandhi tiene 30 años cuando estalla la guerra de los Bóers, y 49 cuando termina la primera guerra mundial.
Las motivaciones de Gandhi están muy claras y son las mismas en las tres ocasiones: al manifestar su lealtad, arrastrando consigo a numerosos compatriotas, asegurar a los indios (se trate de la minoría india en África del Sur, o los indios de la India bajo tutela británica) la estima y el reconocimiento de los amos blancos, que hasta entonces les trataban con desprecio. (Esa ingenua esperanza fue decepcionada las tres veces). Ahí se transparenta el principio tan familiar en Gandhi de la colaboración con sus adversarios para hacerlos amigos, pero que, en el contexto de la guerra, adquiere tonalidades extrañamente chirriantes y se transforma en una caricatura grimosa de la "ahimsa" tan querida de Gandhi. Es particularmente flagrante en el episodio de la represión de los Zulús, que forman una minoría autóctona de gente de color, oprimidos aún más ferozmente que los indios por los amos blancos del país, a los que Gandhi, a la cabeza de sus compatriotas, presta ayuda con la esperanza de una recompensa (ni prometida, ni dada). El cinismo inconsciente no cede en nada aquí al que impera por todas partes en el mundo de las relaciones internacionales, y que alcanza su paroxismo en el delirio de los tiempos de guerra.

África del Sur – presiones seguramente decuplicadas en estado de excepción. Me puedo imaginar que a sus ojos, rechazar su cooperación con el gobierno negándose a obedecer una orden de mobilización[57], era ante todo aislarse del conjunto del país de acogida, e incluso también del conjunto de sus compatriotas que residían en él, hasta el punto de acabar con toda esperanza de poder llevar a cabo su misión – ¡"no violenta"! Bajo la presión de circunstancias extremas, se dejó arrastrar a la participación en la barbarie guerrera, con la falaz esperanza de "ganancias" que sirvieran a la gran causa.

N 214 ◊Ahí se reconoce, ¡ay! el engranaje tan familiar de "el fin justifica los medios", engranaje bien engrasado por tantos condicionamientos, y que no es de ayer... El Mahatma puso, como suele decirse, agua (más bien dudosa) en el apreciado vino de la ahimsa, del amor entre los hombres: ¡la guerra al servicio del amor, en suma! Lo menos posible de agua dirán algunos, pues en las tres ocasiones hizo su servicio militar como conductor de ambulancia[58]. Él mismo reconoce que eso no es una diferencia esencial[59]:

> "No se trata de querer justificar mi conducta apelando a los principios de la ahimsa; pues según su escala de valores no hay que hacer diferencia entre el que lleva armas y el que trabaja para la Cruz Roja. Los dos toman parte en la guerra y contribuyen al funcionamiento de su engranaje. Los dos son culpables de un crimen de guerra."

[57] Al escribir estas líneas mi recuerdo algo vago me indujo a error. Hecha la comprobación, en ninguna de las tres ocasiones citadas hubo la menor presión sobre Gandhi ni sobre sus compatriotas, extranjeros en su país de acogida, para obligarles a participar en la guerra. En cada ocasión fue Gandhi el que, arrastrando a numerosos compatriotas que confiaban totalmente en él, "puso celo" en que se aceptasen sus servicios. En las dos ocasiones de África del Sur, tomó la iniciativa de constituir un cuerpo de ambulancias formado por mil cien indios, y en la guerra de los Bóers de 1899 a duras penas obtuvo la autorización de participar, a la cabeza de sus conductores de ambulancias. Aunque la discriminación anti–india no se moviera ni un pelo, Gandhi tuvo cuando menos derecho a una medalla militar, de la que estuvo muy orgulloso durante mucho tiempo.
En los siguientes años, al parecer, se profundizó su visión del mundo bajo la influencia de la Bhagavadgita, de Tolstoi, de Ruskin. Por eso es de mayor peso la sanción moral que sin embargo le dio a la barbarie colonial y racista, con su participación activa en el aplastamiento de la "revuelta" de los Zulús. Mientras que puede pensarse que su alistamiento en 1899 no era más que el efecto de una pura ignorancia, es difícil creer aún lo mismo en 1906. En la vida de Gandhi, quizás sea *ése el* gran acto de infidelidad a su misión; un acto que, a falta de reconocer lo que era, ha pesado sobre su vida y ha minado su autenticidad con una cascada sin fin de otros tropiezos en ese espíritu de verdad que profesaba, engendrándose unos a otros hasta el final de su vida repleta de prestigio y de gloria, a lo largo de los cuatro decenios que le quedaban.

[58] Aparte de sus servicios como conductor de ambulancia y como organizador y comandante (oficial) de un cuerpo de ambulancias indio, Gandhi destacó en la guerra de 1914–18 por su llamamiento a los voluntarios indios en la India, para que se enrolasen en el ejército británico. Era en un momento en que su popularidad en la India comenzaba a ser considerable. Como declara él mismo, sin embargo "ignoraba", y le era indiferente saberlo, si la causa de Inglaterra era "justa" o no. Lo que le determinaba a dar su sanción a la carnicería en que Europa se había metido, era un simple oportunismo político que, por las necesidades de la causa (y siguiendo en eso la costumbre general desde que hay memoria del hombre...), gustaba de bautizar con el perentorio y pomposo nombre de "deber". Véase también la penúltima nota a pie de página sobre ese oportunismo.

[59] Las dos citas siguientes están tomadas de la recopilación de textos de Gandhi "Tous les hommes sont Frères", publicado en traducción francesa en 1969 (Gallimard). Título inglés "All men are brothers", 1958, Unesco. Las explicaciones de Gandhi sobre su actitud frente a la guerra están agrupadas en las páginas 72–78 (edición francesa). Las páginas 72 y 73 consisten en tres cortos extractos de la parte de su autobiografía (páginas 441–451) consagrada a su papel en la guerra de 1914–18, y las cinco páginas siguientes en dos extractos (de las páginas 167–170= del libro "Selections from Gandhi" de Nirmal Kymar Bose (Navijan Publishing House, Ahmedabad, 1948). El texto citado (separado aquí en dos) es el segundo párrafo de la página 75. Así que está tomado del último libro citado, al que no tengo acceso.
En el libro que tengo a la vista, desgraciadamente no está la fecha de los textos citados ni hay indicaciones de su contexto. El estilo enfáticamente moralizador me hace suponer que el texto que cito debe datar de los años treinta o cuarenta, posteriores a su autobiografía. En cuanto a la substancia, por lo que puedo ver, la actitud de Gandhi frente a la guerra no ha cambiado durante su vida – por la razón, sin duda, ¡de no tener que retractarse de errores de la juventud! Así es cómo por la acción de la sempiterna vanidad, contra la que no son inmunes ni los mismos santos (¡si no sería demasiado fácil ser santo!), los errores se perpetúan y se multiplican en una escalada sin fin...

N 215 ◊Al menos algo está claro, ¡por fin! Y si (como parece que reconoce sin reservas) la causa de la ahimsa había recibido un gran golpe en esas tres ocasiones, al menos ha pedido disculpas honorablemente, y la verdad no ha sido maltratada con las racionalizaciones de costumbre, tantas veces servidas y repetidas.

¡*Ay, no*! Pues el Mahatma se apresura a encadenar, con una inversión desconcertante:

> "No obstante, después de reflexionar detenidamente sobre ello, estimo que *dadas las circunstancias* en que me encontraba en la guerra de los Bóers, en la primera Guerra Mundial y en la pretendida revuelta de los Zulús, *debía actuar como lo hice* en cada uno de esos casos." (Soy yo el que subraya.)

Luego siguen más de tres páginas de retorcidas explicaciones que recientemente he releído con atención (y con renovado estupor), y que me parece inútil reproducir aquí. El Mahatma da vueltas y vueltas en todas direcciones, visiblemente muy a disgusto, para "hacer pasar" algo que él mismo, en el fondo, bien sabe que *no es verdad*; que si fuera verdad, su vida y su misión perderían su sentido – el sentido que él mismo ha querido y ha creído darles. En el fondo poco importan los "argumentos" especiosos y los trucos con los que él, ídolo de su pueblo, intenta dar el pego, en vez de reconocer la humilde verdad: "Me dejé arrastrar por la inconsciencia general al participar en una injustificable matanza de seres humanos (convertida en "normal" por una milenaria ceguera a la que yo mismo cedí), mientras declaraba haber dedicado mi vida a instaurar una comprensión amorosa entre los hombres. No supe tener la fe de permanecer fiel a mí mismo y a mi misión. Perdí de vista lo esencial buscando "ventajas" accesorias, sin ver hasta qué punto eran ridículas..."

A falta de un lenguaje simple y verdadero, esos tortuosos argumentos que se sueltan página tras página para convencerse (por enésima vez...) de que "había que hacer" lo que se hizo (y al hacerlo "ser culpable de un crimen de guerra"), son los que tantas veces hemos oído, millones y millones de veces, y seguramente ya desde la noche de los tiempos – son aquellos sobre los que invariablemente nos replegamos cuando la verdad, esa chica tan poco apetitosa, se olvida, y se trata de "*salvar la cara*". Y además, esta vez, una cara de Mahatma ¡se dan cuenta! No es la cara del primero que llega, y bien debe valer la pena que se da Mohandas Karamchand Gandhi
N 216 (en ◊cuatro páginas bien compactas sin contar otras dos anteriores) en preservar a cualquier precio esa cara, e incluso hacerla relucir...

¡Pero también a qué precio! (Es verdad que en esos casos nunca se mira el precio...) Qué confusión se siembra en los espíritus, cuando lo tortuoso es presentado como recto por un hombre que, con razón ¡ay! pasa por ser uno de los más grandes de su tiempo y por eso (otra vez ¡ay!) es mirado como el modelo innegable, como el faro que ilumina el mundo, ¡por cientos de millones de hombres y mujeres de su país, y por millones más a través de todo el mundo! Pues en fin, esos "argumentos" tan de "¡si–pero!" que pone ahí un Mahatma, intentando convencerse a sí mismo (empresa visiblemente sin esperanza) y al mundo (que sólo le pide creer) de que como por azar, en cada uno de esos tres casos en que justo por una vez se planteaba la cuestión, él, Gandhi, "tenía" que actuar exactamente como lo había hecho – esos *mismos* argumentos especiosos se aplican igualmente a cualquier esforzado ciudadano a punto de ser "movilizado" entre un ondear de banderas y al son de las bandas, para las necesidades que ya sabemos. Para éstos pueden tener una apariencia de legitimidad, pero no para un Gandhi que al menos él *sabe* de primera mano (aunque de repente le guste olvidarlo) que existe una realidad espiritual, y que esa realidad se pesa con otras balanzas que las de las coacciones sociales (astutamente bautizadas de "deberes") y los oportunismos de toda clase que éstas sugieren o imponen, incluyendo a los mejores (cuando tienen a bien dejarse engañar o presionar).

En resumen, los bellos discursos del Mahatma se reducen a esto: achaquemos generosamente a esa zorra de la guerra todos los nombres que se merece ("jamás compatible con la

ahimsa...", "inmoral...", "crimen culpable..." y paso ya), para distanciarnos noblemente de ella[60]
N 217 – *pero* desde el momento en que ◊la muy guarra está ahí, se vuelve respetable como por arte de magia, y de repente nos acordamos de que después de todo nos "aprovechamos a sabiendas" de las ventajas que nos procura un gobierno que etc. etc., y que no es más que justicia y nuestro más estricto "deber" etc. etc. "asistir" a dicho gobierno "en sus problemas" y volar inmediatamente a su rescate (aunque sea para "cascar Zulús" por cuenta de los colonos blancos, cuando dicho hermano Zulú no se deja aplastar lo suficiente...).

Dicho de otro modo: en cuanto *se vuelve serio* – en cuanto nos instan, con toda legalidad, a destriparnos unos a otros a la orden de nuestros respectivos gobiernos, he aquí que los bellos discursos no–violentos, amor "y todo eso", se los lleva el viento: a ambos lados de la fosa común, los concienzudos y valientes soldados (incluidos los indispensables camilleros), y los famosos "no–violentos" igual que los demás mismo uniforme misma música, he aquí que cargan al asalto bayoneta en ristre – y de una carne viva saltan inmundas montañas de tripas sanguinolentas...

He ahí puesto en claro el camino del "deber" que predica el Mahatma–ahimsa, haciéndose de golpe el portavoz dócil y apresurado de todos los generales de todos los conquistadores, y de todos los tiranos pequeños y grandes y todos los reyes y príncipes y jefes de Estado, y de los patéticos violentos reprimidos que buscan falsa "grandeza" y suculentos desahogos, y de todos los papas y todos los santos bien establecidos y todos los Mahatma del mundo desde la noche de los tiempos...

He ahí la verdad. Y las nobles justificaciones de lo injustificable tornan ridícula esa "ahimsa" que el Mahatma profesa. E insultan al mero buen sentido – al suyo como al mío o al de cualquiera que no lo rechace por las necesidades de la causa. Sin contar al buen Dios
N 218 alias "la Verdad", que al Mahatma tanto le gusta ◊invocar, y (es necesario precisarlo) en esas tristes páginas más que nunca. Cuando se violenta la verdad que vive en uno mismo es cuando se siente la necesidad de cumplimentarla con la unción que se merece (y con toda humildad, por supuesto...) para mostrar hasta qué punto le somos devotos y oh cuán noblemente nos sacrificamos por ella.

Ciertamente sé muy bien que Gandhi no es sólo *eso*. Pero a causa de su grandeza, que habla a través de tantas cosas "pequeñas" y grandes de su vida, el alcance de sus actos y de sus actitudes, y su responsabilidad hacia los hombres a los que ante todo debe *la verdad*, tienen una dimensión mayor. Cuando un hombre tal trampea (e incluso llega a degradarse permanentemente de un modo u otro...), muchos quedan confusos (quizás sin siquiera darse cuenta de ello...), empujados por una venerada voz a deslizarse por las pendientes marcadas,

[60] Tales calificativos moralizantes hinchados de énfasis "ser culpable de un crimen de guerra..." son aquí simple puja verbal, cuyo primer y principal papel es claramente compensar el malestar que produce el reprimido conocimiento interior de intentar "justificar" lo injustificable. Está muy claro que al pretender distanciarse de lo que a la vez quiere volver aceptable (¡e incluso hacer de ello un "deber" moral!), por nada del mundo el Mahatma se siente "culpable" de un supuesto "crimen", y también sabe pertinentemente que ninguno de sus innumerables y ciegos admiradores lo entenderá así. Bien al contrario, éstos se darán tanta más prisa en tomar tales cláusulas de estilo como una garantía de calidad de la "veracidad" y hasta de la "humildad" del Mahatma, cuanto que están muy contentos de tener de paso la sanción moral para, llegado el momento, no tener que encontrarse solos ante el extravío colectivo de todos, solos ante la inexorable máquina social, ante el repudio de todos los virtuosos y de todos los pusilánimes que dócilmente se doblan.
Pretender que es nuestro "deber" actuar de tal o cual manera, que se acaba de decir que "hace culpable de un crimen", es tomarse a sí mismo y a los demás por idiotas. En esos tortuosos juegos, las palabras han perdido su recto sentido. Dejan de ser instrumentos delicados y fieles para expresar y descubrir la realidad de las cosas verdaderas, para transformarse en un atrapa–bobos para aquellos que no piden otra cosa que dejarse embaucar, en un medio para poses cuando se trata de escamotear la verdad.
Podría hacer un ajustado "análisis de texto" de esas poco relucientes páginas de Gandhi, que hacen la apología del "deber" de participar en la guerra – en la primera que venga, en toda guerra. Pero se me caen los brazos, de tan indignas que son esas páginas de aquél que fue Gandhi – de cierto Gandhi. Más vale olvidarlas y sacar la lección. Y si hoy soy el único en sacar esa lección, tengo el atrevimiento y la fe de creer que no está lejos el día en que será evidente para todos.

atascados quizás mucho tiempo (sin que ninguna voz humana se lo advierta) en su caminar a tientas. Pues son numerosos los que no tienen la inocencia de atreverse a confiar, a pesar de todo y en contra de la admiración ciega y unánime de tal supuesto "gigante", en sus propias facultades y (como el niño que grita en alto: "¡pero si el Emperador va desnudo!") a constatar la humilde evidencia: ese hombre que pasa por ser grande, que tantos actos me muestran como realmente grande – he aquí sin embargo que trampea...

Me viene la idea de que quizás esté en esa ambigüedad, hasta tal punto neurálgica que por momentos roza la mistificación y la estafa espiritual – que esté *ahí la* razón profunda, en el plano espiritual, de que la ahimsa de la que Gandhi quiso ser el apóstol no se haya convertido en la fuerza espiritual que parecía estar llamada a ser en el mundo moderno, después del periodo heroicos de los años veinte y treinta. Como tantas otras ideas generosas, la ahimsa permaneció siendo justamente eso, una gran *idea*, de la que todo el mundo habla con gusto y que nadie vive verdaderamente – y el mismo Gandhi el primero que no la vivía totalmente (y con mucho), en contra de lo que gustaba dar a entender. Percibiendo los aires de epopeya del movimiento de la ahimsa en la India, no podemos dejar de sentir que esa "no violencia" no era, como Gandhi gustaba de repetir, practicada en respuesta a una pura exigencia espiritual independiente de todo programa que él, Gandhi, hubiera propuesto, surgida de una fidelidad a nuestra propia naturaleza profunda, a lo que de mejor hay en nosotros. En realidad era una *estrategia*. Una estrategia genial, sí, a la que hay que aplaudir sin reservas, con alegría. Una estrategia mil
N 219 veces preferible a cualquier otra que ◊hasta el presente se haya inventado y puesto en práctica en el tablero político del mundo. Y Gandhi y sus adeptos la aplicaban con convicción, *mientras* tuvieron la esperanza, o la fe, de que sería "rentable" con resultados bien visibles y tangibles, e incluso ganadora ([69]). Además seguramente sólo con ese espíritu "la ahimsa" sería capaz, al menos en ese momento de la marcha de la historia, de allegar grandes masas de un inmenso país como la India.

Pero si sobrevienen condiciones en que visiblemente esa estrategia ya no "funciona", de golpe se la tira como un lastre molesto, en provecho de los oportunistas de todo tipo, incluso los peores (o "criminales" y "culpables"...) – a la espera de tiempos más propicios en que pueda volver a servir. Esa es la verdad.

Y la guerra es ciertamente, por excelencia, el tiempo en que la no–violencia "táctica", la que saca su motivación (declarada o secreta) de la búsqueda de una *eficacia* en el plano de los efectos visibles a los ojos del mundo, *no funciona*. En esos tiempos el hombre "movilizable", al que un inexorable engranaje sociológico y psíquico se dispone a agarrar y arrastrar en sus sangrientas necesidades, cuando sin embargo algo en él se revuelve contra esa barbarie sin nombre, y si es fiel a ese sobresalto elemental que brota de lo más profundo (y que le dé un bello nombre como "no–violencia", o se abstenga de hacerlo, qué importa...) – *en ese momento* ya no está a la cabeza o en medio de la confortable masa de un noble movimiento de "no violencia" o de esto o aquello. Entonces está *solo*. Solo, reprobado por todos, entre los cuatro muros de una celda desnuda, cuando no yace ya en la fosa común de los fusilados ([70]).

Los hay que encuentran en ellos el humilde coraje de esa fidelidad. Los que se abstienen de "cumplir su deber". Hombres solos, rechazados por todos. Nadie les hará cumplidos por ese coraje. Y su total soledad moral les preserva de hacerse cumplidos a sí mismos. Hasta el presente, la "Historia" se ha guardado mucho de conservar el nombre de ninguno de ellos. Esa grandeza se le escapa. Una grandeza desnuda, sin tambores ni penachos. Es raro que se piense en ellos, y más raro aún que se les rinda homenaje. Un homenaje, por una vez, al "*no–soldado desconocido*". ¡No sería serio!

Un Mahatma en la cumbre de su gloria, a la vuelta de su vida, ha perdido la ocasión de constatar fallo tan crucial, y al hacerlo, de rendir homenaje a los que fueron fieles allí donde
N 220 él mismo, siguiendo los pasos de la ◊mayoría, maniobró y tergiversó. Homenaje a esos oscuros

combatientes de una causa sin banderas, sin estrategias ni estados mayores, sin reclutas, sin historiografías, sin reporteros ni admiración de masas emocionadas. Pero bien sabe Dios que ese acto de verdad que le incumbía, que le estuvo esperando medio siglo, hubiera sido determinante en la vida de Gandhi, más profundo y verdadero, y seguramente más auténticamente "eficaz", que muchos de los espectaculares actos que desde hace tiempo causan la admiración de todos sin inquietar a nadie. Va a hacer otro medio siglo de su muerte violenta, que selló para siempre jamás su omisión de un acto que ningún otro puede cumplir en su lugar.

Y sin embargo yo, que no tengo que salvar la cara, estoy contento de que esta omisión de otro sea una nueva ocasión para, esta vez yo, rendir públicamente homenaje a unos hombres sin voz y sin nombre que el mundo entero rechaza. (Como si, con ese rechazo, los virtuosos y los justos quisieran blanquear una secreta falta, aplastar una insidiosa duda bajo el peso de una unanimidad tan impecable...) Y estoy tanto más motivado a hacerlo cuanto que, al rendir ese homenaje, seguramente tengo muy poca compañía. No habrá más que algunos anarcos poco recomendables, gentes como Bakunin, Kropotkin, Elysée Reclus, Louise Michel y un puñado de otros "asociales" que tal vez lo hayan hecho, Dios sabe cuando y en qué ocasión.

A decir verdad, su compañía no me disgusta. Y aunque sea el primero en rendir tal homenaje público a nuestros hermanos tantas veces rechazados, a esos "no–soldados" desconocidos y vilipendiados, precursores solitarios de un mañana imposible (si un mañana puede aún surgir, más allá de las fosas comunes y los holocaustos que los virtuosos y los justos vuelven respetables...) – ¡que así sea! Más vale tarde que nunca.

(68) Las dos grandezas – o la epopeya y la verdad

(4 y 7 de noviembre)[61] Mis fuentes sobre la vida de Gandhi son, ante todo, dos hermosos libros que se complementan admirablemente: la autobiografía de Gandhi[62], o "Historia de mis
N 221 experiencias con la Verdad", y la ◊biografía de Gandhi por el autor (¿israelita?) Shalom Ash. Leí esos dos libros en mi juventud, y acabo de conseguir una traducción francesa del primero. Pero en las librerías no he podido encontrar el libro de Ash, aparentemente poco conocido y agotado desde hace mucho.

En tiempos me impresionó la simplicidad, el espíritu de verdad, la penetración del relato de la vida de Gandhi por él mismo. Más de cuarenta años después de esa lectura juvenil, al recorrer de nuevo el libro en estos últimos días, he vuelto a tener esa misma impresión. Ese testimonio me parece uno de los grandes libros de nuestro tiempo. Frente a esa fuerte impresión, el malestar que me causaban las pocas páginas del libro en que Gandhi explica su relación con la guerra decididamente pasaba a un segundo plano. Mal que bien debí intentar olvidar esa inquietante contradicción. Ahora que me enfrento a ella por primera vez, esa contradicción sigue siendo para mí igual de desconcertante. Por el momento sólo puedo constatarla, ponerla en relación con otras contradicciones que se me habían escapado en mi juventud, sin que por eso tenga la impresión de comprender verdaderamente. A decir verdad, ante tales cosas, siempre quedo igualmente desconcertado o maravillado (según las disposiciones del momento...), tanto si son de mi propia cosecha o de la de otro...

Igual que la biografía de Gandhi por él mismo me encantaba, la de S. Ash tendía a molestarme. Con una rara penetración, ese biógrafo distinto de los demás sentía fuertemente, en la persona del "héroe" de su libro, muchas otras ambigüedades y contradicciones[63] que entonces yo no estaba dispuesto en modo alguno a querer admitir, y que atribuía a una lamentable

[61] Véase el reenvío a la presente nota en la nota anterior "El Mahatma de uniforme – u homenaje al no–soldado desconocido", página N 212.

[62] Autobiografía escrita entre 1922 y 1925 (en parte mientras estaba en prisión), en legua gujarati. Una traducción inglesa, de título "An autobiography – or the story of my experiments with truth" fue publicada entre 1927 y 1929. La traducción francesa que tengo entre las manos es de 1950 (PUF).

[63] Creo recordar que Ash no señalaba nada de particular en la actitud de Gandhi sobre la guerra, de tan común que es, probablemente compartida también por el mismo Ash. Por el contrario, las cosas que le chirriaban, o que

"incomprensión" del biógrafo, que decididamente no estaba a la altura del gran hombre que comentaba. Inclinado más bien a la mirada crítica sobre los demás, si entonces me indisponía la mirada sin complacencias de Ash, seguramente no era sólo porque Gandhi era sin duda el hombre
N 222 que entonces ◊encarnaba perfectamente mi ideal humano (dejando aparte el borrón "guerra", mal que bien olvidado...); sino sobre todo (creo) porque el género de ambigüedades que percibía Ash era justamente el que se encontraba igualmente en mi persona, y que entonces yo era incapaz de reconocer como tales. Se trataba, entre otras, de un cierto "dirigismo moral" que oculta su nombre[64], llegando a veces a ejercer una presión psíquica extrema, incluso violenta en sus efectos si no en sus intenciones[65], en nombre de nobles principios morales, y hacerlo convencido de respetar totalmente la personalidad y la libertad de los demás. Esas disposiciones se llevan bien con una tendencia a considerarse la medida de todas las cosas. Ésta acecha más a los que están dotados de una fuerte personalidad, si no está suficientemente temperada por la prudencia que acompaña a una práctica vigilante del conocimiento de sí mismo. De ahí a la complacencia moralizante y satisfecha de sí misma[66], no hay más que un paso fácilmente franqueado – ¡y mi propia vida me lo enseña con más elocuencia que la de cualquier otro! Pero raros son los que tienen la mirada tan recta y penetrante como para reconocer cuándo se ha franqueado ese paso, y ciertamente el interesado menos que nadie.

Tengo la impresión de que ese paso realmente fue franqueado, y no poco, en los dos últimos decenios de la vida de Gandhi, los años treinta y cuarenta. Ese periodo incluye por tanto los "años heroicos" de la no–violencia y los actos más espectaculares de la vida de Gandhi, los que más atraen la imaginación amante de las grandes gestas épicas. ¡Extraña paradoja de un extraño y paradójico destino! Ilustra este hecho (que aquí se me revela a la vuelta del camino): que la grandeza que percibimos, y que tanto nos atrae, en la dimensión épica e histórica de un
N 223 gran destino o de un acto llamativo, ◊es de esencia muy diferente a la que radica en la humilde cualidad de la verdad. La confusión entre ambas se vuelve más insidiosa y casi irresistible, cuando la gesta épica se coloca bajo la bandera de "la Verdad" desplegada con orgullo, como fue el caso de aquella que Gandhi fue el deslumbrante héroe. Sin embargo me parece que Ash supo sentir la diferencia, y captar la persona de Gandhi en su viva complejidad, tejida de verdadera grandeza y de contradicciones flagrantes, de cohesión y de fisuras – sin que el biógrafo caiga en el cliché empalagoso, ni tampoco en el rechazo sistemático.

Al constatar un insidioso deslizamiento en la vida espiritual de Gandhi, hacia el discurso moralizante y la autocomplacencia que le es inseparable[67], podemos pensar en la "explicación" más a mano, en el culto (en modo alguno buscado por él, estoy convencido) del que era objeto por parte de todo un pueblo, y también de millones de otros hombres por todo el mundo. Sin embargo creo que la razón profunda está en otra parte. La veo en la ambigüedad fundamental

---

al menos presentaba bajo una luz dudosa o crítica, se referían sobre todo a los hechos y gestos menudos de la vida cotidiana.

[64] Por supuesto ese dirigismo no dejaba de estar acompañado por afirmaciones verbales, visiblemente sinceras, como que su deseo más querido es que cada uno actúe estrictamente de acuerdo con lo que le dicte *su propia* conciencia, etc etc.

[65] Por lo que sé de la vida de Gandhi, me parece que era ajeno a todo sentimiento violento, a todo sentimiento de rencor o de maldad frente a nadie, incluyendo los peores canallas o los que se comportaban con él o con otros del modo más repulsivo. En eso no había ninguna pose, sino que surgía espontáneamente y sin esfuerzo interior de su misma naturaleza. A ese nivel de la bondad amorosa frente a todo ser humano es donde creo ver su verdadera grandeza, al saber mostrar con el ejemplo (que desgraciadamente no ha sido seguido) que tales disposiciones no son incompatibles con una actividad política ni con las responsabilidades de un Jefe de Estado.

[66] Con estas palabras intento transcribir la expresión alemana "Selbstgerechtigkeit" ("self–righteousness" en inglés), de la que no conozco equivalente en francés.

[67] Tal autocomplacencia suele ir acompañada de un discurso "de humildad", insistiendo en términos vagos y generales hasta qué punto se tiene conciencia de los propios límites, que ciertamente se es falible como cualquier otro, que además es por tal actitud de humildad por lo que el hombre dedicado a la verdad etc etc. Es el tipo de discurso gratuito que Gandhi terminó por usar y abusar, y que parece haber borrado el examen de sí mismo sin dejar traza.

de Gandhi frente a la cuestión, neurálgica entre todas, de la guerra; con más precisión y de manera más decisiva, en si falta de honestidad frente a sí mismo, con los razonamientos con los que ha justificado actitudes y gestos puramente oportunistas, al límite del cinismo, fingiendo con ello erigirlos en comportamientos ejemplares. Mientras que un descalabro de la verdad de tal magnitud no se reconozca como tal por el interesado, mientras éste se aferre y se instale para "vivir con" y haga de la indigencia virtud, tiende a actuar a nivel espiritual como un tumor que se propaga. Habiendo recurrido una vez al cliché fácil y cómodo, dando de lado a la preocupación por aprehender y expresar la verdad desnuda, se abre la vía a un camino en ese sentido: la vía de la facilidad en nuestra relación con la verdad, que (al contrario que la sociedad, que ruidosamente nos anima en todos nuestros conformismos...) siempre se calla.

O al menos, cuando habla, la pobre, siempre es en voz tan baja que hay que tener un oído muy fino y la atención en guardia, para oírla y escucharla. Son cosas de extremada delicadeza. Se estropean, y por fuerza se degradan sin remedio, cuando se las maltrata...

N 224 ◊(69) De las armas y del silencio – o la caída del telón

(5 y 7 de noviembre)[68] El arma por excelencia de Gandhi, probada primero con frente a sus amigos y parientes, luego frente a sus adversarios políticos (una vez que había adquirido el temible "volante" de un ascendiente sin precedentes sobre masas inmensas), era el ayuno. Por lo que sé, Gandhi jamás tuvo la simplicidad de reconocer hasta qué punto era realmente un *arma*, el instrumento de una *coacción*, que a menudo no era menos violenta por permanecer a nivel psíquico que la violencia física que tan firmemente reprobaba. (Salvo en tiempos de guerra, en que de repente todos los golpes están permitidos...) Pienso sobre todo en los casos en que su ayuno se dirigía especialmente a tal o cual de sus amigos o parientes, o cierta fracción indisciplinada de sus celosos adeptos, en los que era un medio de presión de un peso aplastante para imponer a otros sentimientos (de remordimiento especialmente), o comportamientos que él, Gandhi, juzgaba adecuados. Frente a la administración británica, el ayuno era un medio de chantaje de una potencia prodigiosa, visto que todo el mundo (comenzando por los responsables británicos) se daba bien cuenta de que si le ocurría alguna desgracia al "faquir medio desnudo" (como le llamaba Churchill), eso supondría una carnicería por todo el país.

En modo alguno pretendo decir que en el contexto en que se encontraba, Gandhi se equivocó en usar sin contemplaciones ese medio de presión del que disponía, preferible con mucho a los baños de sangre, eso es seguro. Pero había una falta de honestidad[69] al tapar la verdadera naturaleza de ese medio con la evocación de los grandes principios de la no–violencia amorosa y todo eso. De golpe, la idea misma de la no–violencia se encontraba relegada al papel de una pose ventajosa, ella misma medio (difícil de evitar, ciertamente) de una especie de chantaje moral que ayudaba al otro chantaje, bajo la mirada de periodistas llegados del mundo entero y la de sus cámaras. Tengo la impresión de que en los treinta últimos años de su vida,
N 225 toda la actividad pública de Gandhi en India estuvo viciada ◊por esa ambigüedad, por esa falta de verdad en suma, detrás de las impresionantes banderas "Amor" y "Verdad" enarboladas por él. Eran creíbles, ciertamente, por su excepcional personalidad – y más que nada, por su calurosa benevolencia hacia todos, que era bien real y no una pose. *Ahí* estaba, y no en otra parte, su verdadera fuerza y su grandeza.

Pero estoy convencido de que incluso desde el limitado punto de vista de la mera eficacia, ningún servicio le hizo a la misión de Gandhi esa especie de doble juego que hacía sin cesar, esa

[68] Véase el reenvío a la presente nota en la penúltima nota, "El Mahatma de uniforme – u homenaje al no–soldado desconocido" (n^o 67), página 229.

[69] Por supuesto, se trata en primer lugar de una falta de honestidad hacia él mismo, al cerrar los ojos frente a lo que pasa en él mismo, sustituyendo una realidad que se prefiere ignorar por una imagen sentida como ventajosa. Lo que está en el corazón de una verdadera honestidad espiritual es una práctica rigurosa del conocimiento de sí mismo.

cuerda floja en que continuamente se mantenía en su relación con la humilde verdad (cuando la verdad se comprende a un nivel menos grosero que el de la mera realidad material), a la vez que con trompetas y gritos se decía de la "Verdad". Quizás incluso el desastroso fracaso de la no–violencia en India, llegando el final de su vida en medio de masacres entre hindúes y musulmanes, no deje de tener un lazo profundo con esa insidiosa duplicidad en la que constantemente se mantuvo, con su manera misma de ser el apóstol de la no–violencia.

Esa repentina explosión de odio y violencia, en la que el peso de su persona y de su palabra fue barrido como fuego de paja, tenía una dura lección que enseñarle sobre sí mismo, y una lección crucial. Entre muchas otras cosas, seguramente ésta: que la benevolencia amorosa hacia todos los hombres, incluyendo a nuestros opresores, no es algo que una persona, incluso la mejor dispuesta, pueda aprender en unos pocos meses o años, como parte de un *programa* de espiritualidad activa bautizado Satyagraha o Ahimsa; y aún menos podría *imponerse* a los que desfallecen con ayunos espectaculares de un venerado Mahatma, cuya vida y muerte estarían desde entonces suspendidas, como una espada amenazante, sobre los culpables. Que una cualidad tan rara del alma no puede ser el resultado de una euforia colectiva, ni de un generoso impulso de buena voluntad individual, ni de ninguna presión exterior física o psíquica, aunque provenga del más santo y venerado de los Mahatmas. Que por el contrario es un fruto madurado en muchas existencias, a través de siglos y milenios, todo a lo largo de un largo ciclo de nacimientos, y que no está en la mano de ningún hombre, ni quizás en la de Dios (¡y con seguridad no en Sus hábitos ni en Sus intenciones!) acelerar y forzar esa maduración esencial para acompasarla a las necesidades e imperativos de un programa político o de otro tipo – por noble y convincente, por generoso, por necesario que sea. Y que es engañarse a sí mismo exigir a otro una madurez espiritual que no tiene y que no está en su mano ◊improvisar; o pretender que la han alcanzado masas anónimas de seres fascinados y subyugados por el poderoso carisma de un Mahatma venerado y por las esperanzas que encarna, a la vez que sabe que esos mismos seres desencadenarán una violencia ciega y mortífera en cuanto su ídolo llegue por desgracia a perder la vida a manos del opresor...

N 226

Raro es que se entienda una lección, y aún más raro cuando es una lección tan desgarradora que, al atardecer de una larga vida y antes de que caiga el telón, altera en su trasfondo el sentido que se ha creído dar a la vida y la imagen que se tiene de uno mismo. Entenderla es bajar los brazos y permanecer en silencio. Es escucharla, y acoger el paciente mensaje que nos trae la limpia voz de las cosas – aunque sea en las llamaradas del Incendio que se ha desencadenado (y que no se ha querido ver incubar...).

Hay momentos en que el coraje supremo es saber dejar consumir en las llamas, con las manos juntas y en silencio, la mansión familiar, la vieja mansión que nos acogió durante toda la vida. Cuando la viga maestra arde ya y los viejos muros tiemblan, luchar es una distracción, una loca huída hacia delante. La gran Parca con su guadaña de fuego pronto habrá hecho tabla rasa de las vigas y de los muros, y del patético viejo que se agita sobre un estrado en llamas.

Cuando todo se ha consumido, al fin se extiende el silencio. De nuevo llega el tiempo de nacer – de oír, de conocer, de escuchar y de aprender...

(70) La ejecución del soldado Solvic[70] – o el crimen de los justos

(5 y 8 de noviembre)[71] Al evocar la "fosa común de los fusilados", he pensado en el único caso que conozco de un hombre fusilado por negarse a participar en enfrentamientos militares. Se trata de un joven soldado americano, *Solvic* (he olvidado su nombre[72]). Tuvo la distinción y

[70](N. del T.) Como ya se ha dicho en una nota del traductor al pie de la p. **??**, se trata del soldado raso Edward Donald "Eddie" Slovik.

[71]Véase el reenvío a la presente nota en la nota "El Mahatma de uniforme – u homenaje al no–soldado desconocido" (n^o 67), página N 219.

[72](N. del T.) Se trata del soldado raso Edward Donald "Eddie" Slovik, fusilado en Francia el 31 de enero de 1945 por el crimen de deserción frente al enemigo. Grothendieck se refiere siempre a él, por un fallo de memoria, como Solvic.

el extraño destino de ser el único soldado, en la historia del ejército americano, en haber sido fusilado por los suyos (por "deserción frente al enemigo").

N 227 ◊En su juventud había sido, como suele decirse, un "caso social". Había estado en el talego (si bien recuerdo) por no se qué tontadas, o quizás había sido condenado a la condicional – tenía en cualquier caso unos "antecedentes penales" (que iban a costarle la vida...). Lo cierto es que terminó por estabilizarse, con un trabajo regular e incluso se casó y vivía con su mujercita, feliz al fin. Todo parecía arreglarse del mejor modo en suma, después de un comienzo desgraciado. Y he aquí que poco antes del final de la guerra (por ahora la última de las "guerras mundiales"), fue movilizado (¡el último honor que él habría esperado!), y estuvo en los combates de los Vosgos, donde zumbaban duro en esos momentos. Rápidamente se dio cuenta de que no estaba hecho para esa clase de aventuras. Eran cosas más allá de lo que se sentía capaz de hacer. Los "nervios" o o que Vd. quiera, pero no podía, e incluso (¿quién podría ver la diferencia?) si llegara el caso, no *querría*. Lo hizo saber por escrito a sus superiores, con toda humildad pero a la vez en términos de una firmeza sorprendente en ese ser más bien dócil, tímido, de humilde extracción, acostumbrado toda su vida a hacer lo que se le decía. Sus "antecedentes" jugaron contra él: sus superiores dieron por bueno fusilarlo como ejemplo – si persistía. Persistió. Lo fusilaron.

Esa es la historia. Es evidente que ese novato, perdido en una guerra en que no tenía qué hacer, no constituía una amenaza para la famosa "moral del ejército". Sin contar con que una ejecución capital era algo tan inaudito en la tradición del ejército americano ¡que no estaba previsto en las leyes ni en los reglamentos[73]! La cosa tuvo que llegar hasta el generalísimo en persona, el general (todavía no presidente) Eisenhower. Seguramente tenía otras cosas que hacer y siguió el consejo de los oficiales "competentes" que habían instruido el sumario, seguramente dos palabras apresuradas sobre el poco recomendable personaje, y caso juzgado: firma la orden de ejecución.

¿Dónde estaba pues la "razón de estado" para llegar a ese extremo, para forzar leyes y tradición y poner en danza todo un pequeño estado mayor de oficiales–justicieros y llegar hasta molestar al mismo patrón–jefe? No hay que buscar muy lejos: el placer de los "justos" de ejercer

N 228 ◊un poder de vida y muerte sobre "el chaval" de dudoso pasado. Para algo sirve la guerra...

También era el tipo de caso que un Gandhi, desde lo alto de su grandeza de Justo (y "enrojeciendo de vergüenza" por el interesado[74]...), hubiera clasificado como el de un "cobarde", uno que elude su "deber". Pero yo no tengo ninguna duda de que a ese hombre sin pretensión le habrá sido perdonado mucho, a causa de su humilde y rara fidelidad. Una fidelidad hasta en la muerte y sobre todo: solo y desnudo frente a una máquina aplastante, inmensa. Sólo frente a la desdeñosa y despiadada condescendencia de todos – de todos esos "justos" impecables, que fríamente y conscientemente, iban a ajustarle las cuentas como se merecía...

Ese hombre creció en esas semanas de espera. Creció incluso en su muerte, seguramente temida y sin embargo humildemente aceptada. De una manera quizás más esencial y más profunda que el gran Mahatma, él es a mis ojos uno de los precursores esporádicos y solitarios del "hombre del mañana" – de aquél que laboriosamente, oscuramente se gesta, y que todos alrededor desprecian y reniegan.

Después de la guerra, un periodista americano, intrigado por el carácter excepcional de ese "hecho extraño", se empeñó en hacer una indagación detallada de la vida de Solvic. Husmeó sobre todo, tanto como pudo, en las circunstancias que rodearon de cerca o de lejos la ejecución.

[73] Según lo que asegura el biógrafo póstumo de Solvic, que parece bien informado, la ejecución de Solvic era totalmente ilegal. Pero en tiempos de guerra eso es un pequeño detalle que no se tiene en cuenta. Eso no impide que una vez que todo "volvió al orden", la viuda pudo solicitar (¡no se había enterado de nada por supuesto!) una pensión de viuda de guerra, y substanciales indemnizaciones. En cuanto a los responsables de la ejecución ilegal, seguramente tuvieron su bien merecida medalla.

[74] Retomando una de las expresiones de Gandhi, que gustaba mencionar en sus discursos moralizantes en beneficio de la humanidad.

Movido por no se qué inspiración, buscó con paciencia y tenacidad las trazas de testigos, de todos los que poco a poco tuvo conocimiento. Fue a interrogarlos uno a uno, los que pudo encontrar, y grabó sus testimonios, tal y como surgieron, en caliente. La mujer del fusilado (muy avergonzada del honor tan poco lucido que le tocaba), su madre si recuerdo bien u otros parientes cercanos (si los tenía), o al menos compañeros que lo habían conocido bien; tal tirador de élite que formaba parte del pelotón de ejecución; tal oficial que participó en el consejo de guerra y en la sentencia unánime "fusilarlo..."; y hasta el capellán militar[75], que tuvo buen cuidado de asegurar a los

N 229

tiradores (seleccionados sin embargo para esta necesidad tan poco usual...) que ◊el buen Dios era formal, ni hablar de historias muchachos, se trata de que hagan su deber y sobre todo que no fallen el blanco (a veces fallan todos – nunca se sabe...). Además los nervios de los militares no aparecieron: ni una sola de las doce balas se desvió. Da fe el capellán que, cumplida su obligación, tuvo buen cuidado de asegurarse que esos feligreses habían hecho bien su trabajo.

En cuanto al soldado de segunda clase Solvic, nunca pudo soñar que un día habría tanto alboroto y tantos señores distinguidos ((¡y entre ellos el futuro presidente!), que iban a molestarse así por su humilde y (a sus propios ojos al menos) insignificante persona...

Con todo eso, dicho periodista (no he encontrado su nombre, lo siento) hizo un libro–reportaje, libro–testimonio, sobre la vida de Solvic y sobre su ejecución. ¡Como si estuviéramos allí! A parte de algunas breves indicaciones sobre sus indagaciones y sobre sus encuentros con los testigos, nada más que la reproducción textual de esos testimonios en bruto, sobre una vida cortada en flor. Sin comentarios – no son necesarios. Alucinante. Uno de los grandes libros de nuestro tiempo (sin pretenderlo y sin saberlo seguramente). Un gran libro sobre la ciega y mediocre locura de los hombres de *antes* de que llegásemos a ser hombres, y sobre la grandeza desconocida de un hombre solo, frente a *eso*.

Ese libro tuvo su momento de éxito, la prueba es que lo compré en libro de bolsillo cuando estuve en Kansas en 1955, por la módica suma de 26 céntimos[76]. Ahora debe de estar más o menos olvidado. Pero creo que vendrá la hora en que será recordado. Y quizás aún se lea dentro de mil años, y cueste creerlo.

N 230

◊(71) El santo y sus flaquezas – o la paradoja del mutante

(27 de septiembre y 9 de noviembre)[77] Parece que el rechazo consecuente y total de los aparatos militares no apareció en la vida de Guruji hasta la explosión atómica de Hiroshima, el 6 de agosto de 1945[78]. Al leer su autobiografía "My Non–violence"[79], no he encontrado traza de tal actitud antes de ese momento. En 1909, a la edad de 24 años y cuando había sido ordenado monje cinco años antes, interrumpió sus estudios religiosos para hacer un servicio militar voluntario de un año – ignoro totalmente por qué motivo. En 1938 y en los siguientes años, durante la guerra sino–japonesa (guerra típica de expansión imperialista llevada a cabo por el Japón),

[75]Después de la guerra, este mismo celoso religioso fue nombrado capellán titular de la Casa Blanca – ¡bien se lo merecía! Tales eran aún sus distinguidas funciones cuando el indiscreto periodista lo entrevistó. Como que el presidente Eisenhower sabe distinguir y apreciar a los hombres con sentido del deber...

[76]Era mi primera estancia en los Estados Unidos, como profesor asociado en la Universidad de Kansas (Lawrence), durante nueve meses en 1955. Rebuscando hace poco en mis cartas a mi madre en ese periodo, he encontrado una en que le comento impresiones de lecturas recientes (carta del 26.4.1955). ¡Si no, no me habría acordado de los 26 céntimos! Pero lo que más buscaba, el nombre del biógrafo–periodista digno de pasar a la posteridad, no está ahí. Ni el nombre de pila de Solvic.

[77]Véase el signo de reenvío a la presente nota en la nota "Fujii Guruji (1) – o el sentido de lo esencial" (n^o 60), página N 184.
Los comentarios en el primer párrafo que sigue retoman y precisan los del primer párrafo de la nota "El Mahatma de uniforme – u homenaje al no–soldado desconocido" (n^o 67).

[78]Por una extraña coincidencia, ese día también es el sesenta aniversario de Guruji, y el cincuenta y cinco aniversario de mi padre (que había muerto en Auschwitz tres años antes.

[79]Sobre esta autobiografía, véase una nota al pie de la página N 191 en la nota "Fujii Guruji (2) – o el don" (n^o 61).

seguida en 1941 con la entrada del Japón en la Guerra Mundial, Fujii Guruji no dudó en contactar con los principales jefes del ejército invasor en Asia para presentarles reliquias del Buda[80], exhortándoles a acompañar la conquista militar con una implantación del budismo (el de Nichiren, ¡conforme a la predicción del profeta!) en los países conquistados. Junto a sus peregrinaciones, el establecimiento de templos de Nihonzan Myohoji, y la omnipresente Oración, se consagra sobre todo a los contactos con autoridades militares ("My non–violence", p. 86–88). Por lapidario que sea generalmente su relato de sus hechos y gestos, nos da sin embargo una lista completa de los altos responsables militares a los que envió las preciadas reliquias[81], que
N 231 inicialmente había ◊destinado a las "shantis stupas" o "pagodas de paz" – ¡lugares de meditación por la paz! Por el contrario, en esa misma biografía no he encontrado la menor alusión que pueda sugerir que con el tiempo y la ayuda de Hiroshima, Fujii Guruji haya terminado por juzgar que quizás ésa no fuera la mejor manera de usar la reliquias del Buda, ni de hacer avanzar la religión y la causa de la paz (como visiblemente había pensado ingenuamente).

No obstante, después de 1945 la actitud de Fujii Guruji frente a los aparatos militares y la guerra en general me parece que está desprovista de toda ambigüedad y de toda casuística: era un rechazo total e incondicional ([72]). Si había una ambigüedad, me parece que estaba en esa incapacidad radical de hacer una *mirada crítica* sobre su propio pasado y de constatar: en tal o cual ocasión cometí un grave error. Quizás esté *ahí* la principal limitación que veo en ese hombre de estatura excepcional, limitación que por otra parte comparte con la casi totalidad de sus semejantes. Sin embargo soy consciente de que en él la causa *no* es, como en tantos otros, un orgullo que rechaza reconocer el error[82]. Más bien creo que es en cierta manera un "contragolpe" de su fortísima personalidad (que no se apoyaba en más autoridad que la de Buda, de Nichiren y de lo que le enseñaban sus propias luces...), y de la manera tan particular en que ésta condicionó su vida. Parece que al menos desde 1914 (cuando tenía 29 años) y sin duda desde antes, siempre tuvo discípulos, atraídos sin duda por la autoridad poco común que emanaba de él – discípulos devotos en cuerpo y alma y para los que representaba la autoridad espiritual suprema. Según todo lo que sé de Guruji, creo poder decir sin ninguna reserva que jamás conoció la tentación del poder – que eso era algo totalmente ajeno a su naturaleza. Cierto poder emanaba de él, eso es
N 232 seguro, ◊percibido por todos, pero era un poder que no era buscado y en el que no se complacía en modo alguno, no más que un árbol poderoso se complace en la fuerza que hay en él y que irradia a todo su alrededor.

No obstante la veneración que sus discípulos le tenían y el papel de "verdad encarnada" que por lo mismo le asignaban (como suele ocurrir en tales casos) no dejaron de influir en él, cierto que involuntariamente, como un condicionamiento tan poderoso como el que representaba para sus discípulos ese poder que emanaba de él, y les mantenía en su órbita. Toda su vida, creo, estuvo prisionero de esa peligrosa y falsa concepción de que en lo tocante a la religión y la

[80] Fujii Guruji había recibido esas reliquias en Ceilán (Sri Lanka) en 1933, de manos de un viejo monje, en circunstancias que narra (siempre escuetamente) en su autobiografía, y que (sin duda por su carácter aparentemente fortuito – ¡tan simple e imprevisible como en un cuento de hadas!) percibió como "milagrosas". Creo que cualquier otro en su lugar, que no fuera totalmente impermeable al *sentido* de lo que le sucedía, no habría podido dejar de sentir el suceso más o menos de esa manera. (Aunque sin que el buen Dios, para manifestar Su intervención, tuviera que violar alguna de las leyes naturales que Él ha instaurado...

[81] Por el contrario, no sabremos cómo fueron recibidas por esos grandes personajes esas peticiones de un oscuro monje misionero de la secta nichirenita, del que sin duda nunca habían oído el nombre. Presumo que tenían otras cosas que hacer, y Dios sabe a qué dossiers o a qué cantinas militares han ido a parar las santas reliquias, donde quizás duerman aún hoy en día.

[82] Quizás los intentos de explicación que siguen no parezcan convincentes a algunos, ¡que supondrán simplemente que no he querido llamar al pan pan y al vino vino! No excluyo que su sospecha pueda estar fundada. Después de todo, si (como insisto tan a menudo) todo el mundo es falible, ¡ciertamente no soy la excepción! Además en modo alguno pretendo que Fujii Guruji haya estado siempre desprovisto de todo movimiento de la vanidad. Pero tengo la íntima convicción de que ésta permaneció accidental, que está ausente de las grandes opciones y las grandes tareas de su vida, y que no contribuye a la nota de fondo de sus relaciones con los demás, ni de su relación consigo mismo.

vida espiritual, y especialmente al "bien" y al "mal", lo "fundado" o "infundado" de una acción (y sobre todo, ciertamente, de *sus propias* acciones) *era infalible*. Ciertamente sabía que lo que hacía, lo hacía involucrándose por completo y con un corazón libre de todo motivo egoísta, por oculto que fuera. (No tengo ninguna duda al respecto.) Seguro de ese íntimo conocimiento, le era imposible concebir que incluso con tales disposiciones, se pueda cometer un grave error, ser el instrumento de tenaces ideas falsas y el juguete de las ilusiones que mantienen. Ya es raro, ciertamente, que bajo el choque de Hiroshima, la actitud del Maestro frente a la guerra y el ejército haya cambiado tan radicalmente, de la noche a la mañana según parece[83]. Pero ver que nada hay en común entre la actitud del que se esfuerza en implantar una pretendida religión "de paz" en la estela de los tanques y los raids aéreos, y la del que predica la renuncia incondicional a toda guerra e insiste en el valor absoluto del precepto del Buda: "¡no matarás!"[84] – eso, no lo verá (por lo que sé) en los cuarenta años que aún le quedaban de vida después de Hiroshima.

N 233 ◊La misma ambigüedad se encuentra en sus ataques, por sí mismos muy bien fundados ciertamente, contra el imperialismo americano, que es el principal punto de mira de su crítica tan penetrante de un mundo delirante. Para él como para tantos otros, Hiroshima quizás sea el símbolo más atroz de ese delirio. Pero esas justificadas diatribas contra el imperialismo americano ganarían peso y profundidad si les añadiera la conciencia de que en esa locura suicida que culmina (provisionalmente) en Hiroshima, la misma víctima, el Japón, no es nada inocente. Sí, que él mismo, Guruji, el apóstol infatigable de la "religión de paz" del Buda, tampoco ha sido totalmente ajeno; que tiene una parte de responsabilidad personal, tanto más considerable cuanto su estatura espiritual es grande y su ascendiente considerable. Pues no habría ocurrido Hiroshima sin la locura imperialista *japonesa*. A esa locura, el mismo Guruji le había dado su asentimiento tácito hasta la edad de sus sesenta años, e incluso (hacia el final de éstos) una caución total, poniendo entre las manos de los principales responsables militares esas preciadas reliquias donde las haya, milagrosamente confiadas a sus manos.

Y no puedo dejar de sentir una relación directa, irrecusable, entre esa ceguera frente a su parte personal, y a la de su país hasta hoy mismo en la locura y la devastación que asolan el N 234 ◊mundo, y ese mal que por otra parte tan a menudo he sentido roer al grupo misionero del que era el alma y que estaba en sus manos. Sin cesar he visto convivir en ellos lo sórdido con

[83] Por supuesto, en la biografía de Guruji no se encuentra ningún detalle sobre la manera en que se dio ese cambio draconiano, ¡del que aparentemente no se dio cuenta! Sólo entrelazando detalles se llega a situarlo en la explosión de Hiroshima.

[84] Guruji cita con insistencia ese precepto del Buda, que igualmente le sirve para ilustrar que el budismo es, por excelencia, una "religión de paz", e incluso (según él) *la* religión destinada a unir a todos los pueblos de la tierra y a instaurar la paz en el mundo. Olvida que los pueblos que han abrazado el budismo, comenzando por el mismo Japón (del que sobre todo gusta ver la misión religiosa y pacificadora en el mundo), no han estado menos inclinados a las locuras guerreras que los demás. Igualmente olvida que muchos siglos antes que el Buda, ese mismo precepto "No matarás" era enseñado en la Ley judaica, sin que por otra parte fuera más respetado por el pueblo judío que por los pueblos budistas con los que Guruji se identifica. Guruji no sólo finge ignorar esa circunstancia histórica, sino que no duda en tomar al "Dios de la Biblia" casi como un enemigo poco recomendable, revisando algunos pasajes del Génesis con un espíritu visiblemente polémico. (Véase "The God in the Bible", en "Buddhism for World–Peace", p. 120–126.) Acusa a ese Dios de toda clase de errores graves y de crueldades (viendo especialmente en la creación de la mujer, de una costilla de Adán, el antepasado de la vivisección practicada por la medicina moderna), le reprocha además no reconocer la doctrina de no–dualidad de Buda, y termina su larga diatriba con: "Señalando con el dedo al Dios de la Biblia, ¡le llamaría un Dios que profana al hombre!".
Ciertamente ése es un discurso "misionero" en el sentido más estrecho y sectario del término, que sólo he leído recientemente y no sin cierta sorpresa, ¡no le conocía ese registro! Por otra parte se diría que sus discípulos, al menos los que realizan un trabajo misionero en país extranjero, han tenido el tacto de pasar respetuosamente en silencio ese aspecto de la enseñanza de su Maestro. Siempre les he visto adoptar actitudes de respeto frente a toda religión, y sus prácticas particulares. En su espíritu, muy alejado de toda susceptibilidad doctrinal, éstas no se oponen en nada al canto de la Oración, ni impiden participar en los inapreciables beneficios de la Oración. Con eso, son en suma más fieles al espíritu de Guruji que el mismo Maestro, dando su fe no a tal doctrina religiosa (¡que además tienden a ignorar!), sino sólo a la Oración Na mu myo ho ren ge kyo, y al sentido que ésta tiene para ellos.

lo sublime, la fabulación y la impostura con el espíritu de verdad, las maniobras más sombrías y dudosas con la cándida transparencia – todo confundido y cubierto bajo el mismo manto de solidaridad del grupo, por la misma sonrisa de cortés asombro (donde a veces sentimos asomar un malestar avergonzado de sí mismo...), con la que se intenta evacuar lo injustificable. Y (hay que decirlo por respeto a la verdad) Fujii Guruji no dejaba de participar por omisión en ese ambiente de ambigüedad, por su actitud de no querer saber nada ni oír nada. Cuando ocurrió, a veces por alusiones pero en otras ocasiones muy claramente, en uno o dos casos hasta tal punto extremos que el "trabajo de paz" ("peace work") del grupo parecía perder todo sentido e integrarse alegremente bajo la noble bandera de rigor en la podredumbre general, se limitó a responder con lugares comunes o con el silencio, que para mí equivalía a una connivencia tácita.

Las pocas veces en que pude tener diálogos a corazón abierto con miembros del grupo Nihonzan Myohoji, no dejé de comentarles esa perplejidad que tenía sobre la actitud de su venerado Maestro. Con retrospectiva, ya no me asombro de que nadie pudiera aclararme, allí donde a decir verdad yo era el mejor situado para aclararme a mí mismo. Pero entonces me era difícil admitir que un hombre cuya grandeza percibía de forma tan irrecusable (y ahora que sé dar a cada cosa su parte, la veo con más claridad que nunca), del que había podido constatar por tantos signos convergentes el indomable coraje, la humildad, la profundidad, sin embargo en muchos aspectos compartía con los demás mortales esa sempiterna actitud de rechazo a la realidad en beneficio de imágenes queridas, una misma ceguera obstinada, inmutable, que se ignora a sí misma. Y sobre todo allí donde una mirada inocente y recta amenaza cambiar de manera desgarradora las ideas a las que tenemos fuerte apego, sobre uno mismo, sobre sus propios actos y sobre sus obras.

Por decirlo de otro modo, y situar las cosas a un nivel que supere el caso de tal persona particular. Hubo en ese siglo (como sin duda también en los siglos pasados, pero aquí poco importa) cierto número de hombres aislados que, en la óptica de la reflexión de hace tres semanas[85] son a mis ojos figura de "hombres nuevos". Hombres que parecen como "*mutantes*" ([85])
N 235 y que ya prefiguran, de una manera u $^{\diamondsuit}$otra, el "hombre del mañana" en su presente devenir; el hombre en sentido pleno que, sin ninguna duda, emergerá en las generaciones por venir, durante la edad "post–rebaño" cuyo advenimiento está muy cercano y que ellos tácitamente anuncian. Mis perplejidades sobre Fujii Guruji me parece que son las mismas que no dejará de suscitar el examen atento y carente de piadosas orejeras de cada uno de esos precursores, de esos precursores, seres a horcajadas de dos Eras adyacentes y profundamente diferentes: la del rebaño, y la del Hombre, liberado de los atavismos del rebaño.

Sin duda ya había tenido el oscuro presentimiento de tener el privilegio de encontrar en Guruji uno de esos hombres de otro temple, uno de esos que *anuncian*, por lo que son más aún que por lo que dicen con palabras claras, esos "tiempos nuevos" en los que (al menos a nivel consciente) entonces había dejado de creer. Sintiendo esa dimensión en Guruji, tanto más desconcertado quedaba en los casos en que, según mis propias luces modestas, me parecía irrecusable que Guruji erraba gravemente; que erraba no por simple ignorancia de hechos materiales (y a menudo se contentaba con fuentes precarias y dudosas), sino por lo que yo sentía muchas veces como una ignorancia o una ceguera deliberada *en el plano espiritual*[86]; una ignorancia (o una ceguera) que permanecía limitada, ciertamente, a tales hechos, pero que no obstante yo sentía como patente y de un gran alcance. Por otra parte no tengo ninguna duda de que esa

[85] Véase la sección "El hombre nuevo – o la superficie y la profundidad" (n^o 61).

[86] Pienso aquí sobre todo en casos de engaños y deshonestidades flagrantes, al amparo del nombre de Guruji, para cosas que le llegaban al corazón: instauración de un templo Nihonzan Myohoji, edificación de una "pagoda de paz" en un lugar prestigioso... Un discípulo ambicioso y sin escrúpulos que, para conseguir sus maravillosos planes (y brillar así a los ojos de su Maestro), no duda en recurrir a los giros más rocambolescos y apestosos – y un Maestro que por nada en el mundo quisiera dejar de pensar que su discípulo tan devoto no es el más ejemplar de los servidores del Buda. Solidaridad Maestro–discípulo, jefe–subordinado, como en millones y miles de millones seguramente, pero implicando a hombres en los menos se hubiera esperado...

desconcertante circunstancia, que me es imposible minimizar aquí sin traicionar a la verdad, ha contribuido mucho en mi relación con Guruji a un cierto estado de cerrazón parcial en mí; cerrazón sin duda necesaria para preservar mi autonomía de percepción y de juicio, en un ambiente cargado de ambigüedades que no lograba situar en su justo lugar. Pero por lo mismo me cerraba también (aunque no de modo total) a la auténtica irradiación espiritual que emanaba directamente de la persona de Guruji, o me llegaba indirectamente a través de sus discípulos. A pesar de los lazos de respeto y de calurosa simpatía hacia él y algunos de sus discípulos, no pude
N 236 dejar de mantenerme en una ◊posición de reserva expresa y de expectativa prudente frente al grupo, e incluso, en cierta medida, frente al mismo Guruji. Seguramente por eso tuve tendencia, hasta estos últimos días en que la reflexión por escrito me revela las cosas bajo una nueva luz, a subestimar e incluso a ignorar pura y simplemente la acción de Guruji en mi maduración espiritual, durante esos años de 1974 a1978 en que estuve en estrecho contacto con Nihonzan Myohoji.

Ese distanciamiento al que por así decir me encontraba acorralado, me hacía ver a la vez mi misión (o "mi vía", como entonces la llamaba, en un momento en que aún no tenía conciencia de una misión que me esperaba[87]) como muy diferente de la de Guruji, y casi ajena a la suya. Sólo ahora muchos signos me hacen ver finalmente una "convergencia" tan sorprendente entre mi misión y la de Guruji, como la convergencia que hace poco[88] constaté con la de Marcel Légaut. En cierto modo (sin duda hay cierto descaro por mi parte en sentirlo así...) mi misión me parece ahora como una *prolongación directa* tanto de la de Guruji como de la de Marcel Légaut. En todo caso lo que es seguro (¡y esta vez sin ninguna sospecha de descaro!), es que mi misión se ha nutrido de la de Guruji, e igualmente (desde hace tres meses, cuando me encontré con el pensamiento de Légaut) de la de Légaut. Los frutos de este segundo encuentro aparecieron inmediatamente, de una manera percibida como fulgurante. Por el contrario, en el caso del encuentro con Guruji, fueron necesarios trece años para que el fruto, madurado en la sombra y como en contra de resistencias íntimas, llegase al fin a verse. Pero no por eso es menos valioso, y seguramente el segundo encuentro no habría tenido lugar si no hubiera sido preparado por el primero. Pero si el fruto ha sido hasta tal punto reticente en formarse y en hacerse plenamente visible, seguramente no ha sido sin razón.

Pero volvamos a la asociación con los "mutantes", con los "hombres nuevos", anteriormente señalada. Esa división en mi relación con Guruji, y esas resistencias a la acción benéfica que
N 237 irradiaba de él, me parece que se deben a una ◊falta de madurez en mí, que hacía que me costase aceptar plenamente este hecho que ahora me parece crucial, y que todos nuestros reflejos adquiridos[89] nos empujan a ignorar, a negar, a escamotear por todos los medios: que los mejores de entre nosotros – no sólo los "genios" sino también (y de manera más esencial) los que muchos hombres llaman "santos" y veneran como tales, son limitados y falibles, están sujetos a errores ([73]) – incluyendo hasta errores de grandes consecuencias[90]. Si seguimos a uno de ellos a ciegas, ¡es por nuestra cuenta y riesgo! Nuestra pereza espiritual, que nos empuja a imitar más que a inspirarnos libremente y según nuestras propias luces en lo que reconocemos de grande, de valioso

[87] Sin embargo creo que Guruji, de mayor madurez espiritual, tenía una clara presciencia de que yo era portador de una misión, cuya naturaleza particular sin duda se le escapaba; salvo que debía estar ligada de alguna manera íntima a la suya. Pienso volver sobre ello en una próxima sección del texto principal (n^o 72 ó 73).

[88] Véase la sección "La impensable convergencia" (n^o 37).

[89] Seguramente hay otras causas que también provienen de mi persona, que han contribuido a mi actitud reticente en tantos aspectos frente a Guruji. Pienso especialmente en el escepticismo sistemático en el que me había mantenido hasta entonces frente a la comprensión "religiosa" del mundo, en provecho de una aproximación que daba la preeminencia a las facultades intelectuales. Sin embargo, cuando me encontré con Guruji, los tiempos estaban maduros para un cambio. Si éste se dio de manera tan reticente, sin duda es por las razones que estoy poniendo en claro en la presente nota.

[90] Bien entendido, la mayor limitación, común a todos sin excepción y causa común de la mayor parte de los "errores" a los que aludo, se encuentra en la sempiterna "actitud de huída" ante la realidad. Ése es *el* gran obstáculo al conocimiento, que nos viene directamente de nuestros atavismos de rebaño.

en ellos – esa pereza no nos exime de nuestra responsabilidad por nuestros propios errores; ni el hecho de que los hayamos realizado bajo la incitación o con la aquiescencia tácita o claramente expresada incluso del mayor de los santos. Y si a contrapelo rechazamos en bloque a un gran hombre del que tendríamos mucho que aprender, a causa de ciertos errores que creemos constatar en él, ¡también es por nuestra cuenta y riesgo! Rechazar en bloque, igual que seguir ciegamente, proceden de la misma pereza, de la misma inercia espiritual: la que rechaza confrontarse con la movediza y desconcertante complejidad de lo real, para refugiarse en las imágenes simplistas y relajantes, todo "blanco" o todo "negro".

He evocado al "genio" y al "santo", pero también podría haberlos reemplazado por el caso, más interesante para mi propósito, del que llamo un "hombre nuevo" o (medio en broma) un "mutante". Por ciertos relámpagos de comprensión que iluminan su misión y le dan un sentido y un alcance muy particulares, ese hombre prefigura ya al hombre del mañana, el hombre que
N 238 se ha desprendido del espíritu del rebaño, el hombre de ◊la Era del Hombre que toma el relevo a la Era del Rebaño. Es como si ya tuviera un pie, o aunque sólo sea un dedo del pie, en el "otro lado", en el "mañana" prometido y desconocido, aún ni siquiera entrevisto como no sea en sueños... ¡Pero aún no está del otro lado! Su otro pie, e incluso todo el resto de su ser con la única excepción de ese dedo impertinente, de ese dedo sacrílego que "se pasa" inadmisiblemente – casi todo su ser, con todo el peso de innumerables milenios gregarios, permanece aún de este lado, sabiamente alineado en las filas del rebaño.

Si no fuera así, quizás ese hombre sería destrozado al punto por una horda alocada, como lo fue Jesús hace dos mil años. Pero incluso Jesús, al nivel de las ideas si no al nivel propiamente espiritual, permanecía en cierta medida encerrado en los límites del lugar y del tiempo. Con más razón es así en cada uno de nosotros, seres caminando a tientas hacia el hombre, más que medio engullidos en los atavismos del rebaño – incluso los mejores de entre nosotros. ¡Incluso los "mutantes"!

(72) "Formación humana" y "solución final"

(23 de septiembre y 14 de noviembre)[91] Esta evolución draconiana en Fujii Guruji respecto de la guerra y los ejércitos, al día siguiente de Hiroshima, contrasta con el conformismo (al menos sobre este capítulo) de otro "gran espiritual" (entre una legión de muchos otros, ¡qué pena!); aunque estuvo menos expuesto en su juventud (es de suponer) que Guruji a una ideología que exalta las virtudes militares (como la del Japón en plena expansión imperialista). Se trata (¡lo siento!) de Marcel Légaut. Él, que ha recorrido semejante camino, parece que incluso hasta hoy mismo en este tema neurálgico no se ha movido desde los días de una infancia que me imagino sensata, y rodeada de efluvios biempensantes.

Durante la "drôle de guerre"[92] de 1939, cuando tenía 39 años de edad, Légaut se esfuerza concienzudamente y sin éxito en cumplir su deber de oficial y de cristiano, intentando insuflar a "sus hombres" el entusiasmo guerrero que ¡qué pena! les faltaba. Quizás incluso a él mismo le faltase la verdadera convicción, sin que quisiera reconocerlo en ese momento, ni más tarde;
N 239 o si llegó a entreverlo, fue para echárselo en culpa, conforme ◊a reflejos bien rodados y que para eso están ahí. Le queda un sentimiento confuso de malestar, de fallo, de "mediocridad" (retomando su propia expresión), por no decir de *culpabilidad* (¡he ahí la gran palabra cobarde!), no sólo por cuenta de los demás sino también y sobre todo por su propia cuenta. En todo caso un sentimiento que nunca procurará elucidar. Tal es al menos la impresión que me ha dado la lectura de algunas páginas en que, al atardecer de su vida también él (como Gandhi...), evoca

[91] Véase la cita de la presente nota en la nota anterior, "El santo y sus fallos – o la paradoja del mutante", página N 231.

[92] N. del T.: El período de la II Guerra Mundial que se extiende desde la declaración de guerra de Francia a Alemania, el 3 de septiembre de 1939, hasta la invasión de Francia por Alemania el 10 de mayo de 1940.

el balance que ha sacado de esos momentos. (Momentos penosos ciertamente pero que, cual "hombre en pie", no quiere eludir).

Está en las primeras páginas del pequeño libro–entrevista "Preguntas a...", aparecido en 1974 (Légaut tiene entonces 74 años). Él siente ese recuerdo como el de un doloroso fracaso "humano", tanto a nivel personal como a nivel de la nación. Deplora que no se haya sabido dar a los futuros soldados, desde el cuartel y sin esperar a que estalle la guerra,

> "una formación suficientemente humana para que sean capaces, con sus reacciones ante el acontecimiento, de tener los reflejos adecuados a fin de poder ejecutar, llegada la hora, lo que han de hacer como soldados..."[93]

(eufemismo verdaderamente encantador, visto el tipo de necesidad...).

Felizmente al otro lado del Rin, los correspondientes Hitler y compañía no escatimaron,
N 240 ellos, en dar a los soldados y a los futuros soldados (y ◊a los futuros combatientes y héroes) esa "formación humana" que Légaut añora para nosotros los franceses; ésa misma que les permitió "ejecutar, llegada la hora", ¡y con magnífico entusiasmo! esos "reflejos adecuados" al igual que "lo que tenían que hacer como soldados". Al no tener dotes para iluminar con los dibujos que se imponen, me limito a recordar que esa formación humana, que no es de ayer y tan querida a los cristianos de ambos lados del Rin (igual que de cualquier otra parte del mundo) igual que a sus Iglesias (patriotas vociferantes en el momento oportuno, y que saben dar al César lo que es del César, aunque sea carne sangrante...) – que esa cultura humana y cristiana se ha saldado esa vez con una carnicería de unos cien millones de muertos civiles y militares (incluyendo los hornos crematorios) y otros tantos mutilados, sin contar Hiroshima y su brillante herencia.

La próxima vez, con una formación humana al fin idónea (el progreso no se para) y con ayuda de los medios atómicos (ya se han probado), podemos esperar que se haga cien veces mejor – rematando así de una vez por todas la formación humana con un osario mundial a la altura de la empresa – sin ningún superviviente ...

¡El que estará contento esta vez es el buen Dios!

(73) Todos los hombres son falibles – o la ruptura

(10 y 11 de noviembre)[94] Como ya precisé en otra parte[95], el encuentro con el pensamiento de Marcel Légaut me ha hecho comprender ese "hecho crucial" sobre el que aún me interrogaba con cierta perplejidad: el de la "falibilidad" radical de *todos* los hombres, incluyendo los más grandes

[93] Me chocó, en las pocas líneas del citado texto, y a través de las pocas páginas de la entrevista (de la que están extraídas estas líneas) en que Légaut se extiende un poco sobre su experiencia en la guerra, hasta qué punto en ellas el estilo está embarullado, mientras que generalmente él se expresa con soltura y sin enredarse en las palabras. La misma impresión extraña, por otra parte, leyendo las "explicaciones" de Gandhi sobre el mismo tema (véase la nota "El Mahatma de uniforme – u homenaje al no–soldado desconocido", n^o 67). A menudo el estilo es un espejo fiel, y las palabras embarulladas me parecen aquí el signo de un pensamiento que se anda con rodeos y no quiere acercarse a un caldero – por miedo, sin duda, de ver un cadáver que se cuece en él...
Sin embargo esa experiencia provocó un choque saludable, y (parece ser) ese choque fue el que arrancó a Légaut de su órbita "universitaria". Desde el siguiente año, se instaló en una granja perdida en las montañas cercanas a Die, para criar ovejas. Permanecerá pastor–criador durante veinticinco años. Seguramente en esos años fue cuando logró la maduración y la penetración espiritual que proporcionaron la substancia de sus posteriores libros. A través de la guerra boba y el apuesto oficial (que ya no sabe muy bien sobre qué pie bailar...), y las ovejas que balan y el paciente pastor, para llegar a la "Meditación de un cristiano del siglo XX", los caminos de Dios, decididamente, son impenetrables...

[94] Véase la cita de la presente nota en la nota anterior "El santo y sus fallos – o la paradoja del mutante", página N 237.

[95] Véase una nota al pie de la página N 154, en la nota "Los clichés del espiritual (1) – o ¡alto! al error y la ignorancia" (n^o 51). La reflexión realizada en la presente nota puede verse como una especie de prolongación de la nota que acabo de citar. Compárese igualmente con las notas "Marcel Légaut – o la masa y la levadura", "Los apóstoles son falibles – o la gracia y la libertad", "Cuando hayáis aprendido la lección – o la Gran Broma de Dios" n^{o}s 20, 21, 27).

e incluso aquellos (como Jesús el Cristo o Gautama el Buda) que el atavismo idolátrico de una
N 241 tradición religiosa milenaria ha deificado y, por eso mismo, ◊deshumanizado. Esa me parece una de las cosas más importantes que la lectura de Légaut me ha permitido aceptar plenamente. Esto ha terminado también con tensiones psíquicas parásitas más o menos subconscientes, que tenían tendencia a actuar como un freno insidioso, como una dispersión de energía, cada vez que confrontaba la vida y el pensamiento de un hombre que de entrada me había parecido "grande", y cuando me encontraba desconcertado por lo que una y otra vez, afloraba en un examen atento y parecía ir en contra de esa grandeza. (O al menos, iba en contra de la idea demasiado "idealista", demasiado intransigente y simplista, que me hacía de la grandeza humana...) Incluso tengo la convicción de que esa comprensión, que tan fuertemente contribuye a formar la nota de fondo en la obra de Légaut, es una de sus grandes contribuciones al pensamiento humano – al conocimiento que el hombre tiene de su propia naturaleza espiritual, y de la aventura espiritual de nuestra especie.

Seguramente serán muchos los que objeten que la afirmación "el hombre es falible" es una banalidad filosófica, que no hacía falta Légaut para eso, y que si yo mismo no me he enterado hasta la víspera de mis sesenta años, no es precisamente algo a mi favor. He oído muchas veces esa clase de discursos, haciendo remilgos a una idea o una comprensión profunda, que se presenta bajo una forma tan simple que confundimos esa simplicidad radical de las cosas fundamentales con la banalidad de las cosas fáciles que dice cualquiera. El que así se engaña permanece en la superficie de las palabras sin penetrar más allá y sin alcanzar ni rozar siquiera el conocimiento que éstas se esfuerzan en expresar. En eso que a algunos les parecerá una banalidad filosófica, reconozco por mi parte una revolución sin precedentes en el pensamiento religioso, la ruptura con una tradición que se remonta a la noche de los tiempos y que pesa sobre el hombre como una losa plúmbea – una ruptura que abre una renovación profunda no sólo del pensamiento religioso, sino también y sobre todo del modo mismo en que se vive la experiencia religiosa.

Repetir una fórmula aprendida en los libros de clase o en otra parte, como "el hombre es falible" o "todos los hombres son falibles", ésa es una actividad de mono sabio sin más, un simple mecanismo desconectado de todo conocimiento que vaya más allá del sempiterno "Un tal ha dicho...". Por el contrario, hacer la experiencia, a menudo desconcertante y dolorosa, durante los largos años de la infancia, la adolescencia y la edad adulta, de que todos los seres que nos han rodeado, con los que nos hemos codeado o a los que hemos sido confrontados, tienen fallos, a menudo secretos e incomprensibles, rodeados muchas veces del halo de un temible misterio...
N 242 – y a partir de esa experiencia tantas y tantas ◊veces repetida bajo tantos rostros diferentes, experiencia más o menos comprendida y más o menos profunda, para llegar finalmente a una especie de comprensión difusa que hace que frente a todo nuevo ser que nos encontremos, aunque sea con las más vivas expectativas, esperemos (con cierto interés quizás, incluso con suspense...) ver confirmarse de nuevo ese mismo tipo de experiencia – ése es ya el fruto de una auténtica maduración interior. Sean cuales sean las palabras con las que se intente expresar, esa madurez del ser no tiene nada en común con la aptitud para recitar un discurso filosófico.

En estos días de cepillado furioso de las mentalidades, son relativamente raros los que durante su vida llegan a ese estadio relativamente modesto de madurez. Aún más raros, aquellos en que esa comprensión, aún borrosa y mal asegurada, no sea barrida como polvo de paja, cuando al fin surge, ¡quién lo hubiera dicho! el ídolo tan esperado, adornado con todas las galas que le faltan al común de los mortales, ídolo con el que enseguida se identifican en secreto: tal prestigioso tribuno o jefe de estado o del ejército, tal maestro intelectual, tal artista incomparable, o aunque sólo sea el alma gemela del otro sexo ¡oh sí, el ser exquisito entre todos al que nos acercamos temblando!

En cuanto a los que han avanzado en el camino de su vida hasta hacer una comprobación real, "sobre el terreno" y no puramente verbal y de pico, de su *propia* "falibilidad", los que al menos han entrevisto (sin cerrar precipitadamente la puerta entreabierta...) hasta qué punto

sus propios sentimientos e ideas sobre ellos mismos y sobre el mundo son producto no de un pensamiento personal soberano, sino más bien de un condicionamiento que impregna todo el ser y del que no somos dueños, y el resultado de elecciones, raramente coherentes y siempre sin darnos cuenta, bajo el empuje descontrolado de impulsos invisibles – ésos son hasta tal punto raros, en verdad, que no estoy seguro de haberme encontrado en carne y hueso ni uno solo aparte de mí, ¡durante toda mi vida y hasta hace pocos días[96]!

En resumen, las mismas palabras, reunidas en una misma fórmula terminante, pueden expresar niveles de comprensión y de conocimiento totalmente diferentes, desde el acto reflejo puramente verbal que recita una fórmula comodín desprovista de todo contenido concreto para el que la pronuncia, hasta el conocimiento íntimo de un aspecto importante de la condición humana, fruto (casi siempre) de una larga fidelidad a sí mismo y a la capacidad que está sí
N 243 mismo (como en cada ◊ser) de extraer el jugo alimenticio de sus propias experiencias.

La comprensión a la que nos convida Marcel Légaut se sitúa a un nivel de comprensión aún más elevado. Está arraigada, ciertamente, en un conocimiento de sí (de su grandeza al igual que de sus límites), pero para alcanzar algo fuera del alcance de la experiencia directa, o al menos fuera de la experiencia "ordinaria" de sí mismo y de los demás. (Que es también la única que he conocido hasta el año pasado.) Para él se trata de comprender el mensaje de Jesús, a partir de lo que nos ha llegado por el testimonio escaso y parcial de los apóstoles, y a través de la confrontación con las interpretaciones doctrinales que los apóstoles mismos, y las Iglesias que reclaman su autoridad tomándola como fundamento absoluto e inmutable, les dieron[97]. Se trata pues de la reflexión religiosa de un *creyente*, que se esfuerza en llegar a una verdadera comprensión (y por eso mismo *personal*) de lo que constituye (o al menos debería constituir...) el fundamento mismo de su fe religiosa tal y como la recibió, a ciegas, desde su infancia: a saber, la persona y el mensaje de Jesús de Nazareth.

La dimensión del gran avance espiritual logrado por Légaut es inseparable de su calidad de "creyente"; o al menos, de su calidad de hombre profundamente "religioso", en el siguiente sentido: un hombre con una experiencia personal continua, que se renueva a lo largo de su vida, de la "acción de Dios" en él. La comprensión que Légaut ha alcanzado y que se esfuerza en comunicar, no puede ser plenamente apreciada y captada (a un nivel por tanto que no es
N 244 más o menos cerebral y puramente verbal) más que por quien haya alcanzado él mismo ◊en su vida, a poco que sea, una "dimensión religiosa" en el pleno sentido del término[98]. Hace un año, no habría sido capaz de captar y apreciar ese logro. Ahora puedo. El encuentro con el pensamiento de Légaut me ha llegado justo en su momento, dándome la respuesta "evidente" y profunda, seguramente la respuesta ya esperada, a preguntas que antes no existían para mí y que de repente me asaltaron con toda su acuciante quemazón[99].

[96] En efecto, hace pocos días (el 6 de noviembre) he tenido la alegría de encontrarme con Marcel Légaut en su casa, ¡"en carne y hueso"!

[97] Sobre el itinerario religioso de Légaut, véase la citada nota "Marcel Légaut – o la masa y la levadura" (n^o 20). Señalo que ese término anodino "confrontarse con las interpretaciones doctrinales de los apóstoles y las Iglesias..." encubre en el creyente un acto de coraje y de autonomía, el que rompe con la tradición milenaria de una sumisión incondicional a las "interpretaciones" en cuestión, presentadas desde la infancia no como tales sino como verdades de fe intangibles.

Y no es sólo en los creyentes, sino en todo hombre, donde el espíritu se encuentra prisionero sin darse cuenta de unos cuantos a priori, casi siempre tácitos e interiorizados desde la infancia, y que (en la mayor parte de los casos) permanecen vigentes y desapercibidos hasta nuestro último suspiro. Los principales "umbrales" de la vida espiritual consisten precisamente en los momentos en que uno de tales a priori se pone de manifiesto y lo superamos. El "gran destino" es el del hombre que franquea un umbral (incluso varios...) que nadie había cruzado antes, y que por eso mismo abre la vía para otros, y a largo plazo toda la especie, lo franqueen a su vez.

[98] Recuerdo que con ese término, "dimensión religiosa", entiendo la presencia de un cierto conocimiento inmediato de Dios, por la experiencia (conscientemente vivida como tal) de la acción de Dios en nosotros. No tiene nada en común con la adhesión a una doctrina religiosa o con el ejercicio de prácticas piadosas.

[99] Compárese con la sección "La impensable convergencia" (n^o 37) en que evoco algunas de esas cuestiones de una "acuciante quemazón".

Una vez que la dimensión religiosa del Mundo se vuelve manifiesta, es cuando se plantea con una luz nueva la cuestión del papel de las religiones en la vida de los hombres, de la naturaleza de sus fundadores, y de la de los mensajes transmitidos por éstos y por otros hombres que la tradición religiosa concuerda en considerar "inspirados por Dios". Esta cuestión no puede ser captada en su propia dimensión, a saber la dimensión espiritual y religiosa, ni por los ateos y similares, que no ven en la religión más que un fenómeno sociológico más o menos aberrante (cuando no una superchería montada por las clases dirigentes para abusar del pueblo...), ni por el "creyente" que se contenta con asentir a ciegas a una doctrina religiosa (casi siempre aquella en que ha sido educado) y a cumplir de manera más o menos automática y más o menos puntual prácticas piadosas que ésta prescribe, concediendo (según le obliga la tradición) un valor en principio absoluto, intangible, inmutable a una y a las otras.

La primera de estas dos actitudes, la del ateo, puede ser considerada como el resultado inmediato (y provisional...) de un primer paso colectivo realizado por el espíritu humano (primero de manera vacilante y poco segura), en su esfuerzo por superar lo que podríamos llamar el "atavismo religioso", y las actitudes colectivas idolátricas que son una de sus marcas típicas y
N 245 tiránicas[100]. Incluido ya en germen en el espíritu de curiosidad ◊intelectual que caracteriza al Renacimiento, ese movimiento pendular de la Historia comenzó a adquirir fuerza hace dos o tres siglos, para alcanzar su apogeo a mediados de nuestro siglo. Desde hace veinte años vemos iniciarse un movimiento de sentido inverso, el de un *"retorno"* o, mejor dicho, el de una rehabilitación, de un redescubrimiento de la dimensión espiritual y religiosa del Mundo y de la vida humana.

Contrariamente a la imagen demasiado gastada del "péndulo", ese "retorno" (con comillas) en modo alguno está destinado a limitarse a una simple vuelta atrás hacia formas de pensamiento y de espiritualidad arcaicas, aunque a veces parezca tomar ese aspecto. Es un nuevo avance, o más bien una *subida*[101], pero esta vez una subida en la dirección opuesta: el aspecto espiritual de la vida humana vuelve a ser el primero, sin que por eso el impulso de conocimiento intelectual, ni tampoco el impulso carnal, ni las exigencias particulares de uno y otro (en modo alguno extrañas a las exigencias espirituales, como pudiera creerse[102]), sean condenados ni reprimidos.

Es en ese momento tan particular de la aventura de nuestra especie donde se sitúa la singular misión de Marcel Légaut, es *ahí* donde adquiere todo su sentido. Es ahí también donde vemos revelarse con una fuerza poco común el lazo profundo y misterioso de la aventura espiritual
N 246 del hombre solo, que asume ◊su soledad esencial y confía humildemente, día a día, en sus propios recursos interiores para aprehender y para comprender el movimiento acompasado del Mundo y de él mismo, con la aventura colectiva de nuestra especie toda entera. Con su fidelidad a la llamada interior, ese hombre ha sembrado, y el viento se ha llevado la semilla. Nadie puede

[100] Aquí evoco una marcha colectiva del espíritu humano, en El que el ateísmo ha sido seguramente una etapa necesaria, por otra parte de corta duración: apenas tres siglos. Actualmente, el ateísmo de masas ha llegado a un estado de esclerosis rígida y de mortal sequedad, que presagian su próximo fin.
Por supuesto, aún hoy, en la marcha individual de una persona, el abandono de creencias que le fueron inculcadas en la infancia de forma seca y sucinta, sin el menor respeto por la sana razón, es igualmente una etapa necesaria en el proceso de maduración espiritual, aunque durante mucho tiempo parezca desembocar sólo en un ateísmo "puro y duro" o desengañado. Incluso a veces ocurre (como fue el caso de mi madre, del que hablo en la sección "Los reencuentros perdidos" n^o 31) que se termina por dar una vuelta completa en la hélice del conocimiento, volviendo a una vista religiosa de la vida, pero con una mirada nueva, liberada de las orejeras doctrinales.

[101] Aquí la imagen adecuada sería la de un péndulo, cuyo punto de suspensión estuviera animada de un movimiento vertical ascendente a la vez que prosigue el amplio movimiento oscilante del brazo del péndulo, llegando al final y poniéndose en marcha lentamente en la dirección opuesta...

[102] He insistido en alguna otra parte hasta qué punto este corte decretado e instaurado entre los planos intelectual y espiritual, en los ateos y en los creyentes, y las actitudes que de él se siguen tanto en unos como en otros, han sido y siguen siendo funestos. Éstas han conducido principalmente a la deshumanización de la ciencia y, siguiéndola de cerca, a la creciente corrupción en los medios científicos que podemos constatar en nuestros días. Véase al respecto la sección "Del alma de las cosas y del hombre sin alma" (n^o 51), así como la que le sigue "La mentalidad de rebaño – o la raíz del mal".

decir dónde ha caído. Sin embargo el hombre, al final de una larga y dura jornada y mientras la noche ya se acerca, está contento de su esfuerzo. Cuando la Estación que se anuncia llegue, sabe que Otro se ocupará de recoger la cosecha.

Para Légaut, la mayor parte de su vida se ha orientado a su meditación sobre la persona y la Misión de Jesús. El interlocutor privilegiado del mensaje surgido de esa meditación es el creyente cristiano. Aunque no soy cristiano, y nada me lleva a dedicarme a un trabajo de profundización de las Escrituras, y especialmente del Nuevo Testamento, por poco comparable que sea al realizado por Légaut a lo largo de su vida. Esa "*otra* actitud" frente a la realidad religiosa y a la "práctica" religiosa, que Légaut ha descubierto (o inventado, o creado...) y que ha experimentado en una vida de fe renovada sin cesar – esta nueva actitud no me parece tributaria en nada, en sus aspectos esenciales, de los caracteres particulares de la religión cristiana. Me parece que su potencial fecundidad es virtualmente *universal*, apta para transformar profundamente la relación del hombre con la religión.

No quisiera dedicarme aquí a intentar desentrañar cuáles serían esos "aspectos esenciales" del nuevo enfoque del creyente sobre su religión, o del hombre religioso sobre la religión, los que tienen un valor universal. Creo que esa virtud "universal" supera los marcos tradicionales de la experiencia religiosa constituidos por las diversas religiones, que la naturaleza de este enfoque es aclarar la marcha interior de todo hombre que ha tomado conciencia de la dimensión espiritual de su existencia y de su ser, y que dirige sobre el Mundo una mirada abierta para discernir en él la acción de la misma fuerza espiritual que siente obrar en sí mismo. Para este hombre escrutador, ese audaz (y sacrílego a los ojos de la mayoría...) logro de que incluso los hombres
N 247 que la tradición cultural[103] o religiosa se cree en la obligación de presentarnos bajo ◊los trazos estáticos de una intangible "perfección" son seres de carne y de sangre como Vd. y yo, que tienen sus tropiezos y sus desfallecimientos y sus orejeras y que incluso los grandes entre los grandes están, ellos también, ligados a un tiempo y a un lugar, y que conviene pues no abdicar de las propias luces para seguir ciegamente todo lo que unos y otros han dicho y hecho – ese logro seguramente será llamado a jugar un papel de primer plano en su solitaria ascensión, en ruta hacia lo Desconocido.

(74) Richard Maurice Bucke – o el apóstol de la "*otra* realidad"

(11–13 de noviembre)[104] No pretendo que Légaut sea el primer "espiritual" en la historia de nuestra especie que haya superado plenamente la actitud atávica que prohíbe una apreciación matizada de los actos y palabras que una imperiosa tradición cultural o religiosa erige como modelos intangibles. Incluso conozco otros tres hombres notables y singularmente atractivos, además con misiones íntimamente ligadas entre ellas, que han llegado cada uno a esa rara autonomía interior, que va a la par, además, con una auténtica experiencia religiosa[105] ([75]). Se trata del gran poeta americano Walt Whitman (1819–1892), del médico–psiquiatra y escritor–filósofo canadiense Richard Maurice Bucke (1837–1902), y en fin del escritor, poeta y pensador británico Edward Carpenter (1844–1929). Los dos últimos eran amigos y grandes admiradores de Whitman, que era mayor. La poesía de Whitman ([76]) ejerció una influencia profunda y duradera en la evolución espiritual de ambos. En uno igual que en el otro, ésta culmina en

[103] Esta sacralización de los "grandes hombres" en modo alguno es exclusiva de un oscurantismo religioso, sino la regla casi-absoluta en todos, y uno de los signos típicos y más afligentes de la "mentalidad de rebaño". Ésa es una actitud inculcada desde la más tierna infancia, en la familia y en la escuela. Recuerdo bien que en clase la única actitud tolerada frente a los "autores en el programa" que empollábamos (sin convicción) y que debíamos comentar, y la que los alumnos seguían como algo evidente, era la admiración incondicional, de la que el profesor en primer lugar nos daba el sombrío y poco estimulante ejemplo...

[104] Continuación de la nota anterior. Pero el tema principal de ésta, "El avance" (de Marcel Légaut), del que me alejo en la presente reflexión, será retomado sobre todo en la nota (n^o 75) que sigue a ésta.

[105] Para el sentido que doy aquí a la expresión "experiencia religiosa", véase la nota anterior y especialmente una nota al pie de la página N 244

una "iluminación" – experiencia totalmente inesperada, por no decir impensable, que parecía tener poco que ver con sus temperamentos nada dados a la euforia "mística" o sentimental, o con sus tendencias ideológicas poco inclinadas a las cosas religiosas, como anteriormente había sido el caso de Walt Whitman, ese periodista político, folletinista variopinto y hombre de todos
N 248 los oficios antes de que se transformase en el gran poeta épico americano, ◊bajo el irresistible empuje de una experiencia similar. En cada uno de esos tres hombres, esa experiencia crucial transforma profundamente, en un instante, su relación con el mundo, y es el origen y la fuente de inspiración de una profundización interior que continuará a lo largo de los años que les quedaban.

Se encontrarán indicaciones vivaces y mucho más detalladas sobre los itinerarios de esos tres hombres de destino poco común en el notable libro de Bucke "Cosmic Consciousness" (La Conciencia Cósmica), aparecido en 1901 poco antes de su muerte, en una mini–edición de 500 ejemplares[106]. Ese libro es sin duda la obra maestra de Bucke y su gran contribución a la historia del pensamiento. Hombre de ciencia antes de ser hombre "religioso"[107], en ese libro se esfuerza por situar cierto tipo de experiencia, o de "iluminación", que pudiera llamarse "mística", y el conocimiento que ésta imparte. Da a ese conocimiento, que en lo esencial escapa a las posibilidades demasiado toscas de la expresión con palabras, el nombre de "conciencia cósmica", estado de conciencia que (según él) supera a la conciencia humana ordinaria tal y como nos es familiar en el presente, tanto como ésta supera la conciencia animal. Ese estado superior de conciencia lo ve realizado en su plenitud en sus dos contemporáneos Whitman y Carpenter, pero también en cierto número de otros casos históricos desde el Buda y el Cristo,
N 249 pasando por ◊Mahoma, Dante, los místicos Juan de la Cruz y Jakob Behmen, y algunos otros ([81]). Se esfuerza en situar esa especie de "facultad" nueva, cuya presencia parece (según él) multiplicarse en el curso de los milenios y los siglos, a la luz de lo que sabemos sobre la evolución de las especies en general[108], y de la evolución de la especie humana en particular. Una reflexión profunda y a largo plazo sobre este tema, y sobre todo después de 1894 (después de la muerte de Whitman), le convenció de que esos hombres que se esforzaba mal que bien en censar a través de la historia, debían ser vistos como precursores, aislados aún en el estado actual de la evolución de la especie, heraldos de ese estado de conciencia superior, la conciencia cósmica, al que está llamada la especie humana en su totalidad.

El itinerario de Bucke no es el del visionario o profeta, y si con razón se le considera como uno u otro, seguramente es a su pesar. En ese libro pretende ser un hombre de ciencia que aventura una tesis, quizás atrevida (y ciertamente poco conforme con el espíritu mecanicista y

[106] Esa edición fue publicada en Innes and Sons (Philadelphia). El libro fue reeditado en 1923 por E.P. Dutton and Company. Parece que es bastante conocido por el público culto anglófono, y existe igualmente una edición en lengua alemana. Por el contrario, no hay edición en lengua francesa ¡qué pena! de ese libro notable, de más actualidad hoy que nunca.

[107] Véase una anterior nota a pie de página para el sentido que aquí doy a la palabra "religioso". Seguramente Bucke no se habría designado a sí mismo con ese término, y tampoco emplea el término "místico" para designar el estado de iluminación que trata en su libro y que él mismo experimentó. El término Dios parece igualmente ausente de su vocabulario personal, y no figura en el libro más que cuando Bucke cita textualmente a otros autores. En el relato que hace de su iluminación (en la medida en que las palabras permiten hacerlo – véase la Introducción, páginas 9–10), habla de "*Presencia viviente*" y, más adelante, de el "*amor*" como el "principio fundante del Mundo". Creo comprender que la razón de su reticencia a hacer uso de términos consagrados como "religioso", "místico", "Dios", es que en los medios ilustrados de su tiempo esos términos habían perdido toda credibilidad, de tan raídos que parecían por el uso, a menudo interesado y abusivo, que se había hecho de ellos durante siglos. Además todavía hoy y más que nunca, y no sólo en los "medios ilustrados" (¡bien al contrario!), esas palabras tienen tendencia a suscitar reacciones de defensa y de rechazo, como fue mi caso (al menos en lo que concierne a los dos primeros términos) durante la mayor parte de mi vida.

[108] Bucke, que era contemporáneo de Darwin (28 años mayor), por supuesto estaba bien informado de sus ideas. Habían tenido gran repercusión entre los sabios de su tiempo, actuando además en la mayoría como un acicate a una visión materialista y puramente mecanicista del Universo. En Bucke fue a la inversa – igual que en mí medio siglo más tarde (véase la sección "La cascada de las maravillas – o Dios por la sana razón", n^o 30). Es dudoso que las ideas de Bucke cristalizaran como lo hicieron e incluso que su libro fuera escrito, sin el gran avance de Darwin que le precedió.

positivista de su tiempo), pero que intenta sostener paso a paso, metódicamente, con el examen detallado de todos los casos que ha podido reunir de fuentes de información fiables, y con la gran ayuda de su vasta erudición de hombre apasionado por la lectura de todo lo que afecte al hombre. Pero más allá de un desarrollo metódicamente discursivo y de una impresionante erudición científica y humanista (de dimensiones poco comunes en un médico en activo, apreciado por su dedicación a sus enfermos), su libro está animado por una poderosa motivación, por una "idea grande y fuerte", que inspira y nutre una *visión* que supera con mucho lo que la mera razón, entregada a sus modestas luces, hubiera podido concebir y desplegar. Tal idea–madre nunca es el producto del intelecto (que, bien al contrario, es un instrumento suyo, más o menos adecuado a la tarea...). Por su misma naturaleza es el fruto de una intuición creativa, por no decir de una "revelación", de naturaleza infinitamente más sutil. En el caso de Bucke, no hay ninguna duda de que esa inspiración le vino (como además él mismo dice claramente en la introducción
N 250 de su libro) en esos instantes en que le fue dado ◊tener una experiencia de ese estado de visión espiritual, de iluminación interior que le revelaba la "Presencia viviente" y amorosa que penetra toda cosa del Cosmos... Esa iluminación sólo duró unos instantes, pero, escribe él[109],

> "sus efectos se revelaron imborrables; ya nunca le fue posible olvidar lo que en ese momento vio y supo; ni hubiera podido jamás dudar de la verdad de lo que entonces se le presentó a su espíritu. No hubo vuelta atrás, ni en esa noche ni en ningún otro momento, de esa experiencia. Después escribió un libro[110] en que se esforzó en expresar la enseñanza de la iluminación. Algunos de los que lo leyeron pensaban muy bien de él, pero (como podía esperarse por muchas razones) sólo conoció una difusión de lo más reducida."

No es éste el lugar para hacer un análisis de ese libro de tanta riqueza. Libro animado de principio a fin por un calor persuasivo que hace de su lectura una experiencia extrañamente atractiva – como si estuviéramos página tras página en presencia del que las escribe, hombre de temperamento amable y generoso, apasionado por el mundo de las ideas en el que participa plenamente, y a la vez lleno de una viva simpatía por cada uno de esos hombres que evoca uno a uno en las páginas de su libro, como si hablara de queridos amigos; la misma simpatía, seguramente, que la que le animaba en su relación con los pacientes y que hacía de él un doctor
N 251 "no como los demás" – la que permite ir ◊más allá de los hechos en bruto y de la sintomatología de cada "caso", para entrar en resonancia plena con la rica realidad humana entrevista en otro.

Recuerdo que ese libro me llegó un día por correo sin avisar, regalo de un donante–remitente cuyo nombre no me evocaba ningún recuerdo. Debió ser hacia el final o a la salida de mi periodo "Sobrevivir y Vivir"[111], en 1972 ó 1973 – en el momento (si mi memoria no me engaña) en

[109] Cita de la Introducción del libro de Bucke, página 10.

[110] Hay una referencia a ese libro, citado en la copiosa bibliografía situada al comienzo de Cosmic Consciousness. Es "Man's moral nature" (La naturaleza moral del Hombre"), G.P. Putnam's Sons, New York 1879. He intentado sin éxito poner la mano sobre ese libro, que después de un siglo deber ser imposible de encontrar. Misma desventura con el tercer libro de Bucke que conozco (citado en la misma bibliografía), "Walt Whitman", David McKay, Philadelphia 1883. Espero vivamente que esos dos libros no tarden en ser reeditados, aunque sólo sea para lectores anglófonos. El segundo, como su nombre indica, es una biografía de Whitman. Además es la única biografía escrita (e incluso publicada) en vida, y lo que es más, escrita por un amigo íntimo del poeta, haciendo uso constante de la posibilidad que tenía de interrogarlo libremente. Además una parte de esa biografía fue escrita mientras que Bucke era huésped de Whitman en Camden, en 1880. Es tanto más notable que no sólo no haya sido reeditada, sino que (según me ha parecido entender) los numerosos biógrafos de Whitman apenas la citan por tomar nota y con la punta de los labios; seguramente para que no parezca que no han oído hablar de ella, y con aires de condescendencia y hasta casi de apuro – ¡por miedo a comprometerse con tan dudosa compañía! No debe de haber muchos que se hayan tomado la molestia de ir a leer esa biografía en una de las raras bibliotecas del país en que se puede encontrar.

[111] Evoco de pasada ese periodo en la sección "El viraje – o el final de un sopor" (n^o 33), y de manera mucho más detallada en las primeras siete secciones (n^{o}s 57–63) del Capítulo VI "El Viaje a Memphis (2): siembras para una misión".

que, después de años de intensa actividad militante, comenzaba a sentir en mí la llamada tenue y discretamente insistente de una necesidad de silencio[112]. Debo haberlo leído más o menos de un tirón, por lo atractiva que era su lectura, y también por lo que me intrigaba, respondiendo quizás (me viene ahora la idea) a alguna secreta espera que se ignoraba a sí misma... Seguramente es el primer libro (y siguió siendo el único aún hasta el pasado invierno), cuyo propósito principal y abiertamente declarado es examinar un conjunto de hechos y de testimonios de experiencias vividas cuyo sentido, manifiestamente, es indisociable de la existencia de una "*realidad espiritual* (por así llamarla), de una "Presencia viviente" que impregna y anima toda cosa del Universo; realidad y Presencia "invisibles", pero que se manifiestan a ciertos seres en ciertos momentos excepcionales.

Que se trataba de una verdadera percepción de una realidad bien presente, y no de una alucinación, de un efecto de autosugestión sin alcance objetivo, eso no tenía para mí ninguna duda. Sobre todo cuestión de simple buen sentido psicológico, frente a testimonios concordantes y totalmente independientes unos de otros, de hombres visiblemente dignos de confianza, cada uno de ellos de una madurez fuera de lo común, y cuya personalidad y destino eran a menudo de una estatura, e incluso de un alcance histórico, excepcionales. Seguramente también, aunque sólo fuera a nivel subconsciente, el recuerdo de la experiencia tan similar de mi padre en prisión [113]
N 252 debió de estar presente y, a través de su persona ◊tan íntimamente cercana a la mía, acercarme también esa realidad un poco extraña, hacerme sentir que no concernía sólo a tales y cuales "grandes figuras" más o menos históricas de siglos más o menos lejanos. ¿No había irrumpido también en la vida de un ser muy cercano[114], de un ser amado?

Muchas de las ideas y las formas de ver de Bucke que surgen a lo largo de esas borboteantes páginas o que se deslizan "entre líneas", me han parecido discutibles o francamente superadas[115].

[112] Véase la sección "La llamada del silencio" (n^o 62), en el Capítulo VI que acabo de citar.

[113] Hace unos años tuve conocimiento de un caso similar: una iluminación (menos fulgurante y más extensa en el tiempo) se produjo igualmente en prisión y en confinamiento solitario, en un hombre también ateo y encarcelado por actividades políticas subversivas. Se trata de Arthur Koestler, mientras era un condenado a muerte con la ejecución en suspenso, esperando el desenlace de esa aventura en una cárcel franquista. Ese episodio "místico" de la vida de Koestler parece poco conocido. Lo silencia en el primer relato que publicó sobre su experiencia en prisión – para que no pareciera (dice él), con una especie de "conversión religiosa" (¡sin sacerdote y sin religión!), que rechazaba sus convicciones políticas y filosóficas (entonces era comunista). Eso no impide que esa experiencia, totalmente impensable para él (antes de que ocurriera) igual que antaño lo fue para mi padre, fue seguida en él por un trabajo interior intenso y fecundo, que continuó (creo entender) durante toda su vida. Da cuenta de esa experiencia y de su importancia en su vida, en su libro autobiográfico "Jeroglíficos", en el capítulo "La Ventana abierta". (La ventana que da, justamente, a la "otra realidad"...)

[114] Entre los años 1973 y 1977, tres de mis amigos me han participado independientemente una experiencia similar, todas de corta duración – una especie de percepción extra-sensorial muy viva de "otra realidad". No tengo dudas de que haya podido haber fabulación en alguno de los tres – ¡esas cosas se notan! Creo que ese tipo de experiencia (cubriendo seguramente un abanico más amplio que las que Bucke calificaría de "cósmicas") no es tan raro como generalmente se supone. Pero el efecto de tales revelaciones vivas y fugaces permanece casi siempre limitado, porque son muy pocos los que verdaderamente se las "toman en serio": los que no sólo no la apartan como una alucinación más bien inquietante, o se extasían como ante una encantadora aventura, sino que saben reconocer en ella un "mensaje" crucial, y se dedican a sondear y profundizar el sentido del mensaje durante toda la vida, como fue el caso de Koestler, o el de casi todos los que nos habla Bucke. Por lo que puedo juzgar, en ninguna de las tres personas a las que he hecho alusión (no más que antaño en mi padre), hubo tal trabajo.
Koestler también insiste en la importancia del trabajo, para que la experiencia–revelación no permanezca encerrada en el cofre de los recuerdos como una curiosidad insólita que fascina o espanta, mientras que está hecha para fecundar una existencia. Por decirlo de otro modo: el Acto de Dios en el hombre permanece privado de su fruto, mientras que una *fidelidad* en el hombre no le responda y lo prolongue.

[115] Recuerdo por ejemplo que me irritaba que Bucke tomara partido, sin duda más común en su tiempo que hoy en día, por que los "salvajes" estuvieran humanamente en un estado inferior respecto al hombre llamado "civilizado". Bucke se identifica con este último sin el menor signo de malestar. Además tampoco hay traza de tal malestar en Whitman, que era mayor. Pero ya apunta en su amigo más joven Carpenter, en el título del libro (publicado en 1889, doce años antes que "Cosmic Consciousness") "Civilisation: its cause and cure" (Civilización: su causa y su cura), Swan Sonnenschein and Co, Londres. Libro también imposible de encontrar, como debe ser, y seguramente muy adelantado a su tiempo...

N 253 Pero no podía dudar de que ◊lo esencial de su mensaje fuera válido. Concierne en primer lugar a la existencia de esa "*otra* realidad", omnipresente y que silenciosa y secretamente actúa tras la "fachada" de cosas que nos revelan los sentidos; y el hecho, además, de que ciertos seres, en ciertos momentos de gracia, tienen de esa realidad una percepción directa e intensa, y más o menos profunda, más o menos vasta y englobante, más o menos duradera también, de un caso a otro. Creo que desde el momento en que tuve conocimiento de los primeros capítulos de ese libro, eso se convirtió para mí en un *hecho* – igual que treinta años antes, adolescente de dieciséis años, tuve conocimiento del *hecho* de la existencia de una Inteligencia creadora actuando en el Universo ([83]). Un hecho patente, irrecusable, aunque aún estuviera algo lejano, aunque no estuviera muy claro en qué medida me atañía, a mí, personalmente[116].

En cuanto a la segunda parte del mensaje, es la predicción (o visión profética quizás, que se cuida mucho de anunciarse como tal...) de que esa facultad de percepción directa de la otra realidad, reservada hasta ahora a ciertos seres y a ciertos momentos de claridad que iluminan toda su existencia e inspiran su misión – que esa facultad aún esporádica estaba llamada a extenderse y multiplicarse entre los hombres, para convertirse al fin (nadie sabría decir al cabo de cuántos milenios aún de laboriosa evolución humana...) en el lote común de todos los hombres y todos los momentos de su vida – una facultad tan común y tan inalienable a la especie como lo son en nuestros días la vista, el oído, el olfato o nuestras facultades de entendimiento ordinario

Por su mismo atrevimiento, y como todo lo que se permite voltear las ideas bien establecidas que forman y engrosan el aire de los tiempos, esa "predicción" (o esa visión profética, larga y tiernamente expuesta...) ciertamente no podía y no puede dejar de pasar por fantasía, por extravagancia a los ojos de todos los espíritus "razonables"[117]. Parecidos a laboriosas hormigas
N 254 afanándose en su hormiguero al pie de la montaña, y que tratasen con ◊conmiseración a una de ellas que se atreviera a hablar de una montaña que supuestamente las sostiene y las domina, y que ninguna de ellas ha visto jamás ni percibido en forma alguna.

Para apreciar la visión que un hombre tan inspirado como Bucke nos esboza a grandes trazos, abrazando los destinos de la especie humana en devenir tanto en su pasado como en su futuro, hay que saber verse a uno mismo y a la sociedad humana con una mirada que supera la escala de la propia existencia, y situarlas en el vasto movimiento creador de la Evolución; con una mirada que vea nacer y desarrollarse, crecer, declinar y desaparecer innumerables especies de plantas y animales, las ínfimas y las gigantes, sucediéndose unas a otras como olas sin fin en el Océano del Tiempo. En ese movimiento infinito que se remonta al principio de los tiempos, y prosigue sin descanso desde miles de miles de milenios antes de que el hombre entrara en escena furtivamente, cada ola que sube y que pasa se extiende a lo largo de millones y centenares de millones de años, mientras que los fugaces milenios se desgranan como segundos; como los latidos del pulso del Obrero, trabajando en las Canteras de la Vida – de la Vida lanzada en una búsqueda sin fin de su últimos Fines. Y en la escala mil veces más reducida de la sola especie humana, una de las últimas en aparecer y aún más improbable que todas la que la precedieron, las edades y las eras y las creencias y los imperios se suceden a su vez como otras tantas olas que nacen de lo Desconocido, suben y pasan en un momento para hundirse de nuevo en Él, en el Océano desconocido, sin fin y sin riberas...

[116] Esa era, en suma, la misma perplejidad que treinta años antes, a propósito de Dios–el–Creador ¡del que no estaba seguro si me atañía verdaderamente! Esta vez también decidí pasar de página – olvidar el buen Dios, y la "otra realidad", y mis perplejidades...

[117] Compárese con una nota al pie de la página N 250 más arriba, sobre la actitud hacia Bucke de ciertos biógrafos de Whitman. Seguramente son los que han preferido ignorar pura y simplemente la vena "mística" en la poesía de Whitman, incluyendo la singular experiencia evocada en "Song of myself" (Canto de mí mismo) – ¡que es sin duda el poema más conocido y citado y menos comprendido en toda la literatura americana! El papel crucial de esa vivencia de la que brotaron las "Hojas de hierba", papel tanto en la vida de Whitman como en su inspiración y en su vocación poética y en su relación con todo, debe ser sin embargo evidente a todo lector atento de Whitman, y además está atestiguado más allá de toda duda por el testimonio al respecto de los que mejor lo conocieron.

Pero el timorato espíritu del hombre, ese animal inquieto, está clavado a su lugar (la punta de un alfiler...) y a su tiempo (una ínfima fracción de un suspiro...) como el perro a su perrera, con la cadena al cuello. Que haya leído pilas de libros de historia y arqueología y psicología y el Origen de las Especies de un llamado Darwin por encima del montón, eso no le impide estar íntimamente persuadido de que "¡mi perrera es el Mundo!", que dicho Mundo siempre
N 255 ha sido como es ahora ◊ante sus narices, y que por supuesto no podrá dejar de permanecer eternamente así. Para ese hombre nada de lo que se encuentra fuera del ridículo círculo que parsimoniosamente le permite la corta cadena que le sujeta y le ata (y de la que no se separaría ni al precio de su vida...) – nada de todo eso existe ni puede existir. Todo es imposible para el hombre–con–la–cadena y hasta su cercana muerte (el summum mismo de lo imposible) – hasta el momento (y todavía...) en que lo "imposible" se le cae encima al fin, un hecho consumado del que no captará el sentido ni el misterio...

Durante mi actividad militante, en los tiempos aún cercanos de Sobrevivir y Vivir, tuve amplia ocasión de familiarizarme, a lo largo de días y de meses, con esa ceguera, ante la que la tímida y tambaleante razón razonante decididamente no tiene peso. Constatar el ineluctable fracaso, allí, justo ante nosotros (que sin embargo la simple razón, cuando no está atada, nos hace ver claramente...); concebir que la sociedad humana pueda desaparecer (y el hombre y lo demás con ella...), o solamente que pueda cambiar profundamente (so pena de que el hombre mismo perezca sin remedio...) – esas son cosas que superan visiblemente las capacidades de entendimiento y de imaginación hasta de de las personas mejor informadas y más sabias, incluso las más ejercitadas (se diría) en usar uno y otra. No es que la razón, ni a veces una potencia cerebral tremenda, falten, ni con frecuencia la intuición que capta "al vuelo" esto y aquello en tal caso o tal otro. No son los medios brillantes lo que falta – ¡pero está esa dichosa cadena al cuello que lo estropea todo!

Nadie la ve, la cadena, y la que llevamos menos que cualquier otra. Los "grandes" del espíritu, no son los que no tienen cadena (no hay nadie en el mundo que no tenga la suya...), sino los que en ciertas ocasiones (no se sabe por qué impulso o por qué fidelidad a su vocación humana...) se sueltan de ella – ¡y galopan libremente! Maurice Richard Bucke, ese hombre modesto y amable, era uno de ellos. Y Walt Whitman y Edward Carpenter también. Cada uno de esos tres hombres era de los que se atreven a largar las amarras cuando llega la hora – cada uno en su estilo, recorriendo libremente, con los ojos abiertos, los espacios que le esperan, a *él* – los mismos que tiene la misión de explorar y de contar. (O de cantar, si es músico o si es poeta...) Darlos a conocer, por imposible que sea, a los que sabiamente permanecen atados a sus perreras y que ¡lo siento! no se creen ni una palabra de lo que cuentan o cantan o demuestran esos extravagantes cómicos o chocantes – esos perros vagabundos...

N 256 ◊Al pensar ahora en ello, me parece una coincidencia extraordinaria, o mejor dicho una *suerte* inaudita, única tal vez en la historia espiritual de nuestra especie, que las vidas y los destinos de esos tres hombres de tal estatura, de tal abertura, de tal *amplitud* humana cada uno, se hayan no sólo cruzado o rozado sino largamente codeado, al nivel que era esencial en la vida de cada uno; que sus misiones se hayan desencadenado mutuamente, iluminado, apoyado a lo largo de decenios de una relación de calurosa simpatía y de escucha mutua que no tuvo (por lo que sé) nubarrones hasta la muerte de Whitman primero (en 1892), y de Bucke después (en 1902)[118]. Además es en el libro de Bucke, que consagra a cada uno de sus dos amigos un capítulo substancial y fascinante, donde he visto por primera vez los nombres de Walt Whitman y de Edward Carpenter, y he comenzado a conocerlos a poco que sea. Y en el recuerdo que guardo de ese libro, recuerdo que se ha ido borrando progresivamente a o largo de los trece o

[118] Sin duda debería añadir a esos tres hombres un cuarto, Horace Traubel, que menciono de pasada en la nota "Los antepasados del hombre – o en ruta hacia el Reino" (n^o 81). Si no lo he hecho, es sólo porque (debido a mis limitadas lecturas) la persona de Traubel me es menos familiar, y también menos cercana, que las de Whitman, Bucke y Carpenter.

catorce años que han pasado de esa primera lectura, son las figuras singularmente atractivas de esos dos hombres, y también la del mismo Bucke (pero en menor medida, lo reconozco, porque en su modestia el autor se coloca muy por debajo de sus dos amigos...), son sobre todo ellas las que han permanecido vivas en mi recuerdo, como encarnaciones vivaces y amables del extraño e intrigante mensaje que me llegaba.

A decir verdad, más allá del tiempo que nos separaba, me sentía fraternalmente cercano a cada uno de esos tres hombres. Y el mismo mensaje, por ajeno a mi universo mental que pudiera parecer por sus insólitos aspectos de espiritualidad esotérica, no suscitaba menos fuertes resonancias en mí. Después de todo, la visión profética de Bucke me llegaba casi como una *respuesta*, que se hubiera adelantado casi medio siglo a mis propios interrogantes sobre la gran "Crisis evolucionista"[119] en la que nos veía metidos sin remedio, y sobre la "Mutación evolucionista" que debíamos franquear en el espacio-récord de una generación o dos, ¡¿so pena de desaparecer?! Una mutación de naturaleza *cultural* esta vez (como entonces o veía), y no biológica como en los grandes "Saltos" evolucionistas del pasado...

N 257 ◊Ciertamente, no es de una *mutación* de lo que habla Bucke, sino más bien de una larga *evolución*, llamada s desarrollarse durante milenios, si no aún en más tiempo. Pero las dos visiones, lejos de contradecirse, parecen completarse y confirmarse mutuamente. Actualmente diría incluso que la de Bucke podía iluminar singularmente a la que yo había llegado en los años precedentes. En efecto, sugiere que la mutación que tenemos ante nosotros no es tanto de naturaleza "cultural" (y por eso, subordinada por poco que sea a los mecanismos sociológicos), como de esencia "espiritual"; con más precisión, que era, de alguna manera misteriosa, inseparable de la existencia (¿y de la acción?) de esa "*otra realidad*" que el libro de Bucke se esforzaba justamente en evocar.

Sin embargo, esa "otra realidad" permanecía entonces demasiado alejada aún de mi universo mental, demasiado alejada de lo que hasta entonces me había revelado mi experiencia inmediata de las cosas, para que pudiera ser integrada en mi visión del Mundo, y de la evolución en breve plazo que está ante nosotros, de manera que no permaneciera superficial, que tocase más profundamente que una convicción o un conocimiento intelectual sin más. Y sobre todo, la visión de Bucke se desplegaba en la óptica de una Evolución que se desarrollaba sin mayor accidente durante un tiempo ilimitado. Por eso, estaba totalmente fuera de onda con la *situación de urgencia* en la que ahora nuestra especie estaba acorralada. Y el balance de mi experiencia en los años precedentes, que iban a confirmar los siguientes años (y hasta el año pasado todavía), no me proporcionaba ninguna razón para esperar que la necesaria y urgente Mutación se haría realmente. Bien al contrario, en términos de simple sentido común que saca la lección de mis pasadas experiencias, y de todo lo que conocía de la Historia de los hombres, esa Mutación parecía una cosa hasta tal punto improbable, inverosímil, utópica, que llegaba a ser propiamente *imposible*[120].

Finalmente es en esa impresión, en ese "vacío abierto", en esa muda interrogación que ya no espera respuesta, en esa esperanza muerta (¿pero realmente estaba tan muerta como
N 258 parecía?...) de la que se evita pronunciar ◊el nombre – es ahí donde finalmente permanecí en ese momento, y en los siguientes años hasta el año pasado[121]. No parecía que la fraternal voz de Bucke me aportase una respuesta que pudiera llenar ese vacío. Me llegaba como el canto lejano y dulce de una flauta, en medio de la humareda y las llamas de un inmenso incendio. Para que fuese de otro modo, sin duda habría sido necesario que me comunicase ese mismo conocimiento, el conocimiento "cósmico", el de la "otra realidad" de la que era mensajero. Un conocimiento

[119] Véase la nota "La Gran Crisis Evolucionista – o una vuelta en la hélice" (n^o 37).

[120] Sin embargo hubo *una* experiencia notable, aún muy cercana, que no iba en ese sentido de la "imposibilidad" de una renovación, sino que hace poco alumbró una gran esperanza. Véase al respecto la sección "Una charrúa llamada Esperanza" (n^o 59).

[121] Véase la sección citada en la precedente nota a pie de página.

que la palabra escrita o hablada es incapaz de hacer eclosionar. Sólo el Acto de Dios actuando en el alma humana tiene ese poder...

Por eso seguramente ese libro y su mensaje tienden a oscurecerse un poco en el marasmo de un medio–olvido. Un libro "muy interesante" ciertamente, que me había tenido en vilo durante unos días (que ya se habían esfumado en las brumas del pasado...), que había hecho circular entre mis amigos recomendándolo vivamente. Pero un libro sin embargo que concernía (así me parecía) a las preocupaciones de una época de mi vida ya pasada, y sobre la que no preveía volver jamás[122].

(75) Tiempo de muletas y tiempo de caminar (E. Carpenter y M. Légaut)

(13 y 17 de noviembre)[123] El hecho de que los hombres que vamos a considerar, y probablemente otros más de los que no tengo noticia, hayan alcanzado esa "rara autonomía interior, junto con una auténtica experiencia religiosa", no disminuye en nada el alcance del avance logrado por Marcel Légaut[124] – el alcance no sólo para él personalmente, sino para la vida religiosa en general. Lo que diferencia sobre todo la experiencia y la misión de Légaut de las de sus grandes
N 259 predecesores, es que la experiencia (que ◊califico de "religiosa") de Whitman, Bucke y Carpenter se sitúa fuera de todo marco de una religión establecida y de las prácticas religiosas que ésta establece[125] – y por eso mismo se sustrae de entrada a la presión de esa losa plúmbea que pesa sobre los "fieles", el peso de siglos y milenios de una tradición inmutable, aceptada por todos como una autoridad intangible, absoluta.

Es cierto que Carpenter fue sacerdote entre los 25 y 30 años. Su padre también fue sacerdote, pero era un hombre abierto y de ideas liberales, que le "enseñó a pensar por sí mismo". Edward decidió ordenarse con la idea (muy cercana a la de Légaut dos o tres generaciones después de él) de que había que "cambiar la Iglesia desde dentro". Pero una vez a pie de obra, no tardó en percatarse de que "haría falta un buen montón de tiempo", seguramente más de lo que le sería dado vivir. Así "una ruptura total" con el medio y la Institución religiosa le pareció finalmente una "necesidad absoluta"[126]. Así, en circunstancias muy similares, la fidelidad de ese hombre a lo que era en profundidad, a una misión que sólo se le revelaría a lo largo de su vida, le
N 260 llevó a dejar el regazo protector de la Iglesia (sin duda la primera gran ruptura en su ◊vida, a la edad de treinta años), allí donde un Marcel Légaut comprendió que debía permanecer en

[122] Véase la continuación de la reflexión en la nota "Simientes invisibles – o las Llaves del Reino" (n^o 84).

[123] Véase la cita de la presente nota en la nota anterior, página N 247. En lo esencial, la presente nota puede considerarse como una continuación de la penúltima nota "Todos los hombres son falibles – o el avance" (n^o 73).

[124] Se trata del avance que hemos considerado en la penúltima nota, citada ya en la nota a pie de página precedente.

[125] Éste es pues un punto común (entre otros anteriores) que ahora me une con esos tres hombres. Tal experiencia religiosa (incluso "mística") fuera de toda religión establecida, y que compromete toda la existencia, me parece que es algo raro incluso ahora. El único otro caso que recuerdo, al escribir estas líneas, es el de Arthur Koestler, mencionado en una nota al pie de la página N 251 de la nota anterior.

[126] Los detalles aportados aquí se han tomado del libro de Bucke "Consciencia Cósmica" (que hemos tratado con detalle en la nota anterior), página 238. Prácticamente todo lo que sé de Edward Carpenter proviene del Capítulo que le consagra Bucke en su libro (páginas 237–259). Es el más largo de los capítulos, junto con el de Walt Whitman, consagrados por Bucke a los diversos casos de "consciencia cósmica" descubiertos por él. La mayor parte del capítulo consagrado a Carpenter (el último de todos los casos considerados por Bucke como "mayores" o "principales") consiste en extractos de cartas o de libros de Carpenter. Entre los numerosos textos citados por Bucke a lo largo de su libro, los de Carpenter son los que me han enganchado con más fuerza – y esto en un momento (desde antes de 1974) en que estaba muy lejos de toda experiencia religiosa. Ese interés intenso y esa emoción, como si lo que leía me revelase lo que yo mismo ya hubiera sabido desde mucho antes, pero hubiera olvidado o no quisiera u osara creer – esos mismos movimientos, pero aún más vivos esta vez, han reaparecido en mi segunda lectura del libro de Bucke, el pasado mes de abril. En Carpenter veo el portavoz más elocuente y el más cualificado, junto con Walt Whitman pero en un registro muy diferente, para hablar al hombre moderno ateo, escéptico, desarraigado, a la deriva, pero en el que permanece viva una oscura, una invisible esperanza a la vez que un rigor que rechaza hacerse ilusiones – para hablar a ese hombre de la "otra realidad" que es nuestra herencia común, que nos espera a cada uno, en la que él mismo está ya arraigado con tanta fuerza y tan sencillamente.

la Iglesia: "llevar la Iglesia", como él dice – aunque sea como una pesada Cruz. Mientras que la meditación central en la existencia de Carpenter trataría sobre las cuestiones sociales y las cuestiones fundamentales que plantea al hombre de nuestro tiempo la sociedad que lo incluye y lo modela, la de Légaut iba a llevarle hacia los fundamentos de su Iglesia y de su religión.

La elección de Légaut de "permanecer fiel a la Iglesia" claramente no tiene la naturaleza de una simple "elección táctica", ni siquiera (como él mismo ha podido dar la impresión alguna vez) la de un "imperativo moral", que tendría validez universal para todos los creyentes miembros de una Iglesia que (tal como la viven) les paraliza y les pesa. Su elección, seguramente, procede de una fuerza más profunda que un oportunismo táctico o un imperativo "moral". En él, como en Carpenter al hacer la "elección" de una vía aparentemente opuesta que le llama con una fuerza igual de imperiosa, tales elecciones que comprometen toda la existencia se siguen espontáneamente, sin tergiversación y sin violencia, de la fidelidad del hombre a sí mismo y a su misión. Tal hombre es fiel al rechazar un peso que le aplasta y no es "el suyo", mientras que otro peso, el suyo, le espera. Tal otro lo es al reconocer como "suyo" ese mismo peso, llevándolo hasta el final y, de paso, transformándolo – para él mismo y para todos.

Creo que durante toda su vida adulta, y en todo caso desde su "salida" del medio universitario hacia una vida campesina a la edad de cuarenta años[127], Légaut ha querido ser un "discípulo de Jesús". Habiendo partido primero por el camino de otros discípulos del mismo Maestro, a lo largo de los años se vio conducido a dar a esa relación de "discípulo" un sentido renovado – un sentido que tuvo que descubrir y crear durante una vida. Maestro amado y ciertamente venerado, Jesús ◊ya no es objeto de una obediencia ciega, de una sumisión sin reservas, igual que no lo es la Iglesia surgida de su Misión y que reclama su autoridad; Iglesia de la que se siente un miembro responsable y profundamente involucrado. Su razón, en acuerdo pleno con su fe, le señala a Jesús como uno de esos seres benditos entre todos[128] que, hombre entre los hombres y compartiendo los riesgos y hasta los desfallecimientos inherentes a la condición de hombre, ha llegado a ser por su vida, creada día a día en la fidelidad a sí mismo y a su Misión, un "Grande entre los grandes". El que se funde íntimamente con la voluntad de Dios que actúa en él y a través de él, hasta el punto de que uno y Otro a veces parecen ser sólo uno. Más que un Maestro, ese hombre es para él fuente y aguijón, iluminando un camino que a menudo parece hundirse y perderse en la noche, y estimulándole sin descanso a despejarlo y a proseguir pacientemente, obstinadamente el incierto camino, no imitando, sino inspirándose en el espíritu de aquél que, hace dos mil años, le precedió.

N 261

El espíritu del Predecesor actúa en el discípulo que se inspira en él, por el movimiento mismo con el que el discípulo se esfuerza en alcanzar una comprensión del que fue Jesús, el Desconocido, el Enigmático – lejano en el tiempo, oculto por las Escrituras aún más que lo revelan, y sin embargo cercano como un gran Hermano mayor, hermano amoroso, riguroso, paciente y apasionado; sondear, a través de las brumas que lo rodean, aún más densas y espesas por la tradición y por el tiempo, y a la luz de la experiencia de su propia vida, *cuál* fue su camino; como abordó y reconoció los escollos en su ruta, y reconoció los signos, tan humildes y

[127] De nuevo aquí el paralelismo entre las vidas de estos dos hombres es llamativo. Después de colgar los hábitos, Carpenter trabajó de los treinta a los treinta y seis años en un medio universitario, iniciando una reflexión profunda sobre cuestiones sociales y sobre las bases mismas de la sociedad. "Entró en el estado de consciencia cósmica" en 1881, a la edad de treinta y siete años. Inmediatamente después de su iluminación, renunció a su status social y se estableció en el campo, llevando una vida laboriosa con compañeros de condición modesta, cuya compañía en adelante le pareció mas inspiradora y más en armonía con lo que él mismo era, que la de las gentes sabias y bien situadas. Su reflexión sobre la sociedad (según lo que cuenta Bucke) le llevó hacia una especie de socialismo avanzado, más o menos anarquizante. Espero poner próximamente la mano sobre un libro de Carpenter (parece que algunos de sus libros menos antiguos han sido reeditados), para saber más sobre la vida y el pensamiento de este hombre excepcional, uno de los precursores, ciertamente, de la nueva Era ante nosotros.

[128] Al hablar aquí de "uno de esos seres benditos entre todos", presento la manera de sentir de Légaut de manera algo tendenciosa. Seguramente allí donde he puesto un plural él habría puesto un singular, negándose a considerar que pudiera haber habido en el mundo un ser de estatura espiritual comparable a la de Jesús.

tan imperceptibles muchas veces, que debían iluminar sus pasos y hacerle descubrir y abrir un camino que nadie antes que él había pisado, que jamás ni él mismo ni nadie había osado soñar...

Así es cómo para el discípulo, el descubrimiento de sí mismo, de su propia aventura y de su propia misión, y también de los pesos que entorpecen sus pasos a veces casi hasta el punto de inmovilizarlo... – esa profundización de sí mismo progresa con ese mismo movimiento que le hace penetrar en una comprensión de aquél que, enfrentado a una tarea más "imposible" aún que la suya, y más solitario aún que él, fue por delante.

N 262 ◊Vivir ese "otro" enfoque de su religión, y testimoniar esa vivencia y sus frutos, tal ha sido la misión de Marcel Légaut. No le conozco predecesores, en esa forma de vivir su religión como tal relación de "discípulo" con el hombre que la fundó. Este enfoque pretende de algún modo ser "común", es el de un "creyente", que se sitúa en el marco de una religión instituida y profesa una veneración privilegiada y única a su Fundador. Pero a la vez se separa de manera decisiva y profunda de las actitudes religiosas tradicionales, por la ausencia rigurosa de toda tendencia a la idolatría. La veneración profesada a un *hombre*, reconocido como tal y no como un "Dios hecho hombre", es "religiosa" por la percepción aguda (pudiendo a veces llegar a la adoración...) de la Acción de Dios en ese hombre; pero es religiosa sin ser por eso ciega, sin abdicar en nada del pleno uso de la razón y de las propias "facultades" – igual que ese mismo hombre dio ejemplo de ello. Si fue grande, no lo fue renegando de ninguna de sus facultades de conocimiento y de juicio ante una tradición todopoderosa. Él confió en ellas igual que confió en Aquél que se las había dado para que las usara plenamente, libremente – a su discreción, ¡y por su cuenta y riesgo! Y como pocos seres antes o después que él, fue fiel (y hasta en su muerte plenamente aceptada...) a lo que ellas le enseñaron, y a la vía que le ayudaron a aprehender y a desentrañar.

Es la veneración de un hombre elegido como ejemplo vivo, no como un modelo a imitar ni como objeto de culto. Sabe distinguir en él la parte de las *limitaciones* inherentes a la condición humana, de la de su *creatividad* propia que transciende los límites fijados por un tiempo y un lugar, llevada y nutrida por una fidelidad total a su ser profundo y a la Misión que él crea y sigue al mismo tiempo; y en fin, en interacción tan estrecha con esta creatividad humana que al hombre no le es dado poder distinguirlos claramente, el discípulo reconoce el *Acto de Dios* en ese hombre, cercano y amado de Dios entre todos. Dejar madurar en sí tal conocimiento de otro, en que la más viva luz roza y abraza sin cesar la penumbra y la espesa sombra que envuelven, ocultan y nutren el profundo misterio del otro – ése también es un trabajo creativo, un trabajo en que todo el hombre está comprometido, y al que seguramente Dios mismo no es ajeno. Con ese trabajo, al ritmo de ese conocimiento de uno más grande que él, el ser mismo madura, se conoce y crece...

N 263 ◊He aquí al menos lo que he creído sentir en el enfoque de Légaut de la vida espiritual, y cómo se me presenta su misión. Sin embargo *ése* no puede ser mi enfoque, pues mi camino, que va fuera de todo marco de una religión establecida, ha sido muy distinto. Jamás me he sentido discípulo, jamás he sido "creyente". Incluso hoy y menos que nunca, no "creo" en Dios. Un día *supe* que existía un Creador. Eso no tenía nada que ver con una creencia. Desde hace un año sé (porque Él ha tenido a bien hacérmelo saber) que ese mismo "Dios" vive y actúa en mí, igual que vive y actúa en cada ser – un Dios que no ha cesado de crear en cada lugar del Universo y en cada instante desde (¡al menos!) la creación del Mundo; un Dios que sabe reír y que sabe llorar, que ama todo lo que ha creado, que conoce y comparte toda alegría y todo sufrimiento, toda grandeza y toda ruina, sin turbarse jamás y sin dejar de apiadarse. Dios es muy cercano. Incluso cuando, demasiado liado con mis tareas ("a su Servicio", ¡por supuesto!), parece que se ha alejado, bien sé que Él está muy presente, y que soy yo, no Él, el que se aleja. Todo eso lo sé, es un *conocimiento*, que no sabría decir bien cómo me ha venido. No es una "creencia", en algo que un día alguien (aunque ese alguien no sea otro que yo mismo) me hubiera dicho y asegurado. Si alguien me lo ha dicho, es Dios mismo, y yo le "creo" o mejor dicho, tengo fe en lo que *Él* me

dice – como tengo fe en mi capacidad de distinguir *Su* voz de toda otra voz. Voces a menudo más fuertes, eso es un hecho, y más fáciles de escuchar, ¡pero no por eso necesariamente fiables!

El hecho es que tengo el sentimiento irrecusable (que tal vez parezca blasfemo, ¡o tonto!) de conocer a Dios, por más incognoscible que sea, mucho mejor y más íntimamente que a cualquier otro ser del mundo – aunque Él sea un misterio infinitamente más vasto que todo ser de carne jamás creado; y de que Él está infinitamente más cerca de mí que ningún otro ser que yo haya conocido, padre ni madre ni esposa ni amante. Con más intimidad y perfección de lo que estuvieron ellos y de lo que podrían haber estado, Él es mi Padre y es mi Madre, y es la Amante y el Amante – y además, Él o Ella es un niño con su mano pequeña y ligera en la mía, que camina a mi lado, y yo tan fuerte ¡como si fuera el padre! Pero incluso, como ocurre a menudo, cuando Él o Ella parece que se esconde y parece que estoy sólo entre estos viejos muros arqueados, viejo pájaro bobo que habla a sus gatos cuando no consigo mismo – aún entonces es Su compañía la que me complace por encima de todo, la que ningún otro, ¡ni siquiera de lejos! podrá igualar jamás.

N 264 ◊Es una situación que antes jamás hubiera soñado, ¡yo casi ateo! Y en estas condiciones, buscar la meditación de otro, aunque sea la de Jesús (que, dicen, está ahí justo para eso...), y sus buenos oficios cerca de Aquél o Aquella que me es mil veces más cercano que él, ¡verdaderamente eso sería buscarle una quinta rueda a una espléndida carroza que nunca ha rodado tan bien!

Todo esto no impide que entre el enfoque de Légaut de la vida religiosa y el mío haya puntos de contacto muy fuertes, un parentesco sorprendente. Seguramente por eso mi encuentro con su pensamiento ha sido tan excepcionalmente fecundo para mí – en un sentido, tal vez, ¡que de ningún modo había sido previsto ni deseado por él[129]! Pero, haciendo abstracción de ese impacto sobre mi propia persona, creo que su misión está destinada en primerísimo lugar a iluminar a hombres que, como él mismo, han sido educados en la práctica de una religión. Iluminarles, e inspirarles a transformar su relación con "su" religión mediante una creación espiritual incesantemente retomada, en la vía abierta, descubierta por él. Una vía pues que, integrando el ejercicio de la sana razón en la vida de la fe, pueda conducirlos fuera del callejón sin salida de una práctica religiosa solidificada en formas que ya son huecas, ciegamente sumisa a la autoridad religiosa (celosa garante de las formas), arrancada de la tierra y de las verdaderas fuentes de la vida espiritual.

No dudo que, la gran Mutación mediante, tal relación de autonomía interior y de libertad creativa de los "creyentes" con sus religiones y con sus respectivas Iglesias, termine por ser general. Siendo optimista, sin duda todavía faltan siglos – ¡en un abrir y cerrar de ojos para el Obrero! Pero falten siglos o milenios, es *ahí*, estoy convencido, donde debe llevar la vía abierta por el avance logrado por Légaut.

Una vez llegados a esa etapa colectiva que vemos apuntar aún muy lejos en el horizonte,
N 265 las religiones-instituciones sin duda están llamadas a desaparecer. ◊Su Misión conjunta, tal y como les fue confiada por los grandes "Iluminadores" del pasado, y que ellas llevaron a través de muchos errores, complacencias y traiciones (antes de que sean lavadas bajo las grandes Aguas del ¿Chaparrón?...) – esa Misión entonces estará cumplida: la de acompañar al hombre, desde su estado infantil de dependencia gregaria y de ignorancia espiritual, hasta su estado adulto: el de una existencia creativa plenamente autónoma, libremente asumida.

Me había preguntado por qué cabezonería, contraria en apariencia a esa sana razón de la que no quiso abdicar, un Marcel Légaut se obstina en permanecer fiel a una Iglesia decrépita

[129] Es de temer que nunca me entere, pues no está claro que Légaut (que tiene 87 años y no le falta ocupación) conozca algún día, aunque sólo fueran los (numerosos) pasajes de la Llave de los Sueños en que aparece su nombre, o que han sido escritos en respuesta a la lectura de sus libros. Hay como una ironía delicada y bromista del destino, en el hecho de que el único hombre que conozco que, sin necesariamente hacer siempre suya mi mirada sobre las cosas, esté suficientemente "conectado" para poder sentir y apreciar la sustancia de casi todas las cuestiones que toco en mi libro, y también el que he tenido más presente en el momento de escribirlo, sea también el que es tan dudoso que le quede disponibilidad para conocerlo alguna vez...

y esclerótica, cargándose por ella con un peso tan aplastante y (me parecía al principio) tan estéril. La respuesta que ahora me viene es ésta: es para hacer posible y apresurar la llegada del lejano tiempo en que las Iglesias, esas muletas del hombre cojo, puedan al fin ser tiradas y desaparecer; cuando el hombre, saliendo de su estado de parálisis infantil, sin apoyarse más sobre nadie, ¡haya aprendido al fin a caminar!

(76) Walt Whitman – o boda de un poeta

(13, 15, 16 y 18 de noviembre)[130] Al hablar aquí de la poesía de Walt Whitman, se trata en primer lugar de la obra maestra del poeta, "Hojas de Hierba"[131], y ◊más precisamente de la primera redacción de esa obra. Es también la edición original, con una tirada de mil ejemplares a costa del autor–editor en 1855 (a penas vendió trescientos). Una especie de torrente poético y épico, en "verso" como nunca se había visto ("versos libres" como se dice ahora, ¡y realmente eran "libres"!), un torrente derramándose en un centenar de páginas con doce "poemas" sin título[132], sin el nombre del autor ni del editor en la cubierta ni en otra parte; en lugar de un nombre, un daguerrotipo de un hombre de pie, camisa de obrero con el cuello abierto, una mano en la cintura y la otra en el bolsillo del pantalón, muy relajado y a la vez con aire pensativo bajo un sombrero oscuro de ala ancha...

N 266

Fue escrito en la cresta de la ola que siguió a la "iluminación" ([77]), la primera de todas, que debió tener lugar en el mes de junio del año anterior. Esa vivencia aún tan cercana es la que da a ese torrente informe y (a los ojos de las reglas del arte) demente, esa frescura y esa potencia que ningún "arte" podrá jamás inventar. Y esa misma fuente es la que le da su extraordinario impacto en ciertos lectores, para los que el encuentro con "las Hojas" ha sido uno de sus grandes momentos, un momento que marca un giro en la existencia.

Pero para que el mensaje trasmita toda la fuerza que le pertenece, primero hay que superar el shock de una expresión que parece desafiar toda forma y, peor aún, que parece deleitarse en poner negro sobre blanco, en transfigurar en "poesía", las cosas que todo el mundo siente como ordinarias, banales, triviales, cuando no directamente obscenas, repulsivas, inmundas...

Superar *eso*, ya, el reflejo–rebaño, no le es dado a todos. Pero para leer a Whitman y

[130] Véase la cita de la presente nota en la penúltima nota "Richard Maurice Bucke – o el profeta de la *otra* realidad", página N 247.

[131] Título original "Leaves of Grass". Esa selección de poemas se enriqueció, y por eso mismo se modificó, a lo largo de la vida de Whitman, en nueve ediciones sucesivas y hasta el año antes de su muerte, en 1891. El número de poemas pasó de 12 en 1855 a 383 en la "Deathbed edition" ("edición en el lecho de muerte" de 1891). La edición original, desconocida por el público durante más de un siglo (salvo para los "Whitman scholars", los eruditos especialistas en Whitman), fue reeditada finalmente en 1959 por Malcom Cowley (Viking Press, luego Penguin Books), y después ha tenido 28 ediciones sucesivas, la última hasta la fecha, en los "Penguin Classics" (que acabo de conseguir), es de este mismo año 1987. El texto de Whitman viene precedido por una excelente introducción del editor de una treintena de páginas. Por supuesto, no hay edición en lengua francesa de esa edición original de las "Hojas". Y lo que es más lamentable y casi increíble, el nombre de "Walt Whitman" no figura en los catálogos de las librerías francesas ¡en el año de gracia de 1987! Como no me lo creía, mi librero terminó por descubrir que hubo una traducción al francés de textos escogidos de Whitman, bajo el título "Poemas y Prosa", traducciones de Fabulet, Gide, Laforgue, Valéry Larbaud y Schlumberger, editada por Gallimard en 1918, reeditada en 1960 y agotada desde una fecha que desconozco. Oh siglo de la bomba y de Walt Disney...

[132] En posteriores ediciones Whitman terminó por darles títulos a esos poemas. El primero y el más largo con mucho, ocupando él solo la mitad del folleto, es "Song of Myself", el "Canto de Mí mismo" (o "Me canto a Mí mismo", según el primer verso del poema). Ése es el corazón de la recopilación, en él explota en su frescor primero y en toda su inspirada pasión el mensaje recibido por Whitman poco tiempo antes. Seguramente es su obra maestra entre todas – pero más que obra de la persona Walt Whitman, periodista de fortuna más o menos en estado de paro crónico, es del Huésped invisible que ha elegido su voz para hablarnos. De escritor mediocre, perdido en la masa anónima, he aquí que ese mismo Whitman se convierte de la noche a la mañana en un gran poeta y lo sabe (aunque aún sea el único en saberlo). Casi hasta su muerte treinta y siete años más tarde, escribirá prosa y poesía llena de sensibilidad, de verbo, de profundidad, de coraje. Pero el aliento que traspasa ese primer canto de un gran poeta es único en toda su obra. Y único también, seguramente, en todo lo que el hombre tiene memoria de lo que los poetas han osado sentir y decir sobre el hombre y Dios...

N 267 leerlo en el diapasón que le es propio, ¿no hace falta ser ◊un poco "de la misma familia"? ¿Tener poros semejantes a los suyos para recibir las cosas simples y verdaderas, comunes como las hojas de la hierba o la grama, delicadas, misteriosas, efímeras, e infatigables como ellas – esas cosas que forman la carne densa y granada de un Universo amoroso? ¿Saber acoger como el poeta su caricia – o su zarpazo?

O lo que hace falta más bien es haber conservado como él algo de la inocencia del niño, o haberla reencontrado; que de nuevo se abra delicadamente la epidermis, como con mil pequeñas manos que acogen con alegría las brisas y los efluvios que pasan, caricias del Bienamado...

Cuando Whitman escribe sus "Hojas", llevado por una ola como no había conocido en su vida, ciertamente, y como ya no volverá a conocer, debe de creer que todo su pueblo, el pueblo de la grande y joven América que aún se buscaba, vibraba con él, Whitman, su bardo recién nacido y su poeta, aunque aparte de él nadie lo supiera; que ese pueblo de sangre generosa, amalgama nueva de todas las razas del viejo mundo, sólo le esperaba a él para revelarse a sí mismo, tal y como el poeta siente a través de lo que sabe que es: ¡un dios que se sabe Dios, entre dioses que se ignoran!

Esas son en todo caso sus disposiciones, las de una exultación visionaria a la medida de una gran Nación y del Universo entero, que estallan como un himno ardiente, deslumbrante a través de las nueve páginas de la Introducción a la obra que acaba de nacer – introducción en prosa, ¡pero llevada en alas de gigante! Después de una deslumbrante apología de la misión del poeta (y sobre todo, del "mayor de los poetas", que permanece innominado...) en el vasto concierto de la Nación, termina con estas líneas de una fe virgen aún de toda duda:

> "El individuo es tan grandioso como una nación, cuando tiene las cualidades que hacen grandiosa a la nación. El alma de la más grande y más rica y más orgullosa de las naciones bien hará la mitad del camino al encuentro de la de sus poetas. Las señales son claras. No hay error que temer. Si una es verdad la otra es verdad. La prueba del poeta, es que su país le absorbe con tanto cariño como él lo ha absorbido."[133]

Además no escatimó esfuerzos, una vez que apareció el folleto, en dar algunos enérgicos empu-
N 268 jones para estimular el encuentro entre ◊América y su poeta[134]. Nada que hacer, y el golpe debió ser más bien rudo: aparte de una emotiva carta de Ralph Waldo Emerson[135], fue sobre todo, y en la medida en que la prensa quiso tomar nota del micro–suceso, un diluvio de comentarios

[133] Soy yo el que traduce, a partir de la edición de Cowley de las "Hojas" (véase la penúltima nota a pie de página.

[134] Whitman, que era periodista, se hizo su propia publicidad, escribiendo él mismo algunas reseñas anónimas y ditirámbicas (¡y seguramente sinceras!) de esas "Hojas de Hierba", y del magnífico hombre, hombre del pueblo como Vd. y yo y que se reía de toda "literatura", que lo había escrito y compuesto con sus manos etc. Fue publicado como "relleno" bienvenido por compañeros suyos, en diversos periódicos. Whitman debía estar muy lejos de pensar en ese momento que, menos de cien años después, habría biógrafos que irían a husmear muy de cerca sus menores hechos y gestos (cual una legión de detectives profesionales...), ¡y que no iban a pasar por alto esos pequeños trucos! Igual que no pensaba que esas extravagantes alabanzas iban a contrastar extrañamente con el tono general de la acogida que le estaba reservada (¡la acogida–corrida!), y le harían plantearse cuestiones...

[135] Emerson parece haber sido en esa época el escritor y el filósofo mejor visto por la *intelligentsia* americana, con mucha audiencia entre el gran público. Su carta a Whitman (del 21 de julio de 1855) es sin duda el escrito de Emerson más leído hoy en día. Y quizás su acto de espontaneidad y de coraje, de fraternal y generosa acogida a un ilustre desconocido que él llama su "bienhechor", sea también el más notable y que más le honra en su brillante y larga existencia (1803–1882).

Whitman se encargó (y sin pedirle permiso al autor) de que la carta fuera publicada por el New York Tribune y (según Cowley) "asombró y horrorizó a la pequeña "república de las letras" americana. Nadie estuvo de acuerdo con Emerson aparte de un puñado de trascendentalistas extremos, como Thoreau y Alcott".

Es interesante notar que Thoreau, igual que el mismo Emerson, es situado por Bucke entre los casos de hombres que por poco que sea han "entrado en la Conciencia Cósmica". El crédito que así da a Emerson y Thoreau quizás no sea ajeno al caluroso apoyo que dieron a Whitman. Por mi parte, Thoreau forma, con Whitman y Melville, la "gran Trinidad" de las Letras americanas en siglo pasado.

sarcásticos o indignados, incluso insultantes. No es raro que la desafortunada Introducción fuera abandonada sine die desde la siguiente edición, al año siguiente[136]. Salvo error, no fue exhumada
N 269 en ninguna otra de las ◊numerosas ediciones de las "Hojas", durante más de cien años[137].

Para Whitman debió ser un recuerdo más bien penoso, ¡hasta qué punto había estado equivocado, y con qué grandiosa seguridad! en sus previsiones de una especie de boda por amor entre el Pueblo Americano (en espera de la Humanidad entera) y "el mayor de los poetas". Con eso había proporcionado buenos vergajos para pegarle. No faltaron las lluvias de golpes. Aún hoy se encuentran entre los críticos literarios, a pesar de que ha pasado más de un siglo, comentarios condescendientes sobre el "nacionalismo estrecho" y sobre la "megalomanía" de Whitman ([80]).

Durante toda su visa, no dejaron de predecir que el pretendido "poeta" Whitman, que sólo Dios sabía cómo continuaba atrayendo aún a cierto público, no tardaría en hundirse para siempre en las papeleras del olvido que se merecía. No parece que en ningún momento Whitman se haya desanimado por tales sarcasmos. A través de las preocupaciones de una semi–miseria endémica y tenaz, con pocos amigos, y más tarde también de una larga y penosa enfermedad, clavado a su silla de ruedas, nunca tuvo (según todo lo que sé) la menor duda sobre el alcance único de su misión, ni sobre su perennidad. Ciertamente tenía el buen sentido de no proclamar más tales cosas a bombo y platillo, ni siquiera a sus amigos más cercanos. Pero éstos sabían bien cuál era su sentimiento al respecto. Y el hecho es que casi un siglo después de su muerte, su poesía y su mensaje, y su misma persona en su misterio que permanece insondado, son más actuales que nunca. Con el tiempo, todos ven claramente su estatura, más indubitablemente que en vida, en que raros eran los que tenían la autonomía interior para poder apreciarlo.

Es verdad que todavía hoy Whitman no es el "poeta del pueblo", presente en todos los hogares del país, amado como el cantor de las gentes y las cosas "comunes", de la gente
N 270 "ordinaria". Se estÃ¡ de acuerdo, ciertamente, en considerarle ◊realmente (¡quién lo hubiera dicho!) como "el mayor poeta" que América haya producido. Los libros que se le dedican, examinando su obra o su vida (que permanece enigmática), ya son incontables. Constatado eso, hay que decir sin embargo que todavía hoy son raros los que, más allá de criterios "literarios" siempre convencionales y en suma ridículos, se nutren de él, los que se han encontrado a través de su gran "Canto de Mí mismo" – igual que al escribir ese canto de su alma el poeta quiso que se encontrasen, y *sabía*, profundamente, que se encontrarían. Las barreras que en cada uno se le oponen quizás sean hoy tan poderosas como siempre. Walt Whitman el amante de Dios, vagabundo inspirado "walking amazed at my own lightness and glee..." – caminando ligero, llevado por tan indecible felicidad que él mismo todavía se asombra y se maravilla – mientras se había desprendido para siempre de pesos inmemoriales, le costaba, con la jovialidad de su amor que le rebosaba en canto, darse cuenta del poder que esos pesos guardaban *en los demás*. En aquellos a los que se daba en ese Canto, aquellos a los que amaba al hacerlos partícipes de su extraordinario, su prodigioso secreto...

Creo que siempre ha sido así, sin excepción, en todos los que de repente se han encontrado

---

Con esa carta en el bolsillo incluso antes de que se terminasen de encuadernar los volúmenes de las "Hojas", Whitman devio creer que todo estaba conseguido. Por otra parte Cowley estima (sin razón según yo, pues se olvida del buen Dios...) que sin Emerson, dice él, "Whitman, que fue casi universalmente condenado al menos durante los diez años siguientes, nunca sería más que un grito en medio de una multitud".

[136]Esa edición de 1856 presenta un texto cuadruplicado respecto de la edición original. Todavía es "artesanal" y a costa de Whitman. La primera edición de las "Hojas" encargada a editores profesionales es la tercera, que no apareció hasta 1860. Los editores, Thayer y Eldridge, grandes admiradores de Whitman (¡había que serlo para correr ese riesgo!), quebraron ¡qué pena! al siguiente año – y siguieron siendo amigos fieles del poeta toda su vida. En la edición de 1856, expurgada de la Introducción que había fracasado, figura por el contrario (siempre sin autorización del autor) la famosa carta de Emerson, además de una respuesta de Whitman regalándole un "querido Maestro". (¡No podía hacer menos, quien había sido llamado "mi bienhechor"!) Habiéndose enfriado las relaciones entre ambos, esa publicidad también fue eliminada en la edición de 1860.

[137]La exhumación se realizó en 1959 por los cuidados de Malcom Cowley, en la citada edición.

con un conocimiento nuevo, un conocimiento que sabían que no tenía precio, hecho para ser compartido con todos. En ese estado de exultante ligereza, en ese ardor de compartir, *¿quién* de esos elegidos no se olvida enseguida de la colosal inercia que pesa sobre el mundo de los hombres, igual que pesa sobre el alma de cada uno – de cada uno de esos hermanos a los que, más que nunca, se siente ligado por lazos misteriosos y esenciales, fuera del tiempo?

Ese olvido, que a una mirada superficial puede parecer cómico o hasta ridículo, es sin embargo el olvido de lo que la nueva mirada nos muestra como "*accesorio*": esa materia que pesa sobre el espíritu con la fuerza inexorable de una fatalidad, para llevarle imperiosamente y sin cesar a la ganga tenaz en la que permanece metido hasta el cuello. Lo *esencial*, eso no está en ese peso, no está en la materia (que a veces parece llenar el Mundo hasta el punto de ahogarlo...), no está en lo que aprisiona, que intimida, que tranquiliza, que retiene, ni en lo que en todo tiempo parece separar al que teme del que *sabe* – sino que está en lo que anima y da sentido a la materia, lo que no tiene medida ni peso, en lo que libera cuando llega su hora; en lo que hay de *común* entre el que sabe y los que un día sabrán, y de común también entre los seres entregados a la muerte carnal y Dios, que los contiene y los abraza y los entrelaza.

N 271 ◊Olvidar lo accesorio, es también olvidar el tiempo. Es ver como cumplido lo que ha de cumplirse en cien años, o en mil o en cien mil – nadie sabe cuándo, quizás ni Dios Mismo, antes de que el fruto esté ya maduro para caer.

Tal confusión entre "ahora" y "un día Dios sabe cuándo", eso presenta por supuesto inconvenientes, lamentables para el interesado e incluso (según su audiencia) para muchos otros también. Así Jesús al anunciar, con toda la autoridad del que *sabe*, que la Hora se acercaba – y he aquí que ya han pasado casi dos mil años, y la cristiandad que tanto la había esperado, esa Hora, decididamente ha dejado de creer en ella y ahora menos que nunca, ¡cuando está más que madura y a punto de caer[138]! Y Whitman, con su anuncio casi oficial de boda con América, y en segundas nupcias con la Humanidad, seguramente parecía tonto ¡en un momento en que visiblemente eso no iba por ese camino!

Sin embargo no parece que eso le haya bajado los humos tanto como pudiera creerse. Se contentó con reembalar su anuncio, prematuro y decididamente insostenible vistas las circunstancias. Me parece que en el fondo sabía muy bien que no se había equivocado tanto como podía parecer. Eso no tenía nada de globo que de repente se hubiera desinflado, bajo el ataque de algunas plumas rabiosas. No, Walt tenía un garante, y aunque quizás *nadie* viera a ese garante, *él* lo conocía íntimamente. Había olvidado lo accesorio, de acuerdo, que se vengaba a su manera (sin que Whitman pensara jamás en lamentarse, ni en quejarse de nadie). Ya en los años (si no en las semanas) que siguieron al imprudente anuncio, debió darse cuenta que esa "boda", que había sentido y sentía de tal forma que jamás podría recusar su evidencia – que esa boda no sería para mañana, ni siquiera para esta vuelta en la gran noria. ¡Así que mejor no insistir!

Pero si desgraciadamente se había olvidado de lo que seguramente saltaba a la vista del más obtuso, en cambio veía lo que nadie (es un decir) veía: *lo que cuenta*. Lo que verdaderamente cuenta para el que *sabe*. Lo que permanece. Lo esencial. Y eso esencial, bien sabía él que aún cuando chochease (si eso llegara a ocurrir), o mucho tiempo después de que los gusanos se

N 272 hubieran comido y ◊digerido a gusto ese cuerpo, esa maravilla que había cantado con asombro (y cantando a la vez "su alma", la Bienamada...) – *eso*, en diez años como en diez mil, lo recordaría.

¡Y que la boda por amor se haría!

(77) Walt Whitman (2) – o Eros y la Unión Mística

(19 y 20 de noviembre)[139] El mismo Whitman nunca (que yo sepa) utilizó el término "ilumi-

[138] Compárese con la nota "Marcel Légaut – o la masa y la levadura" (n^o 20) especialmente las páginas N 54 – N 55, y la nota "Cuando hayan comprendido la lección – o la Gran Broma de Dios" (n^o 27).

[139] Véase el signo de reenvío a la presente nota en la nota anterior, "Walt Whitman (1) – o boda de un poeta",

nación" ni ningún otro parecido, para referirse a esa experiencia o a otras de la misma naturaleza que tuvo después. A decir verdad, parece que nunca se "refiere" a ella y que incluso con sus allegados, se abstenía de hablar de ella. Sin duda juzgaba que lo que debía decir de ella estaba dicho en su "Canto de Mí mismo", y más particularmente, en la tercera o cuarta página, en la veintena de versos que constituyen el quinto movimiento del Canto, comenzando por: "I believe in you my soul..." – creo en ti, alma mía...

Esos versos (con más precisión, cuatro de ellos), evocan en términos carnales una escena de amor, entre el poeta (cuyo nombre sólo aparecerá una vez y mucho más tarde en todo el poema) y "su alma". Comprendo bien que era lugar, digamos, para lanzarse a dar explicaciones para intentar distinguir entre el símbolo carnal y la realidad espiritual que expresa, y además, entre esos dos diferentes planos de realidad, decir *dónde* exactamente se situaba la "vivencia real", la que le restituía el recuerdo.

Además estoy convencido que habría sido incapaz de hacerlo incluso por su propia cuenta. Que esa vivencia era bien "carnal" o "erótica", y con más precisión incluso "orgásmica", pero *transfigurada* de una manera totalmente inexpresable en palabras – elevada al plano espiritual con una intensidad tan radiante, deslumbrante (sin ser cegadora), "solar", como sólo la experiencia carnal y el amor humano con toda su dulzura y su potencia pueden evocar y hacer entrever confusamente, sin alcanzarlo jamás ni de lejos. Igual que la luz de una vela en la noche, o incluso una hermoso fuego de campamento, evocan la noción de "luz" encarnada en su plenitud por el sol, sin alcanzar jamás ni de lejos su deslumbrante claridad, ni la cualidad indecible de la luz del día. Whitman es como un hombre que con sus ojos de carne ◊hubiera contemplado la luz del día a pleno sol, y que hablara de ello a los que nunca en su vida han visto otra luz que velas o antorchas u hogueras en la noche, cuando no sólo (y es frecuente) linternas de bolsillo o faros de coche atravesando las brumas con sus cortantes y crudos haces de luz fría y difusa.

N 273

Creo haber comprendido que lo que el poeta llama "mi alma" no es lo que yo llamaría así, ¡sino "el Huésped invisible"[140]; que es *Dios* y su acción en él, Walt Whitman[141]. Si le da ese nombre, "mi alma", seguramente es porque en el momento de esa experiencia y en las siguientes semanas, cuando escribió ese "Canto de Mí mismo" (que por tanto quiere decir también: "Canto de Dios"), está hasta tal punto cerca de Él, el Amante (seguramente aún más cercano de lo que yo me he sentido jamás de mí mismo...), que lo siente como una parte íntima de sí mismo, como la parte de esencia espiritual por excelencia, lo que de mejor hay en él. En cuanto al otro de los amantes, aquél con el que sobre todo se identifica el poeta y que más adelante llamará "Walt Whitman"[142], en modo alguno es su "ego", su "yo" (que en esos momentos está ausente o al

página N 266.

[140] Para el Huésped y los demás personajes que actúan en la psique, especialmente el alma, véase la nota "La pequeña familia y su Huésped" (n^o 1).

[141] "Creo haber comprendido" es un eufemismo – no tengo ninguna duda de que es así. Además así lo ha entendido también Bucke, como salta a la vista por sus comentarios en "Cosmic Consciousness". Pero en este "caso" igual que en muchos otros en que cita textos de hombres que han "entrado en la Conciencia Cósmica" (según su expresión), el sentido de los comentarios de Bucke queda oscurecido por su propósito deliberado y sistemático de no utilizar el término familiar de "Dios", que reemplaza por la palabra "Conciencia Cósmica". (Fundiendo así en un mismo término un *estado de conciencia* "interno" de un ser, y una realidad de alguna manera "externa" que le transciende, y que es "la misma" para todos los seres.) Aún en mi segunda lectura del libro de Bucke, el mes de abril de este año, no supe captar cuál es el sentido de esa personalización y esa extraña divinización que a veces hace de esa famosa "Conciencia Cósmica", que se ha puesto como misión dar a conocer, y que siempre escribe con dos mayúsculas. En suma, y quizás sin que lo tuviera muy claro, dicha misión consistía ni más ni menos en reintroducir de incógnito entre sus semejantes, y bajo un nuevo nombre con aire, ¡a fe mía! serio y tal vez más aceptable, al "buen Dios" de los buenos viejos tiempos que había pasado de moda y que, desacreditado por sus indeseables seguidores, ¡se había vuelto insoportable!

[142] De hecho el nombre oficial es *Walter* Whitman, ése es el que figura en la declaración legal obligatoria incluida en la edición original de las "Hojas". El cambio del nombre Walter en "Walt" tiene visiblemente un valor simbólico, el de un cambio de personalidad (que ciertamente fue mucho más radical de lo que la subrepticia omisión de una sílaba podría sugerir...).

N 274 menos, totalmente "fuera de juego"), ◊sino más bien lo que yo llamaría "su alma"[143]. El acto de amor que aquí se cumple es el *acto de unión del alma con Dios*.

En otras palabras: Dios ha elegido revelarse y unirse al alma (encarnada en ese momento en la persona de un "Walter Whitman"), por la vía de un Acto de "iluminación" *tomando como "forma" y medio de expresión el amor carnal*, la unión carnal de los amantes. Además tengo la clara impresión de que Whitman está lejos de ser el primer ser en la historia de nuestra especie que ha sido favorecido con una revelación de Dios que toma esa forma particular, "erótica" – aunque quizás sea el primero y tal vez el único en que esa revelación, esa intimidad carnal con el Amado, haya llegado hasta la unión completa del alma con el Amado. En cualquier caso, parece que Whitman ha sido el primero en haberse atrevido a decirlo; a decirlo, en suma, con palabras claras, a penas tamizadas por el claro–oscuro propio del lenguaje poético; el primero también, quizás, que tuvo la *misión de decirlo* – o si no el primero, al menos, que fue fiel a esa misión[144].

(78) Dos Prometeos para una Misión – o perros, gatos y hombres

(19 y 20 de noviembre)[145] Se me viene a la cabeza la misión de Freud, en el fondo muy cercana e igualmente pesada de llevar. Es chocante, Freud nació en 1856, el año siguiente a la primera edición de las "Hojas de Hierba" de Whitman, que (nacido en 1819) era treinta y siete años mayor. Dudo que estos dos hombres, en las antípodas uno del otro en tantos aspectos, hayan oído hablar siquiera uno del otro. Y sin embargo siento sus destinos extrañamente cercanos
N 275 y como solidarios. Me parece que sus misiones son *complementarias* de ◊manera perfecta. El papel "yin", "femenino" le corresponde sin contestación a Whitman, el mayor (como debe ser el yin), el papel "yang" o "masculino" a Freud[146]. Me parece que una y otra misión son como las dos caras, en apariencia opuestas y sin embargo inseparables, íntimamente entrelazadas, de una "*misión común*", de dimensiones sobrehumanas: la de *quitar y disipar el tabú inmemorial que separa al hombre de Eros*.

[143] Confrontado aquí a la expresión de la experiencia y la sensibilidad de otro, me veo llevado de nuevo a este misterio, bordeado tan a menudo en las páginas de la Llave de los Sueños: el alma humana, que siento claramente como *distinta* del Huésped, ¿no será sin embargo, d alguna manera misteriosa, indistinguible e idéntica a Él? En esta turbadora cuestión creo ver apuntar una débil luz, que quizás intente discernir en otra parte, si aún persiste...

[144] Véase la continuación de esta reflexión en la nota siguiente, que es su continuación inmediata el mismo día. Las he separado en dos notas distintas para remarcar, con los diferentes títulos, los dos temas, distintos e importantes ambos, que trato sucesivamente.

[145] Continuación de la nota anterior. Véase la precedente nota a pie de página.

[146] Últimamente he leído textos biográficos tanto de Whitman como de Freud, y ahora me doy cuenta de que en uno y otro los trazos "femeninos" estaban muy marcados (como es también mi caso) – quizás aún más en Whitman que en Freud. Bajo la presión de la cultura ambiente y de sus valores (como fue también mi caso), uno y otro los "compensaron" fuertemente, mostrando personajes en que los trazos de marcado carácter "masculino" son la vedette. Así Whitman, cuando se presenta, hacia la mitad del "Canto de Mí mismo" (versos 499-501), como

> "Walt Whitman, un americano, uno de los duros, un cosmos, desordenadamente carnal y sensual...
> comiendo bebiendo copulando, no un sentimental... ni uno que se pone por encima de los hombres
> o mujeres o aparte de ellos.. no más modesto que inmodesto." (Los ... son de Whitman.)

El hecho es que no tenía nada de "duro", y basta leer sus poemas o prosa para saberlo, sin tener que leer su biografía. Creo que en los siguientes años, y sobre todos con su experiencia de la Guerra Civil, esa pose un poco "macho" (pero nunca con algún matiz de brutalidad, ni de condescendencia hacia las mujeres) se desprendió de él sin dejar verdaderamente trazas.

Por el contrario Freud parece haber tenido más éxito en sus esfuerzos por modelarse según los valores "superyang" en vigor. Hasta hace poco, según lo poco que sabía o había leído de él, lo veía muy, muy yang: doctrinario, con sus afirmaciones categóricas (en que raramente admitía un pequeño margen para las excepciones...), actitudes a menudo autoritarias (pero no exentas de benevolencia, incluso de bondad, y donde nunca apunta el deseo de dominar...). También es un hecho que en su familia era muy Patriarca, como era costumbre de su tiempo. Sin embargo todo eso forma parte de la "estructura" superficial, del "yo", y no afecta al *fondo*. Lo que es seguro, es que no habría podido sondear la psique como lo hizo, como nadie antes de él supo no soñó hacerlo, si no hubiera tenido en grado sumo al menos esta cualidad "femenina" por excelencia: la capacidad de escuchar.

La parte de Whitman es esa empresa prometeica fue rehabilitar Eros como una fuerza de esencia divina, y la experiencia carnal como uno de los dedos de carne destinados a despertar en el alma ricas resonancias espirituales; como una de las llaves capaces de abrir el alma a la realidad espiritual hasta hacerle acoger al Dios–Esposa o al Dios–Esposo y a unirse con Él o con Ella ([79]). En su mirada sobre el Mundo, Whitman se sitúa desde el principio en la óptica espiritual, en la que los puros "mecanismos psíquicos" aparecen como fenómenos de inercia, totalmente accesorios desde una perspectiva a largo plazo, y no como procesos realmente dinámicos y creativos. ¡Mueven a los seres, las sociedades y la humanidad entera en círculos
N 276 que sin cesar se cierran ◊sobre ellos mismos y sin cesar nos hacen recorrer el mismo camino! En cuanto a la pulsión de Eros, que a la vez se inserta en esos mecanismos y a menudo los fuerza sin contemplaciones, por sí misma no es de esencia creativa en el plano espiritual[147], pero porta en ella como una *llamada* a sublimarse en fuerza creativa espiritual. Y la experiencia carnal que busca, ese mundo de sentidos de una inagotable riqueza de la que el amor carnal humano es como la más delicada y más intensa quintaesencia, rodea y se desposa con la realidad invisible más profunda, como una piel dulce y suave rodea el cuerpo de la Bienamada, llamando a su amante.

La parte de Freud, por el contrario, fue dar a Eros carta de ciudadanía en tanto que "objeto" de una investigación y de una reflexión racional rigurosa, siguiendo el prestigioso modelos de las ciencias naturales; de una investigación intelectual pura que no consiente en recular ante ningún aspecto de la pulsión, por "banal" o "anodino", por "trivial" y hasta "escabroso" o "inmundo" que sea según los sentimientos comúnmente recibidos y universalmente, totalmente compartidos por todos (al menos eso parecía...). En ese camino y con propósito deliberado, Freud intenta reducir el escurridizo Eros, e incluso la psique toda entera, a un conjunto de mecanismos susceptibles de ser observados, descritos, analizados, clasificados, y en gran medida (es de esperar) "comprendidos" e incluso *predichos*, conforme a las concepciones mecanicistas que animaban a los sabios de vanguardia en su tiempo. Las cosas que un Whitman dejará (y *deberá* dejar) en el limbo de lo "no–dicho"" y de lo indecible poético, Freud se esforzará concienzudamente y sin contemplaciones en iluminarlos con la luz más viva que pueda – incluso tan viva, y sobre todo tan cruda, que lo que el poeta (o yo que no soy poeta) percibe como esencial, como la esencia de la pulsión, muy a menudo es destruido o expulsado o alejado por ese haz brutal. (Pero eso es otra historia[148]...)

N 277 ◊Eso no impide que fuera totalmente necesario pasar por ahí: un gran escobazo y una gran bocanada de aire, para ahuyentar (aunque al principio sólo sea entre los más despiertos) los antiguos fantasmas y esos olores de vergüenza, de asco, de remordimientos y de miedo. Una limpieza a fondo, sí, allí donde se cocinaba a presión en vaso ultra–cerrado y comprimido,

[147] Sobre el carácter creativo de Eros y sus límites, véase las dos notas consecutivas "Eros – o la potencia" y "el Sentido – o el Ojo" (n^{o}s 39, 40).

[148] Tendré que volver de manera más detallada sobre esa "otra historia": sobre ciertas limitaciones inherentes a la "actitud psicoanalítica" tal y como es practicada generalmente. (Actitud que Jung, si hubiera sido fiel a la misión histórica que le esperaba, sin duda habría superado, pero que siguió a pies juntillas tan ciegamente como todo el mundo.) En todos se nota que el papel de la "jerga" psicoanalítica, a base de nombres en latín y en griego, es eliminar en el observador de Eros (promovido a "psicoanalista") toda traza de movimiento erótico, hacer de él un puro Cerebro, y de Eros (e incluso del paciente que se confía a sus manos) un *objeto* – el objeto de una ciencia objetiva, impasible, soberana. Pero lo que se cree captar y sobre lo que así se habla es tan poco "Eros", como el cadáver de un hombre que se disecciona en el anfiteatro *es* ese hombre – el hombre vivo que fue.
Sin embargo el don de la simpatía, si le restituye al paciente su cualidad humana y hace posible una comunicación a nivel humano, no está creado por una inteligencia de la naturaleza de Eros. Ni tampoco ese correctivo indispensable a la práctica psicoanalítica: la mirada atenta y escrutadora sobre sí mismo (el "auto–análisis" como lo llamaba Freud), que juega un papel crucial en el desarrollo del pensamiento de Freud y de su conocimiento de la psique. Es el garante de una probidad y el camino de una profundidad que fueron la grandeza de Freud (y a las que Jung volvió la espalda). Pero si permite ver en acción los engranajes de una máquina, por él solo no basta para hacer sentir el soplo que anima la máquina psíquica, que nos llega de muy lejos, y que escapa a toda "mecánica". Lo que el poeta que hay en nosotros sabe, y que siempre se le escapará al "sabio"...

desde hace al menos diez milenios si no son cien o mil. Un avance decisivo en nuestra larga historia. Avance ciertamente de un estilo muy diferente, pero no menos decisivo que el logrado por Whitman, casi medio siglo antes. Pero quizás uno y otro son más bien como las dos primeras *brechas* que inician un avance aún más vasto, que se está desarrollando laboriosamente desde hace más de un siglo.

Había pensado llamarlo la "liberación de Eros", a ese avance capital, pero no es exactamente eso. No se trata de "desencadenar" a Eros, de animar (digamos) a los simpáticos y a veces molestos perros y gatos que hay en nosotros a imponer su ley al Amo de la casa, subirse a la mesa y quitarle el pan de la mano o de la boca. No se trata de liberar a Eros, perros fogosos y gatos lascivos, para que campeen a gusto, sino de *liberar al alma*. Liberar al alma *del miedo*. Y la raíz del miedo del alma es su miedo a Eros. Liberarla del miedo es ni más ni menos que *liberarla del miedo a Eros*.

Cuando el Amo de la casa deje de tener miedo de sus perros y sus gatos encerrados y salvajes que aúllan y que gruñen y que maullan y que resoplan a porfía, ya no pensará más en ponerles cadenas ni en dejarles pudrirse en casetas y jaulas. Cuando perros y gatos dejen de ser maltratados, no pensarán en desahogarse Dios sabe cómo y en daros conciertos imposibles, en subirse a las lámparas y a las mesas (al menos mientras no se les anime). En cuanto a la manera en que jueguen y copulen entre ellos y con los del vecino (¡y que les aproveche!), ése es tema suyo. Y del buen Dios que, hace ya mucho tiempo, ¡se tomó la molestia de enseñarles cómo debían hacerlo!

N 278 ◊(79) Ramakrishna – o la boda de la Madre con Eros

(20 de noviembre)[149] Dar a entender aquí, a la luz de mi propia experiencia, que la vivencia erótica puede ser una vía hacia Dios, e incluso ser la forma elegida por Él para una "Unión mística" del alma con Él, sonará como un sacrilegio a oídos cristianos, para los que "Eros" o "La carne" guardan aún sus olores a azufre e infierno. Y sin duda hay que reconocer que los famosos "placeres" de la carne llevan más a menudo al infierno (¡un infierno de lo más terrestre y transitorio, afortunadamente!) que a Dios. Pero que Eros pueda llevar a Dios, e incluso que la Unión pueda tomar forma erótica, es algo reconocido en el hinduismo desde hace mucho, aunque los Maestros sólo hablen de ello (y por buenas razones) con reserva y discreción. Sri Râmakrishna alude a ello varias veces[150], dando a entender que es una vía muy resbaladiza (calificada por él de "vía heroica") hacia la Madre divina, y que raros son los que llegan al final.

[149] Véase el reenvío a la presente nota en la nota anterior "Dos Prometeos para una Misión – o perros, gatos y hombres", página N 275.

[150] Mi lectura de Râmakrishna, como la casi totalidad de mis lecturas de los "grandes espirituales" o de los místicos, es muy reciente. ¡Nunca he leído tanto en mi vida como después del mes de marzo de este año! Lecturas en la estela de mi experiencia "mística", ante todo con el deseo de confrontar su enseñanza con la experiencia de otros "espirituales" y lo que sacaron de ella. Mi fuente para Râmakrishna es la bien conocida recopilación de sus enseñanzas, en forma de aforismos, recogidos en los últimos años de su vida por los discípulos que vivían con él. La versión francesa, con el título "L'enseignement de Râmakrishna", editada por Jean Herbert, apareció en Albin Michel (1972).

La convergencia de mi propia experiencia con mucho de lo que pude aprender de la de Râmakrishna, llegó como una sorpresa. Hasta ahora, sólo en él he podido leer lo que sabía por mi experiencia del sueño: que la "divina Madre" (que es el nombre preferido de Râmakrishna para designar a Dios) puede aparecerse al adorador bajo el rostro de la Madre, o del Padre, o de la Amante, o del Amante, y hasta bajo el de su propio hijo; en efecto, ¡Ella (o Él) puede tomar no importa qué forma humana, animal y hasta de objetos (supuestamente "inanimados") para manifestarse a nosotros!

La principal diferencia que veo entre mi experiencia de Dios y la de Râmakrishna, es que la suya es muy poco "intelectual", el pensamiento participa en ella tan poco como es posible o pensable. Se sitúa ante todo en el diapasón extremo del éxtasis místico, hasta el punto de que Râmakrishna parece tener dificultad en concebir que una relación viva con la "Madre divina" pueda tener lugar y desarrollarse en un diapasón mucho más moderado, "low–key". No es de extrañar que con el régimen con que vivió, no llegó a viejo (y ésa no era su intención): murió en 1886, a la edad de cincuenta años.

N 279 ◊Él mismo tuvo hacia el sexo una actitud de rechazo visceral, de antagonismo, que se esfuerza en comunicar a sus adeptos. Actitud tanto más fuerte, seguramente, cuanto que se nota en él una naturaleza ardiente, emotiva, que "se iría" a las primeras de cambio si no estuviera vigilante. Y bien que "se iba", por otra parte, pero en éxtasis, a veces a la vista de la primera recién llegada, en la que reconocía a "la Madre divina". La atracción erótica y la energía erótica que liberaba se transformaba instantáneamente en una energía de orden superior, disparando la percepción de la Madre y el éxtasis.

Además Râmakrishna decía que toda mujer encarnaba a la divina Madre – y para mí eso no es una forma de hablar, ni "superstición". Así es como yo mismo he sentido a "la Mujer" toda mi vida. (Al menos todavía hasta el año pasado.) Pero para Râmakrishna, una vez que una mujer (incluyendo a su legítima esposa) era percibida como "Madre", la pulsión erótica hacia ella quedaba con ello desactivada al instante, por la entrada en acción inmediata del tabú del incesto (más poderoso en él que en nadie); o más exactamente, la pulsión no quedaba desactivada sino *desviada* a otra parte, más allá de ella, hacia la Madre extra–carnal que contiene y penetra y recibe todas las cosas.

No parece que Whitman percibiera a Dios, y la omnipresencia de Dios en las cosas, a través del arquetipo de la Madre, como era el caso de Râmakrishna (o el mío hasta hace muy poco). De todas maneras, la "vía heroica" de la que hablaba Râmakrishna evidentemente no es la que siguió Whitman, ni la mía. Pues Râmakrishna hablaba de hombres que partieron con la idea bien clara de "buscar a Dios" y que a este fin elegían tal vía o tal otra que les parecía propicia. (Creyendo saber ya de antemano lo que buscaban al final, seguramente la mayoría de ellos, entre los que creen haberlo alcanzado, no encontraron ni más ni menos que un producto de su imaginación, estimulado por sus lecturas.) Pero Whitman nunca tuvo la idea de "buscar a Dios" ni nada parecido. Si realmente buscaba algo (como supongo), debió situarse a un nivel inaccesible a la mirada ávida del "yo", enteramente a escondidas de la conciencia. Fue Dios quien tomó la iniciativa de ir a encontrarle, a Whitman, y lo hizo de la forma que Le pareció más indicada. Supongo que Whitman, ya desde los años que precedieron a la iluminación, asentía en su fuero interno a la pulsión de Eros, a la apertura particular (e irremplazable, debía sentirlo) que le daba sobre el Mundo y los demás. De otro modo, no habría podido recibir la experiencia como lo hizo, habría tenido pánico (como otros, seguramente, lo tuvieron...). Pero sobre todo, si Dios se dio a conocer a él de esa manera, fue (estoy convencido) a causa de la misión que con eso mismo le encargaba.

N 280 ◊Si me expreso de forma tan categórica sobre Whitman, es porque tengo el sentimiento de que mi vía se parece mucho a la suya en ciertos aspectos. Como él, Dios "vino a encontrarme" mientras que yo estaba lejos de pensar en él, y a mí también Él se me dio a conocer primero tocando las cuerdas eróticas de mi ser, tomando el rostro de la Bienamada o el del Amante. A decir verdad, hace ya ocho años sentí la llamada a llevar a los demás un mensaje sobre Eros, sobre la Madre y sobre el Niño que hay en el hombre[151]. Después comprendí que no había llegado la hora de dar un mensaje, que aún me hacía falta aprender y madurar. Actualmente el mensaje se ha renovado de arriba abajo, pero sobre todo: ya no soy mi propio mensajero, sino el de Otro. Igual que también Whitman, aunque no diga ni una palabra (y sin duda entonces no era el momento), era el mensajero de ese Otro. O el mensajero de esa "otra realidad", que

[151] Se trata del episodio de la escritura del "Elogio del Incesto" (¡mis disculpas por el título un poco escabroso!), que se trata en Cosechas y Siembras en dos ocasiones, de pasada: en el penúltimo párrafo de la sección "El Gurú–no–Gurú – o el caballo de tres patas" (CyS I, 45) y en la nota (n^o 43) que se refiere a él, y en la nota "El Acto" (CyS III, 113). Fue durante esta reflexión, realizada de enero a julio de 1979, cuando me lancé por primera vez en mi vida a lo que podría llamar una "reflexión filosófica" sistemática. Se centró en primer lugar sobre el juego de las fuerzas cósmicas originales "femeninas" y "masculinas", que entonces veía encarnadas en los arquetipos de "la Madre" y de "Eros". Esta reflexión se retoma y se desarrolla un poco, en una óptica más modesta y pegada a la tierra, en la tercera parte de Cosechas y Siembras, "La Llave del Yin y del Yang" (finales de 1984), y en el apéndice "las Puertas sobre el Universo" (marzo–abril de 1986).

ya conocía de primera mano, y de la que podía hablar con toda la autoridad interior, toda la íntima seguridad del que *sabe*.

En mi primera lectura de la "Hojas de Hierba", hace diez años, aunque el núcleo del mensaje aún se me escapaba a falta de haber vivido una experiencia similar a la suya, sin embargo ya me sentía cercano a él, por esa resonancia "erótica" en la percepción de las cosas que sentía en él. Y también por la audacia que tenía al dejarla vibrar libremente en la manera en que hablaba de las cosas. (¡Una audacia de muy distinto alcance, y muy distinto "valor", en esos tiempos que ahora!) Ahí veía como una afinidad de temperamentos sin más, en un momento en que el pensamiento de una misión que estuviera ante mí estaba bien lejos, y en que yo también estaba lejos de percibir la misión de Whitman.

Ese sentimiento de "parentesco" se ha confirmado singularmente con la experiencia (que bien llamaría "mística") del pasado invierno, y, a la par de ésta, con la progresiva revelación de mi propia misión. Con la reflexión de estos últimos días, que me confronta a impresiones
N 281 anteriores de mis lecturas de Bucke y de Whitman, retomadas la pasada primavera, veo ◊formarse una comprensión embrionaria de las misiones de uno y otro. (Esperando llegar también a un mejor conocimiento del mensaje y de la misión de Edward Carpenter.) Queda claro que mi misión prolonga de alguna manera a la de Bucke, el profeta del advenimiento de una "conciencia cósmica" común a todos los hombres. Y también, de manera quizás más inmediata y más esencial, la de Whitman: reconciliar al hombre con Eros, que en el fondo le asusta con su potencia incomprendida, tanto menos controlable cuanto le asusta...

Y reconciliarse con la Muerte. (Como Whitman, que "sabía", también se esforzó en hacer.) Es un *mismo* miedo, en el fondo, el que separa al hombre de la pulsión de vida que hay en él, y de su propia muerte. Reconciliarse, es amar. Amar a Eros, la pulsión de vida y de conocimiento que hay en nosotros, y amar la Muerte: la eterna Amante de Eros, eternamente abrazada a él, y a la vez la *Madre* que eternamente lo da a luz...

(80) Walt Whitman (3) – o predicción y visión

(19 de noviembre)[152] Esos críticos–biógrafos de Whitman no se dan bien cuenta, creo, de que actitudes que parecen retrógradas en el contexto contemporáneo tan cambiado, eran generosamente progresistas e incluso de vanguardia en su tiempo, hace más de un siglo. Ya la experiencia de la Guerra Civil americana, que dejó en Whitman una huella profunda e indeleble, hizo madurar mucho el flameante nacionalismo de su primera juventud[153].

Situando cuando es necesario ciertos pasajes de ese manifiesto poético[154] en su contexto histórico, siento a través de esas inspiradas páginas una profundidad y un soplo visionario digno
N 282 del Whitman del "Canto de Mí mismo". ◊Visión grande y generosa, ligando el devenir de una gran nación que acaba de nacer y que busca su identidad y su camino, a su capacidad de producir grandes poetas y de entrar con ellos en una relación de escucha mutua y de diálogo creativo. Una visión como nadie antes que él habría podido concebir en todo su atrevimiento, ni sin duda habría osado decir.

Es algo muy distinto de una simple *predicción*. Su papel es muy distinto y es de muy distinto alcance. Que no se realice en tales plazos (en los que quizás creía el mismo que concibió la visión...), e incluso que nunca se realice, eso no le quita nada a su grandeza, ni a la secreta fecundidad que le pertenece. El poeta, en unos de esos benditos momentos, de esos momentos de

[152] Véase el signo de reenvío a la presente nota en la nota "Walt Whitman (1) – o boda de un poeta" (n^o 76), página N 269.

[153] Apenas es necesario, espero, subrayar que ese nacionalismo a gastos pagados nunca toma en Whitman acentos belicosos o arrogantes hacia otras naciones. De manera general, durante toda su vida posterior a la revelación mística de junio de 1954, tuvo hacia todos los hombres, igual que hacia todo ser vivo sin excepción, una benevolencia que (por lo que sé) nunca falló.

[154] Se trata de la larga Introducción–manifiesto que abre la edición original de las "Hojas de Hierba" de Whitman, que se acaba de considerar en la nota (citada en la penúltima nota a pie de página) que la presente nota completa.

grandeza como pocos seres tienen el privilegio de conocer en su breve existencia, ve una Misión abierta ante un pueblo y una nación que acaban de surgir en el escenario del Mundo: una Misión digna del poeta, y digna de ese pueblo que él ama y ha sabido presentir en lo que tiene de mejor. Lo que *él mismo*, habiendo visto, tenía que hacer, lo ha hecho plenamente: *decir* su visión, y *ser fiel* a la Misión entrevista. Nadie puede hacer más: a los otros el ser fieles a lo mejor de ellos mismos, y por eso mismo a su misión, a la suya particular, y también, íntimamente ligada a ésta (e invisible aún a todos salvo a uno solo), a la que les es común como hijos de un mismo pueblo, como ciudadanos de una misma nación.

El poeta, quizás antes de que la hora esté madura, ha mostrado a todos (al menos a los que se preocupen de escuchar y de ver) una vía *posible*. Una vía oculta en los difusos limbos de las cosas aún por nacer, cosas que esperan las manos de los hombres de gran corazón que las acojan y las saquen a la luz del día y las hagan ser y crecer y devenir. Si la gran mayoría aún hoy todavía no ha escuchado la llamada, no por eso la visión fue menos verdadera y menos fecunda, ni el posible no–nacido llama con menos fuerza con esa voz que se calla, y que sin embargo no se ha apagado y todavía hoy nos interpela.

(81) Los ancestros del hombre – o ¡en ruta hacia el Reino!

(13 y 16 de noviembre)[155] Bucke primero pasa revista a catorce casos de "conciencia cósmica" que
N 283 considera como "principales" o "mayores": aquellos en que el acceso ◊a ese estado de conciencia superior le parece indubitable y particularmente marcado, y en que está, además, atestiguado por una obra notable en la historia del espíritu humano. Además de los ocho casos que acabo de mencionar, los otros seis son san pablo, Plotino, Bartolomé de las casas, Francis Bacon (que Bucke considera como verdadero autor de obras generalmente atribuidas a Shakespeare), William Blake, Honoré de Balzac. En el capítulo siguiente al que pasa revista a los catorce casos mayores, examina otros treinta y séis que califica de "adicionales – algunos menores, imperfectos o dudosos". Entre ellos, los nombres más conocidos son los de tres profetas judíos Moisés, Isaías, Gedeón, al lado de Lao–Tsé, Sócrates, Roger Bacon, Pascal, Spinoza, Swedenborg, Pushkin, Emerson, Tennyson, Henry David Thoreau, Sri Râmakrishna. Entre esos casos "adicionales" figuran una veintena de americanos contemporáneos de Bucke[156], siendo los más conocidos los citados Emerson y Thoreau, pero la mayoría (sin duda a petición suya) sólo figuran por sus iniciales, y algunos son de extracción y condición humilde. La mayoría no han dejado trazas visibles en la historia de su tiempo, ¡y seguramente estaban lejos de tal ambición! Su irradiación espiritual alrededor no era por ello menos innegable y visiblemente excepcional, a fe de los testimonios que cita Bucke, a veces el suyo.

Por mi parte, en los casi sesenta años que llevo rodando por el mundo nunca he conocido, hasta ahora, más que una sola persona de una irradiación comparable[157] (sin que por eso haya sido favorecido, por lo que conozco, con una "iluminación" cósmica o de otro tipo). La desespiritualización de la época actual me parece, por contraste, tanto más chocante.

[155] Véase el signo de reenvío a la presente nota en la nota "Richard Maurice Bucke – o el apóstol de la *otra* realidad" (n^o 74), página N 249.

[156] Esa circunstancia, y de manera general la "distribución cronológica" de los 50 casos anotados por Bucke en más de tres mil años de evolución humana, le llevan a concluir que (conforme a la tesis principal de su libro) la aparición de casos de "conciencia cósmica" en la humanidad está en estado de progresivo aumento, como debe ser según el modelo evolucionista para la adquisición de una nueva cualidad por una especie. Quizás haya aumento, pero la pequeña lista de Bucke parece un argumento bien débil, y es dudoso que tal cosa pueda establecerse jamás con un método estadístico tan rudimentario. Parece imposible decidir si no ha habido millares, e incluso millones de casos de "conciencia cósmica" a través de las edades, que escaparán por siempre ala grosera memoria de la Historia, ¡y cuyo reparto probabilista en el tiempo permanecerá por siempre desconocido! Como toda gran visión, la de Bucke escapa a todo argumento que después intentase "demostrarla" o solamente hacerla plausible, aunque éste pueda jugar un papel psicológico útil para profundizar esa visión o para comunicársela a los demás.

[157] Pienso en Marcel Légaut, como sin duda el lector habrá adivinado.

Según su propio testimonio, la evolución espiritual de varios de los hombres de los que nos
N 284 habla Bucke fue marcada fuertemente por la lectura de las "Hojas de Hierba" ◊de Whitman. Además del caso de Edward Carpenter (que seguramente con razón Bucke cuenta entre los "casos mayores" de conciencia cósmica), y el del mismo Bucke[158], señalaré aquí el de *Horace Traubel*. Bucke lo conocía bien personalmente, y formaba parte como Bucke del pequeño círculo de amigos íntimos del poeta. 39 años más joven que Whitman (nació en 1858), Traubel fue muy cercano a él sobre todo en sus últimos años, y recogió de él, durante amigables conversaciones fielmente anotadas día a día, numerosos recuerdos y comentarios de todo tipo. Esas notas de Traubel fueron publicadas a trancas y barrancas entre 1906 y 1964, en cinco volúmenes repartidos entre tres editores diferentes y actualmente imposibles de encontrar los cinco – mientras que pululan las biografías y "estudios" sobre Whitman escritas por autores que no habían nacido cuando él murió, ¡y que sólo lo han conocido a través de archivos! Decididamente, aún hoy y casi cien años después de la muerte de Whitman, sigue habiendo algo que falla en la relación del "público" (aunque sólo sea en medios literarios y editoriales) con un hombre y un poeta que en su tiempo fue sobre todo vilipendiado (de lo avanzado que era entonces igual que ahora lo es), y que sin embargo se está de acuerdo desde hace mucho (muy a nuestro pesar) en considerar como el mayor poeta americano.

Volviendo a lo que Bucke designa como "conciencia cósmica", sería necesario distinguir entre dos cosas bastante diferentes. Por una parte está el mismo estado de iluminación, que (según los términos de Bucke) marca "la entrada en la conciencia cósmica". Casi siempre no dura más que unos instantes. (El caso más largo que se conoce sería el de Pascal, en que se prolongó durante dos horas.) Por otra parte está el conocimiento impartido por esa iluminación. Casi imposible de traducir en palabras, ese conocimiento está vivamente presente en los días y semanas que siguen a la iluminación. Pero aunque necesariamente deba amortiguarse, no por eso menos un conocimiento permanente, fundiéndose íntimamente desde entonces y para siempre con el ser. Ese estado de conciencia, caracterizado por la presencia, más o menos viva
N 285 y activa según los momentos, de un conocimiento de primera mano, ◊fruto de una experiencia inmediata de una viveza indecible, me parece que es un *estado de madurez* particular, que se sitúa por encima, ciertamente, del que comúnmente se encuentra incluso en los medios llamados "ilustrados" o "espirituales".

Supongo que ese estado de madurez, caracterizado por el conocimiento íntimo de ciertos aspectos esenciales de la realidad espiritual, puede alcanzarse por vías que no son la "iluminativa" o, de modo más restrictivo, por una experiencia que responda a los criterios objetivos que Bucke ha intentado desentrañar, dándole el nombre de "iluminación cósmica" ([82]). El mismo Bucke no parece que se exprese claramente al respecto[159]. Tampoco estoy seguro de que en su empleo del término "conciencia cósmica" distinga netamente entre los dos estados tan diferentes: el estado "iluminativo" de la *visión* inmediata, en el sentido más fuerte del término, y el de un estado de *madurez* permanente, también con una "visión", duradera e inalienable esta vez pero en revancha difusa e infinitamente menos viva.

[158] Por supuesto Bucke no se incluye entre los cincuenta casos de "conciencia cósmica" que ha reunido. Pero nos relata su experiencia iluminativa, al igual que su vida poco ordinaria, en unas páginas demasiado cortas ¡qué pena! (páginas 7–1) de la Introducción a su libro. Refiero también al simpático prefacio de George Moreby Acklom (fechado en 1946), en que da otros coloridos detalles sobre la vida y la personalidad de Bucke, sin confiarnos por desgracia de dónde los saca. ¿Quizás del libro de Bucke "Man's moral nature" ya citado en otra parte? (Véase una nota al pie de la página N 250 en la nota n^o 74.

[159] (21 de noviembre) Hojeando el libro de Bucke, acabo de caer sin embargo en el siguiente pasaje (página 344):

> "Hay que recordar que la iluminación que llega progresivamente puede ser tan completa como la instantánea. Por qué hay tales diferencias en las modalidades del despertar de un caso a otro no puede ser explicado actualmente."

Además dudo de que exista una "explicación", en el sentido en que lo entendía Bucke, hijo de una época imbuida de espíritu positivista. Más bien diría que el Espíritu de Dios sopla donde Él quiere y como Él quiere...

En la perspectiva evolucionista de Bucke (¡que hago mía sin reservas!), sin duda es de esperar que la especie humana accederá primero (a lo largo de siglos, o más bien de milenios) al estado de madurez "cósmica", actualmente realizado sólo en algunos raros "precursores" – ¡los verdaderos "ancestros del hombre"! Que en ese momento los estados de iluminación pasajeros más o menos duraderos lleguen a ser relativamente comunes, hasta el punto de que la mayoría de los hombres conozcan uno o varios durante su existencia. Que esa misma facultad de "visión iluminativa", antes esporádica, se extienda progresivamente en la vida de los hombres, y que al cabo de un tiempo quizás aún mucho más largo, termine finalmente por convertirse en una facultad permanente y común a todos, igual que hoy en día lo son nuestras facultades sensoriales o mentales ordinarias.

Ése será, en toda la plenitud del término y englobando a la humanidad entera (y no sólo a unos raros "elegidos"), el advenimiento del "*Reino de Dios*" en la tierra – el "Paraíso perdido"
N 286 al fin hallado, pero renovado, ◊transfigurado por ese conocimiento pleno "del bien y del mal" y de la esencia de las cosas que nos fue, se dice, negado al principio en el Alba de los tiempos...

Ciertamente, la gran Mutación que está ante nosotros no va a desembocar directamente en el Reino prometido. Más bien será como el desbloqueo de una puerta que nos mantenía prisioneros, y que se abre a un territorio inmenso, salvaje y desconocido. A través de él tenemos que abrirnos camino, para llegar infinitamente lejos más allá del lejano horizonte entrevisto entre las brumas, que sin cesar recula ante nosotros mientras avanzamos hacia él. Viaje de aventura del que ni hombre ni Dios tiene ya el mapa ni el itinerario. Es el mismo viajero el que día tras día crea el viaje y el itinerario, en un mano a mano con el país que le rodea y se le hace cercano, mientras que el objetivo parece olvidado, perdido en lontananza...

No obstante, sin querer ser profeta, me atrevería a decir cuál es el primer paso que habremos de franquear. Es el de comprender que es más urgente aprender a vivir en paz con uno mismo y con el hermano, que adquirir o poseer bienes (materiales u otros), de "hacerse una posición", o sondear la estructura de las nebulosas o de los electrones.

(82) "Conocimiento cósmico" y condicionamiento

(16 de noviembre)[160] Los casos de iluminación que Bucke estudia bajo el nombre de "cósmico" parecen ser, más o menos, los que en la tradición mística védica, cristiana o musulmana han sido descritos como correspondientes a las etapas más elevadas de la "experiencia mística", de la "experiencia de Dios". La división que opera Bucke entre los numerosos casos conocidos de iluminados, incluyendo en su hermandad "cósmica" místicos más o menos "oficiales" como Jakob Behmen y Juan Yepes (san Juan de la Cruz), y omitiendo otros como el Maestro Eckehart o santa Teresa de Ávila, no es siempre muy convincente, ni siquiera para un ignorante como yo. Quizás se deba más, a veces, al azar de las lecturas personales de Bucke (que no era un historiador especializado en la larga historia del "fenómeno místico"), que a criterios objetivos de discriminación. De todas formas, el tipo de "fenómeno" que estudia escapa visiblemente, a pesar de sus valerosos esfuerzos, a todo intento de clasificación "científica" en el sentido corriente
N 287 del término. Bucke era además el primero en ser consciente ◊de lo "borrosa" que, por su misma naturaleza, ha de ser una noción como la de "conciencia cósmica" o de "iluminación cósmica" que intenta desentrañar. Ésta en efecto abraza un espectro continuo de experiencias y de estados psíquicos, que se extiende sobre un campo virtualmente ilimitado hacia arriba, y hacia abajo hasta tocar los confines del estado de conciencia ordinario de los hombres que sólo tienen una apertura intelectual y un sentido moral fuera de lo común.

Incluso entre los catorce casos de "conciencia cósmica" que Bucke destaca como "mayores"[161], algunos no me han parecido convincentes. Sobre todo, algunos comportamientos y palabras de esos hombres parecen contrarios al "conocimiento cósmico" tal y como lo describe

[160] Véase el signo de reenvío a la presente nota en la nota anterior, página N 285.

[161] Para esos casos véase el comienzo de la nota anterior, que la presente nota comenta.

Bucke (al menos lo que es expresable con palabras claras, y que parece ser "el mismo" de un estado de iluminación a otro). Pienso especialmente en el conocimiento (que mes bien familiar, por haberme llegado por un proceso de maduración progresiva), de que la armonía oculta del Mundo y de su incesante devenir es de tal naturaleza que a largo plazo, toda cosa y todo suceso terminan infaliblemente por concurrir a su manera al bien y a la felicidad últimos de cada uno y de de todos. Ese conocimiento es contradicho de manera brutal e irreductible por la creencia en los tormentos eternos del infierno, creencia que compartía Jesús (¡y si él no ha tenido la conciencia cósmica, ésta ya no tendría mucho sentido!), igual que san Pablo y seguramente la gran mayoría si no todos los "iluminados" que señala Bucke y que fueron miembros de alguna Iglesia cristiana. Tengo la impresión de que Bucke tendía a minimizar u olvidar, a veces incluso a escamotear un poco si lo requería la demostración, el hecho de que hasta la iluminación más total, una vez que ha cesado, no elimina sin embargo (al menos no totalmente) las orejeras debidas al condicionamiento cultural. Éste tendría tendencia a recubrir más o menos al auténtico conocimiento espiritual, que se encontraría más o menos mitigado o neutralizado por las ideas en curso del medio cultural ambiente.

El mismo Bucke, igual que hombres como Walt Whitman, Edward Carpenter, y quizás también Horace Traubel, propiamente hablando no tenía presupuestos religiosos (¡como no sea a lo más en forma negativa!). Los otros presupuestos culturales me parece que en ellos han sido relativamente benignos, o su asentimiento y su fidelidad a las enseñanzas de la iluminación más firmes y más eficaces que en otros, y apoyados por un trabajo de profundización más consecuente. En todo caso, me ha parecido que el "conocimiento cósmico" ha permanecido presente en ellos
N 288 de una forma más pura, menos ◊tamizada por las "rejillas" culturales, que en muchos otros "hombres cósmicos".

(83) El Creador y la Presencia – o el doble rostro

(14 de noviembre)[162] Para ese episodio de mi adolescencia, remito a la sección "La cascada de las maravillas – o Dios por la sana razón" (n^o 30). Ni en ese momento, ni nunca después, dudé en conceder a esa Inteligencia soberana que obra en el Universo el consagrado nombre de "Dios", a pesar de las convicciones ateas en las que fui educado y de las que entonces me separé sin sentimientos de pesar ni de alegría – como hubiera rectificado de pasada un error sin grandes consecuencias...

Se me ocurre que la idea de "*otra realidad*" que me llega por la voz pausada y calurosa de Bucke en mi edad madura (hacia 1973), tan irrecusable como la de Dios–el–Creador que había aceptado (sin detenerme mucho en ello) en mi juventud casi treinta años antes (en 1944), es de alguna manera *complementaria* de ésta. Por una parte está la gran *Inteligencia* creadora, Arquitecto del Universo y fuerza motriz activa durante toda la *Evolución* de la vida en la tierra; y por otra parte está la íntima y discreta *Presencia*, actuando *en nuestro propio ser* en ciertos momentos excepcionales. (O quizás en todo momento, pero entonces aún no la había experimentado, o aún no había sabido reconocerla...) No recuerdo que algo me haya "hecho tilt" al leer el libro de Bucke. Pero al menos a nivel subconsciente ese conocimiento ya adquirido, el del Arquitecto del Universo, seguramente debía estar presente y contribuía a hacerme menos extraño, y hasta casi familiar y quizás esperado, el mensaje de Bucke.

Por supuesto, lógicamente no es obvio que los dos "Seres" que me había encontrado con un intervalo de treinta años, en el camino de las ideas–reconocidas–verdaderas si no en el de las realidades tangibles, sean realmente *el mismo*. No recuerdo que Bucke mencione ni la cuestión, ni la respuesta. Pero supongo que eso era obvio para él, de tanto que se fundía con el conocimiento
N 289 impartido por la iluminación, ◊que no se le ocurrió decirlo con todas sus letras[163]. Y para mí al

[162] Véase el signo de reenvío a la presente nota en la nota "Richard Maurice Bucke – o el profeta de la *otra* realidad" (n^o 74), página N 253.

[163] Después de reflexionar, ahora estoy menos seguro. Como señalo más abajo, para Marcel Légaut no es nada

leer ese libro, incluso sin iluminación, debía de ser lo mismo: para mí debía de ser claro, a nivel de lo inexpresado, que esos dos Seres, el transpersonal y el personal, eran uno solo; y por eso mismo también, que la "Presencia viva" de que hablaba Bucke, percibida de forma tan diferente de un ser a otro (al menos por los que tenían el privilegio de percibirLa realmente...), no era sin embargo más que una sola y misma Presencia en uno y otro, que era un solo y mismo Ser que se manifestaba en uno y otro.

Y después de todo,en el fondo no es otra cosa que el contenido esencial de mi afirmación "*Dios es el Soñador*". La "Presencia de Dios" en mí, o la "Palabra" de Dios, al principio fue vivida como la del *Soñador*. Es verdad que durante casi diez años no me di cuenta de que dicho Soñador, que creía me era personal, no era otro que *Dios* en persona, ¡pero sí! Ciertamente eso no era algo que hubiera dado por "obvio" ni siquiera que hubiera adivinado – sino que me fue *revelado*; es verdad que no con algo tan extraordinario como una "iluminación" (¡todavía no he tenido derecho a ese favor!), sino por la vía tan "ordinaria" del sueño. Y, como generalmente ocurre en los sueños, con medias palabras – ¡soy libre de interpretarlas a mi guisa o de hacer con ellas lo que quiera! (Pero a decir verdad, cuando Dios nos habla, por el sueño o la iluminación o de cualquier otra manera, siempre es con medias palabras, siempre "en voz baja" hasta que con nuestra acogida no la hayamos amplificado. Y el sentido que le demos a la Palabra escuchada, y la aventura que nos propone, siempre son por nuestra cuenta y riesgo...)

N 290 $^{\Diamond}$En cuanto a Légaut (uno de mis buenos genios), casi supondría que no se cree (¡oh herejía suprema!) que el "Dios" del que tiene experiencia, y del que tanto habla libro tras libro, haya metido la mano para crear el Mundo (suponiendo que ese Mundo haya sido creado...); ni tampoco que tenga poder de hacer el menor de los "milagros", es decir de suspender aunque sólo fuera por un momento (¿a fin quizás de impresionarnos?) el inexorable reinado de las leyes naturales, que nos enseñan (de manera tan perentoria) las ciencias no menos naturales. En todo caso, en los libros de Légaut que he leído, cuando no puede dejar de rozar ese puntillosos tema y no farfulla embarazosas excusas de los autores de textos sagrados, tiene buen cuidado de mantenerse en un prudente mutismo.

(84) Simientes invisibles – o las llaves del Reino

(21 de noviembre)[164] Sin embargo ahora no tengo duda de que esa lectura "fuera de programa" del libro de Bucke que me había caído encima por azar, y que más o menos iba a olvidar hasta el pasado mes de abril (por tanto durante una buena docena de años), dejó sin embargo en mí una semilla. Uno de los signos en ese sentido, es que hoy hace once días que entre una cosa y otra he consagrado unas cuarenta páginas a Bucke, a su libro y a todo lo que lo rodea. (Encadenándose irresistiblemente las notas a las notas para dar cuenta de inesperadas entradas en escena, después del mismo Bucke, de Whitman, Carpenter, Légaut, Freud, Râmakrishna... – ¡todo un ballet de "mutantes"! y no hay forma de parar...) Y otro de tales signos, es que en el mes de abril, cuando acababa de emerger de esos intensos meses que había pasado a la escucha de mensajes en altas dosis y ultra–densos que me enviaba Dios–el–Soñador, mi primera lectura aparte de la de la Biblia, y más o menos paralela a ésta, fue "Cosmic Consciousness", providencialmente encontrada entre mis viejos libros.

"obvio", y más bien se tendría la impresión de que no lo cree (quizás por reacción a su educación "católica" decente), y que sólo se abstiene de decirlo para no causar más revuelo del absolutamente necesario, visto que no es esencial para la vida de la fe. En cuanto a Bucke, que en las partes I a III de su libro habla largo y tendido de la Evolución, cuando menos es notable que lo haga en un espíritu estrictamente positivista, sin dar a entender en ningún momento que la Evolución pueda ser otra cosa que el juego del azar y de fuerzas puramente mecánicas, o que él, Bucke, pudiera tener quizás una idea personal en la cabeza sobre eso, aunque juzgase oportuno no detallarla. Situación casi calcada de la de Légaut, uno dirigiéndose a un imaginario interlocutor "católico cultivado", el otro al "ateo ilustrado" del siglo de las luces...

[164] Continuación de la nota "Richard Maurice Bucke – o el profeta de la *otra* realidad" (n^o 74).

La devoré de la A a la Z en dos o tres días. Esta vez, ¡suscitaba en mí una resonancia muy distinta! Lo que más apreciaba era encontrar ahí reunidos tantos testimonios de primera mano de hombres que, como yo, se habían encontrado con Dios (o con la "otra realidad", o
N 291 cualquier ◊otro nombre que se le dé...), y cuya vida, igual que la mía ahora mismo, había salido transformada de cabo a rabo. Con esas disposiciones, el propósito particular del libro, a saber la gran visión evolucionista de Bucke, me parecía secundaria ¡de tan obvia que me parecía! No obstante si en estos últimos días he sido conducido a hablar de ella con algún detalle, es sobre todo, pienso, porque no escribo sólo para mí. La visión profética de Bucke, aunque se inscriba en una visión a muy largo término, no es menos inseparable de la que ahora anuncio y que concierne en primerísimo lugar al futuro inmediato: la Mutación que está ante nosotros, ese gigantesco Avance evolucionista bajo el empuje de Dios. Esa que abrirá las vías, aún oscuras y que nos toca desbrozar, que llevan a ese Reino tanto tiempo prometido y esperado, y entrevisto con una óptica diferente por la mirada visionaria de Bucke...

Pero volviendo a mi primera lectura de su libro, a principios de los años 70, que me puso en contacto (aunque al principio no fuera más que a nivel del mero pensamiento) con "otra realidad", una realidad espiritual, debió contribuir en parte al trabajo interior que se realizó en mí en los tres o cuatro años posteriores a abril de 1974. Pienso, por supuesto, en mis contactos con los monjes budistas del grupo Nihonzan Myohoji, adeptos de Fujii Guruji[165]. Hoy es la primera vez, seguramente, que pienso en su relación. En apariencia, no había nada en común entre esos monjes animados por una fe real pero a menudo bien ruda en comparación con el conocimiento de un Maurice Bucke, una fe inextricablemente ligada a la ganga de la credulidad o de la superstición, y a una sumisión incondicional a la autoridad espiritual y moral del que habían escogido como Maestro. Y sin embargo, más allá de esas diferencias ciertamente importantes, ahora soy sensible a un parentesco espiritual entre esos monjes que vivían una vida de fe religiosa, y el espíritu que emanaba del libro inspirado y sin pretensiones de Bucke. En él como en ellos, había una misma atención, un mismo respeto por esa realidad invisible que, en el mundo moderno, es casi universalmente ignorada o despreciada, y que yo mismo durante toda mi vida tuve tendencia a olvidar, si no a ignorar totalmente.

A un nivel más pegado a la tierra, hasta la pasada primavera el único efecto visible de mi lectura de Bucke una quincena de años antes, se sitúa en un viaje–relámpago a los Estados
N 292 Unidos en[166] 1977. Matando el tiempo en los pasillos del aeropuerto de ◊Nueva York a la espera del avión que debía llevarme de vuelta a París, di con las "Hojas de Hierba" de Whitman en el kiosco de libros (¡pero sí!) – justo el libro del que Bucke cantaba maravillas. Además era, golpe de suerte bastante loco, la bonita reedición por Cowley de la edición original de 1856, ¡la buena de verdad! Así es como conocí la poesía de Whitman, y también, de paso, lo mejor que hizo. Soy más bien refractario a leer poesía (al menos la escrita por otros), pero no me decepcionó – no más, podría decir, de lo que me "decepcionó" la lectura del mismo Bucke. Me impresionó por la potencia de la inspiración y el atrevimiento en la expresión, y por momentos un poco sin aliento por las ciclópeas acumulaciones descriptivas que se despliegan en frases–maratón en varias páginas seguidas. A la vez también me sorprendió por un sentimiento de "parentesco" en cierta cualidad "erótica" de la percepción de las cosas por Whitman, y por mí mismo[167].

Además era justo en el momento en que (en 1978) descubría esa cualidad en mi relación con
N 293 la matemática (para empezar)[168]. No sabría ◊decir con certeza cuál de los dos descubrimientos

[165] Sobre esos monjes y Fujii Guruji, véanse las secciones n^o 70 y siguientes, y las notas n^{o}s 60 – 66 y 71.

[166] Hacía cinco años que ya no hacía viajes profesionales como matemático (conferencias etc). Hice el viaje para ver a mi último hijo, Jean (que entonces tenía cuatro años) y a su madre en New Jersey. La visita no fue un éxito: fue la última vez que los vi...

[167] Ya he hecho alusión a ese sentimiento de parentesco en la nota de la víspera "Râmakrishna – o la boda de la Madre con Eros" (n^o 79).

[168] (22 de noviembre) Ese descubrimiento se hizo con ocasión de la escritura de una especie de preámbulo, o declaración de intenciones "A guisa de Programa", a un "Curso de introducción a la Investigación", sobre la

precedió al otro. Después de todo (me viene ahora la idea) la relación entre los dos sucesos sugiere que la lectura de Whitman (que debió tener lugar el año anterior, en los días o semanas que siguieron a mi viaje a Estados Unidos) debió estimular esa toma de conciencia. (Hasta entonces había sido desalojada en favor de los consensos corrientes que separan, como por el corte de una espada, el plano de la creación intelectual del de las torpezas carnales.) Lo que es seguro, es que nunca pensé en hacer esa relación hasta hoy mismo. Si hubo una influencia, como ahora como poco me parece que es muy probable, fue totalmente inconsciente.

Por el contrario, a nivel consciente la lectura de Whitman no dejó efectos más visibles que los de Bucke. Eso no impide que después de mi experiencia "mística" del pasado invierno, de oficio Whitman formó parte, con el mismo Bucke y Edward Carpenter, de los "hombres de conocimiento" que de repente tuve un ardiente deseo de leer o releer, que ardía en deseos de saber más de ellos. Aún ahora, después de haber montado una pequeña biblioteca idónea en unos meses, y haber devorado ya una treintena de volúmenes (a la vez que trabajo sin descanso en la Llave de los Sueños), sigo teniendo el sentimiento muy claro de que una de las claves esenciales para la comprensión de la historia espiritual de la humanidad, y de los designios de Dios que seguramente aparecen ahí en una discreta y delicada filigrana (cual los delicados e imperceptibles vasos sanguíneos que irrigan y vivifican los tejidos de un organismo vivo...) – que tal clave se encuentra en una matizada comprensión de las vidas y las misiones de aquellos entre nosotros en que Su acción se manifiesta con más potencia. Por eso, en mis lecturas, me he interesado en primer lugar por el testimonio directo de esos hombres (cuando lo han dejado), por el testimonio de los que los han conocido, y por los hechos y gestas de su vida en la medida
N 294 en que el recuerdo se haya $^{\diamond}$conservado de una forma u otra[169].

(85) Los mutantes (1): el ballet de los mutantes. Hahnemann y Riemann

(22 y 23 de noviembre) Hace casi dos meses, al escribir la nota del 27 de septiembre "El santo y sus flaquezas – o la paradoja del mutante" (n^o 71), puse un signo de reenvío en el lugar (página N 234) en que por primera vez evocaba a esos famosos "mutantes". Pensaba consagrarles una nota a pie de página al día siguiente, con objeto de nombrar al menos a algunos, para no ser muy vago. Y he aquí que llevo dos meses retrasándola casi de día en día, esa pequeña nota

---

geometría del icosaedro. Hablo de pasada en Cosechas y Siembras, en la nota "La bella desconocida" (CyS III, n^o 120), del que aquí citaré:

> "Después de haber escrito ese texto, que me vino a la pluma de lo más espontáneo del mundo, me sorprendió por la abundancia de imágenes que nacían unas de otras, cargadas de connotaciones eróticas. Bien me daba cuenta de que eso no era ni por azar, ni el resultado de un simple propósito deliberado literario – que era un signo inequívoco de un profundo parentesco entre las dos pasiones que habían dominado mi vida de adulto..."

Por otra parte algunos meses más tarde, como una prolongación natural de ese descubrimiento, se inicia la gran reflexión erótico–cosmogénica–filosófica sobre las fuerzas cósmicas originales "femeninas" (encarnadas para mí por "La Madre") y "masculinas" (encarnadas por Eros), y sobre los eternos esponsales de Eros con la Madre – reflexión que tomó la forma de un "canto poético" llamado "Elogio del Incesto". (Véase una nota al pie de la página N 280 en la nota "Râmakrishna" citada en la precedente nota a pie de página). Ahora que evoco esa relación, de pronto me viene la asociación con ese otro "canto" que había leído, un poco apresuradamente, el año anterior – el "Canto de Mí mismo" de Whitman. Creo poder decir sin riesgo a equivocarme que al escribir el Elogio, el pensamiento de Whitman nunca me afloró – si hubo a nivel consciente un impacto desencadenante por la palabra de un predecesor, fue por el Tao Te King de Lao Tse. (Hablo de ello en la primera nota a pie de página de la nota "El mensajero" en Cosechas y Siembras, CyS III, 114'.) Pero ahora esa cadena de asociaciones me convence plenamente de que a partir de la lectura más o menos olvidada del "Canto de Mí mismo" de Whitman, hubo un trabajo subterráneo que prosiguió en mí. Ese trabajo me hizo tomar conciencia de la omnipresencia de la pulsión de Eros primero en mi propio trabajo matemático, luego en el trabajo humano creativo en general, y por fin en los procesos creativos que actúan en el Cosmos. Culmina por fin en la visión cósmica "erótica" que es objeto del "Canto de la Madre y de Eros" alias "El Elogio del Incesto".

[169] Compárese con las tres "fuentes" para una visión, que me propongo en la reflexión del 15 de julio, en la sección "La visión" (especialmente la página 156, 2^o).

convertida en nota plenaria desde hace tiempo, en que quería poner por fin negro sobre blanco mi pequeña lista provisional de mutantes, con algunos comentarios. Hay que decir que ese 27 de septiembre hacía ya tres días que tenía un maldito lumbago que empeoraba, tanto que desde esa mañana tuve que parar todo trabajo sentado – ¡imposible seguir escribiendo! Duró todo un mes. Lo aproveché para leer todo lo que pude de la pila de libros que me había prometido leer "próximamente"[170]. Al fin retomé la escritura de la Llave de los Sueños el 26 de octubre, con la nota "Fujii Guruji (2) – o el don" (n^o 61)[171], que es una continuación inmediata de "Fujii
N 295 Guruji (1) – o el sentido de lo esencial" (n^o 60), mantenida en suspenso $^\Diamond$durante todo ese mes. Pensaba volver sobre los "mutantes" a la mañana siguiente, ¡pero no! Con esa nota me vi envuelto en un engranaje de notas que se empujaban unas a otras, cada nueva nota dando luz a una progenie de otras notas... El diagrama lógico para situarme en la imbricación de esas notas que se continúan o reenvían unas a otras, se modificaba y crecía a ojos vistas, ¡como una especie de champiñón–esponja con excrecencias multifiliformes proliferando en un día lluvioso! Hubo dieciocho de esas notas, acabo de contarlas, que me tuvieron en vilo durante más de un mes, hasta ayer – ¡uf! Espero que la convergencia del proceso esté por fin asegurada, y que con esta nota (consagrada a los "mutantes") y quizás otra más, habré terminado con esa lujuriante vegetación de unas 27 o 28 notas colgando (vía un anodino signo de reenvío a una nota n^o 60) de la en apariencia inofensiva sección "Dando gusto a Buda" (n^o 71) del texto principal. Ésta está fechada el 22 y 23 de septiembre, hace pues exactamente dos meses. Estoy deseando retomar (¿en dos o tres días?) el hilo de esa reflexión "principal" casi hundida, la que se refiere a mi modesta persona; retomarla allí donde en ese momento la dejé en suspenso, cuestión (pensaba yo) de añadir sólo unas pequeñas notas a pie de página...

Ya en los días que siguieron a la primera mención de los "mutantes" (en la nota sobre Guruji citada al principio, del 27 de septiembre), el pensamiento comenzó a embragar sobre el nuevo tema que aparecía a la vuelta de la reflexión. De buenas a primeras apenas tenía presentes como "mutantes" al mismo Guruji del que acababa de hablar, Légaut (al que esa reflexión reenviaba directamente[172]), y Freud. Pero a lo largo de los días no han dejado de unirse otros a ellos, una a uno, bajo mi inquisitiva mirada: ¿ése más que llegaba era un mutante de verdad de la buena? ¡Se trataba de no dejarme "engatusar"!

N 296 $^\Diamond$Cuando hubo cinco o seis, con Gandhi, Râmakrishna, Whitman, Carpenter..., tuve que hacer una primera lista negro sobre blanco, y de paso por orden cronológico. Ése o nunca era el momento de aprender las fechas de nacimiento y de muerte de todos esos viejos conocidos,

[170] Todas esas lecturas estaban, por supuesto, directamente ligadas a la reflexión que estaba realizando, e inmediatamente todas fueron útiles al retomar la escritura de la Llave de los Sueños, a finales de octubre. Leí o releí una buena parte de los dos libros de Fujii Guruji citados en la nota n^o 61 del 26 de octubre, y la biografía de Krishnamurti por Mary Lutyens (que trataremos más abajo), continué leyendo las "Enseñanzas de Râmakrishna" (libro citado en la nota n^o 79), las "Hojas de Hierba" de Whitman y una biografía de Whitman por Paul Zweig ("The making of a Poet"). En fin, leí algunos textos cortos "clásicos" de Freud (por primera vez desde que "medito") y textos biográficos sobre él, que al darme a conocer mejor al hombre, me confirmaron en la alta opinión que tenía de él. Ahora tengo muchas ganas de leer sus obras maestras, y al menos una parte de su voluminosa correspondencia.

[171] Quizás se extrañe el lector de que la nota n^o 61 (del 26 de octubre) haya sido escrita un mes *más tarde* que la nota n^o 71 (del 27 de septiembre), e igualmente (añadiría yo) más de un mes más tarde que las notas n^{o}s 63, 64, 66 que fueron escritas (en ese orden cronológico) antes que esta última, entre el 25 y el 27 de septiembre. Esas cuatro notas 63, 64, 66, 71 surgieron de notas a pie de página de la misma nota n^o 60 ("Fujii Guruji (1) – o el don de la presencia"), de la que la mencionada nota n^o 61 ("Fujii Guruji (2) – o el don") es una continuación inmediata; pero la escritura de ésta se vio retrasada un mes a causa del incidente–lumbago. Esta vez me ha parecido bien dar precedencia al orden "lógico" sobre el orden cronológico, no separando la nota n^o 60 de su continuación inmediata n^o 61, con una sucesión de cuatro notas que se refieren a esta última. *Grosso modo*, el orden cronológico de las notas (a partir de la nota n^o 60) es el orden de su numeración, salvo que el paquete de las cinco notas 60, 63, 64, 66, 71 se coloca *delante* de las restantes notas de la 61 a la 87.

[172] Aquí pienso sobre todo en el reenvío, en la nota n^o 71 consagrada a Guruji ("El santo y sus flaquezas – o la paradoja del mutante"), a la nota n^o 73 ("Todos los hombres son falibles – o el avance"), que se refiere ante todo al "avance" logrado por Légaut.

mirando si fuera necesario en un mini–Larousse comprado hacía poco (y rara vez consultado – ¡al menos una compra que se amortizaba!). Durante las siguientes semanas, y remontándome en el tiempo hasta principios del siglo pasado, terminó por haber una magnífica lista de *dieciséis* mutantes. Y después de retomar la escritura de la Llave de los Sueños, exactamente el 5 de noviembre, aún se les añadió un decimoséptimo, en el que nunca hubiera pensado[173]: Solvic, el único del que no conozco ni el nombre ni el año de nacimiento. Por el contrario sí el de su muerte, entre el estampido de los disparos del pelotón que puso fin a sus jóvenes días...

La gran sorpresa, en esa "vegetación" de notas naciendo unas de otras hasta el infinito durante estas últimas cuatro semanas, fue la inopinada entrada en escena, uno tras otro, de un buen número de esos mutantes que me disponía a dar al lector en una simple lista, parsimoniosamente comentada. Ahí están, irrumpiendo casi en carne y hueso, haciendo un pequeño baile solos o en compañía, como misteriosamente empujados a las páginas de la Llave de los Sueños por la no menos misteriosa e imprevisible "lógica interna de la reflexión". Sucesivamente, después de Fujii Guruji el "santo–con–flaquezas" que abre la danza de los mutantes (notas 60 a 66 y nota 71), Gandhi que entra por su rango de mahatma (notas 67–70); el no–soldado desconocido Solvic (nota 70); Légaut el "discípulo terrible" (notas 72, 73, 75); el trío inseparable (al menos en mi espíritu) Walt Whitman, R.M. Bucke, Edward Carpenter (notas 74, 83), con Whitman reapareciendo además en cinco notas sucesivas (notas 76–80) como el exuberante esposo de América, de la Humanidad y del buen Dios, alias "la Madre divina" (notas 76, 77, 79), y como el senior de los dos Prometeos de los tiempos modernos (nota 78), y volviendo Carpenter como "místico anarco" o como "anarco místico" en pareja con Légaut nuestro gran cristiano ateo (o ateo católico a elegir – nota 75); después Freud con un puro en la boca como segundo Prometeo, una pizca "macho" éste, frente a la gracia más femenina de Whitman (nota 78); y
N 297 por fin Râmakrishna el "bebé místico" prendido a un pecho ◊de la divina Madre (estando el otro agarrado, y bien agarrado, por bebé–Whitman – nota 79). Así sin ningún cálculo ni propósito deliberado (¡lo juro!), ahí van ya no menos de *nueve* de esos famosos "mutantes" sacados del sombrero del Prestidigitador, alias la gran Maya, para darlos a conocer al lector recordándoselos a la vez al autor (si aún hacía falta).

Además hay un décimo mutante que ha aparecido una o dos veces de pasada, por el papel que ha jugado en el pensamiento de Bucke (ese psiquiatra y sabio convertido casi en "místico", muy a su pesar...): es Charles Darwin, naturalista autodidacta que, tras un viaje alrededor del mundo que llegó a ser histórico, dio mucho que hablar en los templos de la Ciencia, y molestó a mucha gente en los templos del buen Dios.

Y además hay un undécimo del que ya he hablado en más de una ocasión en las páginas de este libro: Krishnamurti. Se ha hablado de él en diversas notas a pie de página, y tres notas consecutivas le son consagradas, o más bien a sus "bestias negras" (notas 53–55)[174]. A decir verdad, le he incluido en mi lista en contra de fuertes reticencias. Y haber leído el mes pasado, durante la pausa–lumbago, la biografía de Krishnamurti en dos volúmenes de Mary Lutyens[175] no ha hecho más que confirmar esas reticencias. Cuento con volver sobre esto de

[173] Véase la nota "La ejecución del soldado Solvic – o el crimen de los justos" (n^o 70). He de reconocer que fue progresivamente, en contra de inveterados reflejos, como me di cuenta de que Solvic era tan "mutante", y de manera igualmente esencial, como cualquiera de los dieciséis señores célebres y sabios que ya tenía en mi lista – a riesgo de hacerle sentir muy incómodo en tan distinguida compañía, y de que me traten (pero no sería la primera vez) de cuentista...

[174] Véase igualmente una nota al pie de la página N 49 (en la nota "Marcel Légaut – o la masa y la levadura", n^o 20), así como una nota posterior (fechada en el mes de mayo) que ha de figurar en el Capítulo IX, "Papel de Gurú y destino de héroe", en la que he sido llevado a confrontar el "papel" de Krishnamurti (degenerando más y más en una especie de comedia "espiritual", que ahora me parece más clara que nunca), y el "destino" de Freud (cuya grandeza me parece, también, más clara que nunca...).

[175] Aparecida en la editorial Arista en traducción francesa, "Los años del despertar" y "Los años del cumplimiento". Compré el primer volumen (el único que entonces había aparecido) en 1977 en el mismo kiosco (decididamente bien surtido) del aeropuerto de Nueva York, en que compré a la vez la "Hojas de Hierba" de Whitman y

manera más detallada en la siguiente nota[176]. El hecho es que no hay ninguna duda de que, aunque sólo sea por su estructura psíquica, Krishnamurti ya no es un mutante, sino que es ¡lo siento! (y por eso se distingue a mis ojos de todos los demás) un "mutante que ha acabado mal". Sobreabundantemente dotado por la naturaleza y el destino, sólo le habría faltado la *fidelidad* a
N 298 una misión que nunca se preocupó de descubrir y de crear a lo ◊largo de los años durante toda una vida. Se contentó con retomar por su cuenta y como estaba, apenas "retocada" en la forma, la "misión" de pacotilla recibida en su juventud de las manos de sus tutores teósofos – en un plato dorado, y en una jaula dorada en la que (una vez que se fueron sus tutores y patronos) terminó por estar bien a gusto...

Para terminar las presentaciones, me queda nombrar los otros seis "mutantes" en los que he pensado, y de los que aún no he tenido ocasión de hablar. Aquí están por orden cronológico, con algunas palabras para cada uno para situarlos.

Christian Friedrich Samuel *Hahnemann* (1755–1843), médico alemán, creador de la homeopatía. No habiendo tenido ocasión todavía de poner la mano sobre una biografía suya, prácticamente no sé nada de su persona. Si lo he incluido no obstante entre los "mutantes", es por "confianza", según lo poco que conozco de la homeopatía, y que tiene ya con qué maravillarme. Esa nueva medicina que descubrió y desarrolló, y que a la vez parece contener en germen una nueva ciencia de vastas dimensiones[177], resueltamente va en contra de las grandes corrientes de pensamiento que dominaron su tiempo igual que todavía dominan, de manera casi total, el nuestro, y especialmente la medicina y las ciencias naturales como la química y la física. Opera con principios activos tan sutiles, manifiestamente extra–materiales[178], que su
N 299 terapéutica ◊(cuyos éxitos, asombrosos para ciertas afecciones en que la medicina tradicional es impotente, son patentes desde hace más de siglo y medio) es como un desafío permanente a las ideas establecidas (¡y sobre todo intangibles!) que fundamentan la química, la física, la biología, la fisiología desde hace dos siglos; un desafío que todavía hoy "la Ciencia" prefiere ignorar con soberbia, en vez de confrontarse a él (a riesgo de tener que repensarse de arriba abajo...).

Cómo un hombre ha podido llegar a poner el dedo sobre algo tan "impensable" como la homeopatía (¡impensable al menos mientras aún no existía!) y cómo ha podido desarrollarla, sería para mí un misterio total e inquietante, si no supiera que el buen Dios pone a menudo de Su parte para hacernos "ver" y actuar con una seguridad sorprendente, allí donde el ojo humano por sí mismo es ciego sin remedio...

Bernhard *Riemann* (1826–1866), matemático alemán, físico teórico y "filósofo de la natN 300 uraleza" a ratos[179], y también, en lo estrictamente privado, ◊pensador–filósofo–metafísico de

toda una pila de otros buenos libros.

[176]Para no alargar más aún este conjunto de notas tentaculares, finalmente he decidido abstenerme de incluir la nota sobre Krishnamurti, en la que había pensado comentar también la interesante biografía que acabo de citar. Espero volver sobre ello en otra parte (quizás en el volumen 3 en preparación de Cosechas y Siembras).

[177]Ya hice una discreta alusión a esto en la sección "La visión" (n^o 41), en una nota al pie de la página 155.

[178]Recuerdo que el principio de la homeopatía es tratar una afección administrando al paciente sustancias que, en dosis habituales ("alopáticas"), provocan esa afección o algunos de sus síntomas, pero administrándola en forma altamente diluida (u "homeopática"). El primer descubrimiento extraordinario de Hahnemann es que cuanto mayor es la dilución, es decir la sustancia es administrada en dosis más *débiles*, más *fuerte* es su acción (terapéutica u otra, según el caso) sobre el organismo. La segunda cosa extraordinaria es que la homeopatía opera a veces en dosis hasta tal punto débiles (a partir de 25 CH i.e. una dilución de 10^{-25}) que es prácticamente seguro que las dosis administradas ¡no contienen una sola molécula de la sustancia activa! A partir de 35 CH, se puede incluso afirmar que es prácticamente seguro que ningún paciente al que haya sido administrada tal dosis desde los tiempos de Hahnemann ha recibido jamás por esa vía una sola molécula de la sustancia activa. Hay pues que admitir que ésta no actúa por vía "material", sino por una "esencia" o "alma" inmaterial, ¡tanto más activa cuanto esté "depurada" de toda traza de escoria material!

[179]Riemann fue el primero hacer la hipótesis de una propagación ondulatoria, con velocidad finita igual a la de la luz, el electromagnetismo, y propuso una ecuación común de propagación (cf. "Gesammelte mathematische Werke", p. 288–293 – el trabajo es de 1858). Comento una penetrante observación de Riemann sobre una

una penetración y una originalidad asombrosas. Todo lo que sé sobre Riemann, aparte de sus ideas matemáticas (que desde hace más de un siglo el matemático utiliza sin pensárselo más), lo he encontrado en sus "Obras completas" en alemán[180], que ocupan un modesto volumen (como modesto fue el hombre que es su autor...). Sin embargo contiene, entre otras cosas, un sorprendente número de ideas entre las más fundamentales de la matemática de nuestro tiempo. Riemann murió precozmente de una tuberculosis, a la edad de 39 años, en un momento, parece ser, en que se disponía a consagrarse a una reflexión de vasta envergadura sobre los fundamentos de la física y (aún más allá) sobre los métodos y las ideas en la base de las ciencias naturales. Si le hubiera sido dado vivir más tiempo, nadie puede decir hasta dónde le hubiera llevado esa reflexión.

El editor del volumen, Heinrich Weber, un contemporáneo (¿y alumno?) de Riemann, le añadió una noticia biográfica muy interesante. Allí supe, con cierta sorpresa en mi primera lectura hace mucho tiempo, que Riemann era un hombre profundamente religioso. Las páginas filosóficas que nos han llegado lo dejan sentir, a la vez que muestran una profundidad y una independencia de visión que superan con mucho el género de actitudes y de ideas que en todo tiempo han entrabado a los pensadores, cuando son miembros practicantes de una religión instituida[181]. Su genio particular, tanto en matemáticas como en cualquier otra cosa hacia la que se volvía su espíritu, consistía en un asombroso sentido para las cuestiones neurálgicas o fundamentales y para las estructuras que sugieren, y en una *libertad* que me ha parecido total (y
N 301 que seguramente muy ◊pocos hombres han alcanzado en el curso de nuestra historia) respecto de las ideas bien establecidas, incluyendo sobre todo las que imperan y están de moda en la época en que vivía. En un grado rara vez alcanzado representa para mí un espíritu liberado de los atavismos del rebaño.

Uno de los signos de esa libertad, es que lejos de permanecer encerrado en los estrechos límites de la razón racional (en la que no obstante destacaba como pocos hombres de su siglo han destacado), percibía claramente sus límites. También el sentimiento religioso, el de sentirse vivir bajo la mirada atenta y amorosa de Dios, le ha preservado de las trampas de la vanidad

---

eventual estructura discreta del espacio físico (muy por delante de su tiempo e incluso sobre el estado actual de las mentalidades en física teórica) en una larga nota a pie de página en Cosechas y Siembras, en "Paseo por una Obra", sección 20 ('Vistazo a los vecinos de enfrente"). Señalo también un trabajo de Riemann sobre la mecánica del oído (loc. cit. p. 338–350), publicado poco antes de su muerte, y que parece haber sido para él sobre todo la ocasión de ilustrar concretamente unas consideraciones metodológicas sobre el estudio de los órganos de los sentidos en fisiología.

En cuanto a las ideas generales de Riemann sobre la psicología, la metafísica, la "teoría del conocimiento", y la "filosofía natural", desgraciadamente nunca fueron objeto de una reflexión sistemática destinada a publicarse, sino que fueron apuntadas en hojas dispersas, reunidas después de su muerte en una treintena de páginas (loc. cit. p. 509–538). Las considero como las más notables quizás (y sin duda las menos leídas con mucho) del volumen de sus Obras, rico en contribuciones fundamentales para el arte del matemático. Ante todo son esas páginas, y ciertas observaciones filosóficas hechas de pasada en sus trabajos matemáticos, las que me hacen considerar a Riemann como uno de nuestros "mutantes".

[180] "Bernhard Riemann's gesammelte mathematische Werke und wissenschaftlicher Nachlass", editado por Heinrich Weber con la colaboración de Richard Dedekind, Dover Publications Inc, New York. La primera edición data de 1892, una segunda apareció en 1902 con suplementos editados por M. Noether y W. Wirtinger, incluidos en posteriores ediciones.

[181] En los fragmentos metafísicos y filosóficos dejados por Riemann no se encuentran referencias religiosas cristianas u otras, y la palabra "Dios" no es pronunciada. En cambio Riemann plantea la existencia de un "alma" inmaterial, asiento de un conocimiento o de un "pensamiento" que va enriqueciéndose y que no tiene soporte material. La ve no sólo en el hombre y en todos los seres vivos, sino también en una vasta pluralidad de otras entidades cósmicas, siendo una de las más importantes para nosotros el planeta tierra. Esas concepciones fueron en parte inspiradas por las de los filósofos alemanes *Herbart* y *Fechner*.

Reconozco que todavía estoy lejos de haber hecho la profunda lectura que merecen esas fascinantes páginas de Riemann, habiéndome conducido hasta ahora mi propia reflexión por vías bastante diferentes y sin duda más urgentes en el contexto actual. Sin embargo espero encontrar la ocasión de volver sobre ellas con toda la atención que exigen.

en que caen y a menudo permanecen atrapados (como en una jaula dorada...) tantos espíritus poderosos. Así mantenía viva una delicada intuición que le permitía aprehender una realidad "sutil" o "espiritual" más allá de la realidad material que los aparatos miden y que la razón analiza, realidad más esencial que ésta, pero sin que ninguna de las dos contradiga jamás a la otra. El pensador y el hombre religioso no estaban en guerra, formaban *un* solo ser enamorado del conocimiento pleno y de la verdad.

No es a causa de su potencia cerebral, no a causa de su profundidad como matemático o como sabio, sino por esa libertad, y por esa apertura excepcional a los dos diferentes planos de realidad, por lo que veo en Riemann (igual que en Hahnemann) un auténtico "mutante". En él se unen y se completan a la perfección un "espíritu científico" profundo y fecundo, apasionado por los grandes problemas que nos plantea la Naturaleza (problemas que él sentía y desentrañaba como pionero con un instinto infalible), y una viva intuición de la realidad oculta que actúa detrás del "fenómeno", la única que le da su sentido.

(86) Los mutantes (2): la ciencia espiritual (R. Steiner, T. de Chardin)

(24 y 25 de noviembre)[182] Continúo con mi lista de mutantes, pero permitiéndome cambiar un poco el orden cronológico, en favor de las afinidades entre las misiones.

N 302

Rudolf *Steiner* (1861–1925), filósofo y pedagogo alemán, espíritu enciclopédico y visionario a la vez. Se propuso promover una ◊"ciencia espiritual" (Geisteswissenschaft) que abarcaría al conjunto de las ciencias tradicionales pero con un espíritu renovado, dando el primer lugar a la realidad espiritual o con más exactitud, extrasensorial, que debería iluminarlas y orientarlas. Antiguo teósofo, dejó la Sociedad Teosófica (cuyo manía mesiánica sin duda debía indisponerle) para fundar su "Sociedad Antroposófica", llevando consigo a la mayoría de los teósofos alemanes. Parece haber tenido extraordinarios dones de videncia, y en todo caso tenía una prodigiosa creatividad. En nuestros días, es conocido sobre todo por el método pedagógico que lleva su nombre (practicado por las "escuelas Rudlof Steiner" que, según los ecos que me llegan, no son ni mejores ni peores que las no menos famosas "escuelas Krishnamurti"[183]), y como creador del método llamado "biodinámico" en agricultura, que se distingue de los métodos tradicionales por un arte de abonar muy adelantado, y por la atención concedida a las influencias planetarias y no sólo lunares[184].

He de reconocer que no he leído más que un único y modesto volumen de la pluma de Steiner, una introducción a la antroposofía[185], y que la lectura me dejó perplejo por no decir desencantado. Me pareció que Steiner aceptaba a ciegas todos los presupuestos culturales de su tiempo y de su ambiente, y más particularmente los vehiculados por la ciencia oficial[186],

[182] Continuación de la nota anterior.

[183] El método Steiner estimula la creatividad del niño, y especialmente la creatividad artística, y le da un lugar central a la expresión corporal, para la que Steiner propone unas vías originales que llama la "Euritmia". Siguiendo las actitudes todavía de rigor en su tiempo (y en los medios espirituales peor que en otros), tiende a ignorar el sexo, y con tanta más razón la sexualidad en el niño. Ignoro si había oído hablar de las ideas y los trabajos de Freud, cinco años mayor que él – si es así, presumo que debieron incomodarle mucho. Aparte de esas orejeras que compartía con todos sus contemporáneos, sus ideas sobre la educación estaban visiblemente muy por delante de su tiempo, y en lo esencial aún son válidas hoy en día. Dicho esto, un buen método aún está lejos de hacer una buena escuela – ¡todavía faltan buenos docentes!

[184] Hay agricultores y jardineros en Francia, y sobre todo en Alemania, que cultivan según los principios biodinámicos. Sé que obtienen resultados notables en cuanto a la calidad del suelo y la salud y robustez de las plantas cultivadas.

[185] Libro en lengua alemana, del que desgraciadamente he olvidado el título. Esa lectura se sitúa en diciembre de 1976, dos meses después de descubrir la meditación y en el momento en que la primera ola de meditación en mi vida tocaba a su fin.

[186] Así, entre las facultades psíquicas, Steiner da primacía absoluta al pensamiento, como algo que fuera obvio. Además es así en todo lo que escribe, sin molestarse jamás en mirar de dónde le vienen esas ideas, que son presentadas todas como verdades absolutas e intangibles. No he encontrado en él el menor movimiento hacia una actitud de conocimiento de sí mismo, y me parece que ésa es su principal limitación.

N 303 cuyo espíritu y logros ◊parecen formar parte para él de los valores intangibles – permaneciendo muy por debajo, en este aspecto, de la profundidad y de la inocencia de la mirada de un Riemann o de un Nietzsche. Me parece que el propósito de Steiner se reduce a *completar* las ciencias tradicionales con la toma en consideración de una realidad extrasensorial, sin pensar no obstante que eso podría cambiar profundamente eso que aceptaba como un dato inmutable. Desarrolla en su libro una descripción de lo más detallada de las diferentes especies de "almas" que posee el hombre (creo recordar que había siete diferentes, los animales y vegetales estaban menos dotados, y los minerales aún menos...), del más allá etc, con una precisión de naturalista. Esa "teoría", salpicada de paso con lugares comunes en los medios de "espiritualidad", no me ha parecido nada convincente – ¡hasta el punto de que acto seguido me pregunté si Steiner no era un vulgar fanfarrón! El único apoyo de su teoría (pues no proponía ningún otro) es la autoridad personal de Steiner, invocando una visión directa que tendría de esas cosas y que, dice él, puede ser desarrollada en el curso de una vida con el con esa realidad, como él mismo ha hecho[187]. No se enfrenta a la espinosa cuestión suscitada por ese hecho perturbador de que otras descripciones de la realidad extrasensorial, dadas por otros hombres que apelan a una capacidad de clarividencia, o vehiculados por otras religiones, son totalmente diferentes de la suya (igual que lo son entre ellas)[188].

Sin embargo me parece que es difícil poner en duda la profundidad de Steiner, y aún menos su seriedad y su buena fe, en vista de la inmensa obra que ha dejado, de lectura a menudo difícil según parece, y que en su mayor parte todavía permanece inexplorada. Sin duda esa obra suscita muchas más preguntas que las que responde, o las que se toma la molestia de plantear con un poco de cuidado, ¡o de evocar solamente! Incluyendo sobre todo preguntas sobre la
N 304 persona misma de Steiner y sobre la naturaleza de sus dones, que aún me cuesta mucho ◊situar, lo reconozco. En cualquier caso, más que cualquier otro nombre de mi lista (con la excepción quizás, todo lo más, de Krishnamurti), me parece que Steiner tiene, en grado decididamente impresionante, ¡un "perfil de mutante"!

Pierre *Teilhard de Chardin* (1881–1955), sacerdote jesuita, paleontólogo y filósofo francés. De nuevo aquí he de reconocer mi gran incultura: sólo conozco su vida y su obra casi de oídas (y sólo desde hace uno o dos años), y por haber ojeado recientemente uno o dos libros suyos[189] (¡que me prometo "leer en cuanto tenga un momento"!). Légaut lo menciona como uno de los pocos cristianos que han ejercido una saludable influencia en él, en la época del "grupo Tala" cuando era normalien[190] – Teilhard le animaba a no sacrificar la integridad intelectual en la vida de fe, insistiendo en que por el contrario debía ser un ingrediente esencial. Fue una llamada de atención que debió chocar al joven Légaut tanto más cuanto que es más que rara en los medios eclesiásticos. Si he entendido bien, Teilhard intentó toda su vida seguir él mismo tan excelente precepto, jurando en todo momento, a sí mismo y a los lectores, que al hacerlo no se separaba ni un pelo de las enseñanzas de la santa Iglesia Católica Romana. Ignoro si llegó

[187] Por supuesto, se sobrentiende un contacto bajo la iluminada dirección de los que ya han adquirido tal capacidad de visión. Ahora bien, la de Steiner fue influenciada por la corriente "teosófica" de su tiempo. Nunca se plantea la cuestión del valor "objetivo" de tal aprendizaje, y de la parte que están llamados a jugar los mecanismos de autosugestión: a menudo se "ve" simplemente lo que se nos dice que "veamos"...

[188] Aquí tocamos la cuestión delicada donde las haya, aún nunca examinada seriamente por lo que sé, de la "validez" relativa de las diversas religiones y creencias, que sin embargo parecen contradecirse mutuamente de manera a veces irreductible, y que a veces también libran entre ellas una guerra sin cuartel.

[189] Se trata del "Medio Divino" (edición original de 1957, en Seuil), y del "Fenómenos Humano" (mismo editor).

[190] "Normalien" = alumno de la Escuela Normal Superior de la calle Ulm, en París. El grupo "Tala" era un grupo de reflexión bíblica formado (en la semi-clandestinidad, visto el anticlericalismo ambiente) por normaliens católicos, a iniciativa de Monsieur Portal, sacerdote lazarista (de la Congregación de la Misión, fundada en 1625 por san Vicente de Paúl). Este hombre, que Légaut considera su "Maestro espiritual" incluso después de su muerte (murió en 1926, cuando Légaut tenía veintiséis años), ejerció un influencia determinante en la eclosión de la misión religiosa de Légaut. Para una biografía de Monsieur Portal, véase el libro de Régis Ladous "Monsieur Portal y los suyos" (Cerf), que Marcel Légaut me ha recomendado vivamente.

a convencerse a sí mismo, pero seguramente no a la Autoridad de dicha Iglesia, que no lo ha quemado en la plaza pública (esos tiempos han pasado), pero con los modestos medios actuales ha hecho lo que ha podido para hacerlo desgraciado, y para impedir además la publicación de sus heréticos escritos. Durante mucho tiempo éstos sólo circulaban "bajo el manto" y con aires de conspiradores en los medios más temerarios del rebaño de fieles. Ha hecho falta un "Comité de Patronazgo" con gente de lo más alta, presidido por una Alteza real, para que "Roma" ceda y dé luz verde, después de la muerte del culpable, para que su mayor crimen "El Medio Divino" sea al fin entregado al público, casi treinta años después de que lo cometiera en el mayor de los secretos.

N 305 ◊Me parece que Teilhard es notable por el hecho de que ha sido a la vez un auténtico sabio, reconocido y apreciado como tal por sus colegas, y un místico. Eso le acerca a R.M. Bucke, que no tenía una notoriedad de sabio comparable a la de Teilhard (ése es un puro detalle del actual punto de vista), pero que por el contrario tenía la gran ventaja de no estar trabado a cada paso por escrúpulos de ortodoxia y de disciplina, frente a una Iglesia y una Orden religiosa de oscuro pasado. Otro punto común en la misión de estos dos hombres es que su reflexión filosófica y religiosa, nutrida a la vez por su experiencia mística y por el pensamiento científico de su tiempo, ha versado principalmente sobre las perspectivas de la evolución de la especie humana, desde sus orígenes perdidos en la noche de los tiempos hasta sus destinos últimos que también parecen infinitamente lejanos. Ambos se sitúan en una óptica espiritual, la única que le da a la aventura humana la dimensión que le es propia. Y salvo el lenguaje, la visión a la que han llegado los dos hombres parece ser *una* misma visión – la de una lenta ascensión del hombre hacia su verdadera naturaleza, de esencia divina. Supongo que Teilhard nunca oyó el nombre de R.M. Bucke (44 años mayor), que en efecto no era ni un "nombre" en paleontología u otra ciencia similar (Bucke era un médico psiquiatra), ni un "pensador cristiano" o religioso reconocido, sin contar con que jamás tuvo notoriedad internacional por ningún motivo. La convergencia entre el pensamiento de estos dos hombres es tanto más notable.

Hablando de convergencia, esto me recuerda que sin tener formación científica, pero por el contrario con un pasado de sacerdote (de corta duración, es verdad) como Teilhard, Edward Carpenter llegó a una visión de los destinos divinos del hombre muy cercana a las de Bucke (siete años mayor) y de Teilhard (treinta y siete años más joven), partiendo de una profunda reflexión sobre las cuestiones sociales y sobre la sociedad humana. Pero visiblemente la fuerza visionaria que ha movido a estos tres hombres no es de naturaleza intelectual, no brota de una disciplina intelectual. En cada uno de esos hombres, brota de una experiencia mística, jugando el papel de una "revelación inicial" que viene a fecundar una larga fidelidad, y la hará madurar en una vasta visión común sobre los últimos destinos de nuestra especie.

Reconozco que al leer en "El Medio Divino", que Teilhard considera como la obra central que ilumina las restantes, me han molestado los numerosos signos de una "mentalidad biempensante", de la que al parecer no se desprendió en toda su vida. Sus elocuentes afirmaciones de ortodoxia católica son un aspecto entre otros. En este aspecto lo veo en el mismo plano

N 306 "burgués ◊cultivado" que Rudolf Steiner (veinte años mayor). Como él, Teilhard acepta sin reservas los valores consagrados de su tiempo – incluyendo el de todos los tiempos, el de la sacrosanta guerra... Se contenta con poner por encima de todo eso una visión místico–religiosa (ciertamente menos hokus-pokus que la de Steiner y por eso menos discutible), que se supone que las transfigura "en Cristo". En mi humilde opinión, una "transfiguración" en la que dos de los transfigurados se reencuentran a punto de destriparse uno a otro a golpes de bayoneta en una trinchera, y encontrar eso la cosa más normal y cristianamente divina del mundo (bajo el adecuado nombre de "El Medio Divino del peligro"[191]) – reconozco que eso me suena a falso;

[191] "El Medio Divino del Peligro" es el atractivo título que acompaña a una rutilante foto de Teilhard en uniforme, con el pecho cubierto de condecoraciones. Bajo la foto, un texto de la pluma de Teilhard, fechado en 1916 en Douamont (allí mismo donde en 1932 se construyó un glorioso osario que contiene los restos mortales de otros

aunque dicha transfiguración se exprese a lo largo de libros con una prosa sublime esmaltada de grandes palabras, y de largas citas latinas cuando el francés no basta (visto que estamos entre "gente bien" que habla latín desde su nacimiento...[192]).

A mi parecer, en la vida de Teilhard ha faltado el "momento de la ruptura", el momento heroico como el que hubo en la de Carpenter al dejar, no sólo el hábito de sacerdote (en 1874, a los treinta años), sino una clase social y los intereses y el mundo de actitudes y de ideas que ésta encarna (en 1881, ◊después de su iluminación). O como la ruptura, muy similar, realizada por Marcel Légaut en 1940 al dejar la confortable tranquilidad del status universitario – ruptura que fue sin duda el primer gran paso, el paso más "desgarrador", hacia la misión que tenía que descubrir y crear, y hacia el avance que había esperado casi dos mil años a que un valeroso cristiano lo realizara...

N 307

Pero quizás hable a la ligera, al no conocer casi nada de la vida de Teilhard, habiendo estado toda mi vida muy alejado desee cualquier punto de vista del tipo de medio que fue el suyo. Demasiado alejado, seguramente, para poder apreciar el camino que tuvo que recorrer, y las "rupturas" quizás que la fidelidad a *su* misión debió exigirle; o al menos los sacrificios (de la "carrera", del prestigio inmediato ante sus colegas y el público, etc) que debió imponerle. Quizás también la autonomía intelectual y espiritual que consiguió respecto de su Iglesia y de su Orden, por timorata que me haya parecido a veces, fuera una etapa necesaria, un "escalón" indispensable para que el pensamiento religioso de Légaut pudiera tomar conciencia de su fuerza y de su verdadera naturaleza y alcanzar su pleno auge, sin que estuviera trabado por ninguna obediencia a su Iglesia y no obstante sin que (y eso era esencial) la dejara o la rechazara ([87]). Dentro de uno o dos siglos, quizás se vea así la misión histórica de Teilhard, como preparando la de Légaut, más aún que por el vasto fresco (con garantía científica) de la evolución humana que Teilhard trazó en una perspectiva "escatológica" – visión que tuvo en Bucke y en Carpenter precursores más intrépidos y no menos inspirados por el Espíritu (y por eso mismo no menos "cualificados") que él.

(87) Teilhard y Légaut – o la problemática Parusía

(25 de noviembre)[193] Según el testimonio del mismo Légaut, fue estimulado por la actitud de probidad intelectual de Teilhard. Por el contrario, no creo que se pueda detectar una influencia directa del pensamiento de Teilhard en el suyo. Así, al leerlo, se tiene la impresión de que Légaut nunca pensó en la Evolución. Es algo sorprendente en un hombre que es a la vez profundamente

---

300 000 valientes y jóvenes soldados):

> "... Si no he de volver de allá arriba, quisiera que mi cuerpo permanezca mezclado con la arcilla de los fuertes como un cemento arrojado por Dios entre las piedras de la ciudad nueva." (Loc. cit. p. 73)

Esto al menos tiene estilo – para hacernos añorar la guerra, ¡tan bella y tan sublime que la podríamos comer todos los días! Con el mismísimo buen Dios, como es debido (y patriota como ninguno), viniendo a realzar en Persona la machada. En cuanto al "cemento" hecho con los cuerpos de los héroes piadosamente masacrados (y hay un buen montón), es un hallazgo genial que habría que patentar en la "ciudad nueva".

Hablando de piadosas masacres – me ha chocado que cuando Teilhard habla del "Mal", es (ciertamente con un estilo admirable) con la elocuencia vaga y en suma muy tranquilizadora que desde hace ya dos mil años forma parte de la predicación cristiana: ese famoso "Mal" que el cristiano debe soportar con paciencia, encontrando en él la vía hacia el Cristo etc etc – se sobrentiende (sin que haya que decirlo) que *ese "Mal", siempre son los otros*, siempre son los villanos que están ahí, en suma, para probarnos, a nosotros los buenos cristianos (o a nosotros los valientes patriotas del lado *bueno* del Rin...).

Hasta el punto que podríamos preguntarnos (si no estuviera el hermoso rostro de Teilhard en su vejez, en cierta foto que he visto...) si esa "vena mística" de Teilhard es algo más que una exaltación religiosa más o menos sentimental, ¡acompañada de un estilo noble y de la sabia sombra del sinántropo!

[192] ¿Hace falta precisar que no hay ni rastro de traducción de los pasajes en latín? Eso enseñará a los zafios como yo a no meter sus narices en libros distinguidos donde no les importa...

[193] Véase el signo de reenvío a la presente nota unas líneas más arriba, en la nota "Los mutantes (2): la ciencia espiritual (R. Steiner, T. de Chardin)".

religioso, y está penetrado por el espíritu científico de nuestro tiempo; un hombre, además,
N 308 que ha debido leer al menos buena parte de los ◊escritos de Teilhard, aunque sólo fuera en la época heroica en que todavía circulaban, cual dinamita espiritual, "bajo el manto" (o la sotana). ¿Propósito deliberado de ir por su propio camino, de no seguir una "trayectoria" bajo la tracción de un mayor prestigioso? Si se hubiera conocido mejor, seguramente habría sabido que tenía suficiente peso para no temer la tracción de nadie...

En muchos aspectos, las actitudes filosóficas de estos dos hombres difieren considerablemente, reflejando *elecciones* fundamentalmente diferentes – y es la elección de Légaut el seglar la que me parece la más difícil de las dos (en contra de las apariencias). Para Teilhard, dejando aparte ciertos borrones misteriosos e inquietantes de la Creación ("el Mal", la muerte...) a los que se somete humildemente, el Mundo está indeciblemente bien hecho – y es para él un tema inagotable de admiración y adoración. Por el contrario, se tiene la impresión de que para Légaut el Mundo está inexplicablemente mal hecho, y la presencia del hombre no hace sino empeorar más las cosas. Guste o no, el creyente (e incluso el no creyente) ha de tomar partido, y (si es fiel a sí mismo) enfrentarse sin desfallecer, y en comunión (consciente o inconsciente) con la invisible acción de Dios en él, a la imposible tarea de sobrepasar la inercia congénita e invencible de las cosas, tanto en el Mundo como en sí mismo. Es por un continuo acto de fe "pese a la evidencia" como perdura la loca esperanza (perpetuamente decepcionada y eternamente renacida) de una lenta y penosa victoria de las fuerzas creativas; victoria sin cesar puesta en cuestión, arrancada palmo a palmo en la dirección de una larga y dolorosa ascensión, tanto del mismo creyente a lo largo de su efímero periplo, como de la especie entera. Y es esa impensable y frágil victoria de lo improbable sobre lo casi seguro, lograda a lo largo de vidas y de milenios a fuerza de fe y de fidelidad, apoyada sin cesar por la Acción misteriosa de Dios en el alma de los que (quizás sin darse cuenta) actúan y crean en simbiosis con Él – es ese "milagro" de un Mundo hecho para empeorar y que, a pesar de todo y de una manera misteriosa y elusiva, sin embargo *se eleva* – es *ése* para Légaut, a medida que él mismo madura, el motivo de una admiración incesantemente renovada y que, a veces, roza la adoración. Así, con ese "optimismo" a muy largo plazo (o mejor dicho, con esa íntima e indestructible *seguridad*) es como la visión de Légaut se une finalmente a la de Teilhard, igual que también se une (creo) a la de todos los visionarios que han mirado muy por delante, hacia las metas últimas del largo caminar del hombre en busca del Hombre.

Pero ni Teilhard ni siquiera Légaut (diecinueve años más joven), incluso después de Hi-
N 309 roshima, han visto el acuciante fracaso al que ahora nos enfrentamos, no ◊en términos de miles de milenios sino en menos de lo que dura la vida de un hombre, y que *obliga a la mano de Dios*, por así decir, a intervenir in extremis de modo draconiano para salvar del naufragio a nuestra frágil nave espacial, nuestra Madre la Tierra, portadora de Vida y de Promesa. Y es asombrosa tal ceguera en estos hombres visionarios, de mirada penetrante. Quizás se deba, paradójicamente (y no sin una secreta ironía de las cosas), justamente a esa Promesa, a esa sempiterna "Parusía" supuestamente "esperada" por los cristianos desde hace dos mil años[194]: esa misma sobre la que ese mismo Teilhard de Chardin, para concluir bellamente su "Medio Divino" ("El Medio Divino de la espera", esta vez...), se expresa en términos sublimes como debiendo ser para el verdadero cristiano objeto de una esperanza imperecedera. Claramente estaba lejos de pensar que esa imperecedera (un poco muerta por los bordes), no era para dentro de uno o dos millones de años, ¡que la Hora tan esperada está ante nuestra nariz! Pero si hubiera hablado en términos más reposados, habría sido hablar de la soga en casa del ahorcado, o de la cuchilla en la del guillotinado. Pues sobre ese tema de la Parusía (entre otros) hay en el alma de dicho buen cristiano una subrepticia ruptura–que–nunca–dirá–su-nombre, entre la actitud "oficial" de

[194]La palabra "Parusía" es, en el vocabulario religioso cristiano, el término consagrado para el retorno glorioso del Cristo. Jesús había anunciado que tendría lugar en vida de muchos de aquellos a los que se dirigía. Para una reflexión sobre el sentido del "error de fecha" (como poco) en la profecía de Jesús, véase la nota "Cuando hayáis comprendido la lección – o la Gran Broma de Dios" (n^o 27).

la "espera" oh cuán fiel (que viene a reflotar la elocuencia de un Teilhard) y la voz del sentido común burlada durante demasiado tiempo que se subleva y le dice (sin que se atreva a reconocerlo) que en esa ocasión (una vez no hace costumbre) el buen Jesús desgraciadamente se había equivocado (chis...), y que en todo caso aunque fuera infalible (cosa que la fe no sabría poner en duda) por supuesto no hay absolutamente nada que "esperar" de particular (si no es la propia muerte, que no puede tardar...). Hablale a ese cristiano, no con los términos sublimes y lejanos de un sermón sino de manera más concreta y cercana, de algo que se parezca más o menos a esa famosa Parusía tan problemática – y puedes estar seguro de que, profundamente molesto, desde ese momento te evitará como un molesto "iluminado". (Palabra que, como todos sabemos, en buen lenguaje cristiano quiere decir: loco de atar que hay que encerrar.)

Peor para ellos – ¡abrirán los ojos cuando llegue la Hora! Cuando uno se duerme, y más
N 310 aún entre dos sillas, la "oficial" y la "oficiosa", ◊la solemne y la vergonzosa, el trono papal y la silla desvencijada – ¡es por su cuenta y riesgo!

El mismo Légaut debió decírselo a sí mismo bien clarito, al menos en privado, que al menos Jesús se equivocó de fecha. Pero claro u oscuro y equivocado o no, parece que coincidía con todo el mundo: ¡no habrá Parusía! (Al menos no antes de unos cuantos millones de años.) Sólo esperamos a que alguien diga en alto lo que todo el mundo piensa por lo bajito, bajito...

Es raro que a esa edad se cambie de idea (Dios no lo quiera...). A menos, por supuesto, de verse obligado, cuando el Evento realmente llegue. Y quién sabe si Légaut, que parece mantenerse en forma, no estará allí para verlo con sus propios ojos.

(88) Los mutantes (3): un viento de justicia y libertad (P. A. Kropotkin, A. S. Neill)

(26–28 de noviembre)[195] Sigo con mi repaso de los "mutantes". Sólo quedan dos que no nos hayamos encontrado antes en las páginas de la Llave de los Sueños, y que voy a presentar brevemente.

Piotr Alekséiévitch *Kropotkin* (1842–1921), revolucionario ruso, uno de los principales teóricos del anarquismo, y también una de las figuras más atractivas en la historia del movimiento anarquista. De la alta nobleza rusa, educado en el hogar de una familia imbuida de arrogancia aristocrática y de caprichosa crueldad arbitraria frente a sus siervos a la total merced de sus amos, que marcaron profundamente su infancia, suscitando en él movimientos de apasionada solidaridad con los sirvientes maltratados y humillados, y después con los pobres en general. Por otra parte su espíritu poderoso y atrevido le atraía hacia las ciencias. La geografía fue su primera gran pasión plenamente consciente, nacida no en las aulas sino "sobre el terreno" cuando, con sólo 21 años, le encargaron una delicada e incierta misión para aprovisionar unas colonias de antiguos forzados que se habían establecido en apartadas regiones de la Siberia oriental.
N 311 Durante sus viajes y posteriores misiones, en él nació y se desarrolló ◊una visión de conjunto de la formación del relieve asiático. Una visión que le llamaba poderosamente a consagrar toda su energía, quizás una vida entera, a desarrollarla en toda su amplitud y con todo el cuidado necesario. Al mismo tiempo esos viajes le pusieron en contacto con las gentes sencillas que vivían en las regiones que exploraba, con su ruda existencia pero también con su creatividad innata y su nobleza. Terminó por comprender que su vida pertenecía a esos hombres, pobres, a menudo explotados y maltratados y sin defensa ante sus opresores – a esos hombres de carne y hueso, no a una ciencia, ciertamente fascinante, pero que en el estado actual de las cosas no beneficiaría más que a unos privilegiados, a hombres como él mismo que, por su nacimiento, tenían la posibilidad de seguir libremente las inclinaciones de su inteligencia ávida de conocer y de crear. Dejó una vida de sabio y de pionero que le atraía poderosamente, para consagrar su vida a los pobres y a la lucha para eliminar la iniquidad social que veía reinar en todas partes.

[195] Continuación de la penúltima nota "Los mutantes (2): La ciencia espiritual (R. Steiner, T. de Chardin)", n^o 86.

En su vida larga y fecunda, ése fue entre todos el "momento de la ruptura", el momento heroico, el momento doloroso y creativo. Un momento que, gracias a la fidelidad de toda una vida, iba a convertirse en el de un verdadero *segundo nacimiento* – el nacimiento de Pierre Kropotkin, liberado de su título de "príncipe" y de cualquier otro que pudiera tener; del Kropotkin tal y como lo conocemos por su gran misión, a partir de ese momento.

Escribió una hermosa autobiografía, "Autour d'une vie"[196], que leí hace ya mucho tiempo, cuando era joven. Recuerdo que me llamó la atención sobre todo (aunque he olvidado casi todo) por su arraigada benevolencia hacia todos los hombres. Modesto y bueno, nunca se expresa con rabia, con cólera o amargura, ni siquiera de forma mordaz, sobre nadie. Amaba hablar bien de los demás, cuando podía hacerlo sin faltar a la verdad. Cuando no podía decir nada bueno de alguien, prefería callarse antes que hablar de manera desfavorable[197]. Contrariamente a la idea
N 312 que se suele tener del "revolucionario" y, ◊peor aún, del "anarquista", Kropotkin me parece que es una de las personas que, espontáneamente y por su naturaleza tan amable, más se alejaba de toda violencia. Por esa cualidad tan infinitamente rara, lo siento cercano a Whitman (veintitrés años mayor)[198] y a Gandhi (veintisiete años más joven), hombres de los que probablemente nunca oyera ni el nombre, pues su misión propia le llevó a caminos muy diferentes[199]. El único de mi "lista de mutantes" con el que normalmente habría podido y debido tener contacto es Edward Carpenter, sólo dos años más joven que él. Ignoro si se conocieron. Un punto en común entre ambos es su atracción por las gentes de condición humilde, cuya sociedad les gustaba más que la de las gentes de clase más elevada. Pero es posible que la apertura "religiosa" de Carpenter, y más aún su excepcional libertad interior, hubieran desconcertado y alejado a Kropotkin por su ateísmo riguroso.

En la historia del movimiento anarquista o del movimiento revolucionario en el último siglo (que conozco muy poco uno y otro, hay que precisarlo), la figura de Kropotkin es la que me es más familiar. Seguramente en ellas habrá otros hombres de estatura comparable y también atrayentes a su manera, que con razón podrían ser considerados como "mutantes" igual que él – como seres que han logrado, por un aspecto u otro, una madurez espiritual y una autonomía interior muy por delante de nuestra Era del Rebaño. Pienso por ejemplo en Elysée Reclus, amigo de Kropotkin y doce años mayor que él. Como él, fue un gran geógrafo apasionado por su ciencia. Pero por el contrario, eligió proseguir su trabajo científico, con las satisfacciones intelectuales, la seguridad material y también el status social y la audiencia que le daba, *y* su compromiso
N 313 revolucionario con una reflexión sobre las bases de la sociedad y sobre las perspectivas ◊de una revolución mundial emancipadora[200]. Seguramente fue una elección juiciosa de acuerdo con su ser y con su misión, diferentes de los de Kropotkin aunque estrechamente ligados. Pero a mis

[196] Texto original en ruso. Apareció una traducción francesa en la editorial Stock, desgraciadamente agotada e imposible de encontrar en librerías. (N. del T.: Texto original en inglés, y traducido al español bajo el título "Memorias de un revolucionario".

[197] Al subrayar ese rasgo notable en Kropotkin, en modo alguno pretendo proponerlo como regla de conducta, ¡que además yo sería el último en seguir! Pero el hecho es que 999 veces de cada 1000, cuando se dicen cosas desfavorables sobre otro, es una actividad enteramente estéril. Yo mismo todavía no estoy totalmente curado de esa especie de desperdicio de energía. (Aunque casi...)

[198] Me refiero al Whitman posterior a 1854, i.e. posterior al giro que tuvo lugar en su vida con su "iluminación". Antes, los tonos agresivos e incluso insultantes no eran raros en su incisiva pluma de periodista todoterreno.

[199] Kropotkin murió en 1921, antes de que el movimiento del Satyagraha en la India alcanzara toda su amplitud, en la lucha por la independencia. Ese movimiento no habría dejado de impresionarle. Además hay un punto que acerca a estos dos hombres en mi lista de "mutantes": uno y otro se encontraron en oposición a los poderes establecidos, y por eso estuvieron varias veces en prisión, a veces por un periodo prolongado. El único "de la lista" que también estuvo en prisión (por lo que sé) es Fujii Guruji (sólo por unos días) y también, por supuesto, Solvic.

[200] Aconsejo la hermosa biografía "Elisée Reclus, ou la passion du monde", por Hélène Sarrazin, en Editions de la Découverte. Texto de gran sensibilidad, ilustrado con notables fotos de familia. Hay un capítulo sobre Kropotkin en que en una pocas páginas calurosas se dice, creo, lo esencial. Lo he leído hace poco para refrescar mi débil memoria sobre la vida de Kropotkin.

ojos el acto de ruptura en la vida de Kropotkin, con el que se separó sin marcha atrás no sólo de innumerables privilegios (a decir verdad odiados por él) ligados a un status de príncipe, sino sobre todo de una grande y noble pasión que hasta entonces había dominado su vida, para seguir la llamada interior de una misión que le esperaba para ser creada y ser – ese acto doloroso da a su aventura espiritual una grandeza que pocas existencias han alcanzado.

Quizás la misión de Kropotkin fuera más una búsqueda de *justicia* que una misión de liberación. Si pretendía ser liberadora, lo era sobre todo en vista de la "liberación" de las clases oprimidas por la explotación económica, la dominación ideológica y el desprecio que sufrían a manos de las clases pudientes. Creo que no sintió la necesidad y la urgencia de una *liberación interior* del individuo, cuya estructura psíquica está moldeada por la sociedad ambiente e insidiosamente impregnada por sus valores, sus actitudes, sus tabúes. Éstos impregnan, y en gran medida determinan, tanto la mentalidad y la psique de los "amos" como la de los "esclavos". (Y cuando se mira más de cerca, se ve que los supuestos "amos" son en realidad ridículos e infantiles "esclavos"...) Sí, el alma y el pensamiento del mismo "revolucionario" (de aquél que quiere cambiar la sociedad a su imagen, o a imagen de sus ideas y de sus deseos...), igual que la de los pensadores, filósofos, artistas y sabios que contribuyen a crear durante siglos los valores culturales, está tan esculpida por ellos como la de cualquiera.

Al leer hace mucho tiempo el relato que hace Kropotkin de su propia vida, me chocó que no se hablase de todo lo que tiene que ver con el sexo o con la relación entre sexos, casi como si la "pequeña diferencia", por así decir, no existiera[201]. En retrospectiva, no puedo dejar de
N 314 constatar esta ◊evidencia, que para él ése era un tema *tabú*. Al menos por eso, y sin duda también de muchas otras formas pero de alcance menos crucial, este gran hombre y gran revolucionario, servidor de una misión que con razón veía como "liberadora", seguramente tenía aún un largo camino que recorrer para su propia liberación interior. La libertad que veía y de la que quería ser obrero y apóstol, era sólo como una mitad, cortada (como por el filo de una espada) de una libertad plena – la que no sólo es propia de una "clase" social, sino del *hombre*, cualquiera que sea su clase.

En esta óptica, me parece que de algún modo la misión de Kropotkin es "complementaria" de la de Whitman, o de la de Freud que tenía igual que él, Kropotkin, alma de sabio. Uno actúa hacia una liberación de una "opresión social" dentro de una sociedad, el otro hacia una liberación frente a una especie de "opresión social" más oculta, a saber la *represión* psíquica, que opera en el interior del alma humana (y que sin duda Freud fue el primer hombre en ver claramente en toda su inimaginable dimensión). Kropotkin sufría la represión interior en sí mismo, sin verla ni en él ni en los demás; en cambio Whitman y Freud, ciertamente sin ignorar la realidad de la injusticia social y sus innumerables rostros, no estaban sensibilizados sobre ese aspecto, ciertamente menos brutal en su entorno que en el que rodeó la juventud de Kropotkin. A cada

[201] Detalle divertido, la mujer de Kropotkin aparece en una frase a la mitad del libro, sin que nos enterásemos antes de que tenía una compañera (ignoro si estaban casados "formalmente"), y sin que sepamos jamás (si no caigo en la maledicencia) quién era ni quizás su nombre.
Como estoy en el capítulo "fallos", añado que este hombre que no reconocía las fronteras, tenía sin embargo una pequeña tendencia anti-alemana y anti-prusiana, discreta tal vez, pero que ya me había intrigado al leer su biografía. ¿Recuerdos amargos quizás a manos de una institutriz alemana (fue huérfano de madre desde muy pequeño), u otros recuerdos parecidos? Claramente, aunque él no lo habría formulado así (al menos no mientras estaba en plenitud), encontraba a los alemanes (o "prusianos", pues los identificaba) poco simpáticos. En 1914, sucumbió a la fiebre general, aplaudiendo la lucha de la "civilización" contra la "barbarie germánica". Eso causó desolación y bochorno a sus camaradas anarquistas, que lo achacaban a su edad. Tenía 72 años y, por lo que sé, no estaba senil. Su último libro, "La Ética", lo escribió en sus últimos años. (NB murió en 1921, sin haber renegado de sus declaraciones belicistas.)
Incluso un Freud, espíritu independiente donde los haya, sucumbió a la fiebre guerrera en los primeros meses de la guerra, en 1914 – del lado, esta vez, de Austria, embarcada en la guerra junto a los "bárbaros" alemanes. Rápidamente se repuso de su aberración pasajera, y nunca volvió a caer, durante su vida, en favor de unos y de otros. Forma parte de los pocos que han sabido aprender la lección de una guerra.

vida le basta su afán...

N 315 ◊En este mismo sentido, me parece que la misión de Edward Carpenter es una especie de síntesis en su persona, en su vida y en su obra escrita, de esas dos clases de misión liberadora, que pueden parecer ajenas entre sí. Realmente están indisolublemente ligadas. La justicia social y la liberación interior de todos los hombres son dos "causas", o dos "puntos" en el horizonte del devenir humano, indisociables una de otra, como la cáscara y la carne de un mismo fruto, llamado a madurar durante siglos antes de ser recogido y comido.

Esa dimensión ausente de la misión de Kropotkin, la liberación del miedo al sexo, está por el contrario en el corazón mismo de la de A.S. Neill, del que voy a hablar.

Alexander Sutherland *Neill* (1883–1973), educador británico. Como todo el mundo, he leído su libro "Libres enfants de Summerhill", que me impresionó mucho. Debía tener entonces unos veinte años[202], y mi relación con el sexo no estaba exenta de nudos, por decir poco. El libro de Neill no los hizo desaparecer como por arte de magia (¡eso sería demasiado fácil!), pero debió estar entre las semillas que maduraron en mí durante los siguientes veinte o treinta años, hacia una relación relajada, una relación de plena aceptación de la pulsión del sexo[203], sin excluir los componentes que todos hemos sido llevados a reprimir o a simular que ignoramos como (ejem, ejem) digamos "inortodoxos". Creo que en eso sólo soy un ejemplo entre miles de otros, y que los escritos de Neill han tenido y seguirán teniendo aún mucho tiempo un impacto importante para abrir las mentalidades a *otro* acercamiento al sexo, y también a otra manera de concebir la educación.

No sé si existe una biografía de Neill. En todo caso no he conseguido encontrar una, y no sé nada de su vida ni de su persona aparte de lo que deja entrever su libro. Pero su obra, por sí sola, testimonia una personalidad excepcional, muy por delante de su tiempo. No es sólo la obra del pensamiento que, como tal, pudiera ser separado de la verdadera personalidad y de la vida de su autor. Seguramente esa obra es ante todo esa famosa escuela de Summerhill, la escuela

N 316 "donde los niños ◊son felices" (¡oh abominación de la desolación...!) de la que nos hablan sus libros. Ésa es una creación que no tiene nada de cerebral, sino que está arraigada en la realidad cotidiana de un contacto vivo, intensamente exigente y creativo, con los niños de la escuela. Ellos son sus verdaderos y principales interlocutores o, mejor dicho, sus *colaboradores* en una "obra" que no-dice-su-nombre, realizada en común día a día y retomada de nuevo cada día.

La gran idea directriz en la obra educativa de Neill, claramente, es la de la *libertad*. Otros antes que él habían comprendido y escrito que la libertad es la condición primera del desarrollo humano, y que por eso debía estar en la base de toda educación que pretenda desarrollar las facultades creativas del niño. Tolstoi fue uno de ellos[204], y hubo muchos otros en las filas anarquistas, entre ellos Bakunin, Kropotkin, Reclus, Louise Michel. Igualmente era algo que se daba por hecho para un Gandhi (influenciado por Tolstoi) o para un Rudolf Steiner. Aunque a menudo las mismas palabras sirvan para designar cosas muy diferentes, y las ideas que se hacen unos y otros de esa famosa "libertad" cambie enormemente de unos a otros[205]. Pero creo que Neill fue el primer hombre en nuestra larga historia que tuvo la audacia y la inocencia de ver que *la llave de la libertad del hombre está en la "libertad sexual"*. Además tuvo el coraje no sólo de decirlo de mil maneras de lo más llanas y nada eruditas, sino sobre todo de *aplicarlo* y de comprobarlo en la práctica delicada donde las haya de la educación.

[202] Hay un error de memoria – veo que la primera edición (en inglés) del libro de Neill es de 1960, cuando yo tenía ya 32 años. Bebí leer el libro poco después (se hablaba mucho de él en aquella época), en la edición original inglesa.

[203] Esta evolución, que creo que comienza en 1958 después de la muerte de mi madre, culmina en lo esencial hacia 1976, el año en que la meditación entra en mi vida. Volveré sobre ello posteriormente.

[204] Según me han dicho, antes de Tolstoi, y entre los primeros en reconocer el papel crucial de la libertad, estaban Fourier (1752–1837) y Godwin (1756–1836).

[205] Las divergencias aparecen cuando se trata de la delicada cuestión de la "disciplina" mínima que se ha de asegurar. Por ejemplo: ¿Se ha de aceptar o no el principio de los castigos impuestos por el Maestro?

No es éste lugar para disipar los numerosos malentendidos que el término de "libertad sexual" no puede dejar de suscitar, tanto más que la palabra más anodina de "libertad". El mismo Neill lo ha hecho largo y tendido en sus libros, no con discursos teóricos sino con innumerables ejemplos sacados de una experiencia de cuarenta años de la libertad en la escuela, justificando su intuición inicial: "la libertad en la escuela" (y con mucha más razón, en cualquier otra parte...), ¡*eso funciona*!".

Si ha podido realizar esa larga demostración plenamente concluyente, creando una especie de enclave de libertad rodeado por una sociedad totalmente refractaria (como mínimo) a ese
N 317 espíritu de libertad, es porque además de un raro coraje para ◊mantener la fe en sus intuiciones básicas y nadar solo contra la poderosa corriente de la humanidad entera desde la noche de los tiempos, era sin duda un educador nato. ¿O no es más bien la fidelidad a su misión la que hace surgir en él, a lo largo de los años y según las necesidades, esas dotes excepcionales que (al menos en los que están con él de corazón) hacen aclamarle como "genio" y "educador nato"?

Seguramente su misión no habría visto la luz, al menos no con todo el impensable atrevimiento que tuvo, si no hubiera sido precedida y preparada por la de Freud (diecisiete años mayor que él). Veo la misión de Neill como un retoño vigoroso de la de Freud en dos niveles diferentes. Por una parte, gracias a la "revolución freudiana" en la actitud del espíritu frente al sexo, éste había dejado de ser (al menos para un cierto pensamiento de vanguardia) un tema tabú, un tema no sólo "indecible", sino incluso "impensable". ¡Por fin ese cerrajo había saltado! Y no hacía falta más, ciertamente, para que en Neill pudiera eclosionar el espíritu de simplicidad que llama al pan, pan, y al vino, vino, igual con los niños que con los adultos, e igual si se trata de cosas comúnmente miradas como escabrosas y sin embargo las más corrientes del mundo, como (por ejemplo) la masturbación[206]. Summerhill, ante todo es ese espíritu, y no otra cosa. Pero también por otra parte, la comprensión del mecanismo psíquico que propone Freud ha resultado ser un auxiliar precioso, quizás indispensable para que Neill pudiera llevar a buen término su
N 318 labor en Summerhill. Seguramente necesitaba el mismo tipo de perspicacia ◊vigilante de Freud, para no caer en la trampa de las mil y una situaciones imprevisibles, que tumbarían a más de uno, a las que iba a enfrentarse día tras día en su contacto con niños a menudo difíciles, incluso resabiados a su manera ¡y que no dejarían de intentar, de mil maneras, de "ganarle la mano"!

Pero toda la "técnica" que un gran pionero como Freud pueda poner a disposición (digamos) de un educador será de poca ayuda, si no es a su vez instrumento de una inteligencia creativa (como lo fue la del mismo Freud), para enfrentarse día a día a las situaciones siempre nuevas, siempre imprevistas, y siempre portadoras de nuevas enseñanzas que trastocan las ideas de la víspera. Por eso, partiendo de la obra fundamental de Freud, y en su dominio propio que es la educación, la de Neill sin duda va considerablemente más lejos de lo que Freud habría osado soñar, ni quizás querido aceptar. No sé si llegaron a conocerse o a mantener correspondencia, ni si Freud tuvo conocimiento a poco que fuera de la obra de Neill[207]. Pero me imagino que la

[206] Muchos lectores debieron quedar bastante "sorprendidos" igual que yo, e incluso desconcertados, por la simplicidad con la que Neill habla de la "masturbación" (utilizando este término, tan cargado de peso), con la desenvoltura con que hablaría de una mesa o una silla. A un padre que iba a ver si Summerhill era conveniente para su hijo y que expresaba la inquietud de que aprendiera a masturbarse, Neill le preguntó: "¿Por qué le inquieta eso?". El padre: "Eso le haría daño...". Neill: "¡Eso no le ha hecho daño ni a Vd. ni a mí, ¿no es cierto?!".
No me gusta usar la palabra "masturbación", cargada de connotaciones peyorativas o vulgares, igual que no utilizaría la palabra "follar" por "hacer el amor", "pederasta" por homosexual, o (en otro contexto) "boche" por alemán. Lo malo es que en este caso no hay otra palabra, salvo "onanismo" que no es mucho mejor, o "autoerotismo" que tiene el inconveniente de ser vaga y falsamente erudita. A veces el lenguaje es un molde implacable para obligar a la gente a pensar y sentir de cierta forma. El francés peor que muchas otras lenguas, como el alemán que está hecho para poder formar palabras nuevas (como en este caso "Selbstbefriedigung"). Neill coge el toro por los cuernos utilizando un término "cargado" casi con la "frescura" del que habla del tiempo. En este caso claramente es lo que había que hacer. ¡¿Pero cuántas generaciones o siglos han de pasar, antes de que los nubarrones que rodean ciertas palabras los disipe para siempre un viento de libertad?!

[207] No he encontrado el nombre de Neill en el copioso índice de nombres de amigos, pacientes y conocidos citados

escuela de Summerhill al menos le habría incomodado, tanto más cuanto que Neill claramente se había inspirado en él, Freud. Sin duda eso está en la naturaleza de las cosas. Freud era el primero en darse cuenta de que sus propias ideas a los cuarenta años, le habrían chocado profundamente si las hubiera conocido cuando tenía veinte o treinta[208].

Co mucha más razón, todos esos hombres que he citado, que tenían ideas avanzadas sobre la educación y que algunos (como Tolstoi, Gandhi, Louise Michel) las ponían en práctica, sin duda estarían horrorizados de Summerhill, ¡incluyendo nuestros queridos "mutantes" Kropotkin, Steiner, Gandhi! En cuanto a Teilhard de Chardin (casi de la misma edad que Neill: sólo dos
N 319 años ◊mayor), seguramente habría visto en Neill al Maligno encarnado (y de paso, tal vez, la tan elogiada Parusía le habría parecido muy cercana...). En toda mi lista de mutantes, ¡sólo de Whitman y Carpenter estoy seguro de que Summerhill les habría hecho gritar de alegría! Y luego Légaut, si ha oído hablar, al menos no ha debido escandalizarse...

Es posible que si Neill estuviera aquí leyendo esta presentación-de-corrido de su obra de mutante, le parecería que indebidamente he puesto como vedette el lado "liberación sexual". En su libro (que he conseguido hace poco y que acabo de repasar con gran placer) no insiste mucho sobre ese aspecto de la libertad en Summerhill. Como él mismo subraya, una vez que el sexo no está bajo presión, deja de ser invasivo. La libertad se expresa de cien y mil maneras diferentes y muy simples, y todas deberían darse por sentado, pero que los hombres ¡ay! desconocen, o que ya no conocen. La escuela de Summerhill se las enseña, o se las recuerda, a los niños. O lo que es lo mismo: les enseña a *vivir sin temor*. Eso es lo que cuenta, mientras que los sempiternos "programas", es decir los que los adultos bien educados deciden que hay que embutir en la cabeza de los niños para hacer adultos como ellos (otro ¡ay!), eso no tiene ninguna importancia. He ahí lo que Neill no se cansa de repetir a sus lectores, justamente adultos y como tales mucho más duros de mollera que los niños (visto que su cráneo ha tenido tiempo de ser lesionado por todo lo que les han embutido a su pesar). Y los libros de Neill, son un poco los libros de la escuela de la libertad para adultos. Pero me gusta más decir que son las semilla lanzada al viento, y que cae donde la lleva el viento...

No, no voy a pintar aquí con colores pastel la escuela de los niños felices, émula de la abadía de Télem[209] con la memorable divisa "Fay ce que voudras!". El verdadero retrato, a tamaño natural y con luces y sombras, hay que buscarlo en el libro de Neill. Leedlo, si no lo habéis hecho ya, y os garantizo que no os aburriréis ni un instante, de principio a fin – y que vale por todos los libros de psicología y educación del mundo. Estilo alerta, directo, con ejemplos concretos, siempre directo al grano, nunca remilgado, denso sin ser pesado, lleno de una sana ciencia sin una sola palabra erudita y ni una sola palabra de más. Sin pretender hacer una reseña, un libro único igual que "La interpretación de los Sueños" de Freud (publicado en 1900), pero en un registro totalmente diferente. Uno de los grandes libros de nuestro tiempo. Sobre
N 320 todo un libro (y quizás sea ése su rasgo más sorprendente) *bueno para ◊ponerlo en cualquier mano*. Un libro que ilumina (en la medida de cada uno), sin discursos eruditos ni edificantes. Un libro en el que no habla la inteligencia de un cerebro, sino de un corazón.

---

en la "biografía en imágenes" de Freud ("Sigmund Freud, Sein Leben in Bildern und Texten") editada por su hijo pequeño Ernst Freud y por su mujer Lucie Freud. (En alemán, Suhrkamp Verlag.) Un libro fascinante y emotivo, y la primera biografía de Freud que he leído, el mes pasado.

Recuerdo que la escuela de Summerhill se fundó en 1921, y que en 1923 tuvo lugar la primera operación de un cáncer de paladar de Freud, enfermedad que le hizo sufrir mucho en los dieciséis años de vida que le quedaban, disminuyendo mucho su energía y su disponibilidad. Es pues muy posible que nunca tuviera conocimiento de la experiencia de Summerhill.

[208] Creo que observaciones similares podrían hacerse en toda vida intensamente creativa a nivel espiritual. Al aprender cosas nuevas sobre nosotros mismos, sobre el Mundo o sobre Dios, nuestras ideas familiares quedan trastocadas. ¡En mi caso hace dieciocho años que dura!

[209] N. del T.: Nombre de una abadía ficticia en el libro Gargantúa y Pantagruel de François Rabelais. Su única regla era "fay ce que vouldras", haz lo que quieras.

(89) Neill y el más allá del Muro – o el pensamiento, y el ser

(2 y 3 de diciembre)[210] Los últimos tres días no he trabajado en la LLave de los Sueños, al menos no directamente. Dejando aparte diversas tareas que retrasaba día tras día (correspondencia, trabajo en el jardín, limpieza de los tubos de las estufas, dado que se acerca el invierno...), he dedicado mi tiempo a releer de principio a fin el libro de Neill "Libres enfants de Summerhill"[211]. ¡Pocas veces he empleado mejor mi tiempo, y especialmente mi tiempo de lectura! Con más claridad aún que al escribir la nota anterior, me doy cuenta de que ese libro es uno de los pocos libros-clave, quizás el primero de todos, para preparar las mentalidades para la Era del Despertar; y también un libro, seguramente, que podrá servir de inspiración a los hombres "de después". Ese "hombre nuevo" que ha de nacer, y que desde hace uno o dos siglos oscuramente se abre paso en algunos de entre nosotros, es en las páginas de ese libro donde lo veo surgir con más claridad, libre de todo halo ideológico o mesiánico. El hombre nuevo, sencillo como el "buenos días", familiar como si lo hubiéramos conocido de siempre, como si *nosotros mismos* lo hubiéramos sido siempre. Ése es el mismo Neill, el imperturbable papá-director-que-no-dirige-nada, con la broma ingenua tan adecuada que a veces nos preguntamos cuándo encuentra un momento para ser "serio" de verdad, ésa es su mujer discretamente presente en esas páginas (no sabremos su nombre...), ésos son los colaboradores anónimos y comprometidos, trabajando
N 321 con ◊incansable paciencia por un salario de tres al cuarto, si no es el de ver que ese trabajo no se hace en vano, y son los mismos niños de Summerhill, por supuesto, haciendo a trancas y barrancas el aprendizaje de la libertad. Al menos aquellos que ya han dado sus primeros pasos, que se han desprendido del odio secreto o del secreto desprecio a ellos mismos, y del miedo larvado que es su inseparable compañero. Aquellos que ya han accedido a una aceptación alegre de ellos mismos, en un ambiente en el que se sienten aceptados sin condiciones, *tal y como son*.

Chavales, hombres, mujeres que están "en su propia piel". Mezclados con ellos están los recién llegados, mejor o peor integrados en un ambiente como el que jamás habían conocido y con el que antes jamás hubieran soñado. Un ambiente desconcertante por su misma simplicidad: ¡un aire de libertad! Son como un lisiado[212] que no hubiera vivido más que con lisiados y de repente se viera trasplantado a un mundo de niños, hombres y mujeres que *caminan*, ¡como si fuera lo más natural del mundo! Y tienen que descubrir que ellos también tienen piernas para caminar, ¡que sí! aunque un tenaz miedo profundamente anclado quiera impedirles que lo admitan. El hecho es que nunca se servían de sus piernas y por eso no es extraño que se hayan atrofiado un poco. Hay todo un aprendizaje para devolverles su movilidad natural, a esas patas tanto tiempo inútiles e inertes, y que ese lisiado se ponga a caminar igual que los demás. *Ése* es sobre todo el trabajo de Neill y los otros adultos: enseñarles que tienen piernas para caminar a los que lo habían olvidado casi desde la cuna, ayudarles (como si nada) a desprenderse de ese miedo, de esa crispación que paraliza. Pero a menudo, nada más ver que los demás caminan y corren con facilidad, eso ya basta para que se desprendan poco a poco, en unas semanas o meses, de los viejos miedos y las viejas crispaciones.

Un camino hacia la aceptación de uno mismo y hacia la autonomía interior, *ése* es ante todo lo que los niños tienen que recorrer en Summerhill, cada uno a su propio ritmo. Y seguramente cada uno de los adultos también tiene que recorrer él mismo un camino similar, y bajo

[210] Continuación de la nota anterior "Los mutantes (3): un viento de justicia y libertad (P.A. Kropotkin y A.S. Neill)".

[211] Traducción francesa en las Editions de la Découverte. Desgraciadamente la traducción está sembrada de sinsentidos, debido a una traducción "fonética" del inglés que ¡ay no siempre funciona! Los sinsentidos más frecuentes son los siguientes: cuando veáis las palabras "supprimer" o "suppression", reemplazad por "réprimer" o "répression" (del inglés "to suppress", "suppression"). Cuando veáis "conquérir", reemplazad por "surmonter" o "depasser" 8del inglés "to conquer"). Cuando veáis "évidence", casi siempre (el contexto lo dirá) habría que poner "preuve" o "fait probant" o "signe probant" (del inglés "evidence"). ¡Verdaderamente es una pena arruinar así un texto tan magnífico!

[212] N. del T.: "cul-de-jatte", literalmente "culo-de-cuenco", lisiado sin piernas.

condiciones mucho más difíciles, a una edad en que la personalidad ya está plenamente formada y estructurada, y en un medio como cualquier otro, que se opone con todo su peso. Neill el primero, tuvo que pasar por un tremendo viraje y hacer un largo camino para llegar a Summerhill, a la edad de treinta y ocho años. A lo largo del relato, con sus comentarios sobre esto o aquello, nos enteramos de que fue educado, en una familia endiabladamente calvinista, en el
N 322 temor de Dios-el-justiciero y ◊del infierno que le esperaba, si no se portaba bien. Cuando era un joven profesor, no se privaba de pegar a los niños como todo el mundo, manera de desahogarse (como siempre que se le pega a uno más débil). Ése debió de ser un descubrimiento bien gracioso para él, que *ésa* era la razón por la que pegaba y no para "educar" a la chiquillería. Quizás fuera ése el "tremendo viraje" que acabo de evocar. ¿Cómo se realizó en él esa extraordinaria transformación interior, de un maestro de pueblo normalmente acomplejado, si no más retrógrado y vicioso que los demás, en el Neill que conocemos en las páginas de su libro? (¡Un Neill que sería absolutamente imposible inventar!) Al final del libro he descubierto el anuncio de otras tres traducciones francesas de libros suyos, éstas póstumas, entre ellas "Diario de un Maestro Rural" (Payot 1978). No puede ser más que una autobiografía, y ya festejaba su lectura. Pero mala suerte, ¡está agotado! (Tendré que intentar pedir en Inglaterra la edición inglesa...)

Además Neill está muy lejos de poner la pose del hombre totalmente liberado y todo eso. (He terminado por comprender que ésa es mala señal). Ni del hombre genial, o infalible. Con esas poses, es seguro que no habría sido el hombre adecuado para hacer Summerhill. Además no pierde ocasión de señalar las diversas ideas falsas de las que se ha tenido que deshacer, y también sus errores "de táctica" con tal niño y tal otro. (Tengo la impresión de que esos casos debían de ser raros, y que nunca tardó mucho en ver su error y rectificar el tiro...) Neill también es el primero en constatar que un hombre (como él mismo) que no ha sido educado en la libertad, siempre guarda en alguna parte reflejos de ser "acomplejado" más o menos ocultos. Eso no le impide, en su relación con los niños, sentir en todo momento dónde duele el zapato y cómo desatar suavemente (y casi siempre con una brizna de humor malicioso con aires de seriedad juguetona o ausente) nudos a veces muy apretados. En eso es asombroso. Se diría que por un milagro siempre renovado, en todas las situaciones "sensibles", el ego-pantalla se desvanece sin dejar traza, dando lugar a una percepción inmediata y aguda de lo que ocurre y, simultáneamente, y sin ninguna intervención de un pensamiento consciente y aún menos de la menor reflexión, ocurre *el acto preciso*: el que hace choc allí donde se requiere el choc para comunicar un mensaje, o el que "pasa" suavemente sin precipitar nada ni enturbiar nada, cuando la situación aún necesita madurar. Se siente en él una *flexibilidad* perfecta, una ligereza extraordinaria, en su relación con una cotidianeidad que es para él, el que está despierto, como una incesante provocación creativa.

N 323 ◊Esa rara presencia, que en Neill se ha convertido en parte inseparable, cotidiana, "ordinaria" de su misma naturaleza, es claramente obra del *amor*. Lo que ha transformado la vida de ese hombre, lo que transforma a tantos seres con el mero contacto cotidiano con él, es una cierta cualidad de "amor", se diría que presente en él permanentemente. No el amor que se apega a tal ser o tales otros y espera tales compensaciones, ni el amor sentimental que retoca y talla y se esfuerza en colorear de rosa el gris; ni siquiera el amor-sentimiento con toda su carga de emociones y toda la inercia que le es inseparable. Un amor que no es ni apego ni idealización ni sentimiento, un amor que es *acción* inmediata. Como la acción del sol, que alumbra por igual a pobres y ricos, a "malos" y "buenos", y también a las bestias, los insectos, y hasta las hierbas y el musgo en las grietas de las rocas. Seguramente es un amor como el que emana de seres como el Buda o Jesús, y que actúa sobre todos los que les rodean si no se cierran a él. Y a decir verdad, ese libro de Neill tan pegado a tierra, tan alejado de todo vuelo lírico, tan desnudo de toda floritura poética y de todo esfuerzo literario – ese libro es un canto de amor no menos inspirado ni menos profundo que el famoso Cantar de los cantares de Salomón. Pero (en mi humilde opinión) mil veces más adecuado a nuestro tiempo ¡y mil veces más urgente que todos

los Salmos de David y de Salomón juntos!

Que la acción de Neill haya sido tan excepcionalmente fértil ya en sus días sin duda se debe también a que su campo de acción privilegiado estaba entre los niños, menos curtidos que los adultos y menos inclinados que éstos, a la larga, a aferrarse a un estado de crispación interior de lo más fatigante. Los fracasos pedagógicos eran raros. Pero es que la presencia de Neill debía actuar sobre los adultos de la escuela, haciendo eclosionar y desarrollarse en ellos cualidades poco comunes de paciencia, serenidad y dedicación requeridas para Summerhill. Si no, uno se pregunta cómo habría podido encontrar el personal que necesitaba, seguramente imposible de encontrar tal cual.

Esta extrema agudeza amorosa que constantemente, en ausencia de toda pantalla de ideas preconcebidas, capta lo esencial en una situación o en un ser, y que es *una* con la acción precisa que toca allí donde debe tocar – ésa es sin duda la cualidad más extraordinaria y más rara que encuentro en Neill, y la que lo distingue (me parece) del resto de mis "mutantes"[213]. Más que
N 324 ninguno de ellos, quizás él esté ya "del otro lado", él ◊perteneze ya a la Era del Despertar, a esa era delante de nosotros que es también la de la libertad. (O al menos, al principio, la del aprendizaje de la libertad...)

Freud, el precursor inmediato de Neill, abrió una gran brecha en el muro grueso y compacto de un miedo ancestral, de un miedo milenario. Pero él mismo *se quedó a este lado del muro*, sin pasar por esa brecha tan abierta. Quizás él mismo no viera claramente la verdadera naturaleza y la verdadera dimensión del agujero que acababa de hacer. Para él era una brecha abierta al pensamiento. Y él sabía mejor que nadie que el pensamiento no es el hombre, hasta qué punto está lejos de ser *todo* el hombre. En todo caso en él, igual que en cualquiera, el divorcio entre el pensamiento y "el resto" era patente. El pensamiento había pasado por cierta brecha, eso por supuesto, pero "el resto" se quedó prudentemente a este lado del Muro del Tabú. En su vida cotidiana de padre de familia con los suyos, como colega de sus colegas, como médico de sus pacientes, y más tarde como jefe de filas o como "maestro del pensamiento" de una especie de nuevo humanismo científico que debía repensar de cabo a rabo todo lo que concierne de cerca o de lejos a la psique humana – en todo eso, me da la impresión, Freud siguió siendo "el hombre viejo": el hombre moldeado por una cultura y por un medio, y que se conforma escrupulosamente, cuando no ciegamente, con los modelos que éstos han imprimido profundamente en su psique. Sí, incluso frente a esa famosa "libido" que él había magnificado bajo un nombre de su cosecha, frente a esa pulsión del sexo que no le había esperado para existir, y para existir no sólo en sus pacientes, en sus "casos", sino *en él mismo* – una vez que salía del gabinete de consulta y guardaba sus cuadernos de autoanálisis, estoy convencido de que frente a ella seguía siendo el viejo[214] que la sociedad quería y quiere que seamos: llenos de una desconfianza medio-altanera y medio-crispada, en cuyo fondo yace un *miedo* de esa cosa confusa, informe y agazapada en lo profundo, de algo que, hagamos lo que hagamos, escapa a las avenidas claras y bien trazadas del pensamiento. Algo en el fondo desconocido, escurridizo, ángel y bestia a la vez, terrible,
N 325 espantoso por su misma atracción ◊y por ese poder que sentimos en él y que, si no tenemos cuidado, en un instante barre con todo...

Sin embargo, seguramente en alguna parte sabía que esa gran brecha que había abierto, ésa no se limitaba amablemente, propiamente, a la capa superior reservada únicamente al pensamiento, a "la actividad noble del hombre" (tal y como él la veía). Bien debía sentir que llegaba hasta el suelo y que penetraba en los cimientos, profundamente. ¡Quién no habría sentido vértigo

[213] Sin embargo es posible que deba exceptuar a Edward Carpenter. Pero por el momento no estoy lo bastante documentado sobre él para hacerme una idea al respecto.

[214] Que algo fallaba seriamente en la relación de Freud con la pulsión erótica, eso lo tuve muy claro desde la primera vez que leí algo suyo. (fue en su obra maestra, "La Interpretación de los Sueños" (Die Traumdeutung), a principios de los años 70.) Me expreso de pasada en ese sentido en la nota "El papel del sueño – u homenaje a Sigmund Freud" (n^o 6), en la página N 14.

en su lugar! Y cómo extrañarse de que haya tenido buen cuidado (seguramente con toda sinceridad) de pavonear con colores llamativos su fidelidad a los valores represivos encarnados por la sociedad. Como diciendo: "¡Me "rindo"! Saben, no soy más que un modesto sabio y que hace su trabajo de sabio. Sólo es una cuestión de pensamiento les aseguro, investigación desinteresada, honor del espíritu humano y todo eso, sin contar los progresos en medicina que casi me olvido... Y si nosotros los psicoanalistas hablamos con palabras tan eruditas y tan inodoras de ciertas cosas (ejem, ejem) que seguramente con razón la moral reprueba, les juro que no es para poner en duda lo más mínimo los fundamentos de dicha moral y de las represiones (perdonen la palabra erudita...) que causa (y con qué implacable eficacia – ¡las neurosis son testigo!), para echarlos por la borda y que se hundan – ¡*muy al contrario*!"

Sí, a cada vida le basta su afán. Y si duda era necesario, para "colar" mal que bien y casi "a escondidas", por la puerta rotulada "Ciencias Humanas", la revolución freudiana, que su artífice presentara el tranquilizador "perfil" de sabio con sienes encanecidas, de padre de familia irreprochable etc., "*como todo el mundo*".

El caso de Whitman fue justamente al revés: en una pirueta prodigiosa (¡tan prodigiosa que casi no daba crédito a sus ojos!) se vio llevado a mil años más allá del famoso Muro; y sin dejarse llevar por el pánico del descomunal desfase con los hombres de su tiempo, se quedó allí, mucho más allá. Pero el pensamiento, ése no le siguió. O si le siguió, sólo fue una modesta parte del pensamiento: ¡la que se dejó llevar hasta allí sobre las ligeras alas de la expresión poética! (Aunque fuera con un lenguaje profundamente renovado por las necesidades de la causa.) En los tiempos que corren, parece que la jerga erudita cuela mejor, y en todo caso inspira más
N 326 confianza, parece "más seria" ¡e inquieta menos que la poesía! ◊Es evidente que hasta ahora el impacto de Freud sobre nuestra cultura[215] ha sido incomparablemente más poderoso que el de Whitman, e incluso que el de Whitman, Carpenter y Neill juntos.

Y esto es fácil de entender. El nivel en que se sitúa Freud, el del mero pensamiento (¡y aunque se asomase atrevidamente a los insondables abismos de la psique!), es un nivel que siempre permanece periférico. Se puede ser (digamos) un psicoanalista ilustre, en la estela del gran Predecesor, y seguir siendo aún "el viejo hombre", tan tranquilizador como el primer paciente que venga a curarse con él la neurosis a mil francos la sesión. Por el contrario, acoger y digerir el mensaje de un Whitman, de un Carpenter, o de un Neill, en el nivel que estos hombres se sitúan ellos mismos y que es el de su mensaje, eso ya es *cambiar*. Es dejar por poco que sea el hombre viejo. Es renovar la piel, es seguirlas *más allá del Muro*.

Si estos hombres nos cambian, no es por lo que *piensan* (aunque su pensamiento sea intensamente creativo), sino por lo que *son*. Y "lo que son" no está a este lado del gran Muro, no está en el corral del rebaño, salvo quizás algunos pedacitos que se han quedado atrapados. Ya están allí, en alta mar, ¡mucho más allá del Muro!

(90) Neill y el pecado original – o el mito como mensaje

(4 y 5 de diciembre)[216] El azar hace bien las cosas, que haya sido llevado, en la penúltima nota,
N 327 a presentar juntos a Kropotkin y Neill, que a primera ◊vista no parecen tener que ver gran cosa. En la nota en cuestión ya había observado que la misión de Kropotkin puede verse en cierta

[215] Aquí uso "cultura" en un sentido convencional, más o menos coincidente con: la cultura *escrita y enseñada*. Debe de haber decenas de miles de libros que tratan de Freud o del psicoanálisis, o de ideas que ahora son parte del aire de los tiempos, introducidas por él o en la estela del avance que realizó. Por otra parte, hay que darse cuenta de que hasta ahora ese "impacto" permanece confinado casi exclusivamente al nivel de las ideas, constituye un "barniz cultural", sin incidencia sobre los comportamientos de la gente entre sí o consigo mismos. Las ideas verdaderamente "eficaces", las que determinan casi totalmente los comportamientos de cada uno, no son las ideas conscientes y a veces "eruditas" transmitidas por "la Cultura", sino las que se sitúan en las capas subconscientes e inconscientes de la psique. Esas ideas prácticamente no han sido tocadas por la revolución freudiana. Seguramente mucho menos, estadísticamente hablando, de lo que han sido tocadas por la invasión del "estilo Walt Disney", y esto incluso entre las clases sociales "cultivadas".

[216] Continuación de la nota anterior "Neill y el más allá del Muro – o el pensamiento, y el ser".

forma como "complementaria" de la de hombres como Whitman o Freud, y por lo mismo de la de Neill (visto que ésta es un vigoroso y atrevido retoño de la misión de Freud[217]).

También hay muchos puntos comunes entre estos dos hombres y sus misiones, en el sentido de esa complementariedad. En ambos vemos una crítica vigorosa de la sociedad tal y como existe, y tal y como ha existido más o menos desde siempre. Pero por supuesto sus ópticas son muy diferentes. Kropotkin se dedica a las iniquidades de la explotación de las clases desheredadas por las clases pudientes, y sancionadas por las leyes y las estructuras de la sociedad. Neill percibe la violencia en el mismo seno de la familia, en la relación entre los esposos y en la de los padres con los hijos, y hasta en la relación que cada uno tiene consigo mismo. Ésta está pervertida por un insidioso odio a uno mismo, instalado desde la infancia por las represiones sufridas a manos del entorno adulto. Neill es uno de los pocos que ha visto claramente que el que no se ama a sí mismo es incapaz de amar a otro, y transmite a su descendencia su odio y esa incapacidad. El gran mal de la sociedad, Neill lo ve en esa incapacidad de amar, transmitiéndose de generación en generación por medio de la represión ejercida sobre el niño desde su infancia. Y entre las innumerables formas que toma la represión, la del sexo es la represión neurálgica donde las haya. Si ocasionalmente Neill critica las leyes (sometiéndose a ellas por la fuerza y a regañadientes...),
N 328 no es tanto porque sancionan las injusticias $\Diamond$sociales (razón principal por la que Kropotkin y los anarquistas recusan más o menos en bloque todas las leyes existentes), sino porque son garantes de la represión y, más particularmente, del derecho represivo casi ilimitado de los padres.

Para mí está muy claro que, de estos dos hombres, Neill es el que ha sabido tocar con el dedo la raíz misma del mal que sufre el hombre y la sociedad humana, desde (parece ser) la noche de los tiempos. Es esa baja estima, incluso ese odio o ese desprecio de uno mismo que, por compensación y por desahogo, mantiene en el hombre impulsos conscientes e inconscientes de violencia hacia sus semejantes[218], y el ansia incoercible de ponerse por encima de los demás, aunque sea humillándolos, atormentándolos o destruyéndolos en sus cuerpos o en sus espíritus. Ninguna revolución, por más generosa (cosa extraordinaria) que pueda ser la inspiración de sus principales instigadores y artesanos, eliminará esos profundos gérmenes de violencia, de desigualdades e iniquidades que asolan la sociedad ¡cual una maldita enfermedad incurable y hereditaria! Trastrocando las relaciones de poder dentro de la sociedad, y sus estructuras e instituciones, no tocarán sin embargo las raíces profundas del mal, secretamente presentes y activas en el alma de los "revolucionarios" y de los "explotados" igual que en la de los "explotadores" o los "reaccionarios".

A propósito de la diferente profundidad de la visión de estos dos hombres, hay que recordar que Neill es cuarenta y un años más joven que Kropotkin. Coincidencia curiosa, el mismo año en que muere Kropotkin a la edad de 79 años, en 1921, Neill (que entonces tenía 38) abre la escuela de Summerhill. Entran ganas de decir que en los cuarenta años que separan a Neill de Kropotkin, nuestra especie ha aprendido algo, e incluso algo de la mayor importancia...

Otro punto común es la aversión de estos dos hombres por "la religión". Con ello hay

[217] Es usual calificar a Neill de "psicoanalista", para encasillarle en una casilla ya preparada. Está claro que se ha inspirado en Freud y que ha tomado de él algunas ideas clave sobre la psique, igual que está claro que ha ido por su propio camino, mirando las cosas con sus propios ojos – incluso allí donde no parecen adecuarse a la visión freudiana.

En "Libres enfants de Summerhill", Neill nombra a Freud lacónicamente en tres sitios diferentes. La primera vez es ya en las primeras líneas de la introducción, para designarle (con razón) como el verdadero creador de la psicología. Vale la pena citar estas primeras palabras de su libro, que no puedo dejar de suscribir plenamente:

" En materia de psicología, no hemos avanzado mucho. Las fuerzas directrices de la psique humana, en su mayor parte, todavía son un misterio.

Desde que el genio de Freud le diera vida, la psicología ha recorrido un largo camino; pero sigue siendo una ciencia nueva que sólo descubre lentamente los contornos del continente desconocido. Es probable que dentro de cincuenta años se rían de nuestra ignorancia actual."

[218] Esos "impulsos de violencia" no se dirigen sólo hacia "sus semejantes", sino hacia toda la naturaleza, que hoy en día está a punto de romperse bajo su peso.

que entender sobre todo: por la práctica de la religión institucionalizada que pudieron ver ellos mismos más o menos de cerca, y por la ideología y las actitudes corrientes que promueve. En estos hombres probos, ponderados y radicalmente buenos, esta oposición casi visceral es ciertamente
N 329 de lo ◊más fundada. Kropotkin subraya que las religiones y las Iglesias, desde la noche de los tiempos, siempre han estado del lado de los ricos y los poderosos, que han sancionado todas las injusticias, todas las iniquidades y todas las violencias, o que piadosamente han cerrado sus ojos sobre ellas. Neill, por su experiencia personal tanto en su propia infancia como en su trabajo educativo con los niños, constata que cuanta más religión hay en la familia, tanta más represión hay y más odio almacenado y reprimido en el ser. Visiblemente, ésa es una constatación hecha sin pasión, por un observador sagaz y penetrante que ya desde hace mucho ha superado los días en que tenía cuentas personales que arreglar con la religión. Sin que me haga muchas ilusiones sobre los efectos de la educación religiosa, me ha chocado mucho ese balance tan tajante de una experiencia de cuarenta años de un educador excepcionalmente perspicaz y profundo: Neill no ha conocido *un sólo caso*, dice él, en que la educación religiosa haya tenido un efecto más que aumentar el peso de las represiones y la aversión de sí mismo que lleva el niño. Tampoco ha habido ningún niño en Summerhill que haya conservado inclinaciones religiosas, aunque allí en modo alguno reinara una atmósfera anti-religiosa (no más de lo que hubiera, digamos, una atmósfera anti-ski, anti-cine o anti-guerra...).

Como los niños de Summerhill venían de todos los países del mundo, ése es verdaderamente un veredicto aplastante sobre el verdadero papel de la educación religiosa en el mundo actual, allí donde tal educación haya sobrevivido aún a la gran debacle de las religiones. La desespiritualización del mundo moderno, seguramente, es tan fuerte e incluso (según Neill) más fuerte en el seno de las familias que han permanecido "fieles" a una tradición religiosa que en cualquier otra parte.

Neill resume más o menos sus impresiones como educador, en el capítulo de la religión, diciendo que "el niño no necesita a Dios". Añadiría que el niño tiene tanta menos necesidad cuanto que, en la medida que el mundo circundante no lo aliene de sí mismo, está espontáneamente cerca de Dios. No tiene ninguna necesidad de que se le hable de Dios ni de que a su alrededor se "crea en Dios". Tiene necesidad de amor, y el amor en el verdadero sentido del término no aprisiona, sino libera: el niño plenamente amado, de una manera no falseada por el ego, es un niño cuyas necesidades de libertad y autonomía son respetadas. Y un lugar donde se vive el amor y donde la libertad es respetada, también es un lugar de gran espiritualidad. Aunque en él se niegue la existencia de Dios, es un lugar bendecido por Dios, un lugar en que Él se sabe amado y en que Él se complace. Hay pocos lugares más "religiosos", lugares más "religados" a Dios y más íntimamente unidos a Sus designios, que la escuela animada por la presencia despierta y amorosa de Neill y de sus devotos colaboradores.

N 330 ◊La aversión de Neill por la religión es además mucho más matizada que la de Kropotkin. Para éste, la religión no es otra cosa que una vasta superchería montada por los sacerdotes ávidos de privilegios, en connivencia con los no menos ávidos nobles, a fin de abusar del pueblo. Creo que en nuestros días deben de ser raros, entre las personas con un cierto grado de cultura, los anarquistas e incluso los marxistas, los que aún mantengan tal visión simplista, por otra parte manifiestamente insostenible en vista de lo que se conoce de la historia de las religiones. Neill por su parte se abstiene de emitir una opinión en cuanto a la existencia de Dios, e incluso de mencionar la cuestión. Me ha parecido entender que no se pronuncia sobre este tema, y en todo caso que considera esta cuestión como totalmente accesoria para su misión. También se abstiene de pronunciarse contra "la religión" o "las religiones" de modo absoluto. Sus constataciones conciernen únicamente a lo que ha podido ver personalmente como efectos de la religión, tal y como ahora es practicada e inculcada, en la psique de los niños y los adultos – y ¡ay! no son brillantes. Pero llega a soñar una "religión" del futuro que ya no sería instrumento de represión e instigadora de odio a sí mismo y a los demás, de una "religión nueva" que sería resueltamente

pro-vida, que fomentaría el verdadero amor en todas sus formas; una religión que ensancharía y liberaría al hombre, en vez de mutilarlo:

> "Un día, los jóvenes ya no aceptarán la religión y los vetustos mitos de hoy[219]. Cuando llegue la nueva religión, refutará la idea de que el hombre nace en el pecado. Alabará a Dios volviendo felices a los hombres.
> La nueva religión rechazará la antítesis del cuerpo y del espíritu, así como la culpabilidad de la carne. Sabrá que una mañana dominical dedicada a bañarse es más sagrada que una mañana dominical dedicada a cantar cánticos[220] – ¡como si Dios tuviera necesidad de cánticos! Una nueva religión encontrará a Dios en los prados y no en los cielos...
> N 331 ◊... La religión prolifera porque el hombre no quiere, no puede enfrentarse a su inconsciente. La religión convierte al inconsciente en el demonio y ordena a los hombres que huyan de sus tentaciones. Pero volved consciente al inconsciente y la religión ya no tendrá utilidad[221]...
> ... La nueva religión se fundará sobre el conocimiento y la aceptación de uno mismo, pues una condición para amar a los demás es amarse verdaderamente a sí mismo. Será muy diferente de la educación bajo el estigma del pecado original, que sólo puede generar el odio a uno mismo y, por eso, el odio a los demás. "Mejor reza quien mejor ama las cosas grandes y pequeñas[222]." Así expresa Coleridge, el poeta, la nueva religión. En esa religión, la mejor oración del hombre será amar todas las cosas grandes y pequeñas – *en sí mismo*."

Claramente Neill estaba libre de ese "estigma" que es la educación bajo el signo del "pecado original"[223]. Sin duda por eso su relación con la religión que le había estigmatizado en su juventud también quedó liberada: es capaz de verla tal cual es, y de concebir cómo podría ser *otra* religión, la "nueva religión". Kropotkin no se liberó del "estigma del pecado original", que le impregnó a su pesar, durante todo su periplo terrestre (aunque él se creyera totalmente libre de todo condicionamiento religioso o no...). Seguramente por eso era incapaz de tener frente a la religión una actitud libre y matizada, es decir: verla tal cual es, sin "empujar" la compleja realidad hacia lo blanco ni hacia lo negro.

[219] Neill utiliza aquí el término "religión" y "mito" en el sentido propio y estrecho del término, pues en su infancia fue profundamente marcado por una educación religiosa castrante. Pero incluso fuera de toda religión que se reconozca como tal, en nuestros días hay una "religión" que se ha adueñado de todos los hombres sin excepción, o poco le falta, con sus propios mitos no menos funestos que los antiguos, que ha adaptado o eliminado. Es la religión "cientista" o "tecnicista", con su mito central del "Progreso", y todos los mitos anejos. Esta religión, sin esperar a que los jóvenes la rechacen, será pronto barrida y sin remisión.

[220] "Cantar cánticos" evoca en Neill lúgubres recuerdos infantiles, hasta el punto de que ¡ni se le ocurriría que se pueden cantar cánticos con tanta alegría como la de un niño que se baña una hermosa mañana de verano!

[221] Cuando Neill habla aquí del "inconsciente", claramente piensa en el subconsciente, es decir en las capas de la psique cercanas a la superficies – las únicas que podrían "volverse conscientes". En este párrafo, cuando Neill habla de "religión", por supuesto habla de la religión "estilo antiguo", cuyo papel tradicional, según él, era proporcionar al hombre una manera de evacuar su inconsciente, o bien de programar en él modelos de comportamiento frente a las peticiones "heterodoxas" del inconsciente, desacreditándolas como suscitadas por el "demonio". Claramente la "nueva religión" que sueña no está afectada por estas observaciones.

[222] N. del T.: Versos del gran poema *The Rime of the Ancyent Marinere* de Samuel Taylor Coleridge,
He prayeth best, who loveth best
All things both great and small.

[223] Por supuesto, Neill sabe mejor que nadie que ese "estigma del pecado original" no es exclusivo de la educación religiosa (como la que él mismo recibió). Bajo una forma más o menos brutal, en nuestros días sigue impregnando la mentalidad de todos, incluso en las familias más alejadas de toda religión, la más "progresistas" y más ilustradas. Así, esta "nueva religión" (o esta nueva *actitud* hacia todas las cosas "grandes y pequeñas") que sueña Neill, es una necesidad urgente para todos los hombres, y no sólo para los que han sido expuestos a la influencia de las religiones tradicionales y a su moralismo remilgado y esterilizante.

N 332 ◊Esa "nueva religión" que Neill sueña sin creérselo mucho, no dudo que será una realidad mucho antes de lo que él hubiera esperado. Pero no será, creo, una religión única y universal, como parece que él sobrentendía. Más bien, cada una de las religiones actuales se renovará profundamente, y se acercará a ese espíritu verdaderamente "religioso" que evoca Neill. Y sin embargo no tendrá que abandonar los mitos inmemoriales que la fundamentan (y que Neill califica de "anticuados"). Hablando sólo del famoso "mito" del pecado original, que durante dos mil años a jugado un papel tan desastroso en el espíritu de los cristianos, por mi parte reconozco que me intriga mucho. Daría mucho para entender algún día lo que quiere decir exactamente, en términos concretos, sobre la historia espiritual de la especie, o de la sociedad humana en sus orígenes. Pues no tengo ninguna duda de que ese mito no sea de inspiración divina, de que no sea un *don de Dios* – ¡depende de nosotros entenderlo o interpretarlo, como mejor sepamos!

En todo caso, lo que es seguro es que un tal mito puede ser conservado y transmitido y respetado, que incluso algún día puede ser profundamente "comprendido" y tanto más amado, sin que por eso sirva de piedra angular a una concepción anti-vida de la existencia, ni de coartada para una educación pervertida por un odio neurótico al "pecado". El mito es a nuestra especie lo que un sueño enigmático y penetrante sería para uno de nosotros – ¡depende de él guardarlo con cuidado y sacarle partido! Así el mito forma parte del patrimonio espiritual común, como un mensaje que nos dirige Dios, para que lo descifremos. La "lectura" que hemos hecho durante tres mil años seguramente no es la buena, o al menos, *ya* no es la buena. Ya no se corresponde con nuestro estado actual de evolución. Pero el mensaje permanece, en toda su profundidad y misterio.

Depende de nosotros descifrar el mensaje mejor que nuestros antepasados. Ellos se limitaron ¡ay! a repetirse unos a otros... Depende de nosotros descubrirle un sentido que, lejos de ser un peso que no echa para atrás hacia un pasado en que permanecemos medio atrapados, vuelva nuestra marcha más alegre, más libre y más ligera.

N 333 ◊(91) La democracia directa de Makarenko a Neill – o: despertar al *hombre* en el ciudadano (4 y 5 de diciembre)[224] Retomo el paralelismo entre Kropotkin y Neill, que ha resultado ser un hilo conductor bien cómodo. Anteriormente he señalado la complementariedad de sus misiones, vistas ambas como una *liberación* del hombre. He señalado la crítica radical de la sociedad actual (la de Neill tocando la raíz misma del mal), y una aversión por la religión tal y como la vemos practicada e inculcada en todas partes (sin embargo con una visión más matizada del "hecho religioso" en Neill). Hay además un cuarto punto de contacto del que quisiera hablar.

Leyendo el primer capítulo del libro sobre Summerhill, especialmente consagrado a la misma escuela de Summerhill, a su espíritu y a su funcionamiento día a día, llama la atención hasta qué punto el espíritu y la organización son, en muchos aspectos, los que generalmente preconizan los anarquistas, de los que Kropotkin fue uno de los principales teóricos. Sin embargo hoy, visto que la palabra "anarquía" está irremediablemente empañada, en el lenguaje corriente, de connotaciones de "caos", "desastre", "pasotismo integral", juerga a gogó, bombas caseras (y no sigo)[225], muchos anarcos se refugian en la expresión "libertario" en lugar de "anarquista". La elección de esta palabra indica bien que la "libertad" es, tradicionalmente, el primero de los valores para los anarquistas igual que para Neill. Pero hay que saber qué se quiere decir con eso. Eso varía enormemente de unos a otros, incluso entre los anarcos o "libertarios", justamente según el grado de madurez o de "libertad" logrado por cada uno. Pero el sentido en el que el mismo Neill entiende ese término, y que explica y explicita incansablemente a lo largo de todo el libro, está en armonía con el que le dan muchos de mis amigos anarcos más ilustrados;

[224] Continuación de la nota anterior "Neill y el pecado original – o el mito como mensaje".

[225] La etimología de la palabra "anarquía" significa "sin gobierno", lo que significa una situación que todos los condicionamientos recibidos nos inducen a considerar como inadmisible y horrible, y a igualar al "caos" más negro etc.

gentes, además, que saben apreciar en su valor el potencial "revolucionario" poco común de la
N 334 experiencia de Summerhill[226]. Por mi ◊parte, al hilo de la reflexión de estos últimos días, ¡tiendo más y más a ver en Neill al "revolucionario" más auténtico de nuestro siglo!

Sin duda el aspecto concreto más llamativo que hace de Summerhill (con alguna reserva) una especie de micro-sociedad "anarquista" o "libertaria", es que es una escuela *autogestionada*; está gobernada por todos los miembros de la escuela conjuntamente, tanto niños como adultos,. Al menos para todas las cuestiones internas de la escuela[227], la autoridad de hecho no le pertenece a Neill, director oficial (frente al exterior), ni a nadie, sino a la asamblea plenaria de la escuela. Ésta se reúne una vez por semana, el sábado, para regular las cuestiones corrientes, y también cuando algún miembro de la asamblea lo pide) para discutir y eventualmente modificar las leyes internas de la escuela. En esta asamblea, hasta los niños más pequeños (de seis años) tienen *un* voto cada uno, al igual que el mismo Neill, o los otros miembros adultos del personal, o los alumnos mayores, que tiene cada uno *un* voto. Y no es una igualdad-baratija. Las precisiones que aporta Neill en su libro, repleto de numerosos ejemplos a veces muy llamativos, muestran que esa igualdad de derecho de decisión, en las cosas más anodinas igual que en las más importantes, es de lo más real. No es nada excepcional que las mociones presentadas por Neill sean rechazadas (¡a veces por unanimidad salvo un voto!), e incluso se llega a que la asamblea tome decisiones en el extremo opuesto, a veces temerarias e incluso (muy excepcionalmente) francamente delirantes (sin que nunca parezca que Neill se alarma...). Es cierto que entre las costumbres de la escuela está instituir un "gobierno", formado sobre todo (me parece) por "vigilantes" elegidos para asegurar el mantenimiento de un mínimo de disciplina, juzgado por todos necesario para el bien común. Pero ese "gobierno" se renueva cada semana con una nueva elección – ¡tanto como decir que de gobierno sólo tiene el nombre!

Aquí lo notable es que la autoridad colectiva, encarnada por la asamblea, es aceptada sin problemas por *todos* los niños sin excepción. Esta aceptación incluye las sanciones[228] por las
N 335 trasgresiones de las leyes ◊establecidas por la asamblea. Esas sanciones (caso de que no estén en algún "baremo" ya fijado) son discutidas y decididas por la asamblea en presencia del trasgresor, que por supuesto puede defenderse, igual que protestar en el caso (asombrosamente raro) de que estime excesiva la sanción (en cuyo caso generalmente se tiene en cuenta su apreciación). Lo importante aquí es que las sanciones están desprovistas de toda connotación coercitiva, o moralizante y por ello culpabilizante. Se presentarían más bien como una simple transacción, y no como un "castigo". Tampoco crean rechazos (aunque sean ocultos, o inconscientes), ni crean sentimientos reprimidos. Es así porque el espíritu que reina en la comunidad no es coercitivo, no intenta embutir a nadie en ningún molde. Simplemente se esfuerza en velar por el bienestar de todos y cada uno, aceptando a cada uno como es, con todo el peso de su agresividad, abierta o reprimida. Pero sin embargo la colectividad no acepta todos sus actos y comportamientos, cuando éstos afectan al bienestar de los demás.

Esta aceptación total por el niño de una autoridad colectiva en la que él mismo participa plenamente, está corroborada por la experiencia del educador soviético Anton Semionovitch

[226] Entre estos amigos está Claude Chevalley, del que tuve ocasión de hablar varias veces en Cosechas y Siembras. Seguramente el mismo Kropotkin habría aplaudido muchos aspectos de Summerhill, pero otros aspectos y sobre todo el ambiente despreocupado frente al sexo sin duda le habrían molestado profundamente (por no decir: ¡le habrían horrorizado!).

[227] La escuela de Summerhill era un internado, los alumnos sólo volvían a sus casas en vacaciones. Las cuestiones excluidas de la jurisdicción de la asamblea de la escuela incluían todas las cuestiones financieras (precio de la estancia de los alumnos, salario del personal etc), la contratación y eventual despido del personal, y los menús. No parece que haya habido protesta alguna sobre esto por parte de ningún alumno, en ningún momento (pues presumo que Neill lo habría mencionado).

[228] Supongo que el término inglés usado por Neill es "penalty" y no "punishment", que convendría traducir por "sanción" y no por "castigo" (como hace la mencionada traducción francesa), visto que esta última palabra tiene una connotación moralizadora y culpabilizante, totalmente ajena al espíritu de Summerhill.

Makarenko[229]. Sin embargo ésta se sitúa en unas condiciones materiales y psíquicas los más diferentes que pueda imaginarse. Comenzó durante la revolución rusa, sin duda algunos años antes de la experiencia de Summerhill[230]. A causa de la guerra y de la guerra civil en Rusia, después de la revolución de 1917, muchos niños se encontraron separados de sus familias, cuyos miembros adultos habían sido matados o dispersados. Abandonados por todos, recorrían el
N 336 país en bandas salvajes que vivían de la ◊rapiña, cuando no morían de hambre o de frío. No dudaban en matar o robar por un pedazo de pan o un par de zapatos, cuando se presentaba la ocasión. Unos "asociales" pues, en un grado como ya no se encuentra en los tiempos que corren, en nuestras emperifolladas sociedades. Había decenas de millares vagando por los caminos, y se habían convertido en un verdadero azote público. Las autoridades tenían un problema. Ametrallarlos sin más podía después de todo hacer mal efecto (aún no eran los tiempos de Stalin) Y para meterlos en prisión sin nada que hacer, ni siquiera había con qué darles de comer, ni con qué calentarlos en invierno.

Makarenko se encargó de un grupo de esos chavales desesperados, con la bendición del partido y unos subsidios irrisorios ¡que se las apañe como pueda! Esto no era Summerhill, nada de niños ricos ni de gente acomodada en una sociedad que revienta de abundancia. Nada de sirvientas aquí, pagadas para que hicieran la cama de los señoritos y las señoritas, ni nadie para pagar los cuantiosos recibos que debían cubrir los gastos de personal, la abundante comida (desperdiciada en parte), el alojamiento, el fuel-oil, sin contar los destrozos causados por los muchachos que no se preocupaban mucho del material (visto que los adultos pagaban...) y que, cuando eran recién llegados, no dudaban en desquitarse bien...

No, no era Summerhill. Si querían comer, cuando todo el mundo en el país se moría de hambre (y muchos realmente morían), ¡estaba claro que tendrían que currar y fatigarse! Si querían calentarse cuando hacía veinte o treinta bajo cero, tenían que buscar leña donde hubiera, y si la encontraban, que se dieran el trabajo de cortarla como pudieran. Y lo mismo en cuanto a la cocina y lo demás. Se les habían proporcionado unos locales en ruina, con un par de muebles quizás y algunos utensilios de cocina y unas herramientas. Si querían instalarse con más comodidad, tal vez con una camas, unas mesas y bancos para no comer y dormir por el suelo, tenían que moverse y hacerlos ellos mismos. El mismo Makarenko, no era especialmente carpintero ni albañil ni cocinero ni nada de eso. El pobre no era más que "pedagogo". Pero cuando las circunstancias lo exigen nos volvemos hábiles e imaginativos. El caso es que eso empezó así, "de sopetón", con nada de nada en las manos y una pandilla de chavales de todas las edades (creo recordar), todos un poco criminales, todos con las uñas fuera. Chavales que entre nosotros serían considerados "irrecuperables" sin remedio, y que pasarían sus días entre cárceles y reformatorios.

N 337 ◊Sin embargo Makarenko, tirando por la borda toda su ciencia pedagógica, consiguió hacer de ese amasijo virulento de voluntades exacerbadas, cada uno contra todos en la lucha por la supervivencia, un *grupo* estrechamente unido de seres socialmente responsables, que llegaría todos a ser ¡unos buenos ciudadanos soviéticos! En todo caso, no unos homicidas, unos estafadores o unos asesinos. Gentes con un buen oficio y acostumbrados a portarse como se debe. No está nada mal, visto el punto de partida.

Para lograrlo, Makarenko tuvo que recorrer un duro camino, él también. Todavía me acuerdo un poco del libro en que habla de ello, yo debía ser muy joven cuando lo leí. Sus primeras experiencias, con jóvenes salvajes que se burlaban de él cuando intentaba apelar a su

[229] Por una extraordinaria coincidencia las tres iniciales de Makarenko, A.S.M., son casi idénticas a las de Neill, A.S.N., salvo que la M está reemplazada por la N, que es la siguiente letra. ¿Una pequeña broma del buen Dios?

[230] Hecha la verificación en una enciclopedia, la experiencia de Makarenko arranca con la "colonia" o "cooperativa agrícola" llamada "Máximo Gorki", en 1920, justo un año antes de Summerhill. ¿Sigue la "pequeña broma"? (Véase la anterior nota a pie de página). Apunto las fechas de Makarenko: 1888–1939. Murió a los 51 años de un ataque al corazón (parece ser), después de haber sobrevivido sano y salvo y con viento en popa a las grandes purgas estalinistas.

razón, al buen sentido, al honor y todo eso. ¿Contento de que no se lo cargaran! Un libro apasionante, pero he olvidado el título[231]. Por no se qué vericuetos logra sin embargo encontrar "el pliegue" por donde engancharlos, por donde crear un grupo y un espíritu colectivo. Hay que decir que al igual que Neill debía tener, o adquirió después de sus primeros fracasos humillantes, un "carisma" poco común para sentir lo que se ha de hacer en cada momento, ante un joven o una pandilla de jóvenes, cuando la cosa iba mal. *Eso*, por supuesto, no lo reemplaza ningún "truco", ninguna "idea" por genial que sea. Y sin embargo tuvo una idea directriz, que (creo) cambió todo – que *hizo* al grupo, allí donde sólo había voluntades de vivir desnudas, violentas, ferozmente aisladas. No era, como en el caso de Neill, la idea de "libertad" – los tiempos y lugares, decididamente, no eran propicios. Pero sin embargo una idea cercana: *la autogestión*. La asamblea soberana formada por *todos*, decidiendo sobre *todo* lo que atañe al grupo, y en que cada uno tiene una voz igual a la de cualquier otro ¡incluido el mismo director!

No era un "camelo", igual que en Summerhill, y seguramente por eso funcionó realmente bien. Unos chavales desamparados, fuera de la sociedad, de la noche al día se encuentran miembros plenos de un grupo fuertemente estructurado, con una fuerza y un prestigio potencial por esa misma cohesión, y tienen voz en el capítulo igual que el director, para decidir día
N 338 a día la organización del grupo y las orientaciones[232]. Un cambio de situación ◊prodigioso, ¡increíble cuando se piensa en él! Galvanizar unas energías que hasta entonces se dirigían hacia el único fin, oh cuán ridículo ahora, de una problemática y miserable supervivencia individual; la supervivencia durante un día, una semana, tal vez un mes ¡y después el diluvio! Pero el grupo, al que ahora el niño o el adolescente[233] se identifica en cuerpo y alma, como algo más grande y más importante que él, tiene un peso y una estabilidad como él nunca había conocido, y en los que ahora participa plenamente.

Aquí el espíritu está en las antípodas de Summerhill. Está, ciertamente, como importante punto en común donde los haya, la autoridad colectiva soberana, encarnada por la asamblea plenaria formada por todos, con igualdad de voz para todos. Pero Makarenko se apoya en el *espíritu de cuerpo* entre los miembros del grupo, para unir al grupo y por eso mismo, estructurar a sus miembros a imagen del grupo. Sin duda no podía ser de otro modo, pues se trataba de *reintegrar* a la sociedad humana a unos seres que habían sido violentamente arrancados de ella, y en los que el sentido social se había deshecho de forma más o menos total. Sin contar con la restricción tácita que representaba la ideología y el espíritu burocrático del poder político imperante en la sociedad ambiente. Éste no hubiera tolerado un viento de libertad por poco que se pareciera al que impregnaba Summerhill (totalmente ajeno, además, a todo lo que pretendía Makarenko).

Neill se enfrentó a una tarea en cierto modo inversa de la de Makarenko: unos niños cuya psique era aplastada por los valores de la sociedad ambiente y que él trataba de substraer a esa presión castrante, de "individualizar" en suma, y no (como en el caso de Makarenko)
N 339 de ◊"socializar". Y ese "buen ciudadano" (soviético u otro, da igual) que salía de las manos de Makarenko, y del que él estaba tan orgulloso (y con mucha razón, visto de dónde partía), como de una especie de "producto acabado" e impecable, el ojo lucido y benevolente de Neill lo

[231] Debí leerlo en lengua alemana. Puede que sea el "Poema pedagógico", que en todo caso es el único libro de Makarenko traducido al francés, parece ser, en que relata el nacimiento de la colonia "Máximo Gorki".

[232] Quizás me exceda aquí, al no recordar ya bien cuáles eran exactamente los poderes de la asamblea, en el régimen de "democracia directa" de la colonia "Máximo Gorki". Creo recordar que eran considerables, lo que no dejó de inquietar a la burocracia comunista. En 1927 Makarenko dimitió de la dirección de la "Máximo Gorki" para conseguir la dirección de la colonia "bien vista" F.E. Dzerjinsky – es decir, eligió la vía del conformismo soviético, la vía de los honores. Se convirtió (un poco como el mismo Máximo Gorki) en una de las celebridades consagradas del régimen, y (como Gorki) consiguió con ello no ser inquietado durante las purgas. En 1939 se adhiere al partido, pero eso no le trajo suerte porque muere el mismo año de un desgraciado (¿o providencial?) ataque al corazón.

[233] No sabría decir si en la Máximo Gorki había niños de todas las edades, o sólo adolescentes. (Mi enciclopedia no dice ni una palabra sobre eso, ni sobre muchas otras cosas...

reconocía como un ser enfermo bajo su gallarda apariencia – el ser enfermo del "mal del rebaño". Allí donde el trabajo de Makarenko terminaba, el de Neill comenzaba. En el ciudadano dócil y disciplinado, tragando y regurgitando sin parar (igual que el mismo Makarenko) los lugares comunes oficiales, ahora se trata de despertar al *hombre*.

(92) Neill y el Mensaje – o el milagro de la libertad

(6 y 7 de diciembre)[234] Ayer y antes de ayer en la nota anterior, comencé a hablar de las evidentes afinidades entre la obra educativa de Neill y las ideas "anarquistas" o "libertarias". Después la reflexión se desvió hacia Makarenko, a propósito de la "democracia directa" en las colectividades de niños y adultos, como la cooperativa agrícola "Máximo Gorki" o la escuela de Summerhill.

Claramente Neill no se interesa más en las ideologías políticas que en las doctrinas religiosas. Lo que es seguro es que no se inspiró ni en unas ni en otras, sino que al contrario tuvo buen cuidado en poner distancia. Lo que para él era lo esencial de su trabajo y que él era, creo, el primero en ver con tal agudeza, bien debía saber que no lo encontraría en ninguna doctrina ni ideología, ni en ningún libro. Salvo, todo lo más, algunas indicaciones dispersas en Freud, ese gran pionero del conocimiento de la psique. Pero aparte de Freud[235], es *de sí mismo*, y del
N 340 contacto vivo, cotidiano con los niños, de donde tuvo que sacar lo que buscaba – lo que a ◊través de él se buscaba. Y en él se nota una sana desconfianza de las teorías, e incluso de las ideas, que está dispuesto a tirar en cuanto se ven contradichas por los hechos.

No hablo aquí de algo como "la libertad". Para Neill eso no es simplemente una "idea". Al igual que "el sol", "la tierra", "el agua", "el fuego" no son "ideas" más o menos cerebrales, creaciones del espíritu humano, sino *realidades* primordiales de la vida. Cada ser tiene una experiencia directa de ellas, e incluso un conocimiento profundo que sin duda precede a toda experiencia directa de la psique personal[236]. Para alguien como Neill, "la libertad" también forma parte de esas cosas. Es una realidad, esta vez de naturaleza espiritual, de la que Neill tenía una percepción inmediata, nada intelectual, más clara y más fina probablemente que ningún ser humano la tuvo antes que él. Es por *eso*, sobre todo, por lo que lo veo como uno de los seres en la avanzadilla de nuestra especie; como uno de aquellos en los que el conocimiento espiritual de toda la especie se profundiza, se afina, se renueva, aunque al principio sólo sea en la psique de un puñado de hombres que han sabido mal que bien acoger y hacer suyo su mensaje. O dicho de otro modo: por esa percepción nueva, más profunda y más ágil de "la libertad", es por lo que Neill ha de ser visto como un verdadero "*mutante*" entre nosotros, como un precursor y un heraldo tácito de la nueva especie que a tientas se busca en la vigilia. ¡Es por esa mirada nueva, esa mirada menos obstaculizada que antes por los velos opacos del pasado, por lo que forma parte, a igual título que los "iluminados cósmicos" de R.M. Bucke, de los verdaderos "ancestros del hombre"[237]!

Pero volvamos a "la anarquía", esa proyección de la sed de libertad en el hombre, nacida de vidas apasionadas y entregadas como las de un Kropotkine. En mi segunda lectura de "Los

[234] Continuación de la nota anterior "La democracia directa de Makarenko a Neill – o: despertar al *hombre* en el ciudadano".

[235] En su libro "Los niños libres de Summerhill", Neill evoca varias veces el trabajo del educador británico *Homer Lane*, cuya obra le impresionó profundamente. Seguramente no contribuyó menos a hacer eclosionar su misión, que se encarnó en la experiencia de Summerhill, que la obra fundamentalmente teórica de Freud. Homer Lane dirigió un centro de reeducación para jóvenes delincuentes, The Little Commonwealth, a principios de siglo. Murió en 1925, cuatro años después del comienzo de la escuela de Summerhill. Puede aprenderse más sobre él en la autobiografía de Neill, donde se le consagran dos reveladoras páginas en la sección "La delincuencia" (pp. 356 y siguientes de la citada edición, en Editions de la Découverte).

[236] Puede suponerse, y por mi parte estoy completamente convencido, que los conocimientos innatos (inconscientes, por supuesto) que traemos con nosotros al nacer, provienen de la experiencia acumulada de todas nuestras existencias anteriores. Supongo que en las capas profundas del Inconsciente, esa experiencia está presente en su totalidad. Puede manifestarse principalmente por el sueño, y en los estados hipnóticos.

[237] Véase al respecto la nota "Los ancestros del hombre – o ¡en ruta hacia el Reino!" (n^o 81).

niños libres de Summerhill", estos últimos días, de nuevo me ha chocado la insistencia de Neill en desmarcarse de esa lamentable "anarquía". Él, que se esfuerza en no tener "bestias negras"
N 341 ◊¡he aquí una sin embargo! Por lo menos diez veces a lo largo del libro, si no son veinte o treinta, nos exhorta sobre todo a no confundir "libertad" y "anarquía"[238], que no tienen nada que ver, que la libertad no consiste en absoluto en comportarse como salvajes o como idiotas, a tirar por la borda toda traza de sentido común etc.

Cuando todo eso se toma al pie de la letra, siempre está fuera de duda que Neill usa la palabra "anarquía" en el sentido corriente de "caos", de "pasotismo" etc[239]. Pero tengo la clara impresión de que a la vez hay en él, al igual que en muchos otros, cierta vaguedad alrededor, una vaguedad que incluye *también* (sin jamás decirlo claramente) este sobreentendido: "la anarquía, bueno sí, ¡esa mierda de estado caótico tan pregonado por esos anarquistas excitados!". Está bien claro que Neill, que es un tipo inteligente y honesto, jamás tuvo entre sus manos un libro sobre el anarquismo, escrito por un anarquista serio[240] – seguramente no le faltaban otras ocupaciones que debían parecerle más urgentes. Su relación jamás dilucidada con la nube de sentidos "anarquía" o "anarquismo" parece idéntica a la del primer recién llegado, para el que todo pensamiento y toda aspiración que se aparte un poco de los senderos establecidos (¡y peor aún si parece que pone en duda sus privilegios o su tranquilidad!) no puede ser más que delirio y debilidad.

Si Neill, él, pone además tal insistencia en anatemizar la espantosa palabra "anarquía", es fácil adivinar la razón. Después de todo, al menos desde el comienzo de Summerhill en 1921, él mismo se encontró toda su vida en la muy inconfortable situación de "lobo blanco" en una sociedad de "lobos grises". Pero he aquí que descubre que incluso antes de que él entre en escena, ya había *otro* lobo blanco, por así decir establecido y (como debe ser) universalmente odiado, y que a decir verdad (y ése es un serio aprieto), se le parece a él, a Neill, y no poco. Cómo extrañarse entonces de que a los lobos "buen pelaje" que le miran de reojo, se apresure a decirles a voz en grito: "pero no, veamos, no soy *yo* el lobo blanco, es el *otro* el que es horrible – ¡yo soy casi tan gris como vosotros!".

N 342 ◊Al lado de afinidades evidentes, también hay por otra parte aspectos de Summerhill que parecen de los más contestables en una óptica "anarquista", o simplemente en cualquier óptica algo global de la sociedad, en un espíritu de justicia. Además en Neill no hay ninguna veleidad de escamotear discretamente esas sombras en su relato, sin que no obstante se sienta obligado a insistir mucho. Por momentos deja aflorar cierto malestar, y farfulla de pasada unas vagas excusas, sin detenerse. Por ejemplo, que en su escuela sólo podía admitir hijos de padres ricos o acomodados, dispuestos a pagar un recibo bastante abultado. O también que en la escuela todos los trabajos los hacía personal remunerado (gracias a dichos recibos abultados...). Los muchachos, que a veces permanecían en Summerhill hasta la edad de diecisiete años, ellos no levantaban ni la punta del dedo fuera de sus trabajos escolares (es decir, de los que estaban interesados en hacer), y de sus juegos. En esas condiciones hubiese jurado que iba a hacer unos niños mimados e imposibles, y unos vagos redomados por encima de los usual, ¡pero en absoluto! Asombroso, es verdad. Una razón importante, seguramente entre otras, que hizo que eso no tomara esos derroteros, era que el personal interno en absoluto era tratado como sirvientes, no más que los profesores o que el mismo Neill. Igual que estos últimos, las señoras

[238] Incluso hay un libro de Neill cuyo título francés es "La Liberté, pas l'Anarchie!". En el título inglés "Liberty, not License", no figura la palabra "anarquía". Pero sin embargo me parece que el título francés traduce muy bien las disposiciones de Neill.

[239] Sobre las "nubes de sentido" acerca de la palabra "anarquía", véanse mis comentarios en la nota anterior, página N 333.

[240] Entre esos libros, señalo especialmente los de Kropotkine, como "El Apoyo Mutuo", "Ética", "Palabras de un Rebelde", "La Conquista del Pan". La lectura de alguno de esos libros seguramente habría aclarado las ideas más que vagas de Neill sobre el anarquismo, pero dudo que eso le hubiera aclarado lo más mínimo en su propio trabajo.

de la limpieza formaban parte de la asamblea de la escuela, y tenían toda libertad para poner en su lugar a un recién llegado que hubiese querido desahogarse con ellas. Ésas son cosas, por supuesto, que cambian una situación de cabo a rabo.

Ciertamente nada impedía que un niño que se sintiera motivado para ello, participara en los trabajos de limpieza o en la cocina. Sin embargo, parece que en los cuarenta años de Summerhill, eso nunca ocurrió. Después de todo, había un personal expresamente para eso, y además también, seguramente, en la escuela había un espíritu y una tradición que no incitaban a ello. De esta constatación, Neill cree poder extraer esta conclusión general, que debería formar parte del derecho a la "libertad" de los niños y adolescentes el no hacer ningún trabajo que no tuvieran ganas de hacer, y a partir de ahí (por una deducción tácita y precipitada), también el derecho a ser servidos por adultos de la mañana a la noche, como era el caso en Summerhill, donde todo les era servido bien asado. Visiblemente Neill no tiene muchas ganas de enfrentarse a esta evidencia, que tal vida de Jauja, incluso suponiendo que fuera muy buena y conveniente para el niño, sólo es posible para una pequeña minoría de privilegiados en el seno de una sociedad
N 343 de la abundancia, y que los que de ello se "benefician" ◊lo hacen a expensas de los niños pobres – de aquellos, por ejemplo, cuyos padres se pasan el día haciéndoles la cama y sirviéndoles la mesa a esos señoritos y a esas damiselas.

No dudo de que Neill bien se daba cuenta de todo eso y de que a veces le molestaba. Pero creo que sabía por instinto, igualmente, que respecto a lo que era su misión, a lo que verdaderamente debía aportar, eran cuestiones *secundarias*. Realmente es una cuestión secundaria, en efecto, que la escuela de Summerhill no sea generalizable "*tal cual*", a escala de un pais digamos, e incluso a escala planetaria. La misión de Neill *no es un modelo patentado de "escuela–modelo"*, que propondría a todos para calcar. La misión de Neill, es "*un viento de libertad*". Es cierta comprensión nueva de la libertad, de su naturaleza, de su papel en la psique, de sus trabas, y de ese hecho crucial, que "libertad" y "creatividad" son dos aspectos de una misma cosa. Y que todos los seres humanos, sin ninguna excepción, están hechos para tener parte en esa cosa, y que ante todo es en la infancia y desde el nacimiento cuando es primordial que esa potencialidad del ser pueda desplegarse plenamente, *libremente*. *He ahí* la nueva comprensión que aporta Neill. El que ha hecho suya esa comprensión, ése ya es un 22hombre nuevo". No tiene ninguna necesidad de conocer al detalle cómo funcionaba Summerhill, ni siquiera, en el límite, de haber oído hablar de una escuela con ese nombre. Suponiendo que él mismo se sintiera motivado a hacer una escuela, haría *su* escuela con ese espíritu de libertad. Por eso mismo no sería una copia de esto o aquello, sino que sería una *creación*. Haría fuego con todas las maderas, empuñando a brazo partido las condiciones tal y como se las encontrase, para crear para *ciertos niños* un lugar de libertad, un lugar de crecimiento y de expansión. Y si es fiel a ese espíritu de libertad que ya habita *en él*, lo que haga será beneficioso no sólo para esos pocos niños, sino para todo el mundo. Esos niños, que no se odian a sí mismos, jamás despreciaran o violentarán a nadie. Cuando lleguen a ser adultos, cada uno al nivel y el lugar que sea el suyo, serán una simiente nueva lanzada al mundo, destinada a crecer y multiplicarse.

Así es como hizo el mismo Neill, y así es como hizo Makarenko durante unos benditos años (antes de que virara y se convirtiera en un personaje importante...). Suponiendo que Neill se hubiera confrontado a las circunstancias extremas que Makarenko hubo de enfrentar, no dudo ni un momento que no lo hubiera hecho mucho peor que Makarenko con esos "colonos"
N 344 de la ◊Máximo Gorki. Vista la sociedad ambiente incomparablemente más represiva, es muy probable que no hubiera podido ir tan lejos como hizo en Summerhill en el camino de la libertad, y además no hubiera tardado en terminar sus días en un campo estalinista. Pero seguramente no son las dificultades *materiales* las que hubieran impedido crear una colectividad de niños, de adolescentes y de algunos adultos (aunque él fuera el único "personal"), para realizar el aprendizaje de la libertad creando entre ellos una atmósfera de amor y de respeto mutuo.

Seguramente las ideas de Neill sobre la psique infantil hubieran sido muy diferentes, al

menos sobre ciertos puntos que no son los aspectos esenciales. Por ejemplo, no hubiera creído poder constatar una aversión incoercible del niño o del adolescente frente a todo trabajo necesario (o simplemente útil) para su existencia y la de la colectividad. No más, digamos (por no ir a buscar tiempos excepcionales), que las pequeñas niñas africanas se sienten desgraciadas por tener, ya a la edad de cinco o seis años, que ocuparse de sus hermanitos más pequeños que tienen dos o tres, o que ayudar a mamá a recoger leña o a hacer la comida, y al hacerlo ir aprendiendo día a día su futuro papel de madre de familia. ¡*Muy al contrario*! En tanto permanecen proporcionadas a las fuerzas y los medios de cada uno, no son las obligaciones impuestas por las necesidades materiales las que son una traba a la libertad humana. Po sí mismas, serían más bien un estímulo a la creatividad que hay en ada uno, tanto en el niño como en el adulto. Las únicas obligaciones asfixiantes y esterilizantes son las que provienen del arbitrio de los hombres, imponiendo a otros hombres, especialmente a los niños, formas de ver, de hacer, de sentir, de comportarse, bajo pena de ser rechazados. *La represión jamás viene de las cosas, sino siempre de los hombres*; de aquellos que han sido ellos mismos reprimidos, y que no han sabido liberarse de las represiones sufridas en su infancia.

Incluso estoy convencido que en condiciones materiales más difíciles, e incluso muy difíciles como las que tuvieron que afrontar Makarenko y sus jóvenes "colonos", condiciones (digamos) en que la colectividad debe asumir más o menos todas sus necesidades materiales sin subsidio exterior, los niños serán más "felices", que su vida adquirirá una dimensión que faltaba en el vaso cerrado y mullido de Summerhill. Incluso tengo la impresión de que cuando yo era un chiquillo, y al menos desde la edad de once años, una vida de muchos años en que las únicas ocupaciones
N 345 extraescolares que mi medio me hubiera propuesto fueran todas ♢del tipo "ocio": leer, jugar, hacer modelos reducidos de aviones y barcos etc. ¡tal vida me hubiera parecido más bien sosa! Hacer modelos a escala y sobre todo a la larga, es un acto–ersatz[241] en lugar de hacer las *cosas de verdad*. Pero hacer las cosas de verdad eso es un *trabajo* (incluso si ese trabajo puede ser, a la vez, un juego apasionante...). Construir casas que habitaremos, o muebles que utilizaremos todos los días, cultivar legumbres o criar animales que comeremos, cocinar para uno mismo o para un grupo de personas que amamos, todo eso sólo es fastidioso si alguien nos lo convierte en deber (aunque sea jovialmente y en nombre de hermosos principios pedagógicos). Y el respeto por los alimentos y por el material común o personal, respeto que faltaba en Summerhill[242] donde todo era pagado por los padres que estaban ahí para eso y tenían crédito, caerían de su peso allí donde la comida es limitada y donde cada uno ha puesto más o menos de lo suyo para llevarla o ganarla, o para prepararla y servirla; allí donde el material es reconocido como necesario para la vida de todos y no puede ser reemplazado a gogó; donde los muebles han sido hechos con sus manos según sus propias ideas y gustos; donde los cristales rotos han de ser reemplazados sacando de un modesto peculio que les ha costado ahorrar, etc. Como muy justamente dice Makarenko, las mismas circunstancias exteriores son el mejor de los "pedagogos". (¡Y no sólo para los niños!) Dicho esto, todo depende de *con qué espíritu* los hombres, y en este caso tales hombres encargados de una colectividad de niños, se enfrentan a esas "circinstancias exteriores".

[241] N. del T.: substitución. (En alemán en el original francés).

[242] Aquí hay que dejar aparte el caso de los niños profundamente perturbados afectivamente por falta de verdadero amor, cuando en el pasado todos los adultos que los rodeaban daban mucha más importancia a los objetos y a su valor económico que a ellos. Para uno de tales niños trasplantado a un medio amoroso como el de Summerhill, una "liberación costosa" puede ser una necesidad vital para retomar la confianza. Esas son situaciones que un educador como Neill, o como Homer Lane en el que se inspiró, sabe sentir. Neill relata el caso de un joven delincuente que expresaba ante Homer Lane (tal vez como desafío) su deseo de romper unas tazas y platos de una mesa que había ante él. Homer le tendió un atizador, animándolo a ir directo – lo que hizo. Era la primera vez en su vida en que pudo ver que se le daba más importancia a *él* que a los objetos. Fue un shock que le curó de su odio. Al día siguiente fue a ver a Homer para acordar con él (que no le pedía nada) cómo reembolsar los destrozos. Debieron ser unos 500 ó 1000 francos de "daños", y con eso un muchacho realmente transformado, curado. Qué padres ricos no hubieran lamentado esos mil francos, mientras no dudarían en gastar millones obligando a su muchacho durante años a seguir un psicoanálisis, ¡sin ni siquiera creer en su eficacia!

N 346 Con ◊frecuencia, éstas son simplemente sufridas, y tomadas como marco y si hace falta, como justificación, de las actitudes represivas corrientes. Pero esas mismas circunstancias, tomadas con disposiciones de libertad, son otras tantas provocaciones para suscitar respuestas creativas. Ellas nos empujan, casi a nuestro pesar, a ensanchar o profundizar de modo insospechado nuestra experiencia de las cosas, a enriquecernos con un conocimiento, con un saber o un saber hacer que serán más auténticamente "nuestros", más íntimamente una parte de nosotros mismos, que todo conocimiento aprendido en los libros o en los pupitres de una escuela.

Neill insiste mucho sobre ka diferencia entre la mentalidad del niño y la del adulto. Seguramente tiene razón, especialmente, en insistir sobre el papel necesario e irreemplazable del *juego* en la vida del niño. En nuestras sociedades ferozmente estudiosas, a menudo el juego es eliminado desde que el niño tiene edad escolar. Ése es un corte brutal, una mutilación, por la que el niño se ve arrancado de una actividad vital para la psique, para ser sumergido en un ambiente irreductiblemente antijuego[243]. Ese corte, y la oposición entre "juego" y "trabajo" que testimonia, están entre las grandes calamidades de nuestra civilización[244]. Es uno de los signos elocuentes de la impotencia que ésta cultiva en cada uno. En una existencia verdaderamente desplegada, no hay tal corte. Igual que un niño juega con todo lo serio es la intensidad que un adulto pone en el trabajo que ama, así ese adulto se sumerge en ese trabajo amado con la disponibilidad de todo su ser y con todo el frescor del niño absorto en su juego[245]. En el niño
N 347 ◊está el adulto, y en el adulto está el niño. Instituir un corte entre "juego" y "trabajo", eso es cortar al niño del mundo adulto, y es cortar al adulto del niño que hay en él. Es encerrar al niño en un gueto infantil, es cortar al adulto de sus fuentes creativas. Es privar al trabajo de lo que constituye su alma, reducirlo a una "inversión" puramente utilitaria en vista de una "producción", a un campo de batalla en una competición donde se supone que gana "el mejor".

En nuestra sociedad de consumo, el juego es arrancado del trabajo humano y es estrangulado. Lo que queda, cadáver exangüe, es recuperado, disecado, repintado y presentado como regalo a los meritorios, bajo el atractivo nombre "ocio". Para el hombre impotente, castrado de su poder de jugar, el "ocio" será en adelante el Ersatz patentado, lujoso, organizado, oropel de lo que antaño fue un juego infantil...

A veces tengo la impresión de que en su afán de defender el "derecho a jugar" del niño, Neill también permanecía un poco prisionero de esa idea tácita de *corte* entre el juego y el trabajo. Queriendo salvaguardar el juego del niño, ¡se diría que por lo mismo se siente obligado a preservar cueste lo que cueste al niño del trabajo! Se le nota una desconfianza irreductible, por no decir una aversión visceral, contra la mera idea de que un inocente niño o adolescente pudiera ser expuesto a un verdadero "trabajo" (salvo a lo más un trabajo escolar), es decir, a una actividad que pueda tener para él mismo o para la colectividad o para uno de sus miembros una utilidad práctica cualquiera, sea inmediata o lejana[246]. Quizás su experiencia personal del

[243] En ese ambiente "antijuego", bien puede haber "juegos" organizados por los adultos para los niños. ¡Eso no cambia nada!

[244] Hay que reconocer que esa calamidad no es nada especial de "*nuestra*" civilización. Parece haber acompañado hasta hoy en día a todas las civilizaciones llamadas "avanzadas". Esto no dejará de ser considerado como una prueba por todos los que se sienten parte de la nuestra, según el argumento bien conocido: "Caballero, siempre ha sido así, ¡luego siempre será así!". Sin embargo digo, yo, que eso cambiará mucho más rápidamente de lo que nadie jamás se hubiera atrevido a soñar...

[245] La diferencia entre el niño y el adulto no es esencial, sino de "dosis", una diferencia cuantitativa. En relación a nuestras actividades, la diferencia principal está en una mayor continuidad en el adulto, capaz de dedicarse a una misma actividad un tiempo indeterminado. Esto está ligado al hecho de que la mentalidad del adulto tiene en cuenta el porvenir, lo que la mentalidad infantil ignora. Normalmente, el paso del niño al adulto debería hacerse progresivamente, al ritmo de cada uno. La manera misma en que se concibe a la escuela en nuestra sociedad "estudiosa" rompe esta necesaria continuidad. A este respecto, incluso una escuela como Summerhill me parece una especie de mal menor.

[246] Pienso por ejemplo en el siguiente pasaje del libro de Neill, que da qué pensar (¡como todo su libro, por otra parte!):

trabajo como niño y como adolescente haya sido vivida como una pura obligación, impuesta por adultos sin ningún cuidado ni comprensión de sus verdaderas necesidades y de sus propios deseos. Y sospecho que la atmósfera antitrabajo que ha reinado en Summerhill de principio a fin refleja sobre todo ese partido que él personalmente tomó, probablemente reforzado por disposiciones muy similares en la mayoría si no en todos los niños que desembarcaron en Summerhill. En
N 348 efecto, ◊todos venían de medios acomodados, en que es usual considerar toda clase de trabajo manual (¡salvo los violines de Ingres[247] etiquetados como "ocio"!) como una carga, que los adultos descargan de buena gana sobre las espaldas de los niños o los sirvientes.

Lo más notable aquí, es que no parece que ese ambiente antitrabajo, copia "en negativo" de la mentalidad corriente en el medio ambiente, haya tenido sobre los antiguos alumnos de Summerhill consecuencias lamentables. La transición del país–de–Jauja Summerhill, hacia un trabajo profesional regular conforme a sus gustos y a sus aptitudes que les permita asumir sus cargas materiales, se hizo (parece ser) sin ningún problema en todos los casos.

Sí, ¡es verdaderamente asombroso! Creo ver ahí lo que bien pudiera llamarse el "*milagro de la libertad*". En claro: como me acabo de dar cuenta "en los documentos" hace un momento, no se trata, incluso en una escuela "libre" como Summerhill, de que todos los condicionamientos más o menos inhibidores provenientes de la sociedad ambiente, actúen "en positivo" o "en negativo" (yendo a contrapié de las actitudes corrientes), sean eliminados aunque sólo sea en la psique del director–fundador. Y sin embargo (¡he ahí el "milagro"!), parece ser que en un verdadero ambiente de libertad como el que reinaba en Summerhill (y sin duda era la primera escuela de ese tipo que jamás haya existido...), se producen en la psique del niño unos ajustes inconscientes, que a pesar de todo le permiten desarrollarse "normalmente", sin que esas orejeras en suma muy secundarias le causen daño ni bloqueos duraderos.

Hay una cosa que ahora me choca en esta reflexión. Me disponía a formular contra Summerhill ciertas críticas que me parecían de peso, y he aquí que por un giro imprevisible, ¡*lo que es esencial* en la obra de Neill sale reforzado! Todas las críticas que tengo que formular pueden resumirse diciendo que esa obra lleva, al igual que su creador, la impronta de un tiempo, de un lugar, de un medio – el hombre y la obra están, indudablemente, "condicionados" de unas formas u otras. Hará buena falta que me acostumbre a la evidencia de que en modo alguno eso es un lamentable "borrón" especial de Neill o de no importa quién, sino que tales limitaciones son inherentes a todo hombre y a toda obra humana. El "milagro" aquí, es que todo llevaría a creer, en el contexto delicado donde los haya de la educación, que tales o cuales actitudes (¡que
N 349 estaría tentado de calificar como "errores" groseros!) deberían tener un efecto deplorable ◊sobre los resultados de la obra educativa, y que sin embargo ¡*no hay nada de eso! Lo esencial*, lo que pretendía Neill, en modo alguno es afectado.

La lección que podemos sacar, y que sin duda es el alma del mensaje de Neill, es que en la educación del niño, y para el florecimiento de las facultades creativas en el niño igual que en el adulto, *la libertad es lo primero*. A la vista de esta exigencia, el resto es accesorio. Una vez que se satisface, todos los nudos heredados del pasado dejan de extrangular, y terminan por desatarse cada uno a su hora; en un año o en cien o en mil, en el fondo poco importa, *una vez que lo esencial es respetado*.

Este mensaje no adquiere todo su sentido más que por una comprensión nueva y profunda de lo que es, realmente, "*la libertad*". Una comprensión que Neill fue el primero, quizás, en tener

---

"Un día leí que en América una escuela había sido construida por los mismos alumnos. Antes yo creía que eso era lo ideal. Pero no es así. Si unos niños construyen su escuela, podemos estar seguros de que detrás de ellos hay algún señor lleno de autoridad benevolente y jovial que les prodiga vigorosos estímulos. A menos que exista tal autoridad, *los niños nunca construirán escuelas*."

(Cita de la sección "El trabajo", página 91 en la citada edición francesa.)

[247] N. del T.: La lengua francesa ha hecho de la pasión que el afamado retratista Jean–Auguste Dominique Ingres (1780-1867) tenía por el violín, cuando dejaba los pinceles, el arquetipo del hobby.

con tal agudeza, y en presentarnos en términos tan concretos, tan simples, y con tal fuerza en su sencillez sin pretensión. Las *formas* que tomará el respeto total, primordial a esa libertad, variará hasta el infinito según las circunstancias, de un lugar a otro, de una época a otra, de una persona a otra. Pero la libertad siempre es *"la misma" libertad*. Y el mensaje de Neill, y el de un Walt Whitman o de un Edward Carpenter, diferentes por su lenguaje, por el acento, por la luz, son en el fondo un único y mismo mensaje.

Es el mensaje también de otro innovador, de otro "revolucionario", del hombre de mirada profunda, solitario y sin miedo de nombre Jesús. (Antes de que se le llamara "el Cristo" y se le hiciera un dios, para evacuar mejor su mensaje...) Es un mensaje madurado después de un sueño de casi dos milenios, y que ahora reencontramos bajo una forma que responde a las necesidades de nuestro tiempo: sin parábolas esta vez, ¡en palabras claras! También es el retomado desde su fuente, llevado y profundizado durante toda una vida, por un Marcel Légaut aún con otra luz. *Es un mismo mensaje de libertad.*

Ese mensaje es para todos los lugares y todos los tiempos. Actúa por todas partes donde es profundamente acogido, cualquiera que sea el medio, cualquiera que sea la persona. El conocimiento que aporta, ¿no es ese "agua que apaga la sed para siempre"? En verdad, el que ha bebido del agua de la libertad, ése ha bebido de un conocimiento que no pasa, aunque su cuerpo sea mortal. Y el mensaje que nos trae ese agua es imperecedero.

N 350 ◊(93) ¿Educación sin sugerencia? – o educación y conocimiento de uno mismo

(8 – 10 de diciembre)[248] Son ya cinco notas, y doce días seguidos, las que consagro casi totalmente a la obra de Neill, tal y como la conozco a través de su libro "Niños libres de Summerhill". Sólo a lo largo de este trabajo el alcance excepcional de esa obra comienza a presentarseme a plena luz, y su papel de fermento para preparar la mutación de los espíritus que él mismo reivindicaba, y cuya urgencia sentía mejor que nadie, discernía su esencia y medía toda su profundidad. Su mensaje, directo a la raíz misma del mal que sufre el hombre, además está servido por un lenguaje siempre "cotidiano", de una simplicidad extrema, pegado a lo concreto en cada línea. Aún más que los amplios movimientos de un lenguaje poético de un Walt Whitman, más que el lenguaje naturalmente abstracto, incluso erudito o técnico, de Sigmund Freud, el de Neill está hecho para ser entendido por todos, tal cual. Basta acoger con un espíritu y un corazón abierto la riquísima experiencia presentada en esas páginas al natural, y dejar que resuene la propia experiencia como niño, como adolescente o como padre.

He vuelto a pensar en mi primera lectura de ese libro, a principios de los años sesenta. Ya habían nacido tres niños[249] de los cinco de los que iba a ser padre. La lectura, he dicho, me había "impresionado". Pero a decir verdad sus efectos sobre mis comportamientos y actitudes como padre de familia me parece que fueron nulos. La mayoría de los errores contra los que Neill pone en guardia a los padres (y seguramente al leerlo yo estaba totalmente de acuerdo con él), los he hecho, y todavía no he terminado de recoger sus frutos – y también mis hijos. Leí ese libro con la cabeza más que con el corazón, de corrido, como un libro del que "se habla", mientras que mi dedicación principal estaba en otra parte, en la matemática. Ni se me hubiera ocurrido que día tras día repetía los mismos errores de graves consecuencias, convencido de mis buenas disposiciones hacia mis hijos, y de mi inquebrantable seguridad en la convicción de ser una persona progresista. Sólo cuando la meditación entró en mi vida, en octubre de 1976, comencé a darme cuenta de la situación. En ese momento hacía años que ya no vivía con mis
N 351 hijos. Pero para las cosas que están en el corazón de nuestro aprendizaje de la vida, ◊nunca es demasiado tarde para verlas claro. Cualquiera que sea el momento (y, estoy convencido, incluso

[248] Continuación de la nota anterior "Neill y el Mensaje – o el milagro de la libertad".

[249] Mi primogénito tenía entonces una decena de años, los otros dos (una hija y un hijo) aún no debían ir a la escuela.

en el momento de morir), es una inmensa bendición descubrir en una repentina luz los errores con que hemos cargado durante nuestra vida...

¿Quizás algo hubiera hecho tilín, en esa primera lectura, si Neill hubiera hablado de forma más detallada sobre la psicología de la pareja? Se limita a hacer aquí y allá algunos comentarios de pasada, sobre la relación entre los padres y sobre sus repercusiones sobre el niño. Unos comentarios pertinentes,pero que permanecen al nivel de las generalidades y que, salvo quizás una o dos veces, no se me aplicaban a mí[250]. Es probable que no pudiera decir más, pues por lo que se transparenta en su libro, me ha parecido entender que su matrimonio es de los pocos que no tienen grandes problemas.

Además en estas notas no tengo ninguna intención de "dar una vuelta" por el libro capital de Neill – ¡haría falta un libro como el suyo, si no varios! Simplemente quisiera poner en claro, en primer lugar para mi propio provecho, lo que en mi lectura de estos últimos días "chirriaba" un poco de pasada, o que permanecía algo confuso en mi espíritu. Aún resta un punto que quisiera examinar.

He aquí lo que escribe Neill en las primeras páginas de su libro, sobre el espíritu con que él y su mujer crearon Summerhill:

> "Decidimos pues, mi mujer y yo, tener una escuela en que daríamos a los alumnos libertad de expresión. Para eso tendríamos que renunciar a toda disciplina, toda dirección, *toda sugerencia, toda moral preconcebida*, toda instrucción religiosa cualquiera que fuera. Algunos dirán que fuimos muy valientes, pero en verdad no necesitábamos coraje. Lo que necesitábamos, lo teníamos: una creencia absoluta en que el niño no es malo, sino bueno. Después de casi cuarenta años esa creencia no ha cambiado, se ha convertido en profesión de fe.
>
> Creo que el niño es sagaz y realista de modo natural y que, dejado en libertad *lejos de toda sugerencia adulta*, ◊ "puede desarrollarse tanto como le permitan sus capacidades naturales..." (Soy yo el que subrayo.)

N 352

Es justo decir que lo que comenzó como una "experiencia" llegó a ser una *demostración*, de una asombrosa fuerza probatoria, de la validez de las intuiciones iniciales de Neill y de su mujer. Sin embargo el punto que me plantea problema, es cuando Neill vuelve con tal insistencia sobre la importancia, para que el niño se desarrolle libremente, de que los adultos que lo rodean y en primer lugar (se supone) los que se encargan de su educación (por tanto los padres y los eventuales "educadores" profesionales, profesores, director de la escuela etc.), se abstengan de "influenciar" al niño de cualquier manera, en materia (digamos) de ideas morales, religiosas, políticas etc. Además el libro se abre con la cita del hermoso texto de Khalil Gibran sobre los niños, que comienza con "Vuestros hijos no son vuestros hijos", y donde más adelante se lee:

> "Podéis darles vuestro amor pero no vuestros pensamientos,
> Pues tienen sus propios pensamientos...
> Podéis esforzaros en ser como ellos, pero no intentéis en hacerlos como vosotros.
> Pues la vida no da marcha atrás, ni se entretiene con el ayer..."

Sin embargo podemos preguntarnos en qué medida es realista proponer a los padres abstenerse de toda "sugerencia" a sus hijos, de toda especie de influencia consciente sobre las maneras de ver, de sentir, de comportarse etc. Después de todo (¡y Neill lo sabe mejor que nadie!), los niños se impregnan de la atmósfera que les rodea igual que de la leche materna. Se quiera o no, las ideas que forman parte de esa atmósfera serán absorbidas por el niño, para lo mejor y para lo peor.

[250] Neill habla sobre todo de padres cuya sexualidad está atascada y en que la frustración a ese nivel engendra un odio larvado entre los esposos, incluso de los padres hacia los hijos. Ésa no era en absoluto la situación en mi matrimonio.

Quizás Neill quiera simplemente recomendar una actitud de extremo respeto hacia la libertad del niño y sus propios medios; de abstenerse de todo discurso para convencerle de esto o aquello, o de someterle a obligaciones convencionales (como decir buenos días o gracias, ir a la iglesia o a la escuela etc., sin que esté dispuesto a ello), aunque sólo fueran "sugerencias" conscientemente formuladas, que pudieran interferir con su propia naturaleza y con un trabajo personal que esté realizando. Pero el niño, y tanto más si su relación con el entorno es distendida y confiada, no dejará de adelantarse planteando mil preguntas sobre la existencia, incluyendo (¡y sin preocuparse de la exclusiva de Neill!) preguntas que han de llamarse "morales", "religiosas", "políticas". Y tiene la legítima expectativa de obtener respuestas, que sería manifiestamente absurdo negarle. ◊Mitigar sistemáticamente esas respuestas con unos "en mi opinión..." prudentes no cambia gran cosa[251], y además no sería natural cuando se le dicen cosas de las que estamos íntimamente persuadidos, a veces hasta el punto de que ponerlas en duda sería como renegar de uno mismo, y pretender dudar de ellas parecería una comedia idiota. Tarde o temprano el niño terminará por aprender que las formas de ver de las personas varían de unos a otros, y que las de sus padres, y más tarde las de sus profesores, no son necesariamente las mejores (¡no más por otra parte que las suyas!). La actitud de los padres puede acelerar y facilitar ese importante descubrimiento en la vida de un niño, y darle con eso un nuevo fundamento a la confianza que el niño les da.

N 353

La actitud que Neill pretende, supongo, es una actitud de flexibilidad y modestia, al revés de una autoridad perentoria; una actitud que constantemente sobreentiende que no nos creemos poseedores de un conocimiento absoluto y definitivo, y que por eso estimula al niño a formarse *sus propias ideas* sobre las cosas. Y además y sobre todo, importa respetar esas ideas como *sus* ideas, en igualdad con las nuestras, y esto incluso en los casa en que en términos de nuestras ideas y hábitos mentales, parezcan aberrantes[252]. Seguramente con tal actitud es como podemos favorecer el proceso creador de la formación progresiva, siempre en movimiento, de una visión de las cosas en el niño que sea verdaderamente *suya*, que sea su propia creación. Entonces poco importa que nos parezca "justa " o no. De todas formas, en la medida en que el niño viva en tal clima de libertad, su visión del mundo ◊estará en continua evolución, sin fijarse jamás por efecto de una obediencia, o por el de un rechazo, hacia una autoridad (aunque sea benevolente) que se le impusiera.

N 354

Tal actitud de flexibilidad frente a otro, y sobre todo frente a los propios hijos, es más que rara. En todos los hombres sin excepción hay, creo, el deseo de ver sus propias formas de ver y de sentir compartidas por otros, y esto tanto más si se trata de personas cercanas, y especialmente cuando son nuestros propios hijos. En este último caso, ese deseo se adorna gustosamente con los favorecidos colores del "deber" paternal, de "educar", de "formar" a su hijo etc. Pero hijo o no, generalmente se está convencido de que ese deseo de compartir las opiniones, sentimientos, convicciones etc. con otro es de naturaleza altamente altruista, que es por su bien y por amor desinteresado a la "verdad" por lo que se quieren quitarle sus desoladores errores. La realidad,

[251] No hay que decir que cuando se ignora la respuesta a una pregunta, no hay que dudar en decirlo. Muy a menudo los padres dicen "aún es muy difícil para que te lo explique", cuando se trata de cosas que ellos mismos aún no han comprendido. Por mi parte, no recuerdo haber tenido jamás reticencia en reconocer alguna ignorancia. Tal reticencia siempre es, creo, señal de una falta de confianza en sí mismo, de una subestima de uno mismo, que se intenta compensar con un "saber" ficticio.

[252] Esto es algo que comprendí muy tarde, después de 1976, cuando ya no vivía con mis hijos. Ni hubiera soñado en querer imponer conscientemente mis formas de ver y mis gustos, y con ese sentimiento estaba convencido que les daba total libertad. Sin embargo, mi íntima convicción de que *mis* formas de ver y *mis* gustos (al menos allí donde los tenía bien arraigados) eran *los* buenos, tenía el mismo efecto que el deseo de imponerlos, y se correspondía, ciertamente, con un deseo egótico realmente presente de verlos compartidos. Sin contar las prohibiciones (por ejemplo nada de comics ni de juguetes militares en la casa), que después he comprendido que eran no sólo inútiles, sino perjudiciales, que han inhibido el desarrollo de los niños hacia una autonomía interior, y han contribuido a pesar en su relación conmigo. Eso me habría quedado claro si hubiera leído el libro de Neill con disposiciones abiertas, con el corazón y no sólo con la cabeza.

es que ese deseo es casi siempre de naturaleza exclusivamente egoísta. Bien sea el deseo de engrandecer el ego (pues quien convence, "vence" y anexiona...), o una expresión de la necesidad de aprobación, de confirmación de uno mismo. Casi siempre, es simplemente el deseo de "*tener razón*", sea para dominar, o para sentirse aceptado y apreciado, o ambas cosas a la vez.

Leyendo a Neill, se tiene la clara impresión de que al menos en su relación con los niños, está totalmente libre de ese deseo egótico, que es perfectamente *libre* en esa relación. No hay duda de que es sobre todo esa rara madurez, esa fineza espiritual, la que hace de él un educador y un terapeuta tan excepcional. Por mi parte, reconozco humildemente no haber alcanzado aún ese estado envidiable, Aunque en estos últimos años haya hecho algún progreso al respecto. Y dudo que haya muchos padre y educadores que enseñen mejor. Sin embargo eso no significa que necesariamente sean malos padres y malos educadores. Pero lo serán, incluso animados por las "mejores intenciones del mundo", si no se dan cuenta de ese deseo que tienen y de su verdadera naturaleza, y si no están atentos a lo que pasa dentro de ellos en su relación con el niño[253]. Sólo
N 355 cuando no se lo reconoce como lo que ◊es, ese deseo se extiende y se vuelve invasivo hasta el punto de llegar a esterilizar la relación con el niño[254].

La educación que no va acompañada de una actitud de conocimiento propio, y que por eso mismo no es una educación y un aprendizaje *de uno mismo*, sólo puede perpetuar los viejos errores y las viejas represiones. Ése fue mi caso, antes de que mi vida se transformara al fin por la acción de una tal atención a mí mismo[255].

(94) Neill y el bombardero – o la-felicidad-a-gogó y la *otra* dimensión

(8–10 de diciembre)[256] Pero sobre todo quisiera volver al "chirrido" que ya se manifestó en mi primera lectura del libro sobre Summerhill. Ante todo señalo que cuando Neill evoca aquí y allá las principales aberraciones de la sociedad humana (que él reconoce como consecuencias de las represiones sufridas por todos nosotros durante la infancia)[257], nunca deja de incluir en buen lugar las *guerras*. Claramente ha superado las inmemoriales actitudes patrióticas bien-pensantes, sancionadas por las costumbres y abundantes leyes perentorias, como que es deber de todo ciudadano partir a ciegas hacia los rompe-huesos colectivos organizados materialmente por
N 356 sus respectivos gobiernos, al son de tambores y con la bendición de sus ◊santas Iglesias para ir a "morir piadosamente por la patria" (e ir a arreglar cuentas con los de la patria de enfrente...)[258]. Por otra parte, en dos sitios (loc. cit. páginas 121 y 437) se menciona que alumnos de Summerhill

[253] En general, se trate de relaciones con el hijo o con otro, es mucho más importante estar atento a lo que pasa en uno mismo, que a lo que pasa en el otro. Además muy a menudo (y casi siempre cuando se trata de una relación algo conflictiva), somos incapaces de apreciar lo que pasa en el otro, por falta de atención a nosotros mismos, y especialmente a la acción de fuerzas egóticas que nos empujan a escamotear o a deformar ciertas percepciones, para acomodar nuestras impresiones a unas ideas preconcebidas sobre el otro, unas expectativas etc.

[254] Neill forma parte, claramente, de los pocos hombres que han comprendido plenamente la importancia del propio conocimiento en la vida de cada uno y en sus relaciones con otros, y por tanto en la educación. Y sin duda sabe hasta qué punto una actitud de conocimiento de sí mismo es rara, incluyendo ciertamente a padres y educadores. A falta de tal actitud, en mi primera lectura de su libro las pertinentes recomendaciones de Neill me pasaron completamente por encima. Al respecto, es chocante que Neill no haya hecho comentarios detallados, llamando la atención de los padres (digamos) sobre las poderosas fuerzas egóticas que tienden en ellos a impedir que sigan sus recomendaciones, incluso en el caso de que crean estar "totalmente de acuerdo" con él. Probablemente se deba al hecho de que tuvo más trato con niños que con padres, y que conocía mejor a los niños que a los adultos.

[255] Véase la siguiente nota (iniciada y terminada el mismo día) para una continuación inmediata de esta reflexión.

[256] Continuación de la nota anterior "¿Educación sin sugestión? – o educación y conocimiento de sí mismo", de los mismos días.

[257] El primer ejemplo se encuentra ya en la página 2 del prefacio de Neill.

[258] Sobre este tema, que es tan actual hoy como hace tres mil años, e incluso más agudo ahora que nunca en términos de mera supervivencia física de la especie, me he expresado ya muchas veces y de manera más detallada en la notas "Fujii Guruji – o el sentido de lo esencial", "El Mahatma de uniforme – u homenaje al no-soldado desconocido" y en las notas que la siguen, "La ejecución del soldado Solvic – o el crimen de los justos", "El santo y sus flaquezas – o la paradoja del mutante", "Formación humana" – ¡y "Solución final"! (notas n^o 60, 67–72).

han llegado a ser militares de carrera. Uno llegó a ser piloto de bombardero en la Royal Air Force. El primero de los dos pasajes citados forma parte de un "Informe de investigación de los inspectores de Su Majestad" (es decir un informe de investigación oficial del gobierno británico) sobre la escuela de Summerhill, informe fechado en junio de 1949 e incluido en el libro de Neill. En ese informe, los alumnos que llegaron a ser militares de carrera eran mencionados como uno de los puntos fuertes de la escuela, señal de su seriedad en lo referente al éxito social de los exalumnos. En las cuatro páginas de sucintos comentarios sobre el informe, Neill no dice ni mu sobre ese punto. El segundo pasaje citado es una respuesta de Neill a la pregunta: "¿Algunos alumnos de Summerhill entran en el ejército cuando son mayores?". Respuesta:

> "hasta el presente sólo uno lo ha hecho – se enroló en la RAF. Quizás el ejército sea algo demasiado prosaico [?] como para interesar a niños libres. El combate, después de todo, es destrucción. Los niños de Summerhill se batirían por su país igual que los demás, pero probablemente quisieran saber por qué se baten.
>
> Nuestros antiguos alumnos han combatido durante la Segunda Guerra mundial y varios han muerto en ella."

En esta respuesta se nota en Neill una reserva bastante clara frente al ejército y la guerra en general; pero a la vez el cuidado de no chocar, de no proporcionar a sus eventuales detractores una verga para golpearle, esta vez por un trabajo de zapa de la moral patriótica (trabajo del que, creo, siempre se ha abstenido prudentemente). De ahí una respuesta visiblemente embarazada, "ni carne ni pescado"[259]. Con razón o sin ella, y dado que ◊Neill sólo aborda esta cuestión en este único pasaje, tengo la impresión de que verdaderamente no le planteaba problema. Que consideraba que su papel como educador era crear para los niños confiados a su cuidado un ambiente y un clima donde pudieran desarrollarse libremente, de forma que llegaran a ser adultos con autoestima capaces de elegir un trabajo conforme a sus inclinaciones y aptitudes y en el que se sentirían felices. Que eligieran trabajos socialmente nefastos, que (digamos, y en este caso particular) pudiera llevar a uno de ellos a tirar una bomba atómica aniquilando una ciudad de cien mil habitantes (o aunque sólo sea una bomba convencional que no matase "más que" diez o cien), no parece que verdaderamente le atañe ni le plantee problema[260].

N 357

[259] También aquí (como ya he señalado en otros textos de Ghandi y de Légaut sobre lo mismo), me parece que la torpeza en la forma traduce el apuro (esta vez probablemente consciente o semiconsciente) del que se expresa. El deseo de dar largas al asunto se ve sobre todo en la frase "Los niños de Summerhill se batirían por su país igual que los demás" (¡sobre todo no vayan a creer que Summerhill es antipatriótico!), "pero probablemente quisieran saber por qué se baten" (pequeña concesión al ego: si se baten, ¡al menos es *libremente*!). Esa frase es una bonita broma, Neill sabe como todo el mundo que cuando se da la orden de movilización no es el momento ni de un lado ni del otro de preguntarse "por qué nos batimos" (con delegaciones de antiguos alumnos de Summerhill para pedirles explicaciones detalladas a los respectivos gobiernos...) – sino de obtemperar sin rechistar y de obedecer a pies juntillas las órdenes, y *sean cuales sean*, so pena de... (Y Solvic podría, por más muerto que esté, refrescarnos la memoria...)

[260] Por supuesto es posible que me equivoque, y que Neill, por prudencia, no haya querido dejar entrever que eso le planteaba problema, y menos aún decir claramente cómo y por qué. Pero entonces ¿por qué incluir ese pasaje, que sería el único de su libro en que no jugaría "juego limpio" con el lector? ¿Simplemente para soltar lastre frente a una opinión pública oficial? Pero si ha caminado durante cuarenta años en la cuerda floja sin que su escuela haya sido cerrada por escándalo público ¿iba a ser por no incluir ese pasaje ambiguo por lo que iba a tener serios problemas?
Como sugiero más adelante (véase dos párrafos más abajo), y como sugiere todo el libro de Neill, me parece más bien que realmente hay en él un propósito deliberado de ignorar toda dimensión "moral" o "espiritual" en la psique, de ver en ella solamente el juego (inextricablemente enmarañado) de fuerzas de Eros y del ego (que, al igual que Freud, parece que mete un poco en el mismo saco), que habría decidido santificar – ¡declaralas siempre "buenas" en tanto no sean reprimidas! (Un poco como yo mismo había santificado durante mucho tiempo a Eros, pero al menos separándolo del ego...) Sin embargo Dios sabe, y Neill también, que el ejército y la guerra, incluso si por momentos permiten a algunos desmelenarse y pasarlo en grande del modo que sabemos, están muy lejos de ser "la libertad"...

Es un hecho que Neill, no más que ningún otro educador o ningún padre, no puede sustituir
N 358 a uno de sus antiguos alumnos, en unas elecciones que implican ◊sólo su responsabilidad directa, que comprometen *su* vida. ¿Pero no forma parte de una educación en el pleno sentido del término iluminar las elecciones que el niño tendrá que hacer como adulto? Casi se tiene la impresión de que para Neill, y sin ninguna duda para ese antiguo alumno, ser piloto de la RAF es una elección tan buena en sí misma como ser tendero, ingeniero, profesor, médico, artesano, escritor, obrero, jardinero... ¿Por qué no también, tanto da, confidente de la policía, ejecutor de la justicia, guardia o director de prisión, o (en otros tiempos y otros lugares) verdugo encargado de arrancar la confesión a los sospechosos o a los prisioneros[261]?

Se diría que Neill, como reacción a las actitudes y los habituales discursos moralizantes, a menudo hipócritas y siempre estériles, hiciera como si las "cuestiones morales", o mejor dicho, cierta realidad espiritual, no existiera. Es probable que ese piloto de bombardero fuera perfectamente "feliz" en su trabajo así como en su vida familiar, lo que (según el credo explícito de Neill) sería el fin de la existencia. Neill podría felicitarse con razón de ese éxito de Summerhill. (Es cierto que por alguna razón que permanece oscura, no llega hasta ahí...) Pero todo depende de lo que se entienda por "felicidad". Es una noción a penas menos borrosa y menos ambigua que "libertad". ¡Hay niveles tan diferentes de "felicidad"! Conozco tres hombres que conocieron una felicidad total, profunda, única en su vida, mientras estaban en prisión, en una situación miserable e incluso desesperada. Inversamente, la "felicidad" a cierto nivel de la psique pude ser la señal y la tapadera de una miseria a un nivel más profundo y más oculto. Bien lo sabe Neill, cuando un muchacho rechazado, desgraciado, busca su "placer" o su "felicidad" atormentando a compañeros más débiles que él. Y bien sabe Neill también que en tales caso, si él Neill, o mejor aún la misma colectividad, interviene para hacer comprender al torturador que su comportamiento no es admisible, pues invade el derecho a la felicidad de los demás, eso es por el "bien", o si se quiere por la "felicidad", no sólo de los pequeños compañeros maltratados, sino también del propio interesado. Y esta vez es un "bien", una "felicidad" verdadera, más auténtica, más real.

N 359 ◊Pero lo que es verdad a nivel de la restringida colectividad de Summerhill en que todo el mundo se conoce, no es menos verdad para la comunidad más vasta formada por toda la humanidad. Sólo es más difícil de comprender, porque no conocemos personalmente a todos los hombres. Es muy posible que (digamos) los que tengamos que matar, o mutilar o dejar huérfanos tirando un día una bomba sobre una ciudad desconocida, no lleguemos a conocerlos siquiera de nombre.

Si es algo un poco más difícil de comprender y de hacer comprender, eso no impide que pueda aprenderse y que *deba* aprenderse, so pena de que el hombre desaparezca sin remedio. ¿Y quién lo enseñará si no es el padre o el educador que él mismo lo haya comprendido profundamente? Una educación que no se quede a medio camino, una vez satisfechas las necesidades primarias de la afectividad y el ego, ¿no debería promover, suscitar actitudes, llamémoslas "humanas" o "responsables", actitudes "de respeto", no sólo frente a un círculo restringido de personas que conocemos por su nombre (¡ése es ciertamente el principio!), o frente a gente que habla una misma lengua, o tienen la piel del mismo color, o forman parte de un mismo medio cultural o profesional nacional o internacional, sino frente a *todos* los hombres? ¿Incluso frente a todos los seres vivientes, y a la tierra que nos sostiene y las aguas que nos alimentan a todos? ¿No debería favorecer, estimular en el niño y en el adolescente, a medida que crece, una actitud responsable que le haga medir el sentido y las consecuencias de sus actos no sólo en lo inmediato o en la óptica de sus satisfacción personal, sino también a largo plazo y para todos? ¿No debería favorecer la aparición de una autonomía interior no sólo en el plano afectivo, sino

[261] Estos ejemplos quizás sean forzados, pues en estos casos el interesado está en contacto con los que pagan los gastos s de sus actividades, aunque sólo sea porque los tiene delante en carne y hueso. Dudo que un exalumno de Summerhill se oriente hacia tales trabajos. ¿Pero por qué no agente secreto?

también en el plano de la inteligencia y el plano espiritual; una autonomía tan fuerte que pueda ir a contracorriente de los consensos más aberrantes (como el que nimba de prestigio social y de una especie de aureola heroica una carrera de piloto de bombardero)?

La cuestión del ejército y de la guerra, y de la participación que cada uno está dispuesto a conceder a estas instituciones inmemoriales y sangrantes, impuestas por las costumbres y por las leyes, es una entre numerosas cuestiones que tarde temprano cada uno va a plantearse durante su existencia, y de la que una respuesta en una óptica puramente egocéntrica y utilitaria a corto plazo es totalmente, irreductiblemente inadecuada – es, hablando con propiedad, *suicida*. Tal actividad, profesión o carrera puede ser prestigiosa, estimular toda suerte de capacidades, ambiente bárbaro, emolumentos elevados... – pero eso no es todo, y eso *no es lo esencial*.

N 360 ◊Hablo pues aquí de innumerables cuestiones que involucran una dimensión "moral" o (como prefiero llamarlas, visto el abuso que se hace del término) "espiritual". Abstenerse a cualquier precio de hablar de esas cuestiones con un niño o un adolescente, so pretexto de no "influenciarle", de "respetar su libertad", de no ser "moralista", me parece que apenas es mejor que la actitud infinitamente más corriente del adoctrinamiento más o menos autoritario. Es tanto más inadecuada, tanto más "deficiente", cuanto el niño crezca, y sea más propenso a encontrase cuestiones y a planteárselas, a menos de que permanezca encerrado en una especie de "gueto infantil" totalmente artificial[262].

Veo dos aspectos de esa carencia educativa de los niños, consecuencias de tal actitud de "discreción" excesiva, equivalente a una especie de absentismo deliberado frente a todo lo que desborde las necesidades afectivas inmediatas. Primero y sobre todo, al abstenerse de abordar el tipo de cuestiones anteriormente evocadas, no podemos dejar de dar la impresión (probablemente bien fundada) de que no se les da importancia, o mejor (y eso es aún más grave) que no se da ninguna importancia a los aspectos que sean *otra cosa* que una simple cuestión de gusto o de conveniencia personal. O sin duda más exactamente, el niño ni siquiera podrá tener tal "impresión", pues ignorará totalmente, y quizás durante toda su vida, que existe "otra cosa" aparte de ese punto de vista personal e inmediato del gusto y la conveniencia; que esas cuestiones, y la vida y la existencia humana en general, tienen aún *otra dimensión*. Ahora bien, se quiera o no, se sepa o no (o se olvide...), esa otra dimensión es la más esencial no sólo en tal o cual limitada cuestión como la del ejército y la guerra, sino que también es la *verdadera dimensión*, la dimensión esencial de la existencia humana. A la vez contiene y transciende la afectividad y la inteligencia. Es por haber ignorado o despreciado siempre esa dimensión, por lo que la humanidad se encuentra ahora en plena carrera autodestructiva.

Seguramente como reacción contra un estéril discurso moralizante que ha marcado profundamente su propia infancia, Neill pretende ignorar esa otra dimensión, profesando de paso, aquí y allá, una filosofía de la existencia "hedonista" en apariencia. El fin de la existencia de cada
N 361 cual sería "la felicidad"; ◊dando la impresión, además, de limitar el sentido de esa "felicidad" justamente a la satisfacción de las necesidades afectivas y las pulsiones egóticas. Sin embargo su propia existencia contradice con fuerza tal visión. Si Neill se dedicó en cuerpo y alma a una misión grande y peligrosa, poniendo y afinando día tras día lo mejor de sí mismo, en modo alguno fue en busca de un máximo de "felicidad" para él mismo, ni siquiera (no tengo la menor duda sobre eso) para él y un puñado de chiquillos privilegiados, en una especie de egoísmo colectivo de "nosotros los de Summerhill". En la manera en que conduce su propia existencia, en su fidelidad a sí mismo y a su misión, la dimensión espiritual es lo primero. Sólo por ella su misión no se reduce a un "trip" del ego, y es auténtica y fecunda. (Y por supuesto bien lo sabe Neill en el fondo, aunque se abstenga cuidadosamente de decirlo, tal vez ni a él mismo). Además el lenguaje hedonista se une a la visión espiritual, una vez que se ve claramente que la "felicidad",

[262]La misma escuela de Summerhill, y en consonancia con las intenciones de Neill, da un poco la impresión de un tal "gueto infantil", pues el niño, una vez curado (y por más "enfermo" que estuviera), es sobreprotegido, mantenido cuidadosamente aparte de los problemas y los males que agitan el mundo.

en el sentido pleno y profundo de "bien verdadero", de bien incorruptible, no puede separarse de la "felicidad" de todos los hombres cualesquiera que sean, presentes o futuros – que coincide con el "bien", con la "felicidad" del Universo entero.

La segunda carencia, es que al abstenerse de hablar con el niño cuestiones de importantes opciones en la existencia humana, que no dejaran de presentársele tarde o temprano bajo una forma u otra, abandona al niño a las influencias exteriores. Eso sólo puede comprenderse como una aprobación tácita de todas las actitudes corrientes, dejando aparte solamente las que contradigan directamente el comportamiento del educador con el niño, o de otras personas de su entorno. En modo alguno subestimo la importancia de esta última reserva: el corazón de la educación, es la forma de ser del "educador", es el "*ejemplo*" que da día tras día, lo quiera o no. Pero según yo es muy mal "ejemplo" desinteresarse, o hacer como que uno se desinteresa, de las cuestiones cruciales de la existencia humana, con la única excepción de cuestiones sobre la relación con el entorno inmediato.

Por supuesto, la relación de los padres con el niño es muy diferente a la del educador profesional, y a la de Neill con los niños de la colectividad que fundó. Esta última relación tiene la ventaja de estar exenta (al menos parcialmente) de los pesos tan particulares que casi siempre pesan sobre la relación padres-hijos. En revancha me parece que siempre tiene un carácter relativamente artificial, por oposición a la relación interfamiliar. Estoy convencido de que un elemental sentido común habrá impedido a Neill seguir sus propias recomendaciones
N 362 en la relación con su hija, de que no se ha privado, a $^{\diamond}$medida de que ella ha ido creciendo y (me imagino) ha ido planteando cuestiones pertinentes, de hablar con ella sin reticencias sobre todo lo que atañe de cerca o de lejos a la moral, la política, la religión, y esto con tanta más naturalidad cuanto que ya hacía tiempo que él y su mujer le habían explicado de dónde vienen los niños y cómo se hacen.

Por el contrario, en su relación con los alumnos de Summerhill, se tiene la impresión de que ha mantenido su palabra. Incluso precisa que vigila que los profesores "no intenten influenciar a los niños con sus ideas políticas" (anarquistas quizás ¿quién sabe?). Eso no puede querer decir otra cosa que pedir a los profesores que se abstengan de hablar de política. (¡Pues ¿cómo hablar sin expresar al mismo tiempo la propia opinión?!) En eso ¡ay! la escuela libre de Summerhill se parece a las escuelas más reaccionarias de los buenos viejos tiempos. Sobre todo es asombroso que los "niños libres de Summerhill" no hayan torcido el brazo de sus profesores y del mismo Neill, planteando ellos mismos las cuestiones tabú, ¡les guste o no! La famosa "libertad" tan ponderada ¿volverá a los adolescentes apáticos y estúpidos?

Hay que tener en cuenta que el medio del que venían esos chavales, y quizás también la época (¡antes de mayo del 68!), no eran muy despiertos, por decir poco. Vuelvo a tener la impresión que apareció de pasada en la penúltima nota: el ambiente en Summerhill era incomparablemente *seguro*, de acuerdo, pero en revancha no parecía ser muy estimulante. Al leer el relato de Neill, parece que en cuarenta años de Summerhill, no sólo no ha germinado ningún gran proyecto común sobre el que hubieran convergido, durante algunas semanas, algunos meses o un año o dos, la inventiva, el placer de crear con las manos, y la voluntad de expresión aunque no fueran más que de diez o veinte de los chicos mayores. (¡Y qué extraordinaria fuerza, insospechada, les hubiera dado tal convergencia!) Pero parece que en la escuela nunca hubo, entre los niños y los adultos, ni un solo gran debate sobre los grandes problemas de nuestro tiempo (y Dios y Neill saben que no faltan ¡y que son acuciantes!), o de todo tiempo: la guerra y la paz, el control de la natalidad y el aborto, las leyes y el sistema penitenciario, la injusticia social y sus causas, para qué sirven las escuelas, qué es "la educación"... Aparte de los cursos, dados con un espíritu de lo más convencional (y sobre todo nada de política, bien entendido ¡eh!), y los juegos-sólo-juegos[263] cuyo encanto terminaría por embotarse al hilo de los años, a

[263]Había talleres en Summerhill, pero los utensilios tenían una fastidiosa tendencia a ser dilapidados, lo que me parece una mala señal sobre la relación de los niños con su trabajo perdón, con su juego, en dichos talleres. Sin

N 363 medida ◊que el niño crece – ¡*no hay nada*![264]

(95) Summerhill – o la sauna, y el mar abierto...

(9 y 11 de diciembre)[265] La imagen de Summerhill que poco a poco se dibuja, es una especie de "sauna" para niños, muy protegida (tanto frente a la sociedad exterior como frente a familias perturbadoras), un lugar ante todo donde las necesidades afectivas del niño encuentran satisfacción de manera admirable, asombrosa. Un verdadero salvavidas sobre todo para los "niños con problemas", donde casi todos se curan de su odio a ellos mismos y a los demás, de los miedos enquistados que los paralizan. Salvo algunos pocos casos de fracaso, los niños de Summerhill tendrán confianza en ellos mismos durante su vida, tendrán una vida sexual y familiar plena, llegarán a encontrar un trabajo que les guste y tendrán éxito en él, apreciados por sus compañeros de trabajo y por sus patronos. Todo eso, por supuesto, es inmenso, y más aún en el caso de niños que entraron en Summerhill más o menos traumatizados y neuróticos, uno cleptómano,
N 364 otro destructor, y otro sádico etc[266]. Incluso en casos menos críticos, ◊*curar* a un niño de sus "complejos", patentes u ocultos, no es dado al primero que llega, lejos de eso. Seguramente cada vez es como un milagro. El "milagro de la libertad", el milagro del amor en libertad.

Pero ¿y una vez curado el niño? ¿Una vez curado de las pesadas carencias afectivas, y de la "carencia de la libertad", de esa carencia entre las carencias? Pudiera pensarse que ahora o nunca la creatividad del ser, que había estado más o menos bloqueada por "sus problemas", ha de encontrar a su alrededor un alimento adecuado para desplegarse plenamente ¡durante años! Tanto para el cuerpo y las manos, como para la inteligencia y el "alma" (es decir, en el plano espiritual) – cada cosa a su tiempo. Pero eso, de repente, *es la carencia casi completa*. ¡Sobre todo nada de "trabajo" ("jovialmente sugerido por una benevolente autoridad") – ¿no sería eso "sugestionar" a los niños para que les guste lo que (parece ser) no les gusta?! ¡Sobre todo nada de "política", ¿no sería eso "influenciar" a esos pobrecitos?! ¡Y mutis también sobre las cuestiones religiosas, que no hacen más que dividir y turbar los espíritus! Sobre todo nada de propuestas tendenciosas sobre las prisiones, los hospitales, las escuelas-en-general, la instrucción, las Iglesias y el o los buen(os) Dios(es), el ejército y la guerra – ¿no sería eso adoctrinarles?

Ahí hay un vacío abierto ante el niño que se prepara para ser adulto. Un vacío rico en innumerables cuestiones inextricablemente entrelazadas... Y ese vacío, ¡por nada del mundo Neill haría una sugerencia de cómo abordarlo, ni se permitiría dar una primera aclaración (*su* aclaración, forzosamente)! No, ¡que el chaval se busque la vida! Tommy sabrá lo que piensan papá, mamá, sus tíos, sus tías (cuando piensan algo), lo que piensan Mickey Mouse y Tarzán y los Pieds Nickelés[267] y otras celebridades al albur de sus lecturas. A través de esas voces, "la Sociedad" bien se encargará, Summerhill o no, de darle a conocer *su* forma de ver, sigilosa, perentoria, imperiosa. Al único que Tommy no le verá abrir la boca sobre esas delicadas cuestiones,

---

embargo había una verdadera actividad creadora colectiva, con las representaciones teatrales cada semana, cuyos libretos eran escritos por los alumnos o el personal de la escuela. El "no hay nada" de una línea más abajo es pues exagerado, pero apenas. El teatro también permaneció (me parece) encerrado en Summerhill.

[264] Véase la continuación en la siguiente nota.

[265] Continuación de la nota anterior "Neill y el bombardero – o la-felicidad-a-gogó y la *otra* dimensión".

[266] Fue sobre todo al principio cuando Neill tuvo muchos chicos temperamentales en Summerhill – las familias le enviaban, desesperadas, niños imposibles que se hacían expulsar de todas partes. A menudo, cuando el muchacho estaba curado de sus traumatismos, lo sacaban para ponerlo en una "escuela de verdad", ¡donde al menos fuera obligado a aprender algo! Es comprensible que después Neill y su mujer estuvieran contentos de recibir sobre todo hijos de familias "libres", de acuerdo con las ideas de Summerhill, muchachos de oro que no planteaban ningún problema. Pero hay que decir que esos eran los que menos necesidad tenían de ir a Summerhill: eran perfectamente capaces, con ayuda del medio familiar, de resistir una "escuela" ordinaria (al igual que yo mismo he resistido sin ser lesionado). El trabajo de Neill pasó a ser menos estresante, pero también, seguramente, menos irreemplazable, y menos intensamente creativo.

[267] N. del T.: Literalmente "Pies Niquelados", expresión francesa que significa "los que no dan palo al agua". Son los personajes de unos comics franceses que se publican en álbumes desde 1929. Serían un poco como el análogo francés de nuestros Mortadelo y Filemón.

es a super-papá Neill, que al punto se lava las manos y declara: *mi* tarea ya la he hecho – ¡el resto no me incumbe!

Peor aún, de tapadillo les susurra a papá y mamá, y a los tíos y tías que tengan mucho cuidado de cerrarla como él, so pena de usurpar la libertad del niño. Si le escuchasen (cosa
N 365 poco probable, es cierto) no ◊quedarían en liza, para estimular a Tommy en su tarea, más que "Mickey, Tarzan y Cia." alias "la Sociedad"; y además, con todo rigor, las autorizadas voces (rara vez disonantes) de los personajes célebres que han escrito obras eruditas sobre la cuestiones excluidas en Summerhill, caso de que por azar tal o cual Tommy caiga sobre uno de esos libros y además tenga la fantasía (¡a saber por qué!) de hojearlo o incluso de leerlo. Después de todo, nada impide que un niño libre de Summerhill lea incluso los libros de un cierto Neill, incluyendo "Los niños libres de Summerhill". Suponiendo que esté encima de la pila, y que sus apasionantes maquetas de bombarderos, torpederos o del submarino atómico "Le Terrible" le dejen un día tiempo libre...

En una nota anterior[268], decía que Neill cogía los alumnos allí donde Makarenko los dejaba. Makarenko, era el campeón de la limpieza impecable en la psique: nada de superfluo, todo reluciente y niquelado, salvo (ejem, ejem) el polvo y todo lo demás que rápidamente hemos puesto bajo el viejo sofá, que para eso está ahí. Neill, por su parte, levanta el sofá delicadamente (sin dejarse impresionar en absoluto por los gritos indignados y estridentes), y saca de debajo cosas increíbles que se pudrían tranquilamente, al abrigo de desodorantes de la gama "Anton Semionovitch[269]". Es decir: le quita a Tommy sus complejos. En tres días o tres meses o tres años, en el fondo poco importa pues tiene paciencia y le hecha tiempo. ¡He ahí nuestro magnífico Tommy! que parte para ser buen amante, buen bailarín, buen compañero, buen marido, buen padre y más, e incluso buen ciudadano (con menos no se cumple). Un chico que no hará daño ni a una mosca, al menos no a una mosca que esté delante de sus ojos, pues no odia a nadie. Éste es un trabajo con la firma de Neill, un buen trabajo sí, ¡chapó!

Dicho esto, hay que añadir que es muy posible que, dejando aparte quizás los odiosos slogans contra los judíos, los "moros" o los "maricas", todos esos "lugares comunes oficiales" gratos a un Anton Semionovitch (y que un Neill oiría más bien con aire afligido), nuestro buen Tommy los haga suyos a ciegas y sin malicia. Todos los valores delirantes y suicidas de nuestra sociedad serán también los suyos, aunque sólo sea porque, como todo el mundo, ni se le ocurra que pueda haber otras formas de ver y de sentir que las de todo el mundo. (Salvo quizás en que no hay nada malo en tocarse la colita, ni en explicar a uno que-no-levanta-un-palmo-del-suelo
N 366 cómo ha ◊venido al mundo). Si el azar de sus gustos y sus encuentros le incitan a ello, será tan buen piloto de bombardero (y, a la próxima, hará a conciencia el trabajo de "limpieza" que se le ordene...), como asesor financiero de tal multimillonario que devastará una selva milenaria en el Amazonas para hacer subir unas acciones en la bolsa, o experto en esto y aquello para explotar a muerte tal país subdesarrollado, o brazo derecho del patrón en tal empresa floreciente que fabrica defoliantes para el ejército, o que malpaga a sus obreros. La idea de que eso no está bien ni se le ocurrirá. Seguramente no, en todo caso, cuando tal vez vaya a ver al bueno de Neill, que estará muy contento de verlo tan bien colocado, o cuando lea uno de sus libros tan interesantes sobre la educación.

En suma, Neill también se queda a medio camino. Va un buen trecho más lejos que Makarenko[270], eso por supuesto. No sólo hace "buenos ciudadanos", sino "buenos ciudadanos buenos amantes sin maldad por cuatro perras". Llegado a ese punto, se prohíbe (y disuade a cualquiera) animar al niño, al adolescente, al joven adulto a ir o siquiera mirar *más lejos*. O al menos, de mostrarle que a pesar de todos los comportamientos universalmente practicados y

[268] Véase la nota "La democracia directa de Makarenko a Neill – o: despertar al *hombre* en el ciudadano" (n^o 91).

[269] N. del T.: El nombre completo de Makarenko es Anton Semionovitch Makarenko.

[270] Véase la referencia en la anterior nota a pie de página.

alentados a su alrededor, *hay* un "más allá" – que hay *otra cosa*, que merece toda su atención.

Además dudo que un padre o un educador pueda hacer más, ni sobre todo que deba esforzarse en hacer más, que enseñar ese "más allá" de la satisfacción personal inmediata o a término; esa "otra cosa", esa "dimensión espiritual" de las cosas y la existencia, esa *iluminación* que hace descubrir un orden entre deseos y necesidades a menudo contradictorios, y que revela deseos y necesidades más profundos y más esenciales que permanecían ignorados, tapados por aquellos que suelen hacerse oír a voz en grito[271]. El niño tendrá en cuenta o no las señales que le rodean (si las hubiera), apuntando hacia ese más-allá, haciendo surgir esa otra dimensión, señalándole esa iluminación que el mero juego de fuerzas de Eros y del ego no puede producir, no puede suplir. Sólo a él le toca, a medida que crece y se vuelve adulto, hacer elecciones que
N 367 comprometen su vida, vivir *su* vida. Sólo a él le tocará decidir, día a día y a lo largo ◊de una vida, si (como el mundo entero le anima sin cesar) permanecerá fuera de esa "otra cosa" que como mucho habremos podido hacerle entrever, o si abandonará el recinto protector de la mayoría para arriesgarse al camino solitario que nadie le puede trazar. Si es así, día a día y a lo largo de una vida le tocará inventar ese camino que desde entonces será *su* camino, y no el de un rebaño. Ni él ni nadie(ni quizás el mismo Dios) puede decir dónde le llevará; si sus horizontes se quedarán más acá que los nuestros, o de lo que hemos intentado mal que bien hacerle entrever, o si por el contrario se extenderán más lejos que todo lo que pudiéramos imaginar, "ni siquiera en nuestros sueños".

Cuál será su camino e incluso si tendrá un camino que sea auténticamente suyo, escapa por necesidad al padre y al educador[272]. Sólo podemos darle un viático al partir, más o menos vivificante, más o menos pesado de llevar, al que se añade, y quizás sea más esencial, lo que tiene al nacer[273]. No son el viático ni el punto de partido los que crean el viaje, sino que son los deseos, los sueños, las visiones del viajero, y su larga fidelidad a lo que en lo más profundo, y en voz baja, le instruye y le llama.

No podemos hacer más, pero tampoco debemos hacer menos. Lo que en la existencia vemos o entrevemos como más precioso, más esencial, es importante, es crucial para nuestra
N 368 misión, que nos ◊esforcemos, con la palabra o de cualquier otra manera, en comunicarlo a poco que sea, o al menos de hacerlo entrever, a los que tenemos que "educar". Quizás aquél al que nos hemos esforzado en transmitir como herencia un cierto espíritu o una cierta visión, lo tenga en poco; sea que haya elegido lo fácil, sea que haya accedido a un plano más elevado, o por cualquier otra razón. Lo importante es que, sin imponerlo y sin esperar siquiera que el don sea aceptado, mostremos a nuestro hijo lo que vemos de mejor, lo que para nosotros es la sal y lo valioso de nuestra propia existencia.

[271] Se trata por supuesto de necesidades y deseos que provienen de la pulsión erótica o del ego, y casi siempre inextricablemente mezclados ambos.

[272] Sin embargo hay una *fe* del padre o del educador en el niño. Le dice que el niño tiene todo lo que hace falta para crecer en espíritu, que sean cuales sean los derroteros por los que le lleven, esos medios permanecerán intactos y que están hechos para desplegarse y darán fruto antes o después. Esta fe es uno de los rostros del amor al niño, y el niño la nota bien, aunque nunca se exprese con palabras claras. Esta fe en él es algo inestimable. Privarle de ella es un handicap muy pesado para el niño, y debe ser muy raro (si alguna vez ocurre) que lo supere totalmente durante una misma existencia.

[273] Sobre este tema, casi siempre se piensa en la herencia, los cromosomas etc. Pienso más bien en la madurez que el niño tiene al nacer, proveniente de la experiencia adquirida en las anteriores existencias, y almacenada en el Inconsciente desde el nacimiento. No tengo ideas bien asentadas sobre la relación entre ambas aportaciones. Tendría tendencia a creer que en gran medida, la aportación que se califica de hereditaria (y cuyo soporte material se encuentra sobre todo, si no exclusivamente, en los cromosomas)está determinado por el karma, es decir por las existencias anteriores. Desde esta óptica, los cromosomas sería pues, ante todo, "*instrumentos del karma*", por tanto instrumentos materiales de una realidad espiritual. Pero aunque así fuera, ni por un instante creo que el estado de madurez *espiritual* de un ser esté determinado cromosómicamente. Esto significaría en efecto que podría ser "descrito" totalmente en un alfabeto conveniente, que lo espiritual podría describirse totalmente con operaciones intelectuales (e incluso por simples ensamblajes de signos), lo que en absoluto es el caso.

(96) Edward Carpenter (1) – o la mirada infantil

(14 y 25 de diciembre)[274] Hace varios días recibí un pequeño paquete de libros, que había pedido a Londres. Entre otros, está el Origen de las Especies de Darwin (¡imposible de encontrar en francés hoy en día!), un breve estudio sobre Darwin por Wilma George, y sobre todo dos libros de Carpenter: "Towards Democracy" ("Hacia la Democracia"[275]), y un volumen de obras
N 369 escogidas ◊("Selected Writings vol. 1: Sex"), ambos volúmenes en la misma colección "Gay Modern Classics". El primero de ellos es la primera gran obra de Carpenter. En el conjunto de su obra escrita juega un papel similar al de "Hojas de Hierba" en la de Whitman. Carpenter consideraba sus libros posteriores como "marchas" que llevarían hacia una comprensión de su visión espiritual del mundo terrestre, bosquejada a grandes trazos en ese largo poema de más de cuatrocientas páginas. Tomando al autor al pie de la letra, en vez de comenzar por ahí, he comenzado a leer primero el volumen de obras escogidas, subtitulado "El Sexo".

Tiene una larga introducción de Noël Greig, escrita con calor e inteligencia. En ella da una primera impresión sobre la ardiente vida y la asombrosa y vasta obra de Carpenter, pero también, y en eso fiel al espíritu del mismo Carpenter, no duda en implicar su propia persona en ese estudio tan vivaz. Él mismo "uraniano"[276] y activista en el "Gay Liberation Movement" (Movimiento de liberación de los hombres homosexuales, en Inglaterra), quedó atónito al descubrir en 1977 la existencia de un Edward Carpenter, un lejano precursor de ese Movimiento – un hombre que tuvo la audacia casi increíble, en plena era de feroz puritanismo victoriano, no sólo de escribir de modo directo, simple, pausado, profundo sobre el tema tabú del "sexo", incluyendo el tema entonces candente[277] del amor "uraniano" u "homosexual" tanto femenino
N 370 como ◊masculino, sino además, de "celebrar" abiertamente en su vida un tal amor (entonces universalmente reputado de "vergonzoso", y duramente reprimido por la ley). Después de diversos

[274] La presente nota estaba prevista como continuación de la nota anterior "Summerhill – o la sauna, y el mar abierto". Pensaba situar de nuevo el avance logrado por Neill, pero la reflexión tomó otra dirección, llevándome a hablar de la misión de Edward Carpenter. Me parece que esa misión es cercana a la de Neill, que cada una completa a la otra en aspectos importantes de la sexualidad. Volveré sobre ello en una nota posterior (n^o 101), que sería pues la prevista "continuación" de la nota anterior sobre Neill.
La primera vez que se trata de Carpenter es en la nota "Richard Maurice Bucke – o el apóstol de la *otra* realidad" (n^o 74), y en la siguiente nota.

[275] Ese título hoy hace una impresión extraña, de tanto que el término se ha usado, en menos de un siglo de regímenes parlamentarios bautizados "democráticos". En el último siglo, ese término, claramente, aún tenía una fuerte resonancia en los medios progresistas o de vanguardia política. En la pluma de Carpenter, esa palabra no se refiere a una forma de gobierno o a un modelo de sociedad, sino a una realidad psíquica y espiritual eterna, que a veces también expresa con el término "Igualdad". Detrás de la disparidad de fortunas, de dones, de diferentes estados de madurez (carnal, intelectual, espiritual) de los seres humanos, el poeta discierne una "igualdad" esencial, indestructible, llamada a manifestarse en la gloria de un común destino divino. Para Carpenter, como también para Whitman y para Bucke, y después de él para Steiner, para Teilhard de Chardin, para Nichidatsu Fujii, para Légaut, el "Reino de Dios" no es de otro mundo, sino de este mundo de aquí, ha de realizarse *sobre la tierra*. Y para Carpenter se realiza cuando esa "igualdad" esencial es sentida y reconocida por todos, cuando ese conocimiento penetra y transforma las relaciones de cada hombre con los demás hombres, cuando impregna íntimamente las costumbres, las leyes, las instituciones. *Eso* es la verdadera "democracia". Y toda la obra escrita de Carpenter, igual que su vida personal, pueden ser vistas como una prospectiva a tientas para descubrir plenamente y hacer sentir esa igualdad esencial de los seres, y para encontrar vías hacia una sociedad del mañana (o de pasado mañana...) arraigada en esa realidad crucial, y en el conocimiento común de esa realidad.

[276] El término "uraniano" es utilizado a menudo por Carpenter como sinónimo de "homosexual", al tener éste último el serio inconveniente de estar a menudo cargado de connotaciones peyorativas. El término se debe al escritor austriaco K.H. Ulrichs, contemporáneo de Carpenter, que estuvo entre los primeros, en los tiempos modernos "en reconocer la existencia de lo que se podría llamar un sexo intermedio, y de dar al menos *una* explicación posible". (En "The Intermediate Sex", loc. cit. p. 191). Etimológicamente el término "uraniano" significa "celeste", y traduce el propósito deliberado de Ulrichs (retomando una forma de ver de Sócrates, que Carpenter evita retomar por su cuenta) de considerar el amor homosexual como la forma más perfecta del amor humano.

[277] Como se recordará más abajo, en 1895 tuvo lugar el célebre proceso de Oscar Wilde, que marcó el punto culminante de la represión sexual en Inglaterra durante el último siglo.

episodios menos flagrantes, a la edad de 47 años (en 1891) se fue a vivir "en pareja" con un chico de clase obrera, Georges Merril, cultivando con él tres hectáreas de terreno en una granja en Millthorpe[278], en el valle de Derbyshire. Sus primeros ensayos sobre el tema del sexo aparecen en 1894, a cargo de las ediciones obreras The Labour Press en Manchester[279]. Le sirven de material de partida para un libro, "Love's Coming of age"[280], para el que había firmado un contrato con el editor Fisher Unwin, para que apareciera en 1895. Pero ese año tuvo lugar el arresto de Oscar Wilde bajo acusación de homosexualidad. Entre los editores sólidamente establecidos cundió el pánico: ¡sobre todo "nada de sexo" en los libros! Unwin se desdijo de su contrato, en incluso retiró de la circulación "Towards Democracy", cuyo autor pasó a formar parte de los innombrables. Como último recurso el libro impublicable fue igualmente publicado por esa misma Labour Press. Unas "Ediciones Obreras" notables, que no sólo se interesan (como seguramente sería el caso en nuestros días) en los aumentos de salario y en la defensa del nivel de vida, sino también en temas candentes y considerados escabrosos, por no decir "no mencionables", sobre la relación entre las personas y entre los sexos... Hasta siete años después no se encuentra un "verdadero" editor, Swan Sonnenschein, dispuesto a correr el riesgo de editar un libro sobre un tema tan escandaloso como el amor y el sexo. Durante los siguientes veinte años, hasta 1923, Carpenter amplía ese libro, particularmente con capítulos sobre el tema, claramente crucial a sus ojos, del "tercer sexo".

Entre los numerosos libros de Carpenter sobre los más diversos aspectos de la existencia humana, hay un segundo que está particularmente consagrado al tema crucial de la sexualidad,
N 371 y más precisamente al del "tercer sexo". ◊(O mejor, como él le llama, el "*sexo intermedio*" ("intermediate sex"), estableciendo una especie de puente para unir y reconciliar los dos sexos "oficiales" masculino y femenino, cada vez más alejados, cada vez más alienados uno del otro...) Ese libro apareció en 1914, veinte años después de los primeros ensayos de Carpenter sobre el sexo, editado por George Allen, bajo el título "Intermediate Types among primitive Folk"[281]. Al parecer es el primer estudio etnológico sistemático sobre el tema del homosexual y sobre su papel social en "los primitivos" y en las antiguas civilizaciones, bien en las instituciones religiosas[282], bien en la tradición de los guerreros (como la de los griegos dorios, o de los "samurais" en Japón).

Carpenter estaba vitalmente interesado en el tema del "tercer sexo" (además tanto en las mujeres como en los hombres), dado que formaba parte de esa categoría de seres. Tenía la íntima convicción de que esas predisposiciones, a saber una sensibilidad más femenina que
N 372 masculina y una pulsión sexual por el estilo, en él eran innatas[283]. Sea como fuere, no más ◊que

[278] Carpenter había adquirido esa granja en 1883, con el dinero de la herencia de su padre, y permaneció en ella hasta 1898, por tanto de los 39 a los 54 años. Su iluminación tuvo lugar en 1881. En 1883 también apareció la primera edición de "Towards Democracy".
La "pareja" Edward Carpenter – George Merril resultó ser de una estabilidad notable: sólo terminó con la muerte de George en 1928, cuando Edward era un viejo de 84 años. Su pariente (?) y homónimo Edward Frederick Carpenter escribió que después de la muerte de George, Edward no era más que "la sombra de sí mismo". Murió al siguiente año, en 1929.

[279] Se trata de tres ensayos "Sex-love and its place in free Society", "Woman and her place in free Society", y "Marriage in free Society".

[280] Traducción textual: "El Amor alcanzando su mayoría de edad". Podría hacerse como "¿Cuándo tendrá el Amor la edad adulta?".

[281] "Los tipos intermedios entre los pueblos primitivos", donde "tipos intermedios" es aquí un eufemismo para el "tercer sexo".

[282] Este aspecto es el objeto de los cuatro primeros capítulos del libro (sobre ocho en total), que primero habían aparecido en el American Journal of Religious Philosophy (julio 1911) bajo el título "On the connection between homosexuality and divination" ("Sobre las relaciones entre la homosexualidad y la adivinación").

[283] Esa convicción era probablemente errónea, visto que Carpenter era hijo único rodeado de una tropa de hermanas mayores, educado por tanto en un medio de fuerte predominancia femenina, propicio a la formación de tendencias homosexuales en un chico joven. Me viene la idea de que esa circunstancia, en apariencia fortuita, bien pudiera ser de naturaleza providencial, querida por Dios en vista de la misión particular encomendada a Carpenter. Esa circunstancia fue la causa, en los treinta primeros años de su vida, de sufrimientos difíciles de

en la pulsión sexual en su modo de expresión "ordinario", atrayendo mutuamente a la mujer y al hombre, no veía nada de vergonzoso, de vicioso, de degradante o de "contra natura" en el amor homosexual, tanto a nivel afectivo como a nivel carnal. Ni se le planteaba renegar de una fuerza que sentía era vital para su ser. Era nada menos que el modo de expresión en el plano carnal de su capacidad de amar, esa capacidad que para él es el sentido mismo de la vida humana. Renegar de esa pulsión , de esa fuerza que hay en él, sería renegar de sí mismo, vivir en un estado de guerra permanente con lo que de mejor había en él.

En su autobiografía "My days and dreams" ("Mis días y mis sueños")[284], nos dice que durante su infancia y su adolescencia, ni *un* sólo adulto le había dicho jamás una palabra sobre el sexo. En esa época era un tema rigurosamente tabú, al menos en el medio burgués y puritano en el que fue educado. Fue (me ha parecido entender) un niño nada precoz sexualmente. Recolectó la "información habitual", en el equívoco ambiente de rigor, con sus compañeros, etc.

> "Me hice mi propia idea, sin ser influenciado por ninguna persona y ningún libro. Supongo que por esa razón nunca he sentido nada de repugnante o de vergonzoso en los actos sexuales por sí mismos. Desde siempre, cuando reflexionaba sobre estas cosas me parecían naturales – como la digestión o cualquier otra función – y recuerdo que me preguntaba con asombro por qué la gente daba tantos rodeos para hablar de ella – por qué decían mentiras o ahogaban las risas con un pañuelo en la boca. Hasta que no tuve veinticinco años, cuando leí a Whitman (y con gran alegría por mi parte) no encontré un texto que tratara el sexo con un espíritu acorde con mis propios sentimientos."[285]

---

imaginar por quien no haya pasado por una situación similar, en una aguda miseria afectiva y sentimental. Se sentía fundamentalmente diferente a todos, de una manera misteriosa, inexplicable, como una maldición tácita que inexorablemente pesaba sobre él. Más de una vez se sintió a punto de hundirse bajo el peso, de ser descuartizado por la tensión insoportable en la que vivía sin poder abrirse a ningún alma. Así sufrió en su alma y en su carne lo que experimentan (la mayoría de manera menos consciente sin duda) un "número inmenso de mujeres modernas, particularmente en las clases acomodadas", que languidecen en una vida más o menos ficticia, "mientras que se secan las fuentes de la afección y las necesidades de la carne son crucificadas"; y experimentan también los "uranianos" de ambos sexos, en una sociedad represiva que les niega el derecho a la existencia, a menos que renieguen de sí mismos toda su vida. Gracias a sus propios sufrimientos es como accedió a una compresión de todos aquellos cuya afectividad y necesidades pulsionales son sitemáticamente e implacablemente reprimidas por el medio, y por toda la sociedad ambiente. Por eso se convirtió en portavoz y ardiente e inspirado defensor del derecho a la existencia de una clase de hombres y mujeres que comprende cientos de millones de seres humanos sobre toda la tierra; y también de la emancipación de las mujeres en general, no sólo a nivel económico y social, sino también y sobre todo a nivel afectivo y sexual.

[284]Esta autobiografía apareció en 1916 (George Allen y Unwin). No ha sido reeditada y hasta ahora no he podido procurarme un ejemplar. Sólo conozco una pocas páginas de extractos (juiciosamente escogidos) reproducidas en el citado volumen de obras escogidas. En ese libro aparece por primera vez, en Inglaterra, un testimonio público (y será el único durante mucho tiempo, según el comentario de Noël Greig) en el que alguien da cuenta explícitamente de su homosexualidad. Carpenter tenía entonces 72 años, lo que le aseguraba (según Greig) una "protección relativa". Pero por otra parte era notorio que vivía con su amante George Merril desde hacía veinticinco años, y supongo que corría serios riesgos penales, al incluir un testimonio tan claro en su autobiografía.

[285]Extracto de "My days and dreams", en "Selected Writings" (loc. cit.) página 84. Aprovecho la ocasión para señalar que Whitman era igualmente de temperamento "uraniano" – en toda su vida no se le conoce una sola aventura femenina. Esa particularidad es patente en numerosos poemas de Whitman, que celebran "the dear love of comrades" (el gran amor entre camaradas). Justamente son esos poemas, según lo que nos dice el mismo Carpenter, los que le han tocado con más fuerza, y por primera vez le han sacado de esa sensación casi insoportable de aislamiento.

Pero aparentemente Whitman nunca dejó traslucir, ni en escritos públicos ni oralmente con sus amigos, ni en notas personales como no sea en forma deliberadamente críptica, el "hecho brutal" de que era "uraniano". Al contrario, por compensación tendía más bien a campar con un personaje muy viril, como en el "Canto de mí mismo", y a sacar a relucir "romances" imaginarios con mujeres desconocidas, que jamás existieron o (según sus biógrafos-detectives) que en realidad eran hombres. No tengo ninguna duda de que frente a sí mismo, Whitman aceptaba la pulsión del sexo tal y como era, sabía que era buena, sana, e irremplazable en su vida. Pero, al contrario que Carpenter (al que llevaba veinticinco años), ése era "su secreto", que dejaba adivinar a través de algunos de sus

N 373 ◊Hay de qué maravillarse ante esa extraordinaria lucidez de un niño, solo y extraño en medio de un mundo delirante, y ante la fidelidad de un hombre que, en una total soledad moral hasta la edad de veinticinco años, permaneció fiel durante toda su vida a esa lucidez, a esa mirada infantil. Es en esa simplicidad, en esa autenticidad, y no en unos dones extraordinarios, donde se reconoce el grano robusto y sano del que germinará un gran destino. En tanto haya tales seres que nazcan y vivan entre nosotros, aunque sean oscuros e ignorados por todos, ¡hay esperanza para esa extraña especie que es el hombre! Hay con qué llenar el corazón de gratitud y exultación, pensando en Aquél que obra a través de esos seres, y en Sus lentos y misteriosos designios...

La vida y la obra escrita de Carpenter cubren un abanico de experiencias humanas de una extensión como pocos hombres en nuestra historia, quizás ninguno, han cubierto, con esa autenticidad, con esa profundidad, con esa espontaneidad total que brota del mismo fondo del ser. Fue en tanto que "místico", más precisamente como un "iluminado cósmico", como
N 374 vi mencionar por primera vez su nombre, en el libro de Bucke[286]. Y también me ◊maravilla, igualmente, que con lo relativamente poco que Bucke debía saber de él[287], haya sabido reconocer en él, al igual que en Whitman, uno de los grandes entre los grandes, uno de aquellos que han de jugar un papel crucial en la evolución de nuestra especie. Supo sentir que la obra de uno y otro tienen las cualidades que dan inmortalidad, que cada una aportaba un alimento que ninguna otra obra aportaba, y que el hombre necesitaba para crecer hacia su destino de hombre. Sin embargo, hasta la muerte de Bucke en 1902, Carpenter era prácticamente desconocido en América, y Whitman era considerado un poeta marginal, generalmente difamado en los distinguidos medios que se supone encarnan "la Cultura".

(97) Edward Carpenter (2) – o entierro y metamorfosis de un vivo

(26 y 27 de diciembre)[288] Entre el 15 y el 24 de diciembre, han pasado diez días sin que trabaje escribiendo la Llave de los Sueños. Día tras día he tenido diversos mini-impedimentos, que me dejaban poco tiempo disponible. En vez de aferrarme cueste lo que cueste, esta vez he preferido relajarme, pasando el tiempo que me quedaba en la lectura tranquila de los libros que acabo de recibir, que han llegado justo a punto para aclararme un poco más sobre algunos de mis
N 375 "mutantes". Así, he devorado una pequeña biografía abundamente ◊ilustrada de Rudolf Steiner, en alemán (por Johannes Hemleben), y otra de Samuel Hahnemann en inglés (por Trevor M. Cook). Ambos relatos escritos con inteligencia, sobre esas vidas ricas y fascinantes. Comienzo a hacerme una idea algo menos vaga de esos dos hombres notables y singularmente atrayentes. Confieso debilidad sobre todo por Hahnemann, ¡y tengo que retenerme para no lanzarme al

---

poemas, pero sin decirlo nunca abiertamente. Tuvo constantemente una atormentada vida sentimental, quizás sin encontrar jamás expresión o exutorio a nivel carnal.
Ésa fue sin duda la contradicción esencial en su vida, que no llegó a resolver, sino sólo, al final, a aceptar sin pesar ni traza de amargura. Por eso, su mensaje y su vida se encontraron limitados, como por un tope, como por un muro que no supo franquear. Y sobre todo es ahí donde Carpenter, sacando inspiración y coraje de la obra de la persona de su gran predecesor, supo ir más lejos que él, y llevar a completa madurez una misión que retomaba y completaba.

[286] Por supuesto se trata del libro "Cosmic Consciousness", que se ha tratado con detalle en la nota "Richard Maurice Bucke – o el apóstol de la *otra* realidad" (n^o 74).

[287] Las obras de Carpenter citadas por Bucke llegan sólo hasta 1894, y no incluyen los primeros ensayos de Carpenter sobre el tema del sexo, aparecidos ese año. Ignoro si Bucke sospechaba que Whitman (por el que tenía una admiración sin límites, y al que igualaba con Jesús de Nazareth...) y Carpenter eran "uranianos". Tengo la impresión de que no, y de que Bucke no estaba totalmente exento de toda prevención frente al amor homosexual. sí, descarta como suposición "trivial" que los sonetos generalmente atribuidos a Shakespeare hayan podido estar dirigidos (como se piensa generalmente) a un hombre (que habría sido pues su amante). Por el contrario les da un contenido simbólico, siendo el destinatario la "Consciencia Cósmica" (es decir, en el lenguaje de los buenos viejos tiempos, ¡nada menos que Dios!).

[288] Continuación de la nota anterior, "Edward Carpenter (1) – o la mirada infantil".

instante, aún en caliente, a un esbozo biográfico de ese hombre profundo, caluroso, intrépido[289]! Pero en vez de partir para otra digresión, será más razonable volver a Carpenter.

He terminado de leer el único volumen disponible de sus "Obras escogidas"[290], sobre el tema del sexo. ¡ha sido una verdadera delicia! Entre tanto he recibido también de "mi" librero en Londres (¡qué bien!) un pequeño opúsculo de una veintena de páginas, por un presunto pariente y en todo caso homónimo de Edward Carpenter (figura en el catálogo con el nombre de Edward-Frederick Carpenter), título: "Edward Carpenter 1844–1929, Democratic Author and
N 376 Poet, a restatement and ◊reappraisal, by Edward Carpenter"[291]. Lo he leído como si fuera una larga carta, recién sacada del sobre. Es el texto de una conferencia dada en octubre de 1970, sobre la persona y la obra de Carpenter. Detalle revelador de un cierto espíritu, el autor se abstiene de presentarse, y especialmente de aclararnos sobre esa homonimia, que no ha debido dejar de chocar a su audiencia. Claramente es un señor distinguido y muy cultivado, hablando ante un público idóneo. De cultura sólida (pero sin alardear de ella), conocedor a fondo de "su tema", y por otro lado imbuido de las ideas y los valores de un medio, ni se le ocurriría que éstas quizás estén destinadas a evolucionar, y que podrían no ser suficientes para aprehender la naturaleza y el alcance de una obra que se dispone a "reformular". Escrito con cierta simpatía, y hasta con inteligencia, sólo le falta la comprensión. Intenta describir lo mejor que puede un mundo mental y afectivo, incluso espiritual, al que es totalmente ajeno, sin siquiera darse cuenta. Así su "apreciación" está extrañamente desfasada – como un sordo muy cultivado y muy bien informado, que se le ocurriera hablarnos de música...

Sin embargo, a mí que me siento como en casa en ese universo, esa lectura ha contribuido a que me sienta más cómodo aún, guarneciendo , con multitud de detalles (juiciosamente escogidos a fe mía) lo que ya sabía de la vida y la persona de Edward Carpenter. Sólo un ejemplo, ya en las primeras líneas: al cumplir setenta años en 1914 (tres semanas después de que estallase la primera Guerra Mundial), recibió una felicitación colectiva, a iniciativa de Henry Salt, firmada por muchos "hombres distinguidos" (retomando la expresión de Edward-Frederick), entre los que cita a Bernard Shaw, Bertrand Russel, Kropotkine, E.M. Forster, Galsworthy. Esto me muestra que bien sabía Kropotkine quién era Carpenter, y a la inversa también es cierto[292]. Ése

[289] Reenvío a la nota n^o 85 para algunas indicaciones sobre la homeopatía, que Hahnemann comenzó a desarrollar a finales del penúltimo siglo y que aún hoy, después de dos siglos, sigue siendo una medicina de vanguardia muy por delante de la medicina "oficial" de hoy en día. Está bien claro que si hoy viviera Hahnemann, la combatiría tan energicamente como combatió la de su tiempo, del que fue el primero en denunciar las enormes incurias, la brutalidad y la falta de compasión. El cuadro apenas ha cambiado, si no es porque las enormidades que eran corrientes en su tiempo, han sido sustituidas por otras ¡que serán tan increíbles de aquí a cien años, como nos cuesta imaginar las que en su tiempo eran consideradas como el ABC del arte médico! Añadiría no obstante que además de ser el padre de la homeopatía – el arte de la medicación sin efectos secundarios nocivos – Hahnemann fue el apóstol solitario, abucheado por la profesión médica, de la mayoría de las ideas sanas que desde entonces ha logrado la medicina actual: la importancia para la salud de una alimentación equilibrada, del ejercicio regular, del aire libre; la extrema importancia de la higiene en el ejercicio de la profesión médica, y especialmente frente a las enfermedades infecciosas. Fue el primero, treinta años antes que Pasteur, en tener la intuición y en afirmar que el contagio se realiza por medio de seres microscópicos (a los que se abstuvo de dar un nombre, cual el nombre consagrado actualmente de "microbios" o de "bacterias"). Además, al revés que la medicina de su tiempo y que la actual (más parcelada que nunca), insistía sobre la necesidad de que el médico tratase "no una enfermedad, sino un enfermo"; es decir, de tener en cuenta, para el diagnóstico y más aún para el tratamiento, de todas las particularidades conocidas del paciente, incluyendo su temperamento psíquico. Estamos lejos de la medicina aprieta-botón: tal enfermedad, tal peso – tal dosis de antibióticos: ¡adjudicado, el siguiente!

[290] Como señalo más adelante, están anunciados tres volúmenes, los otros dos sobre los temas "Sociedad" y "Espíritu".

[291] "Edward Carpenter 1844–1929, autor democrático y poeta, una reformulación y una reapreciación, por Edward Carpenter". Editado por Dr. William's Trust, 14 Gordon Square, London WC 1H O A G, en la colección "Friend's of Dr. William's Library". En parte alguna del opúsculo se encuentra una explicación de esa extraña broma de un discurso póstumo sobre Edward Carpenter – ¡por Edward Carpenter! Que entienda el que pueda...

[292] Ya me había planteado la cuestión, durante la reflexión de la Llave de los Sueños, de si esos dos hombres, ambos "pensadores anarquistas", se habían conocido. En todo caso Carpenter menciona a Kropotkine en su

N 377 también era un signo, entre muchos otros ◊más personales y más elocuentes, de la proyección poco común de Carpenter – una proyección que emanaba de su personalidad calurosa y vibrante y de la que su vasta obra escrita es como un reflejo tamizado.

He apreciado especialmente un extracto de una charla dada por Carpenter en enero de 1886 ante la "Fellowship of the New Life" ("Los Compañeros de la Vida Nueva"), en la que (nos dice su homónimo) "explicaba largo y tendido cómo había simplificado deliberadamente su modo de vida, lo que le había aportado mucha felicidad". (NB. Su "iluminación" y su "retorno a la tierra" tuvieron lugar en 1881, unos años antes.) es éste (en loc. cit. p. 21):

> "Cuando mi desgastado abrigo llega a una intimidad amorosa con mi cuerpo, cuando me ha vestido los domingos y después entre semana, y ha sido lavado en los campos por la lluvia y los vientos – entonces, siempre fiel, no me abandona sino que, hecho tiras y jirones, se pone en el suelo como cojín bajo mis pies ante la chimenea. Después, totalmente desgastado, se va a la caseta del perro para mantenerlo caliente, y así después de muchos años volviendo a la tierra con la basura, regresa a mí en forma de patatas para mi cena; o como hierba zampada por las ovejas, reaparece en sus espaldas como material para nuevas vestimentas. Así es un amigo para siempre, agradecido de que no lo desprecie y lo tire en cuanto pasa de moda. Y viendo que hemos sido fieles el uno al otro, mi abrigo y yo, durante el "round" de toda una vida, no veo por qué no habremos de renovar nuestra intimidad en otras metamorfosis, o por qué perderemos completamente contacto el uno con el otro a través de innumerables eones..."

N 378 ◊No pretendo que este corto pasaje resuma el pensamiento político de Carpenter, pero en su humor sonriente y afectuoso, me parece que es como un símbolo. Seguramente jamás fueron las cifras y las estructuras, ni los comités y los discursos, su guía infalible a través de la barahúnda del Mundo, sino más bien una especie de instinto espiritual elemental, parecido al de un recién nacido que, en ausencia (pudiera creerse) de toda experiencia previa y en todo caso de cálculo, sabe encontrar el pecho de su madre y bien sabe para qué sirve. ¡Que las cifras, después, se las arreglen para servir fielmente a ese instinto! Pero cual una embaucadora, "la Cultura" tiende a hacernos rechazar la teta en nombre de las cifras. Con la melodía de: si todo el mundo fuera un sentimental como ese soñador de otra época, los obreros textiles se irían al paro, ergo: ¡viva la moda y el derroche! Pero por mi modesta parte, habiendo leído la "saga del abrigo de Edward" cien años después de que fuera cantada sin ambages ante dichos "Compañeros de la Vida Nueva" (un nombre, como el que diría, que me dice algo...[293]), confieso que me he reconocido en ella instantáneamente – ¡un verdadero flechazo si no fuera ya cosa hecha! Y aunque sea matemático,

---

autobiografía "My days and dreams" (hoy agotada), en un pasaje citado en las "Obras escogidas" citadas, en la larga introducción de Noël Greg (loc. cit. página 53). En ese pasaje, Carpenter se felicita de que ninguno de los grandes mascarones de proa del naciente movimiento obrero (entre los cuales cita especialmente a Kropotkine) haya

> "logrado atrapar al movimiento social durante esos años y moldearlo según sus propios deseos. Porque una vez que una camarilla cualquiera se lo meta en el bolsillo, ese movimiento se derretirá y se degradará en algo carente de sentido. Pero, como acabo de intentar mostrar, el verdadero movimiento de ese periodo tenía demasiada grandeza para tal destino..."

Fue un periodo de inmensas esperanzas, esperanzas que Carpenter, al igual que Kropotkine e innumerables otros militantes de la causa obrera, compartía. La "grandeza" de que habla es aquella, ciertamente, de la que su largo poema "Hacia la Democracia" pretendía ser mensajero. Pero después de la guerra del 14–18, y de los años de la posguerra, debió desencantarse. O mejor, sin perder la esperanza en una visión demasiado imperiosa, demasiado arraigada en lo profundo de su ser como para poder ser expulsada, comprendió que eso no sería antes de mucho tiempo, de muchísimo tiempo; que se había equivocado en sus previsiones por lo menos en un siglo...

[293] "Cosas como ésa" han sido ampliamente tratadas en todo el capítulo VI del texto principal (Siembras para una Misión), y más particularmente en la sección "El hombre nuevo – o la superficie y la profundidad" (n° 61), y también en "Caballero de la vida nueva" (n° 63).

sé positivamente que es Carpenter el que tiene razón, y no las cifras ni "el Progreso" o "la Cultura" o cualquier otro nombre que se dé a los sofismas de un mundo delirante.

Quizás Carpenter sea el primer hombre en el mundo (todo lo más con Whitman, y con más claridad, con más fuerza aún que él), que no sólo haya sentido oscuramente, sino que haya tenido además la audacia y la fe de decir públicamente de mil maneras, con palabras claras y también con su misma vida, que "lo personal *es* lo político"; que toda "política" que no tome como punto de partida y como fin lo que es lo más íntimamente, lo más delicadamente personal en el hombre, es una aberración, es un martillo pilón fabricado para aplastarnos inexorablemente. Ése es un aspecto de la persona y del pensamiento de Carpenter que Noël Greig, en la introducción al volumen de "Obras escogidas", pone como es debido por delante, para situarlos en nuestro tiempo. Por eso, entre otros aspectos, sin duda Carpenter es el más auténtico precursor del "Mayo del 68", y del movimiento de revolución cultural que le siguió un poco por todas partes en Occidente. "Precursor" si se quiere, pero con una madurez, una profundidad y una fidelidad,
N 379 que en vano hubiéramos buscado, creo, entre los innumerables protagonistas ◊de esa aventura grande y breve. Y esa aventura en modo alguno era "marginal" como ha podido pensarse, en modo alguno era un epifenómeno aberrante (que nos apresuramos a olvidar...), sino una marejada de fondo incomprendida y poderosa, y el primer y asombroso anuncio de una Mutación de muy distinta amplitud y profundidad[294]. Ese Carpenter "precursor" era más bien un "*adelantado*" de ese movimiento, que, un siglo después que él, ha reproducido a nivel colectivo (de modo más numeroso si no más "grande" ni más profundo...) la "revolución cultural personal" por la que él mismo pasó hacia los años 1870, desencadenada entonces por su primer encuentro con la poesía de Whitman. Y hoy como hace cien años, Carpenter está todavía muy por delante de nuestro tiempo igual que de su tiempo, mucho más allá de ese "Muro"[295] que el mundo moderno habrá de franquear, ¡lo quiera o no! y que la ola surgida de Mayo del 68 ha sido incapaz de sumergir.

Más que ningún otro de esos "hombres del mañana" que desde hace tres meses estoy intentando conocer – más aún que un Whitman o que un A.S. Neill, Carpenter es, amis ojos, el que encarna más completamente, más totalmente, ciertamente en su obra[296] pero en primerísimo lugar en su persona y en su misma vida, el ciudadano libre del Mundo del mañana. Participando plenamente en el mundo de los hombres en que había nacido, en sus luchas, en sus sufrimientos; y a la vez atado, y educado y alimentado por los afectos del corazón y los de la carne, supo realizar en su persona y en su visión de las cosas la libertad y la frescura de la mirada infantil, a la vez que la amplitud y la profundidad del visionario plenamente adulto. Por eso veo en él, más que en ningún otro hombre que haya conocido, un mensajero predestinado de ese Mundo del mañana, a punto de nacer dolorosamente sobre el cadáver putrefacto del antiguo.

N 380 ◊Sin embargo, no he encontrado a nadie en Francia que haya oído el nombre de Edward Carpenter, si no es por haberlo escuchado de mi boca. Y mis lecturas de las dos últimas semanas me muestran que también en Inglaterra y en los Estados Unidos, ese nombre es mucho menos conocido de lo que pensaba. Ya en los años de las posguerra (la del 14–18), en los diez últimos años de su vida, y dejando aparte sus numerosos amigos en todas las clases sociales, su nombre tenía tendencia a deslizarse en el olvido. Eso no afectaba mucho a Carpenter, viendo que al menos algunas de las ideas que antes había sido más o menos el único en decantar dentro de sí, y en dar a conocer y en defender, entraban progresivamente en los espíritus y comenzaban poco a poco a formar parte del aire de los tiempos, incluso si su nombre no las acompañaba.

[294] Véase, en el capítulo citado en la anterior nota a pie de página, las secciones "Una charrúa llamada Esperanza" y "El Soplo y la Tempestad" (n^{o}s 59, 60), e igualmente las notas n^{o}s 18 y 44.

[295] Para esta imagen del "Muro", véase la nota "Neill y el más allá del Muro – o el pensamiento, y el ser" (n^o 89), especialmente las páginas N 324 – N 326.

[296] A decir verdad, para pronunciarme sobre esa obra, sólo dispongo de dos volúmenes de una veintena. Pero éstos, y las numerosas citas de otras obras que se encuentran en el libro de Bucke "Cosmic Consciousness" y en la ya citada larga introducción de Noël Greig a las "Obras escogidas", me permiten, pienso, hacerme ya una idea bien fundada sobre el espíritu y el alcance de toda su obra.

Después de su muerte en 1929, durante los siguientes cuarenta o cuarenta y cinco años, hubo cuatro o cinco ocasiones en que algunos de sus amigos, como empujados por el sentimiento de un austero deber, se sintieron obligados a recordarle ante el gran público que, claramente, sólo escuchaba con una oreja distraída esos elogios fúnebres bien intencionados de personas que comenzaban también ellos a hacerse viejos, hablándole (casi como excusándose...) de uno de los suyos que había muerto ¡ay! y tan gentil, que todo el mundo quería olvidar. ¡Nuestros son los viajes a la luna, el Hifi, los ordenadores! ¡Nuestros los viajes organizados, los aviones supersónicos, la bomba de neutrones, y el coche que se cambia cada tres años! ¡Nuestras las vacaciones pagadas, las cuarenta horas, los sindicatos rutilantes como el Banco de Inglaterra, y los diputados "obreros" rivalizando en standing y en elocuencia con los de los patronos! Que los muertos, o los moribundos que para eso están ahí, entierren a sus muertos...

El "restatement and reappraisal" de Edward Carpenter por (¡otro!) Edward Carpenter fue probablemente el último esfuerzo de ese género. La simpatía del distinguido autor de la homilía fúnebre por su antaño ilustre homónimo no le impide sin embargo, con toda la objetividad que conviene, sancionar sin réplica un olvido que, en 1970, parecía casi total: "Pienso que se ha de admitir, leyendo a carpenter hoy en día, que parece casi evidente que jamás podrá tener un lugar permanente en la literatura inglesa" (loc. cit. página 12). Y de proseguir dando las "evidentes" razones literarias[297].

N 381 ◊Nada en el opúsculo dejaría suponer que el autor ha sentido a poco que sea los efluvios de un viento nuevo que ha comenzado a soplar hace dos años y medio, y que en ese momento debía comenzar a dejarse sentir al otro lado del canal de la Mancha. El caso es que menos de diez años después de ese veredicto perentorio, condenando a un cierto Carpenter a la vana curiosidad de los eruditos especialistas en la Inglaterra literaria del último siglo, ese mismo Carpenter estaba de nuevo de actualidad. Esta vez lo que se reconocían en él no eran militantes de una causa obrera o defensores de cualquier reforma social, u objetores de conciencia, o neorrurales más o menos vegetarianos, ni los buscadores de alguna nueva mística medio-Oriente medio-Occidente. Sino que eran (¡alegría, alegría!) mujeres y hombres del "Women's Lib" y del "gay Movement" – los celadores y celadoras de los movimientos de liberación sexual y más particularmente, de los "uranianos" igual hombres que mujeres. Algunos años más tarde (en 1984 y 1985 – ¡más vale tarde que nunca!), es la editorial especializada en el "Gay Movement" y en las cuestiones acerca de la homosexualidad, la "Gay Modern Classics", la que toma la iniciativa y se arriesga a una reedición de la obra maestra "Towards Democracy" (la anterior edición se remontaba a 1949 y estaba agotada desde hacía mucho), y a un proyecto relativamente ambicioso de "Obras

[297]Si hago abstracción de las sempiternas peticiones de principio al uso, para demostrar "lo que hay que demostrar", las razones dadas se reducen a ésta: que "a pesar de mi devoción por mi homónimo, he encontrado la lectura de "Hacia la Democracia" muy laboriosa" – y de comparar desfavorablemente esa obra con las "Hojas de Hierba" de Whitman, de la que sería "en ciertos aspectos una *imitación*" (soy yo el que subraya). Aún rechazando ese término de "imitación" como decididamente impropio, he de admitir que a esas críticas no les falta algo de razón. Yo también he sufrido en mis recientes esfuerzos por leer "hacia la Democracia" (¡y Dios sabe que no me faltaba la buena voluntad!), y me ha dado dentera esa persistente impresión de encontrar ahí, multiplicados por diez, ciertos procedimientos estilísticos típicos y ciertos excesos del "Canto de mí Mismo" de Whitman – ¡y especialmente los que ponen a prueba el aguante del lector! Quizás también es cierto que mientras que Whitman da la impresión de ser un poeta nato (aunque ese poeta no nació hasta 1855, cuando Whitman tenía treinta y seis años...), Carpenter sólo es poeta a ciertas horas – ¡y tal vez no a todas las horas en que escribió su poema de 400 páginas! Pero si se nota una fuerte influencia de Whitman en la forma, y un parentesco evidente en los mensajes de uno y otro, para mí es algo evidente que Carpenter no es hombre que "imite" a nadie. Es portador de una misión única, que prolonga la de Whitman y se apoya en ella, cierto, pero que va mucho más allá, como no puede ser de otro modo en una auténtica relación de filiación espiritual.
Dicho esto, reconozco que salvo uno o dos pasajes poéticos, me atrae mucho más la prosa de Carpenter que su poesía. Pero eso es algo subjetivo. Como el mismo Edward-Frederick recuerda, han sido numerosos los lectores de "hacia la Democracia" sobre los que esa obra (según su propio testimonio) ha tenido un impacto profundo y duradero; no menos vivo y fecundo (me ha parecido entender) que el que ha tenido la lectura de "Hojas de Hierba" en algunos lectores de Whitman (incluyendo al mismo Carpenter).

escogidas" en tres volúmenes: "Sexo", "Sociedad", "Espíritu".

N 382 ◊Es verdad que sólo el primero de los tres volúmenes ha visto la luz del día. Mi librero en Londres me asegura que los otros dos nunca serán publicados. Y supongo que estará bien informado – ¡a corto plazo! Los flujos y reflujos de los gustos de un público suficientemente numeroso para que una edición sea rentable, ¿quién puede predecirlos? Hay que pensar que los Gay Modern Classics no han hecho, con Carpenter, un buen negocio, y han preferido cancelar la continuación del proyecto.

hay que decir que en estos años 80, el soplo de un cierto Mayo del 68, ese "soplo que llega de fuera", ha tenido tiempo de desvanecerse. Decididamente lo que queda es más profundo que los recuerdos conscientes que se han difuminado, ¡hasta el punto de parecer tan irreales que dudamos en darles fe! Más profundo y también más delicado, seguramente, que lo que hace vender libros de tirada razonable, y permite subsistir a una casa editorial. Y sin embargo, yo que no soy experto en librerías ni editoriales, ni a decir verdad profeta, no tengo ninguna duda de que la docena o veintena de libros escritos por dicho Carpenter (libros de los que hasta ahora ni siquiera he conseguido una lista completa...[298]), sin contar sus artículos, ensayos, charlas, cartas y toda clase de escritos que se pongan a mano, van un día de estos no tan lejano, a ser exhumados como tesoros inapreciables y ser publicados, traducidos, meditados...; no en la euforia de una moda en boga, sino por generaciones y generaciones; no para cosquillear una curiosidad erudita y aburrida, sino para nutrir y para inspirar a los hijos y los nietos, las hijas y las nietas, después de haber nutrido e inspirado a los padres y a los abuelos.

N 383 ◊(98) De Whitman-el-padre a Carpenter-el-hijo – o la epopeya y la Papelera del Progreso (28 y 29 de diciembre)[299] Me pregunto por qué razón, mientras que la audiencia de Walt Whitman no ha cesado de crecer durante los casi cien años que han pasado de su muerte, la gente se ha apresurado por el contrario en olvidar a Edward Carpenter ya en los años siguientes a su muerte en 1929. Su nombre conoció una nueva y efímera popularidad en los años 70, en la estela del movimiento de "Contra-cultura" y del "Gay Movement" en Inglaterra. Mi perplejidad al respecto viene de que para mí está claro que las misiones de ambos hombres son íntimamente solidarias, y que la estatura de Carpenter como hombre, como escritor, como pensador y también como "hombre de estudios", no cede en nada ante la de Whitman. Hay que añadir que, por el hecho mismo de que la misión de Carpenter está como injertada en la de Whitman y la prolonga, llega considerablemente más lejos. La veo como el verdadero *cumplimiento* de la misión de Whitman, cuyo impulso generoso y potente de alguna manera permanecía inacabado, insatisfecho, tanto en su vida personal como en su visión del mundo actual y en la obra escrita que la refleja.

A nivel afectivo y carnal, parece que toda la vida de Whitman, o poco menos, estuvo marcada por la miseria de una necesidad profunda que permaneció insatisfecha por siempre jamás. (Como fue el caso también de Carpenter, quizás de modo más cruel, aún más doloroso, antes de que ese nudo terminase por desatarse, cuando apenas estaba en la treintena y su obra estaba aún toda entera ante él...) Así, la imagen de sí mismo que a Whitman le gustaba mostrar, en su obra y ante sus amigos, la de una sensualidad vigorosamente viril y plenamente desarrollada, extrañamente estalla frente a la humilde realidad de su vida. No diría que era un bluff (como algunos de sus biógrafos dan a entender), que esa imagen era totalmente inventada. Para poder mostrarla con tal poderío. con tal convicción ajena a toda finta, hace falta que en

[298] Mientras que en Inglaterra sólo los dos libros de carpenter citados, en la Gay Modern Classics, están disponibles hoy en día, hay varias casas editoriales más o menos marginales en Estados Unidos que ofrecen (para uso sobre todo de bibliotecas y bibliófilos) reediciones en facsímil bastante caras de obras de Carpenter, y también una bibliografía general de esas obras. Aún no he podido contactarlas, y procurarme todo lo que esté disponible. Desgraciadamente, no parece que la autobiografía "My days and dreams" forme parte. Ahora mismo ése es el libro de Carpenter que me interesaría más que cualquier otro.

[299] Continuación de la nota anterior "Edward Carpenter (2) – o entierro y metamorfosis de un vivo".

alguna parte de él realmente esté bien viva, vibrando seguramente con el deseo de lo que hubiera querido ser, de lo que hubiera *podido* ser si a esa potencialidad de su ser rico y multiforme se
N 384 le hubiera dejado desarrollarse. Pero no es menos cierto que ése *no* es ◊Walt Whitman, que en la intimidad de su vida real, no era "un duro, un kosmos[300]..." y todo eso. Igual que Edward después de él, era un tierno, un apasionado del amor y la amistad, que un implacable espíritu de los tiempos encerraba en una soledad afectiva que ninguna devota amistad por parte de sus jóvenes admiradores y discípulos, creo, pudo jamás colmar. Su vida real, era la de un hombre que sufre y que no encuentra en él ese último coraje de no ocultar su sufrimiento como un estigma, de mostrarlo a los ojos de un mundo indiferente, sarcástico, burlón...

Ciertamente, ¡nadie podría reprochar a Walt Whitman falta de coraje en su obra! Había estado virtualmente solo, abucheado por la alta sociedad casi al completo, por nadar contra la todopoderosa corriente de las convenciones literarias y, sobre todo, de todo lo que pasa por decoroso y pudoroso. Tal coraje es la señal donde la haya de un alma grande, digna de un gran destino. Dicho esto, es forzoso reconocer también que la profesión de fe tan cara a Whitman, que su poesía era él mismo, que ella y el hombre eran sólo uno – que esa orgullosa afirmación no era verdad más que a medias. Formaba parte, seguramente, de los velos de ficción con los que se protegía, a veces con un aire bravucón, de la mirada de un mundo pusilánime y malvado.

Quizás no fuera exagerado decir que la grandeza única de Carpenter, de la que brota la excepcional cualidad de visión y de verdad de toda su obra, es haber encontrado ese "último coraje" para no protegerse. Al final de la primera y más dolorosa de las etapas de su camino, se liberó de los velos que todos llevamos, para lo mejor y para lo peor, interponiéndose entre la mirada de los demás y nosotros mismos, e incluso entre nuestra mirada y nuestro ser profundo. Llegado a un cierto punto de su caminar[301], tuvo el coraje de "vivir desnudo". Fue entonces,
N 385 seguramente, cuando su ◊obra llegó a ser el fiel reflejo de su misma persona, tamizada solamente por la más elemental prudencia en la expresión. (Prudencia impuesta entonces por el contexto

[300] N. del T.: Quizás sea una alusión a un poema de Walt Whitman llamado Kosmos,

> Who includes diversity and is Nature,
> Who is the amplitude of the earth, and the coarseness and sexuality of the earth, and the great charity of the earth and the equilibrium also,
> Who has not look'd forth from the windows the eyes for nothing, or whose brain held audience with messengers for nothing,
> Who contains believers and disbelievers, who is the most majestic lover,
> Who holds duly his or her triune proportion of realism, spiritualism, and of the æsthetic or intellectual,
> Who having consider'd the body finds all its organs and parts good,
> Who, out of the theory of the earth and of his or her body understands by subtle analogies all other theories,
> The theory of a city, a poem, and of the large politics of these States;
> Who believes not only in our globe with its sun and moon, but in other globes with their suns and moons,
> Who, constructing the house of himself or herself, not for a day but for all time, sees races, eras, dates, generations,
> The past, the future, dwelling there, like space, inseparable together.

[301] Con lo poco que ahora sé de la vida de Carpenter, no sabría situar ese "punto" en el tiempo, por ejemplo respecto del viraje capital en su vida que fue su iluminación, con la aparición de lo que el mismo Carpenter llama a veces con el nombre de "consciencia cósmica" (tomándolo de Bucke). Seguramente la lectura de poesía de Whitman, que conoció cuando tenía veinticinco años (en 1868 ó 1869), debió jugar un papel importante en su descubrimiento de otros hombres que compartían su temperamento "uraniano", y le permitió encontrar poco a poco un inesperado desarrollo afectivo y carnal, después de una larga travesía del desierto. Esa evolución previa debió llegar a plenitud cuando ya estaba en la treintena, y preceder (si no me equivoco) a su iluminación, que tuvo lugar en 1881, cuando tenía treinta y siete años. Ésta, seguramente, debió al menos contribuir a darle una íntima seguridad para afirmarse simplemente como era, para "vivir desnudo" (como escribo en el texto principal). La obra "mayor" de Carpenter comienza inmediatamente después de ese momento crucial, con la escritura, en la estela de esa experiencia, de la pieza central de esa obra, "hacia la Democracia".

particularmente represivo del tiempo y el lugar). Su obra y su persona eran *uno* de manera tan espontánea y tan evidente, que nunca se le ocurrió decirlo. Era algo obvio, para él y para todos aquellos para los que escribía – ¡para todos aquellos a los que amaba!

¿Diría que por esa cualidad de verdad excepcional, por esa desnudez, Carpenter es "más grande" que su predecesor? ¡Me guardaría mucho! Pero es verdad que alcanzó una madurez más avanzda, y una visión del mundo y de sí mismo si no más vasta, al menos más clara y más penetrante. Lo que en Whitman permanecía a menudo al nivel de un sentimiento por así decir bruto, a penas depurado por una expresión poética también áspera como una corteza en bruto, es sentido por Carpenter de manera no menos viva ni menos profunda, pero ha sido sometido por él, además, a un *trabajo* del pensamiento. Trabajo amoroso, paciente, meticuloso según convenga y (me parece) siempre, por así decir, riguroso. Es el tipo de trabajo que rara vez se presta a la expresión poética, y para el que la escritura en prosa es el medio irreemplazable y predestinado.

Pero además y sobre todo, hay aspectos cruciales del mundo moderno que no percibían Whitman ni sus contemporáneos, o percibidos a lo más de modo epidérmico, precipitado y borroso. Tomó parte con un fervor sin reservas en lo que podría llamarse "la epopeya de la civilización moderna", de la que sus queridos Estados Unidos de América eran a sus ojos el portaestandarte más apropiado, joven y dinámico. (¡Pondría los ojos a cuadros si regresara, y viera el género de proezas del novato de antaño tan lleno de promesas!) Ese poderoso dinamismo le encantaba, sí le fascinaba, como la fuerza bruta con la que le hubiera gustado identificarse, parecerse (pues en su vida desde siempre y en todas partes esa fuerza era apreciada, aceptada, admirada...). Entrenado como todos en ese espejismo de epopeya, nunca vió ni sospechó, creo[302],
N 386 hasta qué punto esa fuerza y ese impulso no son más ♢que "el haz" prestigioso, con aires heroicos, de un cierto *espíritu* cuyo "envés" es de menor prestancia: una brutalidad sin piedad, ávida e inconsciente de sí misma, pusilánime, jamás temblorosa ante las grandes realidades y los grandes misterios de la vida. En compensación a ese miedo a la vida y a ellos mismos, y como exutorio de su agresividad duramente comprimida, he ahí unos hombres lanzados a una ciega huída hacia delante, conquistando por la ilusión de dominar, destruyendo sin mirar por la ilusión de actuar; una carrera sin final si no es, como mucho, su propia destrucción en los humeantes escombros de esa civilización de la que son los esclavos, arrastrando con ellos a todo el planeta.

Esa realidad, Whitman jamás osó verla. Jamás (por lo que sé) quiso quitarse la borrachera de la embriagante Epopeya de la Civilización, de la que un día se sintió el cantor autorizado. Comentó de lejos y por encima, con generosidad de espíritu pero sin implicarse con las tripas, ciertos síntomas (cual el sempiterno "Problema Negro") de un profundo mal, aparentemente incurable, del que siempre se guardó mucho en constatar: el "*mal de la civilización*". ¡La enfermedad infantil de nuestra especie[303]! Cuando la pústula del "problema de los negros" reventó por primera vez, con la guerra de secesión en los años sesenta, esa guerra le marcó abriendo su gran corazón al sufrimiento y a la muerte de sus hermanos conocidos y desconocidos, tanto de los Estados del Norte como los del Sur, pero sin embargo no pudo abrir *sus ojos* a la realidad de esa enfermedad.

Pero otra vez más: a cada vida le basta su afán. No, nadie puede decir que a Walt Whitman, ese infatigable guerrero, le ha faltado coraje para nadar contra la corriente, durante toda su vida. Y si su fraternal voz no hubiera cruzado el Océano y no hubiera alcanzado al joven Edward Carpenter para enseñarle que no estaba (como le parecía) totalmente solo en el mundo, Dios sabe si ese hombre desamparado jamás hubiera encontrado la fe y el impensable

[302] Como Carpenter viajó dos veces a América para encontrarse con Whitman, sin contar la correspondencia entre ambos, se supone que no dejaría de hablarle de lo que tan claramente veía y éste no veía. Sería particularmente instructivo tener el testimonio de Carpenter acerca de esos encuentros, y más particularmente acerca del intercambio que no pudo faltar entre ellos sobre el "problema de la civilización".

[303] Véase la nota "Las dos vertientes del "Mal" – o la enfermedad infantil" (n^o 43).

atrevimiento de encontrarse a sí mismo, y al hacerlo, de descubrir día tras día y de crear su misión.

Entre Whitman y Carpenter, al hilo de las últimas semanas descubro la fuerza y la ex-
N 387 traordinaria fecundidad de una relación de "filiación espiritual" ◊como no habrá habido muchas en nuestra historia[304]. Y por eso los clichés corrientes que nos muestran un Edward Carpenter "sentado a los pies"[305] del "Maestro" Walt Whitman. Pero si Whitman fue, no un "maestro" sino un predecesor de Carpenter, e incluso un "padre espiritual"[306], eso no hace que Carpenter sea menos grande. Y si, con la ayuda fraternal (o paternal, ¡qué más da!) del mayor, Carpenter llegó considerablemente más lejos que él, si pudo llevar a una madurez que me parece perfecta la misión inacabada de su gran predecesor, eso no le vuelve sin embargo mayor que él. La "grandeza" de una existencia humana no se mide por el punto de llegada. Está en el camino recorrido, y en la fe y la fidelidad que han hecho falta para recorrerlo, en contra de innumerables y pertinaces resistencias; tanto de las que vienen del mundo, como de las, aún más insidiosas y más difíciles de frustrar, que viven en nosotros mismos y que hacen coro con la voz burlona y zalamera del mundo.

Me parece que estas migajas de reflexión aportan alguna luz a la cuestión que planteaba al principio, cuando confrontaba el creciente prestigio literario que desde hace cien años rodea al nombre de Whitman, al olvido que rodea el de Carpenter. La razón neurálgica de esa diferencia de fortunas, la veo justamente en *eso* que hace de Carpenter el "interlocutor predestinado" del mundo moderno; confrontado como está éste (muy a su pesar, y sin decidirse aún a rendirse a la evidencia...) a la necesidad inminente, acuciante, de su propia mutación. Whitman primero fue vilipendiado y prohibido por haberse atrevido a dejar entrever formas de sentir y de mirar que en
N 388 su tiempo parecían ◊inaceptables y sacrílegas. La novedad esencial de su mensaje, quizás, fue la glorificación de Eros, *y* a la vez la de las cosas y las gentes "ordinarias", tal y como nos las revelan nuestros sentidos también ordinarios, pero transfiguradas bajo su mirada de poeta por la realidad espiritual que íntimamente las impregna y que le habla a través de ellas. Ese mensaje, todo lo escabroso y escandaloso que parecía antes, sin embargo no ponía verdaderamente en duda ni las gentes ni la sociedad. Todos somos dioses que se ignoran – ¿por qué no? Y la sociedad formada por todos esos dioses que todavía han de descubrirse, progresa con pasos vivos (¡el Progreso no se detiene!) hacia ese conocimiento de lo divino en ella y en todas las cosas, incluyendo en las menos nombrables – ¡mejor aún! A un nivel verbal, o "cultural" (en el sentido corriente, superficial del término), ese mensaje podía muy bien ser "integrado" tranquilamente (o "recuperado", como se decía con toda justicia en los tiempos de la Contra-cultura...) y lo fue; igual que en nuestros días el yoga, el zen, la meditación trascendental "y todo eso" son engullidos e integrados, sin que por eso nada cambie. Conectamos un nuevo discurso espiritualista, o nos sentamos con las piernas cruzadas y respiramos así o asá pensando "Om" – ¡y ya está! Ciertamente, recitando a Walt Whitman (aderezado tal vez con una pincelada de D.H. Lawrence) entre gente refinada y en buena compañía, aún se está lejos de su verdadero mensaje – pero eso, ¡eso es otra historia!

Pero (volviendo a Carpenter) tomad en cambio esa historia de su abrigo. Su conmovedora

[304] Véase no obstante, para un ejemplo de magnitud comparable (Nichiren –Fujii), la nota "Filiación y crecimiento de una misión" (n^o 64).

[305] Esta expresión se utiliza realmente en el opúsculo sobre Edward Carpenter (por – Edward Carpenter), que hemos tratado en la nota anterior. Esta perla figura en la segunda página del texto, junto con la mención de su viaje a la India "para buscar la luz con un gurú hindú"; en suma compartiendo su tiempo, pudiera creerse, ¡entre los "pies" de su gurú americano y de su gurú hindú! Señalo que su primera visita a Whitman se sitúa en 1883, el año en que aparece la primera edición de "Towards Democracy". Su viaje a la India tuvo lugar siete años después, en 1890, y es el tema de su libro "From Adam's Peak to Elephanta" (sobre el que todavía no he logrado poner la mano).

[306] Tomo el término de "padre espiritual" en el sentido fuerte en que lo emplea Marcel Légaut, a quien debo haber comprendido, en contra de mis bien asentadas ideas, que la relación de filiación espiritual puede realmente existir en ese sentido. Hablo de esto por primera vez, en La Llave de los Sueños, en la nota "Marcel Légaut – o la masa y la levadura" (n^o 20).

elegía a un viejo abrigo que, después de toda una vida de fidelidad recíproca y sin fisuras, termina en un montón de basura y gentilmente regresa en forma de lana en la espalda de sus ovejas. Es encantadora si se quiere, pero también, hay que reconocerlo, ¡da escalofríos! Y eso tanto más que el protagonista de ese idilio campestre está considerado como (a penas podría creerse) ¡uno de los primeros militantes del movimiento obrero! Tales rollos (se dirá con razón) quizás puedan pasar en el último siglo, cuando los obreros trabajaban doce horas al día sin cuarto de baño ni TV ni Seguridad Social, y se consolaban, hay que suponer, como podían. ¡Pero la marcha triunfante de la Historia no se detiene! Para algo sirven las guerras, pues ya en la estela de la penúltima "última" guerra, otro viento se puso a soplar en el mundo obrero, ¡en buena hora! Porque los patrones, ellos se dan el gusto de cambiar de ropa todos los años si les place, ¡¿por qué los obreros que son bien equiparables, no cambiarán de abrigo cuando comience a gastarse por las sisas e incluso, si sube el nivel de vida, cuando deje de gustarles?! Lo mismo
N 389 terminan ganando las porquerías caseras – el idílico montón de ◊basura, es bueno para los ricos que puedan pagarse una segunda residencia en la campiña. Sin contar que para que la industria gire y la paga entre, hace falta que el consumo vaya a buen ritmo, hay que ser lógicos. Por cada abrigo nuevo que vale doscientos del ala y que se tira a la basura sin pensárselo dos veces, son doscientos del ala (menos los beneficios del patrón, y de los intermediarios) que entran en la paga del camarada obrero en la textil. He ahí la solidaridad obrera bien entendida. ¡Y he ahí a la vez el ABC de la economía política a la altura del siglo de la abundancia y los HLM[307]!

Eran cosas que los amigos de ese soñador de Carpenter, cuando tímidamente intentaban recordarle ante un público educado y aburrido, ciertamente no podían dejar de sentir. Para ellos, era el chico encantador y todo eso, de acuerdo, gentil y valiente y todo lo demás y nada bruto, pero (hay que reconocer las cosas como son) que había sido superado por su tiempo, o al menos, por el tiempo que le siguió. Los marxistas, que no se andan por las ramas, dirían que es bueno (y no sólo su abrigo y sus ovejas y su lana) para la famosa "Papelera de la Historia". Sin embargo, curioso y consciente como ninguno, bien se lo había empollado Edward, el no menos famoso "Capital" de Marx (que bien pocos de nuestros marxistas de buen cuño se han tomado la molestia de leer...) Es decir, nadie escapa al destino dialéctico que fue el suyo, cuando intenta atravesarse en las ruedas de la diosa Historia, alias El Progreso.

En cuanto a la Papelera, esa chica provocativa y ridícula, bien puede decirse que prospera y que nunca le había ido tan bien. Si con razón el robot-ordenador se pone como un símbolo-tarjeta-de-visita del mundo moderno, en esta segunda mitad de nuestro siglo, la Papelera es otro de sus símbolos, menos presentable tal vez pero más elocuente, más cotidiano y, por decir todo, más acogedor por no decir, ¡devorador! Después de "el haz"-prestigio electrónico, he aquí "el envés"-residuos más familiar, de un "espíritu" o de una "epopeya" (ejem, ejem) de orígenes lejanos... Allí se tiran alegremente, a la Papelera del Progreso, por supuesto los queridos viejos abrigos y además los semiviejos y los nuevos pasados de moda, y de paso la lana de las ovejas de Edward (ventajosamente reemplazada por la sintética), y moda tras moda y lo nuevo y lo viejo y los zarrios del desván los sofás desvencijados, radios, coches, lavabos, neveras, y cualquier lote de muebles y de ropa y de tarros de mermelada de la ancianita que acaba de morir cuyos herederos no saben qué hacer (o que no deja herederos...); y los recuerdos que ya no queremos y los viejos y viejas que hemos visto demasiado (y que se obstinan en no morir), y los extranjeros indeseables que hay que devolver a su casa, y el obrero robado y los gatos reventados y los
N 390 perros ◊aplastados y oleadas de indígenas ametrallados – y tribus y pueblos enteros con sus chozas y todos sus utensilios sus creencias sus dioses sus costumbres milenarias, aplastados en un momento por la apisonadora del Progreso: los cadáveres a la Papelera y sus tamtams sus totems sus talismanes y sus dioses a los museos y en nuestros eruditos grimorios y en la inagotable memoria de nuestros inigualables superordenadores...

[307] N. del T.: Siglas de *Habitation à Loyer Modéré*, inmuebles de apartamentos de renta módica en Francia, que gozan de financiación pública parcial.

Bien ha visto Whitman desperdicios y restos, de esa loca carrera hacia la Papelera omnívora que devora las cosas y los pueblos y las almas, hasta que se devore a sí misma y lo que en ella quede (si queda algo) en el momento de la Caída del Telón. Ha visto señales, pero no se ha atrevido a reconocerlas. Pero Carpenter, él no ha visto desperdicios y restos. Bien la ha visto él por completo y la ha reconocido, aunque educadamente se ha abstenido de nombrarla, la Papelera, la Voraz. (En un momento en que todavía *nadie*, que yo sepa, veía nada. Y todavía hoy, casi cien años después, los que al fin la ven, a pesar de que está a punto de tragarse todo, no llenan las calles...). Ha reconocido a la Devoradora, no obstante sin medir bien hasta dónde llegaría su apetito. Con la gran carnicería del 14–18 al atardecer de su vida, no pudo tener, de ese apetito, más que una pequeña idea, pero suficiente para conmoverle: era (escribe él, de nuevo solo mientras el mundo entero parecía presa de un repentino ataque de fiebre guerrera...) "como una ola de lágrimas brotando en mi ser"[308]. ¿Sospechó entonces que seguiría tan campante durante tres cuartos de siglo, y que no se detendría hasta la zambullida final, cuando la misma tierra, destripada y saturada de veneno, se haya convertido en una única Papelera gigante y desolada?

Lo que es seguro es que aún no había llegado la hora de que una voz como la suya fuera escuchada, ni siquiera de que se tomara nota. Lo más candente que tenía que decir, lo más vital, lo más urgente, era demasiado simple, demasiado infantil, demasiado claro también y nadie deseaba escucharle. Ni siquiera, supongo, esos fieles amigos que durante un instante revivían su memoria lo mejor que podían, como se limpia el polvo de una foto apreciada y vieja, descolorida por el tiempo. Ellos igual que los demás eran aspirados, como en el remolino giratorio de un torbellino demasiado grande para que nadie pueda verlo, en el voraz vientre de la papelera devoradora.

N 391 ◊Todavía cuando escribo estas líneas, no ha llegado la hora. Pero falta poco. Quizás madure en ocho o diez años, o en doce o trece – cuando la papelera esté llena o poco le falte, y al fin reviente, sólo Dios sabe cuándo y cómo. Llegará la Tempestad, y el Aguacero – un Tumulto frenético, y el Silencio.

Y será solamente en ese silencio donde una gran voz se escuche.

(99) Eclosión del A.B.C. del sexo – o aprender que la tierra es redonda...

(31 de diciembre de 1987 y 1 de enero de 1980)[309] Nacido en 1844, Carpenter es doce años mayor que Freud, y cuarenta años mayor que A.S. Neill (años más o menos). Quisiera examinar cómo el pensamiento de Carpenter sobre el tema del sexo se aproxima (o mejor, prefigura) en muchos aspectos a los de Freud y Neill, y en qué se separa de ellos y los completa.

El punto de partida de Freud, que le dicta en gran medida su actitud vis a vis de la cuestión del sexo, está en las perplejidades de un médico psiquiatra desarmado ante sus "casos", y en la curiosidad de un espíritu ávido de conocimiento, atraído por el enfoque científico de las cosas, conforme al espíritu de su tiempo. La óptica determinante en Neill es la de un educador, interpelado por el misterio del niño "bloqueado", igual igual que Freud lo estaba por el del paciente (en que un "bloqueo" similar se manifiesta por "síntomas"", calificados de "neuróticos"). En cuanto a Carpenter, sin duda lo que nutre su conocimiento de la realidad omnipresente, poderosa y de cien caras del sexo, no es una experiencia profesional ni una curiosidad espiritual, sino su propia vivencia, afectiva, carnal, espiritual – lo que constituye la substancia más íntima de su misma vida. A ello se añade que sus capacidades de intuición y simpatía le permiten entrever las vivencias de numerosos seres de los que se sintió cercano o con los que se codeó, a lo largo de su vida desde la infancia. Así, mientras que Freud y Neill parten del dato "objetivo", en principio

[308] Cita de una carta de Carpenter, recogida en el opúsculo de Edward Frederick Carpenter en la página 10 (en el párrafo siguiente al pasaje sobre el gurú, véase la penúltima nota a pie de página.

[309] Continuación de la nota anterior "De Whitman-el-padre a Carpenter-el-hijo – o la epopeya y la Papelera del Progreso".

ajeno, que es "el paciente" o "el alumno" (y la separación entre la profunda vivencia personal y las visiones del espíritu permanecerá prácticamente intacta en Freud durante toda su vida), el punto de partida de Carpenter (si es que se puede hablar de una "partida") es lo "subjetivo" por
N 392 excelencia: la vivencia en bruto en toda ◊su inmediatez, a menudo profundamente desconcertante y a veces desgarradora. Ese conocimiento subjetivo inmediato, "en bruto", se decanta, se afina, adquiere cualidad universal y por eso mismo "objetiva", por el trabajo de maduración espiritual del ser, por la profundización interior. Esa objetividad, arraigada como está en el terreno de la experiencia más íntima, la más subjetiva donde las haya y nutrida por ella, adquiere entonces una cualidad de flexibilidad viva, de verdad, de eficacia inmediata, que siempre le faltan a la objetividad convencional, por sólidamente y rigurosamente construida que esté a partir sólo de "hechos" ajenos a nuestro ser profundo, con el mortero proporcionado por nuestro pensamiento racional y el impulso de una curiosidad espontánea, incluso apasionada.

Sea como fuere, vistos los puntos de partida y los itinerarios tan diferentes en estos tres hombres, la convergencia de la visión del sexo a la que llegaron, en muchos puntos esenciales, es de lo más notable. Dejando aparte esa convergencia en conjunto, puede decirse que cada uno de esos tres hombres, en la óptica particular que hizo suya, llegó considerablemente más lejos y más profundo que los otros dos: Freud en la detección de la pulsión del sexo a través de las neurosis, los sueños y hasta en los mecanismos psíquicos más anodinos de la vida cotidiana; Neill en la prácticas educativa y en el "feeling" sobre el meollo de los nudos en los niños, anudados por la represión familiar y escolar, y sobre la manera, en cada caso especial, de desanudarlos suavemente; y Carpenter en su comprensión de la naturaleza misma de la fuerza de Eros en la vida del hombre, sobre su papel en el devenir humano a nivel individual y en el de la especie, tanto a nivel biológico como afectivo, cultural y en fin, espiritual. Carpenter y Neill llegaron ambos a una visión más atrevida, más crítica y más penetrante que la de Freud, sobre la sociedad y su papel represivo, por no decir "castrador", vis a vis de las profundas fuerzas creativas que hay en el individuo. Por otra parte, Carpenter se distingue de Freud y de Neill sobre todo por una visión a la vez clara y penetrante sobre la relación de la sexualidad con la dimensión espiritual de la aventura humana (dimensión más o menos ignorada, a decir verdad, por Freud igual que por Neill). Aún hoy constato, en los medios que pasan por ser ilustrados y estar al día, que son muy raros los que han llegado a una comprensión siquiera somera de esa dimensión espiritual de la sexualidad en la vida humana, y especialmente, en la responsabilidad personal que en todo momento tenemos sobre la manera en que respondemos a las peticiones de la fuerza sexual que hay en nosotros. Y no conozco a nadie que se haya expresado al respecto de manera tan clara, simple y penetrante como Carpenter.

N 393

◊* *
*

> "El sexo va delante, y le siguen manos ojos boca cerebro; de en medio del vientre y los muslos brota el conocimiento de sí, de la religión y de la inmortalidad."[310]

Estas son unas líneas de "Hacia la Democracia" (loc. cit. página 25), que Noël Greig pone como exergo al principio de las Obras Escogidas de Carpenter, consagrado al tema del sexo. En esas tres líneas compactas se sugiere la quintaesencia de un conocimiento por así decir "visceral" del papel y del lugar del sexo, conocimiento que después se puede desarrollar largo y tendido en muchos volúmenes. Esas líneas fueron escritas sin duda en 1881 u 82, poco después de la iluminación que tuvo lugar en 1881; y los volúmenes, en modo alguno inútiles, que las

[310]N. del T.: Traducción de "Sex still goes first, and hands eyes mouth brain follow; from the midst of belly and thighs radiate the knowledge of self, religion, and immortality."

desarrollan, fueron escritos por el mismo Carpenter con todo el cuidado requerido[311] a partir de 1894, doce o trece años más tarde[312]. Algunas correspondencias cronológicas notables: 1883, publicación de "Hacia la Democracia" – y nacimiento de A.A. Neill; 1886, primera publicación semiclandestina, por la editorial obrera "Labour Press" de Manchester, del primer libro de Carpenter sobre el sexo, "Love's Coming of Age"[313] – y primera conferencia pública de Freud sobre el origen psíquico y sexual de la histeria, ¡formándose un tumulto en el auditorio! Ése fue el principio de la larga travesía del desierto de Freud. Descubrimiento del "complejo de Edipo" en octubre del siguiente año. La primera obra maestra del psicoanálisis, "La Interpretación de los Sueños" (Die Traumdeutung) aparece en 1900. En 1902, publicación de "Love's Coming of Age" por un editor acreditado.

N 394 ◊Decididamente, algo brota en esos dos últimos decenios del pasado siglo, ¡a pesar del peso de siglos y milenios que pesa sobre el tema tabú del sexo! Freud, creando de la nada (y sin darse mucha cuenta) los primeros fundamentos de una ciencia psicológica y desentrañando algunas de las ideas más cruciales en la comprensión de nosotros mismos y de la pulsión del sexo en nosotros, no tuvo precursor propiamente hablando. Por el contrario, Carpenter se apoyó fuertemente en la existencia de Whitman (veinticinco años mayor que él) y en la obra escrita que da testimonio de ella. Además Walt Whitman, que veo como el gran precursor de ese aire nuevo (incluso si Freud aparentemente nunca tuvo conocimiento de su existencia...), muere en 1892, unos años antes de que aparezcan las primeras grandes obras en prosa que desarrollan lo que pudiera llamarse una visión moderna de la sexualidad, y también casi cuarenta años después de la primera manifestación deslumbrante de la eclosión de tal visión, con la publicación artesanal de sus "Hojas de Hierba", en 1855.

En contra de todas las aplastantes "probabilidades" históricas, esa frágil visión que brota, alcanzada por un puñado de seres más o menos marginales (o marginados) diseminados a través del mundo, estaba llamada sin embargo a desplegarse y a ganar terreno progresivamente, a pesar de prodigiosas resistencias psíquicas, a lo largo del siguiente siglo, en ese siglo veinte que es el nuestro. Es verdad que todavía hoy esa visión nueva, que ha encontrado su camino en millares de libros un poco en todas las lenguas, y hasta en nuestro lenguaje diario[314], sigue siendo muy epidérmica. Todavía no es más que un "barniz cultural", limitado a una pequeña fracción de la humanidad culta, e incluso ahí, salvo rarísimas excepciones, permanece en un estado de "bagaje cultural" más o menos inerte, no tiene cualidad de conocimiento personal de la naturaleza de las cosas y de su propio ser. Pero con el optimismo del que cree en el impensable advenimiento de una próxima Era de Libertad (que seguirá a la presente "Era del Rebaño"), se puede esperar que el próximo siglo será también aquél en que esa innovadora visión, afinándose y profundizándose más, comenzará a ser asimilada verdaderamente; y no sólo por ciertas capas cultas de la sociedad, sino por toda la especie, como un auténtico conocimiento que poco a poco se vuelve "evidente" y familiar, pero mucho más crucial en la vida cotidiana de cada uno, como

[311] Y escritos también con cierta prudencia en la expresión, indispensable en ese momento por el recrudecimiento de la represión en Inglaterra a finales del siglo pasado.

[312] Hay que decir que una buena parte del larguísimo poema de 400 páginas (o mejor dicho, de la colección de poemas) "Hacia la Democracia", gira alrededor del tema del sexo. Pero el efecto de un mensaje en forma poética, o en forma de una reflexión "sosegada" en prosa, en absoluto es el mismo. Allí donde la poesía toca, sin duda toca incomparablemente más fuerte y más profundo, y eso es lo que ha ocurrido con "Hacia la democracia" igual que con "Las Hojas de Hierba" de Whitman. Pero si toca más fuerte, toca mucho más selectivamente. Esa es una de las razones, seguramente, por las que el impacto de Freud sobre la civilización moderna parece incomparablemente más fuerte que el de Whitman. No estoy seguro de que siga siendo así en el próximo siglo. Hasta es posible que Carpenter, que hoy está prácticamente olvidado, tenga en los próximos siglos una audiencia tan grande, incluso más grande aún, como la de Freud.

[313] Respecto a ese libro véase la nota "Edward Carpenter (1) – o la mirada infantil" (n^o 96), especialmente la página N 370.

[314] Pienso especialmente en las expresiones "tener complejos", "reprimir" (un sentimiento, un impulso etc.), "actos inconscientes".

el hecho (antes también impensable) de que la tierra no es *plana* como un plato (cosa que no obstante era bien conocida y aceptada por todos...) sino que es *redonda* y está rellena y se cierra delicadamente sobre sí misma cual un orondo tomate...

N 395 ◊(100) El A.B.C. del sexo (en cinco coplas)

(2–4 de enero)[315] En la reflexión de ayer y anteayer Hice alusión a una "visión moderna del sexo" (o de la sexualidad, o de Eros, o de la pulsión erótica, o de cualquier otro nombre que se le dé...), que (decía) comenzó a desentrañarse de manera explícita y clara hacia finales del pasado siglo; una visión tan crucial para nuestra comprensión de nosotros mismos y para nuestra vida espiritual, como lo es en geografía el hecho de que la tierra es redonda. Como principales artífices de la eclosión de esa visión, veo a Edward Carpenter, Sigmund Freud y Alexander Sutherland Neill, y como precursor directo (aunque ignorado, parece ser, por Freud e incluso por Neill) Walt Whitman. Pero aún me falta dar una descripción de esa visión, y ni siquiera he llegado aún, como era sin embargo mi propósito inicial en la nota anterior, a decir a grandes rasgos el pensamiento de Carpenter sobre el tema del sexo, y cómo se compara con los de Freud y Neill. Además empiezo a darme cuenta de que si quiero cumplir a poco que sea con un poco de cuidado con una u otra de esas dos tareas, e incluso con ambas a la vez, tendré fácilmente para tres o cuatro notas suplementarias, y una semana de trabajo bien cargado si no dos. Dudo en lanzarme, porque ya llevo más de doscientas páginas consagradas a mi digresión-cascada sobre el anodino tema de los "mutantes", ¡iniciado hace más de tres meses[316]! Es hora de pensar en hacer converger hacia un próximo fin esta interminable digresión, y que me rinda a la evidencia de que si quiero terminar un día un libro llamado La Llave de los Sueños, no puedo pensar en tratar un poco todas las cuestiones, por importantes que sean, que toque de pasada. Sin contar con que en la parte del libro ya escrita, muchas veces me he visto llevado a hablar de la pulsión de Eros desde las perspectivas más diversas. Esto me servirá de excusa para no incluir aquí un minicompendio sobre ese vasto tema, ni sobre el pensamiento de Carpenter sobre esta cuestión.

N 396 Pensamiento de una gran riqueza, siempre pertinente, y que proporcionaría ◊un hilo conductor perfecto para "explicarse" sobre las principales cuestiones que nos plantea la realidad del sexo y de la pulsión; y, de paso, para desentrañar también lo que podría ser esa "visión moderna" que he sacado a relucir, y que algunos tal vez quieran incluso poner en duda su existencia. ¡Eso formará parte de una futura obra!

Sin embargo para no "cortar por lo sano" sin más, voy a dar al menos una especie de "enumeración" lacónica de ciertos puntos de ese pensamiento de Carpenter, que me parecen particularmente importantes. Para hacerlo, me basaré casi exclusivamente en su libro de 1896, "Love's Coming of Age"[317]. Además, me parece que ese libro es una de las grandes obras de nuestro tiempo.

A) *El sexo está por todas partes*

La importancia del sexo es fuertemente subrayada por Carpenter, como hemos visto ya en la reflexión de la nota anterior. Junto a la necesidad de alimento, es la más imperiosa y más elemental de las necesidades humanas. Incluso se siente aún con más fuerza en nuestras sociedades de la abundancia, en que la necesidad de alimentos generalmente no plantea problema, mientras que las inhibiciones que se oponen a la satisfacción de las necesidades ligadas al sexo permanecen hoy en día extremadamente poderosas, aunque tienen tendencia a ser más ocultas.

Igual que hará Freud más tarde, Carpenter no limita en modo alguno las necesidades y las manifestaciones del "sexo" al mero aspecto "genital". Todas las necesidades afectivas del

[315] Continuación de la nota anterior, "Eclosión del A.B.C. del sexo – o aprender que la tierra es redonda".
[316] Con la nota en apariencia anodina "Fujii Guruji (1) – o el sentido de lo esencial" (n^o 60), del 23 de septiembre.
[317] Mis referencias a ese libro se refieren a la ya citada edición "Selected Writings" en los "Gay Modern Classics".

hombre están profundamente arraigadas en la sexualidad, y sus innumerables manifestaciones en el contacto corporal, incluso alejadas de todo pensamiento "sexual" en sentido corriente, representan a menudo una necesidad más esencial todavía que "el acto sexual" para la persona adulta. Como Freud desarrollará mucho más tarde desde una perspectiva diferente, Carpenter se da cuenta claramente de que la energía sexual está destinada sobre todo a ser "sublimada" en formas de energía más refinadas, que alimentan nuestras actividades psíquicas y nuestra creatividad en diferentes niveles. Ante todo a nivel *afectivo*: el del amor humano en sentido corriente, de la fidelidad amorosa, de la simpatía espontánea, de la solidaridad humana... Ése es el nivel más esencial para el joven, incluso durante toda la vida para la mayoría de los seres,
N 397 incluyendo al mismo Carpenter. También está el nivel de la ◊creación artística o intelectual, en que la dedicación amorosa se encuentra desplazada de su objeto original (la madre, o cualquier otro ser sentido como íntimamente cercano y deseable) s un material o una substancia que se trata de conocer íntimamente, y de expresar con fuerza en su propia realidad. En fin, bien sabe Carpenter que la energía espiritual que actúa en la creación espiritual también es energía sexual sublimada.

Tengo la impresión de que Carpenter no distingue claramente entre los "sexual" (o lo "erótico") y lo "espiritual", o también entre "Eros" y "Dios". Lo mismo me ocurrió a mí hasta hace muy poco, hace a penas un año. Ciertos sueños entre noviembre de 1986 y febrero de 1987 disiparon finalmente esa confusión[318]. En algunos la diferencia es descrita como la del agua o el alcohol en estado líquido ("el agua de Eros") y los vapores que desprenden, altamente activos siempre que no se les deje dispersarse y se tenga cuidado de mantenerlos a gran presión: el "espíritu santo" es la forma sublimada última y altamente comprimida de la energía erótica. Esa transformación, me ha parecido entender, nunca es un resultado únicamente de nuestros esfuerzos o de nuestros supuestos méritos. Sólo se logra bajo la acción de la Gracia, del Acto de Dios en nosotros.

B) *Problemática del sexo: ¡vivir el sexo requiere discernimiento!*

La pulsión del sexo, en todo su abanico infinitamente variado de manifestaciones carnales, afectivas, artísticas, espirituales, es "buena" por esencia. Sin embargo eso no significa, no más que para cualquier otra pulsión de deseo y de acción en nosotros, que sea juicioso seguir ciegamente todas sus peticiones, ni siquiera (a veces) las más imperiosas. En gran parte, la dimensión espiritual de la existencia humana consiste en desarrollar un sutil discernimiento para juzgar la oportunidad, en cada caso especial, de seguir o no las peticiones de la pulsión, y en su caso, de canalizarla por vías adecuadas. Carpenter insiste sobre todo en dos aspectos de esta "problemática", de esta cuestión de libre elección a la que (nos demos cuenta o no) nos enfrentamos a cada paso.

1) Al revés que en la satisfacción de las necesidades de alimento, la de las necesidades del sexo (al menos a nivel primario) hace intervenir de manera crucial a otra persona. Sus
N 398 necesidades, a nivel del sexo como a cualquier otro nivel, ◊son tan legítimas como las nuestras y exigen el mismo respeto. Una relación o un acto en que otra persona es utilizada como un simple instrumento para nuestra gratificación personal, sin que sus propias necesidades y verdaderos deseos sean respetados, es degradante y profundamente nocivo para uno y otro. La satisfacción de un deseo carnal dirigido hacia otro no nos es beneficiosa más que si también lo es para él. Para ello hace falta no sólo que el partenaire elegido consienta, sino que además nuestro propio deseo sea acogido en él con un deseo semejante que le responda

2) Incluso en el caso de un acoplamiento carnal perfecto entre dos (o más) partenaires, no es juicioso, al menos a largo plazo, dar rienda suelta al deseo, ceder a todas su conminaciones. Eso causaría una desmesurada dispersión de energía sexual, lo que también es decir de energía vital

[318] Me esfuerzo en hacer sentir la necesidad de distinguir esos dos planos diferentes, en la sección "El Sentido – o el Ojo" (n^o 40).

sin más, y terminaría por vaciar la misma vivencia erótica. El deseo se vuelve insulso a fuerza de ser atiborrado de concesiones. Su satisfacción se vuelve más y más un puro automatismo, repetición, rutina...

Además, la energía sexual gastada (tal vez desconsideradamente) a un nivel por ejemplo del juego y el acto sexuales, ya no está disponible para ser sublimada hacia niveles superiores, y especialmente al de la afectividad. En una relación duradera, es sin embargo primordial la cualidad afectiva de simpatía, de comprensión, de fidelidad mutua. En el orden espiritual de las cosas, el lazo carnal que hace las veces de "argamasa" (a menudo muy poderosa), ha de ser un medio para el florecimiento de esa relación afectiva, en vez de que ésta le sea desconsideradamente sacificada[319].

N 399

◊Así, en su relación con la pulsión del sexo y a pesar de las inhibiciones que provienen de la represión, el ser se encuentra continuamente colocado en situaciones en que es llevado a ejercer una *moderación*. En el ser plenamente desarrollado en su pulsión, tal moderación, por dolorosa que sea a veces, en modo alguno significa que la belleza del deseo al que rehusamos (o al que las circunstancias rehúsan) satisfacción, sea jamás negada. ¡Muy al contrario! Es en esa misma moderación, incluso en la renuncia, donde esa belleza es a veces percibida con la intensidad más punzante[320]. En esa moderación y en esa percepción punzante, hay creación, y hay acto de amor, de una esencia más alta que toda satisfacción.

3) En la delicada tarea de regular nuestra relación con la pulsión del sexo en nosotros, Carpenter insiste sobre todo en la necesidad de saber ejercer, cuando sea necesaria, una juiciosa moderación. Al hacerlo, sobrentiende no obstante que la legitimidad y la belleza de la pulsión y los deseos que la manifiestan ya han sido plenamente sentidas y asumidas. Sin embargo, casi siempre es *ahí* precisamente donde aprieta el zapato. Quizás Carpenter no se diera cuenta hasta qué punto él mismo es, en este aspecto, una rarísima excepción. Por mi parte, tuve tendencia

[319]Esta expresión "ha de ser un medio" no se me presenta, ahora, en forma de una "obligación" o de un "mandamiento", que nos sería dado por Dios, por nuestra conciencia, o por cualquier otra entidad metafísica, psíquica o sociológica. Cada uno tiene total libertad para no tomar lo carnal como "medio" para el plano afectivo, sino de "sacrificar" esto a aquello – igual que también tenemos total libertad de ignorar cualquier otra ley o relación ("Gesetzmässigkeit") que rija la realidad espiritual. Pero lo hacemos por nuestra cuenta y riesgo, cosechando en forma de sufrimiento y malestar, en esta vida y (llegado el caso) en las vidas posteriores, lo que sembramos por ignorancia o por negligencia. Esos sufrimientos nos vienen no como una "pena" o como un "castigo" (conforme a los clichés religiosos simplistas, casi universalmente recibidos), sino que proceden la misma necesidad inmutable que encadena causas y efectos. Esa ley de causalidad, o de karma, además actúa por nuestro bien: pues el "karma" que cosechamos por nuestras acciones es el mismo que nos hace aprender, si no en esta vida (si somos demasiado tercos), al menos después de las vidas que hagan falta (como un mal alumno que repite curso...), esas leyes (Gesetzmässigkeit) que hemos violado; igual que el niño pequeño que aprende las leyes de la gravedad cayéndose y levantándose tantas veces como haga falta. El milagro último de la Providencia, es que en vez de errar hasta el infinito en una sucesión infinita de existencias tan estériles unas como otras, en la rueda sin fin de una terca ignorancia, nuestro camino promete converger – estamos seguros, a largo plazo, de terminar por aprender cada una de las lecciones que nos enseñen...

[320]He aquí cómo se expresa Carpenter al respecto (loc. cit. página 98):

> "Es ese conflicto, o al menos la distinción entre los instintos sexuales y los que son más bien de orden puramente moral o social en el hombre, lo que aquí nos interesa. Está claro, pienso, que si queremos tratar el sexo de una manera racional, es decir que no sea ni supersticiosa por una parte, o desenfrenada por la otra, tenemos que admitir que tanto la satisfacción como la no satisfacción de la pasión amorosa son deseables y bellas. Ambas tienen sus resultados propios, y el hombre está llamado a recoger los frutos que le pertenecen a una experiencia y la otra. ¿No podríamos decir que hay una especie de Transmutación de esencias que continuamente puede hacerse y se hace en el contexto humano? El Placer del amor y el Amor – la Afrodita Pandemos y la Afrodita Ouranios – son sutilmente intercambiables. El instinto amoroso carnal y el ansia humana más sutil que aspira a la unión al nivel de las almas quizás sean realmente y por esencia una sola y misma cosa, con manifestaciones diferentes..." (La traducción es mía.)

En el libro de Carpenter hay numerosos pasajes igualmente delicados y penetrantes. Esto dice hasta qué punto no puedo exponer más que de manera imperfecta, truncada, tosca, el pensamiento de Carpenter sobre el sexo, en las pocas páginas que aquí le consagro. Hay que leer su libro mismo, que ninguna reseña podría reemplazar...

hasta hace cinco o seis años a subestimar, en mi conducta, esa responsabilidad que nos incumbe
N 400 de ejercer una moderación, de permanecer dueños de nuestra vida en ◊vez de seguir más o menos ciegamente a la pulsión – sea al nivel primario de la pulsión carnal, o al de la creación intelectual (y sobre todo, la creación matemática)[321]. Por el contrario, yo bien veía claramente hasta qué punto es importante que la pulsión del sexo, propulsando a través de nuestro ser la energía creadora vital en su forma bruta, sea aceptada plenamente, alegremente, con gratitud, como algo infinitamente precioso en nosotros. Y aún hoy tengo bien claro que la *carencia primordial*, en casi todos, en modo alguno es la incapacidad (por ignorancia, o por elección deliberada) de ejercer allí donde sea necesaria una moderación vis a vis de los mandatos de la impulsión, sino más bien la de aceptar plenamente la pulsión[322] (sin que por ello haya que seguirla siempre). La obstaculizan poderosamente los reflejos de vergüenza vis a vis del cuerpo y de sus funciones, profundamente implantados en nosotros desde la más tierna infancia. Su presencia actúa como una mutilación permanente del ser, más o menos completa, en nuestra capacidad de amar y de crear con nuestro cuerpo, nuestro corazón, nuestra inteligencia, la de darnos con todo nuestro ser. Y si, *antes* de darse en un acto que nos involucra totalmente (sea por una noche o un día, o por toda la vida...), la moderación es de recibo para estar seguros de darnos juiciosamente, en cambio en *el acto* mismo de amor (sea para "hacer el amor" o para "hacer mates",...), decididamente está de más: el que dirigía debe ahora retirarse en silencio, para dejar sitio a Aquél o Aquella que en nosotros ama y crea, y que en eso no tiene nada que aprender de nosotros...

Carpenter hace una crítica pertinente, tan válida hoy como hace cien años, de las innumerables formas en las que la sociedad imprime en el individuo una relación con el sexo profundamente distorsionada. Por lo que sé, fue el primero en hacer una tal crítica detallada,
N 401 profunda, de vasta envergadura, mientras que antes de él la gente se estrellaba, o se ◊limitaba a ejecutar escaramuzas ocasionales. ¡Pero no se puede estar en todas partes a la vez! Mientras se encarga de la sociedad y especula sobre lo que habría que cambiar, tiene los ojos fijos en ella, más que en la psique y en los efectos de la represión sufrida e interiorizada. Ésta actúa como un insidioso veneno, que se infiltra por todas partes en la sustancia viva de la psique paralizando en ella más o menos completamente la vida entera. No he encontrado en Carpenter una visión del conflicto en la psique del hombre, y de las raíces del conflicto que se enredan profundamente a través de todo el terreno del Inconsciente. Quizás le haya faltado sobre todo una visión clara de la existencia misma de un Inconsciente, del que *nadie* antes de Freud, parece ser, tenía sospecha alguna (por extraordinario que eso pueda parecer ahora). Es en esa ignorancia casi total del inmenso universo oculto del Inconsciente, y de las raíces del conflicto que arraigan profundamente en él (mientras que la mirada sólo se percata de las inflorescencias superficiales...) – es *ahí* donde veo la gran laguna en la visión de Carpenter del hombre y de sí mismo[323]. (Hay que decir que

[321] Ligado sin duda a la confusión que había en mi espíritu entre Eros y Dios, y también al hecho de que no comprendía claramente que hay en mí una instancia de esencia "espiritual" (que ahora designo con el nombre de "alma" o "espíritu", véase al respecto la nota "La pequeña familia y su Huésped", n^o 1), diferente tanto de Eros como del ego, a la que corresponde asumir con discernimiento la dirección de la "empresa familiar" que es la psique. Esas cosas no fueron plenamente comprendidas más que gracias a ciertos sueños que me las enseñaron expresamente, el pasado invierno 1986/87.

[322] Quizás Neill fuera el primero en comprender eso totalmente, y tuvo la extraordinaria audacia de aplicarlo en su obra educativa. Volveré en la siguiente nota sobre la relación de complementariedad entre el pensamiento de Neill y el de Carpenter, sobre el papel del sexo en la educación.

[323] Es evidente que Freud y Neill, cada uno en la dirección que le es propia, tuvieron una visión del conflicto en la psique humana incomparablemente más penetrante que la de Carpenter, cuya mirada parece volverse extrañamente superficial, cuando se detiene sobre una u otra de las manifestaciones de la división en el hombre. Por ejemplo sus observaciones sobre la pareja, sea la pareja ortodoxa hombre-mujer o la pareja "uraniana", dejan de lado la cuestión (¡bien grave!) de la división en la pareja, reflejo de la división en cada uno de los dos cónyuges. ¿Estaría ausente el conflicto en la pareja que formaba, durante casi cuarenta años, con George Merril? ¡Apenas podría creerlo! Igual me ha parecido el párrafo de apenas página y media que consagra al tema de los celos frustrantes, a fuerza de ser vago (al menos a mi parecer), o de limitarse a consideraciones sociales o históricas. Lo peor, es cuando llega a una confusión entre los movimientos que provienen del impulso amoroso, y los impulsos

aún hoy ¡en ese aspecto tiene numerosa compañía!) Y fue en esa dirección, sobre todo, en la que Freud llegó considerablemente más lejos que Carpenter y que cualquier otro antes que él. Ahí es donde la aportación de Freud fue más crucial, y permanecerá por siempre irreemplazable.

N 402

◊C) *Papel del sexo: "hacer el amor" es una creación*

Para el que, como Carpenter, haya visto que la energía que brota del sexo no es otra que la energía vital que hay en nosotros (la que misteriosamente "bombeamos" durante el sueño), está claro que la función del sexo no puede reducirse a la de la reproducción y la perpetuación de la especie. Sin embargo eso es lo que las "grandes religiones", animadas más o menos fuertemente por un espíritu antisexo y antiplacer, tienden a dar a entender. La contrapartida pura y dura de tal actitud, viendo en el impulso del sexo ni más ni menos que un impulso de búsqueda del placer, es apenas menos nociva y (me parece) todavía más aberrante[324]. Como en todo acto creativo, el placer que lo acompaña no es el fin o la razón de ser del acto, sino que siempre "viene por añadidura" – y sólo se vive plenamente en tanto que no se lo busca. La búsqueda del placer por sí mismo, convertido en obsesión o cultivado y magnificado como un "arte", mata el verdadero placer[325], y nos deja con un cadáver que termina por emponzoñar el ser en vez de

---

violentos que provienen del ego, interfiriendo con ésta para adecuarse a ciertos clichés culturales de los que (¡para mi inmensa sorpresa!) el mismo Carpenter no se ha desprendido totalmente. Así, cuando escribe (loc. cit. página 159):

> "Pienso que toda mujer, en el corazón de su corazón, *quiere* ser violada; pero por supuesto, por el hombre adecuado. Ése es [¿¿la violación consentida??] el cumplido [!] que es recibido con la mayor gratitud, pues es el más sincero; y ése es el cumplido más difícil de hacer – pues sólo el instinto más delicado puede decidir cuándo es apropiado; y cuando por desgracia es inapropiado, la causa está ipso facto perdida."

En el siguiente párrafo, se refiere al juego amoroso como a "batallas ficticias del sexo", y ve en el acto del amante despechado que mata a la mujer que ya no espera poseer, para tocarla conseguirla al menos de esa manera, una manifestación de la misma pasión del sexo, y no (como es realmente el caso) una degradación de la pasión por los impulsos de violencia y de posesión del yo, ávido de afirmarse a cualquier precio.
Ésos son los únicos pasajes, en todo lo que he leído de Carpenter, en que le veo prisionero de ciertos clichés, por otra parte hoy tan invasivos en la vida amorosa de todo el mundo, si no más, que en su tiempo. Se trata de la insidiosa amalgama amor-violencia, que, bajo una forma a menudo tácita, actúa como un veneno tenaz y corrosivo, en casi todas las parejas de cónyuges o amantes, y desnaturaliza (salvo en rarísimas excepciones) el sentido profundo de la vivencia amorosa y del acto en que culmina.

[324]Sin embargo ésa es, por increíble que parezca, la actitud de Freud sobre el impulso amoroso, que trata (a imagen de la mentalidad corriente sobre la relación entre personas, en la "buena sociedad") ¡como una especie de búsqueda sistemática del "beneficio" máximo (en forma de "goce" o de "gratificación")! Ahí es dónde veo lo que bien llamaría "la aberración fundamental", en la visión de Freud de la psique y de Eros – un desconocimiento profundo de la naturaleza misma del impulso. Al revés que la que he expuesto en Carpenter (en la nota a pie de página precedente), que (por lo que he podido darme cuenta) permanece localizada en dos párrafos consecutivos de su libro sobre el sexo, esa aberración de Freud me parece casi omnipresente a través de su obra – como un acompañamiento falso que, con desconcertante tenacidad, se aferra cueste lo que cueste a los contrapuntos magistrales de una intuición justa y segura...

[325]En modo alguno quiero lanzar un anatema sobre la búsqueda del placer en el juego amoroso. Nada más natural que una búsqueda común del placer, sobre todo cuando se inicia y se busca una intimidad, mientras sea ocasional (cuestión en suma de ajuste erótico de los amantes uno al otro...) y no se vuelva invasiva. Carpenter se expresa al respecto (loc. cit. página 102) con profundidad:

> "Los placeres del sexo son como un arquetipo de todo placer. La insatisfacción que a veces les sigue es la misma que sigue a todo placer que es *buscado*, que no viene sin ser llamado. La insatisfacción no se deriva de la naturaleza misma del placer, sino de la naturaleza de una tal *búsqueda*. Saliendo tras las cosas exteriores, el "Yo" (que en realidad lo tine todo y no necesita nada) se engaña a sí mismo, deja su verdadera morada, se parte en dos y acepta una laguna o un desgarro en su propio ser. Eso es, seguramente, lo que hay que entender por *pecado* – la separación o la división en dos de su propio ser – y todo el sufrimiento que lo acompaña. Eso consiste únicamente en *buscar* cosas y placeres exteriores; no (mil veces lo diré) en esas cosas o placeres exteriores por sí mismos. Todos son bien hermosos y gentiles por sí mismos; su lugar es rodear el trono y rendir homenaje – multitudes en fila tras fila – si queremos aceptarlos. Pero salir de nosotros mismos para correr tras *ellos*, permitir que

nutrirle.

N 403 ◊Carpenter es el único, creo, en quien he encontrado, además de una comprensión espontánea de la naturaleza de la creatividad en general, el conocimiento de que el acto carnal, vivido en su plenitud, es una auténtica creación. Este acto puede verse como el acto creativo entre todos, el *Acto* arquetípico. Incluso cuando no haya concepción biológica de un nuevo ser, hay sin embargo una "obra" creada, cual un nuevo hijo que surgiese del abrazo; una obra también invisible, incluso inmaterial y sin embargo irrecusable, que misteriosamente se realiza en el alma renacida de los amantes...[326]

N 404 ◊D) *Papel del "uraniano" en la sociedad: ¡todos somos unos "homos" que se ignoran!*

Como ya he subrayado anteriormente[327], ésta es una cuestión que toca muy especialmente el corazón de Carpenter, a causa de los sufrimientos que tuvo que asumir por el hecho de que él mismo era de "temperamento uraniano" (u "homosexual"). El definía al uraniano como "un alma femenina en un cuerpo masculino, o viceversa", y se inclina a pensar que ese "temperamento" es congénito. En esa definición, no obstante sobreentiende, además, que el uraniano *sólo* es atraído sexualmente hacia personas del mismo sexo. Creo que cuando el término se toma en este sentido restrictivo, las observaciones concordantes de numerosos psicoanalistas muestran que que ese temperamento no es innato como pensaba Carpenter, sino que siempre se encuentran causas en las condiciones que han rodeado la primera infancia. Me parece muy probable que esa forma extrema de uranismo desaparezca, o al menos será muy rara, cuando la humanidad haya superado el estado de su presente "enfermedad infantil"[328].

Por el contrario, Carpenter tenía la intuición profunda de este hecho crucial, que en *toda* persona, mujer u hombre, se encuentran íntimamente unidas, aunque sólo sea en estado latente, cualidades psíquicas tanto "masculinas" como "femeninas"; que además la presencia activa (y no sólo latente) de unas *y* otras, en una misma persona, se requieren para hacer de ella un ser plenamente equilibrado, plenamente creativo. Por decirlo de otro modo: todos somos, por naturaleza, uranianos que se ignoran (cuando realmente se ignoran...), o más exactamente todavía: ¡uranianos reprimidos! Y es en eso, precisamente, donde reside nuestro poder creador...

La presencia de impulsos homosexuales reprimidos en numerosos seres considerados "normales" (¿e incluso en todos los seres?) fue observada mucho más tarde por Freud, y después

---

seamos divididos y desgarrados en dos por *su* atracción, eso es una inversión del orden que reina en los cielos."

[326] Carpenter escribe al respecto (loc. cit. página 164):

> "La regeneración es la clave del sentido del amor carnal – en primer lugar de ser renacido *en* el otro o *por* el otro; y sólo en segundo lugar de ser renacido a través de la concepción de un hijo."

(¡Cuesta conciliar esta percepción profunda del sentido del acto amoroso con los clichés, sin embargo de la misma pluma, señalados en una nota a pie de página anterior!) Y también (página 107):

> Pienso ... que los espermatozoides pasan a través de los tejidos y afectan al cuerpo de la mujer en su conjunto, igual que el hombre absorbe minúsculas células de la mujer; y que de manera general, incluso en ausencia de lo que se llama el Acto sexual, hay intercambio de elementos vitales y sutiles – de suerte que podría decirse que hay una especie de engendramiento que se realiza *en* cada uno de los dos partenaires, por esa influencia o conjunción, no menos real que esa generación más especial que asegura la propagación de la especie."

Véase igualmente, en Cosechas y Siembras, la nota "El Acto" (ReS III, n^o 113), donde evoco además el aspecto en cierto modo "complementario" de ese "nacimiento" que se realiza en el acto amoroso: éste es primero una *muerte*, antes de ser un *nacimiento*. Por eso, el acto es una profunda parábola del ciclo de la vida y de la muerte, el nacimiento que *sigue* a la muerte (y no a la inversa como tenemos tendencia a pensar): la vida eterna nace del vasto Regazo de su Madre, la Muerte...

[327] En la nota "Edward Carpenter (1) – o la mirada infantil" (n^o 96), especialmente la página N 371.

[328] Para esa "enfermedad infantil", véase la nota "Las dos vertientes del "Mal" – o la enfremedad infantil" (n^o 43).

N 405 de él por numerosos psicoanalistas. No sé si ◊Freud vió que la "bisexualidad" psíquica es una condición esencial del equilibrio psíquico y de la creatividad, y hasta qué punto una represión demasiado exitosa de los trazos femeninos en un hombre, o de los trazos masculinos en una mujer, tiene consecuencias desastrosas a todos los niveles de la existencia, y especialmente ne el de la creatividad en general; que toda creación en el pleno sentido del término pone en juego *a la vez* al hombre y la mujer que hay en nosotros. Lo que es seguro, es que en nuestros días todavía hay pocos seres que lo hayan comprendido[329], y también pocos seres en los que o bien el lado masculino, o bien el lado femenino no sea reprimido sistemáticamente. También en esta cuestión, particularmente oculta, delicada, crucial, me parece que Carpenter es uno de los grandes precursores en nuestro conocimiento del "A.B.C. del sexo".

Sin embargo tengo la impresión de que no llegó hasta el final de esa intuición crucial, y que no se dio cuenta de hasta qué punto la represión sexual, que pesa sobre el hombre para hacerle rechazar la mujer que hay en él, y sobre la mujer para hacerle rechazar el hombre que hay en ella, opera una extraordinaria *distorsión* de la naturaleza original de cada uno, mientras cada uno intenta mal que bien encajar en un *molde* fáctico[330]. Desde este punto de vista e idealizando un poco[331], el uraniano que quiere Carpenter sería más o menos la mujer o el hombre que, de una manera u otra, habría sabido substraerse a tal mutilación, el que habría sabido permanecer
N 406 fiel *a la vez* a los rasgos, cualidades y ◊fuerzas psíquicas femeninas *y* masculinas en su ser. Al menos ése es el caso, seguramente, para los "mejores" de ellos[332]. Entre éstos, seguramente hay que contar a Carpenter, ¡en quien sería difícil, en efecto, no ver un logro humano excepcional!

Es desde esa perspectiva como Carpenter ve a los uranianos, o al menos a esos "mejores" de entre ellos, como estando predestinados a jugar un importante papel creativo en la Ciudad. Esos hombres y mujeres, cuya energía no es retenida por la tarea común de fundar una familia y de

[329] Cuando descubrí ese hecho en mi propia persona, a la edad de cuarenta y ocho años (en 1976), no tenía conciencia de haber oído hablar jamás de eso – o de manera tan vaga y tan académica, ¡que daba igual! Hablo de ese descubrimiento en Cosechas y Siembras en la nota "La aceptación (el despertar del yin (2))" (ReS III, n^o 110).

[330] Esta observación sobre la visión de Carpenter ha de añadirse a la hecha más arriba (en B) 3^o, cf. página N 401), sobre el carácter superficial, el borrón, del planteamiento del conflicto en el pensamiento de Carpenter. No hay lugar para asombrarse, o ser rigurosos con él: dudo que antes de Freud, a finales del pasado siglo, nadie haya tenido una visión menos "superficial" del conflicto en la psique humana que Carpenter.

[331] En realidad, en los uranianos en el sentido en que lo entiende Carpenter, hay un rechazo (forzosamente inconsciente) de la componente "ortodoxa" de la pulsión sexual (la pulsión viril en el hombre, la pulsión femenina en la mujer). En algunos, ese rechazo va mucho más lejos: es el caso de los hombres "afeminados", de las mujeres "hombrunas". Eso no impide que en esos "mejores" entre los uranianos, que vamos a considerar, y haciendo abstracción del bloqueo de la atracción sexual hacia el sexo opuesto, no haya sin duda (como afirma Carpenter) una excepcional armonía psíquica yin-yang, y por eso mismo, una creatividad en el sentido pleno del término también excepcional. En él mismo ese equilibrio es patente, ¡y (como escribo algunas líneas más abajo) señal de un "logro humano" poco común!

[332] Carpenter admite, visiblemente contrariado, que también hay uranianos que no forman parte de dichos "mejores", incluso dando a entender que algunos no tendrían la excusa de una disposición temperamental congénita de la que en modo alguno son responsables, sino que su inclinación particular proviene de una depravada curiosidad sexual, que la ley el bravo ciudadano repudiarían con toda razón. En algunos pasajes de su libro, se nota cómo pesa sobre él el inmenso peso del oprobio social prácticamente unánime sobre la homosexualidad, y que está como acorralado, bajo ese formidable empujón, y "suelta lastre" aquí y allá, haciendo lo que puede para conceder que el sentimiento público no es falso en toda la línea, a fin de no pasar él mismo por un chiflado totalmente delirante. En esos pasajes, no se sabe muy bien cuál es en Carpenter la parte de la prudencia táctica, y cuál es la de sus verdaderos sentimientos – y es probable que él mismo no se hubiera aclarado totalmente al respecto. Veinte o treinta años más tarde, algunos de sus amigos han deplorado, no sin cierta razón, ese "dar largas" ocasional. Pero el hecho es que en los años 90 del pasado siglo, era rigurosamente el único en Inglaterra que hablaba públicamente y seriamente de la cuestión del sexo, sobre la que entonces reinaba un silencio mortal. Él mismo dice en su autobiografía que le ha costado enormemente escribir su libro en ese ambiente, en que todo lo que dijese sería forzosamente cambiado de sentido y malinterpretado, que tuvo que reescribir cuatro o cinco veces numerosos pasajes. Lo extraordinario es que, a pesar de todo, un siglo más tarde ese libro sigue siendo (al menos a mis ojos) uno de los libros mayores sobre la sexualidad, y uno de los grandes libros de nuestro tiempo.

proveer a su mantenimiento y prosperidad, tienden a menudo a consagrar su vida a la creación de obras de naturaleza muy diferente: en las artes, las ciencias, la religión, las instituciones sociales, las ideas. Según él, y de acuerdo también con la visión de Walt Whitman, los lazos sentimentales de esos seres, lejos de ser para ellos un peso o una traba para su ímpetu creativo, tienen tendencia por el contrario a ser de tipo heroico y a darles alas, ¡para superarse en obras a los ojos del bienamado[333]!

N 407 ◊Esas intuiciones de Carpenter, que tienden a restituir a los uranianos un lugar reconocido y respetado en la sociedad, como el que tuvieron en civilizaciones más antiguas y menos represivas que la nuestra, guardan toda su actualidad hoy en día. Las prevenciones contra la homosexualidad, y las inveteradas inhibiciones que las acompañan, aunque se debilitan gradualmente de generación en generación, todavía están muy lejos de haber perdido su poder[334]. Sólo añadiré que esa armonía tan esencial de las cualidades masculinas y femeninas en un mismo ser no implica necesariamente, en un hombre, que no sea atraído poderosamente por las mujeres, ni a la inversa en una mujer; sino solamente, a lo más, que igualmente sea sensible, de manera más o menos fuerte, más o menos consciente, a la atracción carnal hacia personas del mismo sexo.

N 408 Sería pues, en suma, ◊un "uraniano potencial", que, según el temperamento y las circunstancias, asumirá quizás llegado el caso un episodio o una relación amorosa con una persona de su mismo sexo, o que por el contrario se abstendrá durante toda *su* vida, pero sin renegar por ello de esa componente de *su* sexualidad. Si tengo aquí que formular una reserva vis a vis de la visión de Carpenter, únicamente es porque tiene tendencia, me parece, a creer que debería ser todo de uno o todo de lo otro: o bien estaríamos atraídos *sólo* por el sexo opuesto, o *sólo* por nuestro propio sexo – ¡para lo mejor y para lo peor!

Además Carpenter constata que no es raro que un uraniano se case y funde una familia.

[333] No tengo la impresión de que fuera pura idealización, por el bien de una causa particularmente difícil. Parece que Carpenter habla por experiencia, y además da llamativos ejemplos históricos en su segundo libro sobre el tema del sexo (ya citado en la nota "Edward Carpenter (1) – o la mirada infantil", n^o 96), "Intermediate Types among primitive Folk" (publicado en 1914, veinte años después del primero).

[334] Un signo elocuente, entre muchos otros, de la vivacidad de esas prevenciones todavía en nuestros días, es que el mismo A.S. Neill no está totalmente exento. Eso aparece en las diversas ocasiones en que roza de pasada la cuestión de la homosexualidad, en su libro (largamente comentado ya) "Niños libres de Summerhill", pero también el libro posterior "Liberty, not Licence". (Mal traducido, siempre por la misma traductora poco concienzuda, como "La liberté, pas l'Anarchie", y publicado en francés con ese título.) Aunque deplora como una barbaridad las leyes que, en Inglaterra y en muchos otros países, reprimen la homosexualidad (a menudo con penas muy pesadas), estima sin embargo (¡y afirma como algo casi evidente!) que la inclinación homosexual sería una especie de neurosis, y que los que la siguen "sólo se hacen daño a sí mismos" (pero no a la sociedad, que no tiene que mezclarse en eso). Poco inclinado a la lectura ni a la reflexión histórica, no debió leer lo que un hombre particularmente bien situado como Carpenter tenía que decir sobre esa cuestión, ni darse cuenta de hasta qué punto las actitudes vis a vis de la homosexualidad eran diferentes en las culturas llamadas "paganas", exentas de la obsesión del "pecado original" que ha marcado a la religión judaica y, todavía más, a la religión cristiana. Ésta le marcó profundamente (según su propio testimonio), y aquí se verifica, me parece, su propia afirmación: que de tales marcas recibidas en la niñez, siempre queda algo durante toda la vida...

No obstante creo en su palabra cuando dice que en Summerhill no hubo ambiente represivo vis a vis de la homosexualidad, no más que vis a vis de ninguna otra expresión de la sexualidad. En los niños llegados de otras escuelas, donde habían adquirido inclinaciones homosexuales, éstas habrían desaparecido sin dejar rastro durante su vida en Summerhill. Si es verdad que no había ninguna presión tácita en ese sentido por parte del "medio Summerhill", y visto que neill es un observador particularmente perspicaz, eso parece indicar que la inclinación homosexual sería un puro producto de la represión sexual, y sugiere que tal vez haya sido así también en las innumerables sociedades en que la homosexualidad no era reprimida, y gozaba de un status social particular. (pues hasta ahora, en *todas* las sociedades conocidas sin excepción, la represión sexual ha existido en una forma u otra, a menudo muy diferente una de otra...) Pero sólo el futuro, con la eclosión de sociedades no represivas como la realizada a microescala en Summerhill, es el que dirá dónde está lo verdadero y dónde lo falso en esta delicada cuestión.

Otro "ejemplo elocuente de la vivacidad de los prejuicios" y de los reflejos adquiridos vis a vis de la homosexualidad: yo mismo tuve sobre este tema una actitud muy ambigua y muy dividida durante la mayor parte de mi vida. Pero hablar aquí de forma más detallada decididamente me llevaría muy lejos. ¡Queda "para otra ocasión"!

Según sus observaciones, eso sería siempre bajo la presión del medio ambiente, y en contra de los deseos profundos del interesado. Quizás sea así sólo porque los deseos prohibidos "se vengan", manifestándose con una fuerza más imperiosa, más lancinante que los deseos que pasan por lícitos. También es previsible que en una sociedad no represiva vis a vis de las tendencias homosexuales, veremos desplegarse un abanico de tendencias mucho más rico y matizado que el sempiterno "todo blanco o todo negro" que nos describe Carpenter.

E) *El sexo en la educación: las dos iluminaciones*

Por lo que sé, Carpenter jamás estuvo en una situación de educador vis a vis de un niño. Se tiene la impresión de que su comprensión de los principales problemas en la educación viene sobre todo de su propia experiencia de niño expuesto a una "educación" desastrosa, y de las observaciones que pudo hacer en las escuelas en que fue alumno, corroboradas por las observaciones similares hechas por otros. Insiste sobre la importancia de dar al niño y al adolescente todas las aclaraciones que pueda desear su legítima curiosidad sobre el cuerpo y sobre el sexo. Se trata de informarle (adelantándose si fuera necesario a su pregunta) sobre los principales hechos que puedan interesarle, tanto sobre el aspecto fisiológico del sexo como sobre su aspecto afectivo. Normalmente, esos hechos no causan ningún daño al niño – el daño sólo viene del ambiente malsano de escabroso misterio con que los adultos suelen rodear lo que atañe al sexo. En este punto, Carpenter coincide con Neill quien, unos veinte o treinta años más tarde, constata que la "sexualidad infantil" expuesta por el psicoanálisis es, en muy gran medida, un producto de la represión sexual ejercida sobre el niño: una información completa, que responda paso a paso a
N 409 las preguntas tácitas o expresas del niño, tiene como efecto que se desvanezca rápidamente ◊la desmesurada importancia (consciente o inconsciente) que tenía tendencia a dar al tema, que se le había presentado a su alrededor como "prohibido", tenebroso, peligroso, incluso maléfico...

Sin ser el menos contaminado del mundo por la habitual actitud "moralizante" sobre el sexo, Carpenter estima que es deseable que los niños y adolescentes se abstengan de actividades sexuales. Aconseja, si fuera necesario, recomendarles la moderación sexual, por supuesto explicándoles las razones. Piensa en efecto que a la edad en que el cuerpo y el psiquismo aún están en formación, la actividad sexual representa un gasto de energía perjudicial para el desarrollo[335]. Especialmente estima que la "satisfacción solitaria" es fuertemente desaconsejable. Sobre todo es aquí donde se presenta una divergencia flagrante entre Carpenter y Neill, el cual insiste sobre la importancia *de evitar toda interferencia* del adulto en las veleidades de actividad sexual de los niños[336].

Sin embargo me parece que esa divergencia es menos absoluta de lo que parece a primera vista, que corresponde más bien a iluminaciones diferentes de la misma cuestión, aunque la importancia, desde un punto de vista práctico, entre los comportamientos preconizados por uno y otro no deban minimizarse en ningún caso. Neill constata que toda intervención del adulto, incluso la que pretendiera ser "no coercitiva" y se limitase a consejos perfectamente bien fundados etc., no hace más que multiplicar la atracción oculta de una actividad sentida desde entonces (con razón o sin ella) como "prohibida". Ésa es una observación fundamental, fruto de la larga experiencia de un observador de excepcional perspicacia, y no puede ser puesta en duda y rechazada. Carpenter, como todo el mundo en su tiempo (y todavía hoy, salvo entre un puñado de gente bien informada) sobreestimaba la atracción natural del juego sexual en el niño, al no haber podido observar, como Neill, cuál es el comportamiento de un niño en un medio totalmente no represivo (toda vez que se haya desquitado de una buena vez, si fuera necesario). Sólo en un ambiente represivo se crea, tanto en el niño como en el adulto, la relación más o menos

[335] Volveré sobre este importante asunto en la siguiente nota.

[336] La única excepción a esa regla, en la práctica pedagógica de Neill, está dictada por razones "prácticas" evidentes, cuando se trata de niños bastante grandes con riesgo de embarazo, con todas las consecuencias que eso implica. Volveré sobre ello más adelante.

obsesiva con el sexo que nos es familiar, y la tendencia a librarse a una actividad sexual abusiva, al adquirir ésta las fascinación irresistible del "placer prohibido". Por el contrario en un ambiente
N 410 de libertad, en el hombre como en los animales y a cualquier edad, se produce ◊una regulación automática, de suerte que cuando hay actividad sexual, ésta siempres está perfectamente bien adaptada a las posibilidades y necesidades fisiológicas y psíquicas del momento[337]. ¡Ésta es la razón por la que el "desenfreno" es desconocido en los animales! La divisa inicial de Neill, es que el niño es por naturaleza "bueno" y sano, que se vuelve malo y se desvía sólo por efecto de una educación represiva. Esta divisa significa "confiar en la naturaleza", y aquí claramente es el mejor guía. Neill ha sido sin duda el primero en la historia de nuestra especie en tener un presentimiento tan claro, y el primero, en todo caso, en dar la demostración a base de una vida.

Está fuera de duda que Carpenter había hecho suya desde hacía mucho tiempo la divisa de Neill. Pero no se da cuenta como Neill de los mecanismos psíquicos creados en el niño por la represión sufrida[338], y que hacen que los consejos que le hubiera dado a un niño o a un adolescente desorientado tuvieran todas las papeletas para añadirse simplemente a la represión ya sufrida e interiorizada, y de ir así en contra del fin perseguido; mientras que para un joven educado en un ambiente de libertad, ¡esos consejos son de todas formas enteramente inútiles! Además no hubiera dejado, seguramente, de darse cuenta antes o después, si hubiera tenido que asumir durante años la educación de un grupo de niños. Pero de nuevo aquí: a cada vida le basta su afán...

Sobre todo es para el niño donde no puede haber duda de que la manera de ver y el comportamiento de Neill son los más realistas y los más razonables. Quizás no sea ya así cuando se trate de un adolescente. Además en ese caso, Neill se ve obligado, ¡ciertamente a su pesar! a pedir moderación a sus alumnos, a causa de "razones prácticas" ya mencionadas (so pena de un escándalo público, y de encontrarse con un proceso a sus espaldas y su escuela cerrada...). Seguramente Carpenter diría, y con razón, que también hay otras consideraciones además del mero temor a un escándalo y a sus consecuencias, que deberían ser invocadas ante los jóvenes
N 411 cuando se trata de hablarles de *su* responsabilidad, cuando se involucran en ◊una relación que pudiera llevar a un embarazo. Después de todo, concebir y engendrar un nuevo ser quizás tenga una dimensión de muy distinto orden que la de un revuelo provocado por unos padres alocados. Es cierto que a menudo las pequeñas partes de un problema tienden a ocultarnos las grandes – ¿pero el papel del educador es el de abundar en ese sentido? Y la cuestión esencial aquí, ¿no es más bien la de saber si esos jóvenes se sienten capaces de asumir la responsabilidad de una paternidad o de una maternidad, y están dispuestos a hacerlo? ¿O si no la, de muy distinto orden pero quizás apenas menos pesada, de un aborto? Neill decía, es cierto, que si no temiese ver cerrada su escuela al día siguiente, distribuiría anticonceptivos a sus alumnos chicos y chicas en edad núbil. Pero incluso suponiendo que pudiera hacerlo sin riesgos prohibitivos, eso no haría más que desplazar el problema para los jóvenes. ¿Estarían dispuestos a desnaturalizar con el uso de preservativos la naturaleza espontánea del juego amoroso al que aspiran, o (en el caso de "la píldora") a correr el riesgo de efectos secundarios desconocidos para la chica? Y si es así, están dispuestos uno y otro a asumir las consecuencias de una aventura amorosa que quizás crean "gratuita" (como todos nosotros tan a menudo tenemos tendencia a imaginarnos en nuestras propias aventuras...), sin darse cuenta de que juegan con una fuerza muy poderosa, y que ni ellos mismos ni nadie podría decir hasta dónde va a llevarles.

Anticonceptivos o no, a medida que el niño se acerca a la edad adulta, la pasión tenderá a tomar el relevo de la simple curiosidad y del juego, y cada vez más se le planteará al joven la

[337](7 de diciembre) Aquí me he precipitado un poco, y hecha la reflexión, constato que habría que exceptuar al hombre adulto, o al joven que, después de la pubertad, se acerca a la edad adulta. Volveré sobre esto tácitamente más adelante, y sobre todo en la siguiente nota.

[338]Ésta es otra ilustración de la relativa ignorancia de Carpenter sobre el conflicto y los mecanismos del conflicto en la psique, que ya hemos señalado anteriormente.

cuestión siempre delicada, siempre diferente de un caso a otro, de la respuesta a las peticiones del deseo sexual, o del cauce que se le quiera dar (en la medida en que se le puede fijar un "cauce"). Según el caso, se puede errar por exceso de moderación, o por exceso de asentimiento al deseo. Y, ciertamente, es necesario y natural cometer *sus* errores, para hacer *su* aprendizaje. Pero para poder aprender de sus errores, hay que discernir que hay un problema, y materia para ejercitar su discernimiento. El magnífico avance logrado por Neill como educador, es haber comprendido
N 412 y demostrado que en los niños[339], la cuestión de un ◊control o de una "moderación" del sexo (sin hablar de represión) es una falsa cuestión, que sólo había "que dejar correr", dejarles a ellos mismos (limitándose sólo a informarles si fuera necesario). Pero se diría que su mensaje a los adolescentes no iba más allá de: si podéis tener placer unos con otros sin cerrar mi escuela (¡Dios no lo quiera!) y sin echaros mucho a la espalda a vuestras familias respectivas, incluso a todo el mundo, ¡id con alegría y sin pensárselo dos veces! Como si ignorase que en la persona adulta o cercana a la edad adulta (igual que en él mismo, Neill), la relación con la poderosa pulsión del sexo pone en juego de forma delicada y esencial su responsabilidad y sus facultades de discernimiento; o como si a cualquier precio tuviera que no hacer nada para disipar tal ignorancia en sus alumnos. Aquí es donde Carpenter da muestra de una comprensión más ajustada y más profunda de las necesidades del adolescente, llamado a realizar el aprendizaje de un tipo de responsabilidad y de discernimiento a los que *nada* en la sociedad ambiente (¡ni siquiera en la célebre "escuela libre de Summerhill"!) le preparará jamás.

Reencuentro aquí, pero bajo una luz nueva e inesperada, un cierto propósito deliberado en Neill, que ya había constatado anteriormente[340]: el de ignorar cueste lo que cueste, incluso en el niño grande, lo que pudiera llamarse la "dimensión espiritual" de la existencia humana, y el aspecto "espiritual" de innumerables cuestiones a las que ese niño o ese adolescente no podrá dejar de enfrentarse. Sin duda, ese propósito deliberado es una consecuencia de la aversión de Neill al discurso moralizante, ese discurso que había emponzoñado su infancia, atormentado por la idea del pecado y del infierno. El extraordinario avance logrado por él fue sin duda, entre otras, una saludable reacción de revuelta tardía contra un tal discurso, y contra el odio y el miedo al sexo que lo anima y que él perpetua.

En cuanto a Carpenter, al que tampoco le han ahorrado las fechorías del discurso moralizador, su "reacción" ha tomado vías muy diferentes y más "suaves"[341]. No está más inclinado que el mismo Neill a ese tipo de discurso. Pero no por eso se vuelve víctima de una fobia, que
N 413 iría hasta ignorar ◊o negar la realidad que el discurso reclama por impostura y falsificándola: esa realidad que llamo "espiritual"[342]. Sobre todo es por ese "awareness", por esa viva per-

[339]Pienso que esa línea de conducta de Neill es la única indicada hasta la edad de doce o trece años, más precisamente hasta la pubertad. En ese momento se produce un importante viraje en la relación del adolescente con su sexualidad, seguramente en relación con la facultad recién aparecida de procrear, y con las responsabilidades que eso implica (sean éstas percibidas conscientemente o no). Es entonces cuando la actitud pedagógica de Neill, incluso en el mero plano de la sexualidad, me parece insuficiente, y que por el contrario la de Carpenter, y sobre todo el espíritu que la anima, se vuelve una necesidad.

[340]En las tres secciones consecutivas n°s 93–95, y sobre todo en las dos últimas "Neill y el bombardero – o la-felicidad-a-gogó y la *otra* dimensión" y "Summerhill – o la sauna, y el mar abierto...".

[341]Claramente se nota en las personas de Carpenter y de Neill, magnificamente equilibradas la una como la otra, un predominio (o "tono de base") *yin* en Carpenter, y *yang* en Neill. En su autobiografía (cf. "Selected Writings", página 80) Carpenter escribe sobre sí mismo:

> "Yo no fui jamás un niño atrevido o turbulento. Tímido y sensible, a mi espíritu desgraciadamente le faltaba la inestimable virtud de la rebeldía. Sufría, y era lo bastante estúpido para creerme equivocado."

[342]Carpenter, igual que antes Whitman y Bucke, apenas usa el término "espiritual", que sin duda tenía mala prensa en el último siglo, fuera de los medios religiosos. (En nuestros días, todavía ése es el caso en numerosos medios, y especialmente en los medios científicos.) Había tendencia a hablar más bien de la "naturaleza moral" del hombre, en lugar de su "naturaleza espiritual". Pero hoy, el término "moral" me parece todavía más usado y desacreditado que el término "espiritual". No conozco equivalente en francés de ninguno de esos dos términos, y

cepción de un aspecto crucial de las cosas que todo el mundo tiene tiende a ignorar o negar (y en los medios llamados "religiosos" tanto como en los demás) – es por eso que Carpenter está en disposición de enseñar al hombre de hoy cosas vitales para nuestra comprensión de nosotros mismos, incluyendo el tema crucial de nuestra relación con el sexo; cosas que ningún otro hombre haya quizás comprendido mejor ni haya expresado mejor que él.

(101) El afecto en la educación, ésa es la revolución

(5 y 6 de diciembre)[343] Finalmente, esa "enumeración lacónica" que me proponía hace de corrido, sobre ciertos puntos que me han parecido importantes en el pensamiento de Edward Carpenter sobre el sexo, se ha convertido en una especie de "A.B.C. del sexo" en cinco capítulos, a lo largo de tres día y en veinte páginas bien servidas. Y todavía hay uno de esos "puntos" que se ha quedado colgado, y que sin embargo interesaba mucho a Carpenter como para consagrarle un capítulo entero de una docena de páginas, en su libro ampliamente citado "Love's Coming of Age" ("Cuando el Amor alcanza la mayoría de edad"). Es el penúltimo capítulo del libro, "Sobre el afecto en la educación". Se encuentra en la segunda parte del libro, llamada "El sexo intermedio" (o "el tercer sexo"), y está situado entre los dos capítulos "El cariño uraniano" y "El lugar del uraniano en la sociedad"[344].

N 414 ◊Ciertamente no fue al azar como Carpenter eligió ese contexto fuertemente "uraniano" para situar su reflexión sobre el tema a menudo desdeñado, desterrado o incluso vilipendiado (y sobre todo en Inglaterra en el último siglo) del papel del afecto en la educación. Era una forma de "meter la pata" sin llamar mucho la atención. En todo caso, es un hecho innegable y de fácil observación (y que Neill tampoco dejó de notar en su escuela como en las otras), que las amistades electivas que se anudan en la escuela y que a menudo se mantienen en la edad adulta durante toda la vida, ligan ante todo un chico con un chico, una chica con una chica. Sobre todo es a partir de la pubertad cuando los chicos comienzan a interesarse en las chicas, y viceversa. Las amistades más o menos amorosas que entonces se hacen y se deshacen tienen a menudo un carácter más contingente, y menos personal, menos incondicional y confiando sin reservas, menos durable también que las fuertes amistades trabadas con niños del mismo sexo antes de la pubertad. En tiempos de Carpenter, la regla era más bien que padres y educadores se alarmaran de una tal amistad, sobre todo entre dos chicos y cuando, además, se exteriorizaba con señales de ternura a nivel corporal. Parece que al menos en los medios acomodados en los que Carpenter fue educado, tal cariño más o menos apasionado entre dos chicos o entre dos chicas (en las que era más fácilmente tolerado), era cosa bastante frecuente. Supongo que eso era una compensación a una educación mucho más represiva y afectivamente exangüe, en la Inglaterra puritana del último siglo, que a la que ahora estamos acostumbrados. Seguramente, cuando un niño busca en otros niños la satisfacción de la necesidad espontánea y vital de recibir y de dar ternura, es que afectivamente está destetado en su relación con los adultos más cercanos. Ése fue claramente el caso del mismo Carpenter, y seguramente también el de la mayoría de sus camaradas en la escuela. Lo asombroso, es que jamás lo diga ni siquiera lo dé a entender. Ahí debió tener un "blanco" en su percepción de una realidad muy cercana, señal de su rechazo a admitir que sus padres hayan podido fallar hasta tal punto en lo esencial de eso que él, su hijo, necesitaba (y que sin embargo él logró a fin de cuentas, ¡pero con cuánto dolor! superar...)[345].

---

lo que expresan no puede y no debe ser eliminado de la vida humana. Además en modo alguno son sinónimos: lo "moral" es un aspecto, entre una infinidad de otros, de lo "espiritual".

[343] Continuación de la nota anterior "El A.B.C. del sexo (en cinco coplas)".

[344] Títulos en inglés "The homogeneous Attachment" y "The Place of the Uranian in Society". El término "homogéneo" (en "cariño homogéneo", "amor homogéneo" etc.) es el eufemismo generalmente utilizado por Whitman (pero no inventado por él) para "homosexual". No he encontrado la expresión "uraniano" en los textos de Whitman que tengo a la vista.

[345] En todo el libro "Love's Coming of Age", cuando Carpenter ocasionalmente se refiere a sus recuerdos escolares, no hay ninguna alusión a su vida familiar – como si ésta fuese deliberadamente borrada. Y más chocante aún,

N 415 ◊En mi propia experiencia de la escuela, tales muestra de ternura, o de atracción a nivel corporal, me parece que fueron muy excepcionales entre chicos (pero seguramente no entre las chicas). Aparentemente Neill tampoco tuvo ocasión de observarlo en Summerhill. Esto va en el sentido de la impresión de antes, que es el carácter particularmente represivo y afectivamente estéril del medio familiar y social el que sobre todo sería causa de una tal nota tierna o carnal en el cariño mutuo entre dos chicos, mientras que entre chicas sería algo bastante común incluso en ausencia de toda presión psíquica.

Pero si es correcto ver la afectividad en el ser humano como una de las inmediatas manifestaciones "sublimadas" de la pulsión del sexo, hay que admitir que todo afecto verdadero que liga a dos seres, incluso en ausencia de todo signo de una ternura corporal consciente y expresada, es una manifestación de la pulsión; y por eso mismo, que todo afecto entre dos seres del mismo sexo: entre dos chicos o dos chicas, o entre dos hombres o dos mujeres, o entre un niño y un adulto del mismo sexo – que en todos esos casos, al igual que en el afecto entre dos seres de sexo opuesto, la pulsión del sexo actúa secretamente, que ese afecto es pues de esencia "homosexual"; y esto incluso en los casos (ciertamente los más numerosos con mucho) en que esa relación no se acompaña en uno ni en otro de la menor traza de pensamientos o de deseos
N 416 consciente (ni siquiera tal vez inconscientes) de lo que se llamaría "sexuales". Eso es ◊lo que me sugieren mis propios sueños, y no dudo que todo psicoanalista experimentado, y que además haya superado en su propia persona los miedos habituales ante las realidades del sexo, confirmará esta forme de ver. Así la forma extrañamente audaz de Carpenter de situar su tema, al límite (pudiera pensarse) de la provocación gratuita, o debida tal vez a una preocupación fuera de lugar de abogar por la causa de los "uranianos" y del "hecho uraniano", en modo alguno es provocación o torpeza involuntaria, sino que corresponde a una intuición correcta y profunda, muy adelantada a su tiempo. Y seguramente hacía falta un raro coraje para afirmar esa intuición de forma tan flagrante, en tiempos que (por decir poco) no animaban a ello. Pero es de temer que esa forma tácita de presentar el tema no haya facilitado precisamente la audiencia...

Desde las primeras líneas y a través de todo el capítulo, Carpenter insiste sobre el papel irremplazable del afecto en la educación, y muy particularmente sobre el de las amistades afectuosas, incluso apasionadas, sea entre dos niños, sea entre un niño y un educador[346]. Escribe al respecto ("Selected Writings", página 227):

> "Tenemos pues en la educación en general, me parece (se trate de chicos o de chicas), que ocuparnos de dos corrientes que no pueden ser ignoradas, sino que deberían ser

en todo el capítulo sobre "el afecto en la educación", jamás hace alusión al afecto que podría o quizás debería reinar *en la familia*, donde se realiza casi toda la primera fase, y la más esencial, de "la educación"; sino siempre y exclusivamente de afectos trabados en *la escuela*. En las pocas páginas de la autobiografía de Carpenter, "My Days and Dreams", incluidas en los "Selected Writings", Carpenter es más locuaz sobre las condiciones familiares que rodearon su infancia. Desde la primera página (loc. cit. página 79), aún asegurando que sus padres eran "las mejores personas del mundo", escribe que aún estando colmado de todas las superficialidades de la vida en una familia acomodada,

> "... a pesar de todo, en mi casa, nunca me sentí realmente en mi casa. Quizás fuera exageradamente susceptible; pero el caso es que me sentía un extraño, un fracaso, y un hazmerreir.
> ... Odiaba esa vida, y en ella me sentía miserable – las cosas convencionales en las que el corazón está ausente, las observancias idiotas – pero jamás hubiera imaginado, jamás se me ocurrió, que pudiera existir *otra* vida. Estar perseguido por el miedo a las apariencias – lo que la gente diría sobre la forma de vestir o de expresarse – estar siempre con el temor de cometer trasgresiones involuntarias de reglas invisibles – he ahí lo que en mi infancia parecía ser la condición normal de la existencia; hasta tal punto que jamás hubiera soñado en escapar de ella. Sólo rogaba a Dios que llegara el tiempo en que me fuera concedida la gracia de desaparecer sin reproche. Tímido y sensible, a mi espíritu desgraciadamente le faltaba la inestimable virtud de la rebeldía. Sufría, y era lo bastante estúpido para creerme equivocado.

[346]Se trata siempre del cariño afectuoso de un niño a un maestro o a una maestra de la escuela. El caso del cariño de un niño hacia su madre o su padre no es evocado en ninguna parte...

reconocidas con naturalidad y dirigidas en la buena dirección. Una de esas corrientes es la de la amistad. La otra es la de la curiosidad del joven por el tema del sexo."

Como ya hemos dicho, Carpenter reconoce que esa curiosidad es perfectamente legítima y ha de ser satisfecha. En modo alguno se sigue de un deseo equivocado y obsesivo de "hacer como los mayores" librándose a una actividad sexual (prematura, y como tal perjudicial para el desarrollo del niño) – al contrario, son los obstáculos que se le ponen a esta curiosidad los que la desnaturalizan y desvían. Normalmente, el deseo propiamente sexual no aparece hasta la pubertad, sin que entonces adquiera el habitual carácter obsesivo, suscitado por la actitud ambigua del medio ambiente vis a vis del sexo. Antes de esa edad, y en gran medida incluso después de esa edad todavía, la expresión espontánea y natural de la fuerza del sexo en el niño y en el adolescente se encuentra naturalmente canalizada en la primera de las dos "corrientes" que nos
N 417 señala Carpenter, la del afecto y de la amistad; amistad sea ◊entre dos niños de parecida edad, sea entre un niño y otro mucho mayor, que hace de modelo y de referencia, sea en fin y más raramente, entre un niño y un adulto[347]. A este respecto, es notable que la actividad sexual propiamente dicha, y más particularmente la copulación y la procreación, se pierda en el hombre a una edad mucho más avanzada que en ninguna otra especie animal. Seguramente hay ahí una "intención" (de "la Naturaleza", o del "Creador"...) de hacer servir la energía sexual, hasta una edad relativamente avanzada, exclusivamente al desarrollo de las facultades afectivas de la psique. Éstas pertenecen a un nivel de la existencia superior al de la sexualidad bruta, y en las diferentes especies animales, permanecen confinadas a un estado incomparablemente menos refinado que en el hombre.

Hablando de la actividad sexual prematura en el niño, Carpenter escribe (dos párrafos más arriba del que se acaba de citar):

> "Y además, eso [el hábito de tales actividades precoces] significa una interrupción en la capacidad de afecto. Creo que el afecto, el cariño – sea hacia uno de los sexos o hacia el otro – normalmente brota en el joven espíritu bajo una forma totalmente difusa, ideal, emotiva – una especie de ansia y de admiración como ante algo divino[348] – sin que haya pensamiento bien definido o una conciencia clara del sexo. El sentimiento se extiende y llena, cual marea que sube, los menores intersticios de la naturaleza emocional y espiritual; y cuanto más se retrase (dentro de unos límites razonables por supuesto) el momento en que ese sentimiento se dirija claramente hacia el sexo, tanto más tiempo dura ese periodo de crecimiento y desarrollo emocionales, y mayor es la delicadeza y la complexión y la fuerza del carácter que resulta. Toda nuestra experiencia enseña que una dedicación demasiado precoz al sexo devalúa y debilita la capacidad afectiva."[349]

[347] Véase la nota a pie de página precedente.

[348] Esa idealización etérea y divinizante del ser amado me parece típica de un afecto que ha sido expuesto a una represión más o menos severa, y no ha podido expresarse espontáneamente vis a vis de los seres familiares del entorno.

[349] Es exagerado decir, como lo hace Carpenter, que una actividad sexual precoz, incluso desordenada y excesiva, significa una "interrupción" pura y simple en el desarrollo del niño, y especialmente en su capacidad afectiva. No obstante, todo lo que sé sobre este tema, por experiencia, por observación o por el testimonio de terceros, va completamente en el sentido de las observaciones de Carpenter en el pasaje citado. Incluyendo también la última frase bastante tajante, pero sólo a condición de precisar que se trata de una "dedicación al sexo" que tendría proporciones excesivas, y no de *toda* traza de actividad sexual en el niño (especialmente la más común de todas, que es la "satisfacción solitaria"). Si hay pues que hacer una reserva, es sólo que en esta cuestión delicada y espinosa donde las haya de la actitud del adulto del adulto vis a vis de la sexualidad del niño, Carpenter no ha sabido matizar su pensamiento, sin dejarse arrastrar por los prejuicios universalmente admitidos.
En su autobiografía, Gandhi hace observaciones muy similares, esta vez *en contra* de los usos bien establecidos en la India en los medios de los que provenía: constata el desastroso efecto de las bodas de niños y de una vida conyugal a una edad muy precoz, en que la formación de la personalidad no está terminada. Es evidente que esas

N 418 ◊Aclarado esto, Carpenter subraya que toda represión ejercida en contra de esa "corriente afectiva" en la vida del niño, represión a menudo motivada (sobre todo en su tiempo y en los medios en que se crió) por un temor obsesivo al sexo, tiende a constreñir a la energía sexual a rebajarse prematuramente al nivel más tosco de una actividad sexual propiamente dicha, por supuesto clandestina y desde entonces tachada con todas las connotaciones obscenas y vergonzosas que eso implica. Y una vez arrinconada en ese oscuro reducto de las satisfacciones ocultas a hurtadillas, ¡la fuerza del sexo resiste cualquier tentativa coercitiva, por violenta que sea, para desalojarle! Carpenter evoca con medias palabras, pero sin embargo muy claramente
N 419 para quien sepa leer, el estado de las ◊costumbres y las mentalidades entre los niños de los internados de su tiempo[350]. ¡Ése es el "reverso"-podredumbre del puro "anverso" de la austera medalla puritana! Para meditar...

Por lo que pude entrever como alumno externo en un liceo francés en Mende, a principios de los años cuarenta, no parece que en el siglo que había transcurrido desde la infancia de Carpenter, y cruzando el Canal de la Mancha desde la severa Inglaterra puritana hacia la dulce Francia, con fama de picante y verde, las cosas hayan cambiado mucho.

En todo caso, Carpenter se da perfectamente cuenta de que es la represión sexual la que crea en el niño la inclinación más o menos obsesiva a las actividades sexuales prematuras[351], perjudiciales a su relación con el sexo y a su desarrollo corporal y afectivo. Quizás haya sido el primero en poner en evidencia la *relación real* entre represión y "vicio", relación que es vuelta del revés por el cliché univeralmente recibido que pretende que dicho "vicio" (más o menos congénito tenemos que creer, sin duda en virtud del providencial "pecado original"...) es el que provoca y hace necesaria la represión, que se supone lo extirpa (sin conseguirlo jamás...).

Cierto es que Carpenter sólo cuestiona la represión en tanto que ataca a una de las dos

---

observaciones no se deben a ninguna mojigatería sobre la cuestión del sexo.
La mamá de una niña de tres o cuatro años me confió que, sin ver en ello malicia, la hizo participar en los juegos amorosos con su amante. Como era previsible, los efectos fueron desastrosos, y la madre se dio prisa en cortar por lo sano tales fantasías eróticas. Afortunadamente (por lo que sé) no dejaron secuelas visibles. Debería ser una regla absoluta en el "A.B.C. del sexo" de un adulto, no dejarse arrastrar en ningún caso a un juego sexual con un niño. (En cuanto a lo que pase en nuestros sueños, ésa es otra historia, no hay que tomárselo en serio ni asustarse...) Por el contrario, me parece importante que los padres no duden en mostrarse desnudos delante de sus hijos cada vez que se presente la ocasión. La actitud inversa, señal de inveteradas inhibiciones ante la desnudez (todavía casi-universales en nuestros días), no dejaría de comunicar a los hijos esas mismas inhibiciones. Educar a los hijos, eso es también y sobre todo educarse a sí mismo...
Volviendo a los graves inconvenientes de una actividad sexual precoz excesiva, en cuanto a Neill, pasa totalmente en silencio sobre este aspecto que Carpenter subraya con razón. (Pero dándole un peso demasiado absoluto y creyendo poder sacar una justificación para ciertas actitudes represivas tradicionales.) Es cierto que en los niños que no han llegado a la pubertad, el problema *no se plantea* en un "régimen de libertad" como el de Summerhill: la actividad sexual del niño, cuando hay tal actividad, se autoregula y no interfiere con su desarrollo. Pero dudo mucho que también sea así después de la pubertad. Después de todo, y a juzgar por mi experiencia personal, incluso entre nosotros los adultos e incluso entre los más "liberados", ¿la cuestión de la necesaria moderación no plantea a veces problema?

[350] Carpenter nunca estuvo interno en un colegio, igual que yo, casi un siglo más tarde. Pero a pesar de eso, lo que puede entreverse ya es muy edificante...

[351] Ésa es con mucho la causa principal, en casi todos los casos. Sin embargo hay que añadir que en nuestros días, con la invasión de la familia por los medios, hay que añadir la estimulación de la imaginación sexual del niño por el erotismo de pacotilla que los medios transmiten en altas dosis, con la inevitable amalgama del sexo con la violencia. Mientras en el entorno del niño la sexualidad de los adultos sea artificial y malsana, reprimida por un lado y atiborrada por otro, no hay ninguna esperanza de que el mismo niño desarrolle una relación sana con el sexo. En fin, dejo aparte los casos (como el señalado en una anterior nota a pie de página) en que los adultos que rodean al niño pongan de su parte para estimular deliberadamente su imaginación erótica, o incluso lleguen a empujarle a una actividad sexual precoz. A este respecto, seguramente es razonable que los padres, sin hacer de sus relaciones un misterio formidable, eviten que su hijo asista a su retoce conyugal. Los niños comprenden perfectamente que hay cosas que preferimos hacer sin testigos. Por lo que sé, en todas las culturas sin excepción (incluyendo las que conceden total libertad a los niños para tener juegos sexuales entre ellos si se les antoja), es costumbre que los niños no asistan a las actividades sexuales de los adultos.

corrientes de la sexualidad infantil que él considera "lícitas": la curiosidad natural del niño por
N 420 las cosas del sexo[352], y las vías espontáneas del afecto y la ternura. ◊Como todos los hombres de su tiempo, permaneció prisionero de prejuicios milenarios, admitiendo que cuando hiciera falta era necesario que el educador velara (con benevolencia y tacto, se sobreentiende) por la continencia sexual y los "modales" idóneos en los niños bajo sus cuidados[353]. A este respecto también él, Carpenter, permaneció pues, o por muy poco, en el estado del sempiterno "¡no te toques la colita!". Habrá que esperar a Neill, veinte o treinta años más tarde, para ver aparecer al fin la visión profunda y atrevida que vaya más allá – y, hecho esto, que traduzca la nueva comprensión en *acto*.

He aquí las líneas con las que Carpenter concluye su capítulo sobre el afecto en la educación (loc. cit. página 233):

> "De todas formas, cuanto más pienso en ello, más claro me parece que un sano afecto ha de ser finalmente la base de la educación, y que reconocerlo será la única puerta para salir de la difícil situación de la escuela actual. Es verdad que tal cambio revolucionaría nuestro sistema escolar; pero sin embargo habrá que hacerlo, y eso seguramente llegará en la estela de otros cambios que ocurrirán en la sociedad globalmente."

N 421 Seguramente no sería Neill el que discutiese que el afecto ha de estar en la ◊base de una educación sana[354]. Salvo que en su espíritu, seguramente se trataría mucho más de la capacidad de afecto, o más exactamente de *amor* ([102]), *del educador* (o del padre) vis a vis del niño, que del despliegue de la afectividad *del niño* en su relación con los otros niños y los maestros, y más en general, los niños y los adultos en su entorno cotidiano. Pero uno y otro están estrechamente ligados: es en el niño que se sabe amado donde la afectividad se desarrolla sin problemas y vigorosamente. Al menos tal es el caso cuando el amor que recibe merece plenamente ese nombre, cuando es el amor que confía en el niño, y está animado por un respeto delicado y clarividente de su libertad.

En cuanto al cambio "revolucionario" en las escuelas, que Carpenter predice y hace votos por su llegada, estamos hoy en día, un siglo después, prácticamente tan alejados como siempre. Si no es porque desde entonces han habido algunas experiencias pedagógicas innovadoras,

[352] Creo que sería un error ver en esa "curiosidad natural", cuando no es contrariada, una connotación "sexual". El niño se interesa en su sexo, y en el de los miembros de su entorno, ni más ni menos que en otras partes del cuerpo y en sus funciones. Una vez satisfecha su curiosidad, pasa a otros temas, sin ninguna veleidad de detenerse en ella.

[353] Así, en la página 227 citada ya dos veces, Carpenter cita como ejemplo los antiguos griegos "con su maravilloso instinto para lo que conviene", que

> "aunque ensalzaban la amistad, como hemos visto, insistían mucho en el pudor durante la juventud – los guardianes e instructores de todo chico bien nacido estaban especialmente predispuestos a velar por la templanza de sus hábitos y sus maneras."

A lo largo de toda esa página, asombra ver que Carpenter rompe lanzas valerosamente para probar por A o por B y por la psicología y por la historia que los "malos hábitos" etc. son desaconsejables, ¡de lo que todo el mundo ha estado siempre convencido en todo tiempo y sin pedir tanto! (Salvo todo lo más en el momento preciso en que "Monsieur todo el mundo" se dedica él mismo a dichos malos hábitos...) En la página siguiente, en una bonita retirada táctica (¡retroceder para mejor saltar!), se deja arrastrar hasta exclamar:

> "Los maestros llevan la guerra contra la incontinencia, *y tienen razón en hacerlo*. ¿Pero cómo la llevan?..." (Soy yo el que subraya).

(Y continúa diciendo que la emprenden con el verdadero afecto, que confunden con "lo que condenan"...) Seguramente, en esos pasajes, Carpenter está feliz, por una vez, de estar *casi* de acuerdo con la opinión general, y aprovecha por fin para (como ya dije anteriormente) "soltar lastre", y al hacerlo darse una alegría durante una página e incluso dos – antes de retomar su camino "solitario, "caballero andante" entre ciegos y lisiados...

[354] Pero seguramente añadiría, como "base" todavía más fundamental, la *libertad*. Y en la educación del niño antes de la pubertad, la visión de Neill de la libertad del niño es más profunda y más penetrante que la de Carpenter. Por el contrario, para el adolescente a partir de la pubertad, pienso que es a la inversa.

ciertamente aisladas pero portadoras de promesas, entre las cuales la de Neill me parece la más radicalmente revolucionaria[355].

Sin duda primero haría falta que pioneros valientes y obstinados recorrieran cada uno contra viento y marea sus solitarias misiones, para que se realice poco a poco, a lo largo de generaciones, una lenta y tenaz preparación de los espíritus, cargados del peso de prejuicios y hábitos milenarios. ¡Simientes arduas, simientes heroicas, sobre el suelo duro e ingrato de unos conformismos petrificados y antiguos miedos! Simientes que, a unos ojos "realistas" sin más, le parecerían sin esperanza y perdidas sin remedio, englutidas bajo los pasos del sembrador por las áridas arenas de un siglo que se disgrega. Y sin embargo, simientes llamadas a brotar, ¡y mucho antes, ahora que se acerca la Hora, de lo que los más locos de entre nosotros hubieran osado esperar! Simientes de esperanza, sí, cargadas y repletas del amor de los hombres que las han llevado y lanzado – germinarán y brotarán y alimentarán con su abundancia las nuevas y alegres simientes de mañana – cuando el gran Aguacero de Dios, cayendo en tromba desde el cielo sobre una tierra empapada, las fecunde.

N 422 ◊(102) Faros en la noche – o el cariño y la libertad

(6 de enero)[356] Esa diferencia que señalo entre "afecto" y "amor" no tiene nada de académica. El afecto del que habla Carpenter es, en mi espíritu, más o menos sinónimo de "cariño", y él utiliza ambos términos indistintamente. En la nube de connotaciones que rodea a esa palabra en la pluma de Carpenter, se nota una pasión subyacente, una exclusividad, por no decir una cierta posesión inconsciente[357], que va de la mano con una devoción más o menos ilimitada. Tal cariño, cuando tiene lugar entre alumno y maestro, no es necesariamente bueno, y sobre todo cuando hay varios alumnos, incluso toda una clase como ocurre generalmente, que comparten la atención del maestro. Carpenter no roza esta dificultad más que una vez y de pasada, sin detenerse en ella. Sin embargo merecería ser examinada con más cuidado. No tengo ninguna duda de que si Neill hubiese tenido esa clase de cariño-afecto vis a vis de algunos alumnos de Summerhill, su escuela no hubiera durado mucho, o al menos se hubiera vuelto pronto en un avispero. Para poder realizar su obra, hacía falta que Neill fuera *totalmente libre* frente a los niños de Summerhill. Tal libertad forma parte del amor pleno al que he hecho alusión, y excluye el "cariño" tan apreciado por Carpenter. Y sólo el ser libre puede liberar. El afecto puede aliviar, incluso puede nutrir, pero nunca libera.

Como muy pocos hombres, creo, Carpenter tuvo o adquirió durante su vida, por Gracia y por un trabajo de profundización paciente, arduo, intenso, los *medios* para ser libre. Y sin embargo, hizo la elección consciente y claramente expresa de poner el afecto-cariño en el centro
N 423 de su vida, de vivir una ◊vida de cariño. Extraña elección, que seguramente le fue dictada (en eso no tengo ninguna duda) por lo que íntimamente era, por lo que sentía que *debía* vivir, en

[355] Reenvío a las notas n^{o}s 103–107 sobre la obra pedagógica de Félix Carrasquer, para una experiencia de escuelas autogestionadas muy notable y única en su género, que tuvo lugar antes y durante la revolución española 1936–38.

[356] Véase el reenvío a la presente nota en la nota anterior "El afecto en la educación, ésa es la revolución", página N 421.

[357] A este respecto, señalo que me he enterado con asombro, leyendo la introducción de Noël Greig al volumen de Obras Escogidas de Carpenter, que en la relación de Carpenter con algunos de sus amigos, sufrió (según su propia expresión) de "horribles ataques de celos" (cf. loc. cit. páginas 42–43). Noël Greig se refiere a cartas de 1887, cuando Carpenter está en plena madurez (tiene entonces 43 años), después de su iluminación y cuatro años después de la publicación de "Hacia la Democracia" 8que considera como su obra maestra). Esto ilustra hasta qué punto la profundización interior y los estados de gracia por los que podamos pasar, no eliminan sin embargo todos los mecanismos psíquicos que se han formado en nosotros en nuestra infancia. La mayoría seguirán siendo parte integrante de la estructura del yo durante toda la vida, y sólo se desactivan y son borrados en ciertos momentos privilegiados. Tenemos que "vivir con", asumirlos – lo que implica también: reconocerlos por lo que son, y no complacernos con el papel de una "perfección" ficticia. (Papel en el que más de un "gran espiritual" ha caído, a banderas desplegadas, ¡sin ver jamás el fuego!)

fidelidad a sí mismo. Pues su misma vida, tanto o más que su obra escrita, debía expresar el mensaje que portaba, ser la substancia de su misión. Tal vez el corazón de su misión era vivir con irrecusable grandeza interior, con un resplandor sensible a todos, un cariño humano plenamente asumido, y que (a causa de su carácter "uraniano" fuera de las normas admitidas) debía pasar por vergonzoso a los ojos de la casi totalidad de sus contemporáneos. Quizás fue *esa*, antes que cualquier otra cosa, la siembra a la que se sintió llamado[358].

Su vida, seguramente, era totalmente diferente de la de Neill. Cada uno de esos dos hombres, siguiendo su propio camino a través de la noche de nuestras ignorancias, proyectaba ante sí su propio haz de luz, como el potente faro de un coche en la noche. No es extraño que los haces sean diferentes, que no iluminen las mismas cosas, ni proporcione la misma iluminación allí donde se crucen. Me parece que el haz de Carpenter abre un campo más vasto y llega más lejos en la noche de lo desconocido, y que el de Neill es más estrecho y más compacto, y por eso menos difuso y más penetrante. Lo que es seguro, es que cada uno de esos dos hombres descubre e ilumina espacios vírgenes, que el ojo de nadie había explorado antes que él.

(103) Félix Carrasquer (1): eclosión de una misión

N 424

(7–17 de enero)[359] Después de la sucesión de notas sobre Neill y Summerhill (del 2 al 11 de diciembre), me propongo dar una idea sobre la obra pedagógica de mi ◊amigo Félix Carrasquer. Como no tengo la documentación a mano y mi memoria me falla, sólo he esperado a que me responda algunas cuestiones sobre sus dos experiencias de escuelas autogestionadas en España. ¡Y por fin es cosa hecha!

Félix y su mujer Mati son amigos desde hace mucho, y "amigos de la familia" lo que es más. Los conocí en 1960, hace pues casi treinta años. Félix hacía poco que había salido de la cárcel, donde había pasado doce años, entre 1946 y febrero de 1959. Había sido arrestado en 1946 en Barcelona por actividad política clandestina, mientras participaba en una tentativa de reorganización de la CNT[360]. Él y Mati son anarquistas, y su actividad pedagógica fue inseparable de su militancia política. Después del fracaso de la revolución española y de la debacle de las fuerzas anarquistas y republicanas a finales de 1938, y principios de 1939, Félix se refugió en Francia en febrero de 1939, donde compartió la suerte de centenares de miles de refugiados políticos españoles, trincados como malhechores y metidos en improvisados campos de concentración, puestos en pie a toda prisa por el gobierno francés llamado "del Frente Popular". Félix pasó cuatro años en el campo de Noë. (Mi padre estuvo un tiempo allí, antes de ser deportado por los alemanes en 1942 y matado en Auschwitz...) Consiguió escaparse en octubre de 1943. No fue pequeña hazaña: en ese momento ya estaba ciego, desde hacía diez años[361]. Sin

[358](7 de enero) Recuérdese también que fue el afecto de los suyos, y después el de los amigos que admiraba intensamente y con una devoción apasionada, lo que cruelmente le faltó a lo largo de su infancia hasta bien entrada su edad adulta – hasta los treinta años. Así no es extraño que el resto de su vida no fuera bastante para colmar una necesidad tan intensa y tanto tiempo insatisfecha.

[359](17 de enero) Las cinco notas siguientes dan una idea de la obra pedagógica de Félix Carrasquer. Después de un borrador de una primera redacción des estas notas el 7 y 8 de enero, obtuve una cuantas precisiones suplementarias en dos largas conversaciones telefónicas con Félix, e9 y el 11. Esto me llevó a revisar y enriquecer considerablemente, en dos o tres sesiones diferentes, las notas originales. Así, excepcionalmente, no me ha parecido posible fechar separadamente cada una de esas cinco notas.

[360]CNT = Confederación Nacional del Trabajo. Era la principal organización sindical obrera en España, de tendencia anarquista, ilegalizada después de la victoria de Franco en 1939.

[361]Por alguna razón que se me escapa, Félix no ha aprendido a escribir en Braille. Escribe a máquina sus cartas, artículos, libros etc., pero para releerse, como para leer libros, periódicos, etc., está obligado a pedir ayuda exterior. Después de salir de la cárcel en 1959, es su mujer Mati la que se encarga de ese papel, a veces ingrato, de secretaria permanente de Félix. Ella le conoció por primera vez en 1935, al visitar la escuela de la calle Vallespir (de la que trataremos abundantemente en las siguientes notas). Ella era institutriz, dedicada en cuerpo y alma a su vocación pedagógica. Lo que vio en la escuela de la calle Vallespir le hizo una impresión profunda. Debió sentir entonces claramente el alcance de la misión de Félix, y saber que su propia vía sería asociarse a esa misión en la medida de sus posibilidades. Volvió a encontrar de nuevo a Félix en 1946, cuando trabajaba en la clandestinidad,

embargo consiguió entrar clandestinamente en España en mayo de 1944, para un impensable trabajo político clandestino que sin embargo consiguió, Dios sabe cómo, llevar a cabo durante dos años antes de que le arrestaran.

N 425 ◊Cuando conocí a Félix, venía pues de pasar dieciséis años en cautividad (con un intermedio de dos años de "libertad clandestina"), de ellos doce en una prisión franquista. Lo más duro, dice, es que siendo ciego, no tuvo la posibilidad de leer ni de escribir durante todos esos años. Uno de los grandes días de su vida fue el 7 de febrero de 1957, cuando se encontró fuera de los muros de la prisión, ¡al fin libre! Con una libertad fuertemente vigilada, es cierto. ¡Él que era la misma acción! Después de un año, obtiene la autorización para emigrar a Francia (en julio de 1960), pero con prohibición permanente de volver a España[362]. Desde la primera vez que le vi, me llamó la atención la energía que se desprende de su persona[363]. También en su forma

N 426 de hablar: diciendo lo esencial ◊sin ir más allá ni perderse en discursos o palabras inútiles[364].

---

y desde ese momento pusieron sus vidas en común. Félix será arrestado ese mismo año y pasará doce en prisión, ella misma estará en prisión dos veces por delitos políticos, una vez un año y otra dos. Se reencontraron cuando Félix sale de la cárcel, en febrero de 1959. El siguiente año, toman juntos el camino del exilio.

[362] A pesar de esa prohibición, ya desde 1966 Félix se arriesgó a hacer permanencias clandestinas regulares en España, al menos una vez cada año, para un trabajo político (especialmente en los medios sindicalistas) cuyos pormenores se me escapan. Desde 1971, y a pesar de que la prohibición de residir seguiría hasta la muerte de Franco en 1975, Félix y Mati se instalaron definitivamente en España, en una especie de casa rústica al pie de la montaña del Tibidabo, cerca de Barcelona. Actualmente Félix y Mati siguen viviendo en los mismos lugares campestres, con su familia.

[363] Es interesante señalar que esa impresión de intensa energía viril, activa, es lo que me haya llamado más la atención y lo que mi memoria haya registrado y retenido. De hecho, en el momento de ese encuentro y en el siguiente cuarto de siglo, yo mismo estaba muy impregnado de los valores "yang", "masculinos" de la sociedad ambiente. Desde los ocho años inconscientemente me había moldeado sobre esos valores, reprimiendo e ignorando más o menos los aspectos "yin", "femeninos" de mi ser. Pero creo que en eso Félix me gana, y por mucho – es el hombre más "yang", el más extremadamente masculino que yo haya conocido. Viéndome llorar un día delante de él, en un momento de emoción (al leerle una de las últimas cartas de mi padre), se asombró sinceramente (pero no le pareció mal ni, creo, le molestó). Le costaba imaginarse que un hombre adulto pudiera llorar, eso era algo (me explicaba él) que nunca le ocurría. Tenía una voluntad y una capacidad de control, convertidas como en una segunda naturaleza, como no me he encontrado en ningún otro ser, con la sola excepción (en lo que concierne a la voluntad) de Fujii Guruji. Eso no impide que en sus relaciones con los demás, Félix no fuera espontáneo, afortunadamente no tiene nada de bloque de granito o de bronce. Le sé confiado, generoso, compasivo sin sensiblería, y en sus afectos es de una gran delicadeza y de una fidelidad a toda prueba.

Por el contrario, más de una vez he visto que no era capaz de entrar en los pensamientos o los sentimientos de otro, y de poder así responder realmente – que le faltaba esa capacidad de escucha que Mati, ella, no menos generosa que él, posee en el más alto grado. Además he constatado la misma dificultad en mí mismo, especialmente vis a vis de mis alumnos, y ésa fue tal vez mi mayor laguna como docente. (Analizo un poco ese aspecto de mi pasado como matemático en la nota "Fracaso de una enseñanza (1)", n^o 23 (iv), en la primera parte de Cosechas y Siembras.) ¡Pero me ha parecido que en Félix era mucho peor que en mi caso! Estoy seguro de que en los años treinta, Félix debía tener una flexibilidad interior, y especialmente una capacidad de escucha, que más tarde no le conocí; pues (como él mismo es el primero en subrayar) son justamente esas cualidades (particularmente "femeninas"), más que las cualidades viriles que tienen demasiada tendencia a ponerse por delante, las que son esenciales para hacer de la escuela una "escuela de libertad". Seguramente esas cualidades de flexibilidad y de escucha debieron embotarse y endurecerse bajo la dura presión de los dieciséis años de cautividad, que por el contrario habrán tenido tendencia a reforzar más (por efecto de una reacción defensiva) los trazos de tonalidad "viril": voluntad, obstinación, energía en la acción, estructuración, concentración...

[364] Desgraciadamente, la expresión por escrito de Félix está lejos de estar a la altura de su habla espontánea. Félix es un gran educador, pero no ha desarrollado un don de escritor que sirva a su mensaje. Los textos de su pluma está a menudo cargados por el abuso de términos más o menos abstractos o técnicos y poco elocuentes, y por la acumulación de epítetos que distraen la atención o la adormecen, más que aclarar o interpelar. El lector tiene que hacer esfuerzos constantemente para quitar la pesada tapa del estilo felixiano, para ver aparecer y humear en la escudilla la sustanciosa comida que el autor nos ha preparado.

En cuanto a Mati, que tiene un sentido muy fino del estilo, me ha parecido que su trabajo de secretaria permanente era a menudo para ella un martirio (soportado, hay que decirlo, con valor...). Hubiera sido perfecto si Félix le hubiera confiado escribir con detalle en su estilo de ella, límpido y vivaz como el agua clara, los libros y textos de todo tipo de los que él le haría un bosquejo detallado de hechos e ideas. En otros términos, que esos textos fueran una *obra común*, en la que uno y otro habrían puesto verdaderamente lo que de mejor pueden ofrecer, en

Es raro, un hombre que pasa largos años en cautividad sin quedar profundamente marcado, sin que su impulso vital sea irremediablemente afectado. Por esa energía que parecía indomable, me recordaba a mi padre, que había pasado once años de su vida en una prisión zarista, de 1906 a 1917, desde los dieciséis hasta los veintisiete años, sin que eso le hiciera mella...

Félix, él, nació en 1905, tenía pues más de cincuenta años cuando nos encontramos. Ahora tiene ochenta y dos. Hace más de diez años que no le he visto, pero por el recorte de periódico que acaba de enviarme, en que hay una foto de él en su casa, ¡es como si acabara de irse!

N 427 ◊Durante los años suguientes a su emigración a Francia y hasta su (segundo) retorno clandestino a España en 1971, Félix y Mati vivían con su familia en una granja, en el campo cerca de Toulouse (¡la segunda capital de España!), donde malvivían criando pollos. Nuestras dos familias estaban muy unidas, a menudo pasábamos buena parte de las vacaciones de verano con ellos, con todos los niños, que se lo pasaban en grande al aire libre. También nos ayudaron, con su amistad y su mayor madurez, en un momento particularmente duro, que durante muchos años marcaría profundamente la vida de la familia. Esas cosas no se olvidan. Después nos hemos perdido un poco de vista, sobre todo después de que regresaran a España – ¡por su cuenta y riesgo! Pero creo que no es exagerado decir que Félix y Mati, cada uno a su manera, han sido uno y otro los amigos más cercanos que he tenido en mi vida, y también, más que cualquier otro, sabía que podía contar absolutamente con ellos, si la ocasión se presentase alguna vez.

Es una extraña coincidencia, porque no voy a hablar aquí de Félix a título personal. De hecho, la reflexión de las cuatro o cinco últimas semanas me ha hecho repensar lo que sabía de la obra pedagógica de Félix, y me ha mostrado esa obra y su persona con una luz renovada. Para mí es uno de esos "sembradores" que evocaba al final de la penúltima nota. Lo que es seguro es que entonces pensé en él, ¡al que conocí tan bien con Mati entre los suyos, en su vida frugal, calurosa y sin pretensiones! Y en esta larga sucesión de notas consagradas a una inopinada reflexión sobre los "mutantes", él será el último que entre en mi lista – el decimoctavo entre los hombres de este siglo y el anterior de los que me siento heredero en alguna forma. He dudado un poco al incluirlo, por no parecer que promociono a un compañero. ¡Nadie es profeta entre los suyos ([108])! Pues a menudo no se ve la grandeza de un hombre o de un suceso, cuando ante nuestras narices – hay que retroceder un poco para verla. Pero en estas semanas de reflexión sobre la cuestión neurálgica de la educación, ese necesario retroceso se ha producido, creo, por sí mismo. Ahora entreveo mejor el papel de una obra y una misión que han permanecido prácticamente desconocidas para el gran público. Razón de más para hablar de ellas, y contribuir lo mejor que pueda a darlas a conocer.

Félix pasó sus primeros catorce años de vida en el pueblo donde nació, Albalate de Cinca, donde su padre era secretario de ayuntamiento. Niño despierto y de espíritu curioso, aprendió

N 428 a leer antes de tiempo, devorando cualquier texto impreso ◊que cayese en su mano. Ardía en deseos de ir a clase como los niños mayores, ¡había tantas cosas que aprender! De hecho, cuando al fin tuvo la edad, sólo pasó un único día en la escuela. Rebotado por la brutalidad y la estupidez que allí veía, se salvó el segundo día, cuando el maestro quiso obligarle a deletrear con los demás niños, sin tener en cuenta que ya leía de corrido. Sus padres tuvieron el buen sentido de no insistir en que volviera a la escuela. Pasó su infancia en una libertad completa, que para él era como el aire que respiraba:

> "Primero con las cabras, luego con otros animales, pasé mi infancia retozando por los campos y a la orilla del río. Leía lo poco que caía en mi mano y soñaba con una

vez de que Mati se limitara a un papel perpetuamente subalterno y de pura intendencia, muy por debajo de sus capacidades, no menos ricas que las de Félix. Se nota que esos dos seres, ambos de tan rara calidad humana, estaban hechos para completarse. Pero por una extraña ironía del destino, o más bien por la marca particular, en la existencia de Félix y Mati, de la tenaces contradicciones humanas, no han sabido o querido realizar en su vida de pareja esa cooperación creativa que cada uno había perseguido en su obra educativa, y que cada uno había logrado con sus alumnos, durante algunos años inspirados y fecundos...

vida más justa y más agradable para todos."[365]

Aparte de ese primer intento que terminó a los seis años, Félix nunca puso los pies en una escuela o una institución de enseñanza oficial – ¡al menos no como alumno! Nunca se preocupó de adquirir un diploma, pedagógico o no. Eso no impide que ya desde su juventud, tuviera pasión por la educación, e incluso *pasión por la escuela* – ¡pero una escuela digna de ese nombre! Dice que esa pasión pudo desarrollarse y crecer gracias al hecho no haber sido modelado en su infancia por la escuela habitual, la escuela-doma[366], y además, de haber podido observar a su alrededor los desoladores efectos sobre los demás. Le chocaba:

> "ver siempre a los chicos precipitarse a la salida del colegio como caballos desbocados. Me parecía que la escuela era bien mala: si los muchachos salían con tantas ganas de correr, es que allí dentro no se debía estar bien..."[367]

Decididamente, ¡tenía que ser posible hacerlo mucho mejor! Y durante toda su vida, fue *eso* lo que veía como lo más importante, lo más urgente que hacer.

N 429 ◊Le chocaba el egoísmo y la agresividad de la gente, incluyendo a los chicos del pueblo:

> "Como no recibía órdenes de nadie, porque mi padre trabajaba en la secretaría y yo retozaba solo por los campos, no tenía que descargar la agresividad acumulada bajo la autoridad del maestro o de los padres. Pero eso aún no podía comprenderlo. Así, en vano me esforzaba en encontrar las razones de tal agresividad y egoísmo, y casi siempre soñaba en la construcción imaginaria de mundos mejor organizados en que los habitantes habrían sido más felices. Además crecí en un medio religioso (había curas y monjas en la familia). Organicé un círculo de compañeros, para mostrarles la grandeza de los misioneros y la necesidad de prepararnos también nosotros para, cuando fuéramos mayores, convertir a los infieles y conducirlos a los caminos de la verdad y el amor. Pero enseguida Alcolea, Castro, Tomás y Raimundo planteaban objeciones que quebrantaban nuestra fe..."

Pero si una fe religiosa de pacotilla no dura mucho ante las objeciones de sentido común innatas en la infancia, esa fe visceral en sí mismo, y en una gran misión que sería la suya, nunca le abandonará. Ella no tardará en abrirse camino para desarrollarse plenamente.

Ya a la edad de catorce años, tuvo ganas de aprender más de lo que podía aprender en el pueblo, y anunció a su padre su intención de ir a Barcelona.

> "Mi padre no se sorprendió y simplemente me dijo: "como no puedes estudiar, más vale que aprendas el oficio de panadero-pastelero y cuando lo sepas, te pondré una tienda en el pueblo.""

Pero la experiencia de Félix en Barcelona fue muy diferente, desde todos los puntos de vista, a lo que su padre y él mismo hubiera podido imaginar, y Félix nunca llegó a ser panadero-pastelero. (Cuando volvió al pueblo nueve años más tarde, era para llevar otro clase de "pan"...) Por el contrario, ganándose la vida como pudo de un patrón a otro, en poco tiempo su horizonte se agrandó prodigiosamente:

---

[365] Esta cita, y la mayoría de las que siguen, se han extraído de los tres primeros capítulos del libro de Félix sobre su experiencia en la escuela autogestionada de Barcelona, calle Vallespir 184: "Una experiencia de Educación autogestionada", Barcelona 1981. Salvo mención de lo contrario, las siguientes citas se han sacado de esos capítulos.

[366] Una observación muy similar puede hacerse en la vida poco común de R.M. Bucke, cuya juventud aventurera es evocada en la hermosa introducción (por C.M. Acklom) al libro de Bucke abundantemente citado (cf. la nota n^o 74) "Cosmic Consciousness".

[367] Extracto de una entrevista a Félix aparecida en El País, número del 20.10.1987, bajo el título "Félix Carrasquer – un autodidacta que ha hecho realidad los sueños de la pedagogía libertaria". (Soy yo el que traduce, aquí en las otras partes.)

> "La ciudad y sus habitantes de todo tipo ofrecían numerosos atractivos. Pero el polo de toda mi atención fue el barrio de Atarazanas con sus librerías de viejo. Allí descubrí innumerables tesoros. En mi casa ya estaba familiarizado con Cervantes, Pereda, Santa Teresa, Quevedo, Valera y algunos otros. Ahora me encontré
N 430 con Shakespeare, Dickens, ◊Voltaire, Zola, Tourguéniev, Gogol, Dostoïevsky, Pío Baroja, Azorín, y husmeando a partir de ahí también descubrí a Proudhon, Pi y Margall, Malatesta, Anselmo Lorenzo, Ricardo Mella y otros sociólogos de diversas tendencias."

Fue en esos años cuando se edifican en Félix las bases de una cultura enteramente autodidacta y de dimensiones enciclopédicas. Continuará enriqueciéndola toda su vida, a merced de las ocasiones, con lecturas, conversaciones, emisiones de radio, la reflexión – todo conservado y puesto a disposición por una memoria impresionante. Cultura viva, que se integra poco a poco en una visión del mundo que también se desarrolla y se estructura en esos años cruciales de formación y esfuerzo. La visión fuertemente remachada que entonces se elabora, aunque se amplía y se profundiza a lo largo de los años, permanecerá inalterable a grandes rasgos durante las vicisitudes de una larga y ajetreada vida, rica en alegrías, en sufrimientos, en paciencia y en esperanza. También fue en esos años cuando su vocación de educador se vuelve claramente consciente, y toma en su vida el lugar central, que ya nunca dejará:

> "Cuando me encontré la Escuela Moderna de Francisco Ferrer, el método Decroly, algunas informaciones sobre Pestalozzi y con la escuela del trabajo de Karchensteiner, descubrí el vasto horizonte que al fin respondía a lo más íntimo de mis deseos: la educación del hombre.
> La sociedad es injusta, inhumana y está llena de contradicciones, me decía yo. Pero sin una educación para conocer el mundo que les rodea y para revelarles su aspiración a la libertad, los ciudadanos nunca corregirán sus defectos corrientes. A pesar de las teorías revolucionarias que había leído[368], *me parecía que sin un cambio profundo en la conducta de los hombres, la solidaridad y la libertad no serían posibles*" (Soy yo el que subraya.)

Ésa es, me parece, la idea maestra en su vida, la que también motiva su vocación de educador. En esa época de fermentación de espíritus en España, sus aspiraciones no estaban en modo alguno aisladas, y en los siguientes años, su voz no gritará en un desierto, sino que despertará a
N 431 su alrededor calurosos ecos. En las páginas en que evoca esos ardientes años de formación, ◊se siente el viento generoso de una gran época, de una época intensamente creativa. Encontrará su culminación, pero también su fin brutal, sangriento, troncado en flor[369] con su último episodio; la revolución española, y su aplastamiento por las fuerzas franquistas (con la bendición de los países "democráticos"...).

(104) Félix Carrasquer (2): el auge[370]

Pero escuchemos otra vez a Félix, evocando esos años febriles y fecundos:

[368] Supongo que las "teorías revolucionarias" a las que Félix hace aquí alusión no son las teorías pedagógicas que acaba de evocar, sino las teorías libertarias y sociológicas de autores como Proudhon, Malatesta y otros que había citado de pasada justo antes.

[369] Ese golpe de hacha puso un fin brutal y completo a esa intensa fermentación creativa, parada en seco durante el siguiente medio siglo. Aún hoy, nada comparable ha renacido en tierra española. Y con el aplastamiento (y en gran medida, el fracaso) de la revolución española, el anarquismo fue eliminado de la escena mundial. Si algún día volverá a tener, bajo una forma u otra, en España o en otra parte, un papel comparable al que tuvo en la España de los años veinte y treinta, eso permanece en los limbos del futuro. No me extrañaría que así fuera.

[370] Continuación de la nota anterior "Félix Carrasquer (1) – o eclosión de una misión". Véase la nota al pie de la página N 423.

"En mi agitada adolescencia en Barcelona, hubo mucha gente, grupos culturales y políticos, la ciudad, el campo. Pero la sed de una cultura auténtica, y el imperioso deseo de propagarla, me atenazaron sin cesar. Fue entonces, a los veintitrés años, cuando decidí volver al pueblo para comenzar allí el trabajo que respondía a mis aspiraciones.
La dictadura de Primo de Rivera tocaba a su fin (1928), y las dificultades para movilizar gente que pudiera cooperar en una obra educativa innovadora fueron numerosas. A pesar de todo terminamos por constituir en el pueblo una Agrupación Cultural legal, debidamente domiciliada. Fue en ese momento cuando mi amigo Justo volvió al pueblo. Había pasado algunos años en prisión por los sucesos de Vera de Bidasoa. En la cárcel se había instruido mucho, y acogió con verdadero entusiasmo la constitución de una Agrupación Cultural.

Ya en nuestra primera conversación, sugirió crear una biblioteca. Eso fue muy fácil. Yo ya había aportado los treinta o cuarenta libros que tenía; él añadió los suyos, una docena. ¡Y el asunto estaba en marcha!".

N 432 ◊Pero muchos habitantes no sabían leer, o peor, no sentían ninguna necesidad. Había que enseñar a leer a unos, y estimular a otros, o mejor dicho, estimular a todos a leer, a expresarse, a reflexionar sobre el mundo que les rodeaba. Para eso, hubo que fundar una escuela, con cursos de tarde para niños y adultos. En ella acogieron chicas y chicos, mujeres y hombres, con un abanico de edades de seis a sesenta años, niños y adultos codeándose en un mismo ardor por aprender, comprender, expresarse.

"¿Nuestros métodos de trabajo? Conocía el método global Decroly y lo utilizábamos para enseñar a leer. En cuanto a los que ya sabían leer y escribir, les invitábamos a proponer ellos mismos los temas. Los sacaban de su vida cotidiana y de sus preocupaciones y necesidades más urgentes. Al principio, veían en nosotros a los poseedores del saber, y esperaban nuestras instrucciones. Pero cuando comprendieron que no había jerarquía ni sabios maestros para imponer un programa, los temas se multiplicaron y, mejor aún, se instauró un verdadero diálogo.
Se podían ver jóvenes y adultos, y con qué fascinación, discutir de cuestiones sociales, agrarias, científicas y muchas otras.
Sólo los intereses del grupo determinaban el desarrollo de los cursos. Es decir: un día, alguien aportaba un artículo de periódico para comentar colectivamente; otras veces, se trataba del abono y la siembra, o de un conflicto surgido en el pueblo, sea en el trabajo o en cuestiones de interés común. Así, tanto para aprender a leer como en las otras actividades, la iniciativa y los centros de interés elegidos emanaban siempre del grupo, y eso mantenía despierto el entusiasmo de los participantes. A partir de la expresión espontánea del interés de cada uno, se leía, escribía, comentaba, y los participantes solicitaban ellos mismos ayuda y correcciones allí donde fuera necesario. Nada más natural para el que no sabe, ¡y desea aprender y perfeccionarse!
Además de los cursos por la tarde, la escuela acogía tres actividades culturales: un grupo de teatro, un grupo de canto, y ciclos de conferencias y de veladas, con lectura de textos escritos por los alumnos, o de versos que componían con la ingenuidad inspirada por la vida campesina.
Más tarde, ya en pleno periodo republicano y después de que el pueblo comprara el patrimonio del Duque de Solferino, el Grupo Cultural consideró proyectos más ambiciosos y los realizó: una explotación agrícola colectiva, un terreno de experimentación agrícola, y una escuela de experiencias pedagógicas con la participación de chicos y chicas de seis a catorce años, en un clima de libertad, de cooperación y de responsabilidad."

N 433 ◊Esa primera experiencia educativa en su pueblo natal, que se desarrolló en una atmósfera de intensa fermentación ideológica y de convulsiones sociales, me parece que ya prefigura las dos experiencias pedagógicas posteriores, dándoles un mismo tono de base: el de la *libertad*, y el de una *cooperación completa* y fraterna entre enseñantes y enseñados. Para Félix, esa cooperación era algo muy distinto de un "método", como tal técnica para aprender a leer y escribir, para atraer y fijar la atención de los alumnos, etc. No era más que la expresión concreta más inmediata, presente en todo momento, de esa exigencia espontánea de libertad y de respeto para cada uno: del respeto a lo que de mejor hay en él, y que sólo se despliega en un ambiente animado por tal espíritu de libertad y de respeto.

Esa fecunda experiencia se desarrolló durante cinco años, entre 1928 y 1933, con una o dos interrupciones pasajeras debidas a la agitada situación política. Terminó prematuramente bajo el golpe de dos acontecimientos imprevistos que llegaron uno tras otro. Primero, ya en 1932, un primer desprendimiento de retina de Félix. Para él fue un golpe muy duro. Durante meses, estuvo condenado a una inmovilidad completa. Después de una curación que duró poco, volvió a la tarea. Pero al siguiente año una convulsa situación política en la que él mismo participaba plenamente (y a veces de manera temeraria...) le obliga a dejar precipitadamente su pueblo. Se refugió en Lérida, donde ese mismo año (1933) perderá definitivamente la vista. Terrible prueba seguramente, para ese hombre intensamente, apasionadamente activo. Y además, un pesado hándicap, llevado día tras día durante toda una vida. Pero su fe revolucionaria, una con la fe en su misión de crear y de promover con el ejemplo una educación nueva, no fue quebrantada. Hoy, más de medio siglo después, en un mundo flojo que se estanca y se disgrega, esa fe, y la inmensa esperanza que lleva en sí, permanecen siempre vivaces y activas...

En Lérida, conoció a un grupo de maestros que, inspirados por *Freinet*, habían introducido en el país la técnica de la imprenta en la escuela. Félix fue inmediatamente cautivado por las ideas de Freinet. Consiguió interesar a su hermano pequeño, José, que bajo su consejo había estudiado en la Escuela Normal. José adquirió material de imprenta antes de incorporarse a su puesto en Huesca, pequeña ciudad al pie de los Pirineos. Estará encantado con su trabajo con los alumnos[371], que después dejará con pena, para un trabajo de mayor envergadura con Félix.

N 434 ◊Dos años más tarde (en 1935), los dos hermanos y un tercero, Francisco, se encontraron en Barcelona con su hermana Presen, y con el apoyo entusiasta y entregado de un grupo de nuevos amigos, alrededor del proyecto de una escuela enteramente "autogestionada". Los diplomas de José iban a ser muy valiosos para dar existencia legal a la escuela: es la "*Escuela Elysée Reclus*" de la calle Vallespir[372].

Entre tanto Félix tuvo ocasión de familiarizarse con el pensamiento pedagógico de pensadores de tendencia libertaria, como Goswin, Saint Simos, Proudhon, Bakounine, Reclus. Aprende de ellos con entusiasmo cuando encuentra confirmación y alimento para sus propias

[371] Félix añade que los alumnos de José en Huesca "publicaron una deliciosa revista escolar, que llamaron "Simplicidad"". ¡Un nombre que da ganas de leerla!

[372] He notado que cuando Félix habla de esa escuela, práctcamente nunca la llama por su nombre "oficial", "Escuela Elysée Reclus", sino que se refiere a ella como la "escuela de Vallespir" (o "de la calle Vallespir"). No debía estar del todo satisfecho con el nombre que había elegido, vistas sus serias reservas vis a vis de las ideas de Reclus, igual que de las de Kropotkine y de Proudhon, en materia de educación. Especialmente les reprocha que admitan que el maestro ejerza coerción sobre los alumnos, y que tenga la posibilidad de recurrir a los castigos. Como preciso en el próximo párrafo, es Tolstoi sobre todo el que tiene en Félix un asentimiento total, al menos en lo que concierne a su obra educativa. Le he preguntado, en nuestra última conversación telefónica, por qué no llamó a esa escuela "León Tolstoi". Me confirmó que ése hubiera sido el nombre más natural, pero que en ese momento le molestaba que Tolstoi profesara una filosofía religiosa de la vida. Ésta les parecía a todos, incluyendo a Félix, incompatible con las aspiraciones libertarias de su época; e igualmente las opciones resueltamente no violentas de Tolstoi, en un momento en que estaban en el umbral de una revolución que, según el parecer de todos, no podía hacerse más que con el recurso a la fuerza. Actualmente, esas reservas ideológicas de Félix vis a vis de Tolstoi se han atenuado mucho, y aunque siga teniendo una visión del mundo totalmente "racionalista" y atea, ve en Tolstoi uno de los grandes hombres de su tiempo que, como pocos otros antes e incluso después de él, ha tenido una visión profunda de la libertad, y ha realizado con ese espíritu una obra educativa inmensa.

intuiciones, pero con un espíritu crítico siempre despierto[373]. Pero es, dice él, *León Tolstoi*, con la experiencia pedagógica de Yasnaïa Poliana (el pueblo natal de Tolstoi), el que tuvo sobre él la influencia más fuerte. Sobre todo, creo, debía sentir una alegría inmensa, una exultación indecible (de la que sólo se puede hacer idea el que se encuentre en parecida situación), de ver confirmada, por una gran voz fraterna llegada de un tiempo y un medio tan diferentes, esa vía que él ya había comenzado a abrir con su propio caminar: oscuramente, obstinadamente, durante los anteriores años, con una confianza total, absoluta, en lo que le susurraba por lo bajo un sano instinto – ¡el instinto de la libertad! Esa confianza, esa fe más oculta, silenciosa,
N 435 invisible y que sin embargo actúa ◊secretamente , con ese encuentro recibía como un repentino flujo de sangre nueva. Y con renovado impulso, con nueva seguridad, salió en busca de esa vía que sentía extenderse ante él y que le atraía con tal fuerza...

Para Tolstoi, igual que para sus grandes predecesores Godwin, Fourier, Bakounine[374], los cuatro muy por delante de su tiempo y también del nuestro, la enseñanza no sólo debe de ser "mixta", es decir juntar chicos y chicas sin distinción, sino además,

> "estar totalmente exenta de toda imposición. El profesor ha de ser un compañero, trabajando con los alumnos para estimular su iniciativa y sentido crítico[375], permitiéndoles así llegar a ser plenamente ellos mismos. Sólo de esta forma, los jóvenes podrán desarrollar un juicio independiente y su imaginación creativa."
> ...
> La vía era la que abrió Tolstoi, que yo ya había seguido por instinto. Había que dar la palabra a los niños, establecer una comunidad estrecha y sincera entre maestros y alumnos, y permitir que el espíritu de libertad impregne todo: el trabajo escolar igual que el trabajo manual, el de los campos y el del taller. Y, sobre todo, las relaciones entre unos y otros... Había que devolver a los jóvenes la dirección de sus propios asuntos, de modo que, sin imposición ni obligación, desarrollasen sus múltiples intereses con un máximo de libertad."

Todo eso, al albur de sus lecturas y de sus hallazgos en los libros, no eran para Félix ideas sin más, bellas utopías. Era verdaderamente una *realidad*, ¡tan irrecusable y tan crucial en su vida como las dos piernas con las que caminaba! La había tocado con sus dedos y cogido a puñados, esa realidad de la libertad, día tras día, durante esos últimos años. Además sabía,
N 436 no sólo por instinto, sino también por ◊experiencia, que la libertad *funcionaba*. Y Tolstoi ya lo había experimentado el último siglo a miles de kilómetros de allí – hasta que las autoridades zaristas cerraron su escuela. Y el problema no estaba *en los niños* – los niños son perfectamente capaces de vivir como seres libres. (Y también los adultos lo son, al menos en ciertos lugares y momentos, cuando sopla entre ellos un viento de libertad...) El problema, viene de los adultos, y muy especialmente, de los *docentes*. ¡Bien lo había visto Tolstoi! El docente que, en su infancia, ha sido amaestrado para obedecer, ¿cómo no será autoritario, cómo no amaestrará a su vez? Es así como se transmiten, de generación en generación, de siglos en milenios, los inmemoriales atavismos del rebaño. ¡¿Cómo saldremos jamás de ese círculo vicioso?!

Pero Félix, que nunca había sido domesticado, sentía unas alas. Había comenzado a salir de ese círculo fatídico, del círculo del rebaño. Sentía que tenía en la mano la llave para salir, y que estaba dispuesto a ir más lejos que su gran predecesor ni ningún otro hubiera ido jamás.

---

[373] Véase a este respecto la precedente nota a pie de página.

[374] Situemos en el tiempo a esos grandes precursores de la libertad en la educación: Godwin (1756–1836), Fourier (1772–1837), Bakounine (1814–1876), Tolstoi (1828–1910).

[375] Y yo añadiría: al "estimular la iniciativa y el sentido crítico de los alumnos", el profesor será igualmente *estimulado por ellos*. Ambos, estimular y ser estimulado, en realidad son inseparables y se entralazan en un único y mismo movimiento. La señal de la participación creativa del docente en ese movimiento está tanto en lo que él recibe de los alumnos como en lo que les da...

(105) Félix Carrasquer (3): la escuela autogestionada, escuela de libertad[376]

Las dos experiencias pedagógicas que Félix considera sus grandes experiencias consistieron en la creación y la animación de dos escuelas que llama "*autogestionadas*". Reconozco que por sí mismo ese término no me acelera el corazón, y raros deben ser a los que no les pase eso. Eso evoca una "gestión", algo pues más o menos administrativo o financiero, que se haría cargo de sí mismo (?), o por los más involucrados. Además me parece que en la jerga político-económica de nuestros días, esas expresiones "autogestión" o "autogestionado" se han puesto un poco en todas las salsas. Para Félix, tienen un sentido muy fuerte, global, exigente. En una obra colectiva "autogestionada", el aspecto "gestión" no es más que un aspecto entre muchos otros de muy distinto orden. Y en el caso en que la obra común sea una *escuela*, agrupando niños y adultos, alumnos y docentes (y eventualmente otro personal), ese aspecto está lejos de ser el más importante.

N 437 ◊Ya me había referido a Summerhill como una escuela "autogestionada"[377], pensando entonces, no ciertamente en historias de gestión (de hecho, ni los alumnos ni el personal tenían que meter la nariz en las finanzas – ese dominio estaba reservado al director-propietario Neill...), sino en la asamblea de la escuela, que agrupaba alumnos y personal sin distinción. Era soberana en todas las cuestiones relativas a las relaciones entre personas, al funcionamiento interno, al reglamento interior – con excepción sin embargo de todo lo relativo a los sempiternos "programas" y los cursos (dominio reservado a los maestros...), y a la dieta y el menú (dominio reservado a Madame Neill...). Si Félix me oyera llamar a esa escuela "autogestionada" se reiría mucho. Para él, una escuela autogestionada, es una escuela que *pertenece a los alumnos*[378], en primerísimo lugar, igual que a los docentes y el personal (¡en segundo lugar!), y *donde todo* lo que se refiere a la escuela, sin ningún dominio reservado, es debatido y decidido en común[379].

N 438 ◊En las deliberaciones y discusiones, la principal virtud de los docentes y a menudo la más ardua (no lo recordaba bien, y Félix me lo ha vuelto a confirmar por teléfono...), es *saber callarse*. Sobre todo se trata de que los chavales se expresen, se pregunten, inventen, tomen responsabilidades – mientras que en todas partes y antes de ir allí, estaban amaestrados a escuchar a las grandes personas y a obedecer. En la escuela de Félix[380], de una buena vez hay que desprenderse totalmente de todo un mecanismo psíquico, igual los niños que los adultos. Cuanto mayor sea la autoridad moral de un adulto (digamos la de Félix, o la de Neill en Summerhill), más importante es que se contenga, que sepa cerrar el pico – que hable el último,

[376] Continuación de la nota anterior, "Félix Carrasquer (2): "el auge". Véase la nota al pie de la página N 423.

[377] En la nota "La democracia directa de Makarenko a Neill – o despertar al *hombre* en el ciudadano" (n^o 91), especialmente la página N 334.

[378] Es evidente que ese término "pertenece" no hay que tomarlo aquí en un sentido formalista y jurídico – por supuesto no se trata aquí de que los alumnos con una mayoría de votos estén (por ejemplo) legalmente habilitados psra vender la escuela, ¡terreno y material y a repartirse la suma! Por supuesto ése no era el caso ni en la calle Vallespir ni en Monzón, y qué más da. Se trata de que los alumnos tengan a su libre disposición todo lo de la escuela, y de ser colectivamente dueños de sus destinos inmediatos. La realidad que aquí importa no se sitúa en ningún plano jurídico, sino en el plano psíquico.

[379] Cada cuestión es "debatida y decidida en común" por todos a los que atañe. Cuando la cuestión atañe a todos los alumnos y el personal de la escuela, el debate tiene lugar en la asamblea de la escuela, con la participación de todos, y con igualdad de voz y voto (cuando hay que votar a falta de unanimidad).
Cuando digo "sin ningún dominio reservado", eso es cierto tal cual en la escuela de Monzón. En cuanto a la escuela de la calle Vallespir, sostenida financieramente por los padres bajo la dirección del Comité del Ateneo libertario del barrio de Les Corts (véase más abajo), parece evidente que las cuestiones presupuestarias (como la remuneración de los maestros) no eran discutidas por la asamblea de la escuela, sino que estaban reguladas por los adultos involucrados: los maestros, los padres, y los responsables del Comité. También parece claro que esas cuestiones carecían de interés para niños de entre seis y trece años, a una edad pues en que ellos mismos todavía no participaban en una producción que contribuyera a las necesidades financieras de la escuela. No era así en la escuela de Monzón, que reunía alumnos de entre catorce y diecisiete años y atendía a sus propias necesidades, con el trabajo de los alumnos.

[380] Manifiestamente esta misma observación es válida para la escuela de Summerhill.

o incluso que se calle. Y después de todo, incluso si le parecía que una decisión que los chavales se han inventado entre ellos no es la más razonable, vale la pena que ellos mismos hagan la experiencia, y si es necesario, que aprendan de sus errores. Más vale llegar a una decisión impracticable (sobre la que no tardaremos en volver, instruidos por la experiencia), que a una solución "perfecta" soplada por el adulto, y adoptada de oficio por unos niños que confían en *su* saber y en *su* experiencia...

En las escuelas animadas por Félix, era raro que hubiera que votar, incluso con un centenar de participantes. Casi siempre, al final de una discusión, todo el mundo estaba de acuerdo, y era asunto juzgado. En caso de diferencias de opinión, se votaba con igualdad de voz y voto – el voto del mocoso de seis años, si es que le interesa participar en la votación, es igual al de Félix. (Como también era el caso de Neill en Summerhill.) No será raro que una propuesta de Félix (o de Neill) sea rechazada. ¡Lo contrario sería mal síntoma! De todas formas, lo más importante no es cuál es la decisión tomada – al menos, en tanto que ésta se tome con un espíritu de equidad. (Y el niño no reprimido tiene un sentido delicado y seguro de la justicia...) Lo importante es hacer el aprendizaje de la libertad. Y a decir verdad, los adultos igual que los niños tienen que hacer ese aprendizaje...

Pero en la "escuela autogestionada" tal y como la entiende Félix, no hay dominio reservado donde el niño no tuviera voz y voto. No es una sauna donde está mimado, sino un miniuniverso en el que participa plenamente, asumiendo todas las responsabilidades (variando según su edad y su grado de desarrollo) que quiera asumir. Y el espíritu que reina en ese universo que es totalmente suyo, donde está realmente, totalmente *en su casa*, anima ese deseo espontáneo ◊de asumir sus responsabilidades (sin obligarle en ningún momento, no siquiera tácitamente). Un chaval de seis o siete años, es raro que se interese justamente en cuestiones de "gestión" – por el contrario la adquisición de nuevo material escolar no dejará de interesarle, y tendrá algo que decir.

N 439

Pero seguramente la cuestión más importante en la escuela, que interesa a todos los niños sin excepción, es saber *qué se hará*, y *cómo se hará*. ¿Qué se quiere aprender? ¿Qué se quiere hacer? Y una vez que se ha comenzado algo, cómo continuarlo, y de qué manera trabajar juntos (o jugar juntos...), tanto si es un trabajo más o menos teórico con libros y apuntes escritos, o un trabajo de taller. O el trabajo en el jardín, o en los campos. O también, en régimen de internado, el trabajo en la cocina, servir la mesa, la limpieza... A medida que el niño crece, también aprende a poner de acuerdo sus deseos espontáneos o sus deseos más duraderos, con las tareas materiales requeridas por la convivencia, tareas más exigentes en régimen de internado, pero que existen en todo caso. En las dos escuelas autogestionadas animadas por Félix, ni se planteaba (ni siquiera, por supuesto, ¡aunque hubiesen dispuesto de medios financieros a gogó!) requerir mano de obra remunerada para las tareas domésticas. Los niños, del más pequeño al más grande, en compañía de los adultos cuando éstos no tenían que estar en otra parte, hacían ese trabajo como algo evidente. No eran cargas que les hubieran sido impuestas por alguien. Eran cosas que hacían por sí mismos, en un lugar que estaban a gusto como en ninguna otra parte. Incluso la limpieza del retrete se hacía todos los días y de buen humor. Hay que pensar que cuando no hay un adulto detrás para obligarles a ser limpios y cuidadosos, cuando los chavales tienen toda la casa para ellos, les gusta que esté bonita. Pienso que para ellos mismos, y también (si los dos verdaderamente se pueden separar) vis a vis del mundo exterior – les gusta estar orgullosos de su reino, que refleja ni más ni menos lo que son.

Pero volvamos a lo que comúnmente se considera como la razón de ser de la escuela, los famosos "cursos". En la escuela autogestionada, no hay programas para tal o cual curso escolar, ni un abanico preestablecido de cursos, que se repartirían los profesores según su competencia, ¡y que se limitaría a repetir confortablemente cada año ([109])! Si buscan confort, ¡su sitio no está allí! Para Félix (ya lo hemos visto en la nota anterior sobre su trabajo en Albalate, su pueblo natal), la "cooperación" entre docente y alumno no es una palabra vana. En el trabajo

en común, es el alumno tanto como el docente, después de todo, el que está directamente y
N 440 vitalmente implicado, el que verdaderamente "hace" con él el ◊"curso" (si todavía se le puede llamar así). No sólo es justo, es incluso indispensable para un aprendizaje "activo" en el pleno sentido del término (es decir para un aprendizaje que sea creativo...), que el alumno tenga voz y voto en igualdad con el docente, sobre todo en lo que concierne a ese trabajo en común.

En Albalate (en los años 1928–1933), donde todo el mundo se conocía desde siempre y donde el mismo Félix era un "paisano", el comienzo de la escuela con ese espíritu de cooperación no tuvo ninguna dificultad. Fue eso, seguramente, lo que le dio a Félix esa inquebrantable confianza, ese conocimiento íntimo de que la cooperación en la escuela, *eso funcionaba*, y que era *eso* y no otra cosa, la verdadera libertad en la escuela. Esa seguridad no estaba de más para poner en marcha la escuela de Barcelona, en 1935:

> "Al principio los chiquillos estaban perdidos, no sabían qué hacer. Hacen falta muchas agallas para no dejarse arrastrar a dictar: se hace esto o aquello, de tal o cual manera... Pero al final los mismos niños eligieron. Estoy seguro de que mientras alguien dirija, dicte en la escuela, no hay libertad – ni en la escuela, ni en otra parte..."[381]

Durante cuatro días los chiquillos esperaron que los adultos tomasen la dirección de las operaciones, ¡y no se hable más! Debieron ser para ellos unos días de pánico interior, un mundo que de repente se hundía – adultos, y lo que es más sus maestros de la escuela, ¡se negaban a mandar! Félix, él no tenía miedo, él también esperaba: que se pusiera en marcha... El cuarto día, una niña pequeña cuya madre trabajaba en una fábrica de tejidos, quiso saber cómo funcionaba una máquina de tejer. Después de eso, la partida estaba ganada – la presa del miedo fue sumergida por una riada de curiosidad – ¡el trabajo había comenzado!

Era la primera de las dos escuelas autogestionadas, la escuela Elysée Reclus, calle Vallespir en Barcelona. Sólo funcioné durante el curso escolar 1935/36, pues fue interrumpida por la guerra civil. Fue casi una empresa familiar, pues los cuatro maestros permanentes eran los tres hermanos Félix, José, Francisco, y su hermana Presen que (con ayuda de su indispensable piano, de lo más apreciado sobre todo por los pequeños) se ocupaba de los niños más chicos. Había un centenar de niños de entre seis y trece años, en el barrio obrero de Les Corts. Los locales eran más bien exiguos para tantos niños. Cuando hubieron preparado los locales, José y los demás
N 441 estaban un poco inquietos: en ◊Yasnaïa Poliana, Tolstoi podía pasearse con los muchachos durante días, ¡en pleno campo! Sin embargo eso no impidió que esos hijos de proletarios se sintieran como en casa. Eran los reyes y señores como en ninguna otra parte, ¡aunque el metro cuadrado fuera escaso! Para ellos no era una escuela, era *su* casa. Nadie les obligaba a ir, ni a participar en las ocupaciones colectivas, y lo sabían bien. Pero les hubiera dado la risa, si alguien les preguntara si preferían quedarse en casa de sus padres (¿para que les mandasen?) o gandulear por la calle (¿para qué hacer?), o, en su reino, ¡quedarse papando moscas mientras todo el mundo se afana! En todo el año no hubo ni uno que se le ocurriera no ir "a clase". Más bien era al revés: a las seis de la tarde, cuando en principio la jornada escolar había terminado y los maestros se iban a comer, siempre quedaban unos cuantos que seguían atareados, en un trabajo a medias, en la imprenta, aporreando el piano o yo que sé. Entre las ocho y las diez de la tarde, la escuela recibía a los adolescentes del barrio, lo de más de trece años que quisieran ir, e incluso los adultos. Entonces había que regañar un poco a los "parroquianos de día" para que se fueran y dejasen sitio a los compañeros mayores. Y se iban tranquilamente bromeando – otra vez será.

¡El mundo al revés! ¿O no será más bien el mundo al que estamos todos acostumbrados el que está "al revés", el mundo de un extraño delirio?

[381] Cita extraída del citado artículo de El País – véase la nota al pie de la página N 428 en la nota "Félix Carrasquer (1): eclosión de una misión".

Esa escuela funcionaba bajo el patronato del Comité del Ateneo libertario del barrio de Les Corts[382]. El comité es el que se encargaba de reunir la participación financiera de los padres en los gastos de funcionamiento. Una vez adquirido el edificio y el material, en lo esencial se limitaban a los emolumentos de los cuatro maestros a tiempo completo, seguramente no serían grandes sumas.

En cuanto a las relaciones con los padres de los alumnos, ésa era una cuestión neurálgica para la escuela. Una vez roto el hielo con los alumnos, no sería de *ellos* de donde vendrían los problemas. Ni una sola vez durante ese memorable año, ni más tarde en la escuela de Monzón que ya veremos, hubo peleas entre los niños, hubiera o no maestros presentes. Tal vez increíble,
N 442 ¡pero cierto[383]! Por ese lado, perfecto. Pero ◊Félix sabía que no sería posible enseñar la libertad a los niños, sin enseñársela a la vez a los padres, e incluso a todos los adultos del barrio. Sí, esa escuela, supuestamente para niños de seis a trece años, era también en el pleno sentido del término *la escuela del barrio* – también la de los adolescentes y los adultos. Muchos iban a los cursos de tarde de 8 a 10, ya mencionados, siempre abarrotados. Además, una vez al mes, había una reunión especial de los maestros con los padres, y también otra con éstos y la participación de los niños. Lo más duro, era que los padres admitieran que sus hijos, después de que fueran a esa escuela en la que se sentían como en casa, se pusieran a criticarles. Aprender la libertad, es también (y quizás, sobre todo) aprender a enfrentarse al orgullo y la vanidad que hay en nosotros y a nuestra agresividad reprimida, que tienen tanta tendencia a dominar nuestro comportamiento, ni visto ni oído. Por eso a menudo la crítica nos es insoportable, y más aún cuando está bien fundada. Pero no habrá libertad, ni justicia, ni revolución digna de ese nombre, mientras que nosotros, los padres y los adultos, nos neguemos a escuchar la verdad que sale de la boca de nuestros hijos.

Lo extraordinario (y que da la talla de una gran época), es que en esas confrontaciones públicas, se llegase a hacer entender a los padres que era importante que aceptasen que los niños les criticasen libremente. Los niños que temen criticar a sus padres (de viva voz, o sólo en su fuero interno), serán adultos que temen a sus amos, y que aceptarán servilmente su dominación. En una de las primeras sesiones en común con los padres y los niños, uno de los alumnos se levantó valientemente, ante dos o tres centenares de personas reunidas, para explicar que su padre le había pegado porque no le había hecho caso inmediatamente, cuando le pidió que fuera a comprarle tabaco. Félix me dijo que ese acto de coraje hizo una extraordinaria impresión a todos los que estaban allí. Algo debió "pasar" entonces, para que los que asistieron y aún están con vida todavía se acuerden...

Todos los domingos, cuando el tiempo lo permitía, la escuela hacía una excursión, con los maestros y alumnos que quisieran, y a menudo con familiares y amigos. (¡Nada de domingo-
N 443 descanso para los infatigables ◊maestros, en esos años de siembra a brazo partido!) Era una ocasión para conocerse todos en un ambiente particularmente agradable y distendido. Hubo hasta mil familias que se reunieron así en el campo; prácticamente todo el barrio de Les Corts. No me pidan detalles sobre las cuestiones de intendencia para esa memorable migración de un día. La escuela se convirtió en el fermento a la vez que en símbolo de una identidad colectiva del barrio, y de un espíritu nuevo que había comenzado a soplar dos o tres décadas antes y que había encontrado, en ese centenar de niños, su expresión espontánea más concreta y más sorprendente.

En ese momento Félix ya era ciego desde hacía dos años. Le conozco lo suficiente para

[382] En la España de los años treinta, los "ateneos" eran asociaciones culturales, a menudo de inspiración libertaria, que jugaron un gran papel en la fermentación ideológica de esos años. Cada barrio de Barcelona tenía su "ateneo libertario", cuyo papel cultural e incluso político (me ha parecido entender) en la vida del barrio era considerable.

[383] ¿Dónde y cómo se descargaba la agresividad almacenada en esos niños a lo largo de su existencia, y seguramente sufrida en su entorno durante esos años? En todo caso, ¡no se descargaba en la escuela! Volveré de nuevo sobre esta especie de milagro, en la nota "Félix Carrasquer (5): o el tiempo de la cosecha" (n^o 107), especialmente en las páginas N 454 – N 456.

saber que eso no le impedía ser el alma, ciertamente discreta pero omnipresente, de esa atrevida aventura en común[384]. A falta de sus ojos, ahora hacía falta que se desenvolviera con sus manos y oídos. Pero sobre todo, seguramente, que viera con los ojos del corazón...

La segunda escuela autogestionada suscitada y animada por Félix es la "Escuela de Militantes de Monzón". Es una escuela rural, en Aragón, durante dos años de la guerra entre enero de 1937 y enero de 1939. Esta vez son chicos y chicas mayores, de entre catorce y diecisiete años, viviendo juntos en régimen de internado. Su número varía entre cuarenta y sesenta. Félix es el único adulto entre ellos: ¡es la guerra! Durante esos dos años, buen número de los chicos mayores parten para el frente, otros son requeridos por la colectividad para tareas administrativas y de organización en la retaguardia. Nuevos alumnos llegan para reemplazarlos. Unos doscientos alumnos pasan así por la escuela. Mucho tránsito pues, señal de una mortífera guerra fuera, y de un intenso trabajo de reconstrucción social en el lugar. Aragón fue divida en veinticinco colectividades agrarias (o "Comarcales"), agrupando 601 pueblos colectivizados con 300.000 familias campesinas que optaron por la colectivización libertaria[385]. Entre esas colectividades,
N 444 está ◊la de Monzón, que agrupa 32 pueblos, siendo Monzón el más importante. Los edificios de la escuela (la antigua residencia de un coronel, requisada por la colectividad), con un jardín y tierras, fueron puestos a disposición de la escuela por la Comarcal de Monzón, más ganado, material agrícola y de lo demás, peculio para la adquisición de material pedagógico en Barcelona, y en fin avituallamiento asegurado para unos cuantos meses. ¡A apañárselas con eso!

El propósito de la escuela, era formar jóvenes con un espíritu de iniciativa y responsabilidad, para atender a las tareas administrativas y de organización requeridas por las necesidades de la colectivización. Cada uno de los 32 pueblos de la Comarcal envió uno o dos jóvenes, incluso tres, juzgados aptos para ese tipo de trabajo[386]. Casi siempre, quién lo duda, los elegidos son chicos, y Félix tiene que insistir para que haya más o menos tantos chicos como chicas. Éstas estarán en franca minoría. La mayoría de esos jóvenes ya no iban a la escuela, eran enviados directamente del campo (por así decir) a la Escuela de Militantes.

No tuvo ninguna dificialtad con ellos para empezar, en Monzón. Seguramente habían madurado con los grandes sucesos revolucionarios que habían ocurrido a su alrededor, y se habían puesto a tono con el nuevo espíritu. Bien sabían que iban a la escuela de Monzón no para obedecer y ejecutar órdenes, sino para aprender "en el tajo" a usar sus propias facultades, en contacto unos con otros, tanto en el estudio de cuestiones más o menos teóricas como en las tareas domésticas, o en los campos, el jardín, los talleres, y en trabajo de gestión. Cada alumno participaba en todos esos trabajos, incluyendo el trabajo de gestión, confiado a un Comité de Gestión que se renovaba por turnos.

Muy pronto, gracias a su producción agrícola, la escuela pudo subvenir totalmente a sus propias necesidades. Vista la situación tan apurada, eso era algo importante, ciertamente desde el punto de vista material, pero más aún, sin duda, desde el punto de vista psicológico. Hasta tal punto que con la perspectiva de medio siglo, Félix me escribe:

[384] Uno puede preguntarse aquí en qué medida, una vez iniciada, esa "atrevida aventura en común" seguía dependiendo de la persona de Félix, y si hubiera podido continuar sin él en caso de que, por una razón u otra, dejase de participar en dicha aventura. Esperemos que sí...

[385] Esta extraordinaria experiencia colectiva es, parece ser, muy poco conocida, a falta de documentos de la época, y de testimonios auténticos sobre este episodio por sus coautores. Para un relato detallado, reenvío al libro de Félix "Las Colectividades de Aragón – un vivir autogestionado promesa de futuro", ediciones Laia/Divergencias, Barcelona 1986.

[386] Por supuesto, vistos los numerosos precedentes, hay que pensar que, caso de que las fuerzas revolucionarias hubiesen ganado en España, esa "Escuela de Militantes de Monzón" corría el riesgo de jugar el papel de "vivero" para una nueva "aristocracia revolucionaria" (sic.), que ocupase el lugar de las "élites" precedentes que tenía que reemplazar. Ignoro si las estructuras colectivistas puestas en pie entonces, y sobre todo el espíritu de la población que las presidía, excluía de oficio (o al menos volvía improbable) ese tipo de descarrilamiento, tan común en una revolución...

N 445

◊ "Lo más importante de la experiencia de Monzón[387], es que tres horas de trabajo agrícola de cada uno, atendíamos a nuestras necesidades económicas. Es decir, si nuestro tipo de escuela se generaliza, ahorraremos los millones y miles de millones que se gastan en una enseñanza que embrutece a los jóvenes, y aprenderán a combinar de verdad la práctica y la teoría en un saber hacer cooperativo y enriquecedor para todos."

La escuela tenía incluso exceso de producción, que estaban orgullosos de poder enviar al frente. Esta eficacia era debida sin ninguna duda al buen entendimiento y al entusiasmo de los alumnos, pero también a los métodos de explotación modernos que eran los primeros en introducir en la región. (Era un tiempo en que nadie sospechaba todavía hasta dónde esos maravillosos métodos iban a terminar por llevar a la agricultura...)

Para una escuela que comprende el abanico usual de edades, a partir de los cinco o seis años, ni se plantea que pueda atender a sus propias necesidades, con un trabajo productivo de los niños. Pero poco importa – después de todo, la razón de ser de una escuela, y para Félix menos que para nadie, no es ser "rentable" económicamente. Si (como no dudo ni un instante) la humanidad sobrevive, y si además sigue (como al menos me parece probable) confiando una parte de la educación de sus niños y sus adolescentes a las escuelas, encontrará de modo prioritario, en la medida que sea necesario, los medios para atender a las necesidades de éstas, sin pensar en quejarse de sus millones. Y si (como tampoco dudo) la extraordinaria experiencia de Félix y los chavales de la calle Vallespir y los jóvenes de la escuela de Monzón inspira algún día a otros hombres para hacer *sus* escuelas que respondan a las necesidades de *su* tiempo y del contexto ambiente, seguramente no será por razones económicas, sino porque responde a unas aspiraciones profundas que hay en ellos y que son las mismas que había en Félix al crear la obra, y en todos los que, niños y adultos, participaron en ella.

La escuela de Monzón fue fundada en vista de las necesidades inmediatas de una revolución libertaria en el medio rural, pero sin duda también con una visión a largo plazo que, ¡ay! nunca se
N 446 realizó. Cuando Aragón cae, en abril de 1938, ◊la escuela es transferida a toda prisa a Cataluña, cerca de Barcelona[388], con parte de los antiguos alumnos, a los que se añadieron otros alumnos de la región de acogida. Fue disuelta a última hora, en el momento de la debacle final, en enero de 1939. Félix pasa in extremis a Francia, en los días siguientes. (Cuatro años de campos de concentración le esperan – el precio a pagar para escapar al pelotón de ejecución...) Un buen número de alumnos de Monzón cayeron en el frente. También su hermano José (el que fue el primero en secundarle, al fundar la escuela de la calle Vallespir...). Otros alumnos, en la ola de represión que siguió a la debacle, fueron fusilados.

Sin embargo los hay que sobrevivieron, que aún viven – y que se acuerdan. A lo largo de los años, después de la muerte de Franco y cuando el régimen policial se va relajando poco a poco, Félix ha encontrado una treintena. Y también antiguos alumnos de la calle Vallespir. Esos niños y adolescentes de antaño tienen hoy entre sesenta y setenta años, hombres y mujeres en el atardecer de su vida. Según me dice Félix, entiendo que la semilla que fue sembrada en ellos no ha muerto. El martillo compresor de cuarenta años de represión policial ha sido impotente para ahogarla. Aún hoy, saben (igual que entonces ya supieron sentir, niños...) que en esos años aparentemente lejanos, en la escuela de la calle Vallespir y en la de Monzón, tuvieron la suerte de vivir una grandísima aventura – una gran aventura del espíritu. Y estoy seguro que muchos de sus hijos y de sus nietos a los que les hayan hablado de ella (los que se hayan atrevido

[387] Sin duda no hay que tomar al pie de la letra esta afirmación a vuelapluma. Como sugiero más abajo, seguramente Félix encontrará en la experiencia de la escuela de Monzón aspectos más cruciales que el aspecto económico que aquí resalta.

[388] La razón de instalar la escuela cerca de Barcelona era sobre todo (me explica Félix) una razón propagandística, para poder enseñar a los distinguidos visitantes extranjeros en Barcelona esa escuela diferente a las demás, como un ejemplo de "realización revolucionaria".

a creerles...), también lo saben. Y quizás al menos en ellos, en esos viejos y en esos hombres y mujeres en la plenitud de la vida y en esos niños que empiezan a vivir, hay desde ahora el conocimiento de *otra cosa* distinta a la que les rodea; y con ella, una secreta espera muy valiosa...

N 447 ◊(106) Félix Carrasquer (4): libertad-Summerhill y libertad-Vallespir-Monzón[389]

En mi carta[390], en que le hablaba con entusiasmo de Neill, Félix me responde un poco sarcásticamente:

> "Tuve conocimiento de la experiencia de Neill en Francia, en 1965, cuando emitieron programas sobre su libro en "France Culture"[391]. Tuve que comentar su experiencia en diversas ocasiones (sobre todo en la Universidad), cuando, al exponer nuestra experiencia de autogestión en Vallespir, ciertos profesores poco intuitivos me dijeron que mi experiencia era parecida a la de Summerhill. La escuela de Neill es un bonito ejemplo de "libertad" (con comillas), pues donde no hay responsabilidad no puede haber auténtica libertad. Ateniéndome a lo que el mismo Neill nos confiesa, cuando explica que los niños no le ayudaban a cultivar su huerto y que tenía que poner bajo llave las herramientas de carpintería para que no fueran dilapidadas, es fácil para mí replicar que es absurdo y antilibertario esperar que los chavales le ayuden, a él, propietario del huerto y del material[392]. En Monzón, donde el huerto, la producción y las herramientas pertenecían a los muchachos[393], hacían su parte del trabajo con entusiasmo y cuidaban mucho sus herramientas, como cosas que eran suyas."

N 448 ◊Lo que es seguro es que en la calle Vallespir y en Monzón había un "viento libertario", un impulso creativo, probablemente único en la historia de la escuela, y que se buscaría en vano en Summerhill. Los lugares y los tiempos, decididamente, no eran los mismos. En la Inglaterra desde los años treinta hasta hoy[394], e incluso eligiendo un medio menos acomodado que el medio burgués en que se acantonó Neill, no estoy seguro de Félix, con su genio propio y la llama libertaria que le anima, hubiera logrado suscitar una gran aventura pedagógica colectiva, como la que vivió y animó en los diez u once años entre 1928 (cuando regresa a Albalate para su primera experiencia pedagógica) y el 25 de enero de 1939 (cuando la debacle de la revolución española pone fin a la experiencia de la escuela e Monzón).

Sí, en la aventura pedagógica de Félix hay una dimensión de epopeya colectiva, ausente de Summerhill y sin duda de cualquier otra experiencia educativa hasta hoy en día[395]. Sin embargo

[389] Continuación de la nota anterior, "Félix Carrasquer (3): la escuela autogestionada, escuela de libertad. Véase la nota al pie de la página N 423.

[390] Carta del 27.11.87. Fue escrita un poco antes de que releyera el libro de Neill "Niños libres de Summerhill", y después de la primera nota en que se trata de Neill, "Los mutantes (3): un viento de justicia y de libertad" (n^o 88).

[391] N. del T.: "France Culture" es una radio pública francesa que inició sus emisiones en 1946 y es parte de "Radio France". Su programación comprende una amplia variedad de temas históricos, filosóficos, sociopolíticos, científicos, etc., incluyendo debates y documentales.

[392] La forma en que Neill habla de su experiencia en Summerhill, sin hacer misterio en ningún momento de las dificultades que no podía dejar de encontrar en su delicada tarea, nunca tiene el tono de una "confesión" (como hecha a su pesar...), sino que siempre es cándida y espontánea. No sé si él "esperaba" que los muchachos le ayudasen en el huerto (esperanza muy humana, aunque sea "absurda y antilibertaria"). Pero lo que sobre todo importa, es que aunque sus expectativas fueran defraudadas (cosa seguramente de lo más frecuente), su amor propio no se resiente y su relación con los niños no cambia. Sobre todo es ahí donde veo en él un gran educador, que tiene mucho que enseñarnos.

[393] No hay que tomar aquí el término "pertenecían" en un sentido muy formalista. Compárese con la nota al pie de la página N 437 en la nota anterior. Es innegable que el sitio le "pertenecía" a los niños de la escuela de la calle Vallespir o en Monzón, en un sentido mucho más completo que en el caso de Summerhill.

[394] Me parece que lo que aquí digo sobre Inglaterra, sería igualmente válido para cualquier otro país del mundo, con la única excepción de la España de los años veinte y treinta.

[395] Quizás, en lo que respecta a la "dimensión de epopeya" (si no la de libertad), debería exceptuar a la "Colonia

(¡que no se disguste Félix!) veo una dimensión ciertamente diferente, pero no menos única e igualmente irreemplazable, en Summerhill. Es la dimensión de *profundidad* en la visión de Neill y en su trabajo de educador y terapeuta infantil, incansablemente realizado durante cuarenta años; una dimensión que la obra de Félix no *podía* tener, incluso suponiendo que hubiera en él las disposiciones latentes que, en Neill, iban a desarrollarse en una especie de don de videncia psicológica para leer en la psique de los niños. A cada uno sus dones, que le corresponde dejar crecer y desarrollarse, a cada uno su misión. Y afortunado el que, en el corto periplo de una vida humana y dándose por entero, haya podido llevara término una misión que hizo totalmente suya.

Esa profundidad en la obra de Neill y ese espíritu audaz que requiere, Félix la había sentido bien en los años sesenta, me acuerdo muy bien. Me habló entonces de ello, a mí que allí sólo veía fuego, al tiempo que mencionaba algunas limitaciones bastante evidentes en Summerhill (que yo mismo había sentido). Pero tal vez lo haya olvidado, absobido como ha estado, en los
N 449 casi veinte años que han pasado desde entonces, en hacer sentir a unos ◊espíritus reticentes, allí donde tiene ocasión, una dimensión de la libertad que él sigue siendo uno de los pocos en sentir plenamente, por haberla descubierto y vivido él mismo, y por haberla visto vivir plenamente.

Igualmente veo una convergencia entre las dos obras, y a pesar de lo que piense Félix, es una convergencia hacia la *libertad*. Cada uno a su manera, uno y otro, Neill y Félix, *han sembrado la libertad*. Igual que antes que ellos hombres como Walt Whitman, Pierre Kropotkine, Edward Carpenter, Sigmund Freud y otros han sembrado, y (después de ellos) un Teilhard de Chardin, un Krishnamurti[396], un Marcel Légaut, o un Solvic sembrando su joven vida bajo el fuego del pelotón – cada uno sembrando "la libertad" en su propio campo, que la vida le ha asignado. Esa libertad no es total, no es *toda* la libertad, en ninguno de esos hombres, ni en ningún otro que haya vivido jamás. Puesel mismo sembrador, incluso animado de la pasión por la libertad, no es totalmente libre. Es hombre, y como tal atado de cien maneras, se dé cuenta más o menos claramente, o no. Sus siembras son siembras humanas, y el campo que siembra, por grande que sea, es limitado. Es con las cosechas que allí recogerán otros hombres, y que a su vez volverán a sembrar en nuevas y más amplias simientes, como esos límites del hombre podrán ser y serán desbordados y repelidos sin cesar...

A mi pregunta sobre la actitud vis a vis del sexo en la escuela de Monzón, Félix me respondió así:

> "En cuanto al sexo, diría que, como era una región campesina de costumbres tradicionales, y además vivíamos una revolución que reclamaba nuestra total participación en las acciones sociales y económicas del pueblo, había en nosotros un ascetismo espontáneo. Se hablaba del problema sexual con la misma sencillez que del aparato digestivo o de la higiene; pero no hubo ningún problema y había un respeto mutuo y cooperación entre los jóvenes de ambos sexos: estudio, trabajos agrícolas, limpieza del sitio, atender la mesa etc. – todo organizado y decidido en las asambleas que se reunían cada vez que era necesario, sin formalismo ni protocolo."

N 450 ◊Por supuesto, Félix sabe igual que yo que incluso hablando del sexo con la misma sencillez que del tubo digestivo, no juega sin embargo el mismo papel en la existencia, ¡y en absoluto plantea los mismos problemas! Y su testimonio que acabo de citar nos recuerda que hay momentos privilegiados en la vida de una persona o en la de toda una colectividad (como la de Monzón en los dos años de su corta existencia), momentos pasajeros, en que esos "problemas" pasan a segundo plano y están como desaparecidos. Eso no impide que la cadena milenaria de la represión

Máximo Gorki" de Makarenko, en los primeros años de la colonia. Esta aventura pedagógica se ha tratado en la nota "La democracia directa de Makarenko a Neill" (n^o 91).

[396]Para Krishnamurti, se sobreentiende que aquí me limito a los tres o cuatro años en que fue fiel a su misión (al fin entrevista...), antes de que se deslizara en "la presunción" y ya no sembrara la libertad, sino mucha confusión.

del sexo, esa cadena omnipresente en la existencia humana[397] (¡y en esa "región campesina de costumbres tradicionales" igual que en todas partes!), no desaparezca de un día para otro, en virtud de un soplo de entusiasmo y de libertad, en la estela de una revolución generosa (y cruel, y sangrante...). Es *la misma cadena* que la que ata a los pretendidos "amos" y a los "esclavos", que vuelve a uno *y* al otro igualmente ajenos a sí mismos, igualmente esclavos de los atavismos del Rebaño. Y ata a los maestros que enseñan no menos que a los alumnos.

Comienza a gastarse un poco, esa cadena invisible, al menos en nuestras comarcas. Pero todavía está fuerte, y es pesada de llevar, aunque pocos la noten y midan su peso. El más
N 451 hermoso impulso libertario, la ◊revolución cultural más radical, no la aflojará – ¡sin molestarse si quiera en mirarla! Hará falta un *trabajo* paciente y obstinado, trabajo de generaciones y de siglos si no de milenios, para que la cadena por fin se rompa y se parta en trozos y la dejemos tras nosotros, vestigio palurdo y extraño de un larguísimo y penoso caminar.

Ese aspecto neurálgico de la esclavitud del hombre, aspecto oculto, rara vez reconocido incluso en nuestros días, es prácticamente invisible en la escuela de Monzón y en la de Vallespir. "No hubo ningún problema"... ¡Pero precisamente *ése* fue el objeto de toda la atención de Neill! Medio siglo de atención paciente, intensa, delicada y amorosa. Igual que un prisionero desgasta incansablemente, con una endeble lima de uñas, una de las pesadas argollas macizas de su cadena. Pues sabe que la cadena que encadena a uno encadena a todos, y que tiene la eternidad ante él.

En mi reflexión sobre la obra de Neill, a principios de diciembre, había notado una cierta *complementariedad* entre la misión de Neill y la de Kropotkine (cuarenta años mayor que él). Sin embargo hay una complementariedad mucho más estrecha y más llamativa con la misión de Félix (veintidós años más joven que Neill). Igual que Kropotkine, Félix dice tener una visión del mundo "anarquista" o "libertaria", y ha sido un infatigable luchador por los ideales de justicia social y de libertad, concebidos en una óptica libertaria. Pero mientras que Kropotkine sólo tocó las cuestiones educativas de forma teórica y epidérmica, éstas estuvieron en el corazón de la misión de Félix no menos que en la de Neill. Habiendo subrayado la dimensión en la obra de Neill que está ausente en la de Félix, lo notable es que inversamente la obra de Félix viene a llenar a la perfección las mayores lagunas que se constatan en la de Neill. En este momento distingo tres, que quizás no sea inútil recordar y poner una tras otra.

1^o) La pasividad relativa al papel de los alumnos en la enseñanza propiamente dicha. Dejando aparte la atrevida innovación de no obligar a los niños a ir a clase cuando no lo desean, Neill se limita a seguir al paso el modelo tradicional del maestro que sabe, y transmite un saber fijado de antemano a unos alumnos que lo ignoran (^{110}).

2^o) La no-participación de los niños en los trabajos domésticos y las otras necesidades de la

[397] Recuerdo bien que fue el mismo Félix el que primero me hizo comprender el papel crucial de esa cadena en la existencia humana, ya no recuerdo bien en qué ocasión. Me dijo (más o menos) que el hombre o la mujer que era libre y no tenía vergüenza secreta *de su sexo*, jamás aceptaría ser dominado por nadie – ¡jamás tendría amo! Eso me había chocado mucho. Ese pensamiento sembrado entonces por Félix ha trabajado mucho en mí durante los veinte o veinticinco años que han pasado desde entonces. Además no tengo la impresión de haber llegado al final de esta historia, y especialmente de haber captado el sentido y el papel de la represión sexual, en la larga historia de nuestra especie. (Rozo esta cuestión en las dos notas "Presencia y desprecio de Dios – o el doble enigma humano" y "Neill y el pecado original – o el mito como mensaje", n^{o}s 41 y 90.)
Aprovecho la ocasión para señalar que Félix forma parte de los hombres que, durante algunos años, estaban revestidos de cierta "autoridad" para mí, por el hecho de que sentía en ellos un conocimiento o una madurez que me faltaban, y que por instinto yo sabía que tenía que aprender de ellos algo que era necesario que aprendiera. Y también creo que casi siempre terminé por aprender con su contacto lo que tenían que enseñarme. Después de lo cual, ese "aura" tácita de autoridad de la que habían estado revestidos se desvanecía, y el lazo que me ligaba a ellos tenía tendencia también a aflojarse considerablemente. Ese relajamiento del lazo está sin duda ligado al hecho de que la principal fuerza motriz en mi vida no es el amor o el afecto (como por ejemplo era el caso en la vida de Edward Carpenter), sino más bien la sed de conocimiento, y la elección y evolución de mis relaciones con otro están subordinadas en gran medida a ese impulso de conocimiento que hay en mí.

vida colectiva, trabajos que en Summerhill realiza personal remunerado. Por una idea claramente
N 452 falsa de la "felicidad" de los ◊niños[398], su vida en Summerhill (hasta la edad de diecisiete años en que dejan la escuela) se reparte exclusivamente entre el estudio por una parte, y por otra parte el juego y las actividades recreativas (teatro, talleres...), incluyendo las distracciones externas pagadas por el dinero de bolsillo proporcionado más o menos copiosamente por los padres.

Quizás sea ese el aspecto "sauna" más flagrante: el niño se encuentra descargado (y en verdad, *privado*) de algunas de las responsabilidades más simples y elementales, que normalmente son parte de la vida en común familiar o colectiva. Con ello además se habitúa a existencia privilegiada, servido, en las tareas consideradas de común acuerdo como "inferiores" o "serviles", por personal de algún modo subalterno.

Esa laguna es sobre todo flagrante en el caso de niños que viven en la escuela, como era el caso de Summerhill (régimen llamado de "internado"). Pero incluso en una escuela en la que los niños sólo van de día y donde no comen (como era el caso de la calle Vallespir), siempre hay pequeñas tareas requeridas por la convivencia. En la medida en que para los niños la escuela sea verdaderamente "su reino" (y no una prisión, ni un hotel de alto standing...), es para ellos un placer y algo que cae de su peso encargarse de esas tareas igual que los adultos que comparten con ellos el lugar y que participan en ellas.

3^o) La preocupación de Neill de mantener a los alumnos, incluso los de más edad, apartados de los grandes problemas de su tiempo, incluyendo aquellos que no dejarán de enfrentar en su propia vida; o al menos, la preocupación de evitar que sean debatidos en la escuela entre alumnos y docentes.

Éste es el segundo aspecto "sauna", menos aparente a primera vista pero inseparable del anterior (que se basa en la aceptación tácita de las desigualdades sociales, como algo que cae
N 453 de su peso). Por supuesto, esto ◊sería imposible de mantener si los mismos alumnos decidieran, con ayuda de los maestros, los temas que quieren trabajar: no tardarían en poner sobre el tapete buen número de cuestiones que Neill quisiera evitar. La razón que da, es su escrúpulo de no "influenciar" a los alumnos, escrúpulo que ya he discutido[399]. Pero en verdad, es irrealista por parte de un educador pretender no influenciar, y es tanto tanto más cuanto su acción sea fecunda. Y hay margen entre el lavado de cerebro generalmente practicado en la escuela, y el absentismo sistemático preconizado por Neill. En nuestro caso, con ese mismo absentismo, Neill ejerce una innegable acción, quizás más eficaz que con un discurso: instala en los niños de Summerhill una especie de "ideología de la felicidad", para uso de uno mismo, de sus familiares y de su entorno. Neill creía en ella, en esa ideología, al menos para esos chavales confiados a sus cuidados, incluso si no la aplicaba del todo (¡afortunadamente!) a su vida. Esto me parece un poco como la contrapartida ideológica de la facilidad que consiste en ahorrar al chiquillo la supuesta "carga" de hacerse su cama, contratando personal doméstico. Razonable para el niño pequeño, esa ideología se vuelve más y más carente a medida que el niño crece. Esa carencia, la veo ante todo en la ausencia deliberada de toda dimensión espiritual, y especialmente la de la responsabilidad vis a vis de las comunidades humanas más extensas que el entorno más o menos inmediato, y (en el límite) vis a vis de toda la humanidad[400].

[398] Como ya había sugerido en la reflexión sobre la obra de Neill, esa "idea claramente falsa de la felicidad de los niños" en Neill seguramente es debida al mal recuerdo que dejaron en él las cargas que en su infancia le impusieron los adultos de su entorno. Así le costaba imaginar que un trabajo doméstico pudiera ser para un niño otra cosa que una carga ejecutada de mala gana. Ése es un ejemplo entre muchos otros que muestra que incluso el mayor de los educadores no está sin embargo, e incluso en su concepción de la educación, totalmente libre de sus propios condicionamientos, que provienen ante todo de la educación que él mismo ha recibido. En cuanto a saber porqué uno se libera a lo largo de su existencia de unos condicionamientos, y por el contrario es prisionero de otros durante toda su vida, eso es para mí un gran misterio...

[399] Véase la nota "¿Educación sin sugerencia? – o educación y conocimiento de uno mismo", n^o 93.

[400] Véase la nota citada en la precedente nota a pie de página así como las dos notas que la siguen, "Neill y el bombardero – o la felicidad a gogó y la *otra* dimensión", y "Summerhill – o la sauna, y el mar abierto...".

Esas tres "grandes lagunas" de Summerhill que acabo de evocar consisten todas en una *falta de responsabilidad* de los niños y de los adolescentes, en tres dominios diferentes que sin embargo les conciernen de modo evidente, y a veces de modo crucial. Eso es lo que hace decir a Félix, con razón, que "sin responsabilidad no puede haber auténtica libertad". Solamente añadiría, a este respecto, que en comparación con lo que todavía hoy es habitual en las escuelas o en las familias, las responsabilidad que se les daba a los niños de Summerhill no era despreciable, muy al contrario, aunque permanecía confinada a un dominio bastante limitado. Pero en
N 454 comparación con la responsabilidad que tan vigorosamente se desplegaba ◊en la calle Vallespir o en Monzón, hay que reconocer que la de los "niños libres de Summerhill" ¡parece una planta un poco anémica de invernadero! Y esto tanto más cuanto los niños son mayores.

(107) Félix Carrasquer (5): el tiempo de la cosecha[401]

Las observaciones hechas y relatadas tanto por Neill como por Félix son para mí totalmente fiables – en ningún momento he tenido la impresión de que uno u otro hiciera una presentación ventajista, para adornar un cuadro (por supuesto, con mejor fe del mundo...). Claramente eso no va ni con uno ni con otro. Tampoco dudo de Neill, aunque no le conociera personalmente como conozco a Félix. Pero en su relato, igual que en el de Félix, hay un inconfundible "aire de realidad". Además Neill no oculta ninguno de sus errores, ni las dificultades que tuvo que superar, ni sus fracasos.

Al respecto, hay que notar que las observaciones de Neill y las de Félix no concuerdan. Los alumnos de Summerhill necesitaban semanas, a veces meses e incluso (en algunos casos extremos) años, antes de que un niño recién llegado se integrase en el ambiente tan distinto de Summerhill; de que comprendiera que ése era un lugar en que era *aceptado* tal y como era, sin tener que doblegarse a hacer un papel o a fatigarse yendo a contrapie. Sólo entonces llegaba a ser él mismo, a la vez que formaba parte de esa comunidad de iguales que le acogía tal y como era, sin juzgarle jamás. Pero para llagar a eso, antes hacía falta que la agresividad y el odio acumulados en una atmósfera represiva desprovista de amor, se descargase de una forma u otra, a menudo desconcertantes y a veces peligrosas – hasta que encontrase su asiento natural, en un medio benevolente y natural. También tuvo algunos fracasos, en que a pesar de todos los esfuerzos, el niño permanecía irreductiblemente asocial, y Neill se vio obligado a enviarlo a casa con sus padres.

Por el contrario, lo chocante en el relato de Félix, es que nunca se enfrentase a tales
N 455 dificultades. Si no lo conociera tan ◊bien, como para estar seguro de que no es hombre que fabule ni que presente lo gris como rosa, tendría buenas razones para ser escéptico. Pero sé, sin ninguna duda, que puedo tomar su relato al pie de la letra. Sin embargo, esos muchachos de calle Vallespir y de Monzón, al igual que todos nosotros, tuvieron que encajar desde su más tierna infancia, tanto en su familia como en la escuela a la que iban antes, agresiones de todo tipo, debidas a la incomprensión, el miedo, el egoísmo y la agresividad de los adultos y de su entorno. ¿Qué pasó con esa agresividad acumulada? Félix nos dice que no se manifestaba en la escuela. No sólo no hubo ninguna pelea en esas escuelas, entre 1928 (en Albalate) y finales de 1938 (en Monzón), sino que había, nos dice, un ambiente cordial permanente, en medio de un enjambre atareado y feliz. Parece demasiado bello para ser verdad. Sobre todo cuando uno se ha pasado (como yo) ¡toda una larga vida aprendiendo penosamente cómo es la naturaleza humana! Sin embargo, Félix no es uno que se equivoque sobre el ambiente – tiene bastante olfato para notar cuándo algo se atasca a su alrededor por poco que sea.

¿De dónde viene esa asombrosa diferencia psicológica entre los niños de Summerhill y los de Vallespir o de Monzón? ¿Es la diferencia entre los ambientes – los niños de ambientes más acomodados están más perturbados por la educación recibida, están más privados de amor, más

[401] Continuación de la nota anterior. Véase la nota al pie de la página N 423.

desarraigados en un entorno más artificial, que los hijos de los obreros del barrio de Les Corts en Barcelona, o de los campesinos de la comarca de Monzón? ¿Pero una diferencia tan draconiana?

¿O se debe a la época tan excepcional en que se sitúa la experiencia pedagógica de Félix? El mismo Félix bien se da cuenta de hasta qué punto esa harmonía entre el el espíritu de la escuela y las disposiciones de los padres (e incluso las de todo el barrio o de la región rural en que estaba la escuela), fue algo extraordinario, casi increíble también, que quizás nunca haya existido en ninguna otra parte ni en ningún momento. En Summerhill, Neill nos dice que la mayoría de los niños estaban constantemente divididos entre el espíritu que reinaba en la escuela, y el que se encontraban en sus familias y en el resto de la sociedad. Así fue durante toda la existencia de Summerhill. Además, esa escuela siempre ha sido como un cuerpo extraño, culturalmente hablando, en el terrotorio en que estaba situada. Tales conflictos estuvieron totalmente ausentes en las tres experiencias pedagógicas realizadas por Félix entre 1928 y 1938.

Tendería a pensar que esa extraordinaria diferencia que acabamos de constatar viene de
N 456 *ahí*, y no de la diferencia entre los medios ambientes por sí mismos ◊(tanto en los medios familiares como en las escuelas), o de la diferencia entre los "enfoques pedagógicos" de Neill y de Félix. Creo que la verdadera causa se encuentra realmente en ese poderoso imponderable que es el "espíritu de los tiempos". Sí, el *Espíritu soplaba* en Barcelona y en Aragón en los años treinta. La gran aventura de Félix y los niños de Vallespir y de Monzón fue empujada por ese poderoso viento y es testigo de ese viento, venido no se sabe de dónde.

El que haya vivido Mayo del 68, o haya participado a poco que sea en el movimiento de "contracultura" del siguiente decenio, sabe que hay cosas "imposibles" o "impensables" que, en ciertos momentos y como por alguna extraña gracia, no sólo se vuelven posibles y se hacen, sino que además parecen las cosas más simples y naturales del mundo. Ciertamente, lo que ocurrió en Francia en Mayo del 68, y todo lo que se originó por esa extraña convulsión en el siguiente decenio (de manera más o menos marginal pero en revancha, un poco por todo el mundo...), es en muchos aspectos muy diferente de lo que fermentaba y brotaba en el pueblo español cuarenta años antes, y que encontró una asombrosa culminación durante la revolución española antes de sumirse en la sangre. Pero en uno y otro episodio de nuestra larga Marcha hacia delante, más allá de la acción de los individuos y dando a ésta poder y resonancia, se nota un mismo gran *Viento* llegado de otra parte.

Cuando intento imaginarme un poco la Renovación que nos aguarda, apoyándome mal que bien en lo que conozco, en ese esfuerzo por aprehender lo Desconocido del mañana – esos dos grandes episodios de nuestra historia son los que se me vienen al espíritu. Seguramente hay innumerables momentos semejantes en el devenir de los pueblos a lo largo de los milenios; grandes convulsiones creativas ocurridas no se sabe por qué ni cómo y que nadie habría sabido predecir. ¡Dieron a luz los mitos y las religiones y las grandes visiones del hombre y del universo, y las grandes esperanzas surgidas de la resignación de antaño, y las aspiraciones sin rostro y sin nombre, elusivas y punzantes como un sueño! Pero esos dos episodios me son los más cercanos, por haber sentido un poco su soplo y reconocerme su heredero. Y ahora que también me llega a mí un soplo de las cosas por venir, esos dos "momentos fuertes" de antaño prefiguran para mí, al menos "en cualidad" y ¡oh cuán modestamente! la gran Mutación de los Tiempos que nos espera. Ya está cerca la hora de la Tempestad y de las aguas torrenciales del Aguacero. Entonces será el tiempo del Gran Viento creativo. Seguramente el mismo Viento, pero que esta vez barrerá la tierra entera, volteando los muertos y despertando a los vivos.

N 457 ◊Entonces llegará la Hora de la Siega, al fin, y el tiempo de las nuevas Siembras.

No es lugar éste para extenderme en detalles sobre la escuela de la calle Vallespir o sobre la escuela de Monzón, y sobre su corta y rica historia. Félix se ha ocupado de hacer un relato detallado sobre ambas, así como un tercer relato, íntimamente ligado a los anteriores, sobre la gran aventura colectiva de las comunas agrarias en Aragón, durante los años de la revolución española. Ése fue, me parece, el único momento en la historia de los pueblos en que el ideal

libertario de cooperación y de solidaridad popular, sin jerarquía ni coacciones, fue vivido a escala de una vasta provincia, por hombres, mujeres, niños, unidos y arrastrados por una misma y poderosa ola surgida de las profundidades. A falta de documentos (destruidos y desaparecidos), el relato de Félix se apoya en una memoria notable y en una escrupulosa honestidad, de un hombre que desde su juventud estuvo en el corazón del movimiento que culminó en esos tres años ardientes y fecundos, de los que sobre todo trata su relato. Desgraciadamente, este testimonio capital y ese mensaje de esperanza están en lengua española, en tres publicaciones diferentes de modesta difusión[402]. Sin duda no está lejos el tiempo en que ese testimonio sobre uno de los momentos más fecundos de nuestra historia y, en el corazón de éste, sobre una aventura educativa de un inmenso alcance, será traducido y publicado en francés y muchas otras lenguas, de modo que estimule e inspire a través de todo el mundo aventuras colectivas animadas del mismo espíritu valiente de cooperación creativa.

La predicción puede parecer temeraria, ¡pues en vano se buscaría hoy una señal en el horizonte, que justificase tan loca esperanza! Desde el abrupto fin de la experiencia de Monzón, ha transcurrido medio siglo (menos un año). A nivel de los signos visibles de una conciencia colectiva, han sido cuarenta y nueve años de un *olvido* que ha caído sobre una simiente viva. Para Félix, en ese medio siglo, hubo dieciséis años de cautividad, seguidos de once años de exilio
N 458 en tierra ◊extranjera, esperando el fin del régimen de hierro de Franco. De hecho, él y Mati corrieron el riesgo calculado de regresar a España en 1971, todavía con la prohibición de residir y en vida de Franco, en un momento en que el régimen comenzaba a debilitarse[403]. Ya durante su exilio en Francia, en los medios de los emigrantes españoles, después en España, Félix no dejó, de viva voz o por escrito, de hablar de educación libre y de escuelas autogestionadas. Subraya que en nuestros días sería más fácil llevar a cabo tales experiencias que antes, cuando se llevaron a cabo en contra de obstáculos y peligros, en la España prerrevolucionaria y revolucionaria de los años treinta. Nuestros tiempos son más clementes, seguramente, ¡pero aparentemente no por eso más propicios! El hecho es que se le escucha con educado interés, incluso a veces con admiración y con entusiasmo, en los lugares más diversos, incluyendo Universidades que le invitan (¡como un signo de los tiempos liberales que han vuelto a la tierra ibérica!) a dar conferencias sobre la educación. Lo que saco de todo eso, es que "fácil" o no, ninguna experiencia similar a la de Félix en los años 1928–38 se ha intentado de nuevo en España ni en otra parte.

Claramente, hay dificultades más insidiosas y más radicales que el riesgo de cárcel, de exilio, o del pelotón de ejecución. Incluso en prisión, Félix encontró ocasión para hacer una obra educativa. Pero seguramente también, esos largos años de cautividad dejaron su marca sobre él, y al salir de la cárcel, no es seguro que más allá de esa indomable energía que vi en él, conservase la extrema flexibilidad interior y la delicada capacidad de escucha, tan esenciales
N 459 para una obra educativa fecunda[404]. Pero aunque los recursos creativos ◊de Félix hubieran

[402] Esas publicaciones son las siguientes:
1) La Escuela de Militantes de Aragón, Una experiencia de Autogestión y de Análisis Sociológico, Ediciones Foil, Barcelona 1978,
2) Una Experiencia de Educación autogestionada, Edición del Autor, Barcelona 1981,
3) Las Colectividades de Aragón, Un Vivir autogestionado Promesa de Futuro, Ediciones Laia/Divergencias, Barcelona 1985.
También hago notar que Félix está terminando una detallada autobiografía (800 páginas mecanografiadas), donde seguramente se encontrará, entre otros, y esta vez con una perspectiva más personal, un testimonio de primera mano sobre una época de una extraordinaria riqueza.

[403] Véase la nota al pie de la página N 425, en la nota "Félix Carrasquer (1) – o eclosión de una misión" (n^o 103).

[404] Véase al respecto la nota a pie de página siguiente a la que acabo de citar (en la anterior nota a pie de página).
A principios de los años sesenta, después de su llegada a la región parisina, Félix intentó promover entre los emigrantes españoles un "Centro de Estudios Sociales", con el espíritu de los cursos vespertinos para adultos en su pueblo natal Albalate y más tarde en Barcelona (1928–38). Esa tentativa fue un fracaso. Quizás la razón no fuera únicamente la "falta de curiosidad y de entusiasmo" de su joven audiencia – que Félix tenía justamente

permanecido intactos a través de los años de cautividad y de exilio, una "escuela libre", en la óptica de la libertad propia de Félix, no es obra de uno solo, sino creación colectiva. No nace más que allí donde hay el viento creativo no de uno solo, sino *colectivo*.

Además tengo la impresión de que ese aspecto de *creación colectiva* en las escuelas de Vallespir y de Monzón, es mucho más fuerte que en Summerhill. En Summerhill, Neill y su mujer periódicamente estaban reventados, pero en cuanto a los chavales, ellos, una vez que se habían "asentado", me parece que era más bien la "dolce vita". Ciertamente felices y todo eso, pero también sin historia y, por decirlo todo, ligeramente somnolienta (con perdón por la expresión), sobre todo para los mayores. Los chavales llegaban enfermos, desgraciados y electrizados, y (aparte de unos pocos inadaptados, expulsados antes de tiempo) ¡salían sanos, felices y somnolientos[405]! Yo, eso es un hecho, me habría aburrido de chiquillo; pero no en Monzón. Todo esto para decir que cada cosa hay que hacerla a su tiempo. Sin duda no es casualidad que la escuela de Summerhill haya podido florecer durante casi medio siglo y que incluso ha tenido (parece ser) retoños aquí y allá, mientras que la obra pedagógica de Félix se despliega en un lapso de tiempo limitado a una decena de años (entre los veintitrés y treinta y tres años de edad), y que hasta hoy ha permanecido sin descendencia.

Y quizás hoy no sea todavía el momento de que esa semilla crezca. No está hecha para crecer en tiempos de somnolencia, en unas cabezas y ante unos platos demasiado llenos, en unos
N 460 sillones y en ◊unos corazones demasiado blandos. No es simiente para los que están saciados. Es para los que tienen un *hambre* tenaz, como la que había atenazado a Félix en su juventud, igual que atenazaba a esos lugareños a los que aportaba con gran alegría de corazón lo que de mejor había encontrado muy lejos de allí.

Cuando los hombres descubran su hambre detrás de la saciedad, su indigencia detrás de la abundancia, su ruina detrás de esos aires alegres, el vacío detrás del saber – entonces llegará el momento. Nadie tendrá que convencerles, que rogarles: ¡tomad, tomad, por favor! Serán ellos los que se lancen sobre lo que colmará su hambre, y los que vigilen con ternura la eclosión de las semillas antes olvidadas.

Será entonces cuando las semillas de antaño – semillas de amor, de esperanza – de las que acabo de hablar y de innumerables otras más, creídas perdidas para siempre sobre una tierra calcinada – será entonces cuando germinen y crezcan, y reverdezcan una tierra renacida.

(108) Nadie es profeta en su tierra – o imágenes de Épinal[406] y desprecio de sí mismo

demasiada tendencia, tal vez, a tratar como "audiencia" más que como interlocutores con los que tendría una escucha mutua. Por lo que pude entrever de los "Seminarios sociológicos" promovidos por Félix en su granja cerca de Toulouse, Félix siempre me dio la impresión (igual que en su relación conmigo) de hacer de *maestro* que dispone de un saber bien dispuesto, fuertemente estructurado y (me pareció) prácticamente fijo e intangible, y que dispensa ese saber a unos *alumnos* atentos y deferentes. Nunca sentí allí, no más que en su relación conmigo, un ambiente de *investigación*, en que algo se moviese en el "maestro", Félix, o en los "alumnos". Como ocurre tan a menudo, parece que ni se le ocurría que podría haber algo que aprender, especialmente en su relación con otra persona; salvo, todo lo más, nuevos hechos en bruto que serían colocados en unos cajones ya preparados para eso. Teniendo respuesta para todo, ya no siente las preguntas, incluso las más jugosas. Pero son las *preguntas* y la invitación que encierran, las que estimulan la curiosidad y la alegría de sondear y descubrir. Las "respuestas" ya preparadas cortan por lo sano sin responder a nada, y empujan al ser poco seguro de sí mismo a renegar de aquél que en él sonda y pregunta y no se contenta con lo "ya preparado".

Tampoco tuve la impresión de que Mati, que es de una apertura y una disponibilidad excepcionales en su relación con los demás, y que además tiene la madurez de una rica experiencia y una gran vivacidad de espíritu, estuviese asociada a esos encuentros, salvo al nivel de las tareas de intendencia. Esto muestra hasta qué punto el espíritu que animó las experiencias pedagógicas de juventud de Félix parece ausente del trabajo militante de su madurez, una vez que pasó sobre él la prueba de los dieciséis años de cautividad...

[405] Por supuesto el término "somnoliento" hay que tomarlo aquí en sentido figurado, y no se refiere al plano físico ni al plano afectivo. Al contrario, en ese plano no hay duda de que los "niños libres de Summerhill" eran vivaces y espontáneos, una vez que se habían aclimatado a su escuela. La "somnolencia" de que hablo se sitúa en el plano intelectual y, todavía más, en el plano espiritual.

[406] N. del T.: Las imágenes de Épinal fueron estampas muy populares e ingenuas que se produjeron en Francia

(15 y 17 de enero)[407] Jesús de Galilea hizo la experiencia a su costa, cuando regresó a la región de Nazareth, y no le gustó la cosa. Félix fue más paciente vis a vis de sus allegados y amigos que no supieron ver en él al "profeta", portador de una gran misión – o de los que, como yo, lo olvidaron. ¡No nos ha maldecido a ninguno!

Muchas veces he tenido ocasión de constatar hasta qué punto es verdad, que nadie es profeta en su tierra. Veo dos causas, que me parecen de naturaleza bastante diferente[408]. Está el desprecio de sí mismo: cuando se está penetrado por el sentimiento (consciente o inconsciente) de la propia insignificancia, ese sentimiento de insignificancia se comunica, como por contagio,
N 461 a todo lo que nos afecta de ◊cerca por poco que sea. ¿Cómo alguien a quien tuteamos, que no nos trata de lo alto de su grandeza, cómo ése que se me parece y en el que incluso veo o creo ver defectos y debilidades que no tengo, cómo podría ser ése un gran hombre?

Dicho de otro modo: sólo podemos reconocer la grandeza de alguien que está cerca, cuando ya sentimos o presentimos la grandeza que está latente en nosotros mismos. Y a partir de ahí, sólo hay un paso para sentir también la grandeza latente en todo ser, y tener ojos para ver cuándo lo que está latente en todos se realiza y se despliega en uno de nosotros.

Y también está la falsa idea que se tiene de la grandeza humana[409]. Todos hemos sido educados con las imágenes de Épinal de todos aquellos que pasan por ser, o haber sido en un pasado aureolado de prestigio, unos "grandes hombres". Siempre nos los han presentado como modelos de todas las perfecciones y de todas las virtudes. (Y las "sombras humanas" que a veces se añaden a un retrato de gloria, sólo están ahí para hacerlo más atrayente y para resaltar todavía más vivamente las luces...) Así, sin que nunca hayamos tenido que decírnoslo claramente, se da por hecho que lo primero, para poder ser siquiera candidato a la promoción (por alguna instancia suprapersonal y solemne...) al rango de "gran hombre" (y una vez promovidos, en principio, a tener derecho a un sitio en los libros de los presentes o futuros escolares, o a una estatua en una plaza, o darle nombre a una calle o a un parque...) – lo primero es ser ante todo *perfecto*; estar en todo momento y en todas las circnstancias muy por encima de las debilidades (¡ay humanas!) del común de los mortales (¡justamente como Vd. y yo!): de no caer en la trampa de ninguna ilusión, de ser soberanamente indiferente a la alabanza como a la censura, compasivo, generoso, vivaz, paciente, inteligente, sabio etc. etc. – en suma, de ser un ser realmente "superior", de otra pasta y de otra esencia que "Vd. y yo"[410].

N 462 ◊Sin embargo la (¿triste?) verdad es que no hay ni jamás ha habido (al menos por lo que

durante el siglo XIX.

[407] Véase el reenvío a la presente nota en la nota "Félix Carrasquer (1): eclosión de una misión" (n^o 103), página N 427.

[408] Sin embargo no tan diferentes de lo que me parecían a primera vista, como se verá a lo largo de la reflexión. La impresión de que esas dos causa provenían de fuentes netamente diferentes seguramente se debía al hecho de que en mi caso, sólo la segunda de las causas que van a ser examinadas parecía que estaba en mi cuenta. Pero sin duda la situación es más compleja que eso...

[409] Más de una vez he tenido ocasión, en las páginas de La Llave de los Sueños, de vérmelas con esa inveterada idea, singularmente tenaz incluso en mí (sin embargo libre de no pocos clichés...). Véanse especialmente las notas (inspiradas por la obra de Marcel Légaut) "Todos los hombres son falibles – o la ruptura" y "Tiempo de muletas y tiempo de caminar" (n^{o}s 73, 75), del mes de noviembre. Éstas retoman un tema que ya apareció con insistencia en las notas del mes de julio)n^{o}s 20-31), suscitadas por el impacto del encuentro con el pensamiento de Légaut.

[410] He necesitado las lecturas y la reflexión constante y de largo alcance de estos últimos tres o cuatro meses, sobre el tema de los "mutantes" o "Grandeza y fisuras", para que al fin extirpe en profundidad (al menos así lo espero) las últimas trazas de ese tópico tenaz, insidioso, extrañamente deformante. Conozco a más de uno que se reiría de mis esfuerzos para aventar una forma de ver que él cree superado desde hace mucho (incluso desde el nacimiento, quién sabe...), y que caerá en la trampa a la primera ocasión: no reconocer una grandeza manifiesta porque la cara del señor (o de la dama) no le es simpática o sus opiniones le disgustan. Además de ese modo, ninguno de los dieciocho "mutantes" que a duras penas acabo de terminar de examinar, incluyendo mi fiel y viejo amigo Félix (que habrá tenido derecho a casi cincuenta páginas...), sería "grande" a mis ojos. Pues no hay ni uno solo (salvo todo lo más Riemann, seguramente porque sé poco de él...) en el que no haya cosas que decididamente no me gustan, y que el buen Dios (que en esto hay que censurar no menos que al interesado) ya habría podido hacer mejor.

puedo juzgar) alma viviente que responda a ese "minimum vital" del "gran hombre". Cuando se tiene ocasión, y además la curiosidad, de mirar un poco de cerca y de levantar la punta de los pomposos velos que rodean a los hombre que, de común acuerdo y bajo la égida de la Señora Cultura alias Historia, han sido disfrazados con el rótulo de "*Grande* – ¡por favor no tocar!", al punto se cae en cosas que tienen toda la pinta, a fe mía, de cojear – ¡y no poco! Y cuando no hay rótulos ni nada, y se trata de un caballero o de una dama como Vd. y yo que por casualidad hemos tenido ocasión de ver de cerca, es parecido. Sólo en uno mismo (menosprecio o no...) a menudo cuesta ver lo que chirría y cojea. (Pero sin embargo dudo que seamos la única excepción que confirma la regla...)

El caso es que cuando permanecemos bloqueados en los acostumbrados clichés sobre el "gran hombre", no hay peligro de que reconozcamos la grandeza, cuando por fortuna nos la encontramos en nuestro camino, y especialmente en alguien que conocemos "demasiado bien". La grandeza humana no está en unos "dones" maravillosos (todo depende de lo que se haga con unos modestos o brillantes que nos conceden al nacer[411]), ni en una perfección imposible, sino en algo de naturaleza muy diferente. Y la incapacidad tan común de saber reconocer la grandeza (si no es dando fe a un rótulo...), es la *misma* incapacidad, la misma *torpeza* que impide reconocer la *creatividad*, tan a menudo ignorada o mirada con desdén cuando se presenta desnuda, sin la indispensable etiqueta de calidad...

N 463 ◊Esa incapacidad no se limita sólo a nuestra apreciación de los que nos rodean, de sus obras y de sus actos. Me la he encontrado a cada paso, y a menudo allí donde menos me lo esperaba, entre mis allegados y amigos, ciertamente, y en las altas esferas de los Templos de la Ciencia no menos que en otra parte[412]. Muchas veces me he quedado estupefacto – incluso sin aliento, cuando la maldad a veces se une a la incuria...

Esa "incapacidad" quasi-universal en modo alguno es innata. Tiene más bien la naturaleza de un *bloqueo* de las facultades personales de discernimiento y de juicio, bloqueo más o menos permanente y más o menos completo de un caso a otro. No es que las capacidades estén ausentes o en estado calamitoso – ¡bien al contrario! Somos como un virtuoso violinista-músico-de-cámara ante una gran ventana abierta a la calle, que tuviera en sus manos un maravilloso Stradivarius (pero ay, sin etiqueta...), y que lo tirase en un rincón con vergüenza y despecho, cada vez que de la calle le lleguen las notas (digamos) de un organillo, los pitidos de un agente de la policía o los viriles gritos del cuartel de enfrente; pues en el conservatorio en que fue educado le inculcaron que sólo los sonidos de la calle son la verdadera música... Dicho en claro: cuando el trabajo espontáneo de nuestras facultades de percepción y de expresión no es recogido paso a paso, aprobado, ataviado por el mundo que nos rodea; cuando, viniendo de *nosotros mismos* y no "de la calle", va a contracorriente del ruido-de-todo-el-mundo – ya no queda nadie y en todo caso: ¡nada de violín!

Y a la vuelta del camino, de nuevo en el sempiterno "síndrome del rebaño". Es él otra vez, ¡no hay duda! Y el tenaz atavismo del rebaño no puede ser separado de ese "desprecio de sí mismo" evocado hace poco, del desprecio de lo mejor que hay en nosotros – y que tiramos en un rincón avergonzados y confusos, para desgañitarnos dócilmente rivalizando con los sonidos de la calle...

¿Y qué pasa con las imágenes de Épinal en estas historias de violines? Pintores o violinistas, es la misma historia. Despreciar sus oídos (finos al nacer) y un hermoso violín, o despreciar sus ojos (perfectos para ver las superficies y las profundidades, las luces y las sombras...) y los pinceles y la paleta de pintor, todo eso es una misma cosa. Es el desprecio de nuestros ojos y de su cándido testimonio que nos hace tomar la imagen de Épinal por una obra maestra. Y, en

[411] Sobre la relación entre "dones" y "creatividad" véanse las tres notas consecutivas "Creación y maduración (1)(2)(3)" (n^{o}s 48-50), y muy particularmente la segunda de ellas.

[412] Esto ha sido tratado abundantemente un poco por todas partes en Cosechas y Siembras, lo que me dispensará de tener que volver a ilustrarlo...

N 464 justa compensación, el ◊oropel ficticio de Épinal mantiene ese desprecio de nosotros mismos, ese desprecio de la grandeza desnuda, sin apariencia sin etiqueta, humilde y desconocida, que vive en lo más profundo de nosotros mismos[413].

(109) Educación y acto de fe

(16 y 18 de enero)[414] Muy pocos lectores, seguramente, se harán idea de hasta qué punto la enseñanza "libre" (o, como dice Félix, "autogestionada"), en el sentido en que la entiende Félix, requiere unos recursos del docente sin parangón con los de la enseñanza de estilo tradicional. Algo de eso sé por una experiencia un poco parecida, que realicé en la universidad durante cinco o seis años (a partir de 1976 ó 77). Se trataba de un "curso" (optativo[415]) que anunciaba bajo el nombre de "Introducción a la Investigación", y que cada año seguían unos sesenta estudiantes. Les invitaba a proponer a sus compañeros, en la pizarra, cuestiones de naturaleza más o menos matemática que les hubieran intrigado, y en un segundo momento, a que cada uno eligiera uno de esos temas o cualquier otro de su elección, y realizara una investigación personal de ese tema durante todo el año, con mi eventual ayuda según fuera necesario. Yo abría el fuego desde el primer día, poniendo en la pizarra una docena de cuestiones de lo más concretas y nada
N 465 académicas, para ◊cambiar la idea tan académica y estrecha que tenían de "la matemática", o de un "problema matemático". Era una forma de enganchar su imaginación, mostrándoles que la matemática es como un terreno de juego inagotable, que ofrece al jugador curioso, aunque sea novicio e incluso ignaro, un abanico absolutamente ilimitado de juegos apasionantes. Uno de los encantos de ese juego maravilloso es que los juegos particulares que nos ofrece con tan prodigiosa profusión no está definidos de antemano, como en una lista sin fin en la que tuviéramos que elegir, sino que nosotros mismos nos los imaginamos según nuestra fantasía, y que cada uno de nosotros, incluso sin experiencia ni bagaje, puede inventar algunos que nadie había soñado ni quizás (sin él) soñará jamás. Y lo que es más, con frecuencia esos juegos no son menos profundos, y con ramificaciones imprevistas e innumerables, que los que han apasionado a los matemáticos de hoy en día y de los siglos pasados, rivalizando en astucia, sin llegar todavía a agotarlos.

Después de una primera clase desembalando una mescolanza de "juegos", con algunos estudiantes entre los menos tímidos participando ya en la pizarra, generalmente se rompía el hielo. Los estudiantes se picaban con el juego, y desde la clase de la siguiente semana, cuando no ya en la primera, salían a la pizarra para proponer también ellos "juegos matemáticos" de su cosecha, o que ya habían tenido ocasión de practicar (sin saber que estaban 'haciendo mates"...). Pasábamos algunas clases así, tirando sobre la alfombra multitud de juegos y situaciones matemáticas que requerían reflexión, intentando ya entrever, en algunos, el tipo de trabajo que podían requerir y de qué modo abordarlos. Después de eso, era el tiempo de "converger", y de que cada estudiante eligiera un tema, sea solo o en compañía de otros. El trabajo propiamente dicho comenzaba, y se realizaba, cada uno sobre su propio tema, durante el resto del año.

[413] Esta relación entre "imagen de Épinal" y "desprecio de sí mismo" ya fue desentrañada, desde un punto de vista algo diferente, en las primeras páginas de Cosechas y Siembras, en la sección "Infalibilidad (de los demás) y desprecio (de sí mismo)" (CyS I, sección n^o 4).

[414] Véase el reenvío a la presente nota en la nota "Félix Carrasquer (3): la escuela autogestionada, escuela de libertad" (n^o 105), página N 439.

[415] Los "cursos optativos" son cursos que el estudiante es libre de cursar o no, y que puede elegir entre un abanico más o menos extenso de tales cursos. Teóricamente, se supone que le permiten perfeccionarse sobre tal o cual tema de su elección. Prácticamente y salvo casos excepcionales, los estudiantes eligen uno de tales cursos, y el más fácil posible, para aumentar su media general con una carga de trabajo que esperan sea modesta. Para mí, el interés del curso optativo es que se sitúa completamente fuera de todo programa: no estoy obligado a tratar cierto tema, que los estudiantes necesitarán para seguir tal otro curso. Una medida del relativo éxito de mi curso optativo "Introducción a la Investigación" es que muchos de los estudiantes finalmente se interesaron bastante y se dedicaron de manera consecuente, mientras que desde el simple punto de vista "utilitario" (exámenes y calificaciones), no les reportaba gran cosa.

Durante las siguientes semanas, sobre todo, mis facultades de intuición y de imaginación matemática eran puestas a una ruda prueba. (Igual que las de la temeraria colaboradora[416] que, un año o dos, se atrevió a participar en esa experiencia a título de profesor.) Tenía que
N 466 enfrentarme ◊a veinte o treinta problemas totalmente diferentes unos de otros, y que la mayoría se escapaban a toda mi experiencia matemática anterior. Había abierto las puertas de par en par, y el viento entraba... Cuántas veces, ante un problema abracadabrante en el que jamás hubiera pensado, me sentía con la cabeza vacía, ¡completamente superado! Y también muchas veces las ideas decisivas para abordarlo provenían del estudiante que se lo había planteado. A menudo también tuve ocasión de notar ya desde la primera parte del curso, antes de que comenzase el trabajo propiamente dicho, que la mayoría de los estudiantes, una vez estimulado su interés, tenían una intuición visual o combinatoria mucho más viva que la mía: cuando algún estudiante explicaba en la pizarra alguna táctica, muchas veces todo el mundo comprendía salvo yo, ¡"el profe"! Mis reflejos matemáticos, especialmente los de cierta precisión y rigor en la expresión, eran un handicap en ese estado del trabajo. Por el contrario, casi todos los estudiantes se encontraban desamparados ante la tarea de poner sus ideas en un lenguaje inteligible y correcto, y por escrito; trabajo no obstante realmente indispensable y fecundo, cuando se trata de profundizar en la comprensión de una situación, y (salvo raras excepciones) el único medio también de comprobar la validez de sus ideas. Ahí es donde mi posesión de un sólido "oficio" de matemático volvía por sus fueros.

Al igual que en el trabajo de investigación del matemático profesional, no se trataba de que llegáramos a una "solución" completa de todos los problemas abordados. Sino que, en la medida en que se realizara un verdadero trabajo, al hacer el camino estábamos *seguros* en todo caso (eso, ¡yo lo sabía y era mi fortaleza!) de aprender algo sustancial sobre lo que mirábamos. En *todo* trabajo animado por un verdadero deseo de conocer, el trabajo crea poco a poco un conocimiento que a la vez sacia y alimenta ese deseo. Así yo estaba seguro de que en ese "curso" que no lo era, pasase lo que pasase y sólo a condición de que pusieran de lo suyo, los alumnos iban a hacer la experiencia (y pr primera vez) de lo que es verdaderamente la investigación matemática, e incluso una "investigación" sin más.

N 467 Algunos colegas bien dispuestos[417] pensaban que yo era capaz ◊de lanzarme a una aventura tan casca-cuellos, porque tenía un horizonte matemático excepcional, y además unos "dones" maravillosos, muy por encima (me aseguraban) de los suyos. Pero bien sé yo que eso no tiene nada que ver. Incluso con un "horizonte matemático" que (cosa imposible) abrazase la totalidad de la matemática conocida, ¿de qué me hubiera servido? Porque justamente casi todos los problemas abordados ¡esencialmente se escapaban a dicha "matemática conocida" y a sus métodos! El hecho es que a pesar de mis supuestos "dones" a menudo me sentía superado, y muchas veces eran los estudiantes (¡y no siempre los "buenos en mates" según los criterios académicos!) los que salvaban la apuesta, viendo algo allí donde yo todavía no veía nada. Y para nosotros la cuestión no era cueste lo que cueste llegar tal lejos como fuera posible en nuestras investigaciones, e incluso "cerrar" totalmente durante el año todas las cuestiones abordadas. ¡Entonces

[416] Se trata de Christine Voisin, que ya apareció dos o tres veces en Cosechas y Siembras, En ese momento Christine no formaba parte del personal docente oficial de la Facultad, sino que era "suplente". Es un trabajo notoriamente mal pagado incluso en comparación con los ayudantes, mientras que ella trabajaba en tándem conmigo, y realizaba un trabajo cualitativamente equivalente al mío.

[417] Tuve amplia ocasión de escuchar sobre todo los toques de campana *mal* dispuestos, de los colegas escandalizados por mi experimento, que tomaban como una broma pesada. Evoco esa mentalidad, que (he terminado por aprender) es la regla y no la excepción entre los docentes, un poco más abajo en este mismo párrafo. Mi experiencia, entre muchas otras cosas, ha sido para mí una ocasión de conocer en vivo cierta mentalidad que prevalece en mi profesión.

En cuanto a los dones maravillosos, y al correspondiente "horizonte", que me atribuían los colegas más benevolentes, habrá que creer que Christine, que hacía el mismo trabajo que yo y no peor que yo, ¡no los necesitaba! Y a duras penas y casi de milagro es como consiguió, unos años más tarde, una plaza de ayudante (hay que decir que la competencia es dura...), y con ella asegurar su pan de cada día.

si que hubiera necesitado realmente un genio matemático sobrehumano! La cuestión es que cada uno tenga una verdadera investigación, una *creación*. Y ciertamente, no puede estimular una investigación, una creación, un docente cuyo espíritu haya sido totalmente extraño durante toda su vida a lo que es la verdadera investigación, que no tenga ninguna idea (salvo los tópicos de costumbre) de lo que es una creación. Ése es el caso, ¡ay! de la casi totalidad de los docentes, incluso en la universidad. Numerosos son aquellos a los que la sola idea de que el trabajo del alumno pueda ser para él un *gozo* les escandaliza. (No ha currado él larga y duramente, ¡antes de poner al fin a currar a los demás!) ¿Cómo asombrarse entonces de que los estudiantes de las facultades, después de quince o veinte años en que han palidecido en los bancos de las clases y los anfiteatros ingurgitando unos ásperos "programas", no tengan la menor idea de a qué se parece eso de "hacer investigación"?

No, no podemos estar orgullosos de nuestras escuelas y nuestra enseñanza...

¿Qué necesita pues el docente para lanzarse a una tal aventura colectiva de enseñanza creativa, que para cada uno de sus alumnos sea la ocasión de una investigación personal? No son, acabamos de verlo, ni "dones" extraordinarios, ni conocimientos de todo tipo. Por el contrario, tiene que "sentir con las tripas" lo que es una "investigación", una "creación", y lo que no lo es – tiene que tener él mismo alma de investigador. Además, a partir de un cierto
N 468 grado de especialización (como el que prevalece en la universidad, o en los últimos ◊años del instituto), tiene que poseer sólidamente las bases del oficio (aquí, el de matemático). Por otra parte es raro el "investigador en el alma" que no se haya tomado la molestia de aprender las bases del oficio, en la dirección en que trabaje. Pero el alma de investigador y el oficio no bastan todavía, claramente. En un país como Francia, hay miles de investigadores apasionados por su oficio. Pero sus enseñanzas son tan prisioneras de las rutinas como las de los demás, e ignoran que el estudiante, al igual que ellos mismos, es un ser dotado de una creatividad innata, que una enseñanza digna de ese nombre debería provocar y hacer que se despliegue.

No, lo que falta sobre todo, no es ninguna de esas cosas que acabo de evocar, por indispensables que sean (o al menos algunas de ellas). Aquí la cosa esencial es de naturaleza muy distinta. Es una *fe*, una *confianza* total, tanto en las propias capacidades creativas (por limitadas que sean...), como en las de los alumnos. Es saber, con certeza: modesta o poderosa – en cada uno de los aquí reunidos, ¡hay la facultad de crear! Allí donde hay tal seguridad, ya no hay miedo. Como el miedo, tan común, de parecer idiota delante de los alumnos; de quedarse lamentablemente "pegado" delante de ellos, e incluso, confrontándose a ellos "con las mismas armas", ¡de parecer tan "estúpido" o más estúpido que ellos! (Y no es ése el gran y temible secreto del docente, que no se reconoce ni siquiera a sí mismo, y que de repente va a ser irremediablemente destapado...) Y también está el miedo de que toda la experiencia fracase lamentablemente, por no estar uno mismo a la altura de las circunstancias (¿no hará falta, justamente, ser un verdadero genio?). O por no lograr arrastrar a los alumnos a una aventura que quizás les asuste o les deje indiferentes, o que supere totalmente sus posibilidades...

Esta clase de miedos provienen siempre del ego, y toma casi siempre el rostro de la "razón" que objeta con aspecto preocupado y grave, ¡ante lo que nos presenta como aberraciones bien extrañas[418]! Son la norma cada vez que se trata de comprometernos con una vía que sería personal, que no está sancionada por ninguna costumbre establecida, ni animada de antemano por ningún prejuicio favorable de un entorno benevolente; cada vez, en suma, que nos disponemos a hacer una obra verdaderamente original, incluso una obra innovadora, en lugar de limitarnos más o menos a seguir a trancas y barrancas los caminos ya trazados, bien arropados en numerosa compañía. Y estas objeciones tan razonables, o esos miedos que no dicen su nombre, son
N 469 refractarios a los argumentos y a las razones ◊incluso las más juiciosas, las más irrefutables. Pues aunque les guste aparentarlo, en modo alguno se sitúan al nivel de la razón ni de la lógica, sino a un nivel muy diferente.

[418] Compárese con la sección "La Llave del gran sueño – o la voz de la razón y la *otra*" (n^o 6).

Esa división del ser, y esos confusos miedos que son su señal, se terminan con un *acto de fe*. En un tal acto está el verdadero comienzo de la nueva experiencia. La fe que ese acto hace surgir de las profundidades del ser es fuente a la vez de seguridad, y de humildad. Nos da la humilde fortaleza que nos permite dejar que aparezcan sin falsa vergüenza nuestras insuficiencias, y aceptar sin falsos pretextos las lecciones de la experiencia, incluyendo el caso en que ésta fuese un fracaso. Y cuando el amor propio herido no pone obstáculos, el fracaso igual que el éxito tiene una lección que enseñarnos, y da fruto cuando la lección se comprende...

En el caso que aquí nos ocupa, he de reconocer que la experiencia estuvo lejos de ser un éxito total, como el de las que nos narra Félix (en España entre 1928 y 1938). Visto el contexto totalmente diferente, lo contrario es lo que habría sido asombroso. Fue con los estudiantes del primer año de la facultad, recién salidos del instituto, con los que hice un trabajo mejor. Muchos de ellos incluso hicieron un trabajo notable por la astucia y la imaginación. Para mi sorpresa y seguramente también la suya, se reveló que varios tenían madera de verdadero matemático. (Sin embargo me guardé mucho de animarles a seguir un camino tan azaroso, ¡en vista de la coyuntura tan dura!) La mayoría de los estudiantes hicieron un trabajo serio, y puede decirse que con ellos el fin que me había fijado, el de "introducir a la investigación", se alcanzó. Pero también hubo algunos estudiantes que estuvieron perdidos hasta el final, sin comprender lo que se les pedía ni qué hacer. Con esos, hay que constatar un fracaso completo. Tuve la impresión de que la mayoría de ellos, si no todos, habían elegido ese curso, en el abanico de "cursos optativos" que se les ofrecía, con la esperanza de que sería una forma fácil de aumentar su "media general", y que yo terminaría por dárselo mascado si se limitaban a no hacer nada. ¡Cálculo fallido!

Por supuesto, el ambiente que prevalece en las escuelas y la universidad, con el hartazgo de notas y exámenes, falsea profundamente la relación de los alumnos y los estudiantes con su trabajo. Por regla general, me parece que eso es tanto más así cuanto más tiempo llevan estudiando. Los estudiantes universitarios están más afectados que los del instituto, y los años que pasan en los anfiteatros completan el lavado de la creatividad, iniciado ya a buen ritmo en el ◊instituto y en la escuela. A partir de cierto punto (después de dos o tres años de facultad), se tiene la impresión de que a nivel intelectual, el estudiante ha sido completa e irremediablemente esterilizado – que ya no se puede sacar nada de él salvo, cuando tiene "éxito", números de mono sabio[419].

N 470

Sí, ¡un verdadero delirio! ¿Y hasta cuándo?

(110) El nuevo espíritu de la educación

(16 y 20 de enero)[420] Ese "modelo tradicional" de la enseñanza parece tan evidente que yo mismo, englutido por el ambiente general, tuve tendencia a olvidar que se puede concebir una enseñanza con un espíritu totalmente diferente[421]. En mi reflexión sobre Summerhill en las notas

[419] Esa "impresión" (que el estudiante ha sido "completa e irremediablemente esterilizado") sólo está parcialmente fundada. Esa "esterilización" es de hecho un *bloqueo* profundo de las facultades creativas. Tal bloqueo nunca es (creo) "irremediable". Pero el desbloqueo de tal estado de parálisis intelectual me parece algo muy raro – hace falta nada menos que un verdadero renacimiento interior. Casi siempre, se carga con tal parálisis durante toda la vida, y uno se agarra a ella como a algo infinitamente más valioso que la vida...
Pero presiento que en el momento de la gran Mutación, en muchos de los que vivan y quizás incluso en todos y más o menos al mismo tiempo, se producirá tal desbloqueo profundo. Quizás los que vivan sean justamente los que no se cierren al gran Viento que sacuda las puertas de su ser, los que dejen saltar los cerrojos y que el Viento entre a raudales allí donde se pudren los miasmas de la impotencia, dando nuevo aire, vigor y vida a los enterrados con vida...

[420] Véase el reenvío a la presente nota en la nota "Félix Carrasquer (4): Libertad-Summerhill y libertad-Vallespir-Monzón", página N 451.

[421] Sin embargo, sin estar conscientemente inspirado por ningún precedente, intenté (por así decir instintivamente) por mi parte algunas experiencias pedagógicas con tal espíritu "totalmente diferente", como la que he relatado en la nota anterior "Educación y acto de fe". Pero, bajo la presión de las actitudes universalmente recibidas en la enseñanza, y a falta de una reflexión de envergadura para situar mis experiencias en una perspectiva global y

N 471 de principios ◊de diciembre (notas n^{o}s 88 a 95), no me vino la idea de que había una "laguna" (e incluso una "gran laguna") en la obra educativa de Neill. Ha sido necesario que me enfrentase de nuevo y con más seriedad que en un lejano pasado[422] a la obra educativa de Félix, para que esa laguna apareciese en toda su extensión. A la luz de esta reflexión, veo ante nosotros dos transformaciones maestras en la educación en general y en la enseñanza, transformaciones que ya están prefiguradas en algunas experiencias de vanguardia.

1^o) El abandono total de toda clase de represión sobre el sexo, siguiendo el camino abierto por Neill en Summerhill desde 1921.

2^o) La transformación total de la enseñanza, con un espíritu de cooperación creativa entre alumnos y profesores, según el camino abierto por Tolstoi en Yasnaïa Poliana el pasado siglo, y por Félix en España entre 1928 y 1938.

La profunda transformación de las mentalidades que se iniciará, pienso que de aquí a fin de siglo, con la inminente gran Mutación, me parece verdaderamente indistinguible de una transformación igualmente profunda del espíritu de la educación, desde el nacimiento hasta el umbral de la edad adulta. Con esta óptica global de la evolución psíquica y espiritual de nuestra especie a punto de mutar, se han de mirar los dos grandes avances en la manera de concebir la educación, citados hace un momento. Quizás sea necesario añadir un tercero, que no parece ser consecuencia de los dos anteriores, y que a los ojos de Félix quizás sea el más crucial de todos:

3^o) La creación de un ambiente, tanto en la escuela como en el hogar, que anime constantemente al niño o al adolescente a encargarse de todas las responsabilidades que razonablemente pueda desear asumir, en relación con su grado de desarrollo físico y mental, y con su entorno humano y natural. La "responsabilización" del niño se desarrolla en simbiosis constante y flexible con sus propios deseos y con sus posibilidades reales, que se desarrollan mejor con el ejercicio de
N 472 responsabilidades espontáneamente asumidas. (Incluidas ◊las direcciones que le da a su curiosidad...) Esa simbiosis me parece que se ha logrado de manera particularmente feliz y completa en las tres experiencias pedagógicas de Félix de las que anteriormente he hablado[423].

Por supuesto que ninguna de estas tres grandes transformaciones es posible sin una actitud de respeto atento y amoroso hacia el niño. Sin eso, todo se hunde en una retórica vacía y en nuevos moldes tan estériles como los antiguos. La fecundidad nuca proviene de un molde, sino sólo de la creatividad del espíritu. Sólo de esta actitud fundamental de respeto amoroso (y al cabo quizás de largos y pacientes trabajos...) terminará por nacer el resto.

(111) Los mutantes (4): todos somos mutantes en potencia

(21 y 22 de enero)[424] La primera nota consagrada a los "mutantes", de nombre "Los mutantes (1): el baile de los mutantes" (n^o 85), es del 22 y 23 del pasado mes de noviembre, hace ya dos

evolucionista, estas me parecían casi como una especie de "fantasía personal" que me hubiera concedido, a favor de una situación un poco especial entre los colegas de mi universidad; y seguramente es así como fueron percibidas por dichos colegas, y por los mismos estudiantes (aunque a ellos esas "fantasías" les gustasen...). La verdad es que esas experiencias en la universidad respondían a una insatisfacción profunda con el marco y el espíritu (incluyendo el espíritu entre los estudiantes, ciertamente) en los que mi enseñanza se desarrollaba hasta ese momento. Cada vez más, esa enseñanza me parecía condenada a una esterilidad sin remedio, hasta el punto de perder para mí todo sentido. Incluso esos cursos de "Introducción a la Investigación" eran un parche, como un vaso de agua vertido en un desierto abrasador. Con esas disposiciones es como finalmente pedí y obtuve mi destino en el CNRS (Centro Nacional de la Investigación Científica), a partir de octubre de 1984, estando dispensado desde entonces de realizar una actividad docente.

[422] El "lejano pasado" en cuestión, que estaba más o menos olvidado aún hasta el año pasado, se sitúa hacia el año 1960, cuando Félix me habló de sus experiencias pedagógicas en España.

[423] Sobre todo en las dos notas "El auge" y "La escuela autogestionada, escuela de libertad" n^{o}s 104, 105.

[424] La presente nota puede ser vista como una continuación de la nota "Los mutantes (3): un viento de justicia y de libertad (P.A. Kropotkine y A.S. Neill)" (n^o 88), del 26-28 de noviembre, o como la continuación natural del conjunto de notas (n^{o}s 89 – 110) que la siguen.

meses y un día. Al escribirla, creía que a los pocos días volvería al texto principal[425], dejado ya en suspenso desde hacía igualmente dos meses, a favor de una "vegetación multifiliforme" de notas ¡que nacían unas de otras como una colonia de champiñones! Ya tenía 26, contando la que estaba escribiendo. Desde ese momento, en vez de retornar como estaba previsto al "hilo de la reflexión", es decir al relato de mis aventuras interiores en el año de gracia de 1974, esa inocente nota sobre los mutantes estalló (contando la nota precedente terminada ayer) en otras 26 notas, que duplicaron el número de las anteriores.

Entre este nuevo brote de notas de estos dos meses, las 22 últimas están consagradas, a partes casi iguales, a las obras de A.S. Neill, de Edward Carpenter y de Félix Carrasquer. (Éste
N 473 último llegando como decimoctavo y ◊último en la lista de "mis mutantes", que todavía tenía diecisiete en la nota "Los mutantes (1)" citada hace un momento, del mes de noviembre.) Ese conjunto de notas se ha convertido en una improvisada reflexión sobre el tema de la *educación*, o mejor dicho: sobre el de una profunda mutación en la educación, de la que la obra educativa de Neill y la de Félix, y (en menor medida sin duda) el pensamiento pedagógico de Edward Carpenter, me parecen ser fermentos y señales precursoras. Ya he subrayado en la nota de ayer, que de alguna manera cierra esa reflexión, que la mutación en el espíritu de la educación, preparada por estos pioneros y por algunos otros, me parece "indistinguible" de la gran Mutación espiritual que nos aguarda, ese "Salto Evolucionista" que tendrá lugar en quizás ocho años o diez o quince. Así, esta larga "digresión" (¡en una obra que va camino de ser tildada de "digresiones" de principio a fin!) está ligada de la manera más neurálgica a lo que, cada vez más, aparece como el tema principal y como la mayor tarea que prosigo a través de toda la Llave de los Sueños: contribuir, con lo mejor de mis irrisorios medios frente a una mares de ruido, a la preparación de los espíritus (o de algunos espíritus...) para esa impensable Mutación, y para el no menos impensable "Después" que ella iniciará con fuerza. Pues para nuestra especie, cambiar profundamente, desprendernos de la tenaz ganga de los atavismos del Rebaño, es ante todo, seguramente, *cambiar en nuestra relación con nuestros hijos*.

Más allá de ese tema pedagógico, hace ahora una cincuentena de notas y cuatro meses seguidos que estoy con el tema tentacular de los *mutantes*, que no cesa de arrastrarme. Este tema más vasto también está ligado de manera evidente y directa a la tarea de preparar la Mutación y el Después – el gran Trabajo que nos aguarda a todos, a lo largo de generaciones y de siglos... Por la creatividad innata que reposa en cada uno de nosotros, ¿no somos todos unos "mutantes en potencia"? En cada uno de nosotros, desde la noche de los tiempos y agazapado en nuestras entrañas, el "mutante de mañana" ya surge obscuramente. En la mayoría hasta hoy, y aún durante algunos años, ha sido y será derrotado de manera más o menos total por implacables mecanismos de bloqueo, a los que hemos querido bien dar nuestro asentimiento. Pero cuando sople la Tempestad, los que sobrevivan serán los que, seguramente, bajo el Viento dejen despertar y actuar ese mutante – los que se atrevan a ser, ese día y después, *el que siempre se transforma*.

N 474 ◊No es que de repente se vean metamorfoseados en ángeles, como por encantamiento. No es así como actúa el Viento de Dios. Los que sobrevivan serán los que no se cierren al Viento, los que dejen que la brasa dormida se avive y en las profundidades del ser se inicie y desarrolle un *trabajo*: *el trabajo que transforma*. Los que, en contra de una inmensa inercia, en lugar de hacerse todavía más pesados y más rígidos por el gran miedo a cambiar, afronten lo desconocido y secunden de todo corazón el trabajo de Dios en ellos.

Los "mutantes" que hemos tratado en estos últimos meses son hombres que, en ciertos momentos de su existencia, dejaron que se realizara en ellos ese trabajo de Dios, y que de todo corazón lo secundaron[426]. Hombres, además, que pusieron su persona y su vida al servicio de la

[425] Me quedé en la sección "La entrada de lo divino (2) – o "darle gusto a Buda"" (n^o 71), del 22 y 23 de septiembre.

[426] El caso de Darwin me parece en este aspecto algo diferente al de los demás. Cuento volver sobre esto en una

misión nacida y renacida en tales momentos creativos[427] Pues el "mutante" también es el que, conscientemente o inconscientemente, encarna y realiza en su existencia una *misión* que más allá de él mismo y de sus allegados y tenga o no conciencia de ella, de manera visible u oculta a todos salvo a Dios, ayuda a la progresión de nuestra especie entera. Por eso, y más allá de todo lo que les separa o incluso a veces (al menos en apariencia) les opone, cada uno de ellos prefigura por algún aspecto de su existencia y de su ser ese famoso "hombre del mañana", el "hombre nuevo". Es por *eso* que me interesan. No como superhombres prestigiosos a quienes dedicar un culto, no como modelos a imitar o emular, sino como verdaderamente *vivos* – hombres *espiritualmente vivos*. Cada uno de ellos tiene algo que enseñarnos. Mejor aún, la misión de cada uno de ellos puede, en ciertos momentos, lanzar en nuestra penumbra un repentino rayo de luz, y hacernos descubrir nuestra propia misión, de la que hasta entonces sólo teníamos una presciencia difusa, lastrada de dudas ¡oh cuán razonables y con cuánto fundamento! Pero la fe que le animó despertará y alimentará en nosotros una fe semejante en la misión que hemos descubierto que es la nuestra; por improbable, por loca, por imposible que pueda parecer frente al peso inmenso, aplastante de la inercia de las cosas...

Durante la reflexión de estos últimos meses progresivamente me ha parecido, para cada uno de esos "mutantes" que uno a uno se imponían a mi atención, que yo mismo era desde ahora un *heredero*. Por la misión que fue suya, de una forma u otra, directa o indirecta, mi existencia
N 475 ◊humana se ha visto enriquecida; mi visión de mí mismo o del mundo que me rodea se ha visto impreganada y coloreada por ella a poco que sea. Desde hace mucho para algunos, desde hace poco para otros. Pero en todos los casos, la reflexión tuvo por efecto hacer madurar lo que debo a cada uno, aunque sólo sea por el trabajo de volvérmelo plenamente consciente, mientras que antes (y dejando aparte dos o tres[428]) no tenía más que una presciencia muy confusa.

Esa maduración, y esa toma de conciencia clara no habrían podido realizarse sin un trabajo de "decantación" constante, con el que he tenido, en lo que conocía de cada uno de ellos (o en lo que aprendí de ellos por el camino), que separar con cuidado el oro de la ganga que siempre, ¡siempre le acompaña! Separar pues, lo que realmente aporta de nuevo y que ya pertenece al hombre y el mundo del mañana, de lo que en su persona, o a menudo en lo que él mismo da como su mensaje, aún forma parte del "hombre viejo". Después de ese trabajo tengo el sentimiento a la vez de una mayor "*proximidad*" a esos hombres a los que realmente me he "acercado", y también de una necesaria "distancia", o al menos de un *paso atrás* que me permite situarlos mejor.

Así ahora me siente preparado, ya sin traza de reticencia, para poner negro sobre blanco, al fin, la "lista de mutantes" tanto tiempo prometida, y a comentarla. Pero ha de entenderse bien que esta lista no pretende ningún valor "objetivo". Y dudo que pudiera tener tal valor incluso si yo fuera un distinguido historiador además de un humanista erudito, y un curtido conocedor de la historia intelectual, literaria, "espiritual" de nuestro siglo y del anterior. Mi intención, en efecto, no es instaurar una "orden del mérito" que se llamase "orden de los mutantes", ¡y de conceder en las páginas de la Llave de los Sueños los diplomas de entrada en la selecta cofradía! Los hombres que he incluido en mi reflexión son simplemente aquellos frente a los que, por razones que verdaderamente no he intentado sondear, me he encontrado en disposiciones particularmente abiertas. Los "mutantes" pues, de los que he sabido discernir de manera más o menos clara la misión, y su alcance en la perspectiva tan particular, omnipresente en toda la reflexión, de la inminente Mutación. Y por esas mismas disposiciones de apertura, seguramente, soy capaz de reconocerme su "heredero", o de llegar a serlo – gracias a ellas son "donantes" y yo mismo "receptor". Y al mismo tiempo, esa nueva realación (o nuevamente percibida) contribuye

---

nota posterior.

[427] Aquí hay que dejar aparte a Krishnamurti, como ya dije en la citada nota "Los mutantes (3)" (de la que la presente nota puede ser vista como una continuación).

[428] Los dos o tres en cuestión son Krishnamurti, Légaut y (con un poco de duda) Gandhi.

N 476 de alguna forma a dar sentido y alcance ◊a su misión – una misión "llamada" por la existencia de todos los que un día la retomarán y se nutrirán de ella mucho o poco[429].

Estas explicaciones serán también una respuesta a los que se extrañen de no encontrar en la lista tal hombre predilecto de su personal panteón. Durante la reflexión, no he dejado de caer sobre tal o cual nombre de un hombre o mujer que quizás hubiera podido, con razón, añadir a mi lista y así reforzarla. Pero casi siempre, a falta de haber tenido la ocasión de hacer un verdadero conocimiento, ese nombre era tan lejano para mí que eso no habría sido más que, justamente, añadir generosamente un nombre a la lista. ¿Para qué?

Así, junto al pensador y militante anarquista Pierre *Kropotkine* (1842-1921), podría haber añadido también a sus predecesores *Bakounine* (1814-1876), Elisée *Reclus* (1830-1905), *Louise Michel* (1830-1905 igualmente), y también al escritor y pensador americano "anarquizante" Henry David *Thoreau* (1817-1862)[430]. Lo poco que sé de ellos basta para darme cuenta de que cada uno es una personalidad excepcional, al servicio de una gran misión. Además se notan fuertes afinidades entre Thoreau y Edward Carpenter (que ya hemos tratado largo y tendido), por la dimensión religiosa, por no decir "mística", de su aprehensión del mudo (¡algo raramente unido a inclinaciones "anarcos"!). También está el sesgo "psicológico" o "espiritual" con el que abordan la crítica de la sociedad, yendo por instinto a la raíz del mal que está en cada hombre, más que poner el acento en la culpa (ciertamente real) de los "explotadores", y sobre la necesidad de quitarles enseguida sus poderes y privilegios abusivos.

Por ese acento, y por cierta cualidad visionaria de la mirada, se asocian en mi espíritu al poeta inglés *William Blake* (1757-1827). Algunas líneas de Blake, en compañía de las líneas de Khalil Gibran ya citadas[431], se encuentran como exergo en "Niños libres de Summerhill":[432]

N 477 5cm ◊Niños de los tiempos por venir
5cm al leer esta página indignada
5cm sabed que en un tiempo pasado
5cm ¡el amor, el tierno amor, era juzgado un crimen!

Igual que Thoreau y Edward Carpenter, William Blake está incluido en el libro de Bucke "Conciencia Cósmica", entre los hombres que él estima (en este caso seguramente con razón) que han (según dice) "entrado en la conciencia cósmica"[433]. Ese conocimiento común, seguramente, es la causa de ese chocante aire de parentesco entre los tres hombres. Y para mí es una señal feliz y nada fortuita que Neill, tan alejado de todo enfoque "religioso" o "místico" del mundo y de la existencia, se haya sentido incitado no obstante a abrir el libro en que entrega al Mundo su mensaje con unos versos del gran poeta visionario.

Léon Tolstoi (1828-1910) es otro gran precursor que sin duda ha de ser contado entre el número de los "mutantes". Como pensador religioso para unos, como pedagogo para otros, ha ejercido una influencia directa sobre seres tan en las "antípodas" como el hombre profunda-

[429] Hagi mía aquí una visión de las cosas que encontré en Légaut, y que ahora me parece tan evidente "como si la hubiera sabido siempre"...

[430] Kropotkine conoció a Bakounine, Reclus y Louise Michel, pero dudo que haya conocido a Thoreau siquiera de nombre. Éste último, que no tenía nada de activista político, murió a los cuarenta y cinco años de edad, cuando Kropotkine sólo tenía veinte, y sin duda todavía no había oído hablar de anarquismo...

[431] En la nota "¿Educación sin sugerencia? – o educación y conocimiento de uno mismo" (n^o 93), página N 352.

[432] Children of the future age,
Reading this indignant page,
Know that in a former time
Love, sweet love, was thought a crime!

[433] Sobre el tema de Bucke y su mensaje, véase la nota "Richard Maurice Bucke – o el apóstol de la *otra* realidad" (n^o 74). Bucke da un trato diferente a Thoreau, que clasifica entre los casos "menores" y que sólo tiene derecho a tres páginas, y a Blake y Carpenter, que considera como casos mayores a los que consagra dos copiosos capítulos, de nueve páginas para Blake y de dieciocho para Carpenter. En ese capítulo de Bucke sobre Blake es donde me enteré de la existencia de éste (igual que de Carpenter), y de ahí es también de donde he sacado prácticamente todo lo poco que sé de él. (A la espera de encontrar tiempo para aprender más...)

mente religioso que era Gandhi (1869-1848), y el intrépido e infatigable luchador anarco Félix Carrasquer (nacido en 1904), ambos incluidos en "mi lista". Algunos se extrañarán de verme "olvidar" a J.W. von Goethe (1749-1832), que desde hace dos siglos es presentado a los escolares y estudiantes en Alemania como *el* gran poeta, escritor y pensador alemán de todos los tiempos. Fue también un sabio naturalista a ratos, y por eso es por lo que fascinó a Rudolf Steiner (1861-1925), y éste le dedicó una especie de culto, como uno de los grandes iniciadores, con Johann Gottlieb Fichte (1762-1814), de una "ciencia espiritual" en el espíritu en que él mismo, Steiner, la entendía (y como él mismo la desarrolló o al menos esbozó a grandes trazos bajo el nombre
N 478 de "antroposofía"). Por eso sin duda tendría su lugar[434], igual que el mismo Steiner, ◊en un estudio conjunto de los "mutantes" que se emprendiese con una óptica histórica más vasta y menos subjetiva que la que ahora tengo.

Si en el pasado no me ha "calado" el mensaje innovador de Tolstoi o el de Goethe, al menos no directamente, es sobre todo, creo, a causa de ciertas reservas vis a vis de sus personas. Reservas que aún creo fundadas y de peso – pero ¿quién de nosotros, bajo tal o cual ángulo, no daría lugar a reservas quizás igual de fundadas? Si bien es seguro que la misión de cada uno queda más o menos afectada por sus carencias y sus torpezas, ahora comprendo mejor que eso no significa que haya de ser considerada como nula y no realizada, que por eso esté privada de toda fuerza, de toda credibilidad. Si así fuera, dudo que a través de los siglos y los milenios se encuentre una sola misión que encuentre gracia, ¡y las perspectivas de nuestra especie tan mal protegida serían en verdad desesperadas!

Me ha chocado que en mi lista no haya ni una sola mujer. ¡Me van a tratar de maldito falócrata! Al menos he nombrado hace poco a Louise Michel, entre los mutantes por así decir "olvidados". Igualmente he pensado en la atrayente figura de *Annie Besant* (1847-1933), la tutora teósofa de Krishnamurti, mujer notable que conozco sobre todo a través de la biografía de Krishnamurti de Mary Lutyens. Incluso dejando aparte sus arrebatos espiritualistas y mesiánicos (sin los que el mundo no habría conocido jamás a Krishnamurti...[435]), era una mujer de corazón y de una energía poco común, por delante de su tiempo en muchos aspectos: feminista de la primera hora, campeona de la independencia de la India en un medio imperialista a placer...
N 479 Pero quizás el ser "más mutante" que nuestra prolífica especie haya producido ◊hasta ahora sea "*La Madre*" de Auroville (1878-1973), esposa (en terceras y últimas nupcias) de Sri Aurobindo. (Nacida Mirra Alfassa, en el Boulevard Haussmann de Paris, junto a los antiguos almacenes Printemps – una planta muy nuestra en suma...) Lo poco que sé de ella de boca en boca basta para intrigarme lo suficiente para querer saber mucho más de ella. Ha dejado una considerable obra escrita, con ocho volúmenes de "Entrevistas" (entre 1929 y 1958), actualmente ¡ay! todos agotados. Aún no he logrado poner la mano sobre una obra de su pluma. Sólo sobre una biografía-río en tres volúmenes, ilegibles los tres, otra vez ¡ay! Después de algunos valerosos esfuerzos he renunciado a proseguir una lectura tan poco rentable[436]. Pero alguno de estos días

[434] En este contexto de los "mutantes", señalo aquí el hecho tan chocante de que Goethe profesaba *saber* (y no sólo "creer") el hecho de la reencarnación. Quizás fuera el único caso, en su medio y en su tiempo, mucho antes de que eso se convirtiera en una especie de "moda cultural de vanguardia", con las corrientes teosófica y antroposófica. Ignoro si Goethe (por ejemplo en la entrevista con Eckerman donde habla de ello) se explicó sobre la fuente de ese conocimiento. Cuando tuve el texto entre las manos, hace mucho tiempo, tuve la impresión de que simplemente se pavoneaba ante Eckermann, que recogía con deferencia cada palabra que caía de su boca. Ahora me siento mucho menos seguro...

[435] Cuando el joven Krishnamurti fue descubierto por Leadbeater, y después puesto al cuidado de Annie Besant, a la edad de catorce años, estaba en un estado físico y mental muy deteriorado. Es más que probable que, dejado en las miserables condiciones en las que había vivido junto a su padre, no habría sobrevivido mucho tiempo.

[436] Se trata de la obra "Madre" por "Satprem". Lo que vuelve insoportable la lectura es el *pasmo* sistemático que se extiende por todas las páginas a través de los tres tomos. De diez páginas, a penas se sacan una líneas de verdadera substancia. La misma Madre, si aún estuviese ahí, ¡seguramente no hubiera querido leer ni diez páginas! Cuando se trata de Madre o de Sri Aurobindo, se refiere a ellos como "Ella" o "Él" con mayúsculas, como al buen Dios. En los tres tomos – ¡hay que echarle! Sin embargo, todo lo que sé de Madre es bien simple y

espero conocer mejor a la gran mutante de Printemps-Auroville.

Pero volviendo a los mutantes en general, estoy convencido de que, sólo en nuestro siglo, debe haber millares, si no son decenas de millares. Eso es mucho si se quiere, pero lejos de ser bastantes para que todo el mundo tenga grandes posibilidades de encontrarse alguno. (Para eso, lo más simple y seguro todavía ¡es "mutar" uno mismo!) Que yo me haya encontrado incluso tres[437] es una suerte inaudita, que aprecio (creo) en lo que vale. Hasta ahora la dama Historia no ha hecho mucho caso de ninguno de los tres. Eso no me molesta. Los puntos de vista de la doncella, a poco que sople el viento, cambian de un día para otro...

N 480 ◊Entre la gente un poco célebre, los que (digamos) tienen derecho a un lugar en las enciclopedias, no debe de haber cantidad de "mutantes", en el sentido en que lo entiendo (que no tiene nada que ver con "el genio" y todo eso). No estoy seguro de que se encuentren cien, incluyendo el Buda (seguramente uno de los más antiguos) y el Cristo. Es verdad que sólo en mi lista ya hay una quincena, y buscando un poco y por más inculto que yo sea, llegaría a alinear treinta. Pero ahí se para. Hay que decirlo tal y como es: por el momento los mutantes, los hay, pero no se han sembrado en abundancia y siguen siendo la excepción...

(112) Los mutantes (5): el abanico de mutantes – o diversidad y grandeza

(24 – 26 de enero)[438] He aquí al fin la lista recapitulativa de "mis" mutantes, que se introdujeron en la reflexión en orden disperso. Los ordeno por orden cronológico de la fecha de nacimiento. Después del nombre de cada uno indico su fecha de nacimiento y (si hay lugar) de defunción[439], su profesión u ocupación principal y su nacionalidad, y en fin su vocación o su misión, tal y como él mismo la concebía (y en la medida en que se pueda decir en algunas palabras).

1. C.F.S. Hahnemann (1755-1843): médico y sabio alemán; médico renovador de la medicina de su tiempo.

N 481 2. ◊C. Darwin (1809-1882): naturalista inglés; sabio.

3. W. Whitman (1819-1892): periodista, poeta y escritor americano; poeta e Instructor.

4. B. Riemann (1826-1866): matemático alemán; sabio.

5. Râmakrishna (1836-1886): sacerdote (hinduista) indio; Instructor.

6. R.M. Bucke (1837-1902): médico psiquiatra americano; sabio y anunciador.

7. P.A. Kropotkine (1842-1921): geógrafo y escritor ruso; revolucionario anarquista.

---

habla por sí mismo y no necesita ser inflado ni resaltado con aires medio-entendidos medio-pasmados, para que parezca algo. Lo mejor es que el autor era, parece ser, una especie de "confidente y testigo" de Madre durante diecinueve años (si se cree a la sobrecubierta). Ella, que se suponía que era tan ultra-clarividente, esta vez no lo fue. (Como Râmakrishna con sus discípulos, Vivekananda en cabeza – pero aquí me parece que es mucho peor...) ¡Dinero tirado por la ventana, esos malditos libros! Sin contar que no hay otra biografía de La Madre. ¡Es una pena!

[437] Recuerdo que se trata (por orden cronológico de los encuentros) de Félix carrasquer (1960), Fujii Guruji (1975) y Marcel Légaut (1987). Algunos se extrañarán de que no haya añadido Rudi Bendt, del que hablo en la sección "Rudi y Rudi – o los indistinguibles" (n^o 29). Por supuesto que he pensado en él. Pero verdaderamente no lo veo como un "mutante", no como un hombre investido de una misión para preparar "el mañana". Él es el "niño en espíritu" que realiza el reino de Dios *hoy*. Quizás sean aún más raros, pero creo que siempre ha habido, y que su papel es diferente. Son las flores de los campos, allí donde los "mutantes" son los senderos y los caminos.

[438] Continuación de la nota anterior "Los mutantes (4): todos somos mutantes en potencia".

[439] Los únicos "mutantes" de mi lista que aún viven son Marcel Légaut y Félix Carrasquer, que tienen 87 y 83 años. Con Solvic, son los únicos tres "mutantes" que conozco que han nacido en este siglo. Todavía tengo grandes esperanzas de enterarme de la existencia, y quizás incluso de encontrarme, de mutantes más jóvenes ¡que tomen el relevo de los viejos!

8. E. Carpenter (1844-1929): sacerdote, campesino, pensador y escritor inglés; Instructor[440].

9. S. Freud (1856-1939): médico psiquiatra austriaco; sabio creador del psicoanálisis, clave de bóveda de un nuevo humanismo científico.

10. R. Steiner (1861-1925): sabio-filósofo, conferenciante, escritor, pedagogo... alemán; Instructor visionario, creador de la antroposofía.

11. M.K. Gandhi (1869-1948): abogado y político indio; Instructor llamado a difundir la práctica de la ahimsa ("no violencia").

12. P. Teilhard de Chardin (1881-1955): sacerdote (jesuita) y paleontólogo francés; pensador religioso (cristiano) ecuménico, visionario místico, trabajando por una reconciliación de la religión y la ciencia.

13. A.S. Neill (1883-1973): maestro y educador inglés; educador, llamado a promover una educación en libertad.

14. N. Fujii (llamado "Fujii Guruji") (1885-1985): monje budista japonés; Instructor.

15. J. Krishnamurti (1895-1985): conferenciante, pensador religioso y escritor indio; Instructor.

N 482

16. ◊M. Légaut (1900-...): universitario, campesino, pensador religioso cristiano y escritor francés; "investigador" religioso cristiano, discípulo de Jesús de Nazareth, trabajando por una renovación del espíritu del cristianismo.

17. F. Carrasquer (1904-...): maestro y educador español; educador y militante anarquista, por una escuela y una sociedad "autogestionadas".

18. ... Solvic (1923? ... 1945): obrero o pequeño empleado americano; al parecer sin vocación particular[441].

Dejando aparte a Darwin[442], ya he tenido ocasión de hablar de manera más o menos detallada de cada uno de estos hombres. (El lector encontrará en la siguiente nota a pie de página[443] una recopilación de los principales pasajes del texto de la Llave de los Sueños en que

[440]Más abajo intento precisar lo que hay que entender aquí por "Instructor". Hay que reconocer que Carpenter tiene mucho menos "la pinta" de Instructor que los otros seis que figuran bajo ese nombre en mi lista, y especialmente que Whitman (que fue su predecesor). Sin embargo, para el que haya leído (o sólo ojeado, como es mi caso) "Towards Democracy", no puede haber duda de que se sabía llamado a "instruir". Además considera que no es *él* verdaderamente el que habla en ese largo poema visionario, donde se leen expresiones como "Yo, la Naturaleza..." y otras semejantes, ¡que nos extrañaría menos encontrar en la pluma de un Walt Whitman! En sus restantes escritos parece que su estilo nunca es el de la autoridad que *sabe* (incluso allí donde posee tal autoridad), sino más bien el de la persuasión.

[441]No tengo ningún documento sobre Solvic, del que ignoro incluso el nombre y la fecha de nacimiento – he puesto 1923 un poco a ojo de buen cubero, pensando que debería tener 21 ó 22 años cuando fue alistado en una guerra que no le concernía y que no le decía nada. En todo lo relativo a él he de fiarme de lo poco que me restituye mi memoria de la lectura del libro "The execution of the private Solvic", del que ya hablé en su lugar.

[442]Sólo se ha tratado de Darwin en algunas líneas de pasada, la primera vez en la nota "Richard Maurice Bucke – o el apóstol de la otra realidad" (n^o 74), en una nota al pie de la página N 249, la segunda vez en la nota "Los mutantes (1): el ballet de los mutantes" (n^o 85), página N 297.

[443]He aquí los principales pasajes sobre "mis" diferentes mutantes, donde n. = número, s. = sección, npdp = nota a pie de página.

Hahnemann: n. 85 y npdp N 375 (en n. 97).
Darwin: cf. la npdp anterior, y una nota posterior.
Whitman: n. 74, 76-80, 84, 98.
Riemann: n. 74.

se han tratado unos y otros.) En la mayoría ya me he explicado suficientemente sobre ellos como para que ya esté claro por qué razones son para mí figura de "mutantes", y por qué su misión
N 483 me parece destinada a jugar un papel en la Mutación ◊espiritual que nos aguarda. Los únicos que me parece que todavía requieren explicaciones suplementarias son Darwin, Râmakrishna, Gandhi y quizás también Rudolf Steiner y Teilhard de Chardin (del que hablé un poco de corrido y de una forma que pudiera parecer muy reservada...). En cuanto al primero, Darwin, volveré sobre él de manera circunstanciada en una nota posterior[444].

He hablado de Râmakrishna , ¡ay demasiado "de pasada"! en la nota "Râmakrishna – o la boda de la Madre con Eros" (n^o 79, a la vez que de la percepción erótica del Mundo en Whitman). Allí no hay ninguna alusión a su particular misión, que sólo rozé en una nota a pie de página que figura mucho antes (no he logrado ponerle la mano encima, ¡lo siento!). Ignoro además si Râmakrishna se ha explicado sobre lo que consideraba como su misión, y no he encontrado nada en ese sentido en la copiosa colección de aforismos en forma de parábolas que nos ha dejado, recogida a barullo día tras día por sus discípulos en los primeros años de su vida, y publicada después de su muerte. Pero lo que me parece su mensaje esencial, y que ha sido (creo) el primero en decir y experimentar, es la unidad esencial de todas las religiones como otros tantos "caminos que conducen a Dios"[445], añadiendo además (cosa bien conocida por los místicos de todos los tiempos y de todas las religiones) que "los caminos no son Dios".
N 484 No conozco a nadie antes que él que haya practicado por turno varias formas de religión ◊(sin por eso repudiar ninguna de las otras), y que, además, haya llegado a la "unión con Dios" en cada una. Esa intuición y esa experiencia iban en contra de inveteradas actitudes milenarias, y no dejaron de suscitar escándalo y desprecio a su alrededor. En los últimos años de su vida, y sobre todo después de su muerte, esas actitudes terminaron por ceder el paso a la veneración reservada a los santos, acompañada desde entonces de todo el sentimentalismo de agua de rosas y del boato de rimbombantes superlativos que se acostumbra en tales casos (¡y en este aspecto los celadores indios no ceden en nada a los cristianos!). Su mensaje, temporalmente debilitado por ese culto a menudo desprovisto de toda inteligencia ([113]), sin embargo no se ha perdido.

Râmakrishna: n. 79.
Bucke: n. 74, 81, 82, 84.
Kropotkine: n. 88, 91.
Carpenter: n. 74, 75, 96-102.
Freud: n. 6, 78, 89, 99, 100, s. 56 (7^o, a.) especialmente pp. 255 – 258.
Steiner: n. 86, y más abajo en la presente nota (páginas N 485 – N 488).
Gandhi: n. 66-70, y más abajo en la presente nota (páginas N 484 – N 485).
Neill: n. 88-95, 99-102, 106, 107, 110.
Guruji: n. 60-66, 71, s. 70 y siguientes secciones.
Krishnamurti: n. 53-55, n. 85 (p. N 297), s. 56 (7^o, a.) especialmente pp. 255 – 258.
Légaut: n. 12, 20, 27, 38, 72, 73, 75, 87, así como una nota posterior (n.) y s. 37.
Félix: n. 103-107, 110.
Solvic: n. 70, 115-117, 119 (p. N 527).

[444] Véase la ya citada nota "Darwin

[445] Por supuesto ése es un conocimiento de primera mano en Râmakrishna, que sus discípulos retomaron en forma de idea-fuerza, que se dedicaron a diseminar por el mundo (en embalajes a veces discutibles...). Esa idea religiosa ha conocido una gran fortuna desde el siglo pasado en lo que se podría llamar el pensamiento religioso "no confesional", representado entonces ante todo por los teósofos, desgraciadamente mezclado en ellos con una ganga ocultista y mesiánica que reducía su alcance. La volvemos a encontrar (no obstante con el acento sobre la preeminencia de la misión del Cristo y de la religión cristiana) en un Rudolf Steiner, un Teilhard de Chardin y (con menor apertura a las religiones no cristianas) en un Marcel Légaut. Además tengo la impresión de que en todos esos hombres e incluyendo al mismo Râmakrishna, esa apertura a las religiones en general, y a las diferentes corrientes religiosas en el interior de cada una, se limita a lo que se ha convenido en mirar como las "grandes religiones"; aquellas (digamos) que son practicadas cada una por centenares de millones o por miles de millones de fieles: el hinduismo, el budismo, el judaísmo, el cristianismo, el islam. También son las religiones que han cortado de manera más o menos completa sus lazos con las religiones llamadas "primitivas" de las que surgieron. Si ganaron algo (que desearía comprender mejor que ahora), sospecho que igualmente perdieron. Si tal es el caso, ¿es algo que estamos destinados a no reencontrar jamás?

Diseminado por sus celadores, y aunque estos hayan mezclado a placer lo mejor y lo peor, forma ya parte de nuestra herencia inalienable, que el tiempo no dejará de decantar. Veo en él uno de los grandes instructores religiosos de nuestro tiempo, y uno de los grandes obreros de la unidad humana.

Gandhi ha sido uno de los primeros, creo (y dejando aparte a los discípulos de Râmakrishna), en recoger esa herencia y hacer suyo el mensaje. Él mismo un espíritu profundamente religioso, pero sin ser en modo alguno de temperamento místico como Râmakrishna, uno de los rasgos sobresalientes de la vida de Gandhi y de su práctica religiosa era el igual respeto que concedía a todas las formas de religión. Sin duda puede decirse que el espíritu de la ahimsa, de la no violencia amorosa, sería impensable, sobre todo en un país de fuerte vocación multirreligiosa, sin tal actitud de respeto, arraigada en una verdadera comprensión.

Contrariamente al mensaje de Râmakrishna, del que su vida y su experiencia fueron un testimonio perfecto, el mensaje de la ahimsa de Gandhi me parece que ha sido profundamente falseado; no (cosa en realidad imposible...) por celadores sin inteligencia, sino por sus propias ambigüedades. He intentado captarlas en las tres notas consecutivas que le son consagradas. Ese aspecto de su misión me parece un fracaso espiritual, ciertamente no a falta de un eco apropiado (pues el eco que tuvo fue inmenso), sino a falta de una fidelidad total a su misión, o (por retomar su forma de verla), a falta de una fidelidad total a la verdad. Lo asombroso es que, a pesar de esa carencia, su personalidad es de tal estatura y hasta tal punto atractiva, y forma parte de lo que podría llamar "mi universo espiritual" desde hace tanto tiempo y de forma tan evidente, ¡que ni se me habría ocurrido no incluirlo en mi lista de "mutantes"! La espontánea simpatía que ha inspirado a todos los que se le han acercado (por lo que sé[446] – ◊y bien sabe Dios que fueron numerosos y que hubo gente de toda condición y de toda obediencia), es un signo elocuente que me dice que no voy por mal camino. Si intento captar lo que ha aportado al mundo moderno, me parece que es mostrar con el ejemplo una forma totalmente diferente de "hacer política", o de ser un "hombre político", e incluso un "hombre de Estado". Sin dejarse jamás encerrar en una etiqueta, con cuidado de marcar su rango – ¡sin que jamás le arrastrara la vanidad! Sin mentir y sin andarse con rodeos, sin "trampas" preparadas con astucia. Concediendo a sus compañeros igual que a sus adversarios, y a los pueblos u otras colectividades que representan, el mismo respeto afectuoso, casi diría: la misma solicitud que a los que considera "los suyos". Esa actitud que intento captar brota, no de una virtuosa resolución, sino de una *comprensión*. Y la gran Mutación en "la política", en la relación entre pueblos y naciones como entre colectividades en el seno de una misma nación, sin duda está en esa comprensión. Y la misma ahimsa, no es el arte de aguantarse las ganas de pegar, sino que es esa misma comprensión, seguramente. Esa comprensión viva que sigue actuando en la esfera de la acción política es, creo, lo mejor que Gandhi tenía para aportarnos.

N 485

He hablado de Rudolf Steiner y de Teilhard de Chardin en una misma nota (n^o 86) subtitulada "La ciencia espiritual". Con ese título he intentado sugerir lo que era común a sus misiones: reintroducir, en nuestro conocimiento de las cosas incluyendo el procedimiento y el conocimiento llamados "científicos", una dimensión espiritual que (desde hace dos siglos) se encuentra más y más negada, olvidada, y finalmente totalmente ignorada. Por lo que hasta

[446] Sin embargo conozco una excepción notable: se trata de un hijo de Gandhi (del que he olvidado el nombre). En la citada biografía de Gandhi (cf. nota 68), el autor Shalom Ash tiene la inteligencia de examinar con alguna atención esa tormentosa relación, sin echar (como es costumbre) un púdico velo sobre ese género de borrones en tan gran hombre. Es un hijo que, como se dice, se ha "descarriado" – presumo que esa era para él una manera particularmente eficaz de arreglar una cuenta con su padre, en un momento en que éste ya era venerado en toda la India como el gran "Mahatma". Gandhi tuvo entonces, para desautorizarlo públicamente, una actitud que no estaba exenta de autocomplacencia, más o menos diciendo: "que un padre sea bueno no implica que el hijo lo sea" – y lavándose las manos de todo lo demás. La idea de que algo pudiera haber fallado en él, Gandhi, en su relación con su hijo cuando era un niño y en la educación que le había dado, visiblemente nunca se le vino al Mahatma.

N 486 ahora sé de uno y otro, es ahí donde veo ◊lo esencial de sus misiones. ¡Y llegan en buena hora! Dicho esto, los enfoques de esos dos hombres no pueden ser más diferentes. Teilhard, que es un místico, "compensa" de alguna forma limitándose, en el plano científico, a ser un buen obrero según los cánones aceptados en la profesión (la de paleontólogo en este caso). No parece que se le pueda venir la idea de que su ciencia, o cualquier otra ciencia en curso, pueda ser llamada a transformarse profundamente, a la vez que el espíritu que reina en la práctica cotidiana de ésta. Más bien parece que quisiera reconciliar a toda costa a dos hermanas enfrentadas, la Religión (la hermana mayor) y la Ciencia (la hermana pequeña y terrible), sin esperarse por nada del mundo, aparte de eso, el verlas cambiar a una y otra – y hecho esto, que cada una vuelva a su casa, sin reñir más con su vecina pero también (aparte de pequeños servicios ocasionales) sin ocuparse mucho de ella. Dicho de otro modo: el buen sabio buen cristiano buen ciudadano irá a la iglesia el domingo, al labo entre semana (y al cuartel o al matadero cuando se le diga...[447]).

N 487 No parece que Teilhard se haya percatado de la existencia de Rudolf Steiner, veinte años mayor que él, que realizaba más allá del Rin una misión ◊algo similar. Steiner no tenía nada de místico. Por el contrario tenía la mirada de un vidente. Veía, Dios sabe cómo, cosas que sólo él veía. Y decía lo que veía, mal que bien. Además, sin especializarse en una disciplina científica (u otra) determinada, como Teilhard, Rudolf encontró el medio (¡Dios sabe cómo!), junto a una sólida erudición literaria y sobre todo filosófica, de adquirir un saber científico de dimensiones enciclopédicas. Pero su espíritu, quién lo duda, no tenía nada de enciclopedia. Parecería que en todo lo que tocaba, veía abrirse nuevas vías de enfoque y de realización. También en las artes. Esa "*antroposofía*" o "ciencia del hombre" que veía con los ojos del espíritu, estaba para él en el corazón de una nueva "ciencia espiritual". En los dos últimos decenios de su vida (1905-1925), en un prodigioso impulso de creatividad, desarrolló esa nueva ciencia del hombre en millares de conferencias[448] igual que en innumerables escritos, abrazando en una misma mirada la filosofía y la religión, la agricultura, la política, la pedagogía, la medicina y la farmacopea, proponiendo y practicando enfoques nuevos en las artes clásicas (teatro, pintura, escultura, arquitectura, dicción...) y creando una nueva forma de arte que llama "euritmia". Para él, no

[447] Véase al respecto la página N 306 y especialmente una nota al pie de la página. Rudolf Steiner, alemán él, no podía ser menos, con sus buenos sentimientos patrióticos, que su homólogo gran cristiano del otro lado del Rin, durante la gran matadero de naciones 1914-1918: públicamente toma partido por el pueblo que había "producido un Goethe, Schiller, Fichte, Schelling, Hegel...", y reprueba la "voluntad de aniquilación de la Entente". A lo que el joven Teilhard, bayoneta en mano, podría replicar con razón alineando algunos grandes franceses para la ocasión (no faltan, gracias a Dios), y reprobando la voluntad de aniquilación de los Imperios Centrales y más particularmente, de los bárbaros teutónicos. Tenía 33 años en 1914 (ya no era un jovencito), pero Steiner tenía 53, un hombre maduro. No tengo conocimiento de que más tarde haya desautorizado, una vez pasada la locura colectiva, sus propias aberraciones patrióticas. En 1919, en un solemne llamamiento "Al pueblo alemán y al mundo de la cultura" (llamamiento al que se adhirió un número impresionante de firmantes de renombre), y en el que propone una nueva plataforma política, declara desde las primeras frases, a la vista del hundimiento del "Reich" alemán: "Un retorno sobre sí (Selbstbesinnung) ha de hacerse después de tal experiencia", experiencia que (añade) "ha mostrado que la opinión de medio siglo, y más particularmente las ideas dominantes en los años de la guerra, eran un error de consecuencias trágicas". Pero en qué consistían esas ideas erróneas de los años de la guerra, y en qué participó él mismo en ellas y les dio su aprobación, y que la nación alemana no era inocente de esa "catástrofe guerrera, ante cuyo inicio se vio situada [en 1914]" (¡oh el inocente y encantador eufemismo...!) – sobre todo eso Rudolf Steiner (cerca ya de los sesenta y al que restan seis años de vida) echa el velo púdico que conviene a las grandes declaraciones políticas. Ese "retorno sobre sí mismo" que pregonaba con tan hermosa grandeza oratoria, perdió esa ocasión de hacerlo, y hay todas las razones para pensar que jamás lo hizo. E incluso que no tenía ninguna noción de lo que ese término realmente significa, a falta de haber sabido sentir en algún momento de su vida la necesidad incluso la urgencia, todo lo vidente y gran instructor que era, de hacer ese retorno sobre sí mismo...

[448] Para la mayoría de esas conferencias, poseemos textos escritos, a menudo transcripciones estenográficas tomadas por oyentes. La totalidad de la obra escrita dejada por Steiner se conserva en principio en el "Goetheanum" en Dornah (Suiza). Las ediciones "Rudolf Steiner", (misma dirección) trabajan desde 1956 en una "Rudolf Steiner Gesamtausgabe" (edición de la Obra Completa de Rudolf Steiner), ¡que incluirá unos 300 (trescientos) volúmenes!Presumo que el ritmo de publicación se acelerará considerablemente después del Gran Viraje...

había separación entre todas esas manifestaciones de la actividad humana, y todas quedaban iluminadas en profundidad por una luz común que sólo él (parece ser) veía plenamente – una luz que emanaba de ese poderoso espíritu que llama con el nombre de "antroposofía".

Así, en contra de mi primera impresión apresurada[449], su actitud frente a la ciencia de
N 488 su tiempo *no* se limita a tomarla tal ◊cual para dejarla igual en su cajón, y añadirle un cajón adyacente bautizado "espiritualidad" o "ciencia (esta vez) espiritual". Ciertamente, como todo pensamiento humano, su pensamiento tiene sus orejeras particulares, que le impiden englobar en su mirada ciertos aspectos de la realidad, y que por eso mismo falsean la visión de otros. Ciertamente también, en la inmensa obra que ha dejado y que aún permanece casi totalmente inexplorada, habría que hacer un triaje ([122]). Pero para digerir y para asimilar esa obra, que consiste mucho más en sugerencias (a menudo asombrosas) y en apertura de caminos que en un cuerpo de doctrina pacientemente y minuciosamente elaborado, habrá mucho que hacer durante un siglo o dos, siempre que se encuentren investigadores inspirados. Es de esa manera, más que por una "gran idea" maestra más o menos fácilmente formulable (como fue el caso de la obra de Teilhard), como me parece que Rudlof Steiner ha sido uno de nuestros grandes "sembradores".

Y me siento incapaz de predecir, de esa simiente lanzada con tan prodigiosa profusión, cuál será la parte destinada a crecer.

En la indicación de las "vocaciones" en mi lista de mutantes, hay siete veces la lacónica indicación: "*Instructor*". Se trata de Whitman, Râmakrishna, Carpenter, Steiner, Gandhi, Fujii Guruji, Krishnamurti. Tendría que intentar aclarar qué sentido conviene dar a ese término. Ciertamente, con la sola excepción de Solvic, esos dieciocho hombres cuyas misiones convergentes estoy a punto de sondear tenían cada uno algo importante que enseñar "a los hombres", y además, lo sabían y hacían lo que podían para propagar cada uno un "mensaje"[450]. Sin embargo eso no
N 489 significa que todos se vieran ◊como unos "Instructores" (con o sin mayúscula), se sobrentiende: de toda la humanidad, incluso si la influencia directa sólo alcanza a un círculo limitado. Ése

[449] Véase al respecto la citada nota sobre Steiner y Teilhard (n^o 86). He podido rectificar esa impresión al tener conocimiento de una biografía ilustrada de Steiner (por J. Hemleben – cf. el principio de la nota n^o 97), y sobre todo ojeando el "Curso agrícola" (Landwirtschaftlicher Kursus), i.e. el ciclo de conferencias dado por Steiner, del 7 al 16 de junio de 1924 (el año antes de su muerte), donde esboza las ideas directrices de lo que hoy se llama la "agricultura biodinámica". Sus oyentes eran, al menos en parte, labradores y propietarios o gerentes de explotaciones agrícolas. Para mí es un misterio total de dónde ese intelectual nato, que, después de que era un chaval y binaba los arriates de hortalizas en el pequeño jardín de su padre, jamás debió tocar una laya ni (uno se imagina) un pedazo de tierra – de dónde sacó ese conocimiento, visiblemente profundo, de las grandes fuerzas cósmicas que dominan la vida de las plantas y la de la tierra; un conocimiento que surge en él no se sabe cómo, en esa prodigiosa llamarada de creatividad que fueron sus últimos años y que parece haber quemado antes de tiempo esa asombrosa vida, cortada en pleno impulso... El texto en cuestión (publicado por la citada "Rudolf Steiner Verlag", en Dornach, Suiza), tiene 190 páginas compactas, sin contar las ilustraciones. Fue el punto de partida de un movimiento de agricultura "biodinámica" ciertamente marginal todavía, pero vigoroso y desde hace sesenta años en progresión constante, con un espíritu en las antípodas de la tendencia "industrializante" en la agricultura. El mismo año ya comenzaron las "cadenas de experimentación" para comprobar y para precisar en diversas direcciones las propuestas de Steiner. Con, en cuanto a la calidad de las plantas, resultados impresionantes. Y ese volumen es, me imagino, sólo uno (¡pero no de los menores!) de los trescientos volúmenes de la "Obra Completa"...

[450] Se sobrentiende que cuando aquí (o en otra parte) hablo de "mensaje" se trata de un mensaje de naturaleza espiritual, como preciso unas líneas más abajo. Habría pues que dejar aparte al menos a Darwin, que se acuertelaba en el plano de la ciencia pura, como además era el caso de prácticamente todos los sabios de su tiempo (¡y hoy más que nunca!). En cuanto a Riemann, que como sabio me parece de una estatura no menor que Darwin por la potencia y por la profundidad, y quizás aún más vasta por la amplitud, ignoro si verdaderamente se sentía portador de una misión que habría sobrepasado su papel de sabio tal y como es comúnmente percibido. No he encontrado nada en su obra escrita que lo deje suponer. ¿Qué lugar tenían en su pensamiento, y en la manera en que se veía a sí mismo, sus reflexiones metafísicas y filosóficas (que me lo hacen percibir como un auténtico "mutante")? Es verdad que su vida fue cortada en plena madurez. En un hombre de tal amplitud y tal creatividad, es imposible predecir en qué vías se habría comprometido si le hubiera sido dado vivir más tiempo. No tenía aún cuarenta años cuando murió, mientras que yo mismo no entré en mi misión hasta la edad de cuarenta y dos o, en una óptica más exigente, de cuarenta y seis años, y sin que yo mismo lo sospechara entonces. (Tenía cincuenta y ocho cuando mi misión finalmente me fue revelada, por la vía del sueño...)

es el caso solamente, creo, de los siete hombres que acabo de indicar. Por supuesto que "la instrucción" o "la enseñanza" de la que se sintieron (y de hecho fueron y son) portadores no es de naturaleza intelectual ni consiste en un saber-hacer. Consiste en un mensaje que llamaría "espiritual", un mensaje pues que atañe de alguna manera crucial a la conducta de cada uno. Ellos mismos quizás la designaran más bien con el término "religioso", "moral" o cualquier otro, pero en el fondo poco importa. Fujii Guruji describía su misión, a la que seguramente se preparó desde su entrada en la vida monástica, como la de "*iluminar*" a sus semejantes ("enlightening people"). Se veía pues como un "*Iluminador*", como el que está encargado de iluminar. A sus ojos, además no hacía nada más que retomar la misión de su gran predecesor Nichiren[451]. Así, "iluminaba" difundiendo el mensaje de otro: el de Nichiren y, a través de él, el del Buda. Pero por la virtud creativa que acompaña a toda misión verdadera, realizada en la fidelidad al propio ser profundo, a lo largo de los años ese mensaje no podía dejar de profundizarse a la vez que su persona, de enriquecerse, de "personalizarse" (sin perder por ello su universalidad). Así el mensaje de Guruji, al tiempo que se hacía eco fiel del mensaje eterno del Buda – mensaje de respeto, de reverencia por todo lo que vive y por todo lo que sirve a la vida – tomó en él una consonancia única, acorde con su personalidad igualmente única, así como con las necesidades y urgencias particulares de nuestro tiempo. Un tiempo marcado por una crisis espiritual sin
N 490 precedente, y por un ◊plazo temible como el mundo jamás conoció y (estoy convencido) nunca más conocerá...

Observaciones similares pueden hacerse, creo, para Râmakrishna, que (parece ser) no habría "pretendido jamás haber aportado nada nuevo"[452]. Así, creo que puede decirse que ese término aproximado pero sugestivo de "Instructor" sobrentiende que "la instrucción" aportada es *nueva* al menos en ciertos aspectos, que el mensaje aporta algo que nunca fue conocido ni dicho antes, al menos bajo la iluminación particular que ahora tiene y con la claridad, la limpieza que le es propia.

Por mi parte, bien colocaría a Marcel Légaut entre esos "Instructores", entre aquellos pues que han aportado una enseñanza, de naturaleza universal, y que (entre otras) atañe a la conducta de cada uno. Pero dudo que él mismo vea su papel y su misión bajo esa luz. Quizás la razón esté en que en la tradición cristiana de la que está impregnado y de la que ha rechazado desprenderse, se tiende a ver en Jesús el Cristo al sólo y único "Instructor" o "Iluminador" del Mundo. No es menos cierto que desde antes del "momento de la ruptura" en 1940 y todavía hasta hoy, es con un movimiento espontáneo de "enseñar", o al menos de comunicar una experiencia (en este caso religiosa), como me parece que se ha expresado su misión, y esto desde mucho antes de que madurase en originalidad propia[453].

Mi lista de mutantes me choca sobre todo por su extraordinaria *diversidad*. Diversidad en los temperamentos, los caracteres, el origen social, el medio en que se desarrolla su misión, la educación recibida, la filosofía personal y las opiniones sobre esto o aquello, el modo de
N 491 vida, los gustos y las ◊inclinaciones... Diversidad también en la naturaleza de las misiones y de los mensajes. En todos esos aspectos, esos hombres cubren un abanico de experiencias, de actividades y de actitudes que muchas veces van de un extremo al extremo opuesto. Así

[451] Véase la nota "Filiación y crecimiento de una misión" (n^o 64).

[452] Eso es lo que se dice en la introducción de Jean Herbert a la versión francesa del compendio de Râmakrishna, aparecido bajo el título "L'Enseignement de Râmakrishna" (Albin Michel, Spiritualités vivantes). Véase loc. cit. p. 8.

[453] El libro que Teilhard parece haber considerado que daba el tono de base al conjunto de su obra filosófica, "El Medio divino", tendría acentos mucho más "Instructor" que ninguno de los libros de Légaut. Pero seguramente se habría defendido de la suposición de que se consideraba un "Instructor", aunque sólo fuera de la cristiandad. Además para mí está muy lejos de tener, como pensador religioso y como filósofo, la estatura de Légaut, ni por la profundidad, ni por el rigor, ni por el atrevimiento. No tengo ninguna duda de que con el paso solamente de algunas generaciones, Légaut aparecerá como el mayor pensador religioso cristiano de los dos primeros milenios de nuestra era.

Guruji procede de una familia campesina pobre entre los pobres, Kropotkine nació príncipe y fue educado en un brutal ambiente funerario. Râmakrishna, aparte de una instrucción religiosa que fue ampliando a lo largo de su vida, era un hombre más bien inculto, tan poco intelectual como imaginarse pueda, poco interesado en la lectura; Rudolf Steiner, en cambio, fue sin duda uno de los hombres de nuestro tiempo cuya cultura general ha sido la más extensa y la más profunda, hasta el punto a veces de parecer prodigiosa, y por añadidura un intelectual para el que (como para pascal en su tiempo) el pensamiento era la más alta de las facultades humanas. Pudiera decirse, como rasgo común, que cada uno de esos hombres tuvo, desde su juventud, profundas raíces en la cultura y las tradiciones de su medio y de su tiempo, o al menos (en el caso de Félix Carrasquer) en un cierto "espíritu de los tiempos" que habría sabido canalizar y concentrar mucho en su ser. Pero ése no es el caso de Neill, cuya mayor dificultad, al principio, fue por el contrario liberarse de los efectos insidiosos y nefastos de una castrante educación religiosa, y menos aún el de Solvic, que en su infancia y adolescencia fue una especie de "dejado por imposible" en una sociedad de consumo desculturizada y sin alma.

Algunos de esos hombres me chocan por sus aspectos "yang" (o "viriles") particularmente pronunciados: Hahnemann, Darwin, Freud[454], Steiner, Guruji, Légaut, Félix (Carrasquer), y en menor medida también Neill. Otros por el contrario son de fuerte tonalidad "yin", "femenina": Whitman, Riemann, Râmakrishna, Carpenter, Krishnamurti[455]. Luego son tantos cuantos, en
N 492 contra ◊de la presión cultural a la que cada uno fue expuesto, decididamente proyang en todos. En Bucke, Kropotkine, Gandhi, Teilhard, no distingo una predominancia clara sea yin o yang, sino una presencia igualmente fuerte de tonalidades "viriles" por una parte y "femeninas" por otra. Pero en ninguno, con la única excepción quizás de Solvic[456], e incluyendo aquellos en que percibo una marcada predominancia "viril" o "femenina", tengo sin embargo la impresión de una carencia de la tonalidad opuesta, sino más bien la de un equilibrio armonioso de ambos aspectos de la persona.

Sin embargo, algo común a todos esos hombres es que en cada uno de ellos se percibe una *grandeza*[457]. ¿Tendría sentido afirmar que uno de ellos es "más grande" que tal otro? Sin

[454]Tengo la impresión de que, como ocurre a menudo, en Freud la tonalidad fuertemente yang no refleja tanto un temperamento innato como elecciones que hizo en su juventud bajo la influemcia de la "presión cultural" (evocada un poco más abajo). Véase al respecto una nota al pie de la página N 275, en la nota "Dos Prometeos para una Misión – o perros, gatos y hombres" (n^o 78).

[455]Krishnamurti, visiblemente de tendencia yin muy pronunciada por su temperamento inicial, no dejó de sufrir, él también, la presión cultural proyang a ultranza. Reaccionó a ella de forma más compleja que Freud o que Whitman. La sobrecompensó con un acento exclusivo sobre ciertos valores yin y anatematizando sus complementarios yang (y las tres notas "Las bestias negras del Maestro (1)(2)(3)", n^{o}s 48-50, proporcionan una abundante ilustración), pero en revancha interiorizó a nivel inconsciente ciertas apetencias y actitudes muy "macho" (y especialmente el deseo de dominación, situándose tácitamente muy por encima de todos los mortales presentes o pasados sin excepción). Con ello siguió el modelo superyang de su tutor teósofo Leadbeater (que jugó para él el papel de Superpadre a superar y, simbólicamente al menos, a suplantar), ¡pero con una maestría y una habilidad muy distintas! Para algunas reflexiones en ese sentido, véase en Cosechas y Siembras la nota "Yang actúa de yin – o el papel del Maestro" (CyS III, n^o 118), donde el "yang que actúa de yin" no es Krishnamurti (que era justo a la inversa), sino yo mismo. Después de escribir, mi visión de Krishnamurti como persona se matizó y precisó considerablemente con la lectura, el año pasado, de su biografía por Mary Lutyens, y especialmente el segundo volumen "Los Años de Realización" que no había leído antes. (Aparecido en 1983, mientras que mi primera lectura fue en 1977.)

[456]Según el recuerdo que guardo de mi lectura del libro "The execution of the private Solvic", tengo la impresión tengo la impresión de que en Solvic había cierta carencia del lado yang, una dificultad para afirmarse, una falta de seguridad, de atrevimiento. Pero la firmeza, sin el menor matiz de pose, que demostró en las últimas semanas de su vida es tanto más notable. E incluso, visto su total aislamiento moral, y la ausencia de todo trasfondo ideológico o religioso, es totalmente extraordinaria y, desde el punto de vista simplemente "psicológico", ¡completamente increíble! La acción en él del "Huésped invisible" no tiene aquí para mí ninguna duda – más irrecusable aún, y más maravillosa por ese carácter de "imposible", que en ninguno de esos otros hombres tan sobreabundantemente colmados por Dios...

[457]Por diferentes razones, conviene no obstante dejar aparte el caso de Darwin (sobre el que volveré en una nota

embargo creo que sí puede decirse que alguno fue "el más grande", cuya misión fue la más pesada de llevar, y en quien la fidelidad a su misión, una vez reconocida o sólo presentida, fue la más total. Y sé que más aún que los obstáculos exteriores que nos vienen "del Mundo", lo
N 493 que somete a la más ruda prueba nuestra fidelidad ◊a nosotros mismos, son las voces disonantes que escuchamos *en nosotros mismos*, y que hacen eco y refuerzan las del Mundo. Esas voces, en verdad, se confunden con nuestro ser condicionado, se nos adhieren como una "segunda naturaleza" pesada y gregaria que constantemente quisiera frenarnos, alinearnos y aplastarnos y fundirnos sabiamente en la espesa y confortable materia...

Desde esta perspectiva, las existencias de *Whitman*, de *Carpenter*, de *Freud* y de *Neill*, y también de *Solvic*, son las que más me atraen y me hacen exultar, por una grandeza que pocos hombres (creo) y pocas misiones han alcanzado en la historia de nuestra especie. Las misiones de los cuatro primeros además me parece que son estrechamente solidarias. La vida de esos cuatro hombres abraza siglo y medio (1819-1973), y apenas hay más de un siglo entre la publicación de las "Hojas de Hierba" de Whitman en 1855, y la de "Niños libres de Summerhill" en 1960. ¡Un siglo bien empleado! A lo largo de ese siglo, y por las misiones conjugadas de esos hombres y por esas cuatro existencias vividas en la fidelidad a ellos mismos, una gran brecha, una brecha ya irreparable, se abrió en un Muro temible cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos: el de la represión del sexo.

Aún carecemos de perspectiva para medir el inmenso alcance de ese avance, en la historia espiritual de nuestra especie, en su penosa ascensión desde la torpeza del rebaño hacia la aventura de la libertad... Dentro de algunos siglos, o quizás de mil años, ese alcance será claramente evidente para todos. Y las secretas e insidiosas tentaciones de abdicación de su "derecho de primogenitura" que cada uno de esos hombres tuvo que afrontar y superar sin testigos, en lo secreto de su corazón; sin la promesa ni la esperanza de ninguna "recompensa" cualquiera que fuera (si no es la de sentirse responder a una íntima e imperiosa exigencia, que le susurraba una voz tan discreta y baja...) – esa fidelidad desnuda y esa fe desnuda no se gastaron en vano, durante toda una vida en cada una de esas cuatro existencias. Desde ahora todos somos los beneficiarios; si no ya en posesión del fruto que ellos maduraron para nosotros, al menos como recipiendarios, habilitados para recogerlo como nuestro, cada uno a la hora que haya escogido. Y con nosotros nuestros hijos y nuestros nietos, y todos los de los tiempos por venir.

N 494 ◊(113) Los lugares comunes de los santos

(26 de enero)[458] Siempre de una forma imaginativa, simple y escueta que les da su encanto, los aforismos de Râmakrishna recogidos por sus discípulos son un revoltijo de lugares comunes religiosos de toda clase que forman parte de la cultura y del aire de los tiempos que respiraba (y que se sentía obligado de expresar en beneficio de sus discípulos), junto a intuiciones y observaciones profundas y de primera mano, sacadas de su rica experiencia religiosa o de una inspiración divina inmediata. Está fuera de duda que se daba cuenta de la diferencia mejor que nadie, que para él estaba muy claro que lo que decía se situaba, según el caso, en niveles totalmente diferentes. Uno es el nivel de las *convenciones* sociales y religiosas, siempre más o menos discutibles (aunque ni se le ocurriera ponerlas en cuestión de modo cotidiano). Las trataba con tanta más rotunda desenvoltura cuanto que en el nivel que le era propio percibía con evidencia su carácter contingente y accesorio[459]. El otro es el nivel que podría llamarse el de la "*verdad*"; de una verdad que sólo se revela (o, muy excepcionalmente, se comunica) al

posterior), y el de Krishnamurti. La "grandeza" que percibo, inseparable de una cualidad de fidelidad a sí mismo, me parece que en el caso de Krishnamurti se limita sólo a algunos años de su vida, que creo poder situar entre 1925 y 1927 (o 1928 o 1929).

[458] Véase el reenvío a la presente nota en la nota anterior "Los mutantes (5): el abanico de mutantes – o diversidad y grandeza", página N 484.

[459] Un ejemplo típico y revelador es la actitud de Râmakrishna frente al sistema de castas. (Sistema que Buda había rechazado, lo que seguramente es la razón de la resistencia de la casta religiosa brahmán a la implantación

N 495 que la ama con pasión. Visiblemente ése no era el caso de sus ◊discípulos[460]. Según lo que he podido ver, no han dejado de englobar indistintamente todas las palabras del Maestro en una misma veneración pulsa-botón, desprovista de todo discernimiento. Es el fenómeno tan corriente de nivelación y aplanamiento de los grandes mensajes (cuando éstos consiguen franquear el muro de la indiferencia o del desprecio), por la veneración beata y verbosa, procedimiento que encontramos idéntico a sí mismo bajo todos los cielos, y no sólo en la religión.

También es cierto que la proporción de los lugares comunes desprovistos de todo discernimiento psicológico, y que a menudo se contradicen y se neutralizan mutuamente según las ocasiones y la fantasía a bote pronto del Maestro, parece realmente prohibitiva en esa recopilación. ¡Deben ser las cuatro quintas partes si no las nueve décimas[461]! Poco acostumbrado, la mayor parte de su vida, a que se hiciera gran caso de lo que tenía que decir[462], sin duda en los últimos años de su vida no se daba cuenta, cada vez que abría la boca, que todo iba a ser recogido tal cual e inmortalizado como palabra del Evangelio (o de Veda...).

N 496 ◊Aparte de Râmakrishma, es en Guruji, entre mis mutantes, donde me ha parecido encontrar la mayor proporción de lugares comunes a flor de piel. Pero al revés que Râmakrishna, que siempre permanece pegado a tierra en lo que dice y jamás se aparta de una cierta rotundidad teñida de una presencia calurosa, a menudo se tiene la impresión de que Guruji legisla, desde lo alto de una cima inaccesible, con todo el peso de una autoridad intangible; y esto, por supuesto, tanto para lo que me parecen clichés puros y simples, que permanecen igual de verdaderos e igual de falsos cuando se les da la vuelta, como para las cosas esenciales profundamente sabidas y sentidas. para éstas su "autoridad" es verdadera, pues esas palabras son la quintaesencia de una vida de fe y de fidelidad. He notado que Râmakrishna y Guruji (y dejando aparte a Solvic) son seguramente los menos "intelectuales" de mis mutantes, y creo que no es casualidad. Pues los

---

del budismo en la India, y de la extinción del budismo en tierra hindú hasta mediados de nuestro siglo. Véase al respecto la nota "El balance de la fe – o las vías secretas", n^o 65.) Râmakrishna trataba en pie de igualdad a los brahmanes e intocables que le visitaban. Pero, socialmente conservador como la inmensa mayoría de los espirituales, decía que *para el hombre que había alcanzado a Dios* ya no había diferencias, y que por el contrario era bueno que el común de los mortales (incluyendo pues a sus discípulos) observasen las prescripciones de casta. Por supuesto que esa actitud es más que "discutible", y Gandhi (sin embargo un admirador ditirámbico de Râmakrishna, al que sólo conoció por su reputación) no temió atacar de frente los prejuicios de casta, afrontando serios riesgos políticos tanto con los brahmanes como con los intocables. Pero el coraje de Râmakrishna me parece fuera de duda. Antes de que llegase en olor de santidad, hacía falta una buena dosis para romper él mismo las reglas de casta. Pero (contrariamente al caso de Gandhi), no formaba parte de su misión ser un reformador social, o más exactamente, un revolucionario que trastornase un orden social milenario. (Y que ese orden nos parezca con razón inicuo, mientras que a él le parecía formar parte del orden inmutable de las cosas, no cambia nada.) Tenía que aportar *otro* mensaje, que sin duda no habría sido recibido si hubiese querido abarcar demasiado. Una vez más, en Râmakrishna como en cualquier otro: a cada vida le basta su afán...

[460] Tengo la clara impresión de que Râmakrishna no se daba cuenta de la situación, y que sobreestimaba en mucho las capacidades de discernimiento y el deseo de verdad en sus discípulos. Como en muchos espirituales, su deliberado propósito de edificación muy a menudo me ha parecido ir en contra de la más elemental perspicacia psicológica.

[461] Como los discípulos han recogido unos 1600 aforismos o parábolas, aún quedarían (tomándome al pie de la letra) mas de *cien* que serían substanciales. ¡Eso basta para tener mucha substancia, y para hacer de Râmakrishna un gran "Instructor"! Dudo que haya muchos libros de espiritualidad con una décima de verdadera substancia y sólo nueve décimas de sopa de nabos.

Pero nabos o no, hay que subrayar que Râmakrishna no tenía nada de cursi en su mirada sobre el mundo y la gente, y que su juicio a menudo es cáustico e incisivo – ¡como el de un niño! Poco atraído por el estudio y de instrucción modesta, sin embargo no se dejaba engañar por los aires de importancia de los eruditos "pandits", y sabía distinguir mejor que nadie una cabeza repleta de un corazón puro, de un espíritu de verdad, y del amor de Dios. Y su respeto por todas las religiones no le volvía ciego a las taras que tan a menudo infestan la práctica religiosa: espíritu de rutina, ostentación, sentimentalismo eufórico o pomposo... En los libros de piedad cristianos, ¡le chocaba que sólo se tratase del pecado de principio a fin! Veía a los cristianos hasta tal punto obsesionados por el pecado, que no les quedaba tiempo (decía) para amar a Dios ni para sentir Su amor...

[462] Fue sólo a partir de 1869, en los siete últimos años de su vida, cuando tuvo discípulos. Râmakrishna murió en 1886, a la edad de cincuenta años.

"lugares (más o menos) comunes" se sitúan en el plano de las *ideas*, de las que una apreciación matizada es en gran parte (aunque no totalmente) cuestión de sentido común, de discernimiento y de rigor *intelectuales*.

De manera general, tengo la impresión de que el lugar común (dicho de otro modo, ¡el tópico!) es una verdadera plaga entre la gente "espiritual" y en los escritos "espirituales", incluyendo (¡y eso es lo desconcertante!) aquellos que tienen una auténtica experiencia espiritual que comunicar. Tal vez eso provenga de la tendencia tan común, tan arraigada en las costumbres, de no atenerse al testimonio justamente de la experiencia (testimonio con frecuencia ausente), o de tener en poco (e incluso por arrogante) a tal testimonio, y en lugar de eso poner pose de "Maestro", de "El que sabe". Esa tendencia es tanto más fuerte, seguramente, cuanto mayor es el ascendiente sobre los demás, sea por efecto de una verdadera irradiación espiritual o por cualquier otra causa (que gustosamente confundamos con tal irradiación). Constato que el círculo de los discípulos y adoradores es la más funesta tentación del espiritual. Sus discípulos son como la ciénaga con que Dios los rodea para probarlos, y hay pocos que no se hundan en ella sin retorno, y quizás ni uno no se enrede en ella un poco[463]. Se supone que el "Maestro "
N 497 (¡nobleza obliga!) ◊tiene respuesta para todo (¿vamos a quitarles a los discípulos sus legítimas expectativas...?). Como la experiencia personal no basta, se rellenan los numerosos agujeros con lo de siempre, graciosamente proporcionado por el famoso "aire de los tiempos"; pero esta vez, en la boca del Maestro, ¡de repente se encuentra aureolado de una autoridad incomparable! He aquí, si no me equivoco, la causa psicológica tan tonta de la desconcertante invasión del cliché-lo-de-siempre-lo-fácil en la ,literatura espiritual, incluyendo a los que pasan por ser (a veces con razón) "grandes espirituales".

Entre los dieciocho mutantes de mi lista, hay diez que veo como "espirituales": Whitman, Râmakrishna, Bucke, Carpenter, Steiner, Gandhi, Teilhard, Guruji, Krishnamurti, Légaut. No son el primero que pasa, eso seguro, ¡y sin embargo! De ellos sólo hay cuatro en los que no he visto enarbolar ocasionalmente tópicos con aires infalibles[464]. Son el "trío no confesional" Whitman-Bucke-Carpenter (substraídos a la aplastante influencia de una tradición religiosa), y Légaut. Es en Légaut, y después de él en Carpenter, donde he encontrado mayor rigor, y una total ausencia de autocomplacencia. ¡Una verdadera bocanada de aire fresco!

N 498 ◊(114) Los mutantes (6): los mutantes y el sexo – o el hombre plenamente libre no es de hoy ni de ayer

(27 de enero)[465] Ayer terminé evocando las misiones convergentes de Whitman, Carpenter,

[463]Esta constatación me muestra hasta que punto el hundimiento sucesivo de mis dos experiencias comunitarias, en 1972 y después en 1973, por rudo y amargo que fuera cada vez el golpe, ha sido, sin que me diera cuenta, una *liberación* providencial. Pues si alguna de esas tentativas de "vida nueva" se hubiera revelado un éxito, podemos apostar que terminaría por volverse un "ashram", en el que me habría visto encerrado en ese sempiterno papel de "Maestro" que me esperaba a la vuelta de la esquina y que, en ciertos aspectos (¡ni que decir tiene!), ¡me iba como un guante! Así, en vez de enseñar, desde hace quince años he tenido toda la libertad, y el silencio y la soledad, para *aprender*. (Para una primera reflexión retrospectiva sobre los dos episodios comunitarios en cuestión, véase la sección "Caballero de la vida nueva", n^o 63.)

[464]Quizás extrañe no verme incluir a Krishnamurti entre los espirituales "sin tópicos". Es un hecho que Krishnamurti tuvo el gran mérito de demistificar un buen número de clichés comunes en el discurso religioso y moralizante desde la noche de los tiempos. Quizás fuera a ese nivel donde su trabajo se reveló más útil. Desgraciadamente, el alcance de ese trabajo quedó debilitado por las inclinaciones egocéntricas del Maestro, que le empujan (sin saberlo, ciertamente), a fabricar sus propios clichés, etiquetados "Enseñanzas" ("Teachings"), y que simplemente van a contrapié de los anteriores y son igual de estériles. Así, da a entender que "Dios" sería siempre y en todas partes una pura invención del espíritu humano, y que toda pretendida experiencia "de Dios" o "mística" etc. sería siempre un puro producto de la imaginación del interesado. (Salvo, hay que decirlo, las del mismo Maestro, que deja entrever simplemente teniendo cuidado – hay que pensar en todo – las *palabras* que declara anatemas...) Evoco ese "juego de poder" de Krishnamurti, que ha falseado profundamente su mensaje y esterilizado casi totalmente su misión, en una nota al pie de la página N 498 en la siguiente nota.

[465]Continuación de la penúltima nota, "Los mutantes (4): el abanico de mutantes – o diversidad y grandeza".

Freud y Neill, que abren una brecha "irreparable" en el milenario muro de la represión del sexo. Misiones además tan diferentes como pueda imaginarse por la forma que toman en cada uno de esos cuatro hombres. Sólo se puede decir que Carpenter fue un continuador (e incluso un "realizador") de Whitman, y en menor medida, Neill un continuador, un "realizador" de Freud. Aparte de eso, no parece que haya influencia mutua ni contactos mutuos entre ellos[466]. Tampoco parece que la misión de ninguno de ellos haya tenido repercusiones directas en las de ningún otro de "mis mutantes". Si algunos no obstante han sufrido en su persona alguna influencia, sólo sería por un proceso más o menos inconsciente de "impregnación cultural", y especialmente vía las nuevas ideas del psicoanálisis, que comienzan a formar parte del "aire de los tiempos" cultural al menos a partir de los años veinte de este siglo. Debieron ser afectados más o menos
N 499 Krishnamurti[467], Légaut, Félix, es decir (dejando aparte a Solvic, para el que ◊la cuestión ni se plantea) los tres últimos de mi lista en la nota anterior. En ninguno de esos tres hombres se percibe traza de mojigatería alguna frente al sexo, e incluso, en Légaut[468] y sobre todo en Félix, encontramos una apertura en este aspecto como no existía en prácticamente ninguna persona aún en el siglo pasado. Podemos pensar que dicho "aire de los tiempos" no ha sido ajeno, y que entre otros innumerables hombres y mujeres se han beneficiado (quizás sin darse mucha cuenta, no más de lo que yo mismo me daba cuenta) de la obra espiritual de Freud y también, de manera aún más oculta, de hombres como Whitman, Carpenter y Neill.

Entre los otros mutantes de "después de Freud", en Gandhi y en Guruji tampoco se percibe traza de mojigatería[469], cosa de lo más notable pues es rara entre los "espirituales". Lo contrario ocurre con Steiner y con Teilhard, en los que he creído constatar un mutismo más o menos

[466]Dudo que Freud haya tenido conocimiento de ninguno de los otros tres, y es posible que Neill no haya oído pronunciar el nombre de Whitman, aunque probablemente sí el de su compatriota Carpenter. En cambio Carpenter, que estaba bien informado de la cultura de su tiempo, tenía idea de la obra de Freud y la cita en su autobiografía, como habiendo aportado una mejor comprensión de la miseria sexual de las mujeres de la buena sociedad de su tiempo.

[467]Krishnamurti, que había redescubierto por su parte los mecanismos de huída que Freud había descubierto con estupefacción a finales del siglo anterior (véase al respecto "El hecho más absurdo...", sección n^o 56, 7^o a), y en su preocupación casi obsesiva de distanciarse de todo saber preexistente tiene buen cuidado, cada vez que se presenta la ocasión, de dar a entender (y sin nombrarlo jamás) que el psicoanálisis "y todo eso", es palabrería vana. Incluso lleva ese juego de la paradoja hasta el límite de decretar (con esa calma y soberana autoridad que es el secreto de su ascendiente sobre cierto público espiritualizante...) que el Inconsciente, eso es una pura ficción del espíritu ávido de "dividir" la psique en "consciente" e "inconsciente", mientras que en realidad es (como se debe) una e indivisible. Por parte de uno que verdaderamente ha visto "el hecho tan absurdo" de la huída universal, ¡verdaderamente había que tener!

En tales enormidades rozando la inepcia (y en él hay unas cuantas), distingo un deseo de poder (¡ciertamente inconsciente!) al que se da rienda suelta, y que he percibido muchas veces el año pasado: "*yo* puedo permitirme decir todo lo que quiera por necio que sea – ¡y será recogido como palabra del Evangelio!" A corto plazo gana la apuesta – su biografía por Mary Lutyens es un elocuente testimonio de ello. Pero a largo plazo, con ese tipo de infantilismos egóticos ha esterilizado su propia misión. En cincuenta años su nombre será olvidado, o conocido sólo como el de un "Mesías-Instructor" que (entre muchos otros) decididamente se torció...

[468]Por temperamento, se tiene la impresión de que Légaut es medio monje, y que ha fundado una familia no por inclinación carnal o sentimental, sino por obediencia a las exigencias de su misión. Que a querido poner a prueba su intuición (que iba en contra de una milenaria tradición cristiana) de que el matrimonio y la paternidad, e incluyendo la experiencia carnal, son parte esencial de la aventura espiritual del hombre, y necesarios (salvo raras excepciones) para su profundización interior.

[469]En Gandhi, se nota un temperamento cercano al cuerpo, tierno, sensual, y habla libremente de ese lado de su naturaleza, en su notable autobiografía "La Historia de mi Experiencia de la Verdad". En eso se distingue netamente de Guruji, que siempre se nos muestra bajo la luz de un asceta nato. La amplitud de miras de Guruji sobre el sexo (que se trata en la nota "Fujii Guruji (1) – o el sentido de lo esencial", n^o 60 y especialmente la página N 188) es tanto más notable.

En los dos o tres últimos decenios de la vida de Gandhi, la actitud moralizante que desarrolló en su papel de "Mahatma" desgraciadamente terminó por desteñir también su actitud hacia la sexualidad, hasta el punto a veces de volverle ciego a la realidad. Así,insistía en que el necesario control de la natalidad en la India se hiciera por la continencia voluntaria, con exclusión del uso de anticonceptivos (ciertamente más eficaces, pero aparentemente mucho menos morales...)..

completo sobre este delicado tema. En las escuelas Steiner se practica una especie de "represión benevolente"[470], haciendo lo que pueden con los alumnos para que sublimen los impulsos un poco demasiado recios y demasiado carnales hacia las regiones inefables de inocentes colores
N 500 pastel. Sin embargo supongo que en los 300 tomos de la Obra Completa del Maestro, ◊el sexo se menciona más de una vez de pasada. aunque sólo sea para asegurarnos que no hay que enrojecer por su existencia, y que está ahí, por supuesto, para ser sublimado en esencias espirituales[471]. Pero tengo la impresión de que él, Steiner, el hombre universal "y todo eso" donde lo haya, hasta el final de sus días (1925) se las apañó para ignorar totalmente la existencia de un Sigmund Freud, y el nacimiento, a finales del siglo pasado, de una ciencia psicológica. ¡Increíble pero cierto! En cuanto a Teilhard, apuesto lo que se quiera que en su obra completa no se pronuncia la palabra "sexo". (En cambio se encontrará abundantemente la palabra "pecado"...) Hay que decir en su descargo que en los esqueletos que nos llegan de las lejanas épocas sinantrópicas de antes del Edén no se encuentra traza alguna...

Entre los mutantes de "antes de Freud" de mi lista, dejando aparte a Whitman, y sus fieles amigos y compañeros Bucke y Carpenter, no veo ninguno en el que se tenga la impresión de una apertura particular hacia el sexo, o de cierta intuición del inmenso papel de la experiencia amorosa en la aventura espiritual. Dos de ellos, Râmakrishna y Kropotkine, más bien estarían a malas con el invasiva (o embarazoso) impulso. Kropotkine el revolucionario tiene un aire no menos atorado sobre la cosa que los bienpensantes y distinguidos espirituales Steiner y Teilhard. En cuanto a Râmakrishna, en modo alguno tiene aires atorados, incluso habla del sexo a menudo y, a fe mía, libremente, pero también en un pie de guerra declarado: "desconfiad de "la mujer" (o "del varón", según el caso) como de la peste, igual que de los irrisorios y despreciables placeres de la carne..." Es verdad que mimado como estaba por su Divina Madre, ¡no le costaba decirlo con boca chica! Los discípulos hacían lo que podían para estar a la altura de las recomendaciones del Maestro, y a fuerza de ascésis y de meritorios esfuerzos tener derecho, como él, a los incomparables favores de su Kali.

Los únicos de nuestros mutantes que aún no han sido incluidos en esta revista-relámpago de las relaciones con Eros son Hahnemann, Darwin y Riemann, sobre los que no tengo nada claro qué decir, a falta de información. Si no es la extraña aventura (o desventura) de Hahnemann, con
N 501 casi 80 años (1835) y ◊conquistado de entre los suyos en un golpe de mano, por la encantadora y audaz aventurera parisina Marie Mélanie d'Hervilly que entonces tenía treinta. En seguida se lo llevó a París (después de una boda-relámpago en segundas nupcias), donde ese viejo de costumbres austeras se vio rodeado de lacayos en librea y se puso a ir en carroza, como en un cuento de hadas Mélanie-Carabosse, y qué bien le sentaba (según dicha hada Mélanie) a tan alta eminencia. Esa fue la ambigua coronación, con una luna de miel lujosa y muelle que envolvió sus últimos ocho años (siempre igual de activos), de una larga existencia de luchador solitario, que pasó sobre todo en una pobreza heroica, al borde a menudo de la miseria (y apoyado por su valiente Johanna, que le dio diez hijos...). El cuento de hadas se termina y revela su otro rostro, rostro sombrío, en su última enfermedad – el tierno marido y amante convertido en rehén impotente a manos de la suave Mélanie, implacablemente separado de los que le amaban y le veneraban, de sus amigos, de los suyos... Nadie sabrá jamás cómo fueron sus últimos días y sus últimos momentos, en un tête-à-tête con su todopoderoso ángel guardián. No

[470] Neill considera (y sin duda no sin razón) tal "represión benevolente" como más nefasta aún que la represión más brutal, pues desactiva por adelantado las sanas reacciones de revuelta, y acrecientan aún más el peso de la mala conciencia vis a vis de los pensamientos o actos tan benevolentemente prohibidos. (Y tal es seguramente la intención inconsciente que anima dicha "benevolencia".)

[471] Y seguramente es verdad que el fin último del impulso sexual es ser sublimado así en energía espiritual. ¡Pero cada cosa a su tiempo! Para algunos, hoy mismo es el momento de sublimar el impulso, para crecer espiritualmente. Para otros quizás sea dentro de mil años. Querer exprimir la fruta cuando está verde, o cuando aún está en flor, o en la semilla de la que todavía no ha brotado ni el tallo ni el tronco, es un desastre. Y ese desastre es lo que se llama "re-presión" (benevolente o no)...

hubo anuncio público ni privado de su muerte ni funeral. Fue enterrado en una tumba pública en Montmartre nueve días después de su muerte, el 11 de julio de 1843. En un vetusto ataúd que los sepultureros apenas consiguen meter a patadas en la atestada fosa. Bajo un aguacero, de prisa y con poca compañía, sin flores ni coronas, sin bendición ni rezo, ni canto, ni adiós, sin pésames sin sonrisas sin llantos. Fuera los decorados, los torrentes de luz – ¡la función ha terminado! Y los sepultureros tienen prisa...

Este pequeño sondeo entre los mutantes viene muy a punto para ilustrar que cada uno de ellos, fuera de lo que trae de nuevo y que es el objeto de su misión vis a vis del Mundo, y por eminente que sea esa aportación y por atractivo e incluso admirable o prestigioso que sea por sí mismo, no está menos sometido que los demás a los condicionamientos de su medio y de su tiempo. A veces y en ciertos aspectos menos, pero a veces también más de lo que es corriente en los medios que, en su tiempo, pasan por ilustrados. En este caso y poniendo aparte al póker de precursores-rompedores-de-brecha Whitman-Carpenter-Freud-Neill: es "menos" para Hahnemann, Bucke, Gandhi, Guruji, Légaut, Félix y quizás también Krishnamurti en su madurez, y quizás sea más bien "más" para Râmakrishna, Kropotkine, Steiner, Teilhard. Lo ignoro para Darwin, Riemann, Solvic, en los que tengo que reducirme a hacer suposiciones.

N 502 ◊Pero incluso entre los intrépidos "rompedores", la represión que han venido a quebrar no ha dejado de hacer en ellos profundas marcas, que me he esforzado en captar en su debido lugar. Y dudo que hoy haya alguien vivo sobre la tierra que no esté todavía afectado de alguna manera, incluso entre los más "liberados" de nosotros. Y me guardaría mucho de tomar como "modelo" a ninguno de ellos ni al Buda en persona o a Jesús llamado el Cristo, y no animaría a nadie a hacerlo[472]; sino más bien a hacer uso con todo el corazón de todas nuestras luces, para intentar discernir cada uno lo que de mejor aporta a fin de nutrirnos, y separarlo cin cuidado del peso muerto del embalaje.

Todos nosotros estamos en camino hacia la libertad, "nosotros" la especie entera, y también cada uno de nosotros según su propio camino, por múltiples vías misteriosamente convergentes y entrelazadas entre ellas. Y quizás a veces, en algunos raros momentos, algunos de nosotros conocen una libertad total – anticipo del Reino de Dios sobre la tierra, del Campo ilimitado de la Libertad. Pero el hombre plenamente libre, libre durante su vida entera, no es de hoy ni de ayer. Se perfila en un horizonte todavía lejano. La distancia que nos separa de él, en siglos o en milenios (¿o en millones de años?), nadie la sabe.

El hombre plenamente libre será una encarnación viviente de la Mirada de Dios sobre el cambio del Mundo, a partir del cambiante "lugar" que es el alma de ese hombre y el cuerpo que ella habita. Es un "Punto de vista de Dios", un "ángulo vivo" desde el que Dios dirige Su Mirada sobre la Creación formándose desde el lejano origen de los tiempos. Ya no hay muros, ni barreras, ni orejeras ni tal vez niebla que limiten el camino libre y soberano de la mirada que recorre y que sonda y que *viendo*, anima a la voz que *expresa* y a la mano que *actúa*.

Tal es el hombre libre que se gesta en ti, en mí y en cada uno – el Ciudadano libre del Reino de mañana.

N 503 ◊(115) Solvic[473] (1) – o la grandeza al desnudo

[472] Aunque por un milagro existiera ya o hubiese existido un ser "plenamente liberado", en el sentido en que se va a tratar en un momento, sería no obstante estéril querer "tomarle como modelo", es decir: intentar imitarle. Pues los actos de un hombre toman su sentido y su valor del estado interior del que los realiza. Suponiendo que podamos imitar los actos exteriores, estos pierden sentido y valor por esa actitud de imitación, de inautenticidad, que no es en la que fueron realizados inicialmente. Tenemos que darnos cuenta y aceptar el hecho de nuestra unicidad, y la responsabilidad que eso implica de encontrar por nosotros mismos los actos "justos" que le corresponden en cada momento al ser único y en perpetuo devenir que somos.

[473] (N. del T.) Como ya se ha dicho en una nota del traductor al pie de la p. **??**, se trata del soldado raso Edward Donald "Eddie" Slovik.

(28 y 29 de enero)[474] Si bien es verdad que todos los mutantes de mi lista[475] son tan distintos unos de otros como se pueda imaginar, Solvic[476], ¡él es todavía más diferente que los demás!

El status social: los demás, si no por extracción al menos por sus actividades y por la consideración que gozaron ya en vida (por parte de algunos, al menos), formaban parte de lo que podemos llamar la "parte relevante" de la sociedad: médicos, educadores, sabios, religiosos, escritores, poetas, pensadores... Cada uno decantó en su ser e hizo fructificar una herencia cultural substancial, o lo que tuvo a bien tomar de ella y dejar que creciera en él. Nada de eso para Solvic. En su adolescencia fue el chiquillo más o menos perdido, joven delincuente seguramente por un exceso de vacío, en una tierra de nadie de la desculturización urbana, en cualquier barrio árido y asfixiante de una megaciudad inhumana (Nueva York, si mal no recuerdo...). Sin ◊raíces en el terreno de una "cultura" digna de ese nombre, en la familia, en una tradición... Sin embargo terminó por hacerse un nicho, con un empleo regular y sin historias, una mujercita a la que quería mucho – ¡la felicidad! Y los westerns, me imagino, una o dos veces por semana. (Felices aquellos tiempos en que no había televisión...) *Ésa* era su vida, su horizonte.

N 504

La imagen y la idea que se tiene de uno mismo y de su lugar en el Universo: los demás tienen clara consciencia de su misión, o al menos (pensando en Darwin y en Riemann) de tener un papel en el Mundo, de algo que aportan y que son los únicos en aportar. Cada uno de ellos se sabe único, valioso, y de cierta manera, *irremplazable*. Solvic, él es un ser que se siente parte de una masa anónima, y no pide más que fundirse en ella sin historias y, si es posible, sin ser muy desgraciado. Hay gente más o menos encumbrada o poderosa o célebre (mientras que él está en lo más bajo...), pero incluso la misma noción de que alguien pudiera tener una "*misión*" que cumplir en el Mundo, eso debía serle casi totalmente ajeno. Y que él mismo pudiera, de alguna manera, ser portador de una misión y, aunque sólo sea a ese título, ser no un épsilon entre millones de otros semejantes, sino un ser único, irremplazable, portador de un gran secreto no menos auténtico, no menos punzante y fecundo, que el de un antiguo drama rodeado del halo de la inmortalidad – tal suposición, seguramente, le habría parecido totalmente descabellada.

En fin, el carácter: los demás tienen un carácter fuertemente asentado, arraigado en una cultura y en la fe en sí mismos, madurada por la experiencia renovada sin cesar de una vida rica y plenamente asumida, y también por una fidelidad, a menudo dura de llevar, y por las fecundas pruebas que la acompañan. Las fuerzas y cualidades femeninas de su ser son vigorosas igual

[474](30 de enero) La presente nota puede verse como una continuación de la nota anterior (de la víspera) "Los mutantes (6): el hombre plenamente libre no es de hoy ni de ayer", o también de la nota "Los mutantes (5): el abanico de mutantes – o diversidad y grandeza" (n^o 112), de anteayer. Igualmente es una continuación natural de la reflexión de la nota "La ejecución del soldado Solvic – o el crimen de los justos" (n^o 70, del 5 y 8 de noviembre), y pude ser leída, sin otra transición, inmediatamente después de ésta. Las referencias a los otros "mutantes", al principio de la presente nota, son accesorios y además inteligibles sin conocer a dichos mutantes al detalle.
Esta nota se ha convertido en una especie de reconstrucción del itinerario espiritual de Solvic, en las últimas semanas cruciales de su vida. He hecho esta reconstrucción utilizando como único material directo el recuerdo bastante vago que guardo de la impresión que me hizo la lectura del libro sobre Solvic (citado en la nota n^o 70). Lo lei en 1955, hace más de treinta años, en un momento además en que estaba lejos de tener la madurez para poder apreciar el alcance de la extraña aventura de Solvic y para comprender su sentido. Sin embargo creo que en el Inconsciente profundo debía haber cierta presciencia, al menos, de ese alcance y de ese sentido, una presciencia que sólo ahora toma forma, con la meditación de estos dos días. Es probable que al confrontar esta meditación con el texto del reportaje "The execution of the private Solvic" (que acabo de mencionar) se revele cierto número de errores de detalle. Igualmente soy consciente de que tal reconstrucción no puede ser, como mucho, más que el esbozo muy simplificado de los trazos más esenciales de una realidad psicológica considerablemente más compleja, que se nos escapa. Sin embargo tengo la íntima convicción de que la meditación me ha hecho desentrañar realmente sus "trazos más esenciales" que hasta ahora me habían permanecido medio ocultos, antes de que el trabajo de ayer y anteayer me los hicieran aparecer a plena luz. Ese trabajo ha consistido, no en "inventar" un "cierto Solvic", sino en aprehender palmo a palmo, como con una mano atenta, ligera y circunspecta, una realidad ya presente que insistentemente pedía que la conociera.

[475]Para esa lista, véase la nota n^o 112 que acaba de ser citada.

[476]Para Solvic, véase la penúltima nota a pie de página.

que sus cónyuges masculinos, y unas y otras se despliegan en armoniosos esponsales. Solvic se siente un "fracasado" recuperado por poco, y sólo pide olvidar un pasado sentido como poco glorioso. Falto de un sentido que dirija su vida, carece de firmeza, de seguridad, de "brújula". Si finalmente no hubiese tenido la suerte de encontrar mujer y trabajo, ¿quién pude decir a dónde se habría dejado arrastrar? ¿Y quién de nosotros, si le hubiera conocido, sintiéndose más agraciado y a pesar de la simpatía que ese joven quizás le inspirara, no le habría mirado desde arriba, o con algún matiz de condescendencia?

Chaval sin raíces, sin brújula, sin un carácter sólidamente formado, sin otro fin en la existencia que pasar inadvertido y no tener historias – ◊ése es Solvic. Y de repente se encuentra atrapado, sin previo aviso, por una gigantesca máquina de guerra – una máquina que nivela y pone a desfilar en impecables formaciones a decenas de millones de seres pensantes y sintientes, transformados, en virtud de la extraña etiqueta "soldado", en otros tantos engranajes y correas de trasmisión y de ejecución de una misma carnicería grandiosa: disciplina, avance, deber sagrado, moral excelente... – hoy masacrador heroico (¡a nosotros las medallas!), mañana heroico masacrado... Allí están todos, mi pequeño Solvic, en posición de firmes (¡sí mi teniente!), los de las fábricas y los de los campos, los chupatintas y el chico de los recados, y los médicos los abogados los artistas los sabios, hay pequeños hay grandes hay para la tropa hay para el rancho ¡qué más da! Sin contar los sacerdotes, los pastores, los curas (si tienen suerte serán capellanes...), con la bendición de la congregación, de los obispos y de los papas. ¡Todos, todos están ahí! Son millones y son "Todo el mundo" y están muy calentitos al ser tantos...

N 505

Esa máquina que los ha aplastado a todos y los ha embutido en un mismo molde marcial en posición de firmes (cincuenta millones de bravos atrapados en un mismo delirio de carnicería mecánica...) – sólo hará un microcarnicero de ese joven que desembarca tan fresco, en los combates del último cuarto de hora en un rincón perdido de los Vosgos – ¡a diez mil kilómetros de su casa!

Y es ahí donde lo impensable, el milagro de los milagros, se produce: ese modesto chiquillo, poco seguro de sí mismo, sin raíces sin ideal sin religión sin Dios sin nada, solo en medio de un inmenso, de un inimaginable delirio – ¡consigue pasar, por la implacable máquina! No es devorado ni aplastado ni moldeado.

No diría que "sigue siendo él mismo"; que sigue siendo el chiquillo atrapado en la gran guerra, de vertiginosos retos que le superan. El que los oficiales encargados de su "caso" creen haber visto en él, dando fe a los antecedentes tan poco relucientes a fe mía, y a la vista de sus aires humildes y avergonzados y tan poco militares... No, ese chico era como *traje* que se hubiera puesto caso por error, hace ya mucho tiempo. No era *él*, sea lo que sea que hubiera podido pensar él mismo, y todos los que le conocían mucho o poco. ¡En absoluto! No "sigue siendo el mismo", por la simple razón, quizás, de que aquél que un extraño viento había llevado hasta allí, a ese "punto caliente" de los Vosgos, verdaderamente *no* era "él mismo".

Tuvo que poner lo mejor de sí, Solvic, para "coger el tono" en ese nuevo y extraño universo en el que, de repente, se vio arrojado no sabía por qué ni cómo. Nada rebelde, ¡eso no! Quería hacerlo bien, ◊los desfiles los saludos y todo eso, durante la instrucción-relámpago en un cuartel rutilante y atestado, antes de enviarlos al otro lado del mar, a ese rincón del que jamás había oído el nombre. Nada de contrariar, no, quería hacer lo que se le dijera, tenía la costumbre, ¡qué piensan!Después fue el "bautismo de fuego", como se dice. Debió ser un *golpe* de una violencia inaudita, más allá de las palabras. Sé que no puedo hacerme una idea, al no haber vivido un golpe semejante – no de esa clase, al menos. No se hizo un caparazón, para encerrarse dentro y no sentir lo que pasaba y lo que hacía (o se suponía que hacía). ¡Por ese coraje serás bendito por siempre! Ese golpe en pleno rostro aceptado, con toda su salvaje, su impensable violencia, *lo cambió todo*. Solvic *vio* entonces lo que pasaba, la clase de trabajo que se esperaba de él. Y *supo*, como jamás antes había sabido nada en su vida: ese trabajo, *ése no era para él*.

N 506

No habló con nadie de lo que verdaderamente le pasó entonces. ¿Y a quién le habría

hablado? Sólo hubiera podido hablarlo consigo mismo, y no le hacía ninguna falta. Lo esencial pasó sin palabras ni pensamientos. (Aunque después tuviera que explicarlo como pudiera. Pero lo que "explicaba" era el "resultado", el resultado exterior, no el *corazón* de la cosa...)

Hubo un *sobresalto*, surgido de los trasfondos de su ser. Y *obedeció* a lo que brotaba de las profundidades. Supo entonces que lo que contaba para él antes que nada, más que las órdenes y la os rangos y más que el mundo entero, era ese sobresalto que lo cambiaba todo, y lo que le decía sin palabras. En ese saber, en esa nueva y dolorosa seguridad, es donde *se encontró a sí mismo*. En la soledad total del ser, frente a un mundo extraño y loco. En ese momento de estrés extremo a punto de romperle, se encontró a sí mismo – al que *realmente* era.

Supo entonces, con una claridad repentina, total y (en virtud de su fidelidad total) indeleble para siempre: en esa carnicería, no tengo parte – soy ajeno. Ese conocimiento repentino, ese relámpago de luz llegado de Otra parte fue su bautismo. En ese momento al fin nació. Nació espiritualmente, nació al conocimiento de sí mismo. El alma repentinamente tomó conciencia de ella misma.

Fue un acto de conocimiento *desnudo*. Y en las siguientes semanas y hasta el final, en ese
N 507 hombre solo hay una fidelidad desnuda, una ◊grandeza desnuda. No van cargadas con ningún traje, harapiento o elegante, de ninguna ganga. El intelecto, la ideología, las fuerzas egóticas de identificación (que moldean "en cadena" tantos "héroes" para llenar nuestros osarios...) no tienen parte alguna. Solvic no blande, de la noche a la mañana, discursos humanitarios o moralizantes, ni subversivos o revolucionarios, a contrapié de los tópicos en tiempos de guerra. No es el mártir de ninguna causa que hubiera podido exaltarle, darle un resorte, un penacho. No le predica ni siquiera sugiere a sus camaradas o a los oficiales: ¡os equivocáis al hacer lo que hacéis! Creo que ni se le ocurriría que *ellos*, toda esa gente instruida y bien situada que debían saber bien lo que tenían que hacer, estuviesen "equivocados" al hacerlo. ¡Debía estar muy lejos de tan impensable atrevimiento! En el fondo, si estaban equivocados o no, eso no le incumbía. Pero *sabía*, con una claridad como antes jamás había sabido cosa alguna, que *él*, Solvic, "estaría equivocado" al participar en eso. Que hacerlo sería ni más ni menos que matar"se" a sí mismo – al que acababa de nacer, al recién nacido. Y también sabía que no lo haría. Ocurriera lo que ocurriese...

Él, tan tímido, tan preocupado de pasar inadvertido, de hacer como todo el mundo (de lo que llamo el "traje", que ciertamente iba a pegarse a él hasta el final...), eso le ponía en una situación delicada, e incluso terriblemente dura de asumir. En suma, tenía que decir claramente a todos esos grandes señores altivos y con galones que, por alguna extraña razón, era *diferente de todo el mundo*. Lo que se le pedía hacer, no "podía" hacerlo. No se jactaba de ello saben, y seguramente incluso lo lamentaba sinceramente. (o el "traje", al menos, lo lamentaba...) Siempre en un tono casi de excusa, de ser diferente, de ser lo que es, es como se dirige a sus superiores, oralmente y por escrito, para explicarles humildemente que "*no puede*". Tiene todas las formas de la confesión casi vergonzosa (pero solamente *casi*...) de una debilidad que ¡ay! no pudiera evitar. Pero detrás de esa humildad que, bien se nota, no tiene nada de fingida, se nota una firmeza asombrosa. Ésa es la que le hace apartar uno a uno los cables que le tienden (diría casi: ¡gentilmente!), para hacerle renegar en un momento de pánico ¡a fe mía! humano y excusable, cuando la moral está para superarla. (Unas semana en el talego para guardar las apariencias, y pasamos la esponja...) Esa humilde firmeza sin fisuras es la que, etapa tras etapa, le llevará hasta el paredón – tan solo como ningún ser lo fue jamás, desterrado (pudiera parecer) por toda la humanidad, para morir de una muerte que, a ojos de todos (por lo que sé) es una "muerte de cobarde"...

N 508 ◊Es cierto que, animado por la irrecusable justicia de la exigencia interior que le empujaba, y también por una especie de confianza ingenua, casi filial, si no en una comprensión, al menos en un simple sentido de lo humano en sus superiores, estaba muy lejos al principio (creo) de sospechar lo que le esperaba al final. Pero también es verdad que al principio, los oficiales

encargados del asunto no tenían aún disposiciones de querer su piel a cualquier precio, "para dar ejemplo". Las advertencias benevolentes no faltaron: date cuenta amiguito, un poco demasiado emotivo, ¡que estamos en estado de guerra! La deserción frente al enemigo, eso no gusta. Y si todavía no tenemos una ley prevista para eso, en estado de guerra somos nosotros los oficiales los que la hacemos, la ley...

Lo extraordinario aquí es que en ningún momento intentó zigzaguear. Visiblemente *no* era una cuestión de "salvar la piel". No era un miedo lo que le dirigía, sino una inimaginable seguridad ante la que, una vez percibida, eran más bien los oficiales los que iban a "tener pánico". Si hubiera sido para salvar la piel, habría tenido amplia ocasión de rectificar el tiro, al ver dónde podía llevarle su "insubordinación" o su "deserción" (sic). Siempre podía retractarse de su declaración escrita, para ganar tiempo. Igual que podía refugiarse en una buena depresión, una crisis de locura de aúpa. En los casos de estrés extremo como por el que acababa de pasar, ni siquiera hay que simular. El asentimiento al gran juego es inconsciente, y el Inconsciente se encarga del resto. Viendo a uno de sus valientes combatiente que se ha vuelto loco de atar, no hubieran seguido (no se fusila a los locos...) – lo habrían evacuado del frente inmediatamente 8y sin publicidad), a la espera de reenviarle a su casa cuanto antes, y con pinzas: ¡inútil a perpetuidad! El ejército se habría guardado mucho de solicitar otra vez sus servicios, ni en tiempo de guerra ni en tiempo de paz.

No, en ningún momento se le vino la idea de "transigir" para librarse. Sin embargo todavía le quedaban semanas de vida, solo en su celda, donde no tenía otra cosa qué hacer que meditar su situación, a la luz de las informaciones que le llegaban sobre lo que se tramaba alrededor de su "caso". Visiblemente supo que su camino *no* era el de transigir, el de "salvar la cabeza". ¡Pase lo que pase!

Aquí también veo una fortaleza *desnuda*, sin ningún apoyo que provenga del ego. Ni traza de postura heroica, ante un público imaginario o simbólico por reducido que sea, o aunque sólo sea ante ese que tanto le gusta engrandecerse. ¿Cómo le podría venir la idea de algún
N 509 "heroísmo", o la de una ♢"grandeza"? Más bien se veía en una maldita situación, eso sí, sin verdaderamente haberla buscado (digan lo digan los oficiales, cada vez más enojados...). Pues lo que había hecho para meterse en ese aprieto, sabía que *tenía* que hacerlo quisiera o no, no *podía* hacer otra cosa. Ya estaba unido a la Voz, a la exigencia interior en él, hasta el punto de que el pensamiento de no obedecerla jamás le vino.

¿Y qué le decía la Voz? Visiblemente no era: ¡apáñatelas como puedas para no volver a ese rompe-nervios rompe-cuellos al que una vez te dejaste arrastrar! Si hubiera sido eso no habría dejado de apañárselas de una forma u otra. No habría sido fusilado – ¡el primer y único fusilado en la historia del ejército americano! Y ni yo ni nadie habríamos oído hablar de él.

Y bien veo ahora que lo que la Voz le pedía era *testimoniar*. El testimonio de una fidelidad desnuda: no estoy hecho para esas cosas. Lo siento señores, hagan lo que quieran por su parte, incluyendo conmigo, la oveja negra. Lo que hagan les incumbe a Vds. y sea lo que sea no se lo tendré en cuenta. Hagan su trabajo – el mío, es testimoniar.

Seguro que la palabra "testimonio" nunca se le vino, cual una mano maternal sobre una frente ardiente. Seguramente la Voz le hablaba sin palabras, y es sin palabras como escuchaba lo que Ella le decía. Las palabras, incluso sólo pensadas, son un consuelo, como una mano fraterna que sostiene en un rudo y penoso camino.

Alguien te ama más que madre o hermano o alma que viva te haya amado jamás, ha querido que recorras sin ayuda tu camino solitario, hasta el final donde una muerte ignominiosa te aguarda. Alguien que te conoce mucho mejor de lo que jamás te has conocido a ti mismo, sabía que eras lo bastante fuerte como para no necesitar ayuda. Cuanto más duro es el camino, mayor es el testimonio y la fuerza fecunda que emana de él. Mayor también la purificación y la elevación del alma que lo recorre.

Ese camino solitario, Solvic, ese camino sin testigos, no lo has recorrido en vano. No en

vano para ti, que te has hecho grande al recorrerlo, humildemente y sin desfallecer (en la fe muda, sin dios y sin credo...) – hasta el final donde te aguardaba la copa tan amarga. Y no
N 510 en vano para nosotros que vivimos ◊hoy (como tú antes) en un mundo de sangre y fuego. Ni para nuestros hijos y sus hijos. ¡Conocerán un mundo mejor! Pues has sembrado sin saberlo, en la desnudez de tu fe y sin esperar recompensa. Y todos somos herederos de esa rara simiente, llamados a hacerla germinar.

(116) Solvic (2) – o la maravilla del calvario

(30 y 31 de enero)[477] Cuanto más pienso en la aventura de Solvic, más me choca por su carácter extraordinario, "maravilloso". Incluso diría: por su carácter providencial, y en el sentido fuerte del término, "milagroso". Quizás todavía nos falte la delicada sensibilidad para percibir ese tipo de milagro, cuando se produce ante nuestros ojos – en vez de ver (cuando vemos algo) una especie de "borrón" lamentable. Nuestra torpeza, o esa planitud del ser, es la que hace que nos repleguemos sobre "milagros" más groseros para alimentar un sentido de lo maravilloso podado y degradado desde la infancia: los "milagros" de Épinal que abundan en la imaginación religiosa[478], o, en nuestros días, los irrisorios "milagros" de la tecnologías, esos atrapa-tontos de los aprendices de brujo que somos...

Cuando, hace más de treinta años, leí el libro "The execution of the private Solvic", estaba más que medio hundido en esa torpeza. Pero por más torpe que fuera entonces, sin embargo ya tenía como una oscura y difusa percepción del carácter extraordinario de los sucesos que leía, por esa cohorte de testimonios en vivo, de un realismo aplastante. Una percepción, o una presciencia, que se manifestaba por una particular emoción – como si ese punzante mensaje tuviera algo particular que decirme, y yo estuviera demasiado sordo o demasiado distraído para escucharlo. Para eso tendría que haberme detenido un poco en mi carrera hacia delante, que pusiera la oreja. Estaban bien tapadas, esas orejas, por el lastre de las ideas preconcebidas y las actitudes aprieta-botón. Igual que debió ser el caso en más o menos todos los lectores de esa punzante historia, en mi percepción consciente permanecí entonces al nivel del simple "suspense", y del de una desolada indignación a flor de piel, del lamento: para una sola y única
N 511 ◊vez que fusilaron a uno de los suyos, ¡fue justo el que no hacía falta! Ese lamento es el que se expresa en la carta que escribí a mi madre aún "en caliente", donde le hablo de esa lectura que me había chocado tanto como para consagrarle casi una página (!), antes de pasar al orden del día. Allí no hay más que el eco de una reacción totalmente mecánica, desolada por un borrón, frustrada de un "happy end". Le había sacado jugo a mis veintiséis céntimos en suma, sin tener que molestarme en ir al cine...

Y sin embargo, aunque me olvido de casi todo, las impresiones de esa lectura han permanecido frescas como si fuera ayer. No los detalles materiales, pues he olvidado la mayoría. Justo las impresiones esenciales, apenas recubiertas por los vaivenes mecánicos. Las que lo son todo. Aquellas de las que no dije ni palabra en mi carta...

La torpeza humana es tenaz, ¡no nos deja así como así! Incluso el pasado mes de noviembre, en la nota sobre el Mahatma en que evocaba "la fosa común de los fusilados"[479], cuando me volvió el recuerdo de una lectura, a fe mía bien lejana, y hubo en mí esta sugerencia, como una cuestión dudosa más que una orden: "es bien abstracta y está bien vacía, esa fosa, deberías poner a alguien ¿no?" – empecé a hacer oídos sordos. ¡Chitón! Ya me había detenido demasiado con esas tres notas que no se acababan, sobre el gran Mahatma – no iba a embarcarme en explicaciones detalladas sobre una especie de "hecho diverso" militar estúpido y desolador, durante la última

[477] Continuación de la nota anterior "Solvic (1) – o la grandeza desnuda".

[478] Compárese con los comentarios de la nota "Milagros y razón", n^o 11.

[479] Véase la nota "El Mahatma de uniforme – u homenaje al no-soldado desconocido" (n^o 67), especialmente la página N 219, el reenvío a la primera de las notas (n^o 70) consagradas a Solvic, "La ejecución del soldado Solvic – o el crimen de los justos".

guerra, del que había sido víctima un ilustre desconocido ¡del que apenas recordaba el nombre! Pero no hubo nada que hacer, y tuve que encargarme de ello. Y cuando la terminé, la pequeña nota (no a pie de página), tres páginas mecanografiadas en limpio (no hubo forma de hacerlo más corto), supe que no había perdido mi tiempo.

Sí, aprendí algo ese día – algo que omití aprender hace treinta y dos años. Algo nada ordinario sobre ese "ilustre desconocido" (me acordé de su nombre al hacer el camino). Y por lo mismo, quizás, reaprendí algo sobre mí: esa torpeza (de lo más ordinaria por contra, ¡y bien familiar en mí!). Y también, sin darme mucha cuenta aún en esos días, algo sobre los caminos de Dios. Al escribir esas páginas es cuando por primera vez mis ojos comenzaron a abrirse a lo

N 512 ◊que de *maravilloso* había en la "triste historia" que estaba evocando.

Pero eso tuvo que seguir trabajando. Dos semanas más tarde, al escribir la primera de las notas consagradas a los "mutantes", ¡todavía tuve que superar una buena dosis de inercia para incluir al "amiguito" Solvic en tan selecta compañía[480]! Por supuesto, la idea de que tuviera que volver sobre él, después de toda una nota que ya le había consagrado (una nota, es verdad, que sentía más cargada de sentido quizás que ninguna otra que ya hubiera escrito...), esa idea no se me habría venido. Creía haber terminado la visita. Comenzó a brotar en estos últimos días, cuando me di cuenta, en mi "revista" de los famosos mutantes reunidos al completo, de hasta qué punto Solvic, en todos los aspectos, se distinguía de todos esos hombres tan distinguidos – ¡la oveja negra hasta el final, en suma! Sentía que todavía algo se hurtaba, se me escapaba. Esa impresión empezó a aflorar hace sólo tres días: aparece en la nota en que hago un primer examen de conjunto rápido del "abanico de mutantes", en una nota a pie de página añadida en el último minuto[481]. En ese momento estaba claro que aún tendría que poner algunos puntos sobre las íes, en el "caso Solvic", aunque sólo fuera para mí – sin detenerme demasiado, por supuesto. El lugar adecuado sería el comienzo de una nota en que hablase (¿entre otras?) de la actitud de mis mutantes frente a la guerra. (Una de mis "preguntas-test", neurálgica donde la haya desde siempre, para decidir: ¿estamos en el mismo bando, él y yo? Solvic decididamente lo está...)

Pero incluso dejando aparte la "guerra", la extraordinaria historia de Solvic es también una no menos extraordinaria *lección* – una lección cargada de enseñanzas. Lo que en este momento más me choca en ella, y que finalmente se decantó con la reflexión de ayer, es esto. (Que ya "sabía" desde antes de muchas formas, pero que ahora sé mejor, aún más profundamente...) Las pequeñeces, las limitaciones de toda clase, incluso las supuestas "taras" emocionales u otras, si bien constituyen un serio hándicap, más o menos pesado de una persona o de un momento a otro, no son sin embargo obstáculos absolutos al despliegue pleno de la grandeza latente en cada

N 513 uno. No impiden la eclosión en nosotros y la realización total de una ◊gran misión (aunque no sospechemos, ni siquiera en sueños, la silenciosa presencia de una misión arraigada en el ser...). ¡Bien al contrario! Cuando nos elevamos a una total fidelidad a nosotros mismos (y esa opción está abierta a *todos* sin excepción[482]), esos mismos hándicaps, superados como están por esa fidelidad (con la ayuda invisible de la Gracia, de la Acción de Dios en nosotros que esa fidelidad infaliblemente llama...), son desde entonces como otras tantas *voces* que atestiguan con potencia esa grandeza ignorada, como otras tantas *sombras* en una obra maestra que aportan profundidad y misterio a las claridades extremas y a las cálidas luces.s

Esas cosas, seguramente, estaban sobreentendidas por Jesús cuando nos dice que "*los últimos serán los primeros*". Por la humilde condición y la pobre apariencia de Solvic, por

[480] Véase al respecto una nota al pie de la página N 296, en la nota "Los mutantes (1): el ballet de los mutantes" (n^o 85).

[481] Véase una nota al pie de la página N 492, en la nota "Los mutantes (5): el abanico de mutantes – o diversidad y grandeza" (n^o 112).

[482] Que la opción de la fidelidad está abierta a todos es una de las múltiples formas de uno de los temas más insistentes, que se encuentra en filigrana a través de toda la Llave de los Sueños. Para uno de sus avatares, véase la sección "El hombre es creativo – o el poder y el miedo a crear" (n^o 44).

todo lo que le hace parecer (incluso a sus propios ojos) como humilde y bajo, y hasta por sus carencias de antes – por todo lo que le hace desentonar en tan selecta compañía (como un hombre desnudo desentona entre los bien vestidos...) – por todo eso su grandeza, una vez que emerge de la penumbra en la que permanecía envuelta, aparece en una dimensión totalmente diferente. Por eso me *maravilla*, a mí el testigo tan lejano. Por eso a mis ojos se revela como "el más grande" entre esos hombres de fe, esos intrépidos luchadores e infatigables sembradores que fueron todos grandes en la fidelidad a ellos mismos.

No pensaba especialmente en Solvic[483] cuando escribía hace cuatro o cinco días, al comentar el "abanico de mutantes", que

> "... ése es "el más grande", cuya misión fue la más pesada de llevar, y en quien la fidelidad a su misión, una vez reconocida o sólo presentida, fue la más total...

N 514

◊O más exactamente, al terminar de escribir esas líneas, mi pensamiento rozó a Solvic, para notar de pasada que, también ahí, "se pasaba" – lo que acababa de formular con tan extremo cuidado no se aplicaba sin embargo a él. No tal cual, al menos. Entonces no me detuve en ello. Ahora diría que su misión fue *aún más pesada de llevar* que la de ninguno de los otros, por el hecho de que en su situación ¡incluso estaba excluido que su misión pudiera ser "reconocida o sólo presentida" por él! Ese preciado consuelo de un conocimiento, o al menos de una oscura presciencia de su misión, no era para él. El que le ama más de lo que jamás pudiera amarse a sí mismo, no quiso que su fe perfecta se rebajara y tomara apoyo en ningún consuelo...

Si es cierto que toda fidelidad, a la vez que una fidelidad a *sí mismo* e inseparablemente de ésta, es una fidelidad a *su misión*, ésta última permaneció en Solvic (seguramente hasta el fin) totalmente ignorada. Y la fidelidad a él mismo la realizó en un despojamiento tal ¡que no debió conocerla ni de nombre! Fiel sin saberlo, sin ningún apoyo ni consuelo en tal conocimiento, su fidelidad es tanto mayor, más allá, quizás, de todo lo que podemos imaginar o concebir. Y (no tengo ninguna duda sobre eso): tanto más poderosa y más fecunda es su eficacia en el plano espiritual.

Y esto no son palabras bonitas, sino la expresión exacta de una íntima convicción que acababa de formarse, como uno de los frutos madurados durante la meditación de estas últimas semanas, cuando terminé la de ayer constatando que "*todos nosotros somos herederos*" de la siembra que hizo ese hombre fiel, en las últimas semanas de su vida. Siembra ardua, siembra dolorosa, e incluso por ese calvario, plenamente asumido, siembra *maravillosa*. Siembra no menos maravillosa que el camino de Cruz de Jesús, ese hombre del que fue, ciertamente sin sospecharlo y sin haberle conocido, más que un discípulo: un *continuador*. Sí, y un "continuador" tanto más perfecto cuanto que, como el mismo Jesús, no tenía ante los ojos ningún ejemplo, ningún precedente, ninguna luz exterior cualquiera que sea, que hubiese podido inspirarle y sostenerle, si no guiarle[484].

---

[483] Para la cita que sigue, véase la citada nota n^o 112 (penúltima nota a pie de página), página N 492. Al escribir esas líneas, pensaba sobre todo en Whitman, Carpenter, Freud, Neill y en sus misiones convergentes (de "abridores de brecha" en la represión del sexo). En el párrafo que sigue a las citadas líneas, me refiero a las existencias de esos cuatro hombres, añadiendo en perífrasis: "y también la de Solvic"; y dicho Solvic hace mutis por el foro hasta el final de la nota. De hecho la perífrasis fue añadida posteriormente (¡en contra de mis hábitos!), para arreglar un "olvido" que me parecía lamentable. Pues ya al escribir la citada nota, comencé a darme cuenta del carácter totalmente aparte del destino y de la misión de Solvic.

[484] Por la fe desnuda y por la fidelidad a él mismo, Solvic me parece como un igual de Jesús, como habiendo alcanzado la misma excelencia suprema. Quizás su prueba fuera más ruda, por un despojamiento aún más total – puesto que Jesús tenía el socorro de fuertes raíces religiosas, y de una fe que podía apoyarse en un pensamiento vigoroso, en una mirada penetrante, y en una experiencia de Dios íntima y *consciente*. Esa rara grandeza de Solvic no significa (¿hace falta decirlo?) que en su misión esté ¡fundar una nueva religión que lo reivindicase! Por su estado de madurez intelectual y espiritual tan basto, era un niño, en el estadio inicial de un largo aprendizaje, mientras que Jesús había alcanzado la cumbre. Unía en él las dos grandezas, la de la fidelidad o de la fe, y la de la madurez. (Para las relaciones entre las dos, véanse las tres notas consecutivas "Creación y maduración (1)(2)(3)", n^{o}s 48-50.)

N 515 ◊En verdad, ante tales maravillas que nos rodean sin que nos dignemos verlas, los ángeles del cielo exultan y se arrodillan. Y por su poder invisible, el destino del Mundo se alza sobre sus goznes y bascula...

(117) Solvic (3) – o el sembrador y el viento y la lluvia...[485]

Dios habla en voz muy baja y Sus signos son tan discretos, toman aires tan fortuitos, tan humildes y tan bajos, que parece que lo hacen a propósito para pasar desapercibidos. Pues a Dios le gusta el oído fino. Y Él quiere que el hombre preste atención a la voz que lo interpela y que sepa discernir *Su* voz – la más baja, la más humilde, ¡la menos vinculante de todas! Cuando el corazón hace silencio y presta atención, el humilde murmullo se hace clara e imperiosa exigencia que brota de lo más profundo. Entonces el murmullo de una brisa tiene precedencia sobre todas las órdenes de todas las potencias de la tierra. Y los signos que parecen imperceptibles se vuelven fulgurantes y llenan el cielo como otros tantos relámpagos inmóviles que iluminan nuestra noche.

Uno de esos signos "tan fortuitos, tan humildes y tan bajos" es ese pequeño libro de bolsillo de tapa chillona, comprado por la módica suma de veintiséis céntimos en Lawrence (Kansas, USA). Su título, no sé por qué, debió llamar mi atención: "La ejecución del soldado Solvic". ¿O un amigo me había hablado de él? El signo que quiero decir: que haya habido un hombre, creo que un periodista un poco escritor por las costuras (algún día encontraré su nombre en alguna parte...), que, hay que pensar, por una razón u otra se conmovió de ese hecho diverso de una ejecución sumaria e ilegal, en la que participó incluso un futuro presidente de los Estados Unidos. Bastante conmovido para dedicar un año o dos, me imagino, a hacer esa encuesta cuidadosa, siguiendo la estela uno a uno, cual un improvisado detective amateur, de los principales protagonistas del drama (aparte del ejecutado...). ¡No es poca cosa, no!

N 516 ◊Hay que decir que el "caso" tenía con qué atraer la imaginación de un americano: ¡el único soldado fusilado en la historia del ejército americano! ¡Y además ilegalmente! Sobre todo insiste en esto en su introducción, con aires de jurista, para enganchar al lector. Pero no me creo ni por un momento que esa aventura periodística haya sido motivada por una especulación publicista: en la estela de una guerra aún en las memorias, producir su pequeño best-seller, ¡quién sabe! Con su fuerza lapidaria, el libro está tan extraordinariamente bien hecho que la idea de que pudiera ser el mero producto de un cálculo se cae de su peso. "Algo" debió fascinar al autor, algo de muy distinto orden que la pela o la celebridad, para hacerle escribir (aunque fuera con testimonios interpuestos) lo que me parece de manera irrecusable como un *gran libro*.

Él sería ciertamente el primer asombrado de tal apelativo, porque no había tenido tal ambición (no más que la de hacer su best-seller...). Sin contar, otra vez, con que fácilmente los cuatro quintos de su libro (si recuerdo bien) son la reproducción textual de relatos y declaraciones de diferentes testigos. ¡Textos que no se inventan! Una verdadera obra colectiva para la reconstrucción póstuma de otra obra... Pero hacía falta, no sólo dar con los testigos e ir a buscarlos un poco por todo el continente americano, sino también y sobre todo saber suscitar los testimonios, en toda su autenticidad – ¡para cortar el aliento! Y reunirlos, situarlos en el relato de la investigación, presentar los personajes al hilo de las entrevistas. Sin contar la concepción inicial, la chispa que prende...

No hay ninguna duda: ese libro es una *creación*. Y no hay que extrañarse de que el autor no creyera tanto en su trabajo paciente, minucioso, obstinado, y como buen americano que era, quizás él mismo creyera sinceramente que ¡sólo hacía negocios! Bien sé que en una creación, lo esencial del trabajo no lo hacemos nosotros. Ponemos en él nuestro esfuerzo y nuestro amor, y el amor, ése no se apunta en nuestros balances... Y bien siento ahora a ese *Otro* que habla a través del autor, igual que habla a través de los testigos; Aquél que, durante una entrevista (grabada en cinta magnética...), les hace revivir sin máscara su papel en el Acto, tal y como eran en esos tiempos medio olvidados, alrededor de un hombre que van a fusilar...

[485] Continuación de la nota anterior "Solvic (2) – o la maravilla del calvario".

Y Solvic también estaba lejos de pensar que "creaba", e incluso a un nivel tan vertiginoso, que ni él ni alma alguna hubiera podido hacerse la menor idea. Y también ahí, con su participación sin fisuras, perfecta, *Otro* creaba a través de él.

N 517 ◊Recuerdo bien que ese libro era todo lo contrario a un "libro de tesis". Al autor le importa un pito, guerras o no guerras. Desaparece al máximo, es un hecho, pero por lo que a pesar de todo se transparenta de su persona, tengo la clara impresión de que por sus opiniones y todo eso es completamente un "señor todo el mundo". ¡Y sin embargo! Hay ese extraordinario respeto al *hecho*, al hecho bruto en su desnudez – un respeto que va hasta negarse a añadir la menor interpretación, ni de sugerir un "sentido". Sin embargo bien debía sentir, en el fondo de sí mismo, que esa historia que estaba descubriendo al escribirla, estaba cargada de un sentido, que era el único que daba su verdadero sentido a su trabajo. ¡De otro modo no se habría dado tanto trabajo! Pero ese respeto del que hablo, y ese desaparecer completamente detrás del hecho bruto de los testimonios (más elocuente que todo arte y todo comentario), fueron aquí esenciales. Sin ninguna duda, era él y nadie más el que tenía que escribir ese libro.

Me enganchó, golpeó, emocionó, ese libro, como debió enganchar y emocionar a otros. (La prueba es que tuvo su momento de éxito...) Y después lo he olvidado, igual que quizás lo olvidaron los otros que un día se emocionaron on él. Hay tantas cosas que nos emocionan más o menos, y sobre todo nos distraen – ¡una tras la otra! En mi caso eran sobre todo las mates por supuesto. ¡Todo se lo lleva el viento! Y sin embargo...

Es el viento, el viento caprichoso y fortuito, el que lleva la semilla. Sin él se estanca y perece. ¿Quién conocía a "Solvic"? ¡Ni vosotros ni yo! ¿Quién sabía algo de su camino extraño y solitario? Un puñado de testigos de su oscuro calvario, tal vez una veintena, todo lo más – y no hay ni *uno* de ellos, ni siquiera la joven viuda que dejaba, que haya sabido tanto sobre él y sobre su raro destino como uno cualquiera de los cinco o diez o veinte mil lectores ¡de cierto libro de bolsillo de veintiséis céntimos!

Dios nos ha dado nuestra oportunidad, a cada uno de esos lectores: ¡he ahí la semilla! Haced con ella lo que queráis...

No sabría decir qué paso con la semilla en los demás. Parece que tampoco en ellos, durante estos más de treinta años, haya germinado mucho – a falta de lluvia y de cielo quizás. El caso es que jamás he vuelto a oír hablar de él. (Tampoco cuando la guerra de Vietnam pasó por ahí...) Quizás, como en la parábola del sembrador, el terreno era pedregoso en muchos, y la semilla se secó allí mismo, con lluvia o sin ella. En mi caso, y seguramente en muchos otros, no era todo piedra, Había tierra, pero pobre y seca – justo para enterrar el grano en espera de días mejores.

N 518 ◊Es extraño, una vez enterrados, cómo resisten, esos granos de tres al cuarto...

Pero la lluvia de los Cielos cayó sobre mí, y muchas semillas adormecidas germinaron, incluyendo ésta. ¡Alabado sea Dios! Quizás yo sea el único. El único en ver la maravilla y la gloria, allí donde antes no había visto más que miseria. El único en haber visto el sentido de un calvario y la vertiginosa misión de un hombre fusilado como "desertor" y como "cobarde".

Pero único o no, aquí estoy como segundo relevo, para llevar una semilla que sé fecunda y que recojo de uno más grande que yo, a través de un primer relevo interpuesto (un pequeño libro de bolsillo de astrosa apariencia...)

El Viento de Dios dispersará la semilla. ¡Cielos, lloved!

(118) La roca en la arena – o moral patriótica y miedo al poli

(2 y 3 de febrero)[486] Finalmente, llegado casi al término de esta larga reflexión sobre los "mutantes", empiezo a tener la impresión de que los reflejos de conformismo, el miedo a "salirse" de la fila, a penas son menos tenaces, a penas menos profundamente arraigados en la psique cuando se trata de la guerra y de los rollos patrióticos y militares, que del sexo. Se infiltran en

[486] Continuación de la nota anterior "Solvic (3) – o el sembrador y el viento y la lluvia".

la psique más tarde, eso por supuesto, no en los primeros años de la infancia. También dudaría en situar lo que pudiera llamarse la "represión patriótico-militar", que embute a los ciudadanos adultos en un mismo molde marcial de asentimiento y (llegado el momento) de obediencia a la institución militar, en un mismo plano con la represión sexual. No es, como esta última, la clave de bóveda de la represión del Grupo, y de los "atavismos del rebaño" que éste imprime y mantiene en la psique individual. Bajo una forma insidiosa, a menudo casi invisible, la represión del sexo se infiltra prácticamente por todas partes en los comportamientos cotidianos de todos, de tanto que pesa sobre las relaciones entre los sexos, y también en la relación con uno mismo, con su cuerpo, con el impulso amoroso – y por eso también en la relación de cada uno con todos, los del mismo sexo igual que los del sexo opuesto. Nada de esto, ciertamente, ocurre con la represión patriótico-militar. En cambio, la erosión generalizada de la represión social que
N 519 se ha realizado (al menos en nuestras regiones) durante los ◊dos últimos siglos[487], me parece mucho menos pronunciada del lado patriótico-militar que del lado del sexo. Mientras que las leyes que sancionan la represión sexual tienden a suavizarse o a caer en desuso, las que obligan al ciudadano a echar una mano en las carnicerías colectivas orquestadas por nuestros gobiernos respectivos (tanto para ser mano de obra más o menos experta, como para llenar los osarios) son hoy tan rígidas e imperativas, si no más, como lo fueron un poco por todas partes hace dos o tres mil años. ¡El progreso no se detiene! Y el condicionamiento de las mentalidades para que acepten todos, o casi todos, las monstruosidades guerreras como normales y en la naturaleza de las cosas, y la participación con fanfarrias en las masacres como un deber sagrado, es hoy apenas menos universal y apenas menos completo que en ningún otro momento de nuestra historia[488].

Los dos tipos de represión, la sexual y la marcial, podrían verse como las dos facetas extremas del gran abanico de los condicionamientos y las represiones. Mientras que en nuestros días la represión del sexo a menudo se hace discreta, de suerte que sus penetrantes efectos en todos los planos de la actividad humana sólo se revelan a una mirada inquisitiva y perspicaz, la represión patriótico-militar, en cambio, se distingue de entrada por su impensable *enormidad*. La enormidad de lo que es considerado como "normal" e incluso como una "obligación" (legal, y por eso mismo "moral"), desde el momento en que unos señores decretan (con toda legalidad, como debe ser) que "es la guerra". De aquí a unas generaciones, a la gente le costará creerlo. Para el que se preocupa de abrir los ojos en lugar de cerrarlos sabiamente, tales cosas "superan la comprensión". Y es un signo tanto más asombroso del dominio del condicionamiento sobre nuestras sanas facultades de percepción y de juicio, que no sólo los locos dan de bruces en tales aberraciones, sino que incluso hombres que en otros planos se distinguen por sus cualidades de inteligencia, de coraje o de visión, participan también ellos o asienten como el primer memo o la primera tonta que llegue. Esto me supera tanto, lo reconozco, como las mismas bestialidades
N 520 y abyecciones sobre las que esos hombres ◊eligen decir sí y amén, dejándose llevar a ciegas, el el confort del conformismo patriótico, por la corriente inmemorial del rebaño (marchando en prietas filas hacia los grandes mataderos...)

Sin embargo es cierto que durante este siglo, aunque las leyes no se hayan ablandado, la convicción patriótica en los casca-cuellos periódicos se ha erosionado mucho. Durante la última guerra, del lado francés (menos sumisos que los alemanes al lavado ideológico), los soldaditos que llevaron al frente para batirse (les aseguraban) por sus hermanos polacos (de los que se preocupaban tanto como se preocupaban esos señores...) tenían la moral a cero. Creo que no habría ido ni uno, si no hubiera sido por el miedo al poli. Por qué disgustarse ciertamente de un

[487] Esta erosión se trata en la sección "...y su ruptura – o la usura de los Tiempos" (n^o 54).

[488] El único progreso que veo, aparte de la erosión de la convicción patriótica (que trataremos más abajo), está en el movimiento aún muy marginal de la objeción de conciencia. Movimiento (hay que precisarlo) más o menos ilegal, y como tal ignorado con soberbia o rechazado por las Iglesias de todo tipo, igual que por los espirituales y los gurús de todo pelaje y de todo calibre.

oficial concienzudo (y piadoso cristiano por encima de la media) como Légaut[489], sirviéndoles el acostumbrado discurso (sin verdadera convicción tampoco, por lo que me ha parecido): que defendían el honor de sus mujeres, así como la vida de sus hijos. Decididamente, los medios de masas y el gobierno francés no habían estado a la altura de los de enfrente. Los alemanes de Hitler, en buena hora, no habían ahorrado en medios y (sin haber escuchado las contritas recomendaciones de un Légaut) habían sabido preparar desde hacía tiempo las manos y los espíritus "para hacer lo que tuvieran que hacer llegado el momento..."[490].

El contraste con la moral del trueno en las tropas de todos los campos, desde la primera guerra mundial, es realmente llamativo y alegra mucho. (Uno se alegra como puede en estas tristes ocasiones...) Eso no ◊impidió esta vez que la carnicería prosiguiera y los osarios crecieran, incluso cuando la moral de los soldaditos alemanes, a fuerza de que esto dura y es fatigoso, empezó también a bajar. Sólo quedaban los rusos perdón, los soviéticos, galvanizados por el Padrecito de los Pueblos de feliz memoria, ¡que todavía tenían moral heroica! Se permite cualquier esperanza para la tercera guerra mundial tanto tiempo esperada...

N 521

Pero ahora que la coca-cola, el hot dog y los jeans han comenzado a invadir la patria del socialismo, incluso la famosa moral soviética, que había resistido a todos los delirios del Padrecito, terminó por recibir un golpe. El buen cristiano buen ciudadano que aún lo buscase, el sentido del sagrado deber de verdad de la buena, la fe ciega que se hunde en la piltrafa enemiga como si fuera mantequilla, ya sólo puede esperar encontrarlo en esos chinos paganos. Pero ahí también, los lavados de cerebro un poco a troche y moche y algo violentos, seguidos por la inevitable coca-cola, han hecho los mismos estragos que en el Gran Hermano. ¡Se acabó!

¿Y los heroicos vietnamitas? ¿La niña bonita de los intelectuales "de izquierdas" jugando a la conciencia del Mundo Libre contra los imperialistas americanos? ¿Los mismos que resistieron a los B 52, al napalm y a las bombas de fragmentación (astutamente excogitadas por el coleguita del laboratorio de al lado...)? No han tenido derecho a la coca-cola ni a los vaqueros (salvo bajo mano, a precios vertiginosos accesibles sólo a los parientes de los ministros y los pontífices del partido). El régimen más austero del mundo, y en ellos el sexo no es broma, más el hambre endémica y todo eso... Es decir que deben tenerla, la moral heroica, la fe marcial que no mueve montañas sino poblaciones, ¡la que hace crepitar las ametralladoras y barre culturas milenarias en los cubos de basura de la Historia!

Y no, también ahí se ha acabado. Su moral tan alabada, templada por veinte o treinta años de guerra, rápidamente ha sido lavada por una paz con garantía socialista. Después nada, es una pena. Eso no impide que las ametralladoras escupan – mientras que en pleno día las calles de Hanoi son más peligrosas que los barrios de mala fama de Nueva York o Chicago. Mientras que aquí todos esos celosos científicos y otros intelectuales de izquierdas que antes firmaban las nobles peticiones contra la guerra de Vietnam se lamentan de que el maná de los contratos y las copiosas dotaciones militares, para financiar la investigación (siempre igual de desinteresada), se haya hecho más raro y más avaro; salvo por supuesto para las investigaciones llamadas "clasificadas" – justamente aquellas que excogitaron las ingeniosas bombas de fragmentación y

[489] Sobre la actitud de Légaut, véase la nota ""Formación humana" – ¡y "Solución final"!" (n^o 72).

[490] Bien sé de lo que hablo, porque viví en Alemania hasta el mes de mayo de 1939, pasando por los pelos a Francia a los once años, poco antes de que estallara la guerra. El lavado de cerebro del "sagrado suelo" alemán y todo eso no había hecho mella en mí, pues la familia que me cuidó entre 1933 y 1939, una de las pocas del país que no daba ese tono, era un contrapeso eficaz – sin contar que yo también tenía, ya, mi pequeña chola. Y que sabía, además, que mi padre era judío. Los slogans antijudíos de la época no me atraían más entonces que ahora los slogans y las leyes antiextranjeros en Francia. En septiembre de 1939 hice el viaje de París a Nîmes en trenes repletos de reclutas que iban a sus cuarteles, bajo orden de movilización. La mortal del ejército francés, ¡tuve ocasión de verla de cerca! En ese momento igual que ahora, y por más chiquillo que fuera, la gruñonería amarga e impotente de los soldaditos franceses, ciertamente desprovista de penacho, de uniforme (cristiano, ciudadano y todo eso), me parecía más "humana" (¡eso sí!) y menos inquietante que la moral del trueno heroico del otro lado, que acababa de dejar sin pesar...

N 522 todo eso e incluso (pero eso ya es más ◊difícil) las de hidrógeno o las de neutrones, y los bonitos cohetes a medida (para entregar...).

Ya sólo en nuestros sabios, en suma, se puede encontrar todavía una moral firme – y más aún en aquellos que tienen derecho a buenos asientos en los consejos de esto o los comités de aquello o en nuestros equipos de investigación de punta (de lanza de hierro...). Pero en el cuartel se acabó, igual que en la iglesia o el templo donde también se ha acabado. En nosotros igual que en los demás, Occidente u Oriente da igual: la moral marcial igual que la religión, ¡se acabó, acabó, acabó! Licor del soldado, u opio del fiel – todo se gasta, se dispersa, manido, se descompone, los hermosos fervores patrióticos como las piadosas euforias de agua de rosas.

Sólo queda *el miedo al poli*. Y bien asentado. Intacto, imperturbable. El bloque de granito en la podredumbre general. El reflejo inmemorial, que hace que nos estrellemos ante todo lo que se presenta como "autoridad establecida", sea la que sea. Hoy igual que hace tres mil años, en el Inconsciente del señor X, sea un ilustre sabio o un patético empleado, jefe de estado o hooligan, la autoridad sea cual sea, siempre es "de derecho divino". Y siempre está *fuera*, jamás *dentro*.

Ahí es donde estamos. Y con sus "más" y sus "menos", en este año de gracia de 1988 en que escribo estas desoladoras líneas (para los niños de las edades por venir...), *todos* nosotros estamos ahí. Éste es el famoso "material humano".

El buen Dios, tendrá mérito si consigue sacar algo de provecho. *Cómo* lo hará, cómo ese reflejo que se estrella y que vuelve idiota dará lugar a *otra cosa*, creo que eso, ningún alma, ni mil años después de que haya "ocurrido", lo sabrá jamás. Igual que no sabremos cómo un día Él insufló vida en la materia, y cómo, en todo instante que pasa y se desliza hacia la eternidad, Él insufla de nuevo su Soplo creador en el que nace...[491]

N 523 ◊(119) Asignación de una misión – o el "espiritual" ante las banderas...[492]

¿Y qué parte tienen mis queridos mutantes en todo esto?

Y bien, hay que reconocer que dejando aparte a Solvic (que salva el honor, e incluso mucho más que el honor...), está lejos de ser brillante. Ese sobresalto elemental, sin réplica, absoluto: "¡No, nada de eso!" – en ninguno de esos distinguidos hombres lo he encontrado. En algunos de ellos (como Hahnemann, o Freud) sólo un hastío, abrumado uno, resignado el otro: ¡vaya – otra mierda de guerra! Nada de ardientes patriotas, ya es bastante. Nada de los que vibran al son de las bandas y el ondear de banderas y los discursos de los ministros, de los príncipes, de los generales. Pero incluso en éstos hay como una aceptación tácita, casi diría una *connivencia*: ¡y bien, es la guerra! Igual que se diría: y bien, es la lluvia, cuando se tienen ganas de pasear, o: y bien, es un pedrisco, cuando es el tiempo de la cosecha. Una calamidad natural, que estropea la cosecha a su manera, ni más ni menos. Está en el orden inmutable de las cosas. Nuestros hijos serán soldados aunque nosotros no hayamos sido o no lo seamos, y harán la tarea (no queremos saber cuál...) que les sea ordenada (como nosotros hemos o habríamos hecho...). ¡Así es la vida!

Igual que fue el caso, hace uno o dos siglos, de la trata de esclavos, la tortura judicial, policial o militar (todavía en uso, pero no a la luz del día...), las ejecuciones públicas como gran espectáculo: ¡así es la vida! Lo que "siempre ha sido así" (y aunque sea desde hace una generación o dos, da igual que la eternidad...), es parte, de golpe, del inmutable Orden de las Cosas. Querido por Dios en suma (para los que tengan un Dios, siempre bueno para justificar las abominaciones del hombre). No hay nada tan inicuo, bestial o abyecto, que no se encuentre, si no satisfactorio, al menos normal y conforme al eterno orden de las cosas, desde que por la fuerza de un decreto bautizado "ley", entre un poco en los usos. Por eso la guerra, costumbre desde la noche de los tiempos, es la institución humana más sagrada, la más inviolable. (Y además, por una

[491] Véase la continuación en la siguiente nota, del mismo día.

[492] Continuación de la nota anterior de la misma fecha, "La roca en la arena – o moral patriótica y miedo al poli".

sabia Providencia, sobreabundantemente santificada por los textos considerados "sagrados"[493].)

N 524 "Mutante" o no "mutante", espiritual ◊o profano, es parecido: cuando no es el asentimiento más o menos convencido, más o menos comprometido, es el asentimiento resignado. Una vez puesto el uniforme, bien fino el que aún diga la diferencia...

Dejando aparte los libros de guerra, que tienen su clientela asegurada, es increíble lo discretos que somos, en el bello mundo del pensamiento, del espíritu, de la religión, del arte y todo eso, sobre ese (ejem, ejem) pequeño borrón periódico en la vida de los pueblos y las gentes (un poco como con lo que pasa en la cama con los esposos o los amantes...). Como si en una casa en que el hombre y la mujer se acaban de zurrar a botellazos, se hablase de las sublimidades del alma, de concordia y de virtud, con la boca como un culo de pollo y haciendo como que no se ven los vendajes ni los ojos amoratados. Púdico silencio sobre esas contingencias, o a veces, en medio de una frase, un eufemismo lacónico: "caído en el campo del honor" (vaya honor...) o "muerto por Francia" (vaya Francia...). Escritos muy espirituales o muy sabios da igual, incluyendo a mis mutantes[494]. Sólo está Solvic, a quien ni se le ocurriría escribir algo para instruir a los demás. Si escribió algo, fue con su sangre. Y ante esa sangre y ante *ese* coraje, la tonta elocuencia de los poetas del rebaño está muda...

Éste sería el momento de hacer una pequeña revista de mis mutantes (nobleza obliga...), referente a la famosa moral militar. Empecemos por los que se consideran "espirituales", para ver con detalle a qué les lleva dicha espiritualidad. Veo diez:

N 525 ◊Whitman, Râmakrishna, Bucke, Carpenter, Steiner, Gandhi, Teilhard, Guruji, Krishnamurti, Légaut.

Por lo que he podido ver hasta ahora, Râmakrishna, Bucke, Steiner, Teilhard, Krishnamurti, Légaut[495] no dicen ni palabra en sus obras, del pequeño borrón. Hay que pensar que les molesta, o que no es tan borroso como para que piensen en recargar su prosa.

[493] También hay textos sagrados (es verdad que mucho más raros), en que la cuestión es *no* matar – parece que se predican incluso en la escuela dominical. Por supuesto que son pura filfa cuando desde arriba (donde deben de estar bien informados) se nos dice que es el momento de matar, y además que cuantos más matemos de los de enfrente más seremos valorados.

[494] Como veremos más abajo, decididamente hay poner aparte a Guruji (al menos el de después de Hiroshima), y quizás también a Carpenter. Es interesante constatar que, desde hace menos de un siglo, hay miles de libros, sobre todo en la estela de los trabajos de Freud, que sacan a la luz los efectos de la represión sexual y que de una forma u otra se esfuerzan en *descondicionar* al lector, de ayudarle a encontrar una relación armoniosa con su cuerpo y con el impulso; en cambio no conozco un solo libro que se consagre a estudiar el condicionamiento patriótico-militar y sus efectos, y que se esfuerce en ayudar al lector a superarlo, es decir: que le anime a practicar la desobediencia civil frente a la autoridad militar. Tal libro, es cierto, las tendría todas para atraer los rayos de la ley, bajo el cargo: "incitación a la desobediencia de los militares". (Una ley penal que no bromea...) No hablo aquí de diversos panfletos de pequeña tirada que circulan bajo cuerda, editados por su cuenta por asociaciones de objetores de conciencia (a menudo valientes y bien documentados) o pacifistas (a menudo bien vagos, sosos y cursis).

[495] Recuérdese que Steiner y Teilhard, cada uno de su lado del Rin ("el bueno", hay que decirlo) tomaron parte sin reservas en la guerra del 14-18, y Légaut en la de 39-45. Por lo que sé, ninguno de esos tres hombres aprendió la lección de la guerra, y posteriormente no superó los reflejos marciales bien asentados que le inculcaron en su juventud. En cambio, me han dicho que en una entrevista televisada, cuando le apretó el entrevistador, y sin escabullirse, Krishnamurti habría dicho, como algo evidente, que el hombre "serio" espiritualmente tenía, en caso de guerra, que asumir el deber de desobediencia, e incluso dejarse fusilar. El amigo que me lo contó estaba asombrado – decir algo como eso, como la cosa más natural del mundo, ¡y decirlo en una televisión pública! Pero la palabra, sobre todo en una TV, se la lleva el viento. Lamento que Krishnamurti (que ha escrito docenas de libros en que se repite sin cesar), no haya juzgado útil poner negro sobre blanco al menos en uno de sus libros algo tan elemental y tan importante; e incluso, de repetirlo una y otra vez, en vez de otras cosas infinitamente menos importantes...
En cuanto a Râmakrishna y Bucke, por lo que sé de ellos no veo que se dejen llevar a descarrilamientos patrióticos. Si, en lo que he leído de ellos, no se pronuncian sobre este tema, quizás sea simplemente porque en el contexto en que estaban situados, la cuestión les era lejana y no se planteaba, en lo que se esforzaban en comunicar.

Gandhi en cambio mete un buen gol, de casuística retorcida y débil, para justificar lo injustificable a golpes de sutilezas vanas, de grandes principios, de bellas poses y de frases vacías[496]. Hay ahí una verdadera traición al Espíritu (que se me perdone si la expresión parece pomposa), como un hundimiento espiritual, un insidioso *principio de gangrena*, en un ser de gran talla y que en otros aspectos fue fundamentalmente recto y probo. Creo que esa infidelidad mayor a sí mismo y a su misión ha neutralizado en gran parte, ha desactivado el fermento espiritual que fue su mensaje, que desde hace mucho se ha diluido en los conformismos de costumbre (siguiendo el ejemplo que él mismo dio...)

Frente a esa indiferencia o al asentimiento tácito o expreso de unos, y de esa traición renovada sin cesar de otros, las figuras de Whitman, de Carpenter y de Guruji vienen, afortunadamente, a poner algunos puntos de luz en un cuadro bien sombrío. Después de la experiencia
N 526 iluminativa de Whitman que ◊inspiró la primera redacción de sus "Hojas de Hierba", los acentos algo marciales de ese periodista de todo pelaje parecen haber desaparecido. En todo caso, la numerosas páginas que consagra a sus "experiencias de guerra" (sobre todo en hospitales militares improvisados de Washington), durante la Guerra de Secesión, no son de las que hacen vibrar las fibras guerreras, ¡bien al contrario! Sin embargo había creído en ella, en esa guerra por lo que le había parecido una noble causa: la liberación de los negros. Y por una extraña paradoja, si se deja aparte su experiencia mística de unos diez años antes, la "participación" (si puede decirse) en esa guerra fratricida es en la vida del poeta la experiencia que más profundamente le marcó, la que suscitó en él el trabajo de maduración más doloroso, el más largo, y el más intenso.

Carpenter, quizás en la estela de Whitman pero, como debe ser, destinado a ir más lejos que él, llegará hasta romper lanzas por la causa de la objeción de conciencia. Mientras que Gandhi, un extranjero en África del Sur, se pone servilmente al servicio de los amos británicos durante la guerra de los Boers, Carpenter (un ciudadano británico) resueltamente toma partido contra la guerra conducida por su propio país. Quince años más tarde, y ya en el atardecer de su vida (tiene entonces 70 años), la locura guerrera de los años 1914-18, en la que el futuro Mahatma Gandhi se apresuró de nuevo a ponerse al servicio de los amos ingleses de la India, desencadena en él una ola de tristeza infinita...

Pero es el caso de Guruji el que me parece más asombroso, y también (dejando aparte el de Solvic) el más prometedor. Hasta el final de la última guerra, lo hemos visto, Guruji es, vis a vis de la autoridad y de la guerra en general, de un conformismo total. Entre 1938 y 1945, en la guerra sino-japonesa y en la estela del avance de las tropas japonesas en Asia, Guruji incluso hace gala de un oportunismo misionero frisando la inconsciencia, y que no cede en nada
N 527 al de Gandhi[497]. Pero después de la bomba de Hiroshima el 6 de agosto de 1945 (el día ◊de su

[496] Véase al respecto la larga nota "El Mahatma de uniforme – u homenaje al no-soldado desconocido" (n^o 67), así como las dos (o tres) notas que la siguen.

[497] Véase al respecto la nota "El santo y sus flaquezas – o la paradoja del mutante" (n^o 71). Señalo que en ningún momento Guruji se preocupó de cocinar tortuosas "justificaciones" morales para su oportunismo, como hizo Gandhi. Para Guruji, el camino que seguía, en la total convicción de su justicia, era su propia justificación. Incluso al dejar una vía para seguir otra, la idea de que la primera podía no ser justa, ni de que hubiera cambiado de vía, se le podía venir. Quizás porque para él, él es *uno* con su vía, y que su fe total en él mismo (o una *cierta* fe el él mismo) le impide poner en cuestión que esa fuera su vía, igual que ponerse en cuestión a sí mismo. Es ahí donde creo ver su principal limitación.
No me parece nada absurdo suponer que ese "oportunismo" militar-misionero bastante alucinante de Guruji, durante la guerra de Manchuria y en los primeros años de la guerra del 39-45, bien podría haber sido suscitado o al menos animado por el ejemplo de la actitud similar de Gandhi. Aunque leía poco y sólo en japonés, Guruji pudo haber oído hablar. Recuérdese que Guruji tenía por Gandhi una veneración comparable a la que tenía por San Nichiren, del que era el discípulo y el continuador directo. Gandhi era para él *el* gran santo de los tiempos modernos, y todos sus actos, igual que los de Nichiren, sólo podían ser ejemplares, santificados por el que actuaba. No es de otro modo como le veían los discípulos de Guruji a él mismo, y (como acabo de recordar) es un poco (mucho) como se terminó por verse a sí mismo. Con mucha más razón un hombre aureolado de un incomparable prestigio espiritual como Gandhi. (Ante tal resplandor, la razón se calla...)

sesenta cumpleaños), fue un cambio de actitud dramático, repentino y total[498]. De la noche a la mañana (tal fue al menos mi impresión al leer su propio testimonio), se compromete en una lucha incondicional por la paz, contra los aparatos militares y contra toda forma de violencia guerrera. El mensaje de la paz, y esa lucha que le es inseparable y que es su nervio, están desde entonces en el centro de su misión, de forma todavía más esencial (al menos a mis ojos) que su actividad misionera. Desde entonces ésta se presenta como un *medio* para propagar la paz, más que como un fin en sí misma ([120]).

Ese mismo año, a penas unos meses antes, la salva del pelotón de ejecución puso fin a la joven vida de Solvic, y selló para siempre su misión. Es prácticamente seguro que Guruji nunca oyó pronunciar su nombre. Sin embargo, todo ocurre como si la misión realizada por Solvic, en la perfección última de su fidelidad y su muerte, hubiera *pasado* de sus jóvenes manos patosas e inexpertas a las fuertes manos de Guruji. Durante los cuarenta años de vida que le quedaban, hasta su muerte el 8 de enero de 1988 (en su centésimo año), Guruji portará con una fidelidad sin fisuras esa nueva y más grande misión que le había tocado. Como si ese conocimiento mudo, ese conocimiento desnudo de Solvic, tanto tiempo ausente en el intrépido Nichidatsu Guruji (que esperaba diseminar el mensaje del Buda a punta de bayoneta japonesa...) – como si ese conocimiento infinitamente valioso hubiera pasado, de alguna manera misteriosa, del pequeño chaval de aspecto despreciable y dudoso pasado, fusilado con las luces del alba por "deserción frente al enemigo", al impávido Bodhisattva[499] sin miedo y sin temor, poderoso hombre de acción y viejo luchador solitario, templado y purificado por una larga vida de fe, de ascésis y de oración.

N 528 $^{\diamondsuit}$([120]) Misión de paz y trabajo misionero – o lo esencial y lo accesorio.

(4 de febrero)[500] El "medio" en cuestión (el trabajo misionero para propagar el "mensaje de paz") a menudo me pareció cuestionable, al menos en los discípulos de Guruji. Más de una vez, vi que la preocupación por propagar su fe religiosa, y más aún, la de ampliar la audiencia y la influencia del grupo al que se identificaban en cuerpo y alma, motivaba comportamientos que no propagaban el espíritu de paz, bien al contrario. Es el fenómeno tan común de la degradación de las "grandes causas", y de los movimientos y los grupos que las defienden, por los sempiternos mecanismos de vanidad y autoengrandecimiento de los que creen servir a la causa, incluyendo los que se dedican a ella en cuerpo y alma.

Si bien en Guruji no he percibo ansia de autoengrandecimiento[501], en cambio he tenido ocasión de notar[502] una tendencia a la intolerancia religiosa, menos invasiva no obstante y menos absoluta que en su maestro y modelo Nichiren (que no les va a la zaga, en esto no más que en la fe y el indomable coraje, a los primeros apóstoles del cristianismo). Igual que para un

[498] Sin que Guruji se diera cuenta de que cambiaba de actitud y de opciones ¡de manera, a fe mía, draconiana! Véase al respecto los comentarios en el primer párrafo de la anterior nota a pie de página.

[499] N. del T.: Bodhisattva es un término propio del budismo que alude a alguien embarcado en el camino del Buda de manera significativa.

[500] Véase el reenvío a la presente nota un poco más arriba, hacia el final de la nota anterior "Asignación de una misión – o el "espiritual" frente a las banderas..."

[501] Eso no significa que Guruji esté totalmente exento de todo movimiento vanidoso. (Sólo he conocido uno de tales hombres en mi vida, y eso ha sido una gran suerte en mi vida...) Ni que nunca cerrara los ojos ante las realidades que pudieran poner en cuestión ciertos aspectos de su persona, de su misión, y de su relación con los demás. De hecho, como en la casi totalidad de los hombres, en Guruji no he encontrado traza de una actitud de conocimiento de sí. Pero yo no pondría en pie de igualdad el "ansia de autoengrandecimiento" y el rechazo a ponerse en cuestión, es decir la ausencia de una actitud de conocimiento de sí. Ciertamente hay relaciones estrechas y delicadas entre ambos, pero no hay que meterlos en el mismo saco. La tendencia al autoengrandecimiento es la compensación a un secreto desprecio de sí. Ese mecanismo está desactivado en el ser que tiene una percepción clara de su propia grandeza. Y creo que sólo tal percepción (aunque sea inconsciente) es la hace posible la verdadera humildad.

[502] Véase una nota al pie de la página N 232, en la nota "El santo y sus flaquezas – o la paradoja del mutante" (n^o 71).

Rudolf Steiner, un Teilhard de Chardin o un Légaut se da por hecho que la religión cristiana es la religión última y final, llamada a extenderse sobre todo el planeta suplantando a las otras religiones (supuestamente menos universales y menos perfectas), para un Guruji el "verdadero"
N 529 budismo enseñado ◊por Nichiren, y que culmina en la plegaria "Na mu myo ho ren ge kyo" que es su quintaesencia, ha de suplantar (por su sola fuerza espiritual, se sobrentiende...) cualquier otra forma de religión. Más aún, para él "la paz", y la oración por excelencia que se supone que la encarna, son indistinguibles – su fe religiosa rechaza distinguirlas. Así, no creo que en su espíritu distinga (como yo he hecho) entre su obra misionera y su misión de paz, que diga que una es un "medio" para la otra. Durante su vida cerró los ojos a la evidencia de que, igual que cualquier otra plegaria o canto, la Oración de las oraciones, don supremo del Buda al Mundo como perfecta encarnación de la paz, podía sin embargo propagar tanto la guerra como la paz, según las disposiciones interiores del que la hiciera suya.

Antes de Hiroshima, de los dos aspectos de la misión de Guruji, sólo la obra misionera es claramente visible y expresa. A mis ojos, ese aspecto de su misión es enteramente secundario. Para los destinos espirituales de la humanidad (o sólo de un pueblo, cual el pueblo japonés o el pueblo indio), el reparto geográfico de las diferentes religiones y de las corrientes religiosas (incluyendo la muy personal que Guruji incardinaba en los nombres de Nichiren y del Buda), me parece más o menos indiferente. La mayoría de las religiones profesan ser "religiones de paz", pero no hay ni una que sea fiel a esa misión. Y hasta 1945, la corriente religiosa encarnada en la persona del mismo Guruji no era una excepción. Entonces Guruji no dudaba en apelar (por otra parte en vano) a los buenos oficios de los jefes del ejército japonés para implantar manu militari la forma de religión que estimaba la mejor para todos los hombres. Incluso suponiendo que la fortuna de las armas japonesas fuera propicia y que los jefes militares le hubieran escuchado, y que Guruji hubiera logrado propagar la "Oración perfecta" a través del continente asiático e incluso a través del mundo entero, en la estela de los tanques y los raids aéreos, los destinos espirituales de la humanidad no habrían avanzado ni el grosor de un cabello – ¡bien al contrario!

Para mí, la verdadera misión de Nichidatsu Fujii Guruji nace el 6 de agosto, con la bomba de Hiroshima, lanzada el día de su sesenta cumpleaños. Los primeros sesenta años de su vida me parecen como una *preparación* para la misión que le esperaba, para el día que supiera escuchar su voz – una *misión de paz*. Si tuvo audiencia ante hombres y mujeres de todas las confesiones y todas las naciones, no fue a causa de sus esfuerzos misioneros por sí mismos, que les concernían
N 530 ◊en nada (al menos no directamente), sino porque su excepcional personalidad y, más aún, su persona en el plano humano, encarnaban desde entonces, con una fuerza rara vez alcanzada por otros hombres, esa misión de paz a la que servía. Seguramente la habría servido aún mejor si hubiese sabido (o querido) marcar la diferencia entre lo *esencial* y lo accesorio, entre la misión de paz y el trabajo misionero. A falta de hacer la distinción, muchas veces lo accesorio ha oscurecido lo esencial. Ésta me ha parecido que es la principal limitación del "ministerio" de Guruji, en lo que fue su misión vis a vis del Mundo[503].

Pero las limitaciones de un hombre no son obstáculo para su grandeza. El rechazo sumario o la piadosa ficción nos la oscurecen, sin que por eso deje de existir. Enfrentado a los signos (a veces desconcertantes) de las limitaciones de un hombre, uno desprecia o se indigna y rechaza al hombre, y tal otro no ve nada, pues a él tampoco le importa el hombre; necesita un ídolo que adorar. Uno y otro dejan de lado lo esencial, con igual ignorancia. Al delimitar con extremo cuidado y con respeto los límites de un hombre, con ese trabajo amoroso la verdadera grandeza surge poco a poco de las brumas y aparece.

[503] Es la que se podría llamar "limitación exterior" de Guruji, la que aparece en su misión "hacia el exterior". Me parece que esa limitación es la señal exterior de una "limitación interior", que rozo de pasada en la penúltima nota a pie de página, y ya fue tratada en una nota al pie de la página N 526 en la nota anterior (primer párrafo de la nota a pie de página), e igualmente largo y tendido en la citada nota "El Santo y sus debilidades" (n^o 71).

(121) Los mutantes (7): Freud en el torbellino – o el coraje de la lucidez

(5 de febrero)[504] En la penúltima nota desarrollé rápidamente, con el ejemplo de los diez "espirituales" entre mis "mutantes", el tema tan poco alentador del "espiritual ante las banderas". De los diez, sólo encontré tres que fueran sensibles, en diversos grados y con reacciones bien diferentes, a la desgracia y la amenaza del "chancro militar" que corroe pueblos y naciones. Son Whitman, Carpenter, Guruji. (Guruji después de la edad de sesenta años – en tales enfermedades, nunca es demasiado tarde para curarse...)

N 531 ◊Ni por un momento me hago ilusiones de que mi "muestreo" sea representativo. Incluso entre los hombres cuya vida tiene una auténtica dimensión religiosa, que supera la beatería de costumbre, no debe de haber uno sobre cien ni quizás sobre mil, no más hoy que en ningún otro momento a lo largo de los siglos y los milenios, al que esa apertura a lo divino le vuelva sensible a la monstruosidad de la guerra. Hasta el punto de que uno se pregunta para qué sirve esa religiosidad que hace tan buenas migas con tal ceguera espiritual, con un conformismo tan lúgubre, y cuál es pues su papel en el devenir humano, tanto individual como colectivo[505].

Y que los hombres de religión o de Iglesia no se asombren de que hayan perdido, que la religión y las Iglesias que representan hayan perdido credibilidad y audiencia. La traición secular de las religiones, la traición reiterada sin cesar de siglo en siglo y de milenio en milenio, es la que las ha descalificado para enseñar y para guiar. Pero de todas las innumerables iniquidades que las Iglesias unánimemente han sancionado, no hay ninguna que en inmundicia alcance a la institución de la guerra, hoy más cebada y más voraz que nunca. Y hoy la medida está colmada y rebosa el karma acumulado por la iniquidad y la ceguera de generaciones. Si Dios Se limitase a dejar actuar la justicia cósmica del karma, la de las solas causas y efectos, no habría ni *uno* de nosotros que, antes de que este siglo sangriento y cobarde haya tocado a su fin, no pereciera a sangre y fuego en la hoguera ardiente, y bien pocos que no siguieran errando de eternidad en eternidad en busca de una imposible liberación.

Me falta pasar revista rápidamente a las actitudes, frente a la locura militar, de los otros ocho mutantes que faltan. Son

Hahnemann, Darwin, Riemann, Kropotkine, Freud, Neill, Félix, Solvic.

N 532 Los cinco primeros pueden considerarse sabios[506], mientras que Neill ◊y Félix (Carrasquer) son educadores, y Solvic, decididamente siempre igual de inclasificable. Inútil volver otra vez sobre él[507]. Desde mi punto de vista aquí, él es el punto último en el lejano horizonte del devenir humano...

Ya he hablado en su lugar del "abrumado hastío" de Hahnemann, que durante una buena parte de su larga vida tuvo la desgracia de verse enredado (como si fuera adrede), y además con su numerosa familia, en los "teatros" de operaciones de toda clase de guerras. Sin ser él

[504] Continuación de la penúltima nota, "Asignación de una misión – o el "espiritual" ante las banderas".

[505] Esta cuestión ya ha aflorado más de una vez en las páginas de la Llave de los Sueños. Véase especialmente la nota "Los clichés del espiritual (1): ¡alto! al error y la ignorancia" (n^o 51), y unas notas al pie de la página N 151 y la página N 153.

[506] Se sobrentiende que aquí tomo "sabio" en un sentido que implica un giro espiritual, un enfoque del pensamiento, la dirección de una curiosidad, más que características profesionales o sociológicas. Entre los diez "espirituales" citados en la penúltima nota, Bucke, Steiner, Teilhard igualmente pueden ser considerados "sabios", y Teilhard incluso en el sentido más estricto del término. En cuanto a Bucke, Steiner, Hahnemann, Kropotkine, conviene tomar el término "sabio" en el sentido más amplio que acabo de evocar.

[507] Se ha hablado abundantemente sobre él en las tres notas consecutivas "Solvic (1)(2)(3)" (n^{o}s 115-117), así como al final de la nota "Asignación de una misión – o el "espiritual" ante las banderas" (de la que la presente nota es continuación). Tampoco volveré sobre el caso de Neill, que se trató de forma detallada en la nota "Neill y el bombardero – o la felicidad-a-gogó y la *otra* dimensión" (n^o 94). Visiblemente Neill tenía una aversión visceral contra el espíritu militar y contra la monstruosidad de la guerra, pero no muestra ninguna veleidad militante antimilitar. Sobre todo, se prohíbe cuidadosamente (igual que al personal de Summerhill) influenciar a los alumnos de Summerhill sobre este tema crucial. Quizás sea más una elección táctica que un principio educativo bien sopesado...

mismo alistado en ningún ejército, a título de médico más o menos benévolo tuvo que cuidar los heridos y moribundos un poco de todos los campos. Vio lo suficiente, decididamente, para aclararse sobre la locura guerrera, y para no arriesgarse a caer en ella jamás.

Por el contrario, ignoro todo sobre las actitudes de Darwin y de Riemann, y me reduzco a presunciones sobre la materia. Me parece que Darwin fue un producto perfecto de su medio y de su tiempo, y (diferente en esto de mis otros mutantes[508]) y que tuvo parte en las actitudes e ideas que eran comúnmente recibidas. Sus sentimientos cívicos parecen haber sido, sin más (ni menos), que los de un leal súbdito de su majestad la reina Victoria. Estaba convencido de la superioridad total de las razas blancas sobre todas las demás, y entre ellas de la preeminencia del pueblo de la citada Majestad. Pero más que hacer la demostración a punta de espada de sus valientes soldados, su temperamento particular le llevaba hacia las vastas avenidas de la ciencia de su tiempo, donde ciertamente no faltaba qué hacer. Gracias a esas circunstancias hemos tenido, en vez de un apuesto general más, un gran sabio.

En cuanto a Riemann, su espíritu meditativo y benevolente y su excepcional madurez espiritual debieron preservarle, estoy convencido, de los fervores patrióticos. Pero su temper-
N 533 amento modesto no debía llevarle a ◊expresar públicamente sus sentimientos sobre tal tema. Seguramente no tenía madera de luchador ni de "contestario".

En cambio, tanto Kropotkine como Félix, y más que ningún otro entre mis mutantes (a parte quizás de Hahnemann), han sido grandes luchadores. Uno y otro pusieron su considerable energía al servicio de los ideales anarquistas. Creían en la virtud liberadora de la revolución armada del pueblo contra sus opresores, también pues en la necesidad y en el carácter benéfico de lo que pudiera llamarse una "guerra de clases", la cual, creían ellos, cuando hubiera abarcado la tierra entera, crearía una sociedad de fraternal ayuda mutua entre iguales, y por eso mismo pondría fin de una buena vez a toda guerra. Esa guerra, *su* guerra, sería pues "la última". Ésa es una cantinela bien conocida, ¡ay! ya desde la primera Guerra Mundial que, también ella, ¡se suponía que era la última guerra! Además me ha parecido notar que Félix, aleccionado por los precedentes de la historia y sobre todo por las sangrientas lecciones de la guerra civil española, se ha decantado un poco más y ya no cree tanto en las virtudes liberadoras de la "guerra revolucionaria". Si es que una guerra transforma a los hombres, pudo darse cuenta que rara vez es en su provecho...

En todo caso, ni Kropotkine ni Félix (hay que decirlo) se dejaron engañar por los clichés patrióticos, ni por las guerras de hegemonía entre las naciones. Nunca noté en Félix traza alguna de complacencia vis a vis de su propio pueblo, en el que estaba tan arraigado como cualquiera, ni de reserva alguna (incluso inconsciente) vis a vis de ningún otro pueblo, nacionalidad o raza. Me gustaría decir otro tanto de Kropotkine, pero (como ya señalé en su lugar[509]) aquí hay un fallo, ¡ay! en la personalidad tan atrayente de ese hombre generoso y benevolente. Parece ser que durante toda su vida guardó de sus años jóvenes, cual barreduras anodinas olvidadas bajo un mueble de hermosa prestancia, sentimientos antialemanes. Se les ve aflorar de pasada aquí y allá, muy discretamente hay que decirlo. Y sin duda yo los habría olvidado si no fuera porque en el atardecer de su vida (tenía 72 años en 1914), cae en la locura guerrera general, y da su aprobación a una guerra que (según él) era la lucha final de la "civilización" contra la "barbarie" (germánica). Barbarie germánica que, tres cuartos de siglo después y tras otra guerra mundial
N 534 aún más jugosa que la primera, se porta ◊hoy tan bien como siempre, en la cacofonía a diestro y siniestro de la barbarie general.

Freud en fin, con un espíritu más penetrante y más autónomo que el de Kropotkine, y que, aunque sólo fuera por sus orígenes judíos y su mirada especialmente penetrante, siempre se sintió un marginal en la sociedad austro-húngara, no estuvo más inclinado que Kropotkine

[508] ¡Uno pude preguntarse con razón qué hace Darwin entre mis mutantes! Me explicaré al respecto en una nota posterior (n^o), dedicada justamente a esta cuestión.

[509] Véase, en la nota (n^o 88) consagrada a Kropotkine y Neill, una nota al pie de la página N 313.

al conformismo patriótico y guerrero. Eso no impide que el viento de locura de 1914 le hiciera vacilar también un instante, despertando en él, durante algunas horas o algunos días, el buen ciudadano (y "bárbaro") austriaco. En una carta fechada el 26 de julio de 1914 (dos días antes de la declaración de guerra, que todos sentían inminente), escribe como en un momento de acaloramiento, pero sin apartarse de su estilo siempre tan comedido, siempre tan carente de todo énfasis:

> "Pero quizás por primera vez desde hace 30 años me siento austriaco, y voy a reintentarlo con esta nación, que hasta ahora me había parecido tan poco prometedora. La moral es excelente por doquier."[510]

En este contexto dicha "moral" no puede significar más que moral patriótica, mientras el país entero se precipitaba ya como un sólo hombre y con la cabeza gacha en la exultante aventura de una guerra. Tenía que soplar fuerte, para que un hombre del temple de Freud se dejara llevar, ¡aunque sólo fuera un momento! Pero tres días más tarde, al día siguiente de la declaración de guerra a Serbia (todavía no era más que el comienzo de la espléndida reacción en cadena...), en una carta al mismo destinatario, el tono cambia. Creo que en los días siguientes recuperó el espíritu. Desde entonces y hasta el fin de la gran carnicería que sigue su curso inexorable, dirige una mirada profundamente entristecida y sin complacencias sobre esa locura destructiva. Menos de seis meses después de haber escrito esas líneas aparece un editorial de Freud en la revista psicoanalítica "Imago" (número del 4 de enero de 1915). Tengo ante los ojos
N 535 una reproducción de la portada, con el título del ◊editorial "Actualidades sobre la Guerra y sobre la Muerte"[511]. Se nota esa tristeza despojada, sobrellevada con el sobrio coraje de un hombre enfrentado a una realidad profundamente desconcertante y que, despreciando los confortables clichés, busca dolorosamente comprender, extraer de los hechos en bruto una enseñanza, un conocimiento destinado a él, por duros y amargos que sean.

Leo, en esta valiosa página:

> "... Nos parece que hasta ahora ningún suceso ha destruido tanto del patrimonio común de la humanidad, ha enturbiado tanto la inteligencia de los más preclaros, ha rebajado tan radicalmente lo que es elevado..."

Era un tiempo en que no se encontraba *una* voz entre un millón que hablara así. ¡Tal voz es bendita! Esas palabras fueron escritas muchos años antes de que yo naciera. Y sin embargo, al leerlas hoy cuando me acerco a mis sesenta años, una emoción me embarga, una alegría, como si las escuchase decir con esa profundidad de voz que da la tristeza plenamente asumida, y se dirigieran a mí, y conmigo a todos los que, como él mismo, son extranjeros entre las masas apáticas o en delirio. No, tal voz no se ha levantado en vano – aunque sea en el desierto, ¡aunque todos la hayan olvidado desde hace mucho tiempo! Forma parte de las fuerzas vivas que no pasan, de las que obran en la eternidad. Y una sola voz fiel y *verdadera* compensa y redime, por vías invisibles y secretas, la mediocre locura y la pusilanimidad de innumerables millones.

[510] Carta a Karl Abraham, citada (así como la del 29.7.1914) en la notable biografía ilustrada de Freud, "Sigmund Freud, Sein Leben in Bildern un Texten" citada en otro lugar (editada por Ernst y Lucie Freud e Ilse Grubrich-Simitis, Suhrkamp Verlag). Véase loc. cit. página 209, donde también se encuentra la reproducción fotográfica de la portada del número de Imago del 4.1.1915, del que trataremos. Soy yo el que traduce los dos pasajes citados, aquí y más abajo. A falta de algo mejor y visto el contexto, he traducido por "moral" el término alemán "Stimmung" (que significa: disposición de humor, estado del alma).

[511] El título alemán es de una fuerza lapidaria que no he logrado recoger en mi traducción aproximada: "Zeitgemässes über Krieg und Tod". El título de la primera parte de esa reflexión es "La decepción de la guerra" (sobrentendiendo pues que había levantado expectativas). La segunda parte trata "del cambio de la actitud via a vis de la muerte, al que (como toda guerra) nos obliga".

(122) Fantasmagorías de un visionario – o clarividencia y espiritualidad

(6 y 7 de febrero)[512] Después de escribir estas líneas, esa impresión de que falta por "clasificar" la obra de Rudolf Steiner se ha confirmado y se ha precisado considerablemente, al tener
N 536 conocimiento en estos últimos días de una ◊segunda biografía de Rudolf Steiner, escrita con inteligencia y brío por el autor inglés Colin Wilson, con el título "Rudolf Steiner – the Man and his Vision" (The Aquarian Press, 1985)[513]. Al contrario que Hemleben, Wilson no es un antropósofo, y en el primer capítulo del libro describe las dificultades y perplejidades que tuvo que afrontar para conseguir situar a Steiner. Igual que yo, le rozó la idea de si Steiner no era un cuentista, incluso un impostor, y también él terminó por rendirse a la evidencia de que la respuesta era "no".

Su libro comienza con: "De todos los grandes pensadores del siglo XX, Rudolf Steiner es tal vez el más difícil de comprender". La dificultad se presenta ante todo en la tarea de distinguir entre lo que, en Steiner, es verdadera visión, y lo que es fantasmagoría ocultista (que él, por supuesto, cree a pies juntillas). Cuando repite hasta la saciedad que su enseñanza procede con el mismo rigor que la de los sabios avezados en las ciencias exactas, claramente se jacta – para mí es evidente la falta de rigor en todo lo que he leído de él. En tales cosas, no puede haber rigor que no esté arraigado en un camino de conocimiento propio sin complacencias, y Steiner estaba tan alejado como el primer gurú que llegue.

En el capítulo 6 de su libro, "El Ocultista y Gurú", Wilson pone en evidencia algunos ejemplos de fantasmagorías evidentes. La más fenomenal se refiere a unas visiones, en el más puro estilo hocus-pocus steineriano, sobre el atractivo tema donde los haya del rey Arturo y los famosos caballeros de la tabla redonda, su misión mística contra las fuerzas demoníacas etc. etc. Según Steiner, allí donde la historia, ay, es incapaz de levantar los velos del pasado, el ojo espiritual del vidente nos libra los secretos insondables etc. etc. Eso era en 1924, un año antes de su muerte. Desde entonces la investigación histórica ha progresado, y sabemos no pocas cosas sobre ese famoso rey Arturo. La maravillosa historia de Steiner (que de todas formas me hubiera llenado de una sana desconfianza) se cae como un castillo de naipes. Wilson hace notar que el gran pensador y vidente sueco Swedenborg (1688–1772) hizo jugadas semejantes: junto a asombrosas predicciones e intuiciones, da en uno de sus libros una descripción detallada de los habitantes de los diferentes planetas que, a la luz de nuestros conocimientos actuales, no se mantiene de pie.

Toda la cosmogonía steineriana, su cristología, su visión de una historia espiritual de la humanidad que estaría encarnada por una especie de orden oculta de "grandes Iniciados", en
N 537 fin su historia oculta de las diversas reencarnaciones de los ◊grandes hombres de la historia[514] – todo eso me parece agua del mismo molino: producto de una imaginación fecunda y vagabunda,

[512] Véase el reenvío a la presente nota en la nota "Los mutantes (5): el abanico de mutantes – o diversidad y grandeza", página N 488.

[513] He leído una traducción al alemán del libro, en la Wilhelm Heyne Verlag (1987). A ratos ese libero me ha parecido algo superficial. Su mayor interés es haber sido escrito por un hombre con sentido común y espíritu crítico, incluso frente al héroe de su libro. Se ha molestado en revisar una documentación muy abundante, y ha tenido el acierto de incluir en su libro la clase de "pequeños detalles" que todo el mundo desdeña u olvida, y que a menudo lo son todo para entender a un personaje.

[514] Esto recuerda cierto "suspense" muy apreciado en los círculos teósofos acerca de Annie Besant y Leadbeater, con las rocambolescas historias interminables hilvanadas por Leadbeater, en que desarrollaba en una decena de sucesivas encarnaciones las vidas de Alcyone (un pseudónimo de Krishnamurti, destinado al papel de Mesías), y de las figuras más conocidas que gravitaban alrededor de Leadbeater-Annie Besant-"Alcyone", en el folletín "Las vidas de Alcyone". Eso debió ser alrededor del año 1910, si no me equivoco. Las primeras (?) divagaciones steinerianas sobre este mismo tema kármico, pero con unas tonalidades más de "gran Historia" que familiares, aparecen bajo el título "Aus der Akasha-Chronik" entre 1904 y 1908, en el periódico "Lucifer Gnosis". Steiner debió encontrar lectores entusiastas en el movimiento teósofo, del que formó parte entre 1902 y 1911. Parece ser que su ruptura con el movimiento teosófico coincide más o menos en el tiempo con el inicio de las divagaciones de Leadbeater sobre "las vidas de Alcyone".

al servicio de ideas filosóficas bien asentadas (no menos condicionadas ni menos sujetas a error que las de cualquiera), y sobre todo, al servicio de cierta imagen de sí mismo – toda bajo el exultante pabellón (tanto para él mismo como para sus adeptos) de "gran vidente", y con la seguridad tácita que da el hecho de que todas esas deslumbrantes "revelaciones" parece que siempre escaparán a toda posible verificación.

¿Mistificación? Sí, lo creo, pero añadiendo: mistificación de la que él ha sido la primera y principal víctima. No pongo en duda ni sus dones de vidente, suficientemente atestiguados por otra parte, ni su prodigiosa creatividad que incluso sus fabulaciones atestiguan (entre otras obras menos contestables), ni su benevolencia hacia los demás como norma general, lo que se llaman las "buenas intenciones". Pero ninguna de esas buenas cosas ni todas ellas reunidas, son una garantía contra las trampas de la vanidad y la complacencia en uno mismo. Esas trampas, Steiner nunca las vió, ni siquiera presintió (creo) que esa clase cosas existía y actuaba en silencio, no sólo en la vida de la gente humilde, sino en la de *todos* – incluyendo la del mayor de los videntes, del mayor de los Instructores .. incluyendo la suya. Y que el único que no cae en esas trampas, o al menos no permanece enviscado en ellas toda su vida creyendo cernerse, es el que (pequeño o grande, poco importa) las *ve*, y el que no les quita ojo.

El don de videncia, tanto o más que cualquier otro don, es una espada de doble filo. Es una llave que nos da acceso a verdaderos mundos fabulosos, pero con la que también podemos encerrarnos en una nueva prisión, o en los decorados abracadabrantes de un teatro místico-ocultista de nuestra invención. Dios da los dones sin comentarios, y nos deja hacer con ellos lo
N 538 que queramos, ◊para lo mejor y también para lo peor, sin más comentarios. O si los hace, es en voz tan baja que rara vez son escuchados. Cuanto mayor es el don, mayor es la responsabilidad que implica, y mayor es también la trampa y el riesgo de que el yo caiga en ella, bajo la mirada somnolienta del espíritu que consiente. Pues *ningún* don, y el de videncia no más que cualquier otro, incluye el de hacer buen uso de él. Dicho de otro modo, ningún don incluye el "don" de probidad espiritual, de rigor, de verdadera humildad (que también es una sana circunspección respecto de sí mismo). El don es como una posesión muy segura que nuestro padre nos hubiera legado sin condiciones. Pero la probidad y la circunspección, las únicas que hacen del don una bendición, son de otro orden. Son el *don* que nos hacemos a nosotros mismos, que somos libres de hacer o no, como queramos. Incluso tan libres que nuestro padre no nos dice nada al respecto, para no forzarnos por poco que sea. No nos llena de consejos: ¡desconfía de éste, no sigas el ejemplo de esos! Sin embargo, sabe mejor que nadie que no hay un "buen ejemplo" a nuestro alrededor entre mil malos, y que el mundo entero se coaligará con fuerzas taimadas y eficaces que hay en nosotros para hacernos dilapidar la herencia. ¡A nosotros nos toca hacer el aprendizaje! Y si al final de un largo camino no hemos aprendido nada, que así sea – recomenzaremos. Ese padre, que tanto respeta nuestra libertad, es muy paciente. Nos deja todo el tiempo para aprender al paso que hayamos elegido. Tiene todo el tiempo, un tiempo ilimitado. Y la herencia que nos destina es infinita.

El "don de videncia", si se le puede considerar una facultad de *visión*, no es sin embargo una "visión espiritual". Quizás nos haga ver el más allá y nos permita conversar con los muertos. Pero el más allá no es más la realidad espiritual que el aquí en que ahora vivimos, y las almas sin reencarnar de los muertos no son más "espirituales" ni más sabias que las de los vivos. La visión del vidente, ni siquiera la del profeta, no es más "espiritual" ni implica más madurez que la del (digamos) matemático o del sabio que, en su propio campo, ha recibido o ha desarrollado (en silenciosa simbiosis con Dios) la facultad de visión, o que la del médico o la del jardinero o del recolector de hierbas medicinales que, cada uno en su arte, han alcanzado una mirada que ve allí donde otros pasan sin ver.

Sin embargo quizás pueda decirse que por su naturaleza, todo don de naturaleza "visionaria" (como los que acabo de evocar) tiende a *favorecer* una apertura sobre lo espiritual, y por eso mismo, a *estimular* una maduración espiritual. Por sí mismo es como una silenciosa

N 539 invitación a "hacer un ◊buen uso de él". Cuando seguimos esa invitación, y sólo entonces, tiene lugar esa "apertura" secretamente deseada por Dios, y prosigue la maduración. Son *esos*, los momentos de fidelidad, en los que se realiza una obra espiritual. Esa obra se realiza cuando el yo se retira para dejar actuar al Gran Obrero, por vías y con unos fines que se nos escapan. Tales momentos son de naturaleza muy diferente a la de los fuegos artificiales de la creatividad incluso la más prodigiosa, servida por los dones (de videncia u otros) más maravillosos, por el cerebro más poderoso. Tal creatividad, por impresionante que a veces sea a su propio nivel, se queda más acá de la obra espiritual mientras el yo participe en ella para sus propios fines (debidamente camuflados). Deslumbra el alma sin iluminarla. La aturde, sin dejar que se instaure el silencio, propicio al encuentro del alma consigo misma, o con Dios. La exalta y la excita, sin suscitar jamás una mirada curiosa, y oh cuán instructiva e incluso necesaria, en los atestados bastidores del gran teatro...

Pero volviendo a Steiner, no tengo ninguna duda de que Dios le esperaba, durante toda su vida. Pero nada de lo que he leído o de lo que sé sobre él me hace suponer que el encuentro se realizara – ¡muy al contrario! Habla del rey Arturo, de seis o siete almas diferentes en el hombre, de los grandes Iniciados, de reencarnaciones del Sol, del Cristo y de la Tierra. Si a veces pronuncia la palabra "Dios", es de pasada y como una forma de hablar, o como una faceta más de un brillante vestido. Fiel en eso al espíritu del movimiento teósofo, permaneció enviscado en el hocus-pocus ocultista (casi totalmente fantasioso, estoy convencido). Eso le fascinó tanto y tan bien que con la mejor voluntad del mundo no tuvo disponibilidad para reencontrarse además con cierto Viejo Señor (que a veces se presenta también bajo el aspecto de un niño pequeño, e incluso de algún granujilla...) ¡Lo siento, ocupado! Y aún menos tuvo tiempo libre para atreverse a echar una mirada dentro de sí mismo.

Es muy posible que si Dios le ha colmado de dones de manera tan prodigiosa, era porque realmente Rudolf Steiner tenía vocación de "Instructor" y que en él apuntaba una misión, una visión que ayudaría a Occidente a reencontrarse. Pero si ése era realmente el caso, claramente falló en esa misión. No a causa de obstáculos exteriores, ciertamente, o a falta de eco – pues el eco no le faltó más que la oposición, y la audiencia de Steiner (al menos en los países germanófonos) sigue creciendo decenio tras decenio. No a causa de una falta de madurez espiritual, incluso
N 540 si esa falta es para ◊mí flagrante; pues la maduración prosigue y la madurez "se crea", como la de un fruto bajo la acción del sol y los vientos y la lluvia, a medida que "inventamos", que "creamos" nuestra misión y progresamos con ella. También se requiere que hayamos entrado en la misión, que hayamos cruzado la puerta que se abre sobre esos mundos insospechados que ninguna imaginación sabría inventar, en vez de encerrarnos en los decorados abracadabrantes de un teatro (aunque sea de buenas dimensiones). Lo que ha faltado, es el "rigor" si se quiere. Pero más profundamente, es la *fidelidad*. Detrás de los brillantes decorados, el viejo ego tiraba de los hilos de la barba y la nariz de un "vidente" – somnoliento[515].

Somnoliento, sí, y hasta en sus últimos años, los de un frenesí de creatividad desenfrenada, de una prodigiosa dispersión entre mil tareas y solicitudes entre las que se agotaba su vitalidad, llevándole a un final prematuro, a la edad de sesenta y cuatro años, él que estaba hecho para llegar a centenario. O en vez de "somnoliento", quizás fuera más justo decir, para esos años, que mantenía convulsivamente cerrado ese "ojo espiritual" del que tanto le gustaba jactarse (al hablar de su don de videncia), y que, se diría, ¡jamás usaba! Pues antes que cualquier otra cosa, el "ojo espiritual" es el que nos permite conocernos a nosotros mismos, y no confundir las actuaciones y decorados del gran teatro con las hierbas y los árboles y las cosas simples, esas que viven y respiran y tejen sus redes vivas a cielo abierto.

[515] Por supuesto se trata de una somnolencia espiritual, que en modo alguno es incompatible con una gran vivacidad intelectual, incluso con una creatividad a todo trapo. Compárese con el mismo empleo del término "somnoliento" en la nota "Félix Carrasquer (5): el tiempo de la cosecha" (n^o 107), página N 459 y especialmente la nota a pie de página.

Me he preguntado sobre el sentido de ese extraño frenesí hacia el final de la vida de Steiner – ese prodigioso "despliegue de fuerza", como para forzar la admiración estupefacta y sin cesar superada de sus adeptos, y para reducir a un contrito silencio (si tal cosa fuera posible) a sus detractores. Guardando todas las proporciones, yo que todavía vivo y bien decidido a hacer huesos viejos, he conocido tales "colocones" de insensata creatividad que parece querer devorarse a sí misma. Ya tuve ocasión de aludir a esto aquí y allá, en Cosechas y Siembras[516].

N 541

No tengo ninguna duda de que si les hubiera dejado ◊seguir ese diapasón, no se habrían quedado atrás y me habría dejado la piel[517]. Eran colocones de mates en mi caso, pero en el fondo poco importa si son las mates, la morfina o las ciencias ocultas – perdón, las "ciencias espirituales". Después no he dejado de mirar con atención lo que había pasado. Cada vez, había sido una *huída hacia delante* que debía alejarme de lo que quería eludir. Y cada vez, de lo que huía en esa carrera hacia delante era un conocimiento *sobre mí mismo*. El aguijón que dirigía la loca danza era una angustia, al principio oculta, pero que terminaba por mostrar su crispado rostro durante las siguientes semanas y meses, cuando el carácter violento, fanático, fuera de control de la oscura fuerza que tiraba de mí se volvía más y más evidente. Y sin embargo, incluso una vez reconocida la angustia con el rabillo del ojo, hacía como que no veía nada y seguía corriendo, a ciegas...[518]

Una cosa notable es que verdaderamente realizaba un trabajo impresionante, verdaderamente era, a nivel intelectual, una *creación*. En la última de esas extrañas crisis, de enero a abril de 1982, lo que entonces desentrañé a grandes rasgos forma parte de las cosas más profundas que

N 542

yo haya ◊puesto en claro durante mi vida de matemático[519]. Esa vez estuve a punto de quedarme en el sitio. Fue el primer tiro de aviso serio, que claramente me decía: ¡ten cuidado con lo que haces, si aprecias tu piel! Y realmente "tuve cuidado", es decir: me tomé la molestia de mirar. Ese colapso físico se encadena, ya durante las siguientes semanas, con una "ola-meditación" de las más fecundas de toda mi vida[520], en que un nuevo umbral fue franqueado en mi comprensión de las cosas y de mí mismo. Pero bien sé que si no me hubiera detenido entonces para "'plantearme" lo que me estaba pasando, y una vez pasada la alarma y remontada la cuesta del agotamiento, hubiera retomado la danza de nuevo, ya no estaría en este mundo para hablar de ello.

Esta asociación que acabo de desarrollar un poco no tiene nada de fortuita, estoy íntima-

[516] Véase especialmente la sección "El patrón aguafiestas – o la olla a presión" (CyS I, n^o 43). También hago alusión a un "largo periodo de frenesí matemático" en la primera sección, "Sueño y cumplimiento", de la introducción a Cosechas y Siembras, y ese término "frenesí matemático" se retoma en la sección "El Gurú-no-Gurú – o el caballo de tres patas" (CyS I, sección n^o 45), donde vuelvo sobre el sueño que le puso fin "de la noche a la mañana". El episodio en cuestión tuvo lugar entre febrero y junio de 1981.

[517] Eso fue evidente en abril de 1982, después de otro (y último) periodo de tres o cuatro meses en que la "máquina de hacer matemáticas" se embaló de nuevo.

[518] Bien sabía que "yo" podía poner fin a ese frenesí matemático, e incluso que era urgente ponerle fin y meditar. Y sin embargo posponía esa necesidad más y más urgente, decidía ignorarla, seguir dando rienda suelta al placer y al vértigo de ese "colocón matemático". He comprendido que el mecanismo al que dejaba mandar en mi persona, en mi alma, no era diferente de los alcoholizados o los morfinómanos. La única diferencia es que el placer en el que me escondía (como el avestruz que esconde la cabeza en la arena del desierto...) no se situaba a nivel de los sentidos, sino a nivel intelectual, y que se acompañaba con una creatividad vertiginosa, cuya fascinación (me parece) era infinitamente más poderosa de lo que podría ser la de los sentidos. Sin embargo, al mismo tiempo sabía que esa fascinación, esa especie de fría exaltación y de intenso placer de la creación matemática eran en el fondo irrisorios, y dejaban a mi alma hambrienta y exangüe. Como digo en el texto principal, el aguijón no era la atracción de un placer, por excitante o grandioso que sea, sino más bien la angustia que acompaña a una huída.

[519] Se trata de la muy "Larga Marcha a través de la teoría de Galois", en que desarrollé las intuiciones maestras (algunas se remontan a los años 1977 y siguientes) de una "geometría algebraica anabeliana". Algunas de esas ideas se evocan en el "Esbozo de un Programa", considerado en la introducción a Cosechas y Siembras (en la tercera sección, "Brújula y equipajes").

[520] Recuerdo que el "encuentro con el Soñador" (véase al respecto la sección del mismo nombre, n^o 21) tuvo lugar en agosto de 1982, durante esa meditación. El mismo mes, tengo varios sueños cruciales, recuperando algunos recuerdos traumáticos de mi infancia, que hasta entonces habían sido totalmente borrados del recuerdo consciente.

mente convencido de ello, ahora que me he tomado la molestia de ponerla negro sobre blanco. Y no hay que ir a buscar muy lejos *cuál* era el conocimiento sobre sí mismo del que Rudolf Steiner intentaba escapar a cualquier precio, con esa loca carrera hacia delante (que le llevaría, no a una meditación sobre él mismo sino a su muerte por agotamiento). No podía dejar de sentir, en lo hondo de sí mismo, que en ese papel de gran visionario del Occidente, casi un Mesías, algo fallaba. Para *ser* realmente el gran visionario de los tiempos modernos, el que aporta al mundo un mensaje profundo, límpido y salvador, sólo le hubiera faltado atreverse a pararse y hacer silencio, osar mirar, y *ver*: ver al que tira de los hilos de los rutilantes decorados, y a unos pasos de allí al que está somnoliento ante una puerta medio abierta medio cerrada que da afuera, a altamar. Bastaba que el que estaba somnoliento se espabile, abra los ojos, se levante y dé un paso, y atraviese la puerta que desde siempre le espera para dejarle pasar...

Ese paso, Rudolf Steiner nunca lo dio. Eligió morir bajo las candilejas y en las cascadas
N 543 de luz, antes que darlo, ◊humildemente. Durante toda su vida, encerrado en el gran teatro y repitiendo la obra maestra del sembrador-segador, se complacía en mezclar a discreción la paja y el grano, lo peor y lo mejor. Dio asombrosos impulsos nuevos, e inextricablemente mezclados con ellos, también sembró mucha confusión. Tanto peor para aquellos que, tomando las mezclas-casas de fantasmagorías y visiones por palabra del Evangelio, ¡se tragan a ciegas la paja con el grano! Ciertamente, aunque sólo hubiera una décima parte de grano, con trescientos paquetes hay bastante grano para hacer un buen pan. Pero sin separar, se hace un pan de paja y no de grano, y dudo que haga un gran bien.

Pero volviendo a la persona de Steiner, creo que eligió permanecer toda su vida un niño prodigio, antes que llegar a ser espiritualmente adulto. Se complació en las acrobacias del espíritu y la imaginación, en los asombrosos fuegos artificiales, antes que ir hacia las cosas simples y buenas y las más esenciales, las que alimentan el alma y la hacen crecer; las que también la vuelven capaz, al final de un largo camino, de aportar a los demás el alimento que les falta.

El que quiere alimentarse, o alimentar, primero ha de dejar de impresionar. Pues mientras uno se detiene en ello (aunque sea con las cosas más admirables), deja de crecer.

(123) Hermanos enfrentados – o una madrina para dos mesías...

(8 y 9 de febrero)[521] La reflexión de anteayer me ha aliviado mucho, poniendo fin a ese sentimiento de malestar y de perplejidad ante la obra y ante la persona de Rudolf Steiner. Obra ciertamente impresionante, de dimensiones prodigiosas, ciclópeas, sobrehumanas – ¡pero donde tantas cosas suenan a falso y dan dentera! O también, tienen esos aires de ciencia-ficción "espiritual", o de teosofía-ficción "científica", que me dejaban estupefacto, perplejo y desconfiando como ante los pases de un hábil prestidigitador que hubiera cambiado mis billetes de mil en falsos billetes de cien francos. Sin contar con que a partir del momento en que, Annie Besant y el stablishment
N 544 teosófico mediante, Rudolf comenzó a ser un mascarón de proa, ◊se complacía demasiado, para mi gusto, en la compañía de gente importante. Muchas de sus admiradoras, no sé por qué azar, resultaban ser las esposas de muy grandes generales. Y sobre todo, eso no parecía disgustarle en absoluto, la crema del cotarro militar. Por decirlo todo, ver, al final de unos asombrosos fuegos artificiales de prestidigitación teosófica, reaparecer como si nada el sempiterno compadreo del sable y el hisopo, eso no me decía nada que valga. Y que ese hisopo estuviera emplumado y dorado (¡nobleza obliga!) con una "cristología steineriana", más hocus-pocus que nunca, no hacía más que aumentar mi perplejidad[522] sin hacerme sentir más cómodo. Casi estaba avergonzado,

[521] Continuación de la nota anterior "Fantasmagorías de un vidente – o videncia y espiritualidad".

[522] A falta de una verdadera reflexión sobre el tema, me costaba situar a Jesús, no estando muy seguro de si su divinización por las Iglesias cristianas no contiene, a pesar de todo, una parte de verdad. Lo que saqué de las divagaciones steinerianas sobre este tema, y visto el inmenso prestigio de Steiner (prestigio que no parece desprovisto de todo fundamento...), no hizo más que redoblar mis perplejidades. Pero después de leer la obra

de mi torpeza y mis antojos, ¡pero no había nada que hacer!

Hubo, parece ser, un "deslizamiento" en la vida de Steiner, hacia el año 1900, cuando comenzó a convertirse en un personaje decididamente importante. Y poco a poco, ¡quién lo hubiera dicho! se convirtió un poco en el favorito de cierta alta sociedad espiritualizante. Favorito controvertido, ciertamente, y ése fue su tormento... No es extraño que desde entonces el despojamiento de un Jesús de Nazareth (andrajosa aldea de Galilea), llamado "el Cristo" (¡enhorabuena!), terminó por parecerle tan piojoso, que rápidamente lo transformó (una vez que descubrió su vocación cristiana, perdón, cristológica...) en una novela de capa y espada antroposófica de lo más bonita.

Al fin tengo la impresión de haber comprendido *grosso modo* de qué se trata. No, mi olfato no me había engañado, ¡ya en el primer contacto con su prosa[523]! ¿Y la cuestión "impostura"? de
N 545 la que terminé por tener un poco de vergüenza, ◊y después de todo no estaba tan fuera de lugar. Si bien sopesadas todas las cosas aún respondo con un "¡no!", es porque la impostura supone que se pretende ser *más* de lo que se es, mientras que en Steiner me parece que la realidad es la opuesta: por su vocación y por sus facultades estaba llamado a infinitamente más, seguramente, que las poses que enarbolaba. Engriéndose se empequeñeció. Quizás estaba llamado a iluminar el Mundo. De hecho, como claramente vi anteayer, lo ha mistificado. Mistificado con maestría y brío, eso por supuesto, con un despliegue de energía rayando en lo demencial y donde acabó dejándose la piel. Y entre los restos que caen de los grandiosos fuegos artificiales, ciertamente hay buenos añicos que podrán ser útiles. Pero todo eso, por impresionante y prestigioso que sea, finalmente me parece bien irrisorio. Un desperdicio. Sin duda se sacarán inspiraciones útiles para la ciencia del mañana, que él había presentido y cuya imagen se complació en emborronar a placer, en su ansia de suscitar *adeptos* admirativos más que *investigadores*. Hombre brillante donde lo haya, sí, cerebro poderoso donde lo haya, sí. Pero lo que el Mundo necesita no son hombres brillantes ni cerebros poderosos que desplazen y pasmen a miles y millones. Están lejos, muy lejos, las invenciones de un cerebro brillante de la humilde verdad.

Es la *verdad* lo que falta. Siempre es la misma historia. Al igual que Jesús tal y como verdaderamente fue, sin Inmaculada Concepción, sin reyes magos, sin iniciación secreta en Egipto, sin hocus-pocus y sin "cristología" – la verdad tiene un aire bien piojoso, Nadie la quiere. El que quiera dar recetas y "tener éxito" hace bien en mantenerla alejada. Jesús sabe algo de esto. Por eso, hoy como hace dos mil años y aunque las cristologías de todo pelaje tienen el apuro de la elección, la vía despojada de Jesús, la vía de la verdad desnuda, siempre está poco concurrida.

Con la reflexión de estos dos días, me ha chocado el extraño parentesco entre las personas y los destinos de Rudolf Steiner y Krishnamurti (treinta y cuatro años menor que él). Uno y otro, por sus excepcionales dones y por su carisma[524], y más que ningún otro mutante de mi

---

de Marcel Légaut el año pasado, al fin me sentía en un terreno sólido. Tan sólido, que si me hubiera tomado la molestia de detenerme un poco en ello, no habría podido dejar de concluir que la famosa cristología steineriana es realmente una "divagación", sin tener que estar informado por Colin Wilson de la "copa del rey Arturo" y de sus valientes caballeros. Finalmente todo encaja de manera perfecta, y todas mis perplejidades sobre Rudolf Steiner han desaparecido, dejando paso a una imagen ahora perfectamente nítida.

[523] Sobre este tema véase la nota, parcialmente consagrada a Steiner, "Los mutantes (2): la ciencia espiritual (R. Steiner, T. de Chardin)" (n^o 86), especialmente las páginas N 301 – N 304. Si, después de la primera lectura de Steiner en 1976, no hubiera sido informado de los notables resultados obtenidos por los jardineros y agricultores en biodinámica, y si no me hubieran llegado ecos de las prodigiosas dimensiones de la obra de Steiner, seguramente le hubiese clasificado como un cuentista sin más, y no me habría preocupado más.

[524] Tenían en común un don de videncia, y además un "carisma" que les daba un poderoso ascendiente sobre su público y su entorno. En cuanto a este último, es difícil separar lo que es efectivamente "carisma", personalidad poderosa, de lo que proviene del halo de prestigio que les rodeaba, debido en Steiner tanto a su potencia intelectual como, sin duda, a sus dones de videncia, y en Krishnamurti a la propaganda mesiánica que se había hecho a su alrededor desde los catorce años de edad. Lo que es seguro es que en ambos ese ascendiente claramente subyugaba y bloqueaba las capacidades personales de apreciación y de juicio, más que estimularlas, y que ese ascendiente era cultivado con la intención de subyugar. En eso se distinguen a mis ojos de los demás "espirituales" entre mis

N 546 bonita lista, ◊"tenían decididamente "perfiles de mutante""[525]. Uno y otro se veían en un papel de Instructor, incluso de "Mesías" del mundo moderno. Y eso no era una mera proyección de un delirio de grandeza, ni en uno ni en otro. No dudo que en su origen fue una verdadera vocación, una verdadera llamada. Por las vastas dimensiones de su espíritu, por la penetración de la mirada, uno y otro, cada uno en su propio campo de visión, me parecen haber sido predestinados a instruir y, mejor aún, para *iluminar* – para ser grandes "Iluminadores" del mundo moderno. Y uno y otro, en fin, le fallaron a su misión, uno y otro eligieron *mistificar* más que iluminar. Con más precisión: se dejaron arrastrar, a ciegas, por un afán de *poder* – el mismo: el de mistificar. Con la de grano bueno y abundante que llevaban en sus alforjas, se dejaron embriagar por el ascendiente que tenían sobre un público subyugado, por el poder discrecional de hacer pasar a voluntad no importa qué cantidad de paja áspera por grano.

Esto es ya lo esencial, "lo interior". Pero ese parentesco insólito se mantiene hasta en ciertos rasgos maestros exteriores de esas dos existencias. Uno y otro eligieron una vida trepidante, donde el silencio y la soledad, propicios a la lenta maduración, no tenían ninguna parte; si no es todo lo más a cuentagotas, algunas horas aquí y allá a salto de mata, entre una conferencia en Estocolmo ante una sala repleta, y el avión para Londres o para Chicago. Uno y otro pasaron la mayor parte de su existencia delante del público. Casi siempre, por no decir siempre, un público de adeptos llegados para admirar al Maestro, para bombear en su poderoso carisma la "espiritualidad" que les faltaba. Se han conservado los textos de más de seis mil conferencias de
N 547 Steiner ◊entre 1900 y 1925, o sea ¡una media de casi una por día laborable[526]! Krishnamurti, que funcionó con un ritmo menos demencial y que vivió 90 años, de los que pasó casi sesenta como conferenciante ambulante, debió dar otras tantas. (Su biógrafa Mary Lutyens, que sin embargo tiene debilidad por los números grandes, ha omitido ay contarlas en beneficio de la posteridad...) Cuando uno se pregunta de dónde proviene esa asombroso parentesco de estilo con tal diferencia de temperamentos, la respuesta no está lejos. ¡buscad la Madrina! Uno y otro fueron "puestos en órbita" por la Sociedad Teosófica del tiempo de Annie Besant, ella misma una gran conferenciante. Y uno y otro permanecieron en esa órbita. Pero tomando cuidadosamente distancia, una vez lanzados, respecto de su Madrina común – e ignorándose el uno al otro totalmente.

Hay que reconocer que en Krishnamurti, dejando de lado el estilo "conferenciante" y sobre todo su papel de Mesías (que tácitamente retoma por su cuenta), esa distancia fue real:
N 548 al menos a nivel consciente[527], no se encuentra ◊ya traza en su pensamiento del hocus-pocus

mutantes, como Râmakrishna, Guruji, e incluso Gandhi, sin contar Whitman y Carpenter, que los cinco también se veían (y con razón) como "Instructores". Es por eso, ante todo, que veo en Rudolf Steiner y en Krishnamurti unos "Instructores que se han desviado". En el plano espiritual más que en ningún otro, instruir o iluminar no es compatible con una voluntad de dominio (por oculta que esté).

[525] Cito aquí más o menos la citada nota en que por primera vez se trata de Steiner, véase la página N 304.

[526] Ese ritmo se volvió "demencial" sobre todo en 1924, el año anterior a su muerte (el 30 de marzo de 1925), y también el año en que Steiner da su célebre ciclo de conferencias (del 7 al 16 de junio de 1924) poniendo los fundamentos de la agricultura llamada "biodinámica". El punto culminante se alcanza ese año con 70 conferencias en dos semanas y media, o sea una media de cuatro al día. Hay que darse cuenta de que se supone que cada una de todas esas conferencias aporta algo diferente a las demás – en absoluto es como un profesor de instituto (o de facultad) que tranquilamente repite cursos que se sabe de memoria...

[527] Una lectura atenta de la biografía de Krishnamurti por Mary Lutyens, y también de ciertos textos de su pluma, muestra por el contrario que a nivel inconsciente Krishnamurti estaba lejos de haber superado todas las ideas y actitudes que habían impregnado con tanta fuerza su vida hasta muy entrada la edad adulta. Se suponía que era una reencarnación de Maitreya, uno de los dos discípulos preferidos del Buda. En el panteón teósofo, Maitreya se encuentra inmediatamente debajo de Buda (que está en la cumbre), y un poco por encima de Jesucristo. Seguramente esto tiene relación con el hecho de que después Krishnamurti mirará a Jesús con condescendencia, mientras que por el contrario le perseguirá la idea (que me ha parecido cercana a la obsesión) de igualar (¿incluso de superar y de suplantar?) al Buda – el único Ser pues que, según las reglas del juego teósofo, estaba todavía un grado por encima que él, Krishnamurti-el-nuevo-Mesías.
En todas mis lecturas de y sobre Krishnamurti, siempre he tenido la impresión de que dejando aparte únicamente

teósofo. Steiner permaneció enviscado en él hasta el fin de sus días. Las diferencias entre él y los teósofos de buen cuño, versión "ocultismo", me parecen de pura doctrina y de jerga, y como tales me dejan indiferente. Pero el estilo y más aún, el espíritu, no cambia un ápice. Ésa es una primera señal, a mis ojos, en el sentido de una mayor autonomía interior en Krishnamurti que en Steiner.

Pero la filiación teósofa renegada nos da aún otros puntos de contacto, incluso de entrelazamiento, entre dos existencias que, superficialmente y a los ojos de los mismos interesados, podrían parecer totalmente ajenas. En el movimiento teosófico de principios de siglo, Steiner no estuvo lejos de ser un poco un "Mesías alemán", lo que no debía disgustarle. Pero en 1909 Leadbeater, la eminencia gris de la Sociedad Teosófica y "guía espiritual" de Annie Besant, descubre al futuro Mesías Krishnamurti (entonces de catorce años de edad). Eso no le gustó, quién lo duda, a Steiner (que sin embargo nos ha servido muchos otros igual de gratinados...). La Sociedad Teosófica de Londres (prácticamente, Leadbeater por medio de Annie Besant) le habría propuesto un arreglo amistoso: reconoce al nuevo Mesías, reencarnación de Maitreya[528], y a cambio se le nombra reencarnación de Juan el Bautista. Eso es lo menos que podían hacer. ¡Pero eso era conocerle mal! La ruptura oficial entre Steiner (seguido por la mayoría de los teósofos alemanes, pronto rebautizados "antropósofos" para las necesidades de la causa) y la Madrina no ocurrió sin embargo hasta 1911. La creación de la "Orden de la Estrella de Oriente" en el interior de la Sociedad Teosófica, para preparar la venida del Mesías ya designado (y no el bueno, por añadidura), es la gota que colmó el vaso. Y es una encantadora ironía del destino que ese mismo "chaval hindú" que Steiner miraba por encima del hombro (y ciertamente sin dignarse a encontrárselo...) iba ◊después a volar muy alto por encima de la charca teosófica, en la que Steiner iba a seguir chapoteando toda su vida[529].

N 549

(124) La paja y el grano (1): R. Steiner y la ciencia del mañana

(9 y 10 de febrero)[530] ¿Y cuál sería, en todo caso, el balance de lo que Steiner y Krishnamurti han aportado? Ese paralelismo en "negativo" que acabo de hacer entre sus existencias casi me obliga, ahora, a intentar cernir a poco que sea sus aportaciones – lo que queda cuando todo el

al Buda, el Maestro engloba en una misma condescendencia a todas las grandes figuras religiosas y espirituales de todos los tiempos. Sobre todo recomienda con insistencia no perder el tiempo leyendo ningún texto de sus plumas ni ningún texto sagrado (se sobrentiende: las Enseñanzas están ahí para reemplazar toda esa palabrería...), asegurando que él mismo bien se ha guardado de leer uno sólo, y dando a entender que todo lo que esa gente pueda contar de su experiencia de un supuesto "Dios", u otras supuestas experiencias espirituales o llamadas, no sabría ser más que el producto de una imaginación condicionada y ávida de ilusiones. Claramente se comprende, aunque sólo esté sugerido (se tiene tacto o no se tiene...), que el único ser del mundo desde la noche de los tiempos (¿aparte quizás del Buda? – que tampoco es nombrado nunca, salvo entre los íntimos...) que jamás haya tenido una auténtica visión de las cosas invisibles e indecibles que sobre todo no hay que atreverse a nombrar, es Él, el Maestro, el que Enseña, la Verdad Encarnada...

Un signo elocuente del profundo desconcierto de las religiones es ver "espirituales" de todas las confesiones correr en avalancha a las conferencias-show y oírles hablar con un aire pasmado (ser extraordinario, experiencia inolvidable...) – cual esposas maso de un esposo despótico y celoso, que fueran a buscar sus latigazos...

[528] Para Maitreya, véase la anterior nota a pie de página.

[529] Parece muy difícil, si no imposible, situar en el tiempo el desarrollo de un pensamiento plenamente autónomo en Krishnamurti. Ha hecho todo lo posible por borrar toda traza. Y su biógrafa Mary Lutyens está demasiado ocupada desmenuzando la cuenta de las celebridades que se encontraron con el Maestro, de sus menores desplazamientos, del número de asistentes a sus conferencias y de los comentarios periodísticos, para plantearse cuestiones sobre la génesis de sus grandes intuiciones maestras (las verdaderas, no los camelos...). A falta de interesarse en ello, tuvo que hacer suya la versión del mismo Maestro: que eran cosas que había sabido desde siempre, por ciencia infusa... Pero está claro que el primer y (por lo que sé) único momento de "ruptura" en su vida, el de un viraje dramático en su visión de las cosas, se sitúa cuando la muerte de su hermano Nitya, en noviembre de 1925 (tenía entonces treinta años). Lo que es seguro es que el "desarrollo" del que hablo se sitúa *después* de ese momento. Tiendo a creer que es en los tres o cuatro años siguientes. En todo caso, se sitúa después de la muerte de Steiner, que ocurrió (en marzo de 1925) antes que la de Nitya y el mismo año.

[530] Continuación de la nota anterior "Hermanos enfrentados – o una Madrina para dos mesías".

faroleo, todas las invasivas excrecencias egóticas han sido eliminadas.

De entrada me parece que la aportación de Steiner y la de Krishnamurti se sitúan en campos totalmente disjuntos. Tal y como ahora veo las cosas, Steiner no ha contribuido en nada al progreso "espiritual" de nuestra especie, ni a un mejor conocimiento de sí misma, o de la psique y el alma humana. Por el contrario, a ese nivel ha sembrado a placer la confusión, sin contrapartida alguna. A pesar del bonito nombre "antroposofía", o ciencia o conocimiento del hombre, Steiner ignora totalmente las realidades incluso las más llamativas, las más fundamentales de la psique – comenzando por la existencia misma de un Inconsciente, ¡lo que es mucho decir! Ni siquiera diría que la "psicología steineriana" es una psicología en estado infantil. Digo que *no existe*.

N 550 Lo asombroso, es que a pesar de eso haya tenido intuiciones acertadas ◊y fecundas en la educación[531]. La explicación de esta aparente paradoja me parece que es ésta. A menudo la percepción intuitiva de las cosas supera infinitamente a lo que aparece a nivel consciente. A ese nivel, Steiner tuvo a bien cerrar sus ojos durante toda su vida a las realidades fundamentales de la psique, empezando por la suya. Eso no impide que, aún ignorándolas a nivel consciente, no podía dejar de aprehenderlas, o de aprehender algunos aspectos o ciertos efectos, a otro nivel. Seguramente eso le permitía "funcionar" a menudo de manera eficaz y fecunda, a pesar de todas sus deliberadas ignorancias. Hay que rendirse a la evidencia de que hasta hoy (y sin duda por un buen tiempo) la psique humana funciona mal que bien a golpe de contradicciones jamás percibidas. Y al respecto, ¡los grandes espíritus no son más la excepción que el primero que llega!

En resumen, la aportación de Steiner me parece que se sitúa no en el plano espiritual, sino más bien en el plano intelectual, y con más precisión: no a nivel "filosófico" (en el que mistificó demasiado y podría haber aportado mucho), sino más bien "*científico*". Y si no obstante hay alguna aportación filosófica real, la veo exclusivamente en su concepción de la "ciencia", mucho más vasta y más profunda que la de su tiempo y el nuestro. Desgraciadamente, él mismo emborronó a placer su propio mensaje, peor aún, lo desacreditó, con su falta de seriedad ([127]), con sus fanfarronadas. Si, haciendo abstracción de sus borrones, intento formular la visión

N 551 steineriana de la ciencia del mañana, ◊se me viene esto: en la reflexión y en la observación deberá incluir los fenómenos, hechos y factores que no son de naturaleza "material" ni siquiera "física"[532], sino que responden a "otra realidad", una realidad invisible – la que se escapa a todos nuestros aparatos de medición, y que sin embargo el delicado "aparato" que constituyen la psique y el cuerpo humano detecta y percibe, bajo ciertas condiciones. También es ésa la

[531] La experiencia pedagógica de Steiner se remonta a los años 1884–1890 (entre los 23 y los 29 años de edad), en que fue preceptor en una familia que tenía cuatro hijos, de los que el más pequeño, de diez años de edad, tenía hidrocefalia y retraso mental. Penosamente había aprendido los rudimentos para leer, escribir y calcular. En dos años su salud mental y física se transformó hasta tal punto que pudo entrar en el instituto. (Después estudió medicina, llegó a ser médico y cayó, como médico militar, en la guerra de 1914–1918.)
Ése fue un impresionante éxito pedagógico, seguramente debido tanto al "don de simpatía" de Steiner, que fue una de las cualidades más notables en su juventud, como a los dones de intuición psicológica e incluso de videncia. Desgraciadamente, esa capacidad amorosa de su naturaleza disminuyó después mucho si no desapareció completamente, a partir del momento en que, hacia los cuarenta años de edad, se convirtió en un personaje importante. Un verdadero giro parece que tuvo lugar en 1900, después del Congreso Teosófico de Londres del mismo año, cuando ya se perfila en él su futura magnificencia en el papel de secretario y de incontestable jefe de filas de la sección alemana de la Sociedad Teosófica. Se pueden imaginar que Steiner no dice ni palabra de ese giro en su vida interior, en la biografía calificada de "espiritual" que escribió hacia el final de su vida. Con lo que se verifica, una vez más, este estupefaciente hecho general, que los sucesos más cruciales en la existencia de cada uno (vista desde una óptica espiritual) siempre tienen lugar en el Inconsciente, y permanecen apartados y totalmente ignorados del campo de la consciencia, durante toda la vida.

[532] Por "física" entiendo aquí: expresable en términos de los conceptos corrientes de la física de nuestros días. Pero estoy convencido de que se podría ir más lejos, declarando que dicha realidad escapa totalmente por naturaleza a toda descripción mediante un "modelo" matemático, a imagen de los que son corrientes en física después de Kepler, Galileo, Newton.

vía que nos sugiere la asombrosa medicina homeopática de Hahnemann (que seguramente ha inspirado mucho la medicina "antroposófica" de Steiner).

Por supuesto, tal concepción o visión de una "ciencia del mañana" tiene mucho peligro de reducirse a un bonito lenguaje, si no se acompaña de alguna aproximación tangible, que nos muestre al menos algún embrión de tal ciencia todavía hipotética. Y es *ahí* justamente donde sitúo la aportación sólida de Steiner, una vez desbrozada su obra del enorme ectoplasma de fantasmagoría ocultista steineriana. Steiner era un "espiritual" de pacotilla, pero tenía, estoy convencido, madera de gran sabio visionario – el que, como antes Newton, transforma profundamente incluso el espíritu en el que se piensa y se hace "la ciencia". Y si se dejó, ay, distraer de su verdadera misión con sus infantilidades, no por eso le faltaron bosquejos impresionantes y sobre todo, comprobados por la experiencia de más de medio siglo después de su muerte, que no pueden ser descartados de un manotazo. Si no me equivoco, se trata sobre todo de sus ideas sobre la agricultura, sobre la medicina, y sobre la educación (y especialmente, sobre la educación de los niños con retraso mental o autistas[533].

N 552 ◊Cierto es que, quién dice "ciencia", dice "método", y Steiner se guardó mucho de dar la menor indicación sobre un método de investigación en esa "ciencia espiritual" (Geisteswissenschaft) que pregonaba. Procedía por afirmaciones carismáticas sin más (y a menudo, lo que es peor, ¡por afirmaciones-camelo!). Quiso ser el Oráculo y la Puerta, la única Puerta, de la "ciencia espiritual" tan aireada – y por eso mismo (e incluso haciendo abstracción de sus fabulaciones) él mismo ha bloqueado su auge, quitándole toda credibilidad. En esa ciencia del mañana que él fue uno de los primeros en entrever y que le correspondía fundar sobre bases anchas y sólidas, ¡es el ejemplo por antonomasia a no seguir!

Sin embargo, mostró vías que se han revelado fecundas. Hasta ahora y sin duda por las razones que acabo de evocar, creo que sólo se han continuado con un espíritu "artesanal", limitándose a comprobar y, si hace falta, a ajustar las recetas dejadas por el Maestro, y no con un "espíritu de investigación". El campesino o la explotación agrícola que "trabaja en biodinámica" está sujeto a desideratas de rentabilidad a corto o medio plazo, que limitan de manera draconiana toda veleidad de investigación, cuando no la cortan de raíz. Para que una investigación sea fecunda a largo plazo, sin duda hace falta que está liberada de las restricciones de rentabilidad a corto y medio plazo, que por el contrario esté animada por el atractivo de lo desconocido y del misterio, por la alefría de sondear la carne de la noche, de ver difuminarse las

[533]La intuición de partida de Steiner sobre los niños con gran discapacidad física o mental, es que la verdadera causa de ese hándicap es de naturaleza kármica, y no de naturaleza biológica. Su razón de ser se encuentra en el pasado de anteriores existencias. Esos hándicaps colocan al alma del niño y futuro adulto ante una situación difícil y dolorosa ciertamente, pero a la que habrá que enfrentarse y sacar una lección en el aprendizaje de uno mismo y de las leyes espirituales. La mejor manera de ayudar al niño en esa tarea es *aceptarla* y ayudarle a que él mismo la acepte con valor. (Lo que en modo alguno significa, muy al contrario, que todo lo que médicamente es posible para aliviar y, si es posible, para curar, no se emprenda con toda la energía y toda la circunspección requeridas.) No se trata de compadecerle, ni de apartarle de la comunidad humana: es un niño como los demás, sólo que situado ante una tarea más ardua y, a menudo, más dolorosa.
Muchos rechazarán esa concepción kármica como una de las fantasmagorías steinerianas. Por el contrario estoy convencido de que ahí hay una visión correcta, profunda y benéfica. Hay que reconocérselo, él, un hombre impregnado por la cultura de Occidente ajena a la idea del karma, tuvo la profundidad y la valentía de integrar esa visión kármica en la vida cotidiana, y especialmente en su enfoque de ciertas manifestaciones más flagrantes y más desconcertantes de la acción del karma.
El hecho de que realmente se pueda poner el dedo sobre las "causas" biológicas de los grandes discapacitados congénitos, seguramente no es discutida por Steiner ni por sus adeptos, y no constituye un argumento contra la concepción steineriana. Las leyes físicas y biológicas están al servicio, son instrumentos de las leyes espirituales, aunque una visión superficial de las cosas parezca sugerir que las ignoran. La cuestión de la validez de las concepciones de Steiner no puede ser resuelta, ni siquiera (creo) verdaderamente comprendida y aclarada, permaneciendo en el marco de las ciencias biológicas en su forma y espíritu actuales. ¡Sin embargo no es una cuestión del "sexo de los ángeles"! Estoy convencido de que una respuesta matizada y convincente, que ponga de acuerdo a los espíritus, será desentrañada ya en las próximas generaciones.

N 553 sombras y convertirse en luz. Y lo mismo ocurrirá, estoy convencido, con la ciencia ◊del mañana, igual que con la de hoy y de ayer, tal y como la hemos visto desplegarse y transformarse hasta el presente a lo largo de siglos y milenios.

(125) La paja y el grano (2): Krishnamurti – o degradación de una misión

(10 – 12 de febrero)[534] Steiner pasó su infancia en una pequeña estación ferroviaria de pueblo (su padre era el jefe de estación), en contacto con las últimas maravillas de la técnica de su tiempo: los trenes, el telégrafo... Y desde su infancia estuvo fascinado por la ciencia y por el saber-hacer técnico. Si su don de videncia no le hubiera revelado la existencia de un mundo totalmente diferente, seguramente habría llegado a ser un gran sabio reconocido como tal por todos; un continuador de Darwin quizás, sin pensar jamás en apartarse del espíritu de la ciencia de su tiempo. Durante su vida, "ciencia" significaba el prestigio supremo, la autoridad. Así su sueño era conquistar para ese "otro mundo" que entreveía (y que durante mucho tiempo le pareció ser el único en el mundo que lo percibía...) la inigualable caución de "la Ciencia", del conocimiento "científico". Si alguien, en el pasado siglo o en este siglo, tenía madera para dar consistencia a tal sueño, transformando la concepción misma que tenemos de dicha "Ciencia", ése era él. Y si más bien ha contribuido a desacreditar a los ojos de la mayoría, y especialmente a los ojos de los científicos, la idea misma de "otra realidad", ¡sólo puede achacárselo a sí mismo!

Steiner estaba igualmente apasionado por el estudio. Devoraba los libros de filosofía más arduos con la misma voracidad que los libros de ciencia. Su primera experiencia que calificará de "espiritual"[535] fue su encuentro con la geometría, a la edad de nueve años. Más tarde dirá de esa experiencia: "... sentía que se debe llevar en uno mismo el conocimiento del mundo espiritual de la misma manera que la geometría".

N 554 ◊Nada de eso en Krishnamurti, que por sus inclinaciones innatas y adquiridas, se encuentra verdaderamente en las antípodas de Steiner. Toda su vida, el estudio e incluso, seguramente por extensión o por asimilación, toda lectura que hacía un poco "sabia" o aunque sólo fuera "seria"[536], lo sintió como una carga. Sin embargo la sufrió sabiamente, la interminable carga, cada día retomada de nuevo con mansedumbre, como la sufren centenares de millones de niños, de adolescentes y de adultos, con una total sumisión – en este caso, sumisión a sus tutores y benefactores Annie Besant y Leadbeater. Sus primeras y muy tímidas veleidades de rebelión contra ese papel de mono sabio no tuvieron lugar hasta asombrosamente tarde, hacia la edad de diecinueve o veinte años, después de que una providencial asignación de por vida le aseguró una autonomía financiera respecto de sus tutores y maestros. No obstante siguió llevando una existencia de eterno estudiante, de fracaso en fracaso en las instituciones más selectas de Inglaterra, hasta la edad de veinticuatro años (en 1919). Sólo al año siguiente comienza a manifestar los primeros signos de independencia intelectual. Pero todavía harán falta nueve años hasta que al fin se decida, a la edad de 34 años (!), a salir de la confortable jaula de la "Orden de la Estrella de Oriente" de la que era el jefe nominal desde hacía dieciocho años, a la vez que el nuevo Mesías, prometido al Mundo desde toda la eternidad...

La cosa puede parecer increíble, en un hombre y un pensador de la estatura de Krishnamurti[537]: según lo que conozco, parece casi seguro que en ningún momento de su vida se tomó la

[534] Continuación de la nota anterior "La paja y el grano (1): R. Steiner y la ciencia del mañana".

[535] Visiblemente Steiner no distingue entre el plano intelectual, i.e., el de las *ideas* (por rigurosas que sean) y las leyes que las rigen, y el plano espiritual, de orden muy distinto. La lengua alemana tendería aquí a favorecer tal confusión, a causa de la ambigüedad asociada a la palabra "geistig" (de "Geist"="espíritu"), que se refiere a los dos planos simultáneamente.

[536] En la biografía de Mary Lutyens aprendemos (si mi memoria no me traiciona...) que Krishnamurti no leía más que novelas policíacas, que eran su principal distracción junto a los western, la tele y el golf.

[537] A decir verdad, incluso entre los hombres y los pensadores de "gran estatura", raros son los que que se han tomado la molestia de incluirse en su mirada sobre el mundo, y de superar además, a costa suya, la imagen favorecida y plana que se suele tener de uno mismo. Pero ese tipo de complacencia tan corriente puede parecer

molestia, retrospectivamente, de constatar ese estado de dependencia, de miseria espiritual, de sumisión pasiva también, en el que había vivido hasta bien entrada la edad adulta. Y durante todo ese tiempo, sin plantearse jamás una pregunta sobre ese tema, llevó su imagen de marca a los fieles miembros de la Orden de la Estrella (eran unas decenas de miles): la de sabiduría infusa
N 555 inmemorial, libre ◊de todo condicionamiento etc. Incluso la retomó por su cuenta con palabras claras y vibrantes, estilo "yo soy el Incondicionado, la Luz y la Vida...", al menos a partir de 1925 (cuando tiene 29 años). Es evidente que se lo creía a pies juntillas, igual que se lo creían los miembros del pequeño cenáculo de allegados y admiradores que se había formado a su alrededor, deslumbrados como estaban todos por la gloria mesiánica que le rodeaba, y sin que les molestara lo más mínimo todo lo que sabían de primera mano ¡que no iba precisamente en ese sentido! Incluso después de que Krishnamurti se hubiera librado del pintoresco fárrago teosófico[538] y de los correspondientes clichés espiritualizantes, y durante toda su larga vida hasta su muerte a la edad de 90 años, nunca puso en duda la idea de sí mismo que había recibido, la de una especie de niño divino de mirada serena, planeando muy alto por encima de las contingencias humanas. Bien al contrario, esa no idea no hizo más que endurecerse, a medida que los recuerdos de un pasado molesto se esfumaban y terminaban por hundirse totalmente[539]. Nunca se molestó en "explicarse" con sus antiguas creencias teósofas, que habían impregnado y moldeado su psique durante veinte años de formación crucial. Nunca intentó ver dónde estaba lo falso y dónde, a pesar de todo, lo verdadero. Pues esas visiones abracadabrantes de "Maestros", esas "Iniciaciones" y todo eso (que sin duda le habían sido sugeridas a distancia por Leadbeater), ¡realmente las había tenido[540]!

N 556 ◊Sobre todo, jamÃ¡s sondeó el sentido de ese hecho, sin embargo irrecusable, que había creído en todo eso, que dócilmente había jugado un papel que se le había dictado. Más tarde, creyó que bastaba tacharlo y decretar: ¡ya no me concierne! – para que ese pasado ya no esté, ya no actúe. Y para convencerse mejor, levantó todo un sistema filosófico, desarrollado largo y tendido en las docenas de volúmenes de sus "Enseñanzas". Un sistema que magnifica y establece como dogma esa huída hacia delante, que enseña que "la libertad" es el olvido, es la total desaparición del pasado[541]. En un grado rara vez alcanzado por un ser humano, cultivó

"increíble" en un hombre en el que el conocimiento de uno mismo está en el centro de su filosofía de la existencia, y es presentada como la primera y única cosa esencial en la vida espiritual, de la cual se supone que todas las demás se derivan por sí mismas.

[538] Krishnamurti se "libró" de ese "fárrago teosófico" al menos a nivel consciente. Al no haberlo examinado nunca con cuidado (véase más abajo en este mismo párrafo), una parte de dicho fárrago siguió estando presente en el Inconsciente, como señalo en una nota al pie de la página N 547 en la penúltima nota.

[539] Sin embargo, en los allegados de Krishnamurti, y entre ellos su futura biógrafa Mary Lutyens, esos recuerdos no se "esfumaron" y en modo alguno "se hundieron", como en el Maestro. Coexistieron, como si nada, con la fantasmagoría mesiánica, el mito del niño divino etc.

[540] Durante su largo periodo teosófico, Krishnamurti terminó por desarrollar una visión penetrante de todo lo que era ficticio, falso, sobreestimado, de todo lo que era puro cliché y puro conformismo, en el medio en el que entonces se bañaba, y quizás también en lo que podía entrever en los medios espiritualizantes limítrofes. Esa intuición, creo, apenas debía referirse a las ideas y doctrinas profesadas por unos y otros, sino que más bien aprehendía las actitudes interiores, que veía profundamente falseadas por todas partes. Sólo mucho más tarde esas intuiciones llegaron a ser claramente conscientes y se condensaron en pensamientos claramente formulados, en un lenguaje limpio e incisivo, dejando al desnudo lo que antes había percibido oscuramente, y que también en su edad madura tuvo amplia ocasión de observar, al albur de innumerables encuentros.
Desgraciadamente, al no incluirse a sí mismo en su mirada sobre los demás, esa percepción delicada y penetrante terminó por endurecerse en un "propósito deliberado" aprieta-botón, metiendo de una vez por todas en el mismo saco, el de las "imaginaciones" suscitadas por el ansia de autoengrandecimiento del yo, *toda* manifestación de una actividad o de una experiencia que se vea como "religiosa" o "espiritual", con la única excepción de las que emanan de su propia persona. Llegó a unos absurdos rayando en lo grotesco, como el de dar a entender que todos los escritos sagrados del pasado no son más que viento, afirmando a la vez que no ha leído ni uno sólo (cosa que incluso a su devota biógrafa le cuesta creer...). Cuando se es el Maestro supremo, que con su existencia borra todos los mesías, profetas y maestros del pasado, es evidente que ya no hace falta leer ni un sólo texto supuestamente "sagrado", para saber y afirmar que leer uno es perder el tiempo...

[541] Ese "rechazo del pasado" es indisociable del "rechazo del devenir", el rechazo pues de aprender, de madurar,

una inhibición casi completa del recuerdo. Creyó liberarse del pasado *mutilándose* la valiosa facultad, espiritualmente vital, del recuerdo ([128]) – la que nos liga a nuestras raíces, y nos permite alimentarnos de la experiencia acumulada en el pasado, al sondear y asumir su *sentido*. Con esa huída ante su pasado que lo interpelaba, con esa mutilación a diario renovada durante toda una vida, lejos de liberarse del pasado, se encadenó aún más a él. O mejor, incluso cuando peroraba sobre la libertad y sobre la inexistencia del pasado, era movido y dirigido, como por unos hilos resistentes y tenues que se negaba a ver, por fuerzas ocultas enterradas en un pasado que él reniega ([129]).

* *
*

N 557 ◊Pero de nuevo divago. (¡Hay que reconocer que hay con qué dejarse llevar!) Había empezado a decir, sólo, que la ciencia y Krishnamurti son muy distintos. Al revés que Steiner, dejando aparte una pequeña debilidad por la mecánica (que iba de la mano con su gusto por los coches caros), verdaderamente no tenía nada que le inclinase hacia la ciencia o la técnica. Ni hacia la filosofía y esas cosas áridas y eruditas. Sin embargo terminó dedicándose a ello, a la filosofía, muy a su pesar, para poner al fin negro sobre blanco y en un inglés de una claridad perfecta sus famosas "Enseñanzas"[542]. Nada intelectual por temperamento, terminó por serlo por necesidad, y muy a su pesar.

Por su vocación y por sus excepcionales dones, Krishnamurti estaba llamado a ser el gran filósofo religioso de los tiempos modernos – un desmitificador y un visionario, cuya visión espiritual debía arraigar en una comprensión profunda y sin precedentes del alma humana. Para encontrar el camino de su misión y realizarla, no le habría faltado más que el rigor espiritual, que sólo puede dar la mirada vigilante sobre uno mismo. A falta de una mirada sobre sí mismo (vigilante o no...), al igual que Rudolf Steiner se convirtió en el juguete de un ego voraz. En su ansia de mostrarse infinitamente por encima de todo el mundo, se encerró en el reflejo de ir a
N 558 contrapié de "todo el mundo", incluyendo los más grandes y en lo mejor que nos han ◊aportado, y sin siquiera dignarse en nombrarlos. ¡Pero los primeros serán los últimos! Queriendo realzarse con el desdén, cayó por debajo incluso del rango de un "filósofo" o de un "psicólogo" (o de un

---

de profundizar un conocimiento de uno mismo y del Mundo. El primero de esos rechazos no es más que la imagen especular del segundo – uno y otro son las dos vertientes, las vertientes "yin" y "yang", "sombra" y "luz", de un mismo proceso: el *proceso de la huída*. Ya tuve ocasión de examinar uno de los dos en Krishnamurti, en la nota "Las bestias negras del Maestro (2) – o el rechazo del devenir" (n^o 54). Después de escribir esa nota, tuve ocasión (en el pasado mes de octubre) de leer la biografía de Krishnamurti, y especialmente el segundo volumen (que antes no había leído). Esa lectura es la que me resaltó el rechazo del pasado en Krishnamurti, que no se trató en la citada nota.

[542] La mayúscula en "Enseñanzas" es cosecha del Maestro. Dejando aparte su libro "A los pies del Maestro" (firmado "Alcyone"), que es un ejercicio estilístico sobre los clichés morales teosóficos, que supuestamente le habría comunicado por un Ser oculto al que se refiere como "el Maestro", el primer libro de Krishnamurti no aparece hasta 1954. Es "La libertad primera y última", que contiene, creo, los temas esenciales del pensamiento krishnamurtiano, que todos sus libros posteriores retomarán y repetirán incansablemente. Cuando aparece, el autor tiene casi sesenta años. Fue en 1925 cuando tuvo lugar el gran shock causado por la muerte de su hermano Nitya, shock que (cuatro años más tarde) terminará por arrancarle del medio y el universo conceptual teósofos, y le conducirá a desarrollar un pensamiento y una filosofía personales. Es pues casi treinta años después de ese giro capital en la vida de Krishnamurti, cuando aparece el primer libro que atestigua el pensamiento que surgió de él. Cuándo y cómo aparecieron, a lo largo de esos treinta años, los principales capítulos de ese pensamiento tan vigorosamente afirmado, nada en ese libro ni en ningún otro texto de su pluma (por lo que sé) permite hacerse la menor idea de ello. La biografía de Mary Lutyens ignora totalmente tales cuestiones, e ignoro si alguien además de mí ha tenido jamás la curiosidad de planteárselo.
Sin embargo, en todo lo que concierne al conocimiento del hombre, de la existencia humana, de Dios, el valor e incluso el*sentido* de una idea son indisociables de la persona que la formula y la afirma, y de las circunstancias psíquicas que han rodeado el nacimiento de la idea así afirmada. Y así es, con más razón, para todo un conjunto de ideas que forman, de manera explícita o tácita, una filosofía de la existencia, claramente afirmada.

"espiritual") simplemente *serio*.

Entre muchas otras cosas, era el mejor situado para culminar la innovadora obra de un Freud, superándola con una iluminación muy distinta, más global, más penetrante, más rica – como la clara luz del día allí donde laboriosamente nos alumbramos con una linterna. Pero se complació en la pueril actitud de ignorar con soberbia a ese gran y primer pionero en el conocimiento de la psique, y de probar su suprema "libertad de lo conocido" dando a entender que todo eso no es más que vana palabrería (de algunos que quieren hacerse los interesantes), y decretando: que los sueños no son más que la continuación cuando estamos dormidos del vano "cacareo del pensamiento" en el estado de vigilia[543], y que además el llamado "Inconsciente" es una pura invención (de algunos que es mejor ignorar...)

Eso sería ineptitud o demencia en alguien tan bien situado, si no fuera el infantilismo de una vanidad descontrolada. Recuérdese que veinte o treinta años después de Freud (e independientemente de él, ciertamente), Krishnamurti descubrió el hecho increíble, crucial, desconcertante de la "huída psicológica" – ese mecanismo profundamente implantado en la psique, que nos empuja sin cesar a rechazar el conocimiento de realidades incluso las más llamativas, las más evidentes y a menudo las más neurálgicas a poco que nos toquen de cerca, de esas realidades que se "ignoran" y que sin embargo, a la vez, "se saben". Querer "enseñar", querer hacer ver y apreciar en todo su alcance ese hecho omnipresente que domina el comportamiento de todos y cada uno (al menos mientras no se tenga cuidado con él...), poniendo cara indolentemente de negar la existencia misma de una "parte sumergida" de la psique, *es tomar a la gente por*
N 559 ◊*idiota* – es jugar un juego de poder idiota. Es elegir encerrarse en el estrecho círculo de los que uno se da el gusto de subyugar, de los que aceptan jugar a los idiotas que se llevan por la punta de la nariz. ¡No hay historia de locos que ilustre más a propósito las fulgurantes Enseñanzas del Maestro sobre el idiota juego de la fuga!

Ése sólo es un ejemplo, quizás el más enorme de todos, entre muchos otros apenas menos grandes[544]. Al no haber visto ni conocido a su invasivo ego actuando en el Inconsciente, y al igual que su predecesor Steiner (que le miraba con desdén...), Krishnamurti se dejó arrastrar, durante cincuenta años de su vida bien repletos y hasta su muerte, por unos juegos idiotas que sólo pueden desacreditar sus "Enseñanzas" a los ojos de cualquier espíritu reflexivo. Con eso él mismo neutralizó, redujo a nada la acción a la que había sido llamado: la de *iluminar*. Esa degradación de su propio mensaje me parece todavía más irremediable que en su "hermano enfrentado" Steiner. Pues la acción que le llamaba no se situaba en el plano intelectual de alguna "ciencia" (aunque se calificase de "espiritual"), sino ya de entrada en el plano espiritual. Y menos que cualquier otra, la acción espiritual no tolera la mediocridad de la autocomplacencia y de los juegos de poder.

Según lo que he podido ver hasta ahora, la existencia de Krishnamurti me parece espir-

[543] Esa afirmación es tanto más grosera cuanto Krishnamurti da a entender que el hombre plenamente liberado (léase: él mismo) ¡nunca sueña! que él, Krishnamurti, no ha tenido un sueño en su vida. Visiblemente, en toda su vida nunca se molestó en recordar y aún menos en examinar uno sólo de sus sueños. Sin embargo eso no le impide decretar en sustancia que los sueños son una gilipollez, y (tácitamente) que un Freud, que pasó su vida estudiándolos con infinito cuidado (y del que Krishnamurti seguramente no ha leído ni una línea) es un consumado idiota. Es la misma actitud que vis a vis de los demás "espirituales", y especialmente vis a vis de los libros sagrados de todas las religiones (salvo la suya, difundida por las "Enseñanzas"...). Véase la nota al pie de la página N 555 y de la página N 547 (segundo párrafo).

[544] Para otros ejemplos, véanse las tres notas consecutivas (n^{o}s 53–55) consagradas a las "bestias negras del Maestro". Los ejemplos que allí examino son sobre todo aquellos sobre los que Krishnamurti vuelve con particular insistencia. Por el contrario, los pocos casos en que aparenta estar al corriente de las ideas de Freud sólo aparecen ocasionalmente y más o menos entre líneas. (NB. Dejando aparte uno o dos pasajes donde evoca los nombres de Buda y Jesús entre los recovecos de una frase y seguidos, en ninguno de los numerosos libros de Krishnamurti que he leído se refiere a una tercera persona, nombrada o no, salvo a las que figuran en los relatos de escenas vividas, y además siempre permaneces innominadas.) Que llegaba hasta negar la existencia de un Inconsciente, no lo he sabido hasta hace muy poco (con estupor, lo reconozco), leyendo el segundo volumen de la biografía de Mary Lutyens.

itualmente estéril casi por completo. Creo que su nombre, al contrario que el de Steiner, no tardará en caer en un merecido olvido. En total, no he conocido ni una sola persona que le deba una comprensión, una estimulación verdadera (y no sólo imaginaria) en un momento dado de su itinerario espiritual. Ése es mi caso. Me costaría decir si el beneficio que he sacado de mi encuentro con la obra de Krishnamurti compensa las pesadas trabas que han sido para mí, durante
N 560 largos años, algunos de sus deliberados propósitos ◊de los más aberrantes[545]. Al principio los hice míos con el resto, con confianza, dando fe a su excepcional penetración, de la que me había convencido de primera mano aquí y allá. Pero sobre todo, creo, estaba asombrado e impresion-
N 561 ado, sí "*electrizado*"[546] por esos aires de autoridad ◊lúcida y soberana, totalmente despegada y sin embargo a la vez intensamente "presente" – por ese carisma tan particular que sólo se encuentra, creo, en él. He ahí, seguramente la clave de su extraordinario ascendiente, incluso sobre gente que estaba incapacitada para apreciar los logros que realmente había conseguido en el conocimiento del alma humana, y en demistificación de algunos de sus principales clichés que infestan la vida religiosa desde tiempos inmemoriales. Por mi parte, después de un primer contacto fulgurante[547], me di cuenta de muchas cosas que cantaban, tanto en las Enseñanzas como en el mismo Enseñante, era impensable que esos aires de total lucidez, de ardiente desapego, de Verdad encarnada – ¡que eso fuera un simple atrapabobos!

Y sin embargo, ¡lo impensable era cierto[548]! Pero sólo al releer su biografía el pasado mes

[545] Véanse las tres notas citadas en la anterior nota a pie de página. En ellas examino algunos de esos "propósitos deliberados". Ya tuve y tendré de nuevo ocasión de evocar, en las páginas de la Llave de los Sueños, en qué la filosofía krishnamurtiana que había hecho mía constituyó una seria traba para mí, y esto de diversas maneras. Hasta ahora, eso aparece sobre todo en la sección "Reencuentro con el Soñador – o cuestiones prohibidas" (n^o 21), aunque no haga más que una breve (demasiado breve...) alusión a la influencia de Krishnamurti, en una nota al pie de la página 57. Se trataba de mi desconfianza frente a toda reflexión a poco que me pareciera "metafísica", o sólo "filosófica", y de mi reticencia casi insuperable a involucrarme en una reflexión en ese sentido, como si sólo pudiera ser pura especulación, un mero juego del espíritu que se complace en sus propias construcciones, una especie de "facilidad" en suma. Esas disposiciones, que ahora me parecen una verdadera *parálisis* parcial de mis facultades de conocimiento, sólo se disiparon el pasado invierno, con mis sueños de enero a marzo de 1987. Por el contrario esos sueños me llamaban (con medias palabras, ciertamente) a hacer pleno uso del potente medio de conocimiento que es el pensamiento, para desarrollar una vasta visión de conjunto del Mundo y de la existencia humana, a partir del material proporcionado tanto por el Soñador como por mi experiencia personal.
Pero ya mucho antes, entre 1972 (en que me encontré con el pensamiento krishnamurtiano) y 1976 (en que "descubro la meditación" y comienzo al fin un verdadero *trabajo* de conocimiento de mí mismo, los tabúes krishnamurtianos contra el pensamiento, y más particularmente, contra todo *trabajo del pensamiento*, han sido una poderosa traba para la eclosión de la meditación en mi vida y por ello, a todo progreso espiritual, a toda maduración. Sin contar que Krishnamurti niega la idea misma y la posibilidad de todo progreso, de toda profundización, como puro espejismo del "yo" ávido de llegar a ser esto o aquello. No me quedaba, en suma, más que esperar con los brazos cruzados que la gracia concedida al Maestro descendiera también sobre mí, quizás, cuando Dios tuviera tiempo... Me expreso sobre esa profunda división en mí, esa "dimisión", creadas por la desconfianza implantada en mí contra mi mejor baza y mi mejor aliado, el pensamiento, en la nota "¿Quién es "yo" – o la dimisión" (n^o 58).

[546] Lo que aquí intento expresar sobre mí, debe de haber sido el caso de innumerables otras personas, lectores de los libros de Krishnamurti u oyentes de sus conferencias. Seguramente, "esos aires" o más bien, lo que sugerían con tan irresistible poder, debían responder a una esperanza, o a una profunda nostalgia, a un descontento que se ignoraba, un poco como: he ahí al fin, el hombre *completo*, totalmente diferente – el que desespero de llegar a ser, el que buscaba en otros desde hace tanto tiempo y que todavía nunca he encontrado...
Pero ese primer "contacto fulgurante", después de haber exacerbado una sed espiritual que se ignoraba, no tarda en adormilarse en un somnoliento ronrón, hilvanado por innumerables conferencias en salas repletas y por nubes de volúmenes que se parecen como hermanos, hasta el punto de que se termina por recitar "el Krishnamurti" de memoria. Quizás yo sea el único, o en todo caso uno de los pocos, en no haberme adormilado en la ronroneante almohada preparada por el Enseñante; o si realmente me adormilé durante algunos años, el único o uno de los pocos en haberme despertado. (Con la llamada del Soñador, ese eterno Despierto, y el gran, y discreto, Despertador...)

[547] Ese primer contacto lo tuve con la lectura de los primeros capítulos del citado libro "La libertad primera y última", en 1972 si mis recuerdos son exactos, al final del periodo "superviviente".

[548] Si digo que "esos aires" tan atractivos eran un "atrapabobos" (¡por "impensable" que parezca!), quiero decir sobre todo que la imagen de sí mismo que presentaba Krishnamurti, y de la que él era el primer engañado, era

de octubre[549], hace apenas cuatro meses, terminé al fin por rendirme a la evidencia. Dejé de
N 562 tergiversar, ◊dejÃ© de ver al que secretamente, durante algunos años[550], me había servido de modelo, ¡con dos pares de ojos diferentes que hacían como que se ignoraban el uno al otro!

(126) La paja y el grano (3): Krishnamurti – un balance

(13 y 15 de febrero)[551] Comencé la nota precedente con la idea de hacer un pequeño balance de una o dos páginas de "la aportación de Krishnamurti" – ¡ y llevo tres días completos que más bien me dedico a arreglar viejas cuentas con él! Ayer todavía no acababa, con la interminable cohorte de notas a pie de página alargándose, dos de las cuales han pasado a ser notas plenarias. Y con todo eso, el famoso "balance" sigue sin hacer. Tenía tanto interés en decir todo lo que fallaba (¡y es verdad que a menudo es muy gordo!), que no tuve tiempo de hablar de lo que ha aportado. Más bien he dicho o he comenzado a decir lo que *no* ha aportado, mientras que claramente estaba "ahí para eso" (que se me perdone la caballeresca expresión...). Quizás pudiera resumir mis quejas de los tres últimos días diciendo: no ha aportado una nueva filosofía de la existencia, sobreentendiendo: una filosofía que sea *útil*, que pueda ser útil a algunos para "vivir mejor", lo que también es decir: para progresar en el conocimiento, en la comprensión del mundo y de sí mismos, para madurar. Lo que desarrolló en sus libros y en sus conferencias, bajo el pomposo nombre de "las Enseñanzas" (como si en el mundo no pudiera haber, desde toda la eternidad, más que las Enseñanzas del único Enseñante...), en tanto que "filosofía" o visión
N 563 del mundo, simplemente no se tiene de pie. Al menos no ◊en su conjunto. Es (lo repito[552]) una *mistificación*, movida por una vanidad descontrolada, por una delirante locura de grandezas, animada por multitudes de oyentes y lectores dóciles, admirados, subyugados.

Pero es evidente que si sólo hubiera eso, ni hubiera soñado jamás en incluir a un cierto Krishnamurti entre mis mutantes, ni en tomarme la molestia de aclararme conmigo mismo sobre él y sobre sus famosas Enseñanzas. Como he subrayado más de una vez, ejerció sobre mí una especie de fascinación durante años. Cuando leí su primer libro, en 1971 ó 1972, aún no sabía nada de su reputación ni del bombo mesiánico (que me habría vuelto más bien desconfiado...). Eso no impidió que inmediatamente quedara "electrizado". Y esa fascinación no se debía sólo

una pura quimera, construida desde cero. Ciertamente no había intención de engañar, sino más bien una puesta en escena inconsciente, realizada con acabada maestría, y de una eficacia extraordinaria. ¡El engaño consciente jamás alcanza tal maestría en el arte de mistificar! También está claro que la puesta en escena, iniciada por sus tutores teósofos con los medios mucho más groseros del bombo mesiánico y del mercado de las vanidades que lo acompañaba con gran alboroto, logra credibilidad sobre todo por ciertas cualidades eminentes realmente presentes en la persona de Krishnamurti. Tal vez la más esencial de ellas sea la "capacidad de presencia", que se tratará en una nota posterior "Capacidad de presencia y recuerdo" (n^o 129). Otra es la penetrante percepción y el íntimo conocimiento de la psique, cuya naturaleza intento captar en una nota posterior "Descubrimiento, o ciencia infusa? – o el "enigma Krishnamurti"" (n^o 130).

[549]Es sobre todo el segundo volumen, "Los años de Cumplimiento", que no apareció hasta 1983 y que todavía no había leído, el que me aportó las aclaraciones que me faltaban.

[550]Se trata de los años entre 1972 y 1976. El descubrimiento de la meditación en 1976 marca el cruce de un umbral crucial hacia la autonomía espiritual. Detrás de ese umbral ya no hay modelo, consciente ni inconsciente. Sin embargo eso no significa que todas las ideas que había hecho mías sin que hubiesen surgido de mi propia experiencia y no estuvieran arraigadas en ella, se hubieran desprendido de mí de la noche a la mañana, incluyendo las que había tomado de Krishnamurti. Como recuerdo en una nota a pie de página anterior (página N 560), lo cierto es lo contrario. Una idea recibida no se desprende nunca, creo, sin un trabajo interior, a menudo quizás inconsciente, pero que en mi caso (si no en el de todos) requiere la sanción de un trabajo consciente, o al menos de una constatación consciente y claramente, cuidadosamente formulada, para que al fin llegue a ser un hecho adquirido y plenamente operativo. Es posible que sólo con la reflexión esporádica sobre Krishnamurti, realizada aquí y allá a través de las páginas de la Llave de los Sueños, se hayan terminado de desprender los últimos vestigios de las ideas falsas que había tomado de Krishnamurti y había hecho mías.

[551]Continuación de la nota anterior "La paja y el grano (2): Krishnamurti – o degradación de una misión".

[552]El término "mistificación" (aplicado a R. Steiner y Krishnamurti) aparece por primera vez en la nota "Hermanos enemistados – o una madrina para dos mesías" (n^o 123), cf. páginas N 545 – N 546, y en el caso de Steiner, en la nota "Fantasmagorías de un vidente" (n^o 122), página N 537.

a un "carisma" excepcional, que "pasa" perfectamente por su estilo de expresión; ni a la pose, soberbiamente interiorizada e interpretada, de "hombre liberado", de hombre "que *ve*". (Y que ve *todo*, y lo ve *como es*, es lo de menos...) En el libro "La Libertad primera y última" (que es sin duda su obra maestra), no hay duda de que junto a lo que ahora me parece pose y mancha, hay una *substancia*, y de las más jugosas. Seguramente esa substancia es la que me enganchó, como quizás ningún libro me había enganchado antes.

Aquí también hay que dar a cada cosa lo suyo. Seguramente quedé impresionado, sin aliento, "electrizado", de ver afirmar negro sobre blanco, y con tal limpidez, tal fuerza lapidaria, y sobre todo con tal aire soberano (el aire del que describe, a beneficio de los hombres de todas las épocas, lo que *ve* con sus ojos en ese mismo momento...) cosas que todas o casi todas iban en contra de lo que yo siempre había creído, e incluso: de lo que hasta entonces formaba parte del fundamento inexpresado de mi visión del mundo. Con más precisión, se trataba de convicciones inexpresadas que tenía en común con "todos" – las que formaban (y aún forman) parte del "aire de los tiempos" que respiraba desde mi infancia, igual que mis padres y los padres de ellos también respiraron.

Hubo un efecto *choque*, un choque *intelectual*, eso ahora está bien claro. Sin duda el mo-
N 564 mento estaba maduro, en mi vida: ◊bajo el efecto de ese choque mi visión del mundo, al menos la visión consciente y los valores que expresa, *basculó*. Casi de la noche al día, "cambié de filosofía". Ciertamente sin decírmelo en esos términos, ¡me convertí, eso sí, en "krishnamurtiano"! Hice mía, casi a ojos ciegas o al menos sin ninguna veleidad de un examen de conjunto algo atento, esa "filosofía" krishnamurtiana del la que acabo de afirmar (quince años más tarde...) que no merece el nombre de "filosofía", que era una "mistificación". Es verdad que en tos quince años he tenido tiempo de cambiar. Esos quince años, son como quince *vidas* que hubieran pasado desde entonces...

¿Pero entonces qué pasó? ¿De dónde viene este repentino, este asombroso cambio? Entonces tenía cuarenta y cuatro años – ya no era un joven, y nunca había sido un cabeza hueca que se va con el primero que pase. Intelectualmente, estaba en la plenitud, en una floreciente y poderosa madurez, en plena posesión de mis facultades. Es verdad que espiritualmente estaba en la infancia.

Había un "punto fuerte" irrecusable, de un inmenso alcance, que inmediatamente me "enganchó" y conquistó: es la puesta en claro, por Krishnamurti, del "*proceso de huida*". Nunca había sospechado algo parecido. Fue con Krishnamurti, al leer algunos capítulos de su libro, con el que me enteré. Fue una verdadera revelación – ¡se me cayeron las escamas de los ojos! De repente, multitud de cosas inexplicables, desconcertantes, que desde siempre se burlaban de mí, como ridiculizando mi visión del mundo tan racional, tan sólidamente tallada, tan bien asentada – esas cosas insensatas, absurdas, locas *de repente cobraban sentido*. Comprendí que tenía entre las manos una llave irreemplazable, una llave maestra para comprender la existencia humana. Y no me equivoqué, ciertamente – esa llave no tenía nada de ilusoria. Lo que entonces comprendí como un relámpago se fue confirmando día tras día a lo largo de todos mis días y mis años. En este momento en que escribo es tan cierto como la primera vez que lo descubrí. Y ese descubrimiento, no lo hice observando la realidad, sino leyendo un libro. Un libro de un tal Krishnamurti, que nadie sabe cómo lo había descubierto. Pero no en un libro, él no.

Era algo muy impresionante. Ciertamente, lo más asombroso, los más "absurdo" de todo, es que después de millares (por no decir millones) de años que el hombre está ahí, dotado de
N 565 un espíritu que le permite enfrentarse a ◊sí mismo y a la condición humana tal y como se ha desarrollado hasta el presente, ¡*nadie* se había percatado todavía de eso! ¡*Eso* es lo más absurdo! Bien visto y aclarado esto (si es que verdaderamente se puede "aclarar" algo hasta tal punto enorme...), el que descubre tal cosa, una cosa tan cotidiana, tan evidente, tan crucial y que sin embargo nadie ve – ese hombre no puede ser un cualquiera. Para establecer un paralelo que haga sentir las dimensiones de esto, me cuesta imaginar un solo *hecho*, susceptible de ser

ignorado por el espíritu y que un día el espíritu descubre, cuya importancia para la vida de cada uno sin excepción pueda ser comparable a la de ese hecho y de la universal ignorancia de ese hecho – del hecho de la huida. Pensando en los hechos importantes y (más o menos) simples que costó mucho descubrir y que ahora forman parte de nuestra visión del mundo: el hecho de que la tierra es redonda, la cosmología llamada "de Copérnico", las leyes de Kepler o la gravitación universal de Newton, la relatividad de Einstein, o los descubrimientos de un Hahnemann, de un Darwin, de un Pasteur, de un Claude Bernard, de una Marie Curie, nuestros conocimientos sobre la célula viva, sobre la herencia, sobre el cromosoma... – no hay ni uno sólo de importancia comparable. Ignorarlos, o conocerlos y tenerlos en cuenta, sólo cambia la vida humana en la superficie, sin que los comportamientos cotidianos, las relaciones de los seres unos con otros y con ellos mismos, cambien verdaderamente. Nada de esto para el proceso de la huida, que domina esos comportamientos sin que nadie lo sospeche. El que descubre tal cosa, el que la ve en todo su impensable alcance, sin ninguna veleidad de minimizarla, de evacuarla con fórmulas tranquilizadoras; y que, además, se consagra a decir y repetir incansablemente[553] tal cosa, de cien y mil maneras, a un mundo ciego y sordo –¿no es ése uno de los más grandes entre nosotros?

Seguramente eso lo sentí, con la claridad de la evidencia, sin siquiera decírmelo entonces, como ahora me lo digo para refrescar mi memoria sobre algo que tiendo un poco a olvidar. En ese momento (en 1971 ó 1972) no me di cuenta de que otro hombre había hecho ese descubrimiento
N 566 antes que Krishnamurti. De eso no me di cuenta hasta el año pasado[554] con la $^{\Diamond}$lógica de la reflexión realizada en la Llave de los Sueños. Pero que ya lo hubiera sabido o que lo hubiera aprendido después, eso no cambia gran cosa. El asombroso hecho que el mundo entero parece haberse coaligado desde hace milenios para ignorar a cualquier precio, estaba bien claro que Krishnamurti no lo había aprendido de nadie más que él mismo. Eso es lo único que cuenta para apreciar la 'grandeza" de un acto de conocimiento. Y en cuanto al alcance de su *aportación* personal a nuestro conocimiento del alma humana, ahí también, que Freud se le haya de alguna manera "adelantado" no me parece que disminuya en nada esa aportación. Los sesgos con los que esos dos hombres abordaron ese hecho, las iluminaciones que le dan, son totalmente diferentes. Ninguno de los dos incluye y vuelve superfluo al otro. Me parece que Freud no vio tan claramente, tan totalmente como Krishnamurti todo el inimaginable alcance del hecho de la huida. Se diría que ese alcance se encuentra como "diluido" en él, de forma más o menos difusa, tanto en su experiencia clínica como médico psiquiatra, como a través de las vicisitudes y las frustraciones a menudo dolorosas de su vida personal y de sus amistades. Preocupado como está, ante todo, de desmontar los engranajes de cierta mecánica abracadabrante, no se dio tiempo, me parece, para "reposar" en ese trabajo, para hacer *la constatación* pura y simple, la constatación desnuda de *la existencia* de dicha mecánica, de lo que representa de verdaderamente extraordinario en la existencia humana. Se pudiera decir, quizás, que Freud aborda esa extraña "máquina de engañar al mundo" con las disposiciones del *ingeniero-técnico*, destornillador y electrodinamómetro en mano. Krishnamurti la aborda como un *niño*. Con las disposiciones del técnico, que hurga en el interior de la máquina, es como Freud descubre las extrañas tripas del Inconsciente – el cajón de sastre (en primerísimo lugar) de todo lo que hay que escamotear y ocultar, para mejor engañar a su mundo. Mientras que el niño no se preocupa de sumergirse en las oscuras tripas de la máquina. Más bien, sueña y se asombra de que esté ahí, silenciosa, todopoderosa, de que todo el mundo le obedezca sin saberlo, y de que sin embargo nadie la

[553] Por supuesto que Krishnamurti no se "consagró" sólo a eso, y la fuerza que le animaba no era la que nos hace servir humildemente a una gran misión. Pero la extrema insistencia con que vuelve sobre el tema de la huida muestra hasta la saciedad que veía ese hecho en todo su prodigioso alcance.

[554] Fue en mayo del año pasado, en la reflexión (del 9 y 12 de mayo) realizada en la nota "Krishnamurti y Freud – o el papel de maestro y el destino del héroe" (n^{o}). Esa nota será colocada en un posterior Capítulo XI, con la sección ("La Farsa y la Fiesta") a la que se refiere.

vea...[555]

N 567 ◊No, esa fulgurante impresión de *grandeza*, a pesar de todo lo que después he aprendido y comprendido, nunca se ha equivocado. Pero, a falta de madurez, de autonomía interior, de rigor intelectual, entonces me dejé arrastrar por la comodidad, por no decir abdicación, a la que nos predisponen todos nuestros condicionamientos. Habiendo sentido esa penetración, esa audacia, esa inocencia – en una palabra, esa *grandeza*, tendía a dar crédito a todo lo demás. Como las tonalidades dubitativas son totalmente ajenas al estilo de expresión del Maestro, de Aquél que Sabe, que sólo se expresa con la autoridad total, soberana, sin réplica del que ve y se digna a decir lo que ve – me dejé "epatar" por esos aires – ¡di por bueno todo el paquete! La idea de que el Enseñante pudiera simplemente no ser *serio*, que justamente "iba a epatar" – esa idea ni se me hubiera ocurrido[556].

N 568 ◊Por supuesto, sólo puedo reprocharme a mí mismo lo que en mí era una falta de rigor y casi de "seguidismo". Las trabas que me han hecho llevar durante casi quince años[557], y de las que penosamente me he deshecho una a una a lo largo de los años, son producto de mis propios actos y omisiones. Yo mismo me las puse. (Y una vez puestas, tuve tendencia a olvidar su proveniencia e incluso su existencia...) Pero aunque hubiera sabido con certeza (¡por la boca del mismísimo buen Dios, quién sabe!) que no había intención de epatar y que todas esas "verdades", servidas con tan gran hermosura, eran realmente serias y verdaderas tal cual, eso no habría sido razón para aceptarlas, sin antes comprobarlas a la luz de *mi* experiencia, y sin que arraigen en el terreno de *mi* vida[558].

---

[555]Hay que decir que, al contrario de Freud, Krishnamurti jamás supera ese estado de simple constatación, acompañado de una especie de tácita reprobación y de que hagamos la constatación con él, y con eso, que superemos el proceso de huida. Finalmente llega (especialmente en los relatos que forman los "Comentarios sobre la Vida") a no ver más que eso en los hombres que le visitan o que tiene ocasión de observar, como una especie de grieta fundamental que hubiera borrado todo lo demás – la versión krishnamurtiana, en suma, del sempiterno "*pecado*" de los cristianos. Más de una vez, me dio la impresión de que el espectáculo de ese proceso, ciertamente de lo más invasivo, le impedía percibir la belleza o la grandeza de un ser o de una vida, que coexistía con ese proceso. Ni una sola vez le he visto sensible a una grandeza humana, de lo imbuido que está de esa vanidad de que sólo él es "grande"...
Me chocó que en ningún momento Krishnamurti se plantease cuestión alguna sobre el origen, en la vida de la especie o en la del individuo, del proceso de huida, o de su razón de ser, de su sentido. (No más que un moralista se plantea cuestión alguna sobre el origen y el sentido de las reglas que establece o comenta.) No hay ninguna alusión a la relación entre ese proceso y la represión sufrida en la infancia, y especialmente la represión sexual.
(22 de febrero) Es extraño que Krishnamurti parezca ignorar totalmente la realidad de la represión, sexual u otra, igual que ignora las raíces infantiles de los mecanismos y actitudes que constata con tal penetración. Por su extraño propósito deliberado de ignorar el pasado, de cortar el instante presente del flujo que hace de él un "momento" en una *historia*, hay una dimensión esencial de la realidad psíquica que se le escapa totalmente. (Una dimensión que Freud en cambio parece haber sido el primero en descubrir en todo su alcance.) Junto a la realidad de la represión, y la de la presencia de la infancia en la psique de la persona adulta, hay una tercera gran laguna en la visión krishnamurtiana de la psique: es la casi total ignorancia del sexo. Si alguna vez habla del sexo, lo incluye en el "proceso del deseo", poniendo la pulsión en el mismo saco que los demás deseos, sean carnales, intelectuales o egóticos. Esas tres grandes lagunas se encuentran también, ciertamente, en su "hermano enemigo" Steiner, igual que se encuentran, invariablemente, a través de la literatura espiritual de todos los tiempos (según lo que he podido ver).

[556]Esa idea no se me hubiera ocurrido en ese momento, ni siquiera en los años siguientes, cuando se acumularon las contradicciones flagrantes en las Enseñanzas, igual que en lo que iba conociendo de los hechos y gestos del Enseñante. En mi primera carta a Krishnamurti, de julio de 1974 (releída ayer), en que le someto alguna de mis perplejidades, la autenticidad del personaje aún no tiene la menor duda para mí. En mi segunda carta de septiembre de 1980 (que igualmente acabo de releer), meto más la "pata" poniendo de relieve ciertas enormidades particularmente flagrantes. Pero el hecho mismo de haber enviado esa carta (cuya escritura ciertamente me fue útil por más de un motivo) muestra que aún no me había decidido a hacer balance de todo lo que sabía. Había rehusado darme cuenta de una total falta de seriedad, de una obsesión por epatar, de una desmesurada vanidad totalmente descontrolada; en suma (por increíble que pueda parecer) no sólo de un estancamiento, sino de una irremediable *mediocridad* en la que se había hundido. Hasta el pasado mes de octubre, en mi visión de Krishnamurti yo permanecía en un estado de división, que evoco en las últimas líneas de la anterior nota.

[557]Para más detalles al respecto, véase una nota al pie de la página N 562 en la nota precedente.

[558]Tal fue, instintivamente por así decir, mi actitud frente a los sueños, incluso después de darme cuenta de que

Además, no creo que esa confianza casi ciega en un Gurú-no-Gurú se hubiera desencadenado y aún menos mantenido durante años, si el "paquete" presentado por el Maestro hubiera sido "no importa cuál" Dejando aparte la constatación capital de la que he hablado, la del proceso de huida, *grosso modo* puede decirse que el paquete en cuestión consiste ante todo en *ir a contrapié* de todos los valores y actitudes generalmente admitidos, tanto en los medios religiosos o "espirituales" de todas las confesiones y todas las tendencias, como en la "Cultura" en general. Se trata sobre todo de los valores yang y superyang, los valores "macho" a ultranza, de los que mi psique y mi vida estaban saturadas desde mi infancia, y de los que estaba enfermo sin saberlo todavía. Seguramente, si el "paquete Krishnamurti" me electrizó hasta tal punto, es que oscuramente debía sentir que representaba una especie de *antídoto* contra el mal que sufría
N 569 sin saberlo. Sólo después de casi diez años, en 1980[559], ◊comencé a darme cuenta de que el conjunto de los valores que Krishnamurti exalta como la Voz de Dios encarnada, y que opone con una fuerza de convicción poco común a los valores recibidos, son valores "superyin", valores "superfemeninos", afirmados además de manera igualmente exagerada, igualmente desprovista de todo equilibrio y de matices, que los valores "macho" que quisiera suplantar.

Quizás sea ésa una segunda "aportación", o un segundo aspecto importante de una misión que le esperaba y que jamás cumplió. Ciertamente, ese conjunto de valores que quiso encarnar es tan esterilizante como el antiguo. Más exactamente, es totalmente irreal, invivible, una pura ficción, una mistificación. Pero eso no impide que al menos sugiera una *dirección*, una dirección saludable, muy necesaria: la dirección "salida" del conjunto de valores casi universalmente recibido, los valores "macho": los del músculo, del cerebro, de las fanfarrias militares, del héroe y las heroicas luchas y carnicerías, de la guerra, de la competición, de la "Ciencia" pura y dura, la ley del más fuerte del más inteligente del más listo, los ideales las doctrinas los métodos las ideas y la desbocada carrera hacia delante del "Progreso"...

La aparición de ese extraño paquete krishnamurtiano puede ser vista, quizás, como uno de los signos precursores del cambio de los Tiempos[560], y por eso mismo, a poco que sea, como formando parte de la *preparación* del gran Cambio. Es sin duda una reacción tan saludable como exagerada a un conjunto de valores cada vez más y más asfixiantes. Y *ahí* está sin duda, dejando aparte el poderoso carisma del que ya he hablado, la causa del extraordinario ascendiente de Krishnamurti y de la fascinación que ha ejercido sobre tantos espíritus, incluyéndome a mí mismo.

Cuando hace poco he dicho que el "paquete" que nos ofrece Krishnamurti consiste en "ir a contrapié de los valores y actitudes generalmente admitidos", en ofrecernos en suma una especie
N 570 de "réplica" caricaturesca en negativo, sin ◊duda he minimizado su contribución reduciéndola a

el Soñador era el mismo Dios, que me hablaba con la voz del sueño. Dios no espera que yo acepte ciegamente el mensaje de ningún sueño. El mismo lenguaje del sueño, que exige un considerable trabajo para descubrir el sentido o *uno* de los sentidos de un sueño (primer paso indispensable hacia una verdadera comprensión), es de lo más eficaz para animarnos de entrada a superar tal pasividad frente a la palabra de Dios. Dios-el-Soñador incluso se ha tomado la molestia de enviarme un sueño en el que, entre otras cosas, Él expresamente me hizo comprender que los sueños que Él me envía son como unos "distinguidos visitantes matemáticos", ¡y que hago bien en usar mis propias luces tanto como las suyas!

[559] Fue en septiembre de 1980, hacia el final de una larguísima "ola-meditación" que había comenzado en agosto del año anterior. Por primera vez, creo, me tomé la molestia, quizás durante una tarde, de pasar revista negro sobre blanco, en estilo telegráfico, a las principales afirmaciones de Krishnamurti que más o menos había hecho mías, y en anotar qué matices, qué restricciones o qué complementos debía aportarles, a la luz de mi propia experiencia y de la meditación de los últimos cuatro años. Inmediatamente después de esa reflexión-relámpago escribí mi segunda carta a Krishnamurti, a la que he hecho alusión en una anterior nota a pie de página. Cuatro años más tarde, en una de las notas de Cosechas y Siembras, vuelvo sobre el papel de Krishnamurti, él mismo de un innato temperamento yin en extremo, como un campeón de un conjunto de valores "yin", femeninos. (Véase en CyS la nota "Yang juega a yin – o el papel del Maestro", n^o 118.)

[560] Al escribir esta línea, se me impone la comparación con el "paquete jungiano" (de C.G. Jung), menos radical y menos penetrante, menos profundo, más "razonable", pero también menos desfigurado por el imperio de una vanidad invasiva.

sus exageraciones, incluso a lo que he llamado la "mistificación" krishnamurtiana[561]. De hecho, a menudo encontramos en él (casi siempre en su relato de escenas vividas, y especialmente de entrevistas) una crítica penetrante, "a medida", de algunos de los clichés comúnmente aceptados. Por eso (y como ya di a entender al final de la anterior nota), ¡el "mistificador" ha sido al mismo tiempo un gran *desmistificador*!

Esa despiadada puesta al día del cliché piadoso ha sido particularmente saludable en el dominio de la vida religiosa o de la vida llamada "espiritual", que tuvo amplia ocasión de ver de cerca. Sus observaciones en ese sentido a menudo cortan por lo sano, y tienen tanto más alcance, golpean más fuerte y certeramente, cuanto que el mismo que las hace tiene (con razón o sin ella) una reputación de "gran espiritual". Algunas de sus observaciones me han sido muy útiles para no dejarme impresionar por algunos tópicos espiritualizantes[562]. Y seguramente no soy el único. Y seguramente han dado eficaces golpes de ariete a todo un falso prestigio de una falsa religiosidad, o de una religiosidad petrificada. Ahí también reconozco una contribución de lo más benéfica al necesario proceso general de "degradación de los valores" o de "degradación cultural", de erosión o demolición de los valores tradicionales, del que ya he hablado en otra parte[563].

N 571 ◊Igual que en la "cruzada antiyang", si hay algo que limita la eficacia y el alcance de su incisiva crítica de una civilización, es la total falta de matices en sus conclusiones, es la facilidad tan común de la esquematización del "todo blanco – todo negro", llevada a veces hasta lo grotesco[564]. Puedo hablar con conocimiento de causa, pues me costó mucho deshacerme de esas simplificaciones abusivas, que inducen a error. A causa de ese simplismo, de esa continua sobrepuja, en llamativo contraste con sus dones de percepción y de intuición de extrema finura, la obra crítica de Krishnamurti me parece más como una obra de *demolición*, que se inscribe en un proceso de *descomposición de una civilización*, que como una verdadera obra constructiva, que ya prepararía un "Después" – el después de "la gran Zambullida"...[565]

(127) Un serio que ignora la sonrisa – o humor y espiritualidad

(10 y 16 de febrero)[566] A propósito de esa "falta de seriedad" común a Steiner y Krishnamurti,

[561] Respecto de ese término, véase una nota al pie de la página N 563. Esa mistificación me parece considerablemente más grosera en Krishnamurti que en Steiner. En uno y otro la veo a dos niveles:
1^o) En el personaje mostrado, que es totalmente ficticio.
2^o) En las "exageraciones", que a veces llegan a lo grotesco en Krishnamurti, tras las cuales se nota la apuesta, el "juego de poder": "¡*yo* puedo permitírmelo, y hacer pasar sin roblema tales enormidades!"
Esas exageraciones, en Krishnamurti, no van todas necesariamente en el sentido de una "reactivación" pro-yin.

[562] Uno de los "tópicos" entre muchos otros desmistificados por Krishnamurti consiste en la nube de misterio y de beata veneración religiosa que rodea a los "grandes Maestros", infinitamente distantes, en las sociedades iniciáticas. Krishnamurti ha puesto al desnudo la cínica explotación psíquica que eso encubre. Tales Sociedades u Órdenes "espirituales", y todo ese culto a los "Maestros" que a menudo los reclutas del montón nunca han visto y nunca verán, son hoy tan florecientes como nunca. También hay todo un folklore (a veces calificado de ciencia o de tradición "esotérica") alrededor de lo que se llama "los grandes Iniciados" – un folklore al que Steiner (que él mismo ponía pose de tal ser extraordinario...) se dio de lleno. Por su pasado teosófico, Krishnamurti estaba bien curado de ese tipo de infantilismo, que pasa por "espiritualidad".

[563] Véase la sección "... y su ruptura – o la usura de los Tiempos", n^o 54.

[564] Véase por ejemplo la actitud de Krishnamurti frente a las literaturas sagradas, evocada en una nota al pie de la página N 555 en la anterior nota.

[565] Nótese que ese carácter "demoledor" de Krishnamurti, que va en el sentido de una descomposición, de la creación de una confusión, puede verse como muy concorde con la tonalidad tan yin de su temperamento. En las parejas cósmicas
cración – destrucción , orden –caos ,
son los segundos términos "destrucción" y "caos" los que representan el polo yin.
Para una continuación de la reflexión sobre Krishnamurti realizada en la presente nota, véase la nota "¿Descubrimiento o ciencia infusa? – o "el enigma Krishnamurti"" (n^o 130).

[566] Véase el reenvío a la presente nota en la nota "La paja y el grano (1): R. Steiner y la ciencia del mañana" (n^o 124), página N 550.

es gracioso notar que una de las palabras que vuelve con mayor insistencia a la pluma de Krishnamurti, pero también a la del antropósofo-biógrafo Hemleben al comentar los hechos y gestas de Rudolf Steiner, es la palabra "*seriedad*": Krishnamurti adjurando a sus oyentes o lectores a examinar el mundo, la vida "tal cual es", y a sí mismos con una *seriedad* extrema y total, la única de la que brotará la verdadera comprensión etc. etc.; y Hemleben insistiendo en la "profunda *seriedad*" con la que el Maestro de ha dirigido a tal audiencia para hacerles sus
N 572 observaciones sobre ◊esto o aquello. (Por ejemplo, sus rollos "cristológicos" tanto doctrinales como litúrgicos, con ocasión de la fundación de la "comunidad cristiana" (Christengemeinde) en 1922, que hace las veces de una nueva Iglesia cristiana bajo bandera steineriana...) Creo que se buscaría en vano la menor traza de una sonrisa en los textos de uno y otro, o en los que gravitan a su alrededor y nos comentan las gestas de sus existencias[567]. Claramente la sonrisa no estaba prevista en su imagen de marca.

Sin embargo hay que reconocer que la ausencia de sonrisa parece ser como una deformación profesional en los medios religiosos y espirituales. Está arraigada en una tradición religiosa milenaria, en que la religión "no bromeaba", en que la relación con lo divino estaba impregnada de cabo a rabo por el *miedo*[568]. Así, tampoco he encontrado traza de una sonrisa, de un ocasional matiz humorístico, ni en Teilhard, ni en Guruji, ni en Légaut. Por lo que sé de Guruji, tengo la convicción de que el sentido del humor desapareció de su naturaleza desde hace mucho tiempo bajo el efecto de su ministerio, y es una pena. Por el contrario, en mi breve encuentro de una o dos horas con Marcel Légaut, el pasado mes de noviembre, fue un alivio poder constatar que en su relación directa con los demás y consigo mismo, la sonrisa y el humor no están ausentes (incluso si la sonrisa y el humor permanecen como tácitas, en el trasfondo...).

La ausencia de sonrisa en la obra escrita de cada uno de esos cinco hombres me parece como una especie de carencia, con más exactitud, como una cierta falta de armonía interior de la obra – cual un largo camino que se recorriese por entero en medio de una niebla helada, sin que jamás un rayo de sol llegase para alegrarlo (y a la vez, también, *iluminarlo*...)

Incluso en Bucke, del que bien sé que era campechano y no le faltaba sentido del humor[569],
N 573 no he encontrado traza de alguna sonrisa ◊ocasional en su obra "Cosmic Consciousness". Como si le pisara los talones a esa venerable y aplastante tradición que quiere que, desde el momento en que se escriban las páginas de un libro erudito, o se hable de cosas del alma, el *hombre* desaparezca para dejar sitio a la gravedad del *autor*.

De los diez "espirituales" que hay entre mis mutantes, sólo encuentro cuatro que no temen seguir siendo hombres en su prosa; no aparecer siempre con el rostro docto o grave, o si acaso (como en Légaut) doloroso por momentos, sino dejar deslizarse una sonrisa o un suspiro, incluso prorrumpir en carcajadas o reír a lágrima viva. Están Whitman y Carpenter, poetas uno y otro y cuyas existencias (igual que la de Bucke) se sustrajeron casi por completo a los efluvios antisonrisa de alguna Iglesia o de algún medio "espiritualizante". Está Râmakrishna, parecido a Carpenter por una espontaneidad y una sinceridad que ambos supieron preservar (o reencontrar...), en contra de duras presiones de sus respectivos medios de origen para imponerles máscaras estudiadas. Y en fin, está Gandhi – el que escribe la autobiografía de Gandhi, el

[567] Aquí fuerzo un poco las cosas, pues en la biografía de Krishnamurti de Mary Lutyens, al menos en el primer volumen y allí donde narra la juventud del héroe del libro, una sonrisa ocasional se cuela aquí y allá entre líneas...

[568] Rozo el tema del miedo en la tradición religiosa, en la nota "De la porra celeste y del falso respeto" (n^o 10).

[569] Si hubiera tenido dudas sobre la cualidades de humor y de fineza de observación en Bucke, incluyendo su relación con un personaje rodeado de un halo de prestigio literario y aristocrático, se habrían disipado con la lectura del interesantísimo relato de la visita de Bucke a Lord Tennyson el 9 de agosto de 1891. Ese relato fue redactado por Horace Traubel, amigo común de Bucke y Walt Whitman, y fue publicado en el pequeño opúsculo "A Whitman Disciple visits Tennyson", publicado por A. Lozynsky y J.R. Reed, The Tennyson Society, Lincoln (1977), con una introducción y notas explicativas muy útiles para situar el contexto del encuentro. Ese pequeño folleto nos enseña, como si nada, muchas cosas interesantes sobre Bucke, sobre Tennyson, sobre Walt Whitman e incluso sobre Traubel, que hace las veces de entrevistador-cronista. (Ya se ha hablado de él, de pasada, en la nota "Los ancestros del hombre – o ¡en ruta hacia el Reino!", n^o 81, véase la página N 284.

Gandhi aún-no-Mahatma. En los tres últimos decenios de su vida, ¡ay! los textos de su pluma tienen tendencia a perder la flexibilidad espontánea, que más o menos da lugar al discurso, a menudo moralizante y a menudo lleno de unción sin réplica, del que se siente "jefe espiritual" de una gran nación. Pero, al contrario de lo que ocurrió con Steiner y Krishnamurti (una vez bien instalados en el sentimiento de su importancia), me parece que la relación de Gandhi con sus allegados, e incluso con todos los que se le acercaban, permaneció sencilla, llena de una calor afectuoso y cariñoso, y que la sonrisa de amistosa benevolencia, y quizás incluso en ocasiones (¿quién sabe?) de connivencia, no estaba ausente.

N 574 ◊(128) "La última tentación" – o mutilación de un sanyasi[570]

(12 y 16 de febrero)[571] Esa impresión de una verdadera automutilación apareció progresivamente, y llegó a ser sorprendente, al leer (el pasado mes de octubre) el segundo volumen de la citada biografía de Krishnamurti, de Mary Lutyens[572] Esa impresión debió cristalizar bajo el efecto de un relato hecho por el mismo Krishnamurti, durante una charla en Bombay el 16 de febrero de 1964. Mary Lutyens escribe que "guarda un recuerdo inolvidable" de esa parte de la charla, que a continuación reproduce in extenso (loc. cit. página 148), sin más comentarios sobre esa historia, ni sobre la impresión "inolvidable" que le había hecho. Es el relato de una escena nocturna a la orilla de un gran río, a la luz de la luna. Un "sanyasi" (un hombre que ha adoptado una vida monástica, en busca de Dios), un desconocido, se dirige al narrador[573] y le cuenta (nos enteramos) su desoladora historia: para sobreponerse a su inquieta y grosera sensualidad que, según él, le impide "encontrar a Dios", se ha castrado su virilidad. Krishnamurti, profundamente entristecido por ese relato, comenta la locura y la brutalidad de tal acto, añadiendo: "la mayoría de nosotros vive como ese sanyasi..."

En algunas partes de ese pasaje se nota cierta rigidez un poco "melo", que no está en el habitual estilo desnudo de Krishnamurti. Tuve la clara sensación de que el relato era ficticio, que no era una escena realmente vivida, sino construída para las necesidades de la causa. ¿Pero
N 575 qué causa? Después algunas asociaciones hicieron tilt. Tuve la convicción de que ◊en esa "construcción" el Inconsciente profundo movió la mano del autor para hacerle decir con medias palabras, en lenguaje simbólico, el lenguaje de los sueños, su propia historia. Bajo el "sentido obvio" que pone al desnudo la vanidad de las aspiraciones de cierto sanyasi imaginario, siento el sentido oculto, inconsciente, diciendo la historia de su propia mutilación[574]

[570] N. del T.: En el hinduismo, el sanniasi ("renunciante" en sánscrito) es la persona de las castas superiores que se encuentra en la etapa de renunciación a la vida material.

[571] Véase el reenvío a la presente nota en la nota "La paja y el grano (2): Krishnamurti – o degradación de una misión" (n^o 125), página 556.

[572] Es la única biografía de Krishnamurti que conozco. Escrita a invitación de Krishnamurti por la hija de Emily Lutyens, su amiga más íntima, está notablemente bien documentada. Como a veces doy a entender, escrita por una admiradora incondicional, esa biografía también es muy superficial, por decir poco. A la vez es notablemente honesta. Jamás he tenido la mpresión de que el autor escamoteaba algún hecho molesto para dar una imagen más bonita, incluyendo los que para ella eran claramente perturbadores, y que humildemente reconoce no comprender. Ésa es la principal e irreemplazable cualidad de ese libro, que a la vez es un testimonio.

[573] Detalle típico del estilo de Krishnamurti, cuando habla de sí mismo nunca utiliza la partícula "yo", sino algún término que sugiera la Impersonalidad perfecta, como "nosotros" (en el texto en cuestión) "él" (en otros).

[574] Más de una vez he tenido ocasión de observar una fuerza en el hombre que le empuja a revelar la verdad de su ser, casi siempre en un lenguaje simbólico cuyo sentido oculto ignora totalmente, y en contra de sus intenciones conscientes y de la imagen de sí mismo tan diferente que mantiene. Tuve ocasión de comentar este tema en Cosechas y Siembras, en la nota "La profesión de fe – o lo verdadero en lo falso" (CyS IV, n^o 166). Esa fuerza, claramente, proviene de las regiones profundas del Inconsciente. Tendería a creer que no proviene de nosotros mismos, del alma, sino más bien de Dios, del Huésped invisible que hay en nosotros; que los actos "cifrados" que nos hace realizar son una "firma de Dios", lo "verdadero" de una historia escrita por la Mano de Dios, incluso cuando no haya nunca otro ojo aue la lea más que el Ojo de Dios. Estos comentarios me recuerdan además que ya tuve ocasión de evocar uno de tales casos en las páginas de la Llave de los Sueños, en la nota "La firma de Dios" (n^o 15).

Esa identificación inconsciente de su persona con la de un "sanyasi" no tendría nada de fortuito. Por la educación recibida y por el ambiente cultural que le rodeó hasta más allá de los treinta años de edad, la figura del sanyasi estaba rodeada de un halo de respeto y de prestigio religioso. En 1927 (tiene entonces 32 años), mientras sigue viviendo siempre en el centro de un incesante torbellino de mundanidades tanto sentimentales como religiosas, y de happenings con etiqueta de espirituales, con cierta insistencia se le viene la idea de hacerse sanyasi. Mary Lutyens sólo alude a ello de pasada y como para tomar nota, ¡en nueve líneas de un capítulo en que hay muchas otras cosas que atender[575]! Sin embargo, después de la muerte de su hermano Nitya dos

N 576

años antes, y a ◊pesar de ese torbellino de distracciones, se adivina que una tenaz fermentación interior proseguía a trompicones. Es evidente que después de ese golpe tan duro, debía haber en él una urgente necesidad de recogimiento, la necesidad de "retirarse" en sí mismo, de sustraerse al ruido circundante para encontrarse al fin a sí mismo, y a su desconocida misión. Bien se comprende que la imagen convencional del sanyasi no representaba "el hábito" del monje, sino su desnudez. Representaba ese retiro, esa poda tan necesaria, limpia y sin dilación, de todas la golosas superficialidades en que se sumergía, centro adulado de las expectativas de sus más íntimos y de los círculos concéntricos de sus allegados, de sus fieles y de sus adoradores.

Krishnamurti hablaba de su deseo "de hacerse sanyasi" en términos algo vagos, como de algo ciertamente importante que "esperaba con impaciencia", pero que no había que "precipitarse" – aún no había llegado el momento. Hablar así, ya era abdicar, era dejar para un hipotético "más tarde" la única cosa que entonces era importante y urgente. Era "flirtear" con una llamada urgente e imperiosa, coquetear para cultivar en su entorno un efímero añadido de suspense e interés. Ese hombre jamás encontrará dentro de sí la determinación para desprenderse, el momento de encontrarse y de encontrar una vía que sea verdadera y que sea suya, de las sólidas seducciones de un aterciopelado círculo de admiradores. Desde el año siguiente, esa cosa tan "importante" que le "esperaba con impaciencia" es definitivamente olvidada...

Más tarde, con una inimitable inversión, muy típica de las vías del ego, Krishnamurti se refirió a ese episodio como a "la última gran tentación a la que tuvo que enfrentarse" (!). Es con esa iluminación de la "última tentación" (loc. cit. página 277) como la concienzuda y admirativa biógrafa la presenta en nueve líneas, entre mil cosas más importantes, en el capítulo titulado, por una delicada e involuntaria ironía, "Liberación". Bajo esa etiqueta de "última tentación" es como ese episodio permanecerá clasificado en el espíritu del Maestro envejecido, entre las pocas imágenes fósiles que desde hace medio siglo le hacen las veces de recuerdos...

N 577

◊(16 y 17 de febrero) Seguramente, después de la muerte de su hermano Nitya dos años antes, con la que se hundió cierto sueño en que Nitya tenía un papel que jugar, un papel agotador...[576] – después de ese momento su verdadera misión le llamaba, en voz baja. Fue en ese año, en

[575] Esas nueve líneas se encuentran en el primer volumen, a caballo entre las páginas 277/278. Una alusión a esa misma idea se encuentra en cinco líneas de una carta de Krishnamurti a Emily Lutyens (del 8 de diciembre de 1927, loc. cit. página 288):
"... No tengo mucho tiempo para pensar en la renuncia y la shanga (la vida en una comunidad religiosa). Eso permanece en el fondo de mi espíritu, cocinándose a fuego lento y reforzándose cada vez más. Quiero ir despacio en esos temas. Son importantes y sería inoportuno precipitarse."
Una tercera referencia a ese episodio, de media línea, se encuentra en un copioso índice cronológico al final del volumen, página 335, con fecha de 30 de juni (?): "K retoma sus charlas. Desea ardientemente llegar s ser sanyasi." Una última alusión, en una entrevista de Mary Zimbalist (fideicomisaria de la Krishnamurti Foundation) con Krishnamurti (en 1978 salvo error, cuando Krishnamurti tiene 83 años), esta vez de dos líneas, se encuentra casi al final del segundo volumen (página 265), en la pregunta de M.Z.: "Vd. ha dicho alguna vez que aspiraba ardientemente ser un sanyasi. Ésa era "su última tentación"". Krishnamurti responde con "Sigue existiendo...", y, como se debe, dirige enseguida la entrevista hacia el presente y el pasado reciente, y hacia su imagen de marca. 9+5+1+2=17 líneas para ese episodio, es bien poco – ¡adjudicado!

[576] Nitya estaba gravemente enfermo de los pulmones desde hacía varios años. A pesar de su estado, y fiándose de la protección que se suponía que gozaba por parte de los "Maestros ocultos", el entorno de Krishnamurti le empujaba a disipar las fuerzas que le quedaban en agotadores viajes, que se suponía eran necesarios para apoyar la "misión" de su hermano. Es evidente que Krishnamurti tuvo una responsabilidad directa en la muerte

1927, quizás durante algunas semanas o meses, cuando la voz se hizo más insistente: ¿No te has hartado de toda esa vanidad a tu alrededor y dentro de ti? ¿No tienes nada mejor, más urgente que hacer?

Aunque seguía haciendo oídos sordos, la voz era ahora demasiado clara para no oírla. Voz nueva, voz desconcertante, a la vez bien- y mal-venida, voz humilde y nada aparente, ella le daba (con aires de pedigüeña...) su gran oportunidad, la gran oportunidad de su vida – pero en un plano muy distinto, un plano que jamás había conocido: allí donde el hombre está solo frente a sí mismo, lejos de todo aplauso, y donde la humilde constatación de su miseria es parte de una grandeza que nace en el silencio, en las abundantes aguas del dolor.

Esa bendita voz, esa voz jamás escuchada, no la reconoció. Hizo de ella el perendengue de un momento, que adornaba cierta imagen de "espiritualidad". Algo con qué dar un poco más de jabón a un ambiente de febril euforia. Ya al siguiente año, el tiempo de silencio que aguardaba (había dicho él) con tanta impaciencia y cuyo momento aún no había llegado, se hundió para siempre en la papelera de los perendengues usados...

Es *ahí*, seguramente, donde se sitúa el tercer y último gran giro en la vida de Krishnamurti. El primero tuvo lugar cuando tenía catorce años, cuando se vio, por un milagro repentino, librado de una existencia miserable y postrada, y trasplantado a la confortable seguridad de la sauna teósofa, donde vivirá durante dieciséis años como en un segundo sueño, tan fastuoso como miserable era el primero. El segundo giro tuvo lugar a los treinta años de edad cuando, adulto ya sin haberse dado mucha cuenta, el choque de la muerte de su hermano hace naufragar el sueño de la confraternidad de los "Maestros ocultos", de la que él había sido el Instrumento privilegiado y largamente mimado. En los cuatro años siguientes vivió ◊como en un vacío ideológico, jugando sin convicción, bajo el empuje de la inercia del movimiento adquirido, un papel aprendido y muy rodado en el que ya no creía. Su disolución de la Orden de la Estrella, en 1929, que pone fin a una situación falsa que rozaba la superchería, no es más que un episodio de intendencia, episodio espectacular sin significado en el plano espiritual: la misma pieza prosigue, con distintos decorados. (Los viejos desaparecieron por la trampilla. Nunca más se oirá hablar de ellos...)

N 578

La elección capital tuvo lugar sin tambores ni trompetas y sin siquiera darse cuenta, "en lo secreto de su corazón", dos años antes. Incluso casi es un milagro que hayan quedado signos exteriores, consignados (como por el mayor de los azares) en algunas líneas apresuradas de una copiosa biografía, al acecho de todos los actos y gestas del Maestro. En ese año de 1927 y a la edad de treinta y dos años, sin que una "decisión" fuera tomada, simplemente dejándose llevar[577], un hombre al que esperaba una gran misión, antes que atreverse a ser él mismo, eligió seguir siendo un *actor* bajo las candilejas, en una pieza que será enteramente reescrita por él.

Esta elección también es, seguramente, mantenida día tras día durante toda una vida, la que ha desencadenado la entrada en escena de diligentes mecanismos de olvido, del Sepulturero del recuerdo[578] – apoyado por toda la fuerza acumulada por un asentimiento plenamente con-

d su hermano Nitya. Jamás asumió esa responsabilidad, entre muchas otras de menor magnitud. Sus primeras confidencias después de la muerte de su hermano son de un sentimentalismo verboso e irrisorio, cuando se piensa en el examen de sí mismo que era eludido, y que lo seguiría siendo.

[577]Al escribir estas líneas, se me impone el recuerdo de un momento muy similar en mi vida, en 1957, cuando esquivé una llamada interior claramente escuchada, que yo también dejé para "más tarde". Lo descubrí y constaté durante la reflexión de la sección "Fe y misión – o la infidelidad (1)" y en la nota siguiente "La muerte interpela – o la infidelidad (2)" (n°s 34, 35). Si hay alguna diferencia importante entre entre ese episodio de mi vida y el que estoy examinando en la vida de Krishnamurti, se sitúa *más tarde*. No magnifiqué mi infidelidad a mí mismo con una ideología. Sin duda por eso esa infidelidad no fue sellada para siempre. Trece años más tarde, me arranco (y bien sé con qué esfuerzo...) de mi órbita ya trazada de "gran sabio", de vedette del mundo matemático, para volver a empezar de cero...

[578]Aquí también se me impone un recuerdo que se refiere a mi propia persona. Más de una vez he tenido ocasión, en La Llave de los Sueños y en Cosechas y Siembras, de anotar de pasada la acción en mi psique de ese mismo Sepulturero, instaurado desde los ocho años de edad y que todavía hoy continúa. Pero esa *elección* del ego inconsciente jamás ha sido ratificada por una opción consciente; bien al contrario, después de que lo constaté

sciente, magnificado por una ideología tallada a medida para negar el pasado. Pues para que la nueva pieza sea creíble, hace falta que desaparezca la anterior.

N 579 ◊Y he aquí que volvemos a la automutilación del sanyasi. Ciertamente, Krishnamurti tenía una cuenta que arreglar con ese "sanyasi" que hay en él, con el que un día había sentido la llamada de una soledad – y que él renegó. ¿¿No tenía que probar al mundo entero, y probar*se*, que había tenido razón al hacerlo? Es así como al tradicional cliché de la santidad del sanyasi, él opone el cliché krishnamurtiano de la locura y la ciega brutalidad del sanyasi – el ángel de colores acaramelados prestamente transformado, por la autoridad del Maestro, en diablo con olor a azufre.

Oponer un cliché a otro es una forma muy común de enterrar la humilde verdad. El "sanyasi" del que verdaderamente hablaba Krishnamurti y que hubiera querido olvidar a cualquier precio, no era de melaza ni de azufre ni siquiera de papel, sino de carne y sangre. Era el *espíritu* que escuchaba una voz baja y apremiante, y el *ego* que se negaba a escuchar; el espíritu cansado de un juego vano que había durado demasiado, y el ego voraz que por nada del mundo habría consentido en privarse de él. Esos dos que están en un mismo ser, el espíritu y el ego, son los que tenían una cuenta que arreglar: ¡quién de los dos sería el amo!

Si hubo mutilación, no hubo combate. Para eso habría hecho falta que el espíritu se tomara la molestia de mirar, de calibrar una situación, de ver el envite. Pero mantenía los ojos cuidadosamente cerrados, y consentía.

Tal es, creo yo, la verdadera historia de la mutilación del sanyasi.

N 580 ◊(129) Capacidad de presencia y recuerdo – o: la fidelidad es un don renovado sin cesar...

(12 y 17 de febrero)[579] En una nota anterior sobre Krishnamurti mencionada hace poco[580], evoco un "don", o una "cualidad de ser", que parece haber tenido a lo largo de su vida en un grado rara vez alcanzado: el de poder "vivir en el instante presente" a voluntad, de hacer callar, cuando lo desea, toda actividad del pensamiento. Es también una capacidad de intensa *presencia* de todo lo que le rodea. Vuelve una y otra vez sobre esa capacidad con incansable insistencia, y en sus relatos no desaprovecha ninguna ocasión (¡y son numerosas[581]!) de resaltar con agudeza, y no sin dejar de transparentar a veces un matiz de humor altanero, los menudos signos de su ausencia en los demás. Visiblemente, dejando aparte su papel tácito de Mesías (que sólo se transparenta en filigrana a través de su discurso), es *ahí* de donde saca el fundamento clamoroso, "objetivo", irrecusable de su superioridad sobre los demás. No es extraño que a través de todos sus escritos se haya esforzado en magnificar al máximo esa capacidad bien real en él, y que se viera como el único que la poseía en tan extremo grado, como el solo y único fundamento de una auténtica espiritualidad[582]. Se ha convertido en su espíritu en la *justificación* perpetua, vertiginosa, de su

---

por primera vez, en marzo de 1980, siento la presencia del Sepulturero como lo que es – como una "mutilación" bien real de mis facultades de conocimiento de mí mismo y de mi destino. En los siguientes años fue cuando tomó consistencia poco a poco la esperanza de una gran "deshielo" del recuerdo, que me conduciría a la fuente de mi infancia olvidada, enterrada. Y ya desde el año siguiente, en 1981, y a lo largo de los años han aparecido los primeros indicios de tal suceso, largamente esperado y preparado, de desbloqueo en masa, torrencial del recuerdo. Pero en ningún momento de mi vida, incluso antes de que tomara conciencia clara de él, el trabajo del Sepulturero adquirió proporciones comparables a las que tuvo en Krishnamurti, en los años de edad madura.

[579] Véase el reenvío a la presente nota en la nota "La paja y el grano (2): Krishnamurti – o degradación de una misión" (n^o 125), página 556.

[580] Se trata de la nota "Las bestias negras del Maestro (2) – o el rechazo del devenir" (n^o 54), mencionada en una nota al pie de la página N 556

[581] Eso me sorprendió sobre todo en los tres volúmenes de los "Comentarios sobre el Vivir". En gran parte consisten en relatos de entrevistas con los interlocutores más variados que iban a ver al Maestro, y de los que ninguno, se diría, encuentra gracia a sus ojos ni, en todo caso, suscita en él simpatía o afecto.

[582] Para Krishnamurti, se sobreentiende que esa "presencia del instante presente" incluye una mirada ágil y vivaz sobre uno mismo, en otros términos, que incluye el "conocimiento de sí mismo". Así, se atribuye tácitamente una cualidad de existencia que, bien al contrario, está rigurosamente ausente en él. Además no es el único ser

misma persona, elevada muy por encima de cualquier otro mortal, de su perentoria y soberbia negación del pasado, colocada como piedra angular de su filosofía.

Ahí hay una confusión entre dos cosas bien diferentes, en la que Krishnamurti se ha complacido durante toda su vida y que se ha esforzado en propagar con sus "Enseñanzas" (dedicadas todas a glorificar al "Enseñante"...). ◊Presenta esa capacidad de presencia como una "liberación respecto del pasado". Pero su vida entera atestigua con innegable elocuencia[583] que no es así. El pasado ha actuado en él tanto y más que en cualquier otro y lo ha "movido y dirigido" (como acabo de escribir hace poco[584]) Ha querido *oponer* esa capacidad de presencia a la facultad de recordar que es igual de esencial – como si hubiese querido oponer el sueño y la vigilia, la noche y el día, el reposo y la acción, decretando que sólo uno de los dos cónyuges de esas parejas es "el bueno", y que el otro no tendría lugar de ser.

N 581

Es cierto que la capacidad de presencia puede ser vista como una especie de libertad "puntual", estrechamente circunscrita, en relación al pasado cercano. Hace tabla rasa, durante un instante, de las preocupaciones, emociones, espectativas, reservas, contrariedades etc. que nos hayan agitado en el instante anterior y que interfieren con una total presencia del instante presente. Aparentemente quiebra una *continuidad* que sin embargo (¡afortunadamente!) prosigue sin tropiezos a otro nivel de la psique. En cambio, esa aparente "ausencia del pasado" no tiene ninguna influencia sobre las grandes opciones y las grandes inversiones de la psique, tanto las del espíritu y del ego como las de Eros, casi todas enteramente inconscientes. No tiene ninguna incidencia sobre la *fidelidad* del ser a sí mismo y a su misión.

La fidelidad no es una capacidad ni un don, si no es un don que *nosotros mismos* nos hacemos a nosotros[585], o a Dios, sin saberlo. Al igual que el don de presencia, se manifiesta en el instante y, más que ningún otro momento, en los momentos sensibles, los momentos neurálgicos (que a menudo llegan sin avisar, como un ladrón en la noche...), los momentos creadores del destino. Pero jamás está contenida, jamás se agota en el mero instante. Está tejida con la duración de una veracidad del ser retomada sin cesar y profundizada, durante años y durante toda la vida. Es la suma total, no, la *obra* acabada de una existencia dedicada por entero, a menudo sin saberlo, ◊a la búsqueda tenaz y oscura, retomada de nuevo sin cesar a través de los resquicios de luz igual que a través de la ignorancia, las dudas y las derrotas, de una total autenticidad del ser.

N 582

En Krishnamurti, al menos en los últimos cincuenta o sesenta años de su vida, una tal búsqueda de la verdad, un tal don a sí mismo no tuvo lugar ni podía tenerlo. Pues el Maestro había decretado de una vez por todas que esa búsqueda había terminado o, más exactamente, que nunca había tenido lugar de ser.

(130) ¿Descubrimiento, o ciencia infusa? – o "el enigma Krishnamurti"

(14 y 18 de febrero)[586] El campo privilegiado de la visión de Krishnamurti, sin duda, era el alma humana. A pesar de todo lo que, en el discurso krishnamurtiano, es pose, mistificación, juegos de poder, no es menos cierto que Krishnamurti es uno de los hombres, con Freud, que ha tenido la visión más penetrante de la psique. Especialmente es, de nuevo con Freud, el único hombre que conozco (aparte de mí mismo[587]), que haya visto plenamente el proceso de la huída, en toda

que conozco en el que ese "don" o esa "capacidad" de "presencia" va de la mano con una total ausencia de conocimiento de sí mismo, con una autocomplacencia que jamás, jamás desfallece...

[583] Como acabo de señalar en la anterior nota a pie de página, conozco otros casos que ilustran esa diferencia entre el don de presencia y libertad interior. Pero no hay ninguno y con mucho que sea tan extremo como el de Krishnamurti.

[584] En las líneas que preceden al signo de reenvío a la presente nota, página N 556.

[585] Retomo aquí una observación que ya hice en la nota "Fantasmagorías de un vidente – o videncia y espiritualidad" (n^o 122), página N 538.

[586] Continuación de la nota "La paja y el grano (3): Krishnamurti – un balance" (n^o 126).

[587] Pero la gran diferencia, es que yo aprendí primero ese proceso de la huída leyendo a Krishnamurti, mientras

su inimaginable magnitud. Y si lo ha visto, es por haberlo *descubierto él mismo*, en contra de todo el peso prodigioso de condicionamientos milenarios, que pesaban sobre él igual que pesan sobre cada cual. Ése es, sin niiguna duda, el mayor de sus descubrimientos. Sólo por eso, es uno de los grandes pensadores de nuestro tiempo[588]. Ni siquiera medio siglo de estancamiento posterior en la autocomplacencia y en la mediocridad pueden borrar la virtud de tal acto de conocimiento, ni el alcance de esa aportación capital a nuestro conocimiento de nosotros mismos.

N 583 ◊No faltan otras observaciones penetrantes sobre la psique, realidades que él es uno de los poquísimos, a veces quizás el primero, en haber hecho y formulado. En él es donde me las encontré por primera vez, hace dieciséis o diecisiete años. Han contribuido mucho a abrirme a una comprensión de la realidad humana en general y, con ello, a una comprensión de mí mismo. Decantadas de la ganga de contrasentidos o de simplismos que a menudo las envuelven, matizadas con lo que me enseña mi propia experiencia de la vida y de mí mismo y la meditación sobre ésta, esas "vistas" tomadas primero de Krishnamurti se han transformado, a lo largo de años, en conocimiento íntimamente personal y en visión. Al final de una larguísima "ola-meditación"[589], en septiembre de 1980, un día me tomé la molestia (después de tres o cuatro años en que no había tenido tiempo para pensar en el que, antes, había sido para mí un "Maestro"...), al fin, de hacer una pequeña lista comentada, en estilo telegráfico[590]. Acabo de sacarla de mis archivadores y de releerla. No es mi propósito y carecería de interés reproducir aquí la lista sin más. Baste constatar que incluso haciendo abstracción del descubrimiento más crucial (¡y n^o 1 de mi lista!), el de la huída, ese conjunto de penetrantes vistas sobre la psique y sobre la aventura espiritual bastaría por sí solo, igualmente, para hacer de Krishnamurti uno de los más profundos conocedores del alma humana y de sus extravíos.

Es aquí donde me veo enfrentado a una contradicción flagrante en mi propia visión de las cosas, a un extraño misterio. Más de una vez he afirmado en las páginas de este libro, como fruto de mi propia experiencia, que el conocimiento de uno mismo es la llave del conocimiento de los demás y de la condición humana. Al menos, en lo que se refiere al conocimiento de los demás, así es en toda situación en la que estamos personalmente implicados, y todavía más cuando ésta es conflictiva. En la medida en que comprendo plenamente mi propia implicación, incluyendo sus ramificaciones ocultas en el Inconsciente, en la medida pues en que realmente "me pongo en cuestión", es como mi mirada sobre esa situación se transforma creativamente, y

N 584 ◊sobre todo en *mi* relación con ella. Y de paso también se transforma de cabo a rabo toda la iluminación con la que veo la implicación de los demás. Pero dejando aparte ese caso, incluso cuando las personas y los sucesos no me concernían directamente, bien a menudo he podido constatar que mi comprensión espontánea brotaba del conocimiento de mí mismo surgido de tal o cual experiencia en mi vida que tal suceso evocaba y que yo percibía como "similar"[591]. Tengo

---

que Freud y Krishnamurti lo descubrieron sin aprenderlo de nadie. Ya he tenido ocasión de señalar (véase una nota al pie de la página 255, en la sub-subsección "El hecho más absurdo") que Légaut igualmente había "entrevisto" ese mismo proceso al final de su vida. Como subrayo en la citada sección, en Krishnamurti la virtud activa de ese conocimiento está más o menos anulada por el hecho de que ve el proceso de la huída en todos, *salvo* en sí mismo.

[588] Quizás escribí demasiado deprisa (en la nota "Krishnamurti – o degradación de una misión", n^o 125, cf. página N 559) que el nombre de Krishnamurti "no tardará en caer en un merecido olvido", y en otra parte ("Los mutantes (6)", n^o 114, nota al pie de la página N 498), predije que su nombre sería olvidado en cincuenta años...

[589] Ese periodo de meditación, el más largo de mi vida dejando aparte el que me encuentro ahora, se extiende de agosto de 1979 a octubre de 1980. Durante esa meditación fue cuando "hice conocimiento" de forma profunda de mis padres (muertos desde hacía más de veinte años) y de lo que fue su vida, y cuando, en la estela de lo que había aprendido sobre ellos, descubrí vicisitudes de mi infancia largo tiempo olvidadas.

[590] Ya he hecho alusión a ese episodio en una nota al pie de la página N 568, en la nota "La paja y el grano (3): Krishnamurti – un balance" (n^o 126).

[591] Sería una tarea tan delicada como interesante discernir el sentido de tal impresión de "similitud". Algunos elementos de reflexión sobre este tema pueden verse en la sección "Abstracción y sentido – o el milagro de la comunicación" de Cosechas y Siembras, en "Las Puertas sobre el Universo" (apéndice a CyS III, n^o 23). Sin duda Jung evocaría las "experiencias arquetipo", a las que las experiencias más destacadas de la existencia humana podrían reducirse...

la convicción de que en la medida en que nuestra experiencia de la vida es pobre y no ha sido "asumida" (es decir, en que no ha sido asimilada, transformada en conocimiento de nosotros mismos), nuestra capacidad de comprensión de los demás se reduce otro tanto: en la mayoría de los casos concretos a los que nos enfrentemos, será pobre, burda, incluso totalmente "fuera de lugar".

Si eso es así es, estoy convencido, porque en las cosas verdaderamente esenciales, en todo lo que supera la "mecánica" más o menos superficial de la psique (en que las variaciones individuales son infinitas), todos estamos tallados de la misma madera: igual Krishnamurti que el más apático y el más obtuso de sus oyentes-admiradores, o que tu que me lees (con inteligencia, no lo dudo), o yo que estoy escribiendo, o quien quiera que sea. Es ese *parentesco esencial*, más allá de todas las diferencias accidentales, incluso más allá de los estados de madurez tan diferentes de un ser a otro – ése es el que a veces permite, en momentos privilegiados, una verdadera comunicación entre dos seres, una comunión. También es el que a veces comprendamos lo que pasa o pasaba en tales circunstancias en otro ser al que quizás seamos más o menos extraños, e incluso cuando la acción tenga lugar en un medio igualmente ajeno al nuestro y haya ocurrido hace siglos e incluso milenios[592].

N 585

Es por eso que el conocimiento de sí mismo, o una profundización en ese conocimiento, es al mismo tiempo, incluso aunque jamás pensemos ◊en ello y sin que por nada del mundo lo hayamos buscado, una manera, tal vez *la* única manera, de conocer íntimamente la psique humana en general – de hacer eclosionar y madurar en nosotros un conocimiento de la condición humana.

Se diría que la persona de Krishnamurti contradice esa visión de las cosas, esa íntima convicción tan profundamente arraigada en mi experiencia de la vida. Es innegable que él tenía un profundo conocimiento de la psique. (Que se haya complacido en emborronarlo a placer, en hacer de él un ingrediente y un medio de un bluff, de una puja constante en un juego de provocación – eso no cambia nada el hecho.) Y por otra parte, todos los numerosos hechos que conozco sobre su persona concuerdan en mostrar que el proceso de la huída, lo que es decir la ausencia de toda veleidad de tomar conocimiento de sí mismo, era en él tan enorme si no de dimensiones más enormes, más ubicuas aún que en el primero que llega. Al situarle en el conjunto de mis "mutantes", con Steiner y más aún que él, me parece que es el que ha llevado al grado más extremo la ausencia de toda apreciación por poco realista que sea de sí mismo, de su lugar en el mundo, de sus motivaciones, aquél en que la fantasmagoría egótica ha perdido (bajo la tierna mirada del círculo de sus admiradores) toda traza de contención.

Sería difícil imaginar reunidos en una misma persona esos dos "opuestos" aparentes

conocimiento de los otros – desconocimiento de sí mismo

de manera tan extrema, tan llamativa como en Krishnamurti. Además, todo hace pensar que ese desconocimiento de sí mismo no era simplemente un estado habitual, sino más bien un estado *permanente*, y que jamás hubo otro durante toda su vida. Y si lo hubo, debió de ser borrado del recuerdo muy rápidamente, y sin dejar la menor traza. Su biógrafa Mary Lutyens, que le conoció muy bien y que, además, dispuso de una documentación muy rica para escribir su biografía, tampoco deja transparentar nada en ese sentido. Si ha tenido conocimiento de algún momento de su vida en que Krishnamurti se hubiera puesto en causa a sí mismo a poco que sea, ese recuerdo también debe de haber sido eliminado en ella, sin dejar tampoco la menor traza (al menos no en su obra).

El enigma que se plantea se complica por el hecho de que no tenemos la menor indicación, en los escritos de Krishnamurti (al menos en aquellos que son conocidos) ni en su biografía, que

[592] Al escribir esta línea, tenía especialmente presente en el espíritu el itinerario de Marcel Légaut, cuya vida espiritual estuvo centrada en un redescubrimiento en profundidad de la persona y la misión de Jesús. Ese itinerario aparece muy claro en su "Meditación de un cristiano del siglo XX".

permita situar siquiera aproximadamente la génesis al menos de algunas de sus grandes ideas ("Einsichten") sobre la psique. No hay que asombrarse de ello, pues Krishnamurti creía que
N 586 las conocía desde siempre por ciencia infusa. Según lo que se conoce de ◊su vida, es seguro sin embargo que esa génesis se sitúa *después* de la muerte de su hermano Nitya en 1925 (cuando Krishnamurti tiene treinta años). Por otra parte tengo la clara impresión de que después de 1929 ó 1930, su vida se reduce casi completamente a un "show" permanente como gran vedette espiritual. Parecería pues que la génesis en cuestión se situaría en los cuatro años entre 1926 y 1929. Sin embargo, en el relato de Mary Lutyens, *nada* permite situar en ese periodo o relacionar con él un gran avance intelectual o espiritual, como el que aquí se trata. Bien al contrario, en él no se encuentra la menor traza de ninguna de las grandes intuiciones que le conocemos en su edad madura[593]. Por decirlo todo, todo ocurre como si en la vida de Krishnamurti jamás hubiera habido un tal momento de *avance*, de un *descubrimiento* fulgurante, de un repentino rayo de luz. Y eso forma parte, parece ser, del juego de Krishnamurti, de su mistificación convertida en una segunda naturaleza, el permanecer mudo sobre el origen de los descubrimientos que jamás presenta como tales, de tan identificado que está con el papel de "Verdad encarnada" que interpreta con tal convicción y tal éxito – sin cansarse durante una vida entera...

Sin embargo, todo verdadero descubrimiento, y sobre todo un descubrimiento que se siente como capital, es una experiencia muy particular, única, inolvidable. Me cuesta concebir que una experiencia tan profunda, cuando vemos desplomarse cierta imagen que nos hacíamos de las cosas, y que *otro* mundo emerge tras esos decorados que lo mantenían oculto – que tal experiencia pueda olvidarse, que pueda haber veleidades, incluso inconscientes, de reprimir su recuerdo. Esos son los grandes momentos de la existencia, y al vivirlos *lo sabemos*. ¡¿Qué sentido tendría empobrecer, sí, mutilar la vida de tal momento, para poner en lugar de algo verdadero y sin precio una producción ficticia, irrisoria?!

Hoy me ha venido el pensamiento de si no sería posible, después de todo, que esa asombrosa comprensión de la psique en Krishnamurti sea, después de todo, "innata" – por lo que ciertamente se ha de entender: aportada al nacer como fruto de experiencias asumidas en exis-
N 587 tencias anteriores[594]. Ese ◊conocimiento, por tanto, estaría realmente arraigado en un auténtico conocimiento de sí mismo – pero esos actos, esos "grandes momentos" de los que he hablado hace un instante, se situarían en existencias anteriores. Si así fuera, la versión del mismo Krishnamurti, la de una "ciencia infusa", ¡estaría después de todo bien fundada!

Es cierto que esto sólo desplaza la aparente contradicción. No fue a la ligera, decididamente, como traté esa visión gloriosa que Krishnamurti tiene de sí mismo de fabulación, de delirio, de beata autoadulación. Pues todo lo que conocemos de sus hechos y gestas hasta los treinta o treinta y cinco años de edad (¡y es mucho!) contradice de manera flagrante, en apariencia irreductible, esa versión. Por poner el ejemplo tal vez más grande: el libro "A los Pies del Maestro", de la pluma de Krishnamurti cuando tenía quince años, publicado bajo el nombre de "Alcyone" para ser entregado a la piadosa admiración de los fieles de la Orden de la Estrella, no es otra cosa que una colección de banalidades "espirituales" que había (según anuncia él mismo) recogido piadosamente de la boca de un Ser tan augusto como oculto al que se refiere como "el Maestro". ¡Como "ciencia infusa" se queda algo corto!

Sin embargo éste sería el momento de recordar que la psique puede funcionar simultáneamente de manera totalmente diferente en "niveles" diferentes. A nivel del pensamiento consciente, podemos, cual un mono sabio y con la mejor fe del mundo, repetir lecciones aprendidas creyendo en ellas con una fe dura como el hierro, con impresionantes aires de autoridad, mientras que en un nivel más profundo permanecemos enteramente ajenos a esos melindres tan

[593] Como ya he recordado en otra parte, el primer texto escrito por la pluma de Krishnamurti en que aparecen esas intuiciones maestras es "La Libertad primera y última", que aparece en 1954, cuando el autor tiene 59 años.

[594] Véanse al respecto las notas "Misión y Karma – o el aprendiz y el Maestro" y "Creación y maduración (1): los "dones" aparecen al crear" (n^{o}s 24, 48). Volveré sobre esto en la siguiente nota.

sinceros. Puede haber, en el Inconsciente, una apreciación profunda y matizada de una situación, en el mismo momento en que nos disponemos a describirla (siempre con la mejor fe del mundo) a golpes de clichés de Épinal[595]. Tal comprensión procede de un conocimiento inconsciente, fruto sin duda de experiencias asimiladas y largo tiempo olvidadas, que puede ser enteramente extraño a las ideas y opiniones que benditamente hemos adoptado, como ropas que nos hubieran enfundado y que no son, ¡pero para nada de nuestra talla!

Es el conocimiento inconsciente profundo, más o menos duramente exilado en los sótanos de la psique, y no el ridículo frac con sombrero de copa que nos hemos dejado colocar, el que es nuestro *verdadero "nosotros mismos"*. Un hombre es interiormente *libre*, es *uno*, en la medida justamente en que no hay en él ese hiato entre la superficie y la profundidad, entre la "ropa" y la "carne" – aquél en que la ropa y la carne viva del ser se desposan armoniosamente y con suavidad.

N 588 ◊Esto ya nos hace entrever una solución del turbador enigma planteado por el "caso Krishnamurti". Krishnamurti habría venido al mundo con una notable madurez espiritual. Un niño prodigio como Mozart, en suma, pero en vez de tener una relación prodigiosamente cercana con la música, habría en él un conocimiento innato, inconsciente por supuesto, de la psique humana, arraigado en un conocimiento de vicisitudes de su propia psique en existencias anteriores. Como todo conocimiento inconsciente, éste estaba destinado a ser plenamente consciente, cuando las circunstancias se prestasen a ello y él mismo diera su asentimiento. Habría terminado por subir a la consciencia, gradualmente, después de que se desprendiera del dominio del medio teosófico que lo obstaculizaba, después por tanto de los treinta y cuatro años de edad (en 1929). Eso no habría sido vivido como un "descubrimiento" fulgurante, inolvidable, sino más bien como una "toma de posesión" progresiva, de alguna manera, de algo que desde siempre ya le hubiera pertenecido por derecho. Con esa toma de posesión, después de haber jugado mucho tiempo un papel ficticio, dictado por sus maestros y benefactores de antaño, "volvería a ser él mismo".

Pero a decir verdad, verdaderamente nunca dejó ese papel. Solamente largó un conjunto de ideas y de opiniones que iban con él, en modo alguno esenciales. Para largar el *papel* y no sólo los accesorios, y con eso volver a ser realmente y plenamente "él mismo", tendría que haberlo constatado, de modo evidente y flagrante. Para eso, tendría que haberse separado de la resplandeciente y oh cuán seductora imagen que tenía de sí mismo: el Ser no condicionado donde lo haya, la Verdad, la Luz, el Enseñante sin igual de la humanidad entera[596]. Esa Imagen, mientras no fuera detectada, sólo podía salir reforzada de esa transformación que, en primer lugar, le acercaba a sí mismo[597]. Pues *ya* no era la creación de unos bienhechores, el "Mesías" por la sola virtud de una escandalosa publicidad alrededor de su joven y maleable persona
N 589 (escándalo del que no pudo dejar de ◊sentir toda la vanidad). En adelante, era el Enseñante por *su* sola autoridad – ¡sin deber nada a nadie (como antes el Buda...)!

Y realmente habría sido ese Enseñante que el Mundo esperaba, si hubiese tenido la audacia y la humildad de dar el paso crucial, el *paso de verdad*: constatar la Imagen, y el proceso de vanidad anejo a él. Concretamente, eso significaba: constatar, en la intimidad primero, públicamente después, esa ropa estrecha que había llevado de buen grado durante veinte años

[595] N. del T.: A principios del s. XIX se fundó en la pequeña ciudad de Épinal, cercana a París, un taller de grabado xilográfico, dedicado a la producción de láminas y estampas, que había de inundar Francia y el resto de Europa después.

[596] En cuanto a la figura de el "Enseñante sin igual" me anticipo un poco – sólo aparecerá más tarde, después del periodo teosófico. Véase la siguiente nota a pie de página.

[597] De hecho, a continuación esa Imagen se infló desmesuradamente. En el panteón teósofo, Krishnamurti era presentado como el "habitáculo humano" en el que, llegado el momento, el gran Maestro Mitreya debería encarnarse, como el Mesías de los tiempos modernos. Era pues uno entre toda una sucesión de Instructores llegados para aportar sabiduría al Mundo. Una vez largado el padrinaje teósofo, permanece como el único Enseñante de todos los tiempos, los demás pretendidos "enseñantes" e "innovadores" quedando reducidos a la insignificancia. (Véase una nota al pie de la página N 555 en la nota "La paja y el grano (2): Krishnamurti – o degradación de una misión" (n^o 125).

seguidos. Una "puesta en causa" pues de todo su pasado, el lejano y el cercano; pues mientras un acto de verdad no venga ponerle fin[598], todo el pasado está incluido en el proceso de la huida y de la vanidad.

Ese "paso de verdad" jamás se realizó, esa puesta en causa jamás tuvo lugar. Pues si hubiera tenido lugar en la intimidad, uno de sus primeros frutos habría sido una explicación pública ante todos aquellos a los que había contribuido a engañar durante tanto tiempo, para asumir *su* parte de responsabilidad en ese engaño, diciendo claramente *sus* errores, y la vanidosa atracción en *él mismo* que los había causado. En vez de decir a sus fieles y admiradores: "Sigo siendo la Luz y la Vida, y dicho esto, que cada uno regrese a su casa y olvide la Orden de la Estrella que acabo de disolver desde lo alto de mi Grandeza" – y de continuar en esos registros durante su vida entera.

En vez de un acto de verdad, hubo un proceso de olvido del traje de gala que tanto tiempo había llevado, a menudo con disgusto hay que decirlo, pero aceptando sin rechistar sus muelles ventajas. No quiso acordarse del niño desnudo y de radiante apariencia que el traje recubría – aquél que él era en lo profundo, aquél también que él había permitido maltratar durante tanto tiempo en su jaula dorada. El niño portador de sabiduría que dormitaba en el mono sabio, en adelante transformado, por necesidades de la causa de Épinal, en el "niño divino".

Pero al hacerlo, seguía igualmente alejado de sí mismo. Terminó por acordarse de cierto conocimiento del niño, del que iba a hacer buen uso. Como si hubiera llamado al niño a fin de quitarle ese bien, y después lo hubiera reenviado a pudrirse en los subterráneos. Y mientras el Enseñante peroraba gravemente en los estrados ante las masas boquiabiertas, el niño travieso y vivaracho se pudría, olvidado y maltratado como antes...

N 590 ◊(131) Conocimiento latente y conocimiento activo – o el pedestal y el don

(19 y 20 de febrero)[599] Tengo la impresión de haber resuelto lo que llamaba, en la reflexión de la nota anterior, el "enigma Krishnamurti". Una vez puesta negro sobre blanco, la solución me parece tan evidente que me costaría dudar de que se corresponda con la realidad. Después de todo, todo llevaba a creer que Krishnamurti cuando niño ya era de una madurez extremadamente avanzada[600], pero arrinconada en el Inconsciente. En realidad el "enigma" sólo era aparente, y se debía, me parece ahora, a dos "olvidos" por mi parte.

Por una parte, que podemos tener conocimiento de cosas profundas e importantes, sin haberlas aprendido en ningún momento de nuestra existencia presente de la boca (o de la pluma) de nadie, ni haberlas descubierto tampoco a partir de nuestra propia experiencia. Se trata pues de un conocimiento que sería "innato", lo que significa también (no tengo la menor duda al respecto) que proviene de momentos creativos, de "descubrimientos" hechos en existencias anteriores[601]. Ciertamente, cuando algo que creemos "saber" desde siempre coincide con las formas de ver que eran más o menos comunes en nuestro medio de origen, se puede decir que

[598] Este "fin", hay que subrayarlo, es del todo provisional, y nunca definitivo y conquistado. El proceso de huida regresa inmediatamente, en cuanto se detiene la vigilancia.

[599] Continuación de la nota anterior, "¿Descubrimiento, o ciencia infusa? – o "el enigma Krishnamurti"".

[600] "Todo llevaba a creer" sin duda es exagerado. Veo dos razones que lo prueban, una directa, otra indirecta. Una es la impresión tan fuerte que el niño Krishnamurti, a pesar de un estado mental u físico lamentable, había hecho en Leadbeater. Por más resrvas que puedan tenerse frente a la múltiple personalidad de Leadbeater, parece difícil dudar de que tenía dones de videncia muy desarrollados – y afirmaba que ese niño tenía "el aura más grande que jamás había visto". Que eso no era puro capricho por su parte está atestiguado por los impresionantes dones y por el pensamiento de Krishnamurti, que se afirmaron y desplegaron después de los treinta y cinco años de edad, una vez que se desprendió de la sauna teósofa. La segunda razón es que por lo que se conoce de la vida de Krishnamurti, parece imposible situar un momento en que haya tenido lugar un gran avance, en su conocimiento de la psique y de la realidad espiritual, y que él mismo presenta su conocimiento como una "sabiduría infusa" que siempre hubiera poseído.

[601] Véase al respecto la nota "Misión y karma – o el aprendiz y el Maestro" (n^o 24), así como las tres notas consecutivas "Creación y maduración (1)(2)(3)" (n^{o}s 48-50), y más particularmente la primera de4 las tres.

en modo alguno tiene cualidad de conocimiento, que no forma parte de una madurez innata, sino de la estructura del yo, que es sobre todo la obra del medio ambiente. En cambio, cuando ese conocimiento nos distingue de todos los demás seres de nuestro entorno durante la infancia, y que además no es una idea fija o caprichosa (aparecida no sabemos cuándo), sino que se encuentra confirmada y reconfirmada por la experiencia, sin duda esas son señales inequívocas
N 591 que indican que ◊se trata de un conocimiento innato, que, además, no es de naturaleza instintiva o colectiva, sino individual, y que se desprende de cierta madurez innata estrictamente personal. Además estoy convencido de que todo ser tiene tales conocimientos innatos que le distinguen de cualquier otro ser de su entorno, pero que casi siempre permanecen más o menos inconscientes e informulados, tal vez incluso informulables. (Lo que no les impide actuar y ser eficaces en diversos grados). Esa es una de las razones, seguramente, por las que no son fáciles de distinguir como tales, y casi siempre pasan desapercibidos por todos[602].

El segundo olvido que había enturbiado mi visión de las cosas es, en el caso particularmente crucial del conocimiento de uno mismo, que hay que distinguir entre lo que se puede llamar *conocimiento latente* por una parte, y *conocimiento activo* por otra. El conocimiento latente es que forma parte de la *madurez* del ser. Es inalienable, indestructible. Forma parte de la substancia misma del ser profundo, fuera del alcance de las maniobras del "yo" como de las presiones exteriores que vienen del Grupo. Las mutilaciones tanto psíquicas como fisiológicas no le afectan, ni la muerte física. Es como la carne firme y viva del alma inmortal. Puede y debe crecer y desarrollarse, y ésa es *la* tarea entre todas reservada al alma, en ruta hacia
N 592 sus últimos destinos. ◊También puede, si el alma consiente, estancarse durante largos años, y durante existencias enteras. Pero jamás puede retroceder.

La casi totalidad del conocimiento latente de un ser, e incluso la totalidad en el caso de un recién nacido, es inconsciente. Su verdadera morada está en el Inconsciente profundo, en contacto constante e íntimo, sin duda, con el Huésped desconocido[603] – con Dios en nosotros. Es a partir de ahí, de las profundidades del ser, desde donde actúa – cuando actúa. Según el estado de la psique, un conocimiento latente puede haber remontado más o menos, como por ósmosis, hacia las capas superiores de la psique e impregnarlas más o menos fuertemente. Puede así acceder hasta el campo consciente, convertirse en un conocimiento consciente más o menos claramente sentido y formulado, al que nos suscribimos con mayor o menor reticencia o convicción. En el mejor de los casos, lo hacemos totalmente, incondicionalmente nuestro, con un acto (que puede ser tácito, o claramente consciente) de conocimiento y de fe[604].

Sin duda se puede afirmar que un conocimiento latente es tanto más "*activo*", que ejerce

[602] Parecería que en el caso de mi propia persona, la madurez innata era relativamente basta, y que mi estado de madurez actual y el conocimiento que de él se deriva, sean en gran parte fruto de descubrimientos hechos después de 1970 y sobre todo después de 1976, desde hace pues una docena de años. No estoy seguro de poder formular un solo conocimiento que hubiera tenido "desde siempre", y que no tuviera en común con mis padres (en los que tendría tendencia a permanecer latente...). La única cosa que se me viene en ese sentido es el conocimiento del papel del arquetipo de la *Madre* en la vivencia amorosa, que tengo el sentimiento claro de no haber "aprendido" jamás, de "saber desde siempre". Pero estoy convencido de que ese es un conocimiento latente que en modo alguno es personal, sino que es común a todos los seres sin excepción (incluyendo, estoy convencido, a los animales y las plantas...). Si me distingo de los demás al respecto, es que en mi caso ese conocimiento ha estado muy presente y consciente desde el principio de mi vida amorosa (sin que pueda situar ningún momento particular en que ese conocimiento se haya hecho consciente). Eso es, he constatado, algo muy raro, a causa de mecanismos de represión muy eficaces, ligados al tabú del incesto. Pero el hecho de que un conocimiento latente, común en este caso a toda la especie, se haya vuelto plenamente consciente e impregne permanentemente todas las capas de la psique, ¿puede ser visto como signo de una "madurez", de una cualidad de la psique aportada al nacer y fruto de vidas anteriores? Tendría tendencia a pensarlo. En este caso particular, el conocimiento en cuestión, jamás "aprendido" o "descubierto", me parece hasta tal punto inseparable de mi psique, que me parecería impensable que algún día pueda desaparecer del campo de la consciencia, a consecuencia de una inopinada represión bajo la presión de no se sabe qué circunstancias...

[603] Véase la nota "La pequeña familia y su Huésped" (n^o 1).

[604] Véase la sección "Acto de conocimiento y acto de fe" (n^o 7).

una acción tanto más creativa en tal momento de nuestra existencia, cuanto que le hemos permitido impregnar las capas más cercanas a la superficie, en lugar de mantenerlo prisionero en el Inconsciente profundo. Mi experiencia personal me sugiere que hay un "salto" cualitativo considerable en la eficacia de tal acto cuando se ha realizado un acto de conocimiento plenamente consciente, con el que se ha sondeado y formulado cuidadosamente, de manera que ese conocimiento se ha vuelto plenamente consciente, y cuando además está presente como tal en el momento considerado[605]. El "conocimiento activo" al que acabo de hacer alusión no es otro que el conocimiento latente en estado de acción, es decir participando en un proceso creativo, en la creación pues de una *obra* (que puede situarse tanto a nivel intelectual o artístico como a nivel espiritual u otro...).

N 593 ◊La relación entre esos dos tipos, o modos de presencia, de conocimiento, el latente y el activo, no es otra que la que existe entre *madurez y creación*. La he rozado de pasada muchas veces en las páginas de la Llave de los Sueños, y ya me he detenido para examinarla con algún cuidado en notas anteriores[606]. Baste sólo recordar que un estado de madurez muy basto no impide en modo alguno acceder a un estado de creatividad intensa, y en casos límite, alcanzar una creación espiritual en la cima de lo humano[607]. Inversamente y en el extremo opuesto, un ser con medios intelectuales y espirituales prodigiosos, surgidos de una madurez (innata o adquirida, poco importa aquí) excepcional, puede, por propia elección y a partir de cierto momento y durante todo el tiempo que le plazca, llevar una vida mediocre y espiritualmente estéril. Sus maravillosos medios no le sirven entonces de herramientas para una creación (ni siquiera de modo accesorio y sin llegar al plano espiritual), sino de atrapa-tontos para mejor dar el pego a los demás y a sí mismo, en una vana carrera de autoengrandecimiento y de autoglorificación.

En Krishnamurti, parecería que desde el nacimiento tuvo un conocimiento innato excepcionalmente rico, profundo y delicado de la psique y el alma humana – un conocimiento pues que le predisponía a una vida espiritual excepcionalmente creativa, al descubrimiento progresivo
N 594 y a ◊la realización, contra viento y marea, de una gran misión – a ser uno de los grandes "iluminadores" en el progresivo avance de la humanidad entera. Era un conocimiento *latente*, que sólo se volvió consciente y activo después de los treinta y cinco años. Más "consciente" sin embargo, en este caso, que verdaderamente "activo", es decir "creativo"; pues por propia elección durante el resto de su vida, ese conocimiento consciente permaneció separado, mutilado de su verdadero corazón: el conocimiento de sí mismo. Seguramente había una especie de conocimiento de sí

[605] La "presencia en el momento considerado" de un conocimiento, en tanto que conocimiento consciente, a la que aquí hago alusión y que vuelve "activo" ese conocimiento, no se reduce a la presencia por así decir "mecánica" que nos asegura la actividad de la *memoria*, ni siquiera a la presencia más sutil, más penetrante de un verdadero *recuerdo* de cierto momento privilegiado (el de un descubrimiento importante, puede ser) en que ese conocimiento estaba activamente presente. Salvo en el caso de un conocimiento que haya impregnado hasta tal punto todas las capas de la psique que esté permanentemente presente y activo (como en el ejemplo que evoco en la antepenúltima nota a pie de página), quizás sea necesario, para que un conocimiento latente se vuelva "activamente presente", que antes haya un verdadero "acto de conocimiento". Éste tendría por efecto, más que crear un conocimiento verdaderamente nuevo (sería entonces un acto de *descubrimiento*), *renovar* de alguna manera un conocimiento latente ya adquirido, volviéndolo activamente presente y consciente. Eso va mucho más allá de un esfuerzo por rememorar alguna formulación a la que hayamos llegado (lo que sería simplemente *repetirse* a sí mismo). En cambio, un nuevo esfuerzo para captar con palabras claras el conocimiento latente en cuestión, presenta ya en forma difusa, es a menudo un modo eficaz de "reactivarlo". Una señal frecuente (en mi práctica de la meditación) e inequívoca, que muestra que la renovación realmente ha tenido lugar, es justamente el sentimiento muy claro de no sólo haber "reencontrado" tal cual un antiguo conocimiento, sino de reencontralo *transformado* por el trabajo preliminar que se acaba de hacer, que se ha profundizado, matizado, enriquecido,...

[606] Véanse las tres notas ya citadas "Creación y maduración (1)(2)(3)" (n^{o}s 48-50), y sobre todo la segunda de esas notas, así como la nota "Misión y karma – o el aprendiz y el Maestro" (n^o 24).

[607] El lector atento que haya leído ya las tres notas consecutivas sobre Solvic, de finales del pasado mes (notas n^{o}s 115-117), habrá comprendido que el "caso límite" en que aquí pienso no es otro que el de Solvic, en las últimas semanas de su vida.

latente y difuso aportado en sus anteriores vidas, y que especialmente le decía que el famoso proceso de huída, en tanto que predisposición de la psique, estaba tan fuertemente implantado en él como en cualquiera, y que, en él como en todos, su acción espiritualmente asfixiante sólo podía desactivarse con una mirada vigilante y sin complacencias sobre él mismo. Pero durante toda su vida, parece ser, ese conocimiento latente permaneció arrinconado en el Inconsciente profundo, en provecho de una Imagen de sí mismo pletórica e invasiva, jamás examinada ni puesta en cuestión. La "actividad" de su profundo conocimiento intuitivo de la psique, en vez de ir en el sentido de una maduración espiritual al mismo tiempo que de la eclosión y el crecimiento vigoroso de una gran misión, siempre se limitó (por lo que puedo ver) a "calar" las poses y subterfugios de los demás[608], y más particularmente y sobre todo, de los que iban a verle para hablarle de sus problemas personales[609].

N 595 ◊Al leer los relatos que hace de esas entrevistas[610], uno queda impresionado por su gran agudeza para ver siempre dónde está la fisura, señalar con el dedo el punto de fuga, y también por una expresión a menudo notablemente escueta y perfectamente ajustada para decir o sugerir lo que se ve. A cierto nivel, ese doble acto de percepción-expresión es sin duda un acto creativo; pero, según recuerdo, constantemente se queda sin alcanzar la creación espiritual. La Verdad Encarnada ha hablado por boca del Maestro Impersonal – pero aparte de eso, nada ocurre: el interlocutor se marcha como ha venido (debidamente impresionado seguramente de haber escuchado y visto funcionar al gran hombre...), y el Maestro permanece – el Maestro. No hubo *don*. Y si, muy excepcionalmente, hubo movimiento, impulso de don, venía del que había ido a ver al Maestro, y ese don que llevaba con él no era acogido.

En la acción espiritual, para dar como para recibir, hace falta que uno y otro, el donante y el receptor, estén ambos en plan de igualdad – que no haya pedestal. Sólo entonces el amor actúa a través de uno y otro. Entonces el que da, recibe, y el que recibe, da, y uno *y* otro quedan transformados. Dios se da a Sí mismo y recibe de Sí mismo, a través de dos seres que uno y otro participan, en tácita comunión con Él.

[608] Tengo la impresión muy clara de que durante toda su vida Krishnamurti se guardó mucho de "calar" las inautenticidades y las actitudes "de huída" de los que formaban parte a poco que fuera de su entorno. Ciertamente no podría haberlo hecho sin. al mismo tiempo, "calarse" a sí mismo, porque esas inautenticidades y actitudes, en él y en sus allegados, forzosamente eran estrechamente solidarias. En suma, dichos allegados, como él mismo, eran la famosa "excepción que confirma la regla", al nivel de las realidades de la psique que pone de relieve en sus "Enseñanzas".

[609] Incluir en su vida, como un ingrediente más o menos regular, tales contactos con personas extrañas que iban a consultarles, es uno de los numerosos rasgos comunes entre los personajes mostrados por Steiner y Krishnamurti. Con esta diferencia sin embargo, que en Steiner eso alcanzaba un diapasón agotador – cual una cruz voluntaria que se hubiera impuesto (¡lo que en absoluto cuadraba con las maneras de un Krishnamurti!). En Steiner, además de los contactos personales, había una correspondencia asombrosa – en algunos momentos sus fieles se turnaban para llevar al buzón de correos las respuestas a las cartas recibidas, ¡en cestas de la ropa llenas! Era sobre todo, me parece, sacrificarse por una imagen de marca que le gustaba. Dudo que esa correspondencia desmesurada, no más que todas esas entrevistas que devoraban una energía considerable, hayan sido otra cosa que mucho viento para nada, y una forma de eludir su propia maduración.

[610] Pienso aquí sobre todo en los tres volúmenes de sus "Comentarios sobre la Vida", de los que he debido leer al menos dos.

N 596 ◊(132) Los mutantes (8): los mutantes y el conocimiento de sí mismo

(22 y 23 de febrero)[611] Hace dos semanas y tres día que la reflexión se ha detenido en los dos casos estrechamente emparentados de Rudolf Steiner y Krishnamurti. Lo que a mis ojos los distingue, ahora, de todos los demás mutantes míos es que *no* entraron verdaderaente en la misión que les esperaba para ser creada por ellos durante una vida. Uno y otro se dejaron "desviar", apartar del camino de su misión, por la sempiterna vanidad, el ansia de autoengrandecimiento, que les hacía jugar un *papel* prestado, altamente fantasioso, mistificador. Prodigiosamente colmados ambos de dones, no pudieron, a pesar de su falta de autenticidad y de mera "seriedad", dejar de hacer notables contribuciones al pensamiento humano, que he intentado cerner en su lugar. Por eso, sería difícil no contarlos entre los grandes pensadores de nuestro tiempo – ¡dos grandes pensadores que se han "descarriado"! Pero en el plano espiritual, que es el que verdaderamente importa aquí, no veo en la vida de uno y otro ninguna grandeza[612]. La grandeza espiritual no está en los dones ni en la madurez del alma, sino en el uso que de ella se hace, y en las disposiciones interiores con las que se dirige la vida. Sin embargo no hay que excluir que por extraños vericuetos su obra termine, en las próximas generaciones, por contribuir al progreso de nuestra especie, incluyendo en el plano espiritual (el único que es verdaderamente esencial para nuestro destino, y del que se desprende lo demás). Pero tengo la impresión de que hasta ahora, esa obra ha contribuido sobre todo a la confusión general de los espíritus. Pues cuanto más poderoso es un espíritu, tanto más poderosamente propaga a su alrededor y en el Mundo la confusión que hay en él.

N 597 ◊Esa confusión en uno y otro no habría podido instalarse, ni sobre todo perdurar durante una vida entera, si hubiera una actitud, por modesta, por basta que fuera, de conocimiento de sí – que desalojaría al menos los engaños más enormes, los más groseros. El proceso del engaño, de la huida, de los ojos cerrados para "chuparse el dedo" acogiendo, con gusto, las groseras gratificaciones de la vanidad – sólo la atenta mirada sobre uno mismo lo desactiva. Y la reflexión de estas dos semanas ha venido, ante todo, a ilustrar de forma llamativa, en dos casos particularmente extremos, cómo en ausencia de rigor interno, de disciplina (por ligera que sea...) de conocimiento de sí, la existencia entera se ve invadida y devorada por el voraz proceso de la vanidad.

Cierto es que, entre mis otros mutantes, raros son aquellos en los que no detecto veleidades en el conocimiento de sí. Más de una vez, me parece que esa ausencia es la causa profunda de las principales limitaciones del hombre cuya existencia estaba analizando un poco. Pero esas "limitaciones", incluso si restringen de manera más o menos draconiana el influjo y el alcance de la misión de ese hombre, no llegan hasta el punto de borrarla de su vida, y hacer de su existencia un desierto espiritual. O por decirlo de otro modo: las incursiones del ego en el dominio del espíritu, efectuadas a favor de la ausencia de una mirada vigilante, son ocasionales y limitadas, sin llegar nunca a un estado en que el espíritu esté totalmente invadido y dominado por el ego[613].

[611] Continuación de la nota anterior "Conocimiento latente y conocimiento activo – o el pedestal y el don". Como la presente nota retoma el hilo de la reflexión de conjunto sobre los "mutantes", pude verse también como continuación de la nota "Los mutantes (7): Freud – o el coraje de la lucidez" (n^o 121).

[612] Matizaría esta afirmación para Steiner, para su vida hasta finales de 1900, justo a la edad de cuarenta años. En él hubo, en ese primer gran periodo de su vida, una gran apertura hacia los demás, y (tengo la impresión) una auténtica búsqueda de su vía, asumiendo plenamente la soledad espiritual de una tal busca. El año 1900 marca el giro de la celebridad – se convierte en una "vedette" dentro de un poderoso movimiento "espiritual", con decenas de millares de seguidores fervientes y crédulos en las clases medias e incluso en la crema de la alta sociedad. Me ha parecido entender que entonces también dio el gran giro en su vida espiritual, cuando se mete en un papel prestado – el de gran vedette justamente, o (en la jerga de esos días) de "gran Iniciado", incluso de "Mesías" de los tiempos modernos...

[613] Tengo la impresión de que habría que poner aparte el caso de Gandhi en los veinte o treinta últimos años de su vida, cuando estaba en el apogeo de su "carrera" política y de hombre de Estado. El ego llegó a ser muy invasivo, y creo que Gandhi dejó entonces de progresar espiritualmente. Eso no impide, hay que subrayarlo, que el nivel en el que se situaba su acción política estaba infinitamente por encima del más brillante y más "honesto"

Aunque a veces distraído y somnoliento, el espíritu guarda sus sanos reflejos o está guiado por un sano instinto espiritual, de suerte que, *grosso modo*, sigue siendo el amo. Es *él* el que fija el rumbo del viaje, en simbiosis con la voz infinitamente discreta de Dios. Y *eso* y no otra cosa es caminar por la vía de su misión. *Eso* es la fidelidad a sí mismo. *Eso* es servir (a menudo sin saberlo) a los designios de Dios.

Entre mis "mutantes" ¿cuáles son pues aquellos en que se percibe a poco que sea una
N 598 actitud de conocimiento de sí? Sin ninguna duda es en Freud, y después ◊en Neill, donde he encontrado los signos más claros, más convincentes de tal disciplina interior, de tal rigor. Es Freud el que ha rebuscado más profundo en su psique, para descubrir ahí y poner al desnudo los mismos mecanismos ocultos que primero había descubierto en sus pacientes, antes de encontrárselos en sus amigos. No tengo ninguna duda de que la penetración psicológica de Freud y de Neill, y sobre todo la cualidad altamente activa de su conocimiento de la psique[614], brota del conocimiento que tenían de ellos mismos, exento de toda complacencia y de toda autocompasión.

La ausencia de autocomplacencia es quizás el primer fruto, y el más esencial de todos, de una actitud de conocimiento de sí. Ese rigor interior, igualmente lo he encontrado en la obra de Carpenter y en la de Marcel Légaut. Pero tengo la impresión de que en ellos el conocimiento de sí permanece a un nivel bastante superficial, o más exactamente: si alguna vez se atreven a caminar por las profundidades de la psique, siempre pasan deprisa por el "saco de los nudos" del conflicto, del que todo lo más se contentan con constatar de pasada su existencia, sin la menor veleidad de detenerse un poco. En esos dos hombre de notable autonomía interior, me parece que ésa es una secuela de la tradicional actitud de los espirituales, que ya he tenido ocasión de analizar[615]. Tengo la convicción, por mi parte, de que la vida espiritual en general está llamada a profundizarse considerablemente con la superación de tal actitud del "en cuanto a sí" en la relación del espíritu con la psique o lo "psíquico", igual que en su relación con el cuerpo, tradicionalmente tratados ambos como cosas insignificantes. Y es notable que, al menos en lo que respecta a la relación con lo "psíquico", el camino ha sido señalado por Freud y Neill, ninguno de los cuales parece "espiritual" (¡y a sus propios ojos menos que a los de ningún otro!). Si en el cuadro vislumbrado de la nueva espiritualidad se incluye, además de una atención amorosa y sin complacencias a la psique, un respeto al cuerpo igualmente atento y un asentimiento agradecido al impulso amoroso, entonces hay que añadir los nombres de Walt Whitman y Edward Carpenter a los de Freud y Neill, entre los primeros que señalaron y señalan el camino; ¡y tampoco ellos, en
N 599 términos de los criterios generalmente recibidos, ◊parecen "espirituales"! Como por casualidad, los cuatro valientes que acabo de nombrar no son otros que los famosos "rompedores" (del "muro de la represión sexual"), de los que ya hemos hablado abundantemente[616]. Ahí están, en medio de la reflexión, como precursores de una nueva espiritualidad. ¿Hay que extrañarse? Y en esta perspectiva imprevista, Légaut (también nombrado hace poco a la vez que Carpenter[617]) me parece uno de los más notables obreros de una nueva espiritualidad, y muy particularmente, como el que abre la vía de *otra* manera de vivir la fe cristiana.

En la autobiografía de Gandhi se constata la misma ausencia de autocomplacencia, es decir la misma cualidad de verdad, que en Légaut y en Carpenter – y es esa cualidad, ciertamente, y nada más, ¡la que le da todo su interés! Desgraciadamente, como ya he subrayado más de una

---

de los políticos de estilo tradicional. Véanse al respecto los comentarios sobre la misión de Gandhi, en la nota "Los mutantes (5): el abanico de mutantes – o diversidad y grandeza" (n^o 112), página N 484.

[614] Por oposición (si no me equivoco) con los casos de Steiner y Krishnamurti – véanse al respecto los dos últimos párrafos de la nota anterior.

[615] Véase la nota "Experiencia mística y conocimiento de sí mismo – o la ganga y el oro" (n^o 9), especialmente las páginas N 20, N 25, y también la sub-subsección "Las malas compañías" (sección 56, 7^o, c)), páginas 262 – 264.

[616] Véanse especialmente las notas "Los mutantes (5)(6)" (n^{o}s 112, 114), páginas N 493 y N 498.

[617] Percibo un parentesco cercano entre las existencias y las misiones de Edward Carpenter y Marcel Légaut, que aparece en la reflexión por primera vez en la nota "Tiempo de muletas y tiempo de caminar" (n^o 75).

vez, ese rasgo tan sano y vivificante de su persona tiende a desaparecer en los dos o tres últimos decenios de su vida, cuando su carrera pública está en su apogeo.

En su nota biográfica sobre Riemann[618], Weber nos dice que cada noche al acostarse Riemann hacía un examen de conciencia "en presencia de Dios" – y confío que en ese hombre no era una vana formalidad. Hay que lamentar que en su vida tan corta esa profundidad que entrevemos en el hombre no haya encontrado expresión visible en su obra.

Finalmente eso hace que haya seis de nuestros dieciocho mutantes en los que podemos constatar la presencia de una actitud de conocimiento de sí mismo. No está nada mal, ¡vista su extrema rareza! En cambio, ya he tenido ocasión de constatar aquí y allá la ausencia más o menos total de toda veleidad de conocimiento de sí en algunos de mis mutantes. Me limito aquí a recordarlos:

Darwin, Râmakrishna, Kropotkine, Steiner, Teilhard, Guruji, Krishnamurti.

De los siete, sólo en Râmakrishna he percibido algunos signos ocasionales de modestos
N 600 intentos de conocimiento de sí. A veces ◊habla de algunas de sus experiencias con mucha simplicidad, sin ninguna veleidad de borrar las pequeñas trazas de las debilidades humanas. Ahí hay una sinceridad, una cualidad de verdad, muy cercana ya a las disposciones aptas para llevar a un camino de conocimiento de sí. Sin embargo no supo liberarse del sempiterno cliché (abundantemente rememorado a su alrededor una vez que estuvo en olor de santidad, y que él mismo retoma con frecuencia) de la "*perfección*" última a la que se supone que llega el "perfecto adorador de Dios". Tengo la impresión de que en los últimos años de su vida, rodeado de la veneración general y sobre todo de la de los discípulos que se le pegaban, constantemente estuvo zarandeado entre lo su buen juicio espiritual le decía por lo bajo y la veneración un poco ruidosa y untuosa de la que era objeto y que (no podía dejar de pensar) ¡debía ser bien merecida! Así es como la Divina Madre quiso jugar al escondite con él, seguramente para probarle. Y pues tuvo derecho a Sus favores expresos hasta el último suspiro, hay que creer que supo no dejarse englutir en la ciénaga con la que maliciosamente Ella le había rodeado[619].

(133) Los mutantes (9): los mutantes y las hermanas enfrentadas

(26 – 29 de febrero)[620] En varias notas anteriores[621] he examinado sucesivamente la relación de "mis mutantes" con el *sexo*, la *guerra*, y el *conocimiento de uno mismo*. Parece que la
N 601 diversidad de ◊actitudes y opiniones, vis a vis de cada uno de estos importantes aspectos de la existencia humana, es comparable a la que ya había constatado en los temperamentos, caracteres, extracción social, misiones y destinos de esos mismos mutantes[622]. Hace algunos días hice, con unos pequeños garabatos esquemáticos, un rápido balance análogo para otras cuestiones importantes, también ligadas de manera neurálgica a la Mutación que nos aguarda. Se trata de las siguientes: relación con la *religión* y el sentimiento religioso[623]; con la *ciencia*; con la

[618] Esa nota biográfica se menciona por primera vez en la primera nota en que se habla de Riemann, "Los mutantes (1). el ballet de los mutantes; Hahnemann y Riemann" (n^o 85), página N 300.

[619] Ya he hablado de ese "ciénga" que a menudo constituye el círculo de los discípulos de un Maestro, en la nota "Los lugares comunes de los santos" (n^o 113), página N 496. Sin embargo hay que añadir que además de ese papel, los discípulos de Râmakrishna han jugado un papel seguramente más útil para propagar sus enseñanzas. Gracias a su piadoso celo he tenido la gran ventaja no sólo de haber oído hablar de él, sino de poder hacerme una idea de su experiencia mística y de su mensaje, en la copiosa colección de parábolas y aforismos disponible, cien años después de su muerte, en libros de bolsillo e incluso en francés, al alcance de todos los bolsillos...

[620] Continuación de la nota anterior, "Los mutantes (8): los mutantes y el conocimiento de sí mismo".

[621] Se trata de las notas "Los mutantes (6): los mutantes y el sexo" (n^o 114), "Asignación de una misión – o el "espiritual" ante las banderas..." (n^o 119), "Los mutantes (7): Freud – o el coraje de la lucidez" (n^o 121), y en fin la nota anterior que acabo de citar en la anterior nota a pie de página.

[622] Véase la nota "Los mutantes (5): el abanico de mutantes – o diversidad y grandeza" (n^o 112).

[623] Se entiende aquí que los términos "religión" y "sentimiento religioso" cubren una multiplicidad de diferentes sentidos, formando una "nube de sentidos" tan compleja como la de términos como "espiritualidad", "libertad", "creación", "amor" etc. Hay que distinguir especialmente las *Iglesias* y las Instituciones religiosas, las *enseñanzas*

civilización actual y sus valores ("*cultura*"); con la cuestión de los destinos de la humanidad en su conjunto, tanto a largo o muy largo plazo como en las próximas generaciones, incluso en los próximos años ("*escatología*"); con la *justicia* social; con la *educación*. En fin, también he pasado revista a mis mutantes sobre si tienen alguna intuición de una "ciencia del mañana" o de una "*ciencia espiritual*". Como ya he dado a entender[624], con eso entiendo un cuerpo
N 602 de conocimientos comunes, y un tipo de investigación que la alimenta y ◊renueva, en los que los medios de percepción extrasensoriales, las intuiciones de naturaleza propiamente religiosa o espiritual y muy particularmente la exploración de la psique desde una óptica espiritual[625], tendrían un lugar tan crucial[626] como el rigor intelectual[627] y la minuciosa metodología de las ciencias experimentales y de las ciencias exactas, tal y como han sido desarrolladas sobre todo desde hace tres o cuatro siglos.

Como incorregible matemático que soy, esos "garabatos" tomaron forma de una tabla
N 603 de doble entrada, en la que puse en "líneas" los nombres de mis dieciocho ◊mutantes[628], y en

y los valores que éstas afirman promover, establecidos en *doctrinas* más o menos fijas que se concretizan en una *liturgia* que les da una expresión simbólica, y por otra parte la "*vivencia* religiosa" o la "experiencia religiosa" individuales. Éstas, según los casos, pueden ser más o menos estereotipadas y superficiales, incluso totalmente rígidas y falsas, o por el contrario situarse en el nivel de una auténtica vida espiritual, irrigar la psique como sangre vivificante, en un proceso creativo de maduración y profundización interior. Casi siempre la experiencia religiosa se expresa en el marco de una fe religiosa particular, que de alguna manera le sirve de "lenguaje". Pero también puede situarse fuera de toda religión constituida y encontrar un lenguaje enteramente personal. Tal fue el caso de Whitman, de Bucke, de Carpenter, y también el mío (después de octubre de 1986). En el sentido en que empleo el término, la experiencia religiosa en tanto que experiencia "espiritual" se distingue de las otras formas de experiencia espiritual por el hecho de que la percepción de una *presencia* y de una *acción* vivas, que transcienden toda presencia y toda acción meramente humanas (y que algunos llamarían Presencia y Acción de *Dios*), juegan en ella un papel motor central – cual un corazón vigoroso que impulsa la sangre de la experiencia espiritual a través de todos los "órganos" de la psique...

[624] Aludo aquí y allá a la necesaria eclosión de *otra* forma de ciencia, y más particularmente en relación con la persona de Rudolf Steiner, especialmente en las dos notas "Los mutantes (2): la ciencia espiritual (R. Steiner, T. de Chardin)" (n^o 86), y "La paja y el grano (1): R. Steiner y la ciencia del mañana" (n^o 124). Véanse especialmente las páginas N 302 y N 551.

[625] Lo que, según yo, distingue tal exploración de la psique ("desde una óptica espiritual") es que en el foco de la atención del investigador se encuentra *su propia psique* – la única de la que tiene una experiencia íntima y totalmente inmediata. Lo que hace verdadera y fecunda a tal atención, dirigida hacia su propio ser, no es método alguno. Es un *rigor* que no surge de ninguna regla ni método (incluso si pudiera inspirarnos para desarrollar nuestros propios métodos...), sino sólo de disposiciones interiores de *verdad*. Esa exploración de la psique no hace tabla rasa de la "mecánica psíquica", puesta en evidencia por primera vez por Freud, y que juega un papel dominante en las capas medias y periféricas del Inconsciente. Pero aunque es esencial "explicarse" a fondo con esa mecánica en su psique, y sobre todo con la insidiosa y omnipresente acción del proceso de huida, las ruedas y engranajes y modos de acción de esa mecánica terminan por aparecer como detalles muy accesorios, a la luz de una iluminación que viene de otra parte. Son esa iluminación y esa luz las que son esenciales. Igual que las gamas y arpegios y acordes en los que incansablemente se ejercita el músico virtuoso también son accesorios, mientras que lo esencial está en la cambiante armonía de la obra musical que el oído capta y que todo nuestro ser revive...

[626] Sería más justo decir que el conocimiento de nosotros mismos, y la presciencia de finalidades verdaderamente *humanas* que de él se sigue, serán como el corazón y el alma de la ciencia nueva, para inspirar su espíritu, sus opciones, sus orientaciones. Todo lo que es "metodología", todo lo que se sitúa en el plano del enfoque intelectual, estará subordinado a esa finalidad (de orden espiritual) del conocimiento íntimo de nosotros mismos y del "medio" que nos rodea – del electrón a la galaxia...

[627] El rigor intelectual en el pleno sentido del término no está en la aplicación metódica y escrupulosa de "cánones del oficio" a esto o aquello, dictada por tal o cual método establecido. Por el contrario, es de esencia creativa, y por su misma naturaleza desborda todo método. Es él el que sin cesar crea los métodos adecuados a sus necesidades. Además, me parece como una especie de sombra o imagen, en el plano de la inteligencia, de un rigor de esencia espiritual. Ese rigor no es más que uno de los aspectos de las "disposiciones de verdad" que he evocado en una anterior nota a pie de página; uno de los aspectos de una búsqueda apasionada para discernir, paso a paso, la verdad de las cosas, inseparable de la íntima y cambiante percepción que nosotros mismos tenemos de esas cosas y que creamos a lo largo del trabajo. En Cosechas y Siembras se encuentran inicios de reflexión sobre el rigor, especialmente en la sección "Rigor y rigor" (CyS I n^o 26), y en la nota "Deseo y rigor" (CyS III, n^o 121).

[628] Para la lista de esos dieciocho mutantes, véase el comienzo de la sección "Los mutantes (5): el abanico de mutantes – o diversidad y grandeza" (n^o 112).

"columnas" las diez cuestiones clave que acabo de enumerar. He puesto el signo + en la casilla de intersección de una línea y una columna cuando la relación de tal mutante con tal cuestión me parece "positiva"[629], o también (según mis propias luces) que va en el sentido "escatológico" de la evolución de la sociedad humana *después* de la Mutación; es decir, cuando me parece de acuerdo con los designios de Dios. He puesto un +? en los casos en que ese carácter positivo me parece que suscita ciertas reservas[630], y por el contrario he puesto ++ cuando ese carácter está afirmado hasta tal punto y me parece que tiene una importancia tal en la existencia del interesado, que ese aspecto parece realmente inseparable de su misión.

He elaborado esa tabla en contra de cierta reticencia, al darme buena cuenta de hasta qué punto ese tipo de supuesta "representación matemática" de una realidad infinitamente más delicada es no sólo grosera, sino incluso cuestionable en su mismo espíritu, y puede inducir a error. Por eso prefiero abstenerme aquí de incluir esa tabla. Se parece inquietantemente a una tabla de (buenas o malas) "notas", ¡y tiene todo el aire de hacerme recaer en el famoso síndrome del maestro de escuela[631]! Y sin embargo, por grosero y $^{\diamond}$cuestionable que sea, tengo la impresión de que esa tabla me es útil para resaltar y precisar un poco ese sentimiento algo vago de una "diversidad" extrema de opciones y de direcciones de atención entre mis mutantes. Así, para cada uno de ellos, el número de signos + en las casillas que forman la correspondiente línea, y entre éstas, el número de casos ++, da una idea de lo que pudiera llamarse la "longitud" o la "amplitud" de su visión o (refiriéndose sobre todo a los signos ++) de su misión.

N 604

Entre todos mis mutantes, el que tiene con mucho la visión y la misión más vastas es *Carpenter*: su relación con *cada una* de esas diez "cuestiones" consideradas me parece positiva, y en cinco de ellas[632] como "muy positiva" ++. A buena distancia de él, Neill, después Freud y Félix, después Gandhi, Steiner, Guruji forman parte de los mutantes de "visión amplia", y a buena distancia de éstos, Riemann, Kropotkine, Solvic, Krishnamurti, Darwin, Râmakrishna forman parte de los de "visión estrecha"[633].

[629] En el resto de la frase intento (de manera necesariamente sumaria y aproximada) evocar el sentido que aquí doy al término "positivo". La continuación de la reflexión aclarará ese sentido mejor que una explicaciones teóricas. Se sobrentiende que una relación "positiva" con la rúbrica "guerra" es, para mí, una actitud de rechazo más o menos incondicional de la guerra (¡y no un asentimiento o una aceptación de la guerra!). Por lo mismo, en la reflexión que sigue me veré llevado a mirar como "positiva" la relación de Neill con la religión, o la de Gandhi con la ciencia, mientras que en uno y otro caso las actitudes de estos dos hombres son críticas hasta el punto de rayar en un rechazo puro y simple. Pero en ambos casos, contrariamente a la actitud de muchos otros mutantes vis a vis de "la religión" o de "la ciencia", la suya se sigue de una visión penetrante y justa de algunos aspectos importantes, al menos, de la realidad designada por los términos de "religión" y "ciencia".

[630] hay cinco casos de un signo +?: la relación de Bucke y la de Gandhi al conocimiento de sí, las de Kropotkine a las rúbricas "cultura" y "educación", y en fin la de Krishnamurti a la "educación".

[631] De conformidad con ese síndrome (que en mi caso no hay que demostrar), no he podido evitar, para establecer una especie de "clasificación" sumaria (véase más abajo), hacer la suma del número de signos + que hay en cada línea (¡como otras tantas "notas" dadas a los diferentes mutantes!), o en cada columna (como otras tantas "notas" dadas, también, a las diferentes "rúbricas"). En esos "totales", el signo ++ cuenta por dos – pero excepcionalmente he puesto un signo +++ en el caso de la relación de Solvic con la guerra. En fin, he contado por $\frac{1}{2}$ los casos marcados con un +?. Pido indulgencia al lector por estos pequeños juegos de matemático-maestro de escuela, a los que hay que guardarse mucho de dar ningún valor "objetivo".

[632] Se trata de las cinco rúbricas "sexo" (¡que en Carpenter bien merecería un +++ como "guerra" en Solvic! "religión", "cultura", "escatología", "justicia".

[633] Más de un lector se sorprenderá, y quizás le choque, ver calificada aquí de "estrecha" la visión o la visión de alguno de estos grandes hombres, cuya "visión" le parece en cambio muy vasta, y sin duda con razón. Yo mismo no puedo impedir una reacción análoga, ¡viéndome calificar de "estrecha" la visión de un hombre como Riemann! Pero se ha de recordar que la noción de "estrechez" o de "amplitud" (aquí de una visión o de una misión), igual que cualquier otra noción, no tiene sentido absoluto, sino que depende del punto de vista bajo el que se mira la cosa. Lo que es de una vastedad más allá de toda palabra en cierta óptica, parece ínfimo desde otra. Así (hablando con conocimiento de causa) puedo decir que "la matemática" (y a fortiori "la ciencia") es de una extensión, de una riqueza infinita, inagotable – cuando se la mira desde el interior. Cuando se la mira desde el exterior, como expresando un cierto aspecto de las cosas que nos encontramos en el Universo, y un cierto modo de aproximación y conocimiento de esas cosas, parece ínfima. Ínfima, pero no irrisoria – ínfima, pero sin embargo

Al examinar una a una las diversas columnas de la tabla, uno puede hacerse una idea de en qué medida una u otra de esas diez cuestiones planteadas, desde "sexo" hasta "ciencia nueva" (o "ciencia espiritual"), se encuentra *grosso modo* privilegiada o, al contrario, descuidada por una mayoría de mis mutantes, en el conjunto de esas diez cuestiones claves que me han llamado la atención. La columna "cultura" es la que gana: entre mis dieciocho mutantes, son muchos (doce) los que son sensibles a la enfermedad de la civilización, y además, para un buen número (ocho) de ellos me parece que una crítica vigorosa y más o menos penetrante de

N 605

la civilización actual forma parte de su misión. Dicha ◊rúbrica "cultura" es seguida muy de cerca por "religión" y "ciencia", lo que significa que me parece que muchos de mis mutantes tienen una "dimensión religiosa" bien notoria, igual que los que son o bien ellos mismos sabios o científicos, o que al menos saben apreciar los aspectos positivos (incluyendo el plano espiritual) del espíritu científico, tal y como se ha desarrollado desde hace algunos siglos. Esas tres rúbricas "cultura", "religión", "ciencia" están claramente en cabeza, seguidas a buena distancia por la rúbrica "sexo", y "escatología", ella misma seguida a buena distancia también por "guerra", rúbrica que marca el comienzo de la "cola" del cortejo de las cuestiones. Esa cola, formada pues por aspectos generalmente descuidados (por mis mutantes) en la aventura humana colectiva, comporta las rúbricas "guerra", "educación", después (ex aequo) las dos rúbricas "justicia" y "conocimiento de sí", y en fin (¡al final!) la "ciencia espiritual" (que, en principio,implica el "conocimiento de sí").

Hoy quisiera comentar las rúbricas "religión" y "ciencia", y las rúbricas estrechamente ligadas "cultura" y "ciencia espiritual"[634].

Los mutantes en los que percibo una dimensión religiosa que impregna toda su existencia son:

Hahnemann, *Whitman*, Riemann, *Râmakrishna*, *Bucke*, *Carpenter*, Steiner, Gandhi, *Teilhard*, *Guruji*, *Légaut*.

Entre ellos, he marcado en itálica aquellos en que ese aspecto de su persona me parece formar parte integrante de su misión. (Lo que se indica con un signo ++ en la correspondiente casilla de la tabla.)

Sólo en

Kropotkine y Félix

constato una actitud de rechazo más o menos completo no sólo de las instituciones religiosas,

N 606

sino también del sentimiento y del "hecho" religioso[635]. ◊Ven en las religiones instituidas, tanto hoy como en su forma arcaica desde la noche de los tiempos, una especie de vasta estafa colectiva montada por la casta de los sacerdotes (expresamente constituida para este fin), y en el sentimiento religioso un desolador vestigio de supersticiones ancestrales, destinadas a ser disipadas por las luces de la razón triunfante. De todas formas eso no llega ni en uno ni en otro hasta una hostilidad automática, y aún menos a una malevolencia, vis a vis de las personas de religión (sacerdotes etc.), o de las que tienen una vida religiosa. Simplemente tienen una cierta condescendencia tolerante con ese tipo de aberración todavía tan frecuente ¡ay![636] entre

necesaria e imborrable, en la textura del Universo.

[634]Hay que dejar aparte el caso de Solvic. Por todo lo que sé de él, pude presumirse que sólo tiene relación "positiva" con la rúbrica "guerra". Por eso voy a excluirle de la discusión en la presente nota y en la siguiente nota, que se referirán pues a los otros diecisiete mutantes.

[635]Como se verá más abajo, convendría añadirles Krishnamurti. Pero el "estilo" del rechazo krishnamurtiano, y las razones que invoca para fundamentarlo, son muy diferentes de las que se encuentran en Kropotkine y en Félix.

[636]La actitud que estoy describiendo es bastante común en los medios ateos y más aún en los medios anarcos o "izquierdistas". Con todo lo exagerada e irreal que sea, se ha instaurado como reacción contra el despotismo religioso de las Iglesias, que éstas están lejos, aún hoy, de haber admitido y por eso mismo superado. Para mí está fuera de duda que esa reacción fue sana al principio, tanto en Kropotkine como en Félix, como en los medios

los hombres cuyo desarrollo mental todavía permanece, al menos parcialmente, en el estado prelógico del hombre de las cavernas...

Quedan por examinar los casos de

Darwin, Freud, Neill, Krishnamurti.

Tengo la impresión de que *Freud* se mantiene vis a vis del hecho religioso en una especie de prudente neutralidad, y que incluso en su fuero interno, no tenía claro el lugar que tenía o debería tener en su propia existencia la fe judaica de sus padres y de sus ancestros judíos. La actitud de *Neill* es más tajante. Repudió sin ningún vestigio de reserva interior (me parece) la
N 607 atmósfera religiosa castrante (calvinista) que ◊había rodeado su infancia. Esa durísima traba, que él mismo tuvo que quitarse penosamente, le inspira una crítica incisiva y pertinente de los perjuicios de la educación religiosa corriente. Pero no más que en Freud, su sentimiento de malestar, y a veces de repulsión, vis a vis de las formas muertas y fosilizadas de la religión (casi las únicas que aún sobreviven en nuestros días y que tienen una existencia o una caución institucionales) no llega hasta hacerle despreciar *toda* forma de sentimiento religioso como signo de superstición, o de una debilidad o una enfermedad del alma. Más aún, llega hasta soñar una "religión del futuro" que sería totalmente diferente de todo lo que ha conocido de las religiones que han existido hasta hoy[637]. En lo esencial, no me parece en contradicción con ninguno de los once "espirituales" antes citados, y estaría claramente más cerca de ellos, y de una forma más solidamente fundada y menos ambigua, que su predecesor Freud.

Por lo que sé, *Darwin* era un "ateo de buena ley", como se llevaba y se daba más o menos por descontado en su tiempo en los medios de "sabios ilustrados". A la vez se insertaba sin roce alguno en la sociedad puritana ambiente, donde la religión era parte de los "intangibles" culturales. En el fondo, y sin querer decírselo en claro, debía pensar que la religión, eso era una especie de superstición, buena para el hombre común e incluso indispensable para el mantenimiento de las instituciones y las costumbres; estilo "¡¿a dónde llegaríamos...?!", y no se planteaba otras cuestiones. Darwin era naturalista, y si como tal se interesaba en la expresión de emociones en los animales y en el hombre, el alma humana (suponiendo que realmente exista algo de ese tipo...) ¡bien debía ser la última de sus preocupaciones!

¿Y Krishnamurti? Por extraño que pueda parecer, en ese hombre de ademanes y gustos aristocráticos que, durante medio siglo, fue el favorito de todo un público "espiritualizante" que se renovaba sin cesar, se encuentra una actitud muy cercana a la de los viejos luchadores anarcos Kropotkine y Félix: un rechazo en bloque e incondicional de toda forma de institución, de enseñanza o de (supuesta) experiencia religiosa. (Con la única excepción sin embargo, hay que recordarlo, de las enseñanzas y experiencias que emanaban de su propia persona, promovida al rango único de Enseñante...) Sólo la motivación del rechazo y el vocabulario empleado son diferentes. En vez de superstición y de una conjura de sacerdotes destilando a puerta cer-
N 608 rada un maquiavélico "opio del pueblo", esta vez se ◊trata (de manera más plausible y menos

que representan, y que tuvo un papel histórico útil que jugar. Pero hace dos o tres decenios que el péndulo de la historia ha alcanzado el punto extremo en su movimiento "antireligión", y ya ha desandado camino. Es tiempo de llegar al fin a una visión más matizada del hecho religioso.

Compárese esta situación con la de alguna manera inversa, ejemplificada por la actitud "anticiencia" de Guruji (examinada más abajo), igualmente exagerada e irreal, y que reposa sobre una igual ignorancia de la naturaleza propia de la cosa rechazada (aquí "la ciencia", mientras que antes era "la religión"). La reacción "anticiencia" también es "sana" por naturaleza, y además ahora va en el "sentido de la historia" (quiero decir: en el sentido de la evolución humana). Pero (como subrayaré más abajo), si se impusiera en esa forma exagerada fundada en la ignorancia, no tardaría en desembocar en una vuelta a los peores excesos del despotismo religioso de antaño.

Pero volviendo a la actitud antireligión de Kropotkine y de Félix, la descripción sumaria que doy de ella retoma, más o menos, la que ya he esbozado en otra parte sobre mis propias disposiciones antes de los dieciséis años. Véase al respecto la sección "Dios por la sana razón – o la cascada de las maravillas" (n^o 30), y especialmente la página 94.

[637] Véase al respecto la nota "Neill y el pecado original – o el mito como mensaje" (n^o 90), especialmente las páginas N 330 – N 331.

grosera desde el punto de vista psicológico) del deseo de ilusión del "yo" ávido de seguridad (que encuentra en la adhesión incondicional a las supuestas "verdades reveladas"), o del ansia de autoengrandecimiento a través de supuestas "experiencias religiosas" más o menos inéditas[638].

En resumen, como mutantes que tienen una relación esencialmente "positiva" o "sustancial" con la religión, encuentro, además de los once "espirituales" citados al principio, Neill como duodécimo, mientras que sólo tres de los mutantes tienen una relación claramente "negativa", una relación de rechazo incondicional, a saber

Kropotkine, Krishnamurti, Félix.

En fin, en Darwin y Freud creo ver una actitud de prudente neutralidad, que probablemente oculta profundas ambigüedades, nunca verdaderamente dilucidadas por el interesado.

Vayamos a la rúbrica "ciencia". Primero hay que notar que entre mis mutantes hay cinco sabios de buen cuño:

Hahnemann, Darwin, Riemann, Freud, Teilhard.

Para éstos "la ciencia" representa al menos un ingrediente esencial de la cultura y el patrimonio de la humanidad, y además, el trabajo científico es una parte importante, incluso la parte principal, de su vida y de su misión. hay otros seis mutantes que me parece que mantienen una "relación positiva" con la ciencia:

Whitman, Bucke, Kropotkine, Carpenter, Steiner, Légaut, Félix.

Entre éstos, hay que poner un poco aparte a *Kropotkine*, que también tiene el temperamento y la estatura del sabio en el sentido tradicional. No lo he incluido en el grupo de los cinco sabios citados, pues su misión le llevó por caminos que le alejaban de su vocación científica, hasta el punto de que su ruptura con ésta marca sin duda el momento culminante de su existencia, a
N 609 la vez que ◊la entrada en su misión[639]. Por otra parte, Bucke, Kropotkine, Carpenter, Steiner y (en menor medida) Légaut tienen en común que, sin ser "sabios" en sentido estricto, "profesional" del término, su temperamento sin embargo les lleva hacia una reflexión metódica, en la que los conocimientos científicos juegan un papel más o menos prominente, mientras que su propósito principal no es lo que comúnmente se llamaría "científico", sino más bien "humanista" o "espiritual" (como también es el caso de Teilhard, arriba citado). No obstante en *Légaut*, la parte que tiene su formación científica en su pensamiento religioso me parece particularmente mínima. Sin embargo juega un papel invisible por un espíritu de rigor que, según lo que él mismo dice, está directamente inspirado en las exigencias de honestidad intelectual tal y como todavía se estilaban en el mundo científico en el tiempo en que era un universitario[640].

Cada uno de esos cinco hombres tiene el temperamento y las cualidades del "investigador", quiero decir: del investigador científico. En cuanto a *Whitman* y *Félix* (que los encuadran por ambos lados en la lista de siete de más arriba), nada ni en su vida ni en su obra sugiere a mis ojos afinidad alguna con un enfoque algo científico. Serían más bien miembros de un "público ilustrado", de aquellos pues que tienen curiosidad y están bastante bien informados de lo que, en la ciencia de su tiempo, parece tener un impacto directo sobre la vida de la gente y sobre los destinos de la especie. El conocimiento que tienen de "la ciencia" y del trabajo científico es el de una mirada totalmente exterior, viéndola ante todo a través de sus "resultados", a los que se adhieren prácticamente sin reserva. Para ellos como para la mayoría de sus contemporáneos, la ciencia es el motor del "Progreso", se considera buena por sí misma, y ni se les ocurriría que

[638] Esa visión de Krishnamurti es sin duda válida en la gran mayoría de los casos, en el mundo moderno y en los hombres que se adhieren a un credo religioso. Pero en cuestiones de este orden, es una falta de seriedad pretender ignorar o negar los casos excepcionales. Éstos (tengo la total convicción), por rarísimos que sean, pesan infinitamente más en la "balanza espiritual" en manos de Dios, que toda la inmensa inercia espiritual de todos los "creyentes inertes" reunidos...

[639] Véase al respecto la nota "Los mutantes (3): un viento de justicia y libertad (P.A. Kropotkine y A.S. Neill)" (n^o 88), especialmente la página N 311.

[640] Recuérdese que Marcel Légaut fue profesor de universidad hasta principios de los años cuarenta.

pudiera ser diferente de la que es; lo importante, en suma, es encontrar conductores cualificados para ese coche "Progreso" grande y pesado...

Por otra parte tengo la impresión de que esa aceptación tácita de la ciencia tal y como ahora es, como el único tipo pensable de "ciencia", es común a los doce mutantes (5+7) que acabo de revisar, pero con la excepción de

Hahnemann, Riemann, Carpenter[641] y Steiner.

N 610 ◊En otros términos, esos cuatro hombres son los únicos de mis mutantes en los que creo percibir alguna intuición o presentimiento de *otra* ciencia, de una "ciencia del mañana" o "ciencia espiritual", que desde hace uno o dos siglos aguarda su nacimiento y su crecimiento. Seguramente ese nacimiento tanto tiempo pendiente ocurrirá, al fin, el día después de la gran Mutación...

Entre los cinco mutantes que todavía no han sido incluidos en esta revista-relámpago de la "rúbrica ciencia", *Râmakrishna* y *Neill* se parecen por el hecho de que son totalmente neutros, y más probablemente, no están interesados en absoluto por eventuales cuestiones "a favor" o "en contra" de la ciencia. Finalmente quedan tres mutante que se pueden considerar como resueltamente "anticiencia" (igual que antes nos habíamos encontrado tres "antireligión"), son:

Gandhi, Guruji, Krishnamurti.

Sin embargo tengo la impresión de que el rechazo de "la ciencia" por *Gandhi*, que en él va a la par con el de la moderna civilización tecnológica, no es un rechazo absoluto. Más bien, parece desprenderse de que se ha dado cuenta de que en el estado actual de las cosas, la evolución de la ciencia y de la técnica es ciega, totalmente ignorante de las prioridades esenciales. Éstas, por otra parte, sólo pueden ser vistas y comprendidas en una luz que no proviene de la ciencia ni de la técnica, ni siquiera de la razón humana. En términos sugerentes: a falta de "conductor"[642] adecuado, espiritual, del coche Progreso, el motor de dicho coche lo lleva a una carrera destructiva y, en el límite, suicida. Me parece que la actitud de Gandhi es como querer *cortar el motor*, a la espera de (al menos) encontrar o despertar en el mismo ser humano el "buen conductor". Esa tarea es para él la prioridad de las prioridades.

N 611 ◊Finalmente, me parece que la actitud de Gandhi vis a vis de la ciencia sólo es "negativa" en apariencia, y que se corresponde con una visión penetrante del justo lugar de la ciencia en la sociedad humana, y de los mortales peligros que hace correr a la especie, mientras ese lugar, un lugar de sirviente al servicio del espíritu, no le sea asignado; una visión más penetrante, seguramente, que la de casi todos los doce mutantes "prociencia" que acabamos de revisar. Entre éstos, se acercaría más a la actitud de *Steiner*, y sobre todo de *Carpenter*, que me parece cada vez más[643] como el crítico más profundo del mundo moderno y de "la civilización", el más matizado, y aquél cuyo pensamiento está más sólidamente y minuciosamente fundado.

La actitud de *Guruji*, probablemente inspirada en la de Gandhi, es mucho menos matizada. Para él, "la Ciencia" es casi la encarnación por excelencia del "Mal", y en todo caso el principal

[641] Hasta ahora sólo he tenido en mis manos una parte muy limitada de la considerable obra de Edward Carpenter, y sería abusivo pretender que en lo que hasta el presente he leído, he encontrado señales verdaderamente convincentes de esa "intuición o presentimiento de *otra* ciencia", de la que se habla en la siguiente frase. El "en otros términos" con el que la encadeno es pues ¡un poco abusivo! Es una simple presunción por mi parte (¡sólo se presta a los ricos!) que Carpenter llegó a tener ya cierta idea de la "ciencia del mañana"...

[642] Como mostrará el resto del párrafo, no entiendo aquí el término "conductor" en el sentido político o sociológico de un hombre. o una clase social, que detentaría el poder de decisión en una sociedad dada, sino en el sentido psíquico de la instancia instaurada como dirigente en la psique de cada ser humano.

[643] Últimamente he recibido de Londres un valioso paquete, enviado por la librería "Gay's the Word", que contiene una pila de libros usados de Carpenter, en viejas ediciones agotadas desde hace mucho. He comenzado a leer "Pagan and Christian Creeds: their Origin and Meaning", que es una reflexión de conjunto sobre el "hecho religioso", desde una perspectiva a la vez evolucionista y "escatológica". He visto lo suficiente para darme cuenta de que es exactamente el libro que buscaba, y justamente el tipo de reflexión que me proponía realizar a partir de cero, si no conseguía encontrar el libro "que necesitaba". Es decir, ¡mi cotización de Carpenter sigue al alza! Ese libro apareció en 1920, cuando Carpenter tenía 76 años. Es pues una obra del atardecer de su vida, en que recoge el fruto de la experiencia y de las reflexiones de toda una existencia, entre las más vastas y más singulares que haya habido...

responsable de los males del mundo moderno. A sus ojos, el espíritu científico encarna "la *duda*" (¡la gran bestia negra de los espirituales[644]!), que opone como debe ser a la *fe* religiosa (que se presenta como bien soberano...). Considera a Darwin como una especie de teórico maquiavélico, y casi como el gran responsable, de la "ley de la jungla" en la sociedad humana, que Guruji opone con razón a la "ley del respeto" enseñada por el Buda y (parece ser...) por las religiones en general. Esa exagerada actitud de Guruji vis a vis de la ciencia me parece que apareció al final, en reacción directa al shock causado por Hiroshima: hacía falta un "responsable" exterior, y "la Ciencia" fue desde entonces (con ayuda de la enseñanza de Gandhi) el gran culpable hecho a medida[645].

N 612 ◊Tal reacción contra "la Ciencia" en bloque seguramente es sana, pues sacude y pone en cuestión la sumisión aduladora a los valores profesados en el nombre de la ciencia y el progreso. Pero hay que decir que los clichés "anticiencia", aunque son menos corrientes, no son por eso más verdaderos ni menos "clichés" que las simplezas prociencia que nos llenan las orejas desde hace uno o dos siglos.

Pero hay más. Esa actitud que hace del pensamiento científico una especie de encarnación del Maligno, la noto muy cercana al rechazo puro y simple de cosas tan esenciales para el hombre como la curiosidad intelectual, el mero sentido común y la sana razón – al menos desde el momento en que curiosidad, sentido común y razón se enfrentan a cosas que con razón o sin ella tales "autoridades" han decretado como "espirituales" o "sagradas". Pero bien sé que Dios, que ha juzgado bueno insuflar en nuestra alma la sed de conocer, y le ha proporcionado el sentido común y las facultades racionales, no teme ni objeta que hagamos pleno uso de ellas y tan lejos como nos puedan llevar, sea para conocer Sus obras, o para conocerLe – aunque sea poniéndoLe en duda[646]. La duda animada por una sed de conocer conduce con más seguridad a Él que una

N 613 supuesta "fe" en verdades reveladas, cuando ésta no es más que cobertura o ◊colchón (garantizado) de una pereza y una abdicación espirituales e intelectuales. Si tal actitud anticiencia y antirazón llegase algún día a ser general (¡Dios no lo quiera!), eso sería el retorno triunfal del oscurantismo de la Edad Media cristiana, con su innumerable cortejo de aberraciones y de crímenes – el retorno despotismo asfixiante y débil de supuestas "autoridades religiosas" sobre el espíritu humano[647]. Por ese ávido e infantil despotismo de antaño, y por su mediocridad

[644]Véase la nota "Los clichés del espiritual (2): ¡alto! a la duda y la seguridad" (n^o 52).

[645]No quiero negar aquí la responsabilidad de "la ciencia", y más exactamente de los científicos, en los males que aquejan a nuestra civilización, entre los que Hiroshima y las armas de destrucción masiva no son los menores. Por su egoísmo y su inconsciencia, los científicos en general tienen gran parte de responsabilidad, y no tengo ninguna duda de que cada uno de nosotros, cuando llegue la hora, tendremos cuentas que rendir por nuestra parte. Dicho esto, la cuestión de las responsabilidades es demasiado compleja para ser zanjada señalando con el dedo "*al*" presunto "culpable". La responsabilidad la veo prácticamente por doquier. Está en la aceptación, por egoísmo, por inercia, por pereza espiritual, de lo que es inaceptable – y bajo su respetable apariencia, consagrada por la tradición, no hay bestialidad peor, más atroz, más inaceptable, que la guerra y todo lo que la acompaña. Quien consiente la guerra, consiente Hiroshima, y el super-Hiroshima final que desde hace tiempo se prepara y al que seguramente todos nosotros tendremos derecho, si Dios no lo impide. Y cuanto más alto está situado un hombre socialmente o espiritualmente, más pesada es la responsabilidad de su consentimiento de lo bestial y lo infame. Para mí, la parte personal de Guruji en el holocausto de Hiroshima es infinitamente mayor que la del científico lambda, cuyo universo mental y espiritual está limitado por las paredes de su laboratorio. Los que empuñan espada, a espada morirán. Guruji dijo sí y amén a las armas japonesas que conquistaban Asia, y por eso mismo fue de los que trajeron Hiroshima. Y sus imprecaciones contra "la Ciencia" y contra "América" tendrían un peso y una verdad muy diferentes si, antes de señalar "al culpable" entre los demás (como todos desde siempre hemos aprendido a hacer demasiado bien), hubiera sabido reconocer ya su parte personal de responsabilidad y la de su pueblo en los males sin precedente que lo golpearon en Hiroshima y Nagasaki.

[646]Compárese con la sección "El conocimiento espiritual: no excluye, incluye y aclara" (n^o 47), especialmente las páginas 184 – 185.

[647]Esto se asocia a ciertas declaraciones de Guruji que ya me habían incomodado en su momento. Según él, una de las obcecaciones de una perniciosa ideología "individualista" sería creer que la elección de religión podría ser un "asunto personal". Pero si no es un asunto de decisión personal, sólo podría ser el de la autoridad del lugar, política o religiosa o ambas reunidas. Y eso me recuerda que, igual que su predecesor Nichiren, los esfuerzos misioneros

de hoy y de siempre, las Iglesias son tan responsables como "la Ciencia" de la espantosa desespiritualización del Mundo moderno; sí, corresponsables incluso de nefastas deformaciones en el espíritu que se ha instaurado en el mundo científico, en *reacción* justamente contra el siniestro oscurantismo de dichas Iglesias.

Los sueños proféticos y los sueños metafísicos del pasado año para mí no dejan ninguna duda de que no son esos, tal regresión a un pasado caduco y poco glorioso, los designios de Dios sobre la humanidad. Lo que nos aguarda y nos llama para ser creado, no es una mutilación de uno de los planos de la existencia humana en nombre del otro, se trate del de la carne, de la inteligencia creativa, o el de una espiritualidad creativa. No es cuestión de negar la inteligencia en nombre del Espíritu (como bien parece sugerir Guruji), ni d negar el Espíritu en nombre de la inteligencia (como quiere cierto "positivismo científico" estrecho, muy alejado del espíritu
N 614 de los grandes pioneros de la epopeya secular de la Ciencia...)[648]. Sino el de lograr, por ◊un trabajo intenso, paciente y muy a menudo a tientas, durante vidas y generaciones, un equilibrio armonioso entre esos tres planos de la existencia. Y en la vida individual de cada uno, forma parte de la principal tarea de la instancia dirigente, espiritual en el hombre (se llame "alma", o "espíritu", o "naturaleza moral del hombre", o con cualquier otro nombre...) velar por esa armonía en él mismo. Pero es cierto que tal armonía no puede instaurarse hasta que esa instancia, "el espíritu", asuma plenamente su papel dirigente, y asigne al plano que llamo "espiritual" una preeminencia absoluta respecto a los otros; pues sólo de ese plano recibimos la luz sobre los fines dignos de nuestra naturaleza humana, sobre el carácter globalmente fecundo o, por el contrario, estéril, de nuestros actos y omisiones, igual que sobre las verdaderas disposiciones de egoísmo o de verdad en las que los realizamos.

Esa necesaria preeminencia del plano "espiritual" o "moral" en la psique humana, no creo que la contestase ni uno sólo de mis mutantes, al menos no en su *substancia*, si no en su formulación. Los únicos en que tal contestación sería imaginable son *Darwin, Kropotkine, Félix*. Pero al menos en los dos últimos, para mí está muy claro que la aparente divergencia concierne más a las *palabras* y al sentido en que se emplean, que a la substancia misma de las *cosas*. Para ellos, las palabras "razón" e "inteligencia" incluyen (entre otras) regiones de la psique que se sitúan mucho más allá de lo que comúnmente es designado con esos nombres. La mejor prueba es que la existencia de esos dos hombres, que apelan ambos a la sola "razón", está tan inspirada por "el espíritu" o por "lo espiritual" como la de no importa cuál de mis otros mutantes – como no puede ser de otro modo, desde el momento en que realmente son fieles a una auténtica misión. Esa fidelidad, que distingue tal misión de las búsquedas a menudo igual de obstinadas

---

de Guruji se dirigieron primero a los representantes del poder político, empezando por la familia imperial. Para él debía estar claro que una vez ganada la familia imperial para la "verdadera fe" del Buda y de Nichiren, el resto del pueblo japonés debería seguir sus pasos – al ser la religión no un asunto "personal", sino *nacional*. Eso nos lleva a las costumbres de la Edad Media – cuando al soberano de una provincia le daba por cambiar de confesión, ¡era evidente que todo el pueblo debía seguir sus pasos! Esa no es una de las menores contradicciones de Guruji, que en otros temas tiene un sentido asombrosamente delicado y atrevido a la vez de las necesidades de la libertad en el plano espiritual. Véase al respecto la nota "Fujii Guruji (1): – o el sentido de lo esencial" (n^o 60).

[648] Podemos distinguir tres tipos de desequilibrio extremo en la relación entre los tres planos de la existencia, carnal, intelectual, espiritual:

1^o) Renegar de la carne y la inteligencia en nombre del espíritu. Es la actitud que desde siempre ha sido la de cierto oscurantismo clerical.

2^o) Renegar del ser espiritual y la carne e, en nombre de la inteligencia. Es la actitud más corriente desde hace uno o dos siglos, en los medios intelectuales que se consideran "ilustrados", y donde los estudios y el éxito a los que dan acceso son vistos como la razón de la existencia.

3^o) Renegar, o al menos ignorar o descuidar en extremo, el ser espiritual y la inteligencia, en nombre de "la carne", o, más generalmente, en nombre de las comodidades y los pequeños gustos (tanto para la "carne" como para la vanidad) de la existencia. Ésa es, más o menos, la actitud del "hombre de la calle" o del "Señor todo el mundo", en la medida en que, excepcionalmente, no forme ya parte de uno de los dos grupos anteriores (claramente menos numerosos).

N 615 del "yo" y que es la única que la hace ◊fecunda, no es ordenada ni puede ser discernida por la mera "razón" (en el sentido en que comúnmente se entiende). Se requiere una facultad de discernimiento de orden más elevado, más delicado. Si veo una carencia en esos dos hombres, que tienen en común con todos los que reivindican una visión "racionalista" de la existencia humana y de la psique, no es la falta de una dimensión espiritual en sus existencias (dimensión que, al contrario, salta a la vista – ¡espiritual!); sino más bien por una especie de "bloqueo ideológico" (cuyo origen sin duda se encuentra en reflejos antirreligiosos muy bien fundados) – un bloqueo que les impide discernir, en el interior del amplio abanico de facultades y de instancias que agrupan bajo el término "razón", regiones "superiores" de esencia diferente del resto, y que por esa razón deberían ser claramente distinguidas con un nombre propio diferente. (Como el nombre "espíritu" por el que he optado.)

Sólo me queda decir dos palabras sobre la actitud "anticiencia" en *Krishnamurti*. A decir verdad, no recuerdo haberle visto expresarse explícitamente en un sentido u otro sobre la ciencia, de tan ajena que parece a su espíritu y a sus preocupaciones. Por otra parte constato que usa sin la menor reticencia todas las comodidades de la tecnología moderna (con una predilección por los coches lujosos...), y que (fiel en eso a su gran principio de "aceptación de lo real" y de "abstención de toda elección") encuentra palabras de admiración incluso para el avión a reacción militar, cuyo estruendo agresivo desgarra, durante unos instantes, la devota quietud de una de sus conferencias de alta espiritualidad. Si no obstante lo he contado (con Gandhi – sin razón – y con Guruji) en las filas del clan "anticiencia", es a causa de sus estrepitosas tomas de posición contra el *pensamiento* en general. Recuerdo que presenta el pensamiento como una facultad o una actividad humana que siempre sería "destructiva" en el plano espiritual, lo que expresa en su lenguaje propio con fórmulas perentorias como "donde hay pensamiento, no hay amor", o:
N 616 "donde hay amor, ya no hay pensamiento"[649]. ◊En mi primer contacto con el pensamiento (!) krishnamurtiano, quedé debidamente impresionado por esas terminantes fórmulas, que parecían una especie de nuevo Evangelio (justamente algo de lo yo debía sentir entonces la necesidad...). Hoy, al igual que las fórmulas simplistas similares sobre "Dios" o cualquier clase de experiencia religiosa (aparte de la suya), me parece lo que son: los "hilos" de una especie de mistificación completamente montada, que revela su falta de "seriedad" cuando uno se toma la molestia de examinarla con un mínimo cuidado[650]. Y este hecho tan absurdo, que Krishnamurti sea aquí a la vez un apóstol "anti-religión" *y* "anti-ciencia" (e incluso "anti-pensamiento" – salvo por el pensamiento que fabrica rutilantes Cadillac...), ilustra de manera imprevista hasta que grado extremo ha llevado ese "juego idiota"[651] de tomar crudamente a contrapié, sin más, todo lo que,

[649] Como siempre, tales simplismos krishnamurtianos contienen una parte de verdad, pero deformada hasta el punto de hacerla irreconocible. Aquí sería el hecho, bien conocido por los "espirituales" desde siempre, de que el amor (en el sentido espiritual del término), y de manera más general todo lo que pertenece al plano de la realidad espiritual, *escapa* por esencia al pensamiento, al ser de un orden superior al del pensamiento. Eso no significa que sea forzosamente estéril que el pensamiento se vuelva hacia la realidad espiritual para sondearla lo mejor que pueda. Lo cierto es lo contrario. Pero ese trabajo del pensamiento no puede ser fecundo más que en la medida en que beba de una auténtica experiencia espiritual y se acompañe de una maduración espiritual, que no sabrían surgir de la mera actividad del pensamiento. Mientras el pensamiento permanezca consciente de sus límites, sin por eso olvidar su propia fuerza, que puede ser considerable, puede jugar un papel valioso, incluso indispensable en algunos (y especialmente en mí mismo), en la profundización interior

El "simplismo" krishnamurtiano consiste aquí en presentar una relación de "subordinación" (del pensamiento a la realidad espirutal, que es de esencia superior) como siendo a la vez una relación de *exclusión* mutua, de antagonismo. Ya he tenido ocasión de resaltar hasta qué punto ese a priori "antipensamiento", que tácitamente había hecho más o menos mío, fue una traba en mi propio caminar.

[650] Se habla por primera vez de esa "mistificación" krishnamurtiana, y de la totalmente semejante de Steiner, en la nota "Hermanos enfrentados – o una madrina para dos mesías" (n^o 123). Esa impresión de una mistificación se retoma y precisa en las notas posteriores (n^{o}s 125-131) consagradas a Krishnamurti, y más particularmente en la primera de ellas, "La paja y el grano (2): Krishnamurti – o degradación de una misión".

[651] Véase, sobre ese "juego idiota", la nota que acaba de ser citada, especialmente la página N 559.

a sus ojos, parece un valor establecido.

N 617 ◊(134) Los mutantes (10): la reconciliación

(1, 5 y 6 de marzo)[652] Esta reflexión sobre la relación de los mutantes con las dos "hermanas enfrentadas", la religión y la ciencia, ha sido mucho más larga de lo previsto. Cuatro días bien repletos para la reflexión de la nota anterior, ¡y sin embargo no tengo la impresión de haber terminado!

Especialmente quisiera pasar revista a aquellos de mis mutantes que, en vez de tomar partido por una u otra de las dos hermanas beligerantes[653], encuentran sitio en su corazón para una y otra y que, sin ser necesariamente ciegos a los entuertos muy reales de una y otra, jugarían un poco el papel de conciliadores. Se les encuentra pronto en mi "tabla de las misiones", como los que tienen en la línea que les corresponde, en las casillas contiguas correspondientes a las columnas "religión" y "ciencia", un signo +, incluso ++ [654].

Pero veo que esa forma de localizarlos es demasiado simplista. Entre los mutantes en cuestión *Whitman* y *Gandhi* me parecen decididamente demasiado alejados del mismo espíritu de la búsqueda científica, para ser considerados verdaderos "conciliadores"; sin contar la parcialidad tal marcada de Gandhi por la hermana Religión, que parece más bien su aliado en la querella, ¡casi lanzando aceite al fuego para atizarlo! Finalmente quedan, como verdaderos conciliadores, los siete mutantes

Hahnemann, Riemann, Bucke, Carpenter, Steiner, Teilhard, Légaut.

Una vez alineados negro sobre blanco, constato que son, exactamente, los que por sus disposiciones interiores, su particular madurez y sus temperamento son *a la vez* hombres "reli-
N 618 giosos" en el sentido fuerte y profundo del término, y "sabios en ◊el alma", cuando no lo son ya por el status social y por su profesión. Entre los diez "sabios en el alma" que cité en la nota anterior, sólo faltan Darwin, Kropotkine y Freud. Y entre los once mutantes "religiosos en el alma" que habíamos citado en otra parte (y doce si incluimos a Neill...), los que faltan son esta vez Whitman y Gandhi ya nombrados, Râmakrishna y Guruji (el gran azote de "la ciencia"...).

Al repasar una a una las existencias de los siete hombres nombrados más arriba como "conciliadores", creo que se puede decir que cada uno de ellos realiza en su persona, mucho más que una simple yuxtaposición de las dos tendencias en su naturaleza que serían ajenas la una a la otra, una íntima *armonía* entre ambas. Como ya constaté anteriormente al introducir a Riemann entre nuestros mutantes[655], en cada uno de ellos el hombre religioso y el pensador son *uno*. Y en ellos el pensador no se distancia del "sabio", incluso allí donde su pensamiento desborda con mucho por sus temas los que comúnmente es considerado como el dominio de la ciencia.

Si tengo alguna reserva que formular sobre esa radical *unidad*, sólo se refiere a uno de esos hombres: *Rudolf Steiner*. Ya me he convencido[656] de que, a falta de una verdadera fidelidad a sí mismo durante el último cuarto de siglo de su vida, no fue plenamente un "hombre religioso", ni un "hombre de ciencia". Menos aún pudo realizar la unidad de ambos en su persona. Es cierto que (semejante en eso a Teilhard de Chardin), la tarea que deliberadamente se había

[652] Continuación de la nota anterior "Los mutantes (9): los mutantes y las hermanas enfrentadas "la religión" y "la ciencia"".

[653] Nótese que cada uno de mis mutantes toma partido al menos por una *o* la otra de las dos hermanas enfrentadas, con la única excepción de Krishnamurti (¡que de todas formas está "contra"!), y Solvic (que jamás se planteó tales cuestiones...).

[654] De hecho, todas las veces es un signo + y otro ++, salvo en el caso de Gandhi y Steiner (que es +,+) y el de Teilhard (que es ++,++).

[655] Véase la nota "Los mutantes (1): el ballet de los mutantes; Hahnemann y Riemann" (n^o 85), y especialmente la página N 301.

[656] Véanse las dos notas consecutivas "Fantasmagorías de un vidente – o videncia y espiritualidad" y "Hermanos enfrentados – o una madrina para dos mesías" (n^{o}s 122, 123).

fijado era una tarea de "conciliador" (a la vez que de renovador de la ciencia de su tiempo). Y ciertamente no le faltaban dotes, dotes realmente prodigiosas, para llevar a buen fin esa gran tarea. Si fracasó, no fue a falta de energía, que era asombrosa e incluso desmesurada. Era algo muy distinto lo que le faltaba. Y si esa energía realmente fue gastada y devorada, no es en beneficio de la tarea que se había propuesto, y que no supo desposar de verdad y elevar al rango de misión...

A pesar de ese fallo del que es el único responsable, Steiner es para mí, con Hahnemann
N 619 y Riemann (y quizás con Carpenter[657]), un ◊*precursor* de la "ciencia del mañana"; de la que él creía haber realizado ya en vida, bajo el nombre de "ciencia espiritual" o "antroposofía". Por otra parte, no tengo la impresión de que Bucke, ni Teilhard, ni Légaut hayan tenido algún presentimiento consciente de la necesaria eclosión de tal ciencia nueva. Pero tal presentimiento consciente haya sido o no formulado más o menos claramente, me parece que cada uno de esos siete hombres prefigura, por esa unidad realizada en su misma persona[658], la ciencia nueva, la ciencia plenamente humana que el mundo necesita – la que responde a la vez a las dos aspiraciones profundamente implantadas en la psique humana: la aspiración espiritual, que nos hace conocer nuestra propia naturaleza y nos conduce hacia el conocimiento de Dios, y la aspiración intelectual, que nos hace conocer el Mundo exterior donde habitan nuestra alma y nuestro cuerpo[659].

N 620 ◊Finalmente ha sido una sorpresa que de mis dieciocho mutantes, cuyos nombres se me impusieron a lo largo de la reflexión sin ningún propósito deliberado de esto o aquello, haya tantos (¡casi la mitad!) que puedan ser vistos como conciliadores entre las hermanas enfrentadas, y que incluso, a un título u otro, me parezcan prefigurar la ciencia del mañana. Por aislado que esté cada uno, en medio de innumerables millones de indiferentes y de los que pasivamente han optado por la dirección en que les arrastra la inercia cultural de su medio, cada uno de ellos me parece un *jalón* portador de promesa, que nos muestra, si no un *camino* (que tendremos que

[657](6 de marzo) El "quizás" que puse para quedarme tranquilo, puede omitirse. Ayer y anteayer me tomé tiempo para leer el notable libro de Carpenter, "Civilisation – it's Cause and Cure", que recibí hace poco con otros libros de ocasión de su pluma (como "Pagan and Christian Creeds", anteriormente citado). En este libro encontramos, junto a una profunda visión del fenómeno histórico que llamamos "civilización", y una crítica aguda y llena de verbo de la ciencia en el sentido en que entendemos ese término desde hace dos o tres siglos, una asombrosa prospectiva del espíritu de la "ciencia del mañana". Sin ninguna duda, ése es también uno de los grandes libros de nuestro tiempo – caído desde hace más medio siglo en un olvido total y, estoy convencido, de lo más transitorio. Cuanto más me familiarizo con el pensamiento visionario de Carpenter, ¡más se confirma el presentimiento perentorio que expreso al final de la nota "Edward Carpenter (2): – o entierro y metamorfosis de un vivo" (n^o 97, página N 382)!

[658]Como se ha visto en el párrafo anterior, hay que poner aparte a Steiner, que *no* realiza en su persona esa unidad. Sin embargo, "prefigura la nueva ciencia" por otras razones – por los "impulsos" que le ha dado.

[659]Al evocar aquí de un tirón la aspiración humana en los planos espiritual e intelectual, me callo el plano del conocimiento *carnal* que nos llega por los sentidos, íntimamente ligado a los anteriores planos de conocimiento. En la visión profética de Carpenter de una ciencia nueva (mencionada en la penúltima nota a pie de página), esa dimensión esencial de nuestro conocimiento del Mundo no está descuidada. Al contrario, Carpenter insiste en la dimensión espiritual de la percepción sensorial, que según él está llamada a afinarse hasta el punto de que todos los sentidos se sublimen y se unan en un sentido único de percepción cósmica, de esencia espiritual. Subraya al respecto que el estado "civilizacional" de la humanidad (cuya duración se extiende varios milenios, y que ahora toca a su fin...) se distingue del estado llamado "salvaje" o "bárbaro"(!), entre muchos otros signos distintivos, por una extraordinaria *regresión* de la agudeza sensorial, que va a la par con una *ruptura* más o menos marcada con el entorno natural (que en nuestros días tiende cada vez más a desaparecer...). Según él, esa regresión no estaría destinada a ser definitiva e irremediable, simplemente sería parte de los síntomas de la "enfermedad infantil" (de nombre "civilización") que estamos pasando. Estaríamos llamados a reencontrar toda la fineza de la percepción sensorial perdida, a la vez que la conciencia de nuestros lazos con el entorno natural y el Todo Cósmico, como uno de nuestros medios esenciales y descuidados de exploración y de conocimiento del mundo, indisolublemente ligado y quizás (en última instancia) indiscernible de nuestras facultades intuitivas tanto intelectuales como espirituales. La recuperada *Unidad* del hombre del mañana, del hombre que ha superado su enfermedad infantil, consistiría en en esa indisoluble unidad entre los tres planos del conocimiento, a la vez que en la conciencia de la radical unidad del hombre individual con la humanidad y con el Cosmos.

abrir nosotros mismos durante generaciones), al menos una *dirección*: la dirección del hombre plenamente humano, y hacia una "civilización"[660] digna al fin del hombre.

(135) Los mutantes (11): los mutantes y la crisis de la civilización – o del hombre enfermo y su curación...

(1, 5 y 6 de marzo)[661] La cuestión de la reconciliación de la religión y la ciencia, incluso de su re-unión, es una de las cuestiones claves en la crisis de civilización que se intensifica de generación en generación, y que ahora se acerca al punto de explosión – y a la gran Mutación. Poner el dedo,
N 621 ◊en el hombre moderno, en esa escisión entre el sentimiento religioso y la inteligencia, entre la fe y la razón, es también poner al descubierto una de las innumerables enfermedades que corroen nuestra civilización; *la* enfermedad principal, quizás, de la que las demás se desprenden y son otros tantos signos y síntomas. Ahora quisiera pasar revista a aquellos de mis mutantes que han sentido esa profunda enfermedad – aquellos pues que, al menos, han hecho la crítica de su (de nuestro...) tiempo.

Uno esperaría que los siete hombres llamados "conciliadores" entre la fe y la razón forman parte de los que han sentido la enfermedad de la civilización, y la crisis hacia la que nos arrastra y en la que todos estamos totalmente enredados desde hace casi un siglo. Sin embargo dudaría en afirmarlo para *Riemann*, para *Bucke* y para *Teilhard*. Salvo por una reserva para Teilhard, tengo la impresión de que esos tres hombres se identificaba cada uno sin reticencia alguna con la civilización de la que se sentían formar parte. Casi parecería, al leer la obra principal de Bucke, que éste ni se había dado cuenta (no más que Whitman) del foso que se había excavado y se agrandaba entre lo que él habría llamado sin duda "la naturaleza moral" y "la naturaleza racional" del hombre. En él ese foso, visiblemente, no existía y sin duda no había existido jamás, y debía presumir que lo mismo ocurría en todo hombre cultivado. Tendería a pensar que Riemann veía más profundo, pero no tengo conocimiento de que se haya expresado al respecto. Pero debía darse buena cuenta de hasta qué punto sus propias reflexiones filosóficas (y de manera, me parece, aún más radical que más tarde las de Bucke) iban en contra de todos los reflejos adquiridos de la intelectualidad científica de su tiempo. Sin duda por eso, esos fragmentos no se encontraron entre sus papeles más que después de su muerte. Casi es un milagro que Heinrich Weber, que se ocupó de preparar la publicación del volumen de obras completas, haya tenido la inteligencia y la escrupulosa solicitud de incluir dichos fragmentos. Pero sin duda Riemann no tenía el temperamento luchador requerido para pensar en asumir el papel de crítico de su tiempo.

En cuanto a Teilhard de Chardin, seguro que veía más claramente y más dolorosamente que nadie la escisión entre la ciencia y la religión. Su gran misión, a sus propios ojos, era ponerle fin. Pero sin embargo no lo veo como un crítico de su tiempo. Más bien como un pariente cercano y lleno de buena voluntad, profundamente desolado de ver a las hermanas Religión y Ciencia en
N 622 pie de guerra, y que hace lo que puede para intentar reconciliarlas, pero sobre todo ◊sin herir la susceptibilidad de una y otra. ¡Delicada intento! Velo púdico, en todo caso, sobre todo lo que ha estado mal y sigue estando muy mal en una y otra (con lo que ciertamente pueden llenarse volúmenes pero que es mejor ignorar...): la mentira, la pusilanimidad, la estrechez sectaria, la avidez, las traiciones... – no, todo el mundo es gentil todo el mundo es muy bueno ¡lo juro! Y puesto que así es, no hay razón alguna para no reconciliarse...

Otro caso dudoso (lo he marcado en la tabla con un signo +? como debe ser) es el de *Kropotkine*. Puede decirse que fue un crítico de su tiempo, e incluso de todos los tiempos

[660] Por supuesto que aquí tomo el término "civilización" en un sentido más amplio del que generalmente se entiende, y que es el que también le da carpenter en el citado libro. (Véase la anterior nota a pie de página.) En realidad, esa "civilización digna del hombre" diferirá tanto de la que está a punto de hundirse, como ésta difiere de la sociedad llamada "primitiva" o "salvaje"...

[661] Continuación inmediata de la nota anterior "Los mutantes (10): la reconciliación". La separación en dos notas distintas se ha hecho después.

llamados "civilizados", tomando parte contra la iniquidad social y contra la explotación del pobre por el rico. También vio que las actitudes que hacen posible esa iniquidad y esa explotación son inculcadas desde la infancia por una educación ad hoc tanto de los ricos como de los pobres. Sin embargo su crítica de la educación permanece superficial. En lo esencial, creo, se limita a contestar las desigualdades entre la educación de los hijos de las clases acomodadas y los de las clases desposeídas. Sobre ese tema,con el sistema de generosas becas y todo eso tanto en el Este como en el Oeste, ¡en nuestros días tendríamos que estar plenamente satisfechos! Sin embargo hay cosas mucho más profundas que fallan, en la educación – incluyendo la que él mismo, príncipe e hijo de príncipe, había recibido. Y nunca se dio cuenta, y aún menos se desprendió, de todo lo que esa educación tenía en común con la del último de los mocosos de una chabola de su tiempo o de ahora. Tampoco he encontrado en él traza alguna de que ponga en cuestión el espíritu con el se realiza el trabajo científico, en el que tuvo parte sin reservas. Si hay que formular un reproche, es sólo que la ciencia está en manos de los ricos, es accesible sólo a los ricos, y que beneficia sobre todo a los ricos. También en este aspecto, el estado de las cosas en la URSS (donde ya no hay "ricos") tendría que satisfacerle. Y sin embargo...

Por tanto, si hago abstracción de Kropotkine, me encuentro que los mutantes "contestatarios culturales" son los diez siguientes[662]:

> Hahnemann, Carpenter, Freud, Steiner, Gandhi, Neill, Guruji, Krishnamurti, Légaut, Félix,

entre los que hay pues cuatro de los "conciliadores" ya nombrados (Hahnemann, Carpenter, Steiner, Légaut). En cada uno de esos diez hombres, la visión de las carencias de nuestra
N 623 ◊civilización me parece netamente más penetrante que la de Kropotkine, en el que en este aspecto veo más entusiasmo generoso que profundidad de visión[663].

Aparte de Freud, Neill y Félix, los otros siete "contestatarios" forman parte de los hombres "religiosos" entre los mutantes[664]. Esto se asocia al hecho de que el mal principal del mundo moderno puede verse como su *desespiritualización*[665], que se ha ido acentuando de generación en generación, y sin duda está a punto de alcanzar su punto más bajo, el deterioro más extremo[666]

[662] Como aparecerá hacia el final de la reflexión en la presente nota, conviene añadir a Solvic como undécimo "contestario".

[663] Quizás no sea inútil recordar que, dejando aparte la "contestación" en el terreno de las injusticias sociales (en el que situaba Kropotkine), y las ocasionales modas de "retorno a la naturaleza" (de las que se encuentran ecos en el citado libro de Carpenter "Civilisation..."", publicado en 1889), la "contestación cultural" era algo rarísimo antes de 1968. Era mucho menos evidente darse cuenta, digamos en el siglo pasado, hasta qué punto la civilización moderna "fallaba", que hoy en que está en el estado final de su descomposición. Entre los pensadores "revolucionarios" del siglo pasado, sólo conozco uno cuya visión crítica sobre la civilización moderna tiene a mi parecer la cualidad de profundidad que me parece que le falta a Kropotkine: es Friedrich *Engels* (1820-1895). (Dejando aparte, por supuesto, Carpenter...

[664] He contado tácitamente a Krishnamurti entre los hombres calificados de "religiosos", siendo consciente de hasta qué punto ésta es una forma de ver cuestionable. Me costaría mucho, según lo que conozco de él, decir si tuvo en vida, y sobre todo en los últimos cincuenta años, una auténtica experiencia religiosa. Tampoco está muy claro para Steiner, pero al menos en él había una actitud de respeto vis a vis del "hecho religioso" y del sentimiento religioso en los demás.

[665] Al comienzo de esta nota, sugería que la "escisión" entre el sentimiento religioso y la inteligencia, entre la fe y la razón, era "la principal enfermedad" de nuestra civilización. Pero puede considerarse que ésa es simplemente una de las maneras de captar la "desespiritualización", de la que ahora hablo como "el mal principal".

[666] Distingo la desafección de la mayoría hacia toda forma de religiosidad, de la "desespiritualización" de la que aquí hablo, aunque sin duda estén íntimamente ligadas. Para aquella (como ya hice notar en otra parte), la posición extrema del "péndulo de la historia" se alcanzó hace ya dos decenios, me parece, en los años sesenta. Pero aunque la necesidad de alguna forma de religión o de "espiritualidad" ya ha comenzado a hacerse sentir con más o menos agudeza, al menos en el seno de cierta minoría cultural, el proceso de deterioro interior todavía prosigue inexorablemente, incluso (he constatado más de una vez) en aquellos que se apegan a alguna forma de "espiritualidad". En mi reciente correspondencia y mis conversaciones telefónicas con Félix y Mati, he podido darme cuenta que también él, y su mujer Mati, sienten ese creciente deterioro de las mentalidades, esa erosión

Así no es asombroso que los más sensibles sean los "espirituales". Añadiría al respecto que
N 624 las taras ◊que perciben los "no-espirituales" Freud, Neill y Félix son, ellas también, más bien carencias en el plano espiritual (aunque no les darían ese nombre), que en la posesión y el correcto uso de las facultades meramente racionales. Sospecho que un examen más detallado de las visiones de esos diez hombres sobre el "problema de la civilización" mostraría que realmente es ahí, en una constatación de esa carencia esencial en el plano que llamo "espiritual", donde se encuentra el principal punto de contacto entre ellos.

No se trata de hacer aquí ese "examen más detallado" de la aportación de esos hombres a dicho problema de la civilización, y me limitaré simplemente a algunos comentarios. Tengo la impresión de cada uno de ellos, por su particular óptica, aporta una contribución que no se encuentra en ninguno de los otros. La única excepción, tal vez, se encuentre en el enfoque de Légaut, que me parece completamente cubierto por el, mucho más amplio en este aspecto, de su predecesor Carpenter[667].

La óptica de *Hahnemann* es ante todo la del *médico*, constatando la incuria pretenciosa y brutal, la ausencia de todo sentimiento de compasión y a menudo de simple decencia y de honestidad, en la profesión médica que había elegido, y esforzándose con todo su corazón y toda su inteligencia en remediarlo. Pone su atención ante todo en las necesidades del cuerpo, poniendo gran cuidado, sin embargo (muy por delante en eso incluso de la medicina de nuestro tiempo, ¡dos siglos más tarde!), de no disociarlas de las de la psique y del alma. La óptica de *Freud* también es una óptica de médico, pero pone su atención principal en la psique y en las carencias (aparentemente irremediables en lo esencial) que parecen debidas a su misma estructura y a sus inveterados modos de funcionamiento. El pesimismo radical de Freud me parece que es el "precio" que paga por su lucidez, lo que es decir también por su fidelidad a sí mismo. Es en esa lucidez, en esa fidelidad frente y contra todos, donde reside su singular grandeza, de esencia espiritual. Mientras excluía de su visión del Mundo y de sí mismo la iluminación diferente que
N 625 proviene de ◊la invisible presencia de una realidad espiritual, su misma fidelidad le encerraba en ese pesimismo, del que (no más que un Marcel Légaut medio siglo más tarde[668]) no intentó evadirse. Se lo reprocharán, sobre todo los que son ciegos a esa auténtica grandeza, los que nunca han encontrado (ni siquiera a través de la brecha que él ha abierto...) la profundidad de la mirada ni el coraje para ver lo que él se atrevió a ver, solo, y a enfrentarse sin esquivar ni trampear...

Gandhi llegó sin duda mucho más lejos que ninguno de los otros mutantes en el rechazo de la civilización técnica y de sus embriagadoras comodidades. Tal vez, dejando aparte a Carpenter, haya percibido mejor que ningún otro mutante el exorbitante precio de dichas "comodidades" – hasta qué punto la carrera a la que nos lleva esta civilización es destructiva de lo más valioso que hay en el hombre. *Guruji* hizo suya esa visión de Gandhi, sin duda de manera menos matizada, más radical. En revancha, al final de su vida, supo superar la ambigüedad fundamental de Gandhi vis a vis de la guerra. En los últimos cuarenta años de su vida, se convirtió en un apóstol incondicional contra el cáncer de la violencia militar. En eso su misión y su crítica cultural se parecen a la de Carpenter. Por otra parte, tiene una dimensión de *urgencia* única entre los mutantes, pues sólo él ve claramente el órdago (que se le había escapado, me parece,

---

hasta en el simple sentimiento de decencia, hasta en los reflejos elementales de honestidad en la gente, aunque no soñarían en calificarlo de deterioro "espiritual".

[667] Por supuesto que aquí sólo considero los aspectos *críticos* de un pensamiento sobre nuestra civilización, en los que Carpenter llega mucho más profundo, cubriendo un terreno considerablemente más amplio, que Légaut. En cambio, es evidente que en el nivel "positivo" de un camino y un pensamiento religioso, frutos de una experiencia religiosa no menos original en Légaut que la de Carpenter y en muchos aspectos totalmente diferente, la aportación d Légaut no está "cubierta" por la de Carpenter ni la de nadie. Es única, e irremplazable.

[668] Como recordaré más abajo, sin eludir ese "pesimismo fundamental", Marcel Légaut consigue sin embargo, a un nivel más profundo y más esencial que el del mero pensamiento, trascenderle con una alegre fortaleza a toda prueba...

incluso a Gandhi): ahora, hay que cambiar – o perecer (en un inimaginable holocausto nuclear)...

La óptica de *Neill* y la de *Félix* es, ante todo, la del *educador*. Forman parte de los que han visto claramente que la educación hace las veces de "matriz" para moldear el espíritu de una civilización. Y es ahí, seguramente, donde se encuentra su aportación principal, irreemplazable – uno y otro perciben con extrema agudeza ciertas carencias en la educación, y le ponen remedio cada uno a su manera, en su propio campo de acción. Ya he resaltado suficientemente en otra parte la asombrosa complementariedad de sus respectivas aportaciones[669], como para que sea necesario volver sobre ello aquí.

N 626 ◊Nos volvemos a encontrar aquí uno junto al otro los dos "hermanos enfrentados", *Steiner* y *Krishnamurti*. Sus aportaciones al problema de la civilización me parecen de naturaleza muy diferente. Al nivel de una simple crítica de la civilización, la visión de Steiner es muy parcelaria y, me parece, bastante superficial. Comparte sin reservas la mayoría de los clichés culturales de su tiempo, excepto los que dan en la adulación incondicional de la ciencia. Y si contesta el espíritu de la ciencia de su tiempo, propiamente hablando no es desde una óptica espiritual (como es el caso de Carpenter, y en menor medida de Légaut), sino más bien intelectual: deplora sólo cierta estrechez de miras de la visión científica oficial, y desearía que no excluyese los fenómenos que parecen ser de naturaleza "inmaterial". Nada en común con la crítica en Carpenter del conocimiento científico y del espíritu que lo preside, crítica mucho más penetrante y radical[670] Así, veo la aportación de Steiner no en su enfoque crítico, que es relativamente anodino, sino en sus contribuciones positivas, que son otros tantos *arranques* hacia una "ciencia del mañana"[671] Al revés que Steiner, Krishnamurti ignora totalmente todo lo que se relacione poco o mucho con "la ciencia", a falta del menor interés en informarse sobre ella. (Los laboriosos estudios-prestigio sufridos en su adolescencia extirparon en él toda traza de sana curiosidad...) Su aportación es ante todo *crítica*: como ya subrayé en otra parte[672], fue un gran desmistificador de algunos de los principales clichés que corren por el mundo moderno, tanto en los medios llamados "intelectuales" como en los que anuncian "espiritualidad". Pero, ávido de sustituir con mistificaciones de su cosecha las que había tomado como blanco de sus críticas, no más que su hermano competidor Steiner, no supo encarnar en su persona un esbozo del hombre nuevo.

Y en fin, quedan *Carpenter* y *Légaut*, cuyas misiones, ya lo hemos visto[673], son muy parecidas. Desde la óptica del "problema de la civilización", veo aparecer dos nuevos aspectos comunes en sus misiones. Por una parte, uno y otro insisten en la importancia de un *equilibrio*

N 627 ◊entre la actividad intelectual o artística, y los trabajos manuales y actividades al aire libre que permitan una expansión del cuerpo y de los sentidos en paralelo al ejercicio de las facultades intelectuales[674]. Por otra parte, tienen en común con Guruji que su mirada sobre la civilización moderna está incluida en una visión "escatológica" del fin último de la aventura humana. En Guruji, esa visión del "fin" está empañada por un suspense, una duda: ¿cambiará el hombre, se comprometerá al fin en la *vía del respeto* enseñada por el Buda – o perecerá sin remisión por la violencia que ha desencadenado? Ese elemento de incertidumbre quizás sea "cultural", puesto que la fe budista conoce la ley del karma, la de las causas y efectos que ligan las realidades espirituales, pero no conoce a Dios y sus Designios, ni la Gracia. En Légaut por el contrario, la esperanza escatológica, sentida como imposible y locura, y sin embargo sostenida y confirmada (en voz baja y discreta...) por una experiencia espiritual que prosigue (con sus tiempos débiles y sus tiempos fuertes) y se renueva a lo largo de toda una vida de fidelidad a sí mismo – esa

[669] Véase la nota "Félix Carrasquer (4): libertad-Summerhill y libertad-Vallespir-Monzón" (n^o 106).

[670] Véase al respecto una nota al pie de la página N 618.

[671] Véase la nota "La paja y el grano (1): R. Steiner y la ciencia del mañana" (n^o 124).

[672] Véase la nota "La paja y el grano (3): Krishnamurti – un balance" (n^o 126), especialmente la página N 570.

[673] Véase la nota "Tiempo de muletas y tiempo de caminar" (n^o 75).

[674] En este aspecto la visión de Carpenter va mucho más lejos que la de Légaut. Véase una nota al pie de la página N 619.

esperanza resuelve ese pesimismo radical[675] en una armonía casi "contra natura" – una armonía "impensable", inesperada (y sin embargo llamada en secreto...) – en la clara y serena armonía de la fe en lo invisible y en la insondable acción creativa de la Gracia, que sin cesar apoya y milagrosamente perfecciona la obra espiritual del hombre...

Carpenter decidió desprenderse de las duras restricciones impuestas por la pertenencia a una Iglesia y por la aceptación de su Ley[676]. Así, la clase de tensiones interiores, en apariencia sin salida, que marcaron (parece ser) la vida de Légaut hasta el atardecer de su vida[677], se
N 628 resolvieron en ◊Carpenter cuando aún estaba en la treintena. Le quedaba medio siglo de vida – cincuenta años de una riqueza y una fecundidad extraordinarias, ¡como muy pocas existencias humanas han conocido! Ésa es, sin duda, la razón por la que su visión del Mundo y de los destinos humanos está exenta de todo pesimismo igual que de toda incertidumbre, como los que marcan la visión de Légaut o de Guruji[678]. Hay en él una especie de irradiante seguridad, cuya fuente, sin ninguna duda, es la iluminación que tuvo a los treinta y seis años. Según su propio testimonio, esa experiencia, y las enseñanzas que ésta no pudo dejar de inspirarle, fecundaron toda su posterior existencia. Sin duda que su seguridad escatológica le viene de ahí, por *revelación* directa – igual que en mi caso (pero a una edad mucho más avanzada). Mientras que según todas las apariencias, nada de eso le fue concedido a Guruji, ni a Légaut.

Durante la reflexión anterior me ha venido la idea de que habría que contar, entre los "contestatarios culturales", a *Solvic*, que había creído conveniente excluir de la discusión en las dos notas anteriores (sobre la relación de los mutantes con la religión y la ciencia). Es verdad que por lo que sé y con toda probabilidad, nunca hubo en Solvic una reflexión sobre la cultura de su tiempo, y aún menos un mensaje escrito que atestigüe tal reflexión, que hubiera podido ejercer una acción más o menos visible en otros, en un círculo más o menos extenso, como fue el caso de cada uno de los diez hombres a los que he pasado revista. Pero hay otras formas de
N 629 expresar ◊una "contestación", digamos, o un distanciamiento, un rechazo radical, que no son la actividad del pensamiento que reflexiona y de sus modos de expresión consagrados, como la palabra hablada o la escritura. Es cierto que por lo que sabemos, el rechazo de Solvic se refiere a un único aspecto del delirio cultural – el *delirio guerrero*. Es el más atroz, el más demencial de todos. Y sin embargo es uno en que la apatía de la mayoría, incluso de mis mutantes, es la más total, una apatía que (al menos para mí) supera toda comprensión... La erupción a cielo abierto de toda la bestialidad, de toda la ignominia humana tanto tiempo drenada y acumulada hasta el punto de ruptura, como en un inmenso e innombrable absceso interno, en el alma profundamente

[675] Ese "pesimismo radical" de Légaut me parece cercano al de Freud (evocado más arriba), y procede de una misma lucidez rigurosa. Como pesimismo "trascendido", es evocado por primera vez en la nota "Teilhard y Légaut – o la problemática Parusía" (n^o 87), especialmente la página N 308.

[676] Véanse al respecto las indicaciones biográficas que doy en la citada nota n^o 75, especialmente la página N 259.

[677] Esa circunstancia particular, esas "imposibilidades" en las que Légaut, por fidelidad a su singular vía, eligió dejarse encerrar de alguna manera, me parece que son la fuente psíquica de su extraña noción de "*carencia de ser*" – una de las que pone en la base de su visión de la vida espiritual. (En el mismo plano, casi, que la "fe en sí" y la fidelidad...) Pienso volver sobre este punto en una nota posterior, consagrada a la misión de Légaut.

[678] Ese "pesimismo" en Légaut, esa "incertidumbre" (o ese "suspense") en Guruji, están confinados sin embargo a la regiones superficiales de la psique, las que están directamente sometidas a la actividad del pensamiento. No hay duda de que en las capas más profundas tienen la misma total fortaleza que Carpenter, enraizada en un mismo conocimiento informulado, cuya fuente está más allá del pensamiento. En uno y en otro e igual que en Carpenter, esa alegre fortaleza se exterioriza por la "irradiante seguridad" que voy a evocar en Carpenter, percibida por muchos de los que se le acercaban. En el contacto directo con Guruji, y (en un diapasón más contenido...) en ciertos pasajes de la obra de Légaut, así como en mi breve encuentro con él el año pasado, yo mismo he sentido esa irradiación interior que no es la del pensamiento. Así, conviene recordar que las diferencias que acabo de señalar entre las tonalidades de base de las visiones de Carpenter, de Guruji y de Légaut son diferencias en la "*forma*", en cierta manera, que toma en ellos una "*misma*" fe. No afectan verdaderamente a la "substancia", a la naturaleza íntima de esa fe. Ésta no tiene nada de "pesimista" o de "incierta", sino que en cada uno de ellos, más allá de toda duda, es una fuente renovada sin cesar de alegría y de admiración.

enferma de cada uno...

El *acto* con el que Solvic dice "*¡no!*" a esa manera, abyecta, de limpiar el absceso alimentándolo con torrentes e hinchándolo para que reviente – ese acto es infinitamente más total, infinitamente más completo de lo que pueda ser ningún pensamiento, ninguna reflexión, ninguna palabra escrita o hablada. Tal acto, como la muerte plenamente aceptada de Jesús, supera todos los libros que han sido o serán escritos jamás. En este contexto, aparece además bajo la iluminación de un acto de rechazo, de negación. Pero ésa no es su verdadera naturaleza, o sólo es una parte ínfima. Es un *acto de fidelidad* total a lo que de mejor hay en él, y a lo que de mejor hay también en ti, en mí y en cada uno de nosotros. La fidelidad hasta la muerte solitaria, ignominiosa, aceptada con calma, en la incomprensión y el desprecio de todos...

Esa fidelidad es lo *esencial* en el hombre nuevo. Todo lo demás se sigue por sí mismo, cada cosa a su tiempo. Por esa fidelidad, en nuestro siglo cobarde, sangriento, delirante, y con una perfección que supera toda expresión, Solvic encarna desde ahora al hombre del mañana. El hombre al fin *curado* de esa enfermedad infantil penosa y tenaz, sin duda necesaria, a la que hemos dado el pomposo nombre de "Civilización".

N 630

◊(136) Los mutantes (12): los mutantes y la gran esperanza

(8-11 de marzo)[679] En la reflexión de la nota anterior, he notado de pasada la tonalidad "escatológica" en la visión de la civilización moderna en Carpenter, Guruji y Légaut. Viendo con mayor o menor agudeza y de manera más o menos englobante o parcial la enfermedad del Mundo moderno, cada uno de ellos sobrentiende que esa enfermedad habrá de ser superada por una profunda transformación del *hombre mismo*, y que sólo así podrá ser superada. Más aún, el sentido mismo de la historia de la humanidad, y el sentido del estado "civilizacional" por el que ha pasado y que está a punto de tocar a su fin[680], es contribuir a preparar esa transformación del hombre, en su relación consigo mismo, con la sociedad humana vista en la dimensión de la humanidad entera, y con la gran Fraternidad de todos los seres vivos y del Cosmos.

En cuanto a la manera en que se realice esa transformación, su duración, y cuándo y en qué forma quizás se inicie, un día, bajo la forma aguda y súbita de alguna "Parusía"..., ninguno de esos tres hombres ni, creo, ni alma viviente hasta hoy en día, ¡se atrevería a querer predecirlo! Pero en Carpenter y en Guruji la nota de *urgencia*, el sentimiento de que es totalmente necesario que esa transformación comience muy *pronto*, so pena de que la enfermedad sea fatal – ese sentimiento decididamente es muy claro. Ciertamente más claro, más apremiante aún en Guruji, a la siniestra luz de la explosión de Hiroshima. Pero desde los años 80 del siglo pasado, en la luz repentina y penetrante que le llegaba de su iluminación (en 1881), Carpenter creía en la llegada de un tiempo nuevo muy cercano – el reino de lo que, igual que Whitman, llamaba con el nombre, entonces rico de resonancias profundas y de esperanza, de "*Democracia*"[681]. Y se notan disposiciones muy similares de fortaleza alegre, jubilosa en Whitman, en la primera edición de sus "Hojas de Hierba" (en 1855), y sobre todo en la larga y notable Introducción

N 631

que abre ese folleto[682]. El sentimiento de fuerza cósmica, de visión ◊sin límites del hombre nuevo que acababa de nacer en él le llenaba de una seguridad tan exuberante, que casi creía que "al mayor de los poetas" le bastaría, recién salido del cascarón, darse a conocer a América, la Bienamada, ¡para que el gran Cambio de los Tiempos se desencadene por sí mismo! Que esa exultante seguridad no era simple euforia, un fuego de paja sin mañana, sino un fuego poderoso e indestructible surgido de las profundidades, lo demuestra sin posibilidad de duda el testimonio

[679] Continuación de la nota anterior, "Los mutantes (11): los mutantes y la crisis de la civilización – o del hombre enfermo y su curación".

[680] De todas formas no en la visión de Légaut, como voy a recordar más abajo.

[681] Me extiendo un poco sobre el sentido de esa palabra "Democracia" en la pluma de Carpenter, en la nota "Edward Carpenter (1) – o la mirada infantil" (n^o 96), especialmente en una nota al pie de la página N 368.

[682] Hablo de esa Introducción a las "Hojas..." en la nota "Walt Whitman (1) – o boda de un poeta" (n^o 76), especialmente las páginas N 267 – N 269, y en la nota "Walt Whitman (3) – o predilección y visión" (n^o 80).

de su vida en los treinta y siete años que aún le fueron concedidos. Y no fue de otro modo para Carpenter veintiséis años más tarde, después de su iluminación y durante los siguientes cuarenta y ocho años de su vida. No más en él que en Whitman, ni siquiera que en su gran predecesor Jesús, la profundidad visionaria de la mirada ni los mayores favores del Cielo ponen al hombre al abrigo del error (y especialmente de los errores de fecha...[683]), ni de los rodeos, del sufrimiento y de la muerte...

Esa fortaleza y ese ardor, que toma la forma ingenua de un optimismo jubiloso que no mitiga duda alguna, se asocian en mí (guardadas todas las proporciones) a mis propias disposiciones en los años 1971, 72, en la cresta de la ola de mis actividades sobrevivientes[684]. Sin embargo, la lección de los sucesos fue tan severa, que esa "gran esperanza" que entonces cantaba en mí, al unísono con millares de otros seres, pronto se vio noqueada e incluso, según todas las apariencias, muerta y enterrada[685]. Si no obstante terminó por renacer de sus cenizas el año pasado, no fue porque la lección de los sucesos (exteriores) haya cambiado lo más mínimo – ¡bien al contrario! Sino por haberme visto favorecido (y sólo Dios sabe por qué...) con revelaciones sin duda mucho más claras, sobre un futuro más cercano y claramente designado, que las que tuvieron Whitman, o Carpenter, e incluso (¡pues sí!) el mismo Jesús (como tú y como yo, hijo de Dios...).

En Légaut, por contra, tal sentimiento de urgencia parece totalmente ausente[686]. Como si
N 632 se hubiera guardado, muy a su pesar, de tomar nota de la ◊fiebre de los tiempos, de una morbidez aguda y galopante que, esta vez[687], se ha adueñado del planeta entero. Al leerlo, se diría que la evolución que presiente con tal fineza, con tal agudeza, se hará como en el pasado, muy despacio, a lo largo de interminables milenios y decenas de milenios; y que no ve el precipicio que se abre a nuestros pies justo delante de nosotros, al que vamos directos[688] – y que si la humanidad todavía sobrevive de hoy en cincuenta años, será por un milagro de los milagros como no ha habido ningún otro en nuestra larga y extraña historia...

Para concluir la reflexión sobre mis mutantes "en general", quisiera pasar revista rápidamente a aquellos en los que encuentro esa misma esperanza, o quizás esa misma *fe*, en una evolución oscura y profunda, que prosigue nadie sabe bien dónde ni cuándo ni cómo, y que un día próximo o lejano terminará por dar a luz, por fin, al "hombre nuevo"; el hombre libre, amoroso, creativo, el hombre que ya no será más la plaga de la Creación, sino su coronación radiante[689]. Se trata, creo, de los diez hombres siguientes:

[683] Véase, respecto al mayor "error de fecha" de la historia, error que (al menos según el testimonio de los Evangelios) parece ser cosecha del mismo Jesús, la nota "Cuando hayáis comprendido la lección – o la Gran Broma de Dios" (n^o 27).

[684] Esas actividades se evocan por primera vez, de pasada, en la sección "El viraje – o el final de un sopor" (n^o 33), y de manera más detallada en las cinco primeras secciones (n^{o}s 57-61) del capítulo VI.

[685] Véase, en el capítulo que acabo de citar, la sección "Una charrúa llamada Esperanza" (n^o 59).

[686] (23 de marzo) Realmente hay un "sentimiento de urgencia" en Légaut, pero sólo se refiere a la suerte de las Iglesias cristianas y del cristianismo, e ignora las cuestiones de mera supervivencia de la especie.

[687] Escribo "esta vez" por oposición a los numerosos episodios de finales de civilizaciones que nos narra la historia de los seis o siete últimos milenios. Vista a escala planetaria, cada una de esas civilizaciones permanecía estrechamente confinada, y sus excesos y su proceso de descomposición no ponían en peligro el equilibrio global, incluso la simple supervivencia, de toda nuestra especie.

[688] Esa misma imagen se me impuso de nuevo un poco más abajo, en relación con el mensaje de Teilhard de Chardin. Hizo *flash* ante mis ojos cientos de veces durante mis años de militancia antimilitarista y ecológico-cultural en el seno del grupo Sobrevivir y Vivir. Esto me hace pensar en un coloquio interdisciplinar que tuvo lugar hace dos o tres años (me enviaron el programa), en que doctamente se discutían las perspectivas de emigración de la especie humana "al Espacio", las cuestiones de adaptación biológica y psicológica que eso planteaba, etc., en una perspectiva futurista para el siglo veintiuno. Pero confío en que antes del año 2000, los que entonces vivan (incluyendo los participantes de dicho brillante coloquio, si es que no han caído por el gran agujero que se abre ante sus narices...) ni se creerán el grado de delirio que alcanzaron nuestros distinguidos sabios y nuestra ciencia oficial – delirio más delirante que las más delirantes aberraciones de la edad escolástica...

[689] Véase el primer intento de una reflexión sobre el "hombre nuevo" en la sección "El hombre nuevo – o la superficie y la profundidad" (n^o 61), en el citado (para mis actividades sobrevivientes) Capítulo VI.

Whitman, *Bucke*, Kropotkine, *Carpenter*, Steiner, *Teilhard*, Neill, *Guruji*, Légaut, Félix[690].

N 633 ◊Tal vez fuera más justo decir que de una forma más o menos consciente o más o menos discreta u oculta, esa esperanza o esa fe vive, sin excepción, en cada uno de mis mutantes. ¿No es, después de todo, esa gran esperanza la única que da sentido a su misión? ¿Hacia dónde remarían, si no es justamente hacia ese hombre nuevo que se busca en ellos a través de ellos? Pero a menudo esa esperanza permanece escondida, como avergonzada de sí misma de tan absurda y loca que parece, recubierta por capas más o menos pesadas o gruesas de hábitos mentales, de conformismo cultural (como en Darwin), de pesimismo materialista (como en Freud) o de pereza espiritual (como en Krishnamurti). No he percibido ninguna nota escatológica por poco explícita que sea en la vida de Hahnemann[691], ni de Râmakrishna, ni de Gandhi. En Riemann por el contrario, podemos presumir que su visión de la dinámica espiritual en la materia debía implicar para él, al menos y como algo evidente, una ascensión del hombre (y de cualquier otro ser) hacia un estado de madurez más y más elevado.

Pero el hecho de que una esperanza o una expectativa, y sobre todo cuando es de esa magnitud, se vuelva plenamente consciente y sea claramente formulada y profesada, le da una dimensión y una eficacia nuevas. Por eso creo que realmente tiene sentido poner aparte a los diez hombres arriba nombrados, para ver y comparar cómo se expresa en ellos la gran esperanza humana.

Sin embargo pondría aparte el caso de Rudolf *Steiner*. A veces se encuentran en él acentos escatológicos, especialmente cuando da a entender que su misión sería ayudar a "Occidente" a encontrarse (sin renunciar por eso a su propia herencia en favor de una espiritualidad de importación, etc...). Me siento incapaz de decidir a bote pronto en qué medida tal lenguaje es parte de una pose mesiánica sacada del habitual hocus-pocus steineriano-teósofo, y en qué medida por el contrario procede de una visión o de una esperanza auténticas. Pero a falta de una percepción lúcida del mal profundo e irremediable que corroe nuestra civilización, si hay visión escatológica, ésta (me parece) en Steiner sólo puede ser superficial y empañada por el
N 634 ◊ansia egótica. Dudo que tenga nada que enseñar al hombre de hoy, a punto de mutar.

Las visiones de los destinos humanos de Teilhard y de Légaut me parecen cercanas en esto, que una y otra se sitúan en la perspectiva exclusiva de una evolución muy lenta, que prosigue a trancas y barrancas sin grandes sacudidas ni momentos, ni sobre todo de accidentes o grandes sucesos, a lo largo de milenios, si no es de millones de años. Ciertamente está (al menos para Teilhard) la famosa Parusía tan ponderada[692]. Pero está relegada, en buena hora, a una distancia hasta tal punto descomunal (sugerida de maravilla por su famoso "punto Omega"...), ¡que es como una manera noble y erudita de decir que ya no se cree en ella! Aparte de eso, Teilhard desarrolla las perspectivas evolucionistas de la humanidad futura a golpe de volúmenes, parece ser, y con la autoridad, de gran peso en el mundo actual, que le da su innegable calidad de sabio paleontólogo, de lo más serio, de reconocido prestigio y todo eso. Sin duda por eso, aparte de las cualidades de elocuencia y de nobleza de estilo, después de su muerte su nombre y el de dicho "punto Omega" se han visto rodeados de un halo de prestigio casi religioso; el prestigio combinado, en suma, del "gran místico" (noción anticuada pero cuya cotización aumenta...) y

[690] He marcado en itálica los nombres de los mutantes en los que la dimensión "escatológica" de su mensaje me parece ser un aspecto esencial de su misión.

[691] Por supuesto, Hahnemann estaba animado por la fe de que las bárbaras prácticas médicas de su tiempo no tardarían en desaparecer, y que la medicina humana y racional que había creado ocuparía el lugar de la medicina oficial de su tiempo. Si hoy levantase la cabeza, casi un siglo y medio después de su muerte, pondría los ojos a cuadros al ver hasta qué punto, aunque las prácticas médicas hayan cambiado, el espíritu que prevalece en el ejercicio de la medicina sigue siendo tan subhumano, sin nada en común, ciertamente, con el que le animaba a él...

[692] Véase la nota "Teilhard y Légaut – o la problemática Parusía" (n^o 87).

de "la ciencia" (la de verdad de verdad, con títulos y publicaciones eruditas que la avalan...).

Pero lo que hoy da prestigio a Teilhard es también su limitación. Por su misma naturaleza, la visión científica es infinitamente demasiado estrecha para poder darnos una visión adecuada de lo que está ante nosotros y nos aguarda – de lo *esencial*, de lo que requerirá la totalidad de los medios creativos de cada uno, para que se realice entre las convulsiones y los dolores de un alumbramiento. Está infinitamente por debajo de las necesidades del momento. Y eso es así, aunque se le añada una auténtica experiencia mística o religiosa, cuando ésta (como fue el caso de Teilhard) incubada en un "vaso cerrado" religioso no menos aprisionante que el vaso cerrado del sabio. Dos vasos cerrados colocados uno junto al otro ¡jamás reemplazarán al día después de las borrascas salobres de alta mar! Una visión del porvenir en que el impulso del sexo es púdicamente ignorado, en que las peores abominaciones del presente (y la mortífera violencia de la guerra, y la injusticia social, no son las menores) son cortésmente eludidas, en que "el pecado" es la figura retórica habitual en el discurso religioso y en que no se ve apuntar el menor asomo de un sobrio y oh cuán urgente conocimiento de sí – tal visión, en mi humilde opinión, es una
N 635 planta de invernadero, ◊abstracta, clorótica, buena para adornar las bibliotecas y los salones.

Sin duda esa visión tiene con qué encantar al científico falto de un poco de "humanismo" e incluso (¡por qué no!) de religión, con qué entusiasmar al seminarista sediento de una bocanada de aire algo fresco en el sermoneo habitual, con qué guarnecer adecuadamente el bagaje cultural del "hombre discreto del siglo veinte". Pero ese bagaje, como cualquier otro bagaje ligero o pesado, ¡saldrá volando con la primera ráfaga de la Tempestad! Esa visión no sale al encuentro de ninguna urgencia espiritual, no escucha ni siente el crepitar de las llamas, igual que el científico, el seminarista y el hombre discreto no ven no sienten y no escuchan el cercano final. Mientras se extasían con el punto Omega al final de la eternidad, el Mundo que les rodea y su mismo ser (para más de uno) termina de pudrirse y se desploma y se consume. Con un pie ya en el vacío, ahí están a punto de hundirse, de cabeza y sin remisión, en la última Mierda...

No, aunque no vea más que Teilhard el apremiante plazo, ¡Légaut es de temple muy diferente! Como Teilhard, tenía derecho a ambas incubadoras, en la capilla y en el labo – y tuvo agallas para desprenderse de una y otra a la vez. Así su mensaje es algo muy distinto de un tímido parche en un noble lenguaje. En él se siente circular una sangre caliente y nueva. Intento generoso y tenaz, muchas veces a tientas a fuerza de querer ser riguroso, de una nueva espiritualidad que buscaríamos en vano en Teilhard. ¿O soy decididamente injusto? Sin duda en Teilhard encontramos un intento que, partiendo de los sólidos valores establecidos de la santa Iglesia Católica, osa añadirles (a pesar de las amenazas de piras simbólicas) los no menos sólidos valores establecidos de la nueva Iglesia Científica, dirigiendo una nueva mirada sobre la vieja teoría darwiniana de la Evolución (que buena falta le hacía). Sin duda eso era, en el aburrido invierno milenario eclesiástico, como la señal que precede a un primer narciso de las nieves, aportando una tímida nota de esperanza entre nieves sombrías y grises que parecen eternas.

Légaut por el contrario, ¡ya es el ímpetu generoso de la primavera! Es, después de un pesado sueño de hielo de casi dos mil años, la poderosa renovación de la vida que rebrota. La espiritualidad que se "inventa" y que vive y testimonia en el atardecer de su vida con la fuerza
N 636 de una primavera, no es la de ayer, no es para dentro de un millón de años, ni de mil ◊años o de cien años. Es de hoy y para hoy – un nuevo inicio. Por esa cualidad de renovación, de nuevo inicio, de inventiva creadora – por el paso solitario, atrevido y circunspecto a la vez, sobre un ningún pie humano ha hollado antes que nosotros – por eso esta espiritualidad de hoy, esta atrevida aventura de hoy, lleva ya en sí la plenitud de la espiritualidad del mañana. Por eso prefigura ya hoy los días cercanos y los días lejanos, y los días muy lejanos de nuestra Gloria prometida.

Por esa plenitud de vida en la existencia de Légaut, le siento muy cercano, otra vez, de su gran predecesor Edward Carpenter (al que sin duda nunca conoció, ni de nombre). Cercano también, a la vez, de los predecesores inmediatos de éste, Whitman y Bucke. Si se separa de esos

tres hombres es sobre todo, creo, por su decisión de permanecer fiel a su Iglesia, de "llevarla" toda su vida, como una pesada cruz. ¡Y no hay que asombrarse de que su paso sea más pesado! Y sin embargo, en esa cruz libremente llevada, encontró una singular riqueza, que nadie antes de él había sabido encontrar...

Pero ahora quisiera detenerme un poco en estos tres hombres con misiones profundamente relacionadas,

Whitman, Bucke, Carpenter.

Dejando aparte sus lazos de amistad y de afinidad espiritual, también se parecen (y se distinguen, creo, de mis otros mutantes) en esto, que en ellos la gran Esperanza toma, de entrada, más bien la forma de una íntima seguridad, de un *conocimiento* inalienable. Esa tonalidad común claramente *no* es una mera cuestión de influencia directa que hubiese pasado de Whitman a unos "discípulos" que piadosamente retoman el mensaje del Maestro. Más bien, brota de una fuente común, infinitamente más allá de toda "influencia" humana. Se trata de "iluminaciones" que fueron concedidas a cada uno de esos tres hombres, y que ya he evocado más de una vez[693],
N 637 pues ◊ese momento, en la vida de cada uno de ellos, fue capital: el nacimiento en ellos del hombre nuevo, y con él, de la nueva visión. Fue a la luz de revelación fulgurante, radiante, inexpresable, como cada uno de esos tres hombres "*conoció*" su misión, más profundamente y más totalmente, seguramente, que si Dios en persona hubiese venido a explicársela con palabras claras y explícitas. Dios, ciertamente, realmente "vino" entonces, y se manifestó a cada uno de ellos, y de una manera que éste es el único, con Dios, en saber[694]. Pero Su Palabra no fue palabra audible o escrita, sino fluidas vibraciones de luz amorosa, que baña y atraviesa y lava el interior y anima todas las cosas...

Esas Siembras de Dios en el alma de cada uno de esos tres hombres, acogidas en el terreno de una vida secretamente transfigurada, germinaron en ricas, en magníficas mieses. Y la visión vasta y luminosa de los destinos humanos que nació de ellas no es el menor de sus frutos. Lo que en esos agraciados hermanos es visión directa, íntimo e irrecusable conocimiento, ¡que nos sirva a todos de alimento para la inmensa, la impensable Esperanza! Que nos inspire a todos y cada uno en la gran Aventura que nos llama (con voz muy apremiante y muy baja...) – ¡una aventura digna de ellos y de nosotros! Y digna de Aquél que vive en lo más profundo y que llama...

En la visión de los destinos humanos de Whitman a Bucke y a Carpenter, percibo una llamativa *progresión* en la agudeza, la extensión subterránea, la profundidad. Esto sin duda está directamente ligado al hecho de tanto en Bucke como en Carpenter, uno y otro nutridos e inspirados por la visión generosa y poderosa de su mentor, hubo un trabajo de *reflexión*
N 638 sistemático, paciente, obstinado, conforme a sus predisposiciones de *pensadores* más ◊que de poetas; el tipo de trabajo que siempre estuvo ausente, creo, en la vida de Whitman. Poeta

[693] Se habla por primera vez de ellas desde el primer párrafo de la nota "Richard Maurice Bucke – o el apóstol de la *otra* realidad" (n^o 74), páginas N 247 – N 248. En esos tres hombres, la iluminación se produce hacia la misma edad de 35, 36 años. El más elemental sentido común psicológico demuestra que ese momento en la vida de cada uno de esos hombres, momento crucial y fecundo más allá de las palabras, no tiene nada en común con los fenómenos de sugestión o de autosugestión. Por otra parte esas iluminaciones se presentan de forma totalmente diferente en esos tres hombres, según lo que conocemos. No hay que excluir, por contra, que la profunda acción ejercida sobre Bucke, y más tarde sobre Carpenter, por la lectura de la obra de Whitman, haya jugado (como el mismo Bucke presume) un papel en la aparición de la visión iluminativa. Conforme al ambiente cultural de su tiempo, los interesados no estaban inclinados, parece ser, a ver en ese suceso extraordinario en su vida la acción de una *intención* ("divina") sobre ellos, sino más bien el resultado del juego de ciertas fuerzas cósmicas o espirituales, más o menos impersonales. Pero a la luz de mi propia experiencia de la Acción de Dios en mí, la presencia activa de una intención de Dios, que se concretiza en Actos de Dios irrecusables,no tiene para mí ninguna duda.

[694] En el caso de Bucke y de Carpenter, Dios se manifestó (según la expresión de Bucke) como una "Presencia amorosa", pero de una manera que Lo hacía percibir como un Ser transpersonal más que personal. Era una especie de "percepción inmediata", directa, muy intensa de Dios, muy diferente pues de la manera en que Dios se me dio a conocer en los sueños, personificado bajo los rostros más diversos...)Véanse también los comentarios en la anterior nota a pie de página).

y visionario y hombre intensamente y plenamente *vivo*, sin ser él mismo un pensador, estaba hecho para inspirar a pensadores; a los que ellos mismos estén muy vivos, hombres que vibren con los mismos vientos que él. Así él mismo fue uno de esos vientos portadores de semillas que atravesaron las existencias de Bucke y de Carpenter, y en el atardecer de su vida, la de Traubel[695]. ¡No hubiera podido soñar mejores relevos! Y si esos tres hombres, al contrario que Whitman que hoy "subsiste" por su ambigua reputación de gran poeta (en suma, ¡por una especie de malentendido!) – si hoy están más o menos sepultados en el olvido, no hay duda de que está cerca el tiempo en que los oídos sordos se abrirán. Entonces escucharán al fin la verdadera voz de Walt Whitman, igual que la de sus hermanos y herederos, que han sabido llevar más lejos que él y llevar a plena maduración el gran Mensaje de la libertad y de los destinos del hombre.

No tengo la impresión de que la visión de Whitman, tal y como surge en las "Hojas de Hierba" de 1855, para dulcificarse enseguida y madurar en los años ricos en sufrimiento de la guerra civil, se haya después matizado y profundizado por sus contactos con Bucke, con Carpenter y con Traubel, con los que sin embargo le ligaba una calurosa simpatía. ¡A cada vida le basta su afán! Por el contrario, entre los pensamientos de Bucke y de Carpenter (sólo siete años más joven), se nota un fecundo intercambio en los dos sentidos. Bucke estaba visiblemente impresionado por la profundidad de Carpenter, que sentía por instinto (creo) sin llegar nunca a seguirle. Adivinaba en él a un hombre de talla comparable al de Whitman (el cual, a sus ojos, era el hombre más grande que la "raza humana" haya producido hasta el presente...). De la obra extraordinariamente vasta que Carpenter estaba llamado a decantar en su ser, Bucke sólo conocía una parte relativamente modesta, que cita con profusión[696] en los copiosos capítulos
N 639 que le consagra en su obra mayor, "Cosmic Consciousness". ◊En cuanto a Carpenter, parece que hace suya, "como si siempre lo hubiera sabido", la visión evolucionista de Bucke de los destinos humanos, visión largamente madurada por éste en los años 90 del siglo pasado. Pero a decir verdad, al recordar ahora mi reciente lectura del libro de Carpenter, "Civilisation – it's Cause and Cure" (publicado en 1889), no puedo dejar de constatar que dicha visión de Bucke, e incluso con una amplitud y una profundidad que la superan por todas partes, está ya incluida en sus rasgos esenciales en la que a grandes trazos se esboza en ese libro capital para nuestro tiempo; una visión que debió desprenderse de las brumas en los intensos años que siguieron a la iluminación de Carpenter en 1881. Con esta nueva luz, el trabajo de Bucke parece más bien el trabajo aplicado y consciente del "buen alumno"[697], que desarrolla largo y tendido, con todo cuidado y apoyándose en una vasta cultura tanto humanística como científica, una de entre

[695] Evoco de pasada a Horace Traubel, entre los casos de iluminación cósmica revisados en el libro de Bucke "Cosmic Consciousness", en la nota "Los ancestros del hombre – o ¡en camino hacia el Reino!" (n^o 81), página N 284.

[696] Recuerdo que gracias a esas citas, que me engancharon mucho desde mi primera lectura del libro de Bucke hacia 1972, 73, es como me llamó la atención Edward Carpenter, en el que presentí un hombre llamado, quizás más que ningún otro, a "iluminar" al hombre moderno. Los libros citados por Bucke son "Towards Democracy", "Civilisation – it's Cause and Cure" y "From Adam's Peak to Elephanta". (este último libro, que aún no he tenido la fortuna de tener entre las manos, es un relato del viaje de Carpenter a la India, en 1890.)

[697] Sin embargo ése no es el tono en la citada nota sobre Bucke (n^o 74), especialmente en la página N 249, en que hablo de "visionario", de "profeta", de una *visión* que supera con mucho... la mera razón...". No tengo que retractarme de nada en esas impresiones. ¡Todo depende del punto de vista! Mirando a Bucke junto al primer sabio o filósofo celebre que pase, hay que constatar su excepcional talla, que le eleva al nivel de una auténtica y gran misión. Cuando se le mira junto a un Carpenter o un Walt Whitman, sus dimensiones parecen modestas, las del "buen alumno", incluso casi de "escolar"; y forma parte de su excepcional "talla", de la cualidad de verdad de su mirada, el que fuera el primero en percibir esa diferencia de dimensión. Además para mí está claro que no se daba cuenta de que la idea maestra de su mensaje se encontraba ya en el pequeño libro de Carpenter, "Civilisation –It's Cause and Cure", bajo una forma ciertamente menos detallada, menos explícita. Si (sin que se diera cuenta) esa idea realmente eclosionó en él con la lectura de ese libro, se puede decir que por el trabajo de maduración que se realizó en él, alrededor de esa idea como alma del gran mensaje, ésta se volvió tan "suya" como una idea puede ser "nuestra"...

el gran abanico de innovadoras ideas esbozadas en esa colección de ensayos de Carpenter, de apariencia modesta; un libro hoy más actual y más ardiente, aún más impactante (si es posible) que en el siglo pasado cuando se publicó, con su candor espontáneo, sacrílego – lanzándose con gracia y con una risa infantil al corazón de los grandes problemas de nuestro tiempo y de todos los tiempos...

Por una extraña ironía, el trabajo de Bucke, un trabajo casi de escolar en relación con los chorros creativos que se perciben en cada página de "Civilisation – it's Cause and Cure", es el que primero ha sido exhumado van a hacer veinte años (en 1969); mientras que el libro radical, profundamente innovador de Carpenter todavía permanece hoy sepultado en la ciénaga del olvido. ◊Ciertamente, como el libro de Bucke se refiere a un futuro infinitamente lejano, molesta infinitamente menos que una atrevida mirada infantil sobre los intocables Ídolos de hoy, ¡y sobre la suerte que les espera[698]! Pero no debería quejarme. ¡¿No es gracias a Bucke, y gracias a la exhumación de su trabajo paciente y amoroso, que durante los últimos meses me ha sido dado poder remontar de dicho "alumno" al "maestro"?! Así es como comencé a descubrir al hombre y al pensador que, más que ningún otro, prefigura a mis ojos y anuncia la Mutación de los Tiempos.

N 640

Si la visión de los destinos humanos en Carpenter es tan rica y tan penetrante, si a mis ojos tiene tal cualidad de inspiración *inmediata* para la vida de cada uno, "aquí y ahora", es porque brota espontáneamente de una visión no menos rica y no menos penetrante del *presente*, así como de un largo y pesado pasado del que somos los herederos; una visión nutrida por la experiencia de una vida ella misma prodigiosamente rica, intensa y plenamente vivida. Su visión de nuestros destinos es creativa, porque al nivel de un pensamiento explorador y vibrante, *uno* con el hombre y con su vida, Carpenter ha encarnado en su propia persona y con una plenitud perfecta, tal vez inigualada, su propia visión intensamente viva del "hombre nuevo", del hombre del mañana. En ninguno de los otros hombres que ahora paso en revista, ni en ningún otro ser que yo conozca, aunque cada uno aporte una tonalidad y un sonido únicos que son propios de su ser, detecto sin embargo tal plenitud, tal unidad amplia y rica entre la *visión* innovadora, un *pensamiento* a la vez infantil, atrevido y riguroso, y una *vida humana* plenamente, valientemente asumida y vivida. Allí donde cada uno de los otros me parece como un instrumento de hermosa sonoridad y bella prestancia, siento en ese hombre bendito la sutil e íntima armonía de toda una orquesta de música de cámara, de un inspirado grupo de finos músicos dedicados en cuerpo y alma a su arte y delicadamente acordes unos a otros. Y todos tenemos toda la razón para emocionarnos y estar agradecidos a un Mundo en que se puede escuchar, a veces, a los que hacen silencio y ponen el oído, tan exquisita armonía...

Entre los diez mutantes en que se ve claramente la gran esperanza en el devenir humano, he evocado en las páginas anteriores los que a mis ojos dan la impresión de "espirituales"; aquellos cuya vida, el pensamiento y la ◊percepción misma de las cosas están impregnados de una tonalidad, de una luz "religiosas". Me queda hablar todavía de *Kropotkine*, de *Neill* y de *Félix*.

N 641

Aunque sea por mi ignorancia, veo poca cosa que decir sobre ellos. Al menos, detecto afinidades evidentes entre lo que sé o adivino de la visión de los destinos humanos en esos tres hombres. En Kropotkine y en Félix, las expectativas "escatológicas" son inseparables de sus ideales libertarios, y de la convicción de que un cambio propicio en las condiciones sociales y en las estructuras de la sociedad (y especialmente en las estructuras de decisión), permitirá al fin a todos los hombres alcanzar un florecimiento hasta ahora ignorado (salvo en algunos seres excepcionales, sólo entre las clases favorecidas). Ese esperado cambio en la sociedad sería en primer lugar el final y el fruto de la lucha de las mismas clases trabajadoras, por sus derechos y

[698] Sobre dicha suerte y la visión de Carpenter sobre este tema, véase la nota "De Whitman-el-padre a Carpenter-el-hijo – o la epopeya y la Papelera del Progreso" (n^o 98).

por la instauración de una sociedad más justa. Kropotkine, con la mayoría de los revolucionarios del siglo pasado, estaba animado por la convicción, que se funde con su fe revolucionaria, de que los grandes cambios eran inminentes.

En Félix, que dispone de la perspectiva de más de medio siglo y que tuvo que sacar, le guste o no, la lección de varias revoluciones abortadas, y sobre todo de la sangrante epopeya y del fracaso de la revolución española, me parece que esas disposiciones están más matizadas. Me parece menos convencido de que dicha sociedad libre y fraternal será el resultado casi automático de una victoria armada que, al fin, se debería a las fuerzas presentes que se batirían en nombre de los "buenos" ideales políticos (digamos, los ideales libertarios). Como Neill, se da cuenta de que los inveterados hábitos de comportamiento, de pensamiento, el tipo de relación que el ser mantiene con el mundo que le rodea, con el prójimo, y con sus propios apetitos y sus impulsos egoístas siempre, siempre camuflados – impulsos de dominio, de sumisión, de apropiación... – que todo eso es mucho más complejo y elusivo, que se hunde demasiado profundamente en la psique humana (al menos en nuestro actual estado de evolución), como para poder esperar verlo transformarse como por arte de magia, sea "revolucionaria" o cualquier otra[699]. Desde esta
N 642 luz, ◊justamente, Neill y Félix vieron la importancia primordial de la educación, y por el sesgo educativo uno y otro, con las manos desnudas, atacaron el "problema de la civilización".

No obstante sin que uno y otro, creo, se hicieran ilusiones de que la mera difusión de "ideas justas" y de "buenos métodos" en este tema (no más que en el tema del poder político...) resolvería el problema y sacaría de la chistera (de la chistera, esta vez, del "educador", que ocupa el lugar del "revolucionario") el famoso "hombre nuevo" – el hombre liberado, fraternal y sin miedo, prendado de la cooperación humana y de la justicia. Pues lo que actúa, lo que crea (y también lo que se resiste...), no son las ideas y los métodos, por justos, por generosos, por geniales que sean, sino *los hombres* – los hombres *tal y como ahora son.* ¿Y dónde están pues los "hombres nuevos" en la educación, cuyo trabajo amoroso y perspicaz proporcionará esa "educación nueva" de tan candente necesidad; los que "educarán" en la libertad y para la libertad a los innumerables millones de seres que carecen de verdadera educación? ¿Y quién "educará" pues a los maestros? ¿Y dónde está entre nosotros el que, de más de una manera, no esté él mismo "en falta", el que primero no tuviera que aprender y crecer, hacer estallar las costuras de un traje estrecho, antes de ser plenamente apto para enseñar, para "educar"?

Creo que Neill, de manera más aguda que Félix, era consciente de sus propios límites y de ese dilema fundamental, en apariencia sin salida. Así su fe en el porvenir del hombre, más aún que la de Félix, me parece una "*fe desnuda*": una fe "a pesar de la evidencia", una fe que renuncia a aferrarse a "razones" razonables para justificarse. Y seguramente no es un azar que en Neill, cuyas reservas vis a vis de "la religión" no son menos fuertes ni están menos sólidamente fundadas que en Félix, bien al contrario – que en él esa "fe contra viento y marea" tiene, contra toda expectativa y como para colmo de la "irracionalidad", tonalidades *religiosas.* Y no está ahí ese hombre fundamentalmente pragmático y arreligioso, tenaz luchador con los pies en la realidad, soñando con una "religión del futuro" que sería *otra*[700], una religión que no sería como fue durante largos milenios, un instrumento de represión, sino la expresión espontánea y alegre de la *libertad*...

N 643 ◊(137) El sol es el centro – o los pensadores-mutantes

[699] Tales transformaciones de la psique son siempre la obra de *procesos creativos* (a nivel espiritual, lo que es más). Ahora bien, por su misma naturaleza, ningún proceso creativo pude ser desencadenado por causas puramente exteriores a la psique. Ocurre, ciertamente, que un choque u otro suceso exterior sea la *ocasión* que haga desencadenarse un proceso creativo por una respuesta creativa de la psique. Pero el suceso exterior jamás es causa suficiente para una creación, una transformación interior irreversible, una maduración intelectual o espiritual.

[700] Véase la nota "Neill y el pecado original – o el mito como mensaje" (n^o 90), especialmente las páginas N 330 – N 331.

(16 de marzo)[701] Hace cuatro días que no trabajo en la Llave de los Sueños, al menos no directamente. Había trabajo en el jardín, diversas mini-tareas (una vieja máquina de escribir de treinta años que he tenido ¡ay! que cambiar...), y sobre todo unos sueños "no como los demás" que requerían que los anotase y los trabajase un poco. A principios de mes, el 2 de marzo, comenzó toda una serie de sueños más claros, más destacados que casi todos los que he tenido desde hace un año. Entre ellos varios que, ya al primer vistazo, parecían sueños proféticos. ¡No es momento de dejarlos ir como si nada! Incluso creo que ahora tengo la fecha exacta del gran Día. Pero éste no es el lugar de extenderme sobre ese tema. Más bien es tiempo de retomar el hilo de mi reflexión sobre los mutantes y, si se puede, llevarla a buen fin.

Antes de dejar este tema de la metamorfosis, quisiera detenerme un poco, por turno, en las misiones de tres de mis mutantes: las de *Darwin*, de *Freud* y de *Légaut*. Ya hemos hablado de cada uno de ellos más de una vez en las páginas de La Llave de los Sueños, e incluso, de Freud y Légaut, antes de que pensase en hablar de "mutantes". De Darwin y Freud, he hablado aquí y allá como figuras bien conocidas en la historia del pensamiento, sin detenerme en explicitar por qué sus misiones me parecían importantes, desde la particular óptica, especialmente, que tengo en este libro: la de una *mutación*, el paso de un *umbral* crucial en la historia de nuestra especie. En cuanto a Marcel Légaut, el encuentro con su pensamiento el pasado mes de junio por supuesto que repercutió mucho, y casi sobre la marcha, en la escritura de La Llave de los Sueños (algo bien visible desde el capítulo III). Después he tenido numerosas ocasiones de referirme a la visión de Légaut y de explicarme, de manera a veces tácita y a veces explícita, sobre tal o cual aspecto. Ésta es una razón más, con la perspectiva de casi un año, de hacer un esbozo de conjunto de lo que ahora veo de la visión y del mensaje de Légaut, y, más particularmente, de lo que le debo.

Para cada uno de esos tres hombres, se entiende que la perspectiva que me dispongo a
N 644 trazar de sus misiones no pretende ninguna objetividad histórica ◊(suponiendo que tal cosa exista), ni tener en cuenta todos los aspectos de su obra que algunos pudieran considerar (y a menudo con razón, seguramente) como importantes. Para Darwin y Freud, además necesitaría una competencia que estoy muy lejos de tener, y que no tengo ningunas ganas de adquirir. ¡Seguramente necesitaría años! Para mí se tratará sobre todo de intentar desentrañar en grandes líneas cómo la obra de cada uno de esos hombres ha contribuido, directa o indirectamente, a mi propia visión del hombre y de su lugar en el Mundo – o de mí mismo, y de mi lugar en el mundo de los hombres y en el Universo. Sin embargo también con la intención implícita de que debe haber una relación entre ese papel de su obra en *mi* visión de las cosas, y el que puede tener en la visión de otros, ávidos como yo de comprender el Mundo y a ellos mismos, y en el conocimiento colectivo que nuestra especie tiene de ella misma, de su pasado y de sus destinos.

Los tres, Darwin, Freud y Légaut, son para mí *pensadores*: hombres que han llegado a cierta visión del Mundo, o a una visión de cierto aspecto importante del Mundo, apelando (entre otros medios a nuestra disposición) al *trabajo del pensamiento*. Entre mis mutantes, veo *ocho* que me parecen pensadores en ese sentido, en el pleno sentido del término. Son:

Darwin, Riemann, Bucke, Kropotkine, Carpenter, Freud, Teilhard, Légaut.

Nótese que no he incluido a Hahnemann, que sin embargo es un gran sabio. También es seguro que la actividad del sabio o científico consiste, en primer lugar, en un "trabajo del pensamiento". Pero, salvo casos excepcionales, el trabajo del sabio no se dirige hacia lo que pudiera llamarse una "comprensión del Mundo", para él no es el medio para formarse tal comprensión o visión. E inversamente, es raro que en un ser, su visión del Mundo, sea tosca, incluso totalmente incoherente, o muy integrada y profunda, sea el producto (aunque sólo fuera parcial) de un trabajo del pensamiento, conscientemente realizado. Ése no fue el caso de Hahnemann, creo, ni de ningún otro de los diez mutantes que no he incluido aquí entre los "pensadores". Eso no significa que en su vida esté totalmente ausente tal trabajo, ni que en alguno de ellos no haya

[701] Continuación de la nota anterior "Los mutantes (12): los mutantes y la gran esperanza – o la fe desnuda".

un pensamiento vigoroso, muy afirmado y vigoroso. Sino más bien que en la formación de ese pensamiento, o de esa mirada sobre el Mundo y de su expresión mediante el lenguaje, el trabajo del pensamiento (con el que éste, de alguna manera, sin cesar se da a luz[702] y se renueva a sí
N 645 mismo[703]) está ausente, o juega un papel meramente ◊episódico y borroso. En ellos, la fuerza que impulsa la formación y el crecimiento y el florecimiento del pensamiento (es decir, de un cierto tipo de conocimiento, y la expresión de éste por el lenguaje) se sitúa casi totalmente fuera del mismo pensamiento.

Tal me parece ser especialmente el caso de Rudolf Steiner y de Krishnamurti, que sin embargo han escrito muchos libros, y que han jugado un papel, cada uno a su manera, en la historia del pensamiento[704]. Por estas razones generalmente son considerados como "pensadores"[705], y con razón cuando ese término se toma en la acepción más laxa de "alguien que escribe libros donde hay pensamientos de su cosecha"; sobrentendiendo, eventualmente, que se trata de pensamientos sobre el Mundo o sobre la existencia humana, y de pensamientos que son nuevos, o al menos originales.

Me parece que el pensamiento de Bucke, el de Kropotkine, e incluso el de Teilhard (por supuesto haciendo abstracción de sus contribuciones propiamente científicas a la paleontología),
N 646 está esencialmente contenido en gran medida en ◊el de Carpenter, que los desborda por todas partes. Así me parece inútil volver de nuevo sobre las misiones de Bucke, Kropotkine, Teilhard. En cuanto a la visión del mismo Carpenter, por su amplitud y por su profundidad, me parece, más y más, de una dimensión global como no he encontrado en ningún otro. No se trata aquí de algo similar a una "interdisciplinariedad", a una brillante yuxtaposición de competencias e incluso de puntos de vista originales y fecundos, desde múltiples direcciones a la vez. No parte de una multiplicidad caótica, para reunirla mal que bien en una unidad que satisfaga "al espíritu" (léase: el pensamiento...). Más bien parte de una *unidad* esencial, ya "conocida" íntimamente a un nivel mucho más allá del pensamiento y de las palabras que lo expresan. Ese íntimo conocimiento de la unidad del ser en sí mismo, y de su indisoluble unidad con el Universo entero de las cosas tanto vivas como las supuestamente "inanimadas" – ése es el que, cual un *sol* ardiente en el centro último del ser (retomando sus propios términos), puede iluminar el Universo entero de las cosas visibles e invisibles con *su* luz, en una *misma* luz de mediodía que ilumina todas las cosas como en una misma mirada. Ese sol, esa divina incandescencia interior, se le manifestó a la edad de treinta y seis años (en 1881). ¡La palabra "iluminación" dice bien lo

[702] N. del T.: En francés, el pensamiento ("la pensée") es femenino.

[703] Esta imagen del pensamiento que "se da a luz a sí mismo" ("de alguna manera"), incluso en el caso extremo de un trabajo puramente intelectual como el trabajo matemático, corresponde sin duda a una aprehensión superficial de los procesos de un pensamiento creativo. La matriz fecunda que sin cesar da a luz y renueva el pensamiento formulado, a lo largo de lo que llamo "el trabajo del pensamiento", seguramente está más allá del pensamiento y del lenguaje que lo expresa, incluso más allá de la mirada del hombre (al menos en su actual estado de evolución). Pero es verdad que el trabajo del pensamiento plenamente consciente, realizado con continuidad, movido por el deseo de comprender y conducido por el rigor espontáneo que brota de ese mismo deseo – ese trabajo actúa como un poderoso estímulo para las verdaderas labores de alumbramiento de la oscura matriz donde nace el pensamiento, nadie sabe cómo...

[704] Todo lo más con la excepción de Guruji y de Solvic, sin duda puede decirse que cada uno de mis mutantes, incluyendo los que hoy siguen siendo prácticamente desconocidos, han jugado un papel en la historia del pensamiento. Han aportado algo nuevo, y valioso, a lo que puede llamarse el "pensamiento colectivo" de la humanidad. Además creo que lo mismo es igualmente cierto para todo gran escritor (sea bien conocido o permanezca prácticamente ignorado por el público).

[705] En mi lista de mutantes (en la nota "Los mutantes (5): el abanico de mutantes – o diversidad y grandeza", n^o 112), califiqué a Krishnamurti de "pensador religioso". Los otros mutantes que tuvieron derecho al apelativo de "pensador" son Carpenter, Teilhard, Légaut. Recuerdo que al escribir esa lista, yo mismo no tenía muy claro, en la rúbrica "profesión u ocupación principal", qué mutantes debía presentar como "pensador". Lo hice un poco "a ojo". Ahora, gracias a la reflexión realizada entretanto, me parece que veo las cosas más claras. Pero incluso en la reflexión del mes pasado ("Los mutantes (8): los mutantes y el conocimiento de sí mismo", nota n^o 132 del 22 de febrero, página N 596) digo, hablando de Krishnamurti y Steiner, que "sería difícil no contarlos entre los grandes pensadores de nuestro tiempo".

que debe decir! Quizás pueda decirse que los cuarenta y ocho años que le quedaban los empleó en dirigir su mirada por turno en todo acimut de la existencia humana([138]), iluminados por esa misma luz y ligados por ella al mismo centro de vida incandescente. Y realmente es una misma luz, una misma vida la que se siente latir a través de sus obras, igual que a través de su asombrosa vida, de tan prodigiosa riqueza en su "pobreza" libremente, alegremente elegida, en la estela de su iluminación.

Quizás pueda decirse que es por la manifestación más o menos deslumbrante, a través de pantallas más o menos opacas, de ese sol interior, de esa Incandescencia central, de Aquello o de Aquél que (con diapasones más discretos) se manifiesta como "el Huésped desconocido" en los trasfondos del alma – que es por *eso* y por nada más por lo que aquellos que he llamado (medio en broma) "mutantes" se distinguen del común de los mortales; difiriendo pues en eso de los que, por razones que se nos escapan (y quizás se nos escapen siempre), todavía no han "mutado", los que todavía no han manifestado al nivel de una misión realizada a lo largo de una vida, la presencia en el corazón de su ser de ese Sol ardiente común a todos los seres.

N 647 ◊En algunos "mutantes", como Whitman y Guruji, la manifestación exterior de ese ardiente sol interior quizás no sea menor que en Carpenter. Pero no conozco ninguno que como él, con tal atención amorosa, tal solicitud alegre, haya tenido cuidado de iluminar con esa luz unificante, en una misma perspectiva a la vez "cósmica" e íntimamente personal, tantas regiones de la existencia humana. Por esa cualidad particular de la misma persona de Edward Carpenter y de la visión del Mundo que su vida y su obra testimonian, me parece que más que ningún otro es como un "*Iluminador*", como un "Indicador de Dirección"[706], para los hombres de hoy, a punto de mutar. O, quizás más exactamente: para los hombres de mañana, de *después* del gran Salto – cuando de repente se encuentren como desnudos, desamparados, en un Mundo que ya no reconocerán. Antes de ese Día (del que ya no nos separan más que unos años), hay pocas probabilidades de que, salvo un número ínfimo de hombres que ya están bien despiertos, se escuche su voz. (No más de que se escuche la mía...)

Sea como fuere, este libro no es el lugar para detenerme más de lo que ya he hecho y hacerme eco o relevo de esa gran y cálida voz. (Que ya me parece más familiar, más cercana que la de ningún otro hombre de hoy...) Sin duda que en los próximos años y antes del gran Día, tendré amplia ocasión de hacerlo, en mi propio beneficio y en el de los lectores que todavía no hayan podido escucharlo directamente.

Para terminar esta breve revista preliminar de los "pensadores" entre mis mutantes, me queda decir algunas palabras sobre *Riemann*. Para lograr una comprensión incluso parcial de los lacónicos fragmentos filosóficos que ha dejado, a una comprensión que esté en relación con lo que me enseña mi propia experiencia y mi propia mirada, siento que me haría falta un trabajo considerable, que no puedo ni soñar en dedicar ahora. Por lo que puedo ver, esos pensamientos de Riemann, resúmenes lapidarios o inicios de reflexiones más pausadas de las que no quedan más trazas, no son de naturaleza que nos ilumine en el agudo estado de transformación que la humanidad está a punto de atravesar, y a enfrentarse llegado el momento a los imperativos

N 648 espirituales más urgentes. En cambio, ◊no dudo de que ya dentro de una generación o dos, las sugerencias tan intrigantes de Riemann, y especialmente aquellas sobre la naturaleza misma del pensamiento y sobre los procesos creativos, serán sondeadas con todo el ardor perseverante que requieren, y realizadas hasta su completa fructificación. ¡A cada estación los trabajos que le incumben!

(138) El Iluminador

[706] Pienso aquí en el término inglés "Way-Pointer", o alemán "Wegweiser". Se trata de alguien que indica una *dirección*, no un camino. El camino no existe todavía, ni *los* caminos. A nosotros nos toca inventarlos, desentrañarlos, trazarlos, probarlos, rectificarlos,..., a lo largo de vidas y de generaciones...

(17 y 18 de marzo)[707] Entre los "acimuts" (o las "regiones") de la existencia humana que Carpenter sondeó al vivirlos, o al explorarlos con una mirada penetrante, he podido anotar los siguientes: el *sexo*, y el mundo carnal de los sentidos y las percepciones; la *religión* y la experiencia religiosa y mística; la *ciencia*: la de los orígenes y el pasado, la de nuestro tiempo, la de mañana...; el *arte* y su relación con la vida; los *procesos creativos* en la psique y en el Cosmos, y especialmente en la Evolución; la *moral*, las costumbres y hábitos en la vida humana y animal; la *sociedad* y su evolución; los movimientos sociales y la lucha por la *justicia social* (lucha en la que él mismo estaba activamente comprometido); la defensa de la objeción de conciencia y la *lucha contra la guerra*; la crítica de los sistemas judiciales y penitenciarios y la "*defensa de los criminales*"; la *economía política*; la relación del hombre con la *tierra y el mundo animal y vegetal* (reconociendo en las prácticas de vivisección una trasgresión ignorante y bárbara de las leyes cósmicas que ligan al hombre con sus hermanos animales); relación del hombre a su *trabajo* y al producto de su trabajo, relaciones del productor con el usuario-comprador; sentido profundo del fondo común de los *grandes mitos* que encontramos a través de todas las religiones, como otros tantos aspectos de una "*religión universal*", de la que las innumerables religiones y creencias que han proliferado y proliferan en la tierra son otras tantas formas concretas diferentes, estrechamente emparentadas entre ellas; historia de la religión, y de la ciencia y el arte (nacidas de la religión en su estado original), en una visión evolucionista y escatológica del *devenir de la humanidad* y de los destinos del alma de cada uno...

N 649 ◊Tienen con qué atraer las dimensiones de esa visión profundamente *una*, y una también con la misma vida y las percepciones y emociones más íntimas del que ve (y se esfuerza en compartir su visión...). Eso no significa que no esté, como toda visión humana, sujeta también a sus propias limitaciones internas: algunas partes del vasto panorama permanecen borrosas, incluso enturbiadas, por ignorancias no claramente reconocidas, por prejuicios culturales no percibidos...

En relación a la visión de un Freud, de un Neill o de un Krishnamurti, la gran laguna en la visión de Carpenter (y también la única que he encontrado hasta ahora), es que no ha visto en la vida del hombre (en el presente estado de evolución) el proceso de la *huída*, en todo su alcance y su omnipresencia. Su visión del conflicto en la psique, de las modalidades de su insidiosa e incesante acción, permanece borrosa y superficial, igual que la de la represión (especialmente sexual) sufrida desde la infancia, y del proceso por el que la represión *crea* el mal. De manera general, me ha parecido que su conocimiento de las capas medias del Inconsciente, de la "gran Mierda" en suma (descubierta antes por Freud, al que además llega a citar), permanece más que tosco. ¡parece que apenas sospecha su existencia!

En cambio Carpenter tiene una intuición delicada y segura de las capas profundas del Inconsciente (intuición que escapa totalmente a Freud, a Neill e incluso a Krishnamurti). También tiene, sobre todo, una profunda visión del *origen de "Mal"* en la sociedad humana, y de su papel y su sentido (como una necesaria "enfermedad infantil", ¡justamente!) en la evolución de la humanidad. Carpenter es el primer y único pensador en el que he encontrado tal comprensión, que responde al interrogante sin duda más punzante que el hombre que piense se ve llevado a plantearse sobre sí mismo, y sobre el Mundo en el que vive[708]. Hace dos o tres semanas, todavía estaba en oscuridad más o menos completa sobre este tema. Ahora siento que esas tinieblas están a punto, por fin, de disiparse, después de mi lectura del libro capital "Civilisation – it's cause and Cure"[709]. Si (en la nota anterior) he llamado a Carpenter un "*Iluminador*" del Mundo moderno, ¡no era en vano!

[707] Véase la referencia a la presente nota en la nota anterior, "El Sol es el centro – o los pensadores-mutantes", página N 646.

[708] Evoco ese "interrogante" en la nota "Presencia y desprecio de Dios – o el doble enigma humano", (n^o 41), bajo el nombre de "el enigma del mal", (página N 112).

[709] Evoco esa lectura en la nota "Los mutantes (10): la reconciliación" (n^o 134), en dos notas a pie de página.

N 650 ◊(139) Darwin – o la Aventura de la especie

(24-25 de enero y 19-20 de marzo)[710] Si he incluido a *Darwin* entre "mis mutantes", es a causa de la profunda influencia que su *teoría de la Evolución* ha ejercido sobre la historia del pensamiento, y más particularmente, sobre la concepción que el hombre se hace de sí mismo, de su historia y de su lugar en el reino de lo vivo. Seguramente hay pocos hombres, en el curso de nuestra historia, que hayan ejercido una influencia de alcance comparable. En los tiempos modernos apenas veo a Freud (cuya influencia me parece más profunda y aún más crucial). Es verdad que desde el punto de vista espiritual que aquí es el mío, ese papel excepcional de Darwin no implica necesariamente que esté justificado ver en él un "mutante". No obstante, después de que me decidiera (un poco "al azar", como con Hahnemann, en un momento en que todavía no sabía casi nada de él) a incluirlo en mi lista de mutantes, me he procurado algunos libros suyos y sobre él, y he tenido así ocasión de conocer un poco mejor su obra y su persona. Quisiera ahora intentar situarlas brevemente.

Por supuesto que estoy interesado en situar su obra no en una óptica "científica" en el sentido estrecho del término (lo que además se escaparía a mi competencia), sino en una óptica "filosófica". Lo que aquí me interesa no es cierto saber más o menos técnico y especializado de un naturalista, además de geólogo y paleontólogo, sino más bien una *visión del Mundo y del hombre* en el Mundo – una visión que nos concierne a todos, y (en principio al menos) accesible a todos. En esa óptica, creo que la principal aportación de Darwin es haber hecho de la Evolución de las especies vivas en general, y de la especie humana en particular, una *realidad* ya irrecusable. Desde hace más de un siglo, esa realidad forma parte del "bagaje cultural" de toda persona por poco cultivada que sea. Y sobre todo, está presente, se quiera o no, en toda reflexión sobre el devenir humano a largo plazo, se trate de un pasado que se pierde infinitamente lejano en la noche de los tiempos, o de los destinos que nos aguardan (¡salvo contratiempos!) y que nos llaman, en un futuro no menos ahogado en brumas.

N 651 ◊Al pensar en Darwin y la Evolución, enseguida se piensa en *el Árbol de la Evolución* (también llamado "árbol filogenético") – ese "Árbol" gigantesco formado por todas las especies vegetales y animales presentes y pasadas, surgidas unas de otras a partir de un mismo tronco común que representa innumerables generaciones de especies originales de seres unicelulares; un Árbol en el que nuestra frágil y altiva especie es una de las últimas ramitas en una proliferación exuberante de tallos, ramas, ramitas y yemas que han brotado una a una y han crecido y se han ramificado hasta el infinito a lo largo de milares de millares de miles de años. Esa poderosa imagen mental del Árbol nos da además una llamativa *perspectiva* de la unidad esencial detrás de todas las formas de vida conocidas sobre la tierra, y del incesante proceso creativo de crecimiento y de transformación que actúa en esa unidad infinitamente diversa, prodigiosamente rica de lo vivo. Y el que, más allá de un "bagaje cultural" muy cerebral, haya visto y sentido plenamente esa inimaginable unidad y sin embargo ahora bien tangible, irrecusablemente real; el que comprenda que nuestra especie tal y como hoy la conocemos (y en un momento bien malo...) es, como cualquier otra en la proliferación de las innumerables especies vivas, el resultado de un larguísimo camino evolucionista, que ha proseguido durante miles de millones de años a través de un número prodigioso de momentos creativos (o "mutaciones"), a partir de la especie original más primitiva de todas, cuyos individuos, en vez de ser hombres y mujeres, se reducen cada uno a una sola célula viva (como un primer esbozo del Hombre que ya se perfilaba en el horizonte de los tiempos todavía infinitamente lejanos...) – en ése los ojos están preparados para abrirse también a la consecuencia lógica, para los tiempos aún no consumados, de esa

[710] Continuación de la nota anterior "El Iluminador". El primer borrador de la presente nota es del 24 y 25 de enero, y fue escrita durante la redacción de la nota "Los mutantes (5): el abanico de mutantes" (n^o 112), del 24-26 de enero. Entonces se trataba, de paso, de explicarme a mí mismo por qué había incluido a Darwin entre mis mutantes. En lugar de unas líneas o de una página o dos, fueron ocho páginas, así que hice una nota separada que pensaba insertar en los siguientes días. Más vale tarde que nunca...

visión de un pasado vertiginoso. Pues todo presente está llamado a ser pasado y ocupar su lugar como una *etapa* en los mismos procesos del devenir que podemos observar y contemplar en la historia pasada. La Evolución que vemos realizarse a lo largo de duraciones que confunden a la imaginación, de tanto que superan a la escala humana – ¡ese proceso creativo inmemorial no se ha detenido ni ayer ni hoy, como por encantamiento!

Incluso en este momento en que escribo estas líneas, y mientras en esta tierra germinen y crezcan los musgos y las briznas de hierba y los matorrales y los árboles y se apareen y proliferen las bestias de la tierra y de las aguas y de los aires, el Árbol de la Vida crece y brota y se despliega bajo el impulso de una misma savia que sube desde los oscuros trasfondos de la eternidad. Si hay una fuerza que actúa en el mundo de lo vivo y que con razón podemos esperar que continúa y continuará actuando para siempre jamás (mientras que pueblos e imperios y ◊religiones y continentes y las mismas especies pasan como pasa la arena bajo el viento...), ésa es la Fuerza que obra en la Evolución, es esa poderosa subida de la Savia que no ha cesado de actuar y de crear, desde el día infinitamente lejano en que la vida tímidamente se puso a germinar en el fondo de las aguas, en un planeta desnudo. Y si de una célula primitiva, de bagaje genético de lo más tosco, y a través de miríadas de formas diversas se ha ido esbozando gradualmente y se ha formado laboriosamente *el hombre* tal y como ahora lo conocemos (para lo mejor y para lo peor...), ¿en qué pues nosotros, hombres de hoy, suspendidos entre dos eternidades, en este ínfimo instante arrastrado por la incesante corriente del devenir que nos lleva hacia delante – en qué estamos llamados a nuestra vez a transformarnos?

N 652

Esta visión de la Evolución, de ese Árbol de la Vida que, abrazando toda la multitud de especies, crece y brota y se despliega desde los orígenes del Mundo Vivo y que en este mismo momento sigue creciendo y brotando en una ascensión sin fin cuyas leyes y fines se nos escapan – esta visión es la única que me importa. ¡Una visión tan simple que un niño puede comprenderla! (Y la comprenderá y hará suya mejor y con más plenitud, seguramente, que la mayoría de los adultos de este tiempo de tinieblas...) Poco importan, en el fondo, los detalles que rellenen el cuadro. Yo mismo sería incapaz de nombrar algunas de las principales etapas en el sinuoso camino de rama en rama, que lleva desde el tronco común hasta nosotros: tales esponjas o tales corales o quizás tales peces, o tal línea de mamíferos... Aún no he tenido la curiosidad, lo reconozco, de ir a buscar una obra de referencia para informarme de el estado del arte en este tema.

En los tiempos de Darwin, además, sólo se conocían pequeñas partes del Árbol, y seguramente estaban bien lejos de poder asegurar que realmente era *un sólo* Árbol, y no todo un Bosque – que sólo hay un tronco, y no dos, ¡o cien! Pero al menos, con la publicación de "El Origen de las Especies" en 1859 (cuatro años después de las "Hojas de Hierba" de Whitman...), el saque inicial estaba hecho: la Evolución era una realidad visible y tangible, presentada con un lujo de detalles impresionante. Por la lógica interna de la investigación, una vez vistas las ramas y ciertas ramificaciones que las relacionan, no podían dejar de remontarse poco a poco hasta el tronco y, con el tiempo, de desentrañar una imagen de conjunto más o menos grosera o más o menos detallada de todo el Árbol de la Vida[711].

[711] Antes del impresionante auge de la biología molecular en la segunda mitad de este siglo, el único medio conocido para determinar las filiaciones entre especies y, con eso, de trazar partes del Árbol filogenético, era el estudio de vestigios fósiles (paleontología). A base de un prodigio de ingeniosidad se logró, a lo largo de un siglo, determinar a grandes rasgos la estructura del Árbol. Ese conocimiento fue considerablemente precisado gracias a los métodos, mucho más potente en lo que restecta a las especies actualmente vivas, de la biología molecular, basada en el estudio de las relaciones de parentesco entre ciertas macromoléculas orgánicas (proteínas), que se encuentran en formas parecidas en las especies que pertenecen a un gran grupo dado, e incluso en todas. Es notable que por dos métodos totalmente diferentes, y salvo correcciones menores en el cuadro "paleontológico", se llegue a un mismo dibujo del Árbol (pero mucho más detallado con el método molecular). Su existencia ya no tiene nada de hipotético: ¡es uno de los hechos más sólidamente establecidos en las ciencias! Mientras que el "Darwinismo" en el sentido estrecho y técnico del término, como una tentativa de explicación mecanicista del proceso evolucionista, permanece como una hipótesis, y que tiene muy pocas posibilidades de ser probada alguna

N 653 ◊Los mecanismos que Darwin puso en evidencia (los de "selección natural" y de "selección sexual" especialmente), que entran en juego en la formación de especies nuevas a partir de especies antiguas, por interesantes e importantes que le parezcan al sabio naturalista, me parecen relativamente secundarios desde una óptica filosófica. Conforme al espíritu de su tiempo, y como reacción contra el secular dominio de un pensamiento religioso tiránico y mezquino, el espejismo que obsesionó a Darwin y a la mayoría de los sabios de su tiempo (e incluso de hoy, con ayuda de la inercia humana...) fue tener una "explicación" totalmente "*mecanicista*" de todos los fenómenos observables, incluyendo el proceso de la Evolución. A la manera, un poco, del funcionamiento de un reloj, mediante engranajes; sólo que un poco más delicado, pues estaba claro que las "leyes del azar" tendrían tanta voz en el capítulo como las leyes matemáticas, físico-químicas, fisiológicas, incluso psicológicas. En el siglo pasado, y en menor medida aún en nuestro siglo, ese "espejismo" (como acabo de llamarlo) fue "*fecundo*" (como también fue fecunda, en su tiempo, la igualmente imposible búsqueda de la famosa "piedra filosofal" que convertiría el plomo en oro...): condujo a los sabios a poner en evidencia mecanismos y a estudiarlos de cerca, allí donde podían, incluyendo las ciencias de la vida; mecanismos que seguramente era necesario que descubriéramos algún día, aunque sólo fuera para hacernos una idea realista, algún día, de *hasta dónde* llega exactamente el dominio de "la mecánica" (incluyendo el del azar), y dónde se sitúa exactamente el punto (si verdaderamente se puede situarlo) donde entra en el cuadro una Inteligencia y una Intención creadoras...

N 654 ◊Que sin embargo, bajo la forma simplista del credo mecanicista, es realmente un espejismo lo que se perseguía, y que había que estar ciego (si no loco de atar...) para creerlo, o para simular que se lo creía (pues no hay nadie que se lo pueda creer "verdaderamente "...), es una mera cuestión de buen sentido (o de sano instinto) filosófico. Por supuesto ni Darwin ni nadie en su sano juicio pretendería, viendo (digamos) un pintor que pinta un cuadro[712], que eso sólo es un juego puramente fortuito de mecanismos anatómicos y fisiológicos y (por el lado de la tela y el pincel) físicos y mecánicos, desplegándose al azar, o el resultado estocástico de un torbellino de átomos y electrones; que sería pues un proceso sin relación con un *propósito*, con una *intención* que estuvieran presentes en el pintor y que actuarían, en todo momento, para traducirse en su obra a medida que ésta progresa y que el mismo propósito evoluciona y madura. Los medios materiales, como la tela, los pinceles, los tubos de pintura... o los huesos, los tendones, las células nerviosas..., así como los "mecanismos" en que esos "medios" se insertan y las "leyes" que los rigen, aparecen aquí como subordinados, como *instrumentos* del propósito creativo que actúa ante nuestros ojos. Y si los cuadros (¡y hasta los peores bodrios!) que adornan nuestros apartamentos o las paredes de nuestros museos pasan por ser *creaciones*, sería difícil rehusar esa cualidad al prodigioso Retablo Viviente que es el florecimiento y la evolución de la vida sobre nuestra tierra, a partir de su estado inicial amorfo de planeta hirviente y desierto (como una tela virgen esperando el pincel del Maestro...); una Obra magistral en verdad, la Obra de las obras, de la que esas obras maestras y toda obra humana no son, después de todo, más que ¡ínfimas y esporádicas manifestaciones marginales[713]!

No más que en los detalles sobre la topografía del Árbol de la Vida, o sobre ciertos mecanismos ecológicos o moleculares que actúan en el brote y el desarrollo de sus nuevas ramas,
N 655 no estoy particularmente ◊interesado, en esta visión de la Evolución a la que el nombre de Darwin estará siempre ligado, en aclarar la parte que él mismo aportó, y lo que en su tiempo ya

vez, pues es de sentido común que es falsa (e incluso, tomada al pie de la letra, loca de atar...).

[712] Por supuesto también podría haber puesto el ejemplo de un músico componeindo o tocando música, o de un sabio desarrollando una teoría (por ejemplo el mismo Darwin escribiendo el Origen de las Especies...): o incluso, tanto da, cualquier actividad humana o animal en que la presencia de un *propósito*, el único que da sentido a esa actividad y que es su verdadera "causa" (final), es evidente para todos.

[713] Compárese esta reflexión con las realizadas en las secciones "El Creador – o el lienzo y la pasta" y "La cascada de las maravillas – o Dios por la sana razón" (n^{o}s 24, 30). La visión evolucionista también se evoca en la nota "Richard maurice Bucke – o el apóstol de la *otra* realidad" (n^o 74).

estaba más o menos "en el aire", antes de la publicación de el "Origen de las Especies"[714]. Lo que es seguro es que en el momento en que aparece esa síntesis magistral, los tiempos estaban maduros, en el mundo científico y en un gran público de "gente ilustrada", para recibirla con los brazos abiertos.

Había entonces, en el mundo intelectual, una gran fermentación de los espíritus alrededor de la idea de *transformación*. Desde hacía un siglo, ya se estaba descubriendo que nuestro buen y viejo Universo, y a cualquier nivel que se mirase, muy lejos de ser inmutable como se había creído desde siempre, por el contrario se transformaba sin parar. Todo lo que nuestros inveterados hábitos de pensamiento, y la irrisoria duración de una vida humana, nos habían presentado como fijo y sólido como la roca, de repente se ponía a moverse y a fluir, ¡cual un Río inasequible sin principio ni fin! Sobre la tierra firme y dura que habitamos, las montañas nacen, se levantan y se disgregan o se hunden para desaparecer en el mar; el mar se extiende, se ahonda, después se retrae y se seca para dar paso al desierto, conquistado a su vez por la sabana, seguida por bosques que parecen eternos como las montañas de antes. Éstos desaparecen a su vez, pulidos por los glaciares o sumergidos por las olas. Lo mismo a escala cósmica. *Kant* (1724-1804) enseñaba que el Universo entero había nacido y se ◊transformaba bajo la acción de fuerzas físicas y leyes inmutables (menos mal...) que deberíamos poder descubrir y formular. La historia mostraba el espectáculo del nacimiento, al auge, el declive y la muerte de lenguas, creencias y culturas, de pueblos e imperios. Desde *Buffon* (1707-1788), en fin, la historia natural sugería (sin atreverse a decirlo demasiado claro...) que las especies vivas también evolucionan y se transforman unas en otras, según mecanismos que permanecían misteriosos y que podíamos esperar poner en claro. Y cuando se habla de "especies", no puede dejarse de pensar en esa especie algo distinta de las demás que es la nuestra; y la Iglesia de alarmarse y mucha gente honrada de alborotarse, en nombre de las santas Escrituras, de la Religión y de la Moral...

N 656

Sí, el "Origen de las Especies" llegaba en buen momento. "Todo el mundo" sabía ya que Darwin (que entonces tenía 50 años y había tenido tiempo de dar qué hablar) tramaba algo importante. El 24 de noviembre de 1859 se publicaron 1250 ejemplares, ¡y se vendieron el mismo día! Estamos lejos, decididamente, de la acogida glacial, incluso ofendida, que tuvieron las "Hojas de Hierba" de Whitman cuatro años antes, de los que apenas se vendieron cien ejemplares en X años. Y algo muy parecido con "Hacia la Democracia" de Edward Carpenter, quince años después del gran *happening* del Origen de las Especies. No, no a todos se les concede nadar contra la gran corriente, ni ser frágiles yemas de las que brotará la rama de mañana...

Sin querer minimizar la originalidad y la poderosa visión de Darwin (o también, lo que con razón se llamaría su "genio"), no se puede sin embargo dejar de constatar que su obra y su misión consistieron mucho más en dar una expresión magistral a lo que, ya en su tiempo, fermentaba en los espíritus y requería expresión, que en lanzarse muy por delante, como pionero solitario, e intentar mal que bien después llevar a sus pesados y reticentes congéneres a esas

[714] En este tema hay que mencionar a *Lamark* (1744-1829) como precursor directo de darwin, y Alfred Russel *Wallace* (1823-1913), naturalista inglés que desarrolló (entre otras) una teoría de la selección natural independientemente de Darwin y hacia el mismo momento. Tengo la impresión, por lo poco que sé de uno y otro, que son dos sabios de una originalidad y una profundidad notables, y de una talla totalmente comparable a la de Darwin. Si para el gran público el nombre de Darwin es el que, desde hace más de un siglo, está ligado a la idea de Evolución, mientras que los de Lamark y Wallace están relegados a un relativo olvido, es sin duda porque Darwin encarna la visión mecanicista de la Evolución, que ha tenido el favor del mundo científico hasta hoy, mientras que Wallace igual que Lamark, a riesgo de ir a contracorriente de las tendencias dominantes en el mundo científico, no podían dejar de sentir, en el despliegue de la ida sobre la tierra y en la transformación de unas especies en otras, que no actuaba el juego de mecanismos ciegos, sino una fuerza creativa de naturaleza espiritual. Así, no me parece que esté totalmente excluido que en las próximas generaciones, rectificando el tiro, se asocien tanto los nombres de Lamark y de Wallace como el de Darwin al descubrimiento fundamental del hecho de la Evolución. Además fue el mismo Wallace el que dio el nombre hoy consagrado de "Darwinismo" a la teoría de la selección natural que hasta entonces se llamaba "Teoría de Darwin-Wallace", al elegirlo como título de la obra (un clásico sobre el tema) en que expone esa teoría. Las costumbres decididamente han cambiado mucho en un siglo...

nuevas tierras que fue el primero en pisar. En eso, me parece, Darwin se aparta claramente de los otros hombres en mi lista de "mutantes"[715]. Ciertamente, no faltaron feroces adversarios de sus teorías, y mucho tiempo después de su muerte los combates hacían furor. Pero incluso esos combates eran para él un signo de que su obra había dado en el blanco, una prueba aplastante de
N 657 ◊éxito y notoriedad. Rara vez una obra capital en nuestra historia fue recibida con tal ardor (en "pro" y en "contra"), rara vez un sabio recibió de sus contemporáneos un estímulo tan exaltado. Quién de nosotros, soñando una "grandeza" de la que nuestra propia vida nos parece a menudo tan desesperadamente desprovista, no soñaría cambiar su mediocre existencia por la gran, la magnífica y embriagadora aventura de un Darwin, ¡aclamado en vida como el gran Prometeo de su tiempo!

Es cierto que esos no son los efluvios que rodean la aventura espiritual, bien al contrario. Esa aventura es pesada de llevar. Nadie, por así decir, es candidato para asumirla. Si la aventura de Darwin tiene sin embargo una dimensión espiritual, es (creo) a nivel del devenir de toda nuestra especie, como un destacado episodio en un camino colectivo, y no a nivel de *su propia* aventura personal, de su propia maduración. Para ser una aventura espiritual y no sólo intelectual, le falta la doble dimensión de la *soledad* y el *riesgo*, que traspasan de parte a parte la aventura espiritual: el riesgo (en términos de razón humana) de un fracaso irremediable y, peor aún, de la vanidad de la misión – una voz solitaria que se desgañita en el desierto, una ola temeraria que se estrella contra el acantilado inerte, inmutable, altanero de la indiferencia de todos. Es en la soledad del ser, que decanta en sí mismo un conocimiento que es el único en atreverse a presentir el precio; solo frente a un mundo obtuso, impermeable, indiferente, arisco; solo frente a la voz de la duda (¡oh cuán razonable!) que viene, como un insidioso eco, a hacer coro con la indiferencia y el desprecio de todos para lo más valioso que lleva – es bajo la dolorosa tensión de ese *vacío*, estirado hasta el extremo hacia una oscura e imposible realización, donde se templa al hilo de los años y se padece a lo largo de una vida la verdadera misión – la única que tiene cualidad de obra espiritual.

Así, en la obra de Darwin veo esta aparente paradoja: marca una etapa importante en la aventura espiritual de nuestra especie, en busca a tientas del conocimiento de sí misma y de su destino, sin que por ello tenga, en la vida misma de su creador, ¡cualidad de obra espiritual! Por decirlo de otro modo: dudo que con esa obra Darwin haya madurado espiritualmente[716]. (Mientras que no hay ninguna duda de que al nivel de una comprensión intelectual del Mundo,
N 658 incluyendo una comprensión del camino de ◊su propio pensamiento y del pensamiento científico en general, Darwin ha aprendido enormemente a lo largo de su trabajo de toda una vida).

Igual que el mismo Freud (que tiene tres años cuando aparece el Origen de las Especies) hará más tarde, Darwin tiene buen cuidado de limitarse al terreno considerado sólido y seguro de la ciencia: reúne y ordena un vasto abanico de *hechos*, avanza *hipótesis* para "explicarlos", apoyadas por *argumentos* o pruebas parciales más o menos concluyentes. Al hacerlo, no ignora sin embargo que el cuadro que está trazando tiene un alcance que desborda con mucho el de una disciplina científica, feudo de un puñado de especialistas. Ha aportado materiales, ha iniciado un vasto edificio – ¡que cada uno haga con él lo que quiera! Y ya en los siguientes decenios, ciertamente no faltaron. Rara vez una teoría científica, y además una teoría muy técnica, habrá sido tan usada en todas las salsas, incluyendo y sobre todo las menos recomendables. Se ha querido ver en las "leyes" de la "lucha por la existencia" y de la "supervivencia de los más aptos" una justificación "científica" de la competitividad a ultranza, la brutalidad implacable y

[715] Conviene hacer una excepción parcial con Krishnamurti. No más que Darwin, no tuvo que abrirse camino a través de un mundo indiferente u hostil, ¡y con mucho! Por el contrario, está muy claro que las opiniones más penetrantes de Krishnamurti no estaban en modo alguno "en el aire" (y tampoco lo están hoy), como estaban las de Darwin.

[716] Véanse al respecto los breves comentarios sobre Darwin en la nota "Los mutantes (9): los mutantes y las hermanas enfrentadas" (n^o 133), página N 607.

hasta las guerras y los holocaustos, que todavía hoy son la regla y la ley en la mayoría de las sociedades humanas y los grupos humanos. Igual que en los buenos viejos tiempos, bajo el báculo de las santas Iglesias, era la sempiterna "voluntad de Dios" la que se suponía que sancionaba las innumerables iniquidades y barbaries que llenaban la sociedad, ahora que al fin estábamos a punto de superar supersticiones y beaterías (¡el Progreso no se detiene!) es la Ciencia la que debía reemplazar los oficios del buen Dios: el Darwinismo, en buena hora, ¡venía al pelo para reflotar la famosa "Ley del más fuerte" tan universalmente estimada!

Así no hay que extrañarse de que para un Fujii Guruji, cuya misión es la del respeto a todos los seres y todas las cosas, el nombre de Darwin sea sinónimo de "ley de la jungla", y encarne el aspecto profundamente maléfico del triunfo y el culto de "la Ciencia", y de un cierto espíritu que hace alarde de ese nombre y que él denuncia con razón[717]. No es el único, en mi lista de mutantes, que no ha podido dejar de enfrentarse a poco que sea con el pensamiento de Darwin
N 659 y sus consecuencias inmediatas. Así Kropotkine, inspirándose en las ideas de Darwin, ◊toma a contrapié las bienpensantes interpretaciones "junglistas" en su libro de nombre bien elocuente "La Ayuda mutua – un Factor de la Evolución". Pone en evidencia que dentro de las especies de animales superiores, la ayuda mutua es una ley de la naturaleza y un factor de evolución no menos importante que los de la competitividad, que Darwin resaltaba[718]. En muchas páginas de su hermoso libro se nota vivamente hasta qué punto el hombre de corazón (tanto y más aún que de razón) que fue Kropotkine, era sensible a la presencia silenciosa e intensamente activa de una fuerza de esencia espiritual en la vida animal. (Incluso si se guardó mucho de formular en esos términos, casi "religiosos", ese aliento de misteriosa solidaridad que tan vivamente percibía...)

Más aún que en el caso de Kropotkine, los mensajes de R.M. Bucke y de Teilhard de Chardin son casi impensables fuera del marco de referencia evolucionista proporcionado por Darwin. También Freud, y todavía más Rudolf Steiner, estaban familiarizados con el pensamiento de Darwin. Es cierto que el nombre de Darwin estaba en todos los labios en el mundo culto, en el momento en que uno y otro estudiaron y se impregnaron del espíritu de su tiempo.

En fin, Edward Carpenter, que bajo su aspecto siempre modesto y sin pretensiones tenía una cultura tanto científica como humanista impresionante por su extensión y solidez, también estaba al corriente de las ideas de su prestigioso compatriota algo mayor. (Tiene quince años cuando aparece el Origen de las Especies.) Vista su extraordinaria autonomía interior, apenas hace falta decir que no se dejó arrastrar por entusiasmo de la vanguardia científica de su tiempo por el "Darwinismo". Veía claramente hasta qué punto las tentativas de "explicaciones" mecanicistas de la Evolución yerran totalmente en lo esencial. Verdaderamente sentía "con las tripas", en este caso hay que decirlo, el extraordinario *hecho* de la Evolución, como un proceso creativo que se ha desarrollado en todo tiempo, cual un Génesis sin fin que comenzó mucho antes de la aparición de la vida orgánica sobre la tierra, cuando la materia sordamente se prepara a
N 660 recibirla y a llevarla, trabajo que ◊se sigue realizando a través de las vicisitudes de la historia de los hombres y de su largo camino hasta hoy mismo, y que nos empuja adelante hacia nuestros desconocidos destinos (inimaginablemente gloriosos) por toda la eternidad. Esa viva percepción del hecho de la Evolución, y del sentido de la unidad cósmica de la vida humana con toda vida

[717] Respecto a la actitud de Guruji frente a la ciencia en general y Darwin en particular, véase la nota citada en la anterior nota a pie de página, especialmente las páginas N 611 – N 613.

[718] Seguramente no es casualidad que Darwin, que (al contrario que su compatriota y contemporáneo Carpenter) formaba parte de la sociedad y compartía totalmente los prejuicios sociales de su tiempo, haya resaltado la competitividad como factor principal de la Evolución, en una sociedad ella misma ferozmente competitiva. Aquí se ve claramente cómo una inmadurez espiritual, una falta de autonomía interior frente a un "espíritu de los tiempos" que entonces impregnaba todas las mentalidades, repercute profundamente al nivel del trabajo científico. Aunque era un genio, espiritualmente llevaba las mismas orejeras que todos. Y tampoco es una casualidad que su teoría haya servido sobre todo (fuera de las ciencias naturales) para justificar el bárbaro orden social existente, y que su nombre esté desde hace un siglo en el zenit de la gloria, mientras que el de Carpenter, después de medio siglo ya, esté prácticamente olvidado...

vegetal y animal y la del Universo en su globalidad, están en el corazón mismo de su visión del Hombre, de su lugar y sus destinos; el "verdadero hombre", el hombre plenamente consciente de su unidad y de su naturaleza divina, que es el último punto culminante del eterno movimiento, eternamente retomado y jamás acabado de la Creación[719].

(140) Freud (1): el Inconsciente – o descubrimiento de la Casa de los Locos

(21-22 y 25-27 de marzo)[720] Hace un año todavía mis disposiciones hacia Freud eran más bien críticas. Nunca se me ocurrió, hay que decirlo, incluirlo en una reflexión, y mis impresiones sobre él eran a flor de piel. ◊Con razón o sin ella, para mí era un "valor establecido" en un tema al que yo mismo me había dedicado mucho después de 1976: el "tema" candente donde lo haya de la psique. Ese tema no tenía para mí nada de académico, un tema de "conversación interesante", ¡oh no! Tampoco era simplemente un tema de investigación, como antes la matemática, en el que hubiera invertido una curiosidad, una sed de descubrir. (Aunque esa sed estaba bien presente.) Se trataba, de entrada, de conocer*me*. E intentar "conocerse", o al menos conocerse uno mismo tanto como se pueda, en absoluto es lo mismo que conocer (digamos) la matemática, que "hacer mates", o esto o aquello[721]. Hay puntos en común, eso es un hecho. Pero en lo *esencial* difiere de cualquier otra empresa humana. ¡Y sin duda ésta es la menos solicitada de todas!

N 661

Estaba bajo el choque de una aguda crisis interior[722], en que el sentido mismo de mi vida parecía naufragar de repente. Ni en ese momento, ni en los siguientes años hasta el año pasado, se me habría ocurrido, en ese trabajo, usar o inspirarme deliberadamente de algún saber libresco, ni preocuparme de si alguien antes de mí se había dedicado a un trabajo de este género (yo no debía ser el primero...), y en tal caso, recoger los ecos. Algunos años antes había leído a Freud esporádicamente – ¡cultura obliga! Pero después, cuando pensaba en ello, me parecía tan lejano de todo lo que me enseñaba mi propia experiencia largamente meditada, comenzando por la del primer sueño (¡sueño mensajero de feliz memoria!) que me tomé la molestia de mirar[723] y por el que repentinamente mi vida se vio transformada – que era como si perteneciéramos a dos mundos totalmente diferentes. Seguramente, me decía yo, Freud siempre miró la psique desde *el exterior*,

[719] Esta visión evolucionista se presenta como en filigrana a través de todo su libro "Civilisation – it's cause and Cure" (publicado en 1889), en el que un capítulo está explícitamente consagrado a la Evolución. Carpenter se inspira en el pensamiento de *Lamark*, del que habla calurosamente, más que en el de Darwin que gozaba del favor del público en ese momento (y que lo sigue teniendo después de casi siglo y medio). Seguramente tendré que volver sobre la visión de la Evolución que Carpenter desarrolla en ese libro, sin dejarse intimidar por el hecho de que él mismo no era naturalista, y dejándose guiar por su propia experiencia de los procesos creativos en la vida humana como en la vida vegetal y animal. Espero y creo que esa visión de la Evolución, exenta de todo tecnicismo, será fuente de inspiración para las generaciones futuras, incluyendo también a los naturalistas. ¡Ya es hora de que un viento llegado de otra parte irrumpa en sus laboratorios y en sus museos! En cuanto al libro "Civilisation...", recopilación de inspiradas meditaciones sobre una enfermedad infantil llamada "Civilización", es a mis ojos (y a riesgo de que me llamen de todo...) un libro no menos capital en la historia de nuestra especie que el Origen de las Especies de Darwin. La obra de Darwin cierra de alguna manera la pasada Era (que a veces llamo, con un poco de irreverencia, "la Era del Rebaño"). La de Edward Carpenter, como las de Whitman, Freud y Neill ya prefiguran y abren la Nueva Era.

[720] la presente nota, así como las dos siguientes, pueden verse como continuación de la anterior nota sobre Darwin. Inicialmente estaban previstas como una sola nota, titulada "Sigmund Freud: tres grandes ideas". Como su longitud parecía prohibitiva, terminé por dividirla en tres notas separadas, que corresponden a las tres grandes ideas a las que hacía alusión el título inicial. La primera redacción es del 21 y 22 de marzo, la escritura en limpio del 25 y 26, y las notas a pie de página del 27.

[721] Para las relaciones entre esos dos tipos de investigación, véase la reflexión en las dos secciones "La fruta prohibida" y "La aventura solitaria" (n^{o}s 46, 47) en Cosechas y Siembras (parte I).

[722] Esa saludable crisis interior tuvo lugar en octubre de 1976. En ese momento se sitúa el episodio del descubrimiento de la meditación, y dos días más tarde, el del "reencuentro". Sobre este tema véase la subsección "La fruta prohibida (1): resistencias y sufrimiento del creador" (n^o 56, 6^o), especialmente las páginas 247 – 252.

[723] Es el sueño evocado en el primer párrafo de La Llave de los Sueños, y que desembocó, unas horas más tarde, en el "reencuentro" (con el alma) al que aludo en la anterior nota a pie de página.

como "clínico", o como "pensador"[724], y sólo vio lo que de antemano había decidido que vería
N 662 en ella. ◊Un agudo teórico, sí, que jamás había vivido una transformación interior, el repentino paso de un "umbral", de una invisible puerta candada que de repente se abre sobre todo un gran Mundo interior insospechado... Un hombre como todo el mundo, con esas monumentales orejeras que a menudo le impiden ver las cosas más simples, las más esenciales, orejeras que, no más que el primero que pase (así me parecía), no parecía que sospechase la existencia...

Todas esas impresiones a quemarropa todavía me parecen parcialmente fundadas[725]. Corresponden a cierto punto de vista para mirar la obra y la persona de Freud, punto de vista que va de la mano con un estado de gran ignorancia sobre él. Lo que más limitaba mi visión y me impedía captar lo esencial, aparte de esa ignorancia casi total de la persona y la vida de Freud, era la completa ausencia de perspectiva histórica. Mientras juzgaba a Freud desde lo alto, mi pensamiento y mi visión del mundo estaban impregnadas, sin saberlo, de las ideas fundamentales que Freud había sido el primero en desentrañar, en una total soledad intelectual y moral, y en afirmar frente a un mundo indiferente y hostil primero, y después ofendido y despreciativo. Algunas de sus ideas (en una forma hasta tal punto diluida, es verdad, que parecen vaciadas de toda su fuerza original...) forman parte desde hace mucho del "aire de los tiempos" cultural, que he respirado desde mi infancia. Así la idea fundamental de la existencia de un Inconsciente, o la de la omnipresencia del impulso erótico, tanto en el origen de las neurosis como en la creación artística e intelectual, y hasta en la experiencia religiosa. Esas ideas (o mejor, esos *hechos* fundamentales para una comprensión de la psique), y otras, como el papel del sueño como el gran revelador de la vida psíquica inconsciente, no pude dejar de caer en ellas sin haberlas buscado, durante mis peregrinaciones a través de mí mismo. Al hacerlo estaba lejos de pensar en un cierto
N 663 Freud, del que uno ◊o dos libros se marchitaban entre muchos otros en algunos estantes, bajo una capa de polvo rara vez perturbada. Pero comienzo a darme cuenta de que sin que pensase en él, su trabajo intrépido y obstinado, realizado a lo largo de una vida contra viento y marea mucho antes de que yo naciera, no dejaba de asistir a mis propias labores solitarias.

Durante la reflexión realizada en La Llave de los Sueños, es cuando mi relación con Freud y la imagen de él que me hacía al fin cambiaron. La primera ocasión en que evoco el pensamiento de Freud se sitúa al principio, en la misma mañana del día en que comienzo este libro, al escribir la nota "El papel del sueño – u homenaje a Sigmund Freud"[726]. Aún recuerdo bien cómo, al escribir lo que debía ser una lacónica nota a pie de página, al principio tuve tendencia a tratar despectivamente a Freud, con motivo de la ridícula función, la de gratificación, que atribuye al sueño como su sola y única función[727]. Una vez puesto negro sobre blanco, sentí sin embargo

[724] Esa es la impresión que se expresa, de pasada, en el paralelismo que establezco entre Freud y Neill en la nota "Neill y el más allá del Muro – o el pensamiento, y el ser" (n^o 89), en que se supone que Freud representa "el pensamiento", y Neill "el ser" (páginas N 324 – N 325.

[725] Mi principal reserva frente a esas impresiones "parcialmente fundadas", dejando aparte las que voy a formular más abajo en el texto, es que no es absolutamente exacto que Freud "sólo haya visto lo que de antemano había decidido que vería". ¡Con esas disposiciones no habría podido hacer los asombrosos descubrimientos que hizo! En cambio, una vez hechos esos descubrimientos cruciales, y una vez que hubo elaborado una teoría a medida para obtener un método clínico, tuvo tendencia, creo, a forrar todo con ella, y a no ver los hechos más que a través de su teoría, incluso cuando eran refractarios a entrar *en ella*.

[726] Es la nota n^o 6, del 1 de mayo de 1987. Se refiere a la sección "Todos los sueños vienen del Soñador" (n^o 4), del mismo día.

[727] Ese propósito deliberado de reducir la función del sueño a la búsqueda de una especie de "ganancia" (egótica o erótica) para mí se asocia al propósito deliberado de Darwin de ver en la "competitividad" el gran motor de la Evolución. Creo ver ahí la marca común, en uno y otro, del espíritu de su tiempo, que también es el de nuestro tiempo; un espíritu que resalta los valores encarnados por las ideas de ganancia y competición, y que es insensible a la naturaleza de los procesos creativos y a las realidades espirituales, de un orden totalmente ajeno a toda ganancia, a toda competición. Además tengo la impresión de que en su trabajo de médico, y especialmente en su trabajo sobre el sueño, ese deliberado propósito de Freud es prácticamente letra muerta. A fines prácticos, todo pasa como si Freud atribuyese al sueño la "función" crucial que realmente es la suya: la de ser un "mensajero del Inconsciente". Pero en su pensamiento teórico, tiende a considerar esa cualidad de "mensajero" del sueño

que algo fallaba, en eso que acababa de escribir. En un súbito *flash*, sin reflexión ni nada, debí entrever entonces *quién* era Freud[728]. Después de todo, bien sabía yo que en la aventura del
N 664 ◊descubrimiento, ¡los errores siempre, siempre son parte del itinerario! Sin ellos ¿aún habría aventura? Y los errores incluso los más colosales no disminuyen en nada la grandeza del pionero que, el primero, ha abierto los grandes boquetes. Sólo él, que había visto algo (¡todo un mundo insospechado!), allí donde desde hacía milenios nadie veía *nada* – sólo él podía cometer esos errores (como otras tantas fecundas provocaciones para ser desveladas y superadas...), allí donde nadie más podía siquiera soñar en abrir la boca para aventurar la menor aproximación, la menor idea, ¡sobre algo que *todavía no existía*!

Así, me apresuré a añadir a mi perentoria nota un último párrafo, como una especie de honorable enmienda. Fue el "homenaje a Sigmund Freud", el homenaje al gran pionero en nuestra comprensión (entre otras) del sueño, y de su irremplazable papel como intérprete del Inconsciente. Una vez escrito el párrafo, yo mismo estaba sorprendido de su aspecto casi ditirámbico, después de dos páginas de tonalidades más bien sarcásticas. Pero me fie de lo que me había venido así como por ciencia infusa, ¡aunque no sabía nada! Fue sólo a partir del mes de octubre, aprovechando el intermedio-lumbago, cuando tuve tiempo de documentarme un poco sobre Freud. Fui recompensado, descubriendo en él uno de los hombres más profundos, más finos, también más probos, que me haya encontrado; uno de esos, creo, que no me cansaría de frecuentar (si Dios aún me concede el tiempo de leerlo[729]). Y también tuve amplia ocasión de convencerme de que mi "ditirambo" del primero de mayo no estaba fuera de lugar. Lo acabo de releer, y no veo nada que corregir.

Ya me he expresado más de una vez, en las páginas del presente libro, sobre el alcance
N 665 y el sentido de la misión de Freud[730]. Aquí sobre todo quisiera pasar ◊revista a las ideas más importantes sobre la psique (según yo) a las que su nombre permanecerá indisolublemente ligado.

Por supuesto, sería incapaz de enumerar, y aún menos evaluar, sus contribuciones a la psiquiatría, que para mí es terreno desconocido. Además no me interesa particularmente la psicología del enfermo mental (aunque haya tenido que enfrentarme a ello), sino más bien la de "todo el mundo" y, más que cualquier otra, ¡la de mi modesta persona! Pero no he terminado de desmarcar mi tema del de la psiquiatría, cuando ya se impone el pensamiento de que en el fondo "todo el mundo" en el mundo moderno es, más o menos, "enfermo mental". El hombre moderno esta psíquicamente enfermo[731], desequilibrado de mil maneras. (Y no pretendo ser una excepción a la regla, si no es todo lo más porque estoy en vías de curación...) No sé si Freud

como una circunstancia secundaria, como una especie de feliz coincidencia en suma: que por esa búsqueda de gratificación a cualquier precio, el Inconsciente (como un ratón atraído por un cebo...) providencialmente era entregado a los analistas al acecho...

[728] Una lectura atenta de la autobiografía de C.G. Jung, en que éste, como si nada, se esfuerza sistemáticamente en criticar a Freud, ya había tenido en mí el efecto inverso del buscado: esas pueriles maniobras me dejaron entrever por primera vez, por así decir en negativo, la excepcional estatura del hombre que Jung, que se inspiró mucho en él por decir poco, se esfuerza en rebajar con aires de condescendencia paterna. Esa lectura, y la reflexión realizada con anotaciones de lecturas durante un mes (del 16 de enero al 15 de febrero de 1985), constituyeron un imprevisto intermedio en la escritura de Cosechas y Siembras. Espero llevar a buen fin algún día esa reflexión ya iniciada, y publicarla como una quinta parte de Cosechas y Siembras. Véase también la nota posterior (insertada en el capítulo IX, del mes de mayo del año pasado) "Testigo de cargo – o el amo mal-amado" (n^o).

[729] Al día siguiente de escribir estas líneas, interrumpiendo durante dos días la redacción de La Llave de los Sueños, me tomé tiempo para leer una interesante recopilación de textos más o menos autobiográficos de la pluma de Freud, publicado como libro de bolsillo en Fischer Verlag: "Selbstdarstellung – Schriften zur Geschichte der Psychoanalyse" (1971), con una introducción y anotaciones, escritas con sensibilidad e inteligencia, de Ilse Grubrich-Simitis. Ella también es coeditor, con Ernst y Lucie Freud, de una interesantísima biografía con fotos de Freud – la primera biografía de Freud que tuve entre mis manos, ¡el pasado mes de octubre! ("Sigmund Freud – sein Leben in Bildern und Texten", Suhrkamp Verlag.)

[730] Para los principales pasajes en que me expreso sobre este tema, véase una nota al pie de la página N 482,

[731] Eso no es algo especial del "hombre moderno". ¡Esa "enfermedad infantil" dura ya desde hace milenios! Pero dicha enfermedad está ahora en su estado de crisis final, y el hombre de hoy seguramente está más enfermo de lo que jamás estuvo en el pasado.

lo ha dicho alguna vez con tal crudeza: que todos éramos enfermos mentales. Pero incluso si se guardaba de decirlo en esos términos (¿tal vez ni siquiera en su fuero interno?), lo sabía mejor que nadie, por supuesto. Sin duda ésa no es más que otra manera de expresar lo que en la religión judaica de sus antepasados, igual que en la cristiana (y para colmo en muchas otras), se expresa con el término nebuloso y pesadamente cargado de "pecado original". Pero Freud, él se atrevió a ir más allá de dicho lenguaje nebuloso que muy a menudo elude y exorcisa, porque no nos conduce a enfrentarnos a los hechos. Si hay alguien que se haya atrevido a lo largo de una vida a enfrentarse a ellos, a los hechos ocultos y turbadores que todo el mundo siempre elude, ése es él. Ésa es su grandeza.

Esa enfermedad del hombre moderno, o del "hombre civilizado" simplemente, que Freud descubrió, se la puede llamar el *miedo a conocer*, y sobre todo el miedo a conocer*se*[732]. Para él, esa enfermedad es congénita e irremediable, inseparable de la condición humana. ¿Ha habido alma viviente, desde que hay hombres sobre la tierra, o al menos desde que el hombre ha desarrollado ◊un pensamiento consciente capaz de comprenderse a sí mismo – ha habido uno sólo que esté exento? Freud se pasó la vida sondeándola en todos los sentidos, esa enfermedad, y desvelando y estudiando sus mil y un síntomas, desde la locura furiosa hasta los más anodinos hechos y gestos de la vida cotidiana, los pensamientos más fugitivos, los sueños más evanescentes... Se esforzó mal que bien en desentrañar sus leyes generales, sus mecanismos más o menos desmontables, de evolución más o menos previsible. Alguna vez debió preciarse de haberlo conseguido, de haber hecho al fin el inventario; igual que Darwin antes que él debió preciarse, a veces, de haber captado el "truco" que hacía marchar (cual un inmenso reloj mecánico...) esa grandiosa Evolución de la que él mismo era (en su propia visión) un ínfimo engranaje, realizando su errático movimiento antes de pararse para siempre jamás.... Pero seguramente, en los momentos de mayor claridad, uno y otro debieron sentir bien que ni la Evolución, ni el alma humana, se dejan captar en las mallas de las ideas y las palabras, no se dejan describir a golpe de engranajes...

N 666

La aportación de Freud a nuestro conocimiento de nosotros mismos me parece que consiste, en lo esencial, en *tres grandes ideas*, o mejor dicho, en el descubrimiento de tres *hechos fundamentales* sobre la psique humana. También son, me parece, los tres hechos principales que están en la base de todo conocimiento a poco profundo que sea de nosotros mismos. Toda su obra posterior[733] consistió sobre todo en desarrollar esas ideas de forma sistemática y rigurosa, y en hacer una primera prospección de ese nuevo mundo que nos abren en el conocimiento del hombre y de nosotros mismos. De paso, no pudo dejar de levantar nuevas teorías, e incluso de erigir dogmas que le hubieran gustado intangibles.

Las teorías y los dogmas pasan, van unas tras otras como diferentes envolturas, de cosas frescas y amplias, cuyo papel es nutrir y proteger. Con el tiempo se vuelven estrechas, se secan y finalmente se caen por sí mismas para ser reemplazadas por cosas nuevas que entretanto se han formado. Las grandes ideas permanecen. Llenas de vida, crecen, brotan, dan a luz y se transforman mientras siguen siendo siempre ellas mismas...

La primer gran idea de Freud[734] se refiere al *Inconsciente*. En primer lugar la *existencia*

[732] Ya se ha hablado un poco por todas partes en La Llave de los Sueños de ese miedo y de sus numerosos rostros, y de la huida ante la realidad que impulsa. ¡Nos lo encontramos a cada instante en la vida diaria! Rozo este tema desde la primera página de este libro, y me veo enfrentado a él a través de todo el capítulo I, consagrado al sueño mensajero. Véase más particularmente el final de la sección "El sueño mensajero – o el instante de la verdad" (n^o 5), especialmente las páginas 12 – 13. Véanse también, en los siguientes capítulos, las secciones "El hombre es creativo – o el poder y el miedo a crear" (n^o 44) y "El hecho más absurdo" (n^o 56, 7 a)).

[733] Digamos, su obra a partir de 1900, después de la publicación de su libro "La Interpretación de los Sueños", donde sus ideas maestras aparecen ya con toda claridad.

[734] Si hablo aquí de "primera gran idea de Freud", no hay que entenderlo en un sentido cronológico, sino más bien lógico. El orden en que describo las tres grandes ideas de Freud corresponde además (sólo me di cuenta después) al orden cronológico de mi propio itinerario. (Descubro el Inconsciente en mí en 1976, la omnipresencia de Eros en 1978 y 1979, y en fin el hecho de que todos los sueños tienen un sentido y que su papel es revelarnos

N 667 misma de un Inconsciente – de una vasta parte sumergida ◊de la psique, hurtada a la mirada consciente. Por otra parte, la *omnipresencia* de ese Inconsciente: *el Inconsciente está por todas partes*, desde los pequeños hechos y gestos, las actitudes y los comportamientos de la vida cotidiana, hasta las opciones fundamentales (tanto conscientes como inconscientes) que dirigen y moldean nuestra existencia.

Un supuesto conocimiento de la psique que ignore el Inconsciente sólo tiene de conocimiento el nombre. Me atrevo a decir que antes de que Freud descubriera el Inconsciente, no había conocimiento de la psique digno de ese nombre, ni siquiera el inicio de una comprensión de los menores hechos psíquicos. Realmente es algo absurdo[735], algo inimaginable que haya hecho falta todo ese tiempo antes de que el hombre comience por fin a balbucear el primer ABC en el conocimiento de él mismo: que por fin tenga conocimiento de la existencia de un Inconsciente – de la profundidad de la realidad que se oculta tras la irrisoria pantalla, tras la fachada de tres al cuarto que nos presenta el conocimiento consciente "ingenuo". Algunos dicen que Freud fue el primero en fundar una ciencia psicológica. Otros claman que el psicoanálisis de Freud "no es científico" (y Freud y sus adeptos se atavían para refutarlos...). Pero poco me preocupo de saber si los grandes descubrimientos de Freud, comenzando por el Inconsciente, son "científicos" o no. Nos revelan una realidad infinitamente más importante e igualmente tangible que todo lo que jamás haya navegado bajo el nombre de "ciencia". Si no son científicos, tanto peor para lo que hoy llamamos "la ciencia". Si ésta es incapaz de asimilar los hechos fundamentales de la psique, es que ya se ha secado y está condenada a caer en breve y a desaparecer, como una vaina muerta a la que le llega el tiempo, que ha dejado de nutrir y de proteger. ¡Que caiga!

Ver plenamente la existencia del Inconsciente y su omnipresencia, es ver también el "*proceso de la huída*" en todo su inimaginable alcance[736]: está toda esa inmensa parte sumergida
N 668 de la psique, la que ◊hemos decidido ignorar a cualquier precio[737], y que "actúa" en nosotros, cual un barco a la deriva que agitan los remolinos de las profundidades, o una marioneta movida por hilos invisibles que se guarda mucho de conocer. Así nos guardamos de conocer los verdaderos motivos de nuestros actos tras la fachada de nobles apariencias. Igual que también nos guardamos (salvo cuando por casualidad nos conviene) de conocer lo que sin embargo percibimos claramente, y sabemos perfectamente (haciéndonos los idiotas...)

Ese "juego de idiotas" tan generalizado, en esa inmensa Casa de Locos que es el Mundo de los hombres (Dios sabe desde cuándo...), parece que Freud fue el primero en tomar nota en toda su inimaginable agudeza. ¡Bendito sea, por osar, solo, creer en el testimonio de sus sanas facultades! No es que sus facultades fueran diferentes o mejores que las de todo el mundo. En su tiempo y en todas las edades, había millares o quizás millones de seres no menos dotados que él. La cuestión no es tener ojos, hace falta usarlos. Desde el momento en que se trata de mirar lo que pasa en uno mismo y en la gente que nos rodea, todo el mundo se apresura, como un solo hombre, a cerrarlos. Cómo extrañarse, cuando vemos el desolador espectáculo, y el papel de leproso, de espantajo, en que se encontraba por el mero hecho de que tenía los ojos abiertos y *miraba* – ¡cómo extrañarse de que su visión del mundo haya sido algo "pesimista"! Y con razón, me gustaría ver a otro en su lugar, limpiando esas escayolas que jamás nadie había limpiado

---

nuestra vida inconsciente, en 1982.)

[735] Me extiendo sobre esa impresión "absurda" en la ya citada sub-subsección (en que igualmente se considera a Freud como el primero que la sintió...), "El hecho más absurdo" (n^o 56, 7 a).

[736] Véase el texto citado en la anterior nota a pie de página, así como las referencias en una nota al pie de la página N 665.

[737] La "parte sumergida" que aquí nos referimos es, entiéndase bien, el Inconsciente superficial y medio, es decir el gran Trastero o la Papelera, el Cajón de Sastre donde se tira todo lo que disgusta y molesta al "yo consciente". Es sobre todo *eso* lo que Freud veía en el Inconsciente, el gran foco de infección en suma, ante el que se veía en el papel de médico, encargado de ponerle remedio mal que bien. No hay que confundirlo con las capas más profundas del Inconsciente, que es la sede de todos los procesos creativos de la psique. (Mientras que el Inconsciente medio puede verse como la sede de la "mecánica psíquica", y más particularmente de los mecanismos de huída.)

antes que él. Le hacía falta mucho coraje, sí, para no "cascar" – para no cerrar tranquilamente los ojos, como todo el mundo, y dejar de "superar"; o literalmente, como muchos otros ya habían hecho (por ejemplo sus clientes), hacerse el loco, permitirse él también una vuelta por el manicomio. Pero (¡alabado sea!) se mantuvo firme...

N 669 ◊(141) Freud (2): Eros está por todas partes – o los acróbatas y el guerrero[738]

La segunda idea de Freud que quisiera evocar se refiere a *Eros*, la pulsión erótica o la pulsión del sexo, o también (como él la llamaba) "la libido". Al revés que el Inconsciente, que nadie había señalado jamás, Eros no había pasado totalmente desapercibido. ¿No hacía millares de años que los poetas cantaban los ojos de la amada, y a veces incluso el cuello, pero sin atreverse a descender más abajo? A veces algún triste desviado (entre los cuales Platón, Miguel Ángel, Shakerpeare, Shelley, Whitman, por nombrar algunos...) cantaba incluso los encantos de los amores masculinos. Y después de que los dramaturgos, comediantes y novelistas rivalicen para pintarnos la existencia humana, el nudo de la historia, cien veces contra una, es siempre si el héroe se casará con la heroína, o si uno u otra o los dos a la vez no morirán más bien de amor. Para el historiador, para el detective, también es parecido: ¡el "*cherchez la femme*" es lo básico de su arte! En cuanto a la Ciencia, la última en darse cuenta de algo, si no ignoraba ciertos órganos anatómicos de nombres latinos con garantía de inodoros, no se ocupó de la pulsión erótica en el ser humano (¡oh – nada más que un momento!) más que con los labios cerrados y una pinza en la nariz. Esos aires debían formar parte (¡a fe del Inconsciente!) de la pesada herencia judeocristiana, tal vez desautorizada, pero no menos activa.

N 670 Freud fue el primer sabio, o al menos uno de los primeros[739], en ◊quitarse la pinza de la nariz y tomarse la molestia de mirar atentamente (y si hace falta olfatear...), sin escatimar tiempo y molestias. En revancha se blindó, igual que sus colegas médicos, anatomistas y fisiólogos, con un lenguaje erudito, tallado a medida y debidamente aburrido e impermeable para el profano. Fácilmente se comprende que eso era para él, en tanto que médico y sabio, una mera cuestión de supervivencia. Con ayuda de la inercia humana, ese envoltorio erudito y aislante permaneció adherido a la herencia freudiana todavía durante una generación o dos después de la muerte de Freud (en 1939). Sólo está empezando a desprenderse y caer. (Ahora una jerga esotérica toma el relevo de la jerga erudita.)

La gran idea nueva de Freud sobre Eros, y su primer gran descubrimiento sobre la psique, es la *omnipresencia de Eros*. Este descubrimiento es también, como debe ser, el que iba a causarle más problemas. Todavía hoy, cien años después de ese descubrimiento crucial, esos problemas están muy lejos de haber terminado. Ciertamente, ya desde hacía mucho tiempo se habían dado cuenta de que incluso allí donde no parece, en cuanto se mira más de cerca, se ve que Eros asoma la oreja (o el carcaj...). Era un poco el secreto de polichenela que el insolente muchacho tenía tendencia a colarse incluso allí (y sobre todo allí) donde su presencia parecía fuera de lugar, y a veces (chis...) hasta en el confesionario y la cama del cura, e incluso (¡oh sacrilegio!) hasta

[738] Continuación de la nota anterior, "Freud (1): el Inconsciente – o descubrimiento de la Casa de los Locos". Véase la nota al pie de la página N 660, al comienzo de dicha nota.

[739] Aquí conviene nombrar sobre todo a Havelock *Ellis*, contemporáneo de Freud (1859-1939) y tres años más pequeño, y médico como él. Su monumental "Studies in the Psychology of Sex" (en siete tomos) se publica entre 1897 (el año en que Freud hace sus primeros autoanálisis y descubre de paso el complejo de Edipo) y 1928. Además, en el siglo pasado hubo todo un grupo de autores, sobre todo en Alemania, la mayoría (creo) sin vocación científica particular, que escribieron sobre el tema de la inversión sexual, y que Edward Carpenter cita abundantemente en su propio libro sobre ese tema, "The Intermediate Sex" (y sobre todo en el copioso apéndice a ese libro). Se trata de K.H. *Ulrichs*, Dr. Albert *Moll*, Dr. Magnus *Hirschfeld*, Otto *Weininger*, O. de *Joux*, y en fin (en Inglaterra y además de Carpenter) el poeta J. Addington *Symonds* (1840-1893). Acabo de ver (en el Webster Biographical Dictionary) que también se le debe una biografía (de la que jamás había oído hablar) de Walt Whitman, publicada en 1893, el mismo año de la muerte de Symonds y un año después de la muerte de Whitman. Es verdaderamente extraño que los biógrafos posteriores de Whitman parecen ignorar toalmente la biografía de Symonds, como de común acuerdo...

en los sueños y las visiones de los santos. Pero ese tipo de constataciones, esos presentimientos y esas sospechas eran esporádicas, epidérmicas. No eran más que pequeñas (y a veces grandes) "travesuras", en suma, del insoportable granuja del carcaj, que una vez entrevistas de pasada se apresuraban a olvidar; las *excepciones* todo lo más (un poco escabrosas, un poco pícaras...) que confirmaban la regla: Eros actúa en el lecho de los esposos, para fabricar la progenitura a fin de perpetuar la raza, ¡y punto, eso es todo!

Con Freud, la canción es muy distinta. Más bien se trataría de la *"regla" opuesta*, y casi sin excepción: *Eros está por todas partes*[740] – y sobre todo allí donde uno menos se lo espera. Está presente, en forma bruta o en forma "sublimada", en todos los hechos y gestos (por así decir) de la vida psíquica. Cuanto más importantes son esos hechos y gestos, más seguro se puede estar de que Eros está por ahí agazapado y tira de los hilos, a menudo de incógnito. Ésa es al menos,
N 671 *grosso modo*, la visión del mismo Freud. (Y ◊salvo matices[741], la suscribo enteramente.)

Hay que recordar que otros hombres, muy pocos hombres y aislados hay que decirlo, habían sentido mucho antes que Freud ese mismo hecho crucial en la existencia humana y lo habían expresado con fuerza, cada uno a su manera y en su propio lenguaje, a la luz de su propia experiencia. Pienso aquí, por supuesto, en mis dos "mutantes" Walt Whitman y Edward Carpenter[742]. He tenido amplia ocasión de evocar ese aspecto, un aspecto crucial entre todos, de sus misiones[743]. Uno y otro habían sentido en Eros, en la pulsión del sexo, la gran fuerza vital que latía a través de su propio ser como a través de todo[744]. Carpenter veía muy claramente, además, hasta qué punto en el hombre "civilizado", y más aún en el hombre moderno, esa pulsión, forzada a abrirse un oscuro camino por vías subterráneas, se había desviado, degradado, hasta
N 672 qué punto estaba castrada de su ◊cualidad cósmica regeneradora, creativa. Por esa visión lúcida de lo que quizás sea la mayor tara de lo que llamamos "la civilización", estaba ya muy cerca de Freud. Pero es probable que Freud ignorase todo de Whitman e incluso de Carpenter, de los que sin duda jamás oyó pronunciar los nombres[745]. Además, el enfoque del médico psiquiatra Freud es tan diferente del de Whitman como del de Carpenter, cuyo conocimiento del sexo está

[740] Nótese que "Eros está por todas partes" aparece ya como subtítulo de la primera "copla" del "ABC del sexo (en cinco coplas)" (nota n^o 100), en que intento dar una idea de la visión de Edward Carpenter sobre el sexo, visión que en algunos aspectos prefigura ya la de Freud.

[741] El principal "matiz" que aportaría es que está más bien en la naturaleza de lo que llamo el "yo" o el "ego" (o "el Patrón", o "el Intendente" – véase la nota "La pequeña familia y su Huésped", n^o 1) el tirar de los hilos, aunque tenga que usar la fuerza bruta de Eros para hacer girar su Circo; pero más de una vez ocurre, en ese juego, ¡que es atropellado por la imprevista fogosidad de Eros! Veo los papeles de Eros y del ego (alias "el Patrón") inextricablemente mezclados, pero los dos personajes son bien distintos, representas fuerzas de naturaleza totalmente diferente. Si, como constata Freud, Eros juega en el Inconsciente un papel tan invasivo, es porque el yo, en su ansia de usarlo para sus fines, implacablemente le cierra sus vías de expresión espontáneas. Eros no es invasivo por naturaleza, se vuelve así bajo el efecto de la represión ejercida sobre él por el yo. Más bien es el yo el que me parece invasivo por naturaleza, al menos en el estado "civilizacional" de la humanidad (estado a punto de tocar a su fin...). Incluso me parece que ese carácter invasivo del yo es el síntoma-clave de la "enfermedad infantil" de la humanidad. Es el yo, reflejo de la Sociedad, el que está enfermo, y no Eros, cuyas raíces se hunden mucho más profundo que cualquier sociedad, más allá que la misma especie humana.

[742] Conviene añadirles también Schopenhauer. Me enteré, hace muy poco, de un asombroso pasaje de su pluma, citado *in extenso* por Ilse Grubrich-Symitis en la recopilación de textos de Freud citada en la nota anterior (nota a pie de la página N 664), loc. cit. página 229. Está tomada del capítulo 42 ("La vida de la especie") del tratado "El Mundo como Voluntad y Representación". Paree que ese penetrante pasaje, sobre la omnipresencia del sexo tras todos los velos con que se le cubre para escamotearlo, es único en la obra de Schopenhauer. En eso Schopenhauer se separa pues de hombres como Whitman, Carpenter y Freud, cada uno de los cuales ha hecho suya la misión de dar a conocer una nueva visión del sexo, y que han llevado fielmente toda su vida esa pesada misión. Véase la nota "Eclosión del ABC del sexo – o aprender que la tierra es redonda..." (n^o 99).

[743] Véase especialmente la nota (n^o 99) que acabo de citar, así como las notas "Dos Prometeos para una Misión" (n^o 78) y "Edward Carpenter (1) – o la mirada infantil" (n^o 96).

[744] Compárese con la sección "Eros – o la potencia" (n^o 39).

[745] En cambio, como ya he señalado, Carpenter tenía conocimiento poco o mucho de la obra de Freud (12 años menor que él), y ocasionalmente lo cita en sus últimos libros. Para las relaciones entre el pensamiento de Carpenter y el de Freud sobre el tema del sexo, véase la reflexión en las citadas notas (n^{o}s 99, 100) sobre el "ABC del sexo".

profundamente arraigado en su vida íntima, que no es seguro que si Freud hubiera conocido la obra de uno o del otro, habría sabido sentir la convergencia de su misión con la de ellos. Su punto de vista de médico psiquiatra; su iluminación cruda y fría con un pensamiento que se prohíbe ser otra cosa que "científico" según los cánones aceptados en su tiempo, fuertemente interiorizados por él; su lenguaje deliberadamente técnico y abstracto, hecho para crear una distancia infinita entre el espíritu que sonda y la realidad sondeada; en fin el público al que se dirige Freud, formado por sus colegas médicos o sabios o, si acaso (y en un segundo momento) por la *intelligentsia* más ilustrada de su tiempo – todo eso diferencia hasta tal punto la obra de Freud de la de sus dos grandes predecesores, que su aportación y las de ellos se cortan tan poco como es posible para dos visiones vastas y penetrantes de una sola y misma realidad.

Pero la originalidad esencial, la novedad radical del enfoque freudiano del sexo, es que Freud sabe mirar la psique a partir de un punto de vista de alguna manera "sumergido" – *el punto de vista del Inconsciente*. Éste juega aquí un papel análogo al de la famosa "cuarta dimensión" en física. Lo que antes de Freud se había tomado por "la psique" aparece ahora como la superficie solamente, como la fina piel de una fruta jugosa y profunda, cuyo interior es ese Inconsciente que siempre se había desdeñado notar. O mejor dicho, es como la superficie de un modesto estanque, ¡bajo la cual se extendería hasta el infinito un océano sin fondo! Y lo que antes de Freud se había notado de las irrupciones más o menos erráticas de Eros en la existencia humana, aparece ahora como las esporádicas eflorescencias, en la superficie, de procesos y sucesos que se desarrollan en las profundidades más o menos remotas del Inconsciente. Y si, como se acaba de decir, el Inconsciente está por todas partes en la vida de la psique (incluyendo ciertamente todo
N 673 lo que se transparenta en la pantalla de la conciencia), Eros alias ♢"el Sexo" está por todo el Inconsciente. Y para Freud ese "por todo" es prácticamente sin excepción.

Todavía hoy[746] oigo llamar de todo a Freud (obseso sexual, neurótico, estúpido sectario, irresponsable cuya influencia habría hecho un mal incalculable...), tanto sigue chocando ese descubrimiento capital a los espíritus, incluyendo los más ilustrados. ¡Tal es el precio del rarísimo coraje de la lucidez! Cuanto más crucial es un descubrimiento sobre nuestro conocimiento de nosotros mismos, tanto más nos afecta de modo neurálgico, y más infaliblemente y más duraderamente deberá desencadenar tales reacciones. Ya antes que Freud, Whitman y Carpenter y otros valerosos precursores de la nueva visión del sexo[747] tuvieron que hacer frente a tales tormentas, sin que por eso perdieran el coraje no se dejaran desviar. ¡Ésa es su grandeza común, por eso seremos sus deudores por siempre jamás! Pero nadie mejor que Freud sabe hasta qué punto toda discusión racional en respuesta a tales reacciones es tiempo perdido. Pues aunque se presentasen con las apariencias (siempre cojas...) de argumentos racionales, el origen de esas reacciones es ajeno a la razón y se sitúa en las regiones más turbias del Inconsciente. Toda discusión sobre una cuestión que exige tener en cuenta la acción del Inconsciente (por tanto sobre no importa qué cuestión que afecte más o menos a la psique humana), entre personas que jamás se han molestado en sondear los establos subterráneos de su propia psique, es simplemente ruido para nada. Es como unos daltónicos discurriendo de colores, sordos de nacimiento discutiendo de música, o alumnos de instituto que no han entendido el primer ABC de álgebra y que, por haber tenido entre las manos un libro de Riemann, se pusieran con aire entendido a hablar de integrales abelianas. Las grandes ideas, las que van en contra de los más inveterados hábitos de pensar y, además, de sentir, no es a fuerza de discusiones como terminan por extenderse

[746] En lugar de "todavía hoy", quizás fuera más indicado escribir: hoy más que nunca en los cinco decenios que han pasado desde la muerte de Freud. Me ha parecido sentir las señales de una especie de "reacción anti-Freud" incondicional y de buen tono, que llega hasta tirar por la borda el Inconsciente (como una elucubración mórbida y no científica) *y* el sueño (como un "desecho psíquico" sin significado). Freud parece, en suma, una especie de escarba-basura un poco perverso por las sisas. Esas señales de una regresión hacia las platitudes de la "psicología" de hace un siglo me parecerían alarmantes, si no supiera que son parte del estado último de descomposición cultural que precede a la gran renovación...

[747] Para algunos de esos predecesores, véase una nota al pie de la página N 669.

N 674 progresivamente, y por llegar ser ◊al fin una parte inalienable de un conocimiento común. Es a fuerza de tiempo. Dios, que desde hace diez mil millones de año crea el Mundo y que está muy lejos de haberlo terminado, es un Dios muy paciente. Y nosotros los hombres, Sus colaboradores y émulos (al menos aquellos de nosotros que hayan entrado en su misión...), buena falta nos hace aprender a ser pacientes como Él.

Incluso entre los que tienen un verdadero conocimiento del Inconsciente, basado en una experiencia de primera mano y muy rodada, los hay que por momentos encuentran que "Freud exagera" con su insistencia sobre la motivación sexual. Con Freud, dicen algunos, ¡no hay forma de fumarse un cigarro sin que vea malicia! O también, tal psiquiatra afirmará, quizás con razón, que ha curado neurosis cuyo análisis (según él) revelaba un origen que razonablemente no se podría llamar "sexual"; mientras que Freud es tajante: *todas* las neurosis tendrían un origen sexual. Yo mismo a veces he tenido la impresión de que exageraba y por momentos, lo reconozco, me he sentido irritado. Ahora me digo que, vistas las circunstancias, no podía ser de otro modo. Freud no era el buen Dios encarnado. Era un hombre como tú y yo, sometido como cada uno a las leyes de acción y reacción. Tuvo que actuar bajo prodigiosas presiones psíquicas que pesaban sobre él para ahogar su trabajo. Durante larguísimos años tuvo que realizar su obra en una soledad total, ignorado por todos o tratado con condescendencia, como un cuentista de inclinaciones poco recomendables; esperando, apenas comenzasen sus ideas a tener alguna audiencia, que una tempestad de indignación virtuosa e indignada se abatiera sobre él. Con sus más y sus menos, esa tempestad le persiguió toda su vida, fue el precio que tuvo que pagar por el pesado privilegio de consagrar su vida a desarrollar un conocimiento sin precio y que nadie, en el fondo, quiere. Tenía que ponerse armadura, o ser aplastado. Se puso la armadura. Hombre de extrema fineza, bajo la presión de la ciega contradicción, a menudo malévola, antes que ceder, antes que edulcorar su mensaje con una danza seductiva para conquistar a un público (como otros menos probos que él no tardaron en hacer, a la vez que se adornaban con sus laureles...), se endureció. No era momento para serenos matices, ¡sino de combatir! Para llevar un mensaje de esa magnitud, no hacía falta un bailarín ni un acróbata, sino un *guerrero*.

Al nivel del intelecto, el acto creativo por excelencia es el que descubre las grandes leyes que rigen el Mundo y la existencia. Una vez descubierta la ley, ya sólo es cuestión, con paciencia y a lo largo de generaciones, de circunscribir sus límites, de inventariar sus excepciones (si hay
N 675 excepciones). Esos límites y esas excepciones, aunque no hubieran sido previstas por ◊el que descubrió la ley y fue el primero en presentir su alcance, no disminuye ni una tilde la grandeza del acto de descubrimiento y de la fidelidad para llevarlo a término. Bien al contrario, se siguen de ese acto. El conocimiento que después adquirimos sobre las limitaciones de la ley es *progenie* del acto de descubrimiento inicial. Hace falta una gran ignorancia sobre la esencia de la creación para no sentir tales evidencias.

Quizás en nuestros días un médico psiquiatra experimentado, trabajando en condiciones tranquilas con una clientela asegurada, encuentre con toda imparcialidad que una neurosis sobre cien, o incluso (pero lo dudo) una sobre diez, *no es* de origen sexual. Hace cien años, cuando Freud se hizo médico psiquiatra (¡tenía que ganarse la vida!), ni él ni nadie tenía la menor sospecha de que la neurosis podía tener un origen psíquico sexual. Ver que la mayoría de las neurosis son de naturaleza *psíquica*, y no orgánica o fisiológica como pretendía el consenso unánime de los médicos de su tiempo (conforme a la sempiterna máxima: "¡buscad la mecánica!"), ya era un gran descubrimiento. Uno de los más grandes sin duda y (situado en su contexto) uno de los más atrevidos en psiquiatría. Descubrir, además, que las neurosis "psíquicas" son (en general) de origen *sexual*, es un descubrimiento mucho más profundo, aún mucho más atrevido.

Freud pagó por saberlo. Tuvo amplia ocasión de sentir pesar sobre él toda la prodigiosa potencia del tabú del sexo. En la historia espiritual de nuestra especie ésa es, sin duda, uno de los actos de conocimiento más desgarradores, más cruciales, quizás el avance más decisivo[748].

[748] El "avance más decisivo" al menos en la historia del conocimiento. Véase la reflexión de la nota "Dos

Un avance prometeico, sí, el primer gran paso en el descubrimiento de la psique, la Gran Desconocida. Después de eso, el resto sería por añadidura, casi por sí mismo, por la lógica de un
N 676 pensamiento creativo "normal"[749], tanto en la obra del mismo Freud ◊como en la de sus sucesores. (Incluyendo aquellos que, confortablemente instalados en el boquete que había abierto, le miraron después por encima del hombro[750].) Están, entre otros, los matices que hay que hacer a las ideas maestras de Freud. A nosotros, sus herederos, nos toca poner en evidencia las excepciones a las "reglas" (a veces un poquito tajantes, incluso francamente falsas) que había creído poder enunciar...

(142) Freud (3): El sueño, mensajero del Inconsciente – o la vaina y el fruto...[751]

Vayamos al tercer descubrimiento crucial de Freud, indisolublemente ligado a los anteriores. Se refiere al *sueño*. (Eso mismo pues, que se supone que es el objeto del presente libro llamado La Llave de los Sueños, ¡y que después de novecientas páginas parece más bien olvidado!) Un tema, donde lo haya, ¡que no estaba nada de acuerdo con el espíritu científico puro y duro de su tiempo (ni del nuestro)! (Del que sin embargo estaba muy impregnado como cualquier otro sabio "al día" de su tiempo.) Quizás fuera para compensar la lamentable impresión que no podía dejar de suscitar en la gente seria algo tan inconsistente, impalpable, descabellado (por decirlo todo) como el sueño, por lo que Freud tuvo cuidado de distanciarse de manera tan categórica y
N 677 tan sistemática de las maneras tradicionales ◊de ver y sentir el sueño, su naturaleza, su papel, su alcance. ¡Todo eso son supersticiones! Él, Freud, iba a hacer una obra *científica*, ¡ahí queda dicho! Y seguro que su obra teórica sobre el sueño, y quizás incluso su trabajo como médico[752] se haya resentido de ese propósito deliberado de hacer tabla rasa, de repudiar en bloque las intuiciones ancestrales; el "mismo" propósito deliberado, creo, que el que le hizo ignorar casi totalmente la existencia de *otro* Inconsciente, de un "Inconsciente profundo", situado más allá del que ya había descubierto, del gran Trastero, gran vertedero de farsas y pillerías, que se había propuesto explorar...

Prometeos para una Misión" (n^o 78).

[749] Al día siguiente de escribir esta línea, leí la recopilación de textos "autobiográficos" de Freud comentados por Ilse Grubrich-Symitis, mencionada en una nota al pie de la página N 664. Después de esa lectura, creo ver con más claridad el itinerario de Freud. El momento en que inicia y profundiza lo que llama un "autoanálisis", es decir cuando empieza a conocer su propio Inconsciente (en 1887), me parece ahora como más neurálgico aún que aquél (evocado en el texto principal) en que descubre el origen psicológico y sexual de las neurosis. Es verdad que ese primer descubrimiento es el que iba a guiarlo "lógicamente" ante la opción de comprobar unos descubrimientos "objetivos" en su propia persona, es decir: de empezar a conocerse a sí mismo. Pero es *ese paso*, que había que dar, el que iba a poner en marcha las resistencias más vehementes. Me parece que esa fue la prueba más decisiva para su fidelidad a su misión. Sólo al franquearlo su aventura iba a dejar el plano de una vocación médica o científica sin más, para tomar una dimensión espiritual única. También fue por ese acto como su conocimiento de la psique "en general", adquirido por la observación de los demás (y sobre todo de sus pacientes), iba a tener raíces mucho más profundas que cualquier conocimiento meramente práctico o intelectual. En adelante se fundirá con él, tendrá cualidad no sólo de un simple "saber", sino de una nueva madurez – nueva en él mismo, y nueva en la especie humana. Entonces franqueó un umbral, que sin duda fue el primer hombre en franquear. Entonces nació el Sigmund Freud que conocemos, llamado a entrar para siempre en la historia del espíritu humano.

[750] Pienso aquí particularmente en C.G. Jung, que hoy más que nunca juega el papel de una especie de papa de una "espiritualidad" altamente erudita y científica, e inodora a placer...

[751] Continuación de la nota anterior "Freud (2): Eros está por todas partes – o los acróbatas y el guerrero". Véase una nota al pie de la página N 660.

[752] Sin embargo sospecho que su trabajo como médico se ha resentido de esos "propósitos deliberados" menos de lo que pudiera creerse. Después de todo, si a pesar de su mala reputación entre los colegas escandalizados, afluyeron los pacientes, es que al menos entre éstos (¡y eso es lo que cuenta!) debía pasar por un buen médico. Pero supongo que en su trabajo con los enfermos debía seguir su intuición inmediata, iluminada y guiada por algunas de sus ideas maestras, más que la letra de las teorías que había desarrollado. Compárese con los comentarios sobre Rudolf Steiner en la nota "La paja y el grano (1): R. Steiner y la ciencia del mañana" (n^o 124), especialmente la página N 550, e igualmente con una nota al pie de la página N 663 (sobre la escasa función que Freud asigna al sueño, sin que su trabajo sobre los sueños parezca seriamente afectado).

Pero estas observaciones también son accesorias. Mi propósito aquí no es poner el dedo en tales orejeras de Freud (tenía las suyas como cada uno de nosotros), sino sacar a la luz sus grandes descubrimientos. El gran descubrimiento de Freud sobre el sueño es que *el sueño es el mensajero por excelencia del Inconsciente*. Y a decir verdad, su descubrimiento y su exploración del Inconsciente son inseparables de su descubrimiento de ese papel del sueño[753], y de su exploración sistemática del sueño y del lenguaje del sueño. Si Freud adquirió algo más que una vaga intuición sobre la nuda existencia de ese famoso Inconsciente tan elusivo, tan esquivo (pudiera creerse) como lo son los átomos y los electrones de los físicos, si en este tema pudo desarrollar un conocimiento profundo y una intuición viva, precisa y delicada, fue gracias a su incansable trabajo, constantemente retomado y jamás acabado sobre el sueño: primero sobre los sueños de sus pacientes, pero después también (y ese un giro crucial en su trabajo) sobre sus propios sueños. El corazón mismo de su nueva doctrina es su teoría del sueño. El libro que

N 678

considera la obra maestra de su vida es "*La Interpretación de los* ◊*Sueños*", donde expone esa teoría. Un libro, como Ã©l mismo dijo, que un hombre sólo escribe una vez en su vida...

Ese libro es de 1900, el primer año de este siglo. Freud tenía cuarenta y cuatro años. ¡Cuarenta y cuatro años bien empleados! Durante los cuatro o cinco años anteriores había desentrañado las ideas maestras que estaba llamado a aportar al Mundo. Los treinta y nueve años que le quedan los pasará desarrollando incansablemente esas grandes ideas-fuerza, que en ese momento es todavía el único ser en el mundo que presiente todo su inmenso alcance.

Hoy igual que antes, es un libro fascinante, de una extraordinaria riqueza en ideas, en observaciones penetrantes, también en ejemplos concretos, juiciosamente comentados. Nadie duda que es la aparición de ese libro de título insólito (aparición que pasó casi desapercibida en el mundo erudito...) la que marca el nacimiento, con el siglo, de una "*ciencia de la psique*" digna de ese nombre. (Y espero, en los próximos años, encontrar tiempo libre para releerlo, ¡y esta vez entero!)

En cuanto a la "teoría del sueño" propiamente dicha que en él desarrolla, no hay que extrañarse de que haya envejecido mucho. Fue una de las vainas, la primera, que rodean una gran idea viva y fecunda, o un haz vivo de tales ideas. La vaina se secó y está muerta, y será seguida por otras que también se secarán y caerán a su vez. Ninguna teoría agota una gran idea, ¡ningún libro ni ninguna biblioteca contendrá jamás el secreto último del sueño! Y la comprensión del sueño que propongo en La Llave de los Sueños, que he llevado y madurado en mi vida durante los últimos doce años, no es una excepción. Es una vaina entre otras, destinada también a morir y caer.

La idea fecunda, cual un grano del que surgirá un tallo, después brotes que se desplegarán en hojas y en flores, cada una madurando su fruto para sembrar al viento otros granos – ella no muere. En su naturaleza está crecer y transformarse, sin dejar jamás de ser ella misma. A través de sus crecimientos y sus metamorfosis, como el alma del que la concibió, es inmortal.

N 679

◊(143) Freud (4): represión, resistencias y el juego de los idiotas...

(30 de marzo y 1-2 de abril)[754] En las tres notas anteriores, consagradas a Freud, ciertamente no pretendo haber hecho un resumen, por sucinto que sea, del pensamiento de Freud sobre la psique, o sólo de las principales nociones que introdujo para captar la realidad psíquica. Me he limitado a resaltar por turno tres grandes ideas de Freud, que me parecen particularmente fundamentales para la comprensión de la psique. Sin duda no es exagerado decir que los demás

[753] Véase la nota al pie de la página N 663 que acabo de citar.

[754] Continuación de la nota anterior "Freud (3): el sueño, mensajero del inconsciente – o la vaina y el fruto...". Esta nota y la siguiente fueron escritas de un tirón, la primera redacción el 30 de marzo, en limpio a máquina el 1 de abril, las notas a pie de página el 2 de abril. La separación en dos se hizo después de la primera redacción. Para el tema principal de esta nota, a saber las "resistencias", reenvío también a la reflexión del año pasado, en la sección "La fruta prohibida (1): resistencias y sufrimiento del creador" (n^o 56, 6^o).

descubrimientos de Freud y las nociones que introdujo se relacionan directamente al menos con una de estas ideas maestras[755], bien porque se sigan directamente de ella, o porque la precisen y la completen. Hoy[756] quisiera desarrollar algunos complementos "freudianos" en ese sentido, situándolos al mismo tiempo en mi experiencia personal.

En lo que respecta a esas tres grandes ideas fundamentales (sobre la existencia del Inconsciente y su omnipresencia en la vida psíquica, sobre la omnipresencia de la pulsión erótica, y en fin sobre el papel del sueño como el indispensable revelador del Inconsciente), puedo decir que desde que hace doce años que la meditación entró en mi vida[757], tuve amplia ocasión de
N 680 constatar día tras día su validez, tanto a lo largo del mismo trabajo de meditación ◊como por las observaciones cotidianas de la vida diaria. Esas "ideas" se me impusieron, no a partir de lecturas teóricas de Freud u otros, sino al principio como realidades irrecusables, que se revelaron en contacto con la misma realidad psíquica, tanto en mí mismo como en los demás. Ignorarlas, como prácticamente todo el mundo las ignora hoy[758], en la vida cotidiana y sobre todo en la relación consigo mismo, es un poco como creer que se usan los ojos cuando uno se las arregla para "ver" sin percibir el relieve y la profundidad que estructuran el campo de visión, ni el color y las intensidades infinitamente variadas de luz y de sombra, ni en fin el incesante movimiento y las relaciones de tamaño de las cosas percibidas. Teniendo en cuenta al Inconsciente es cómo nuestra visión de la psique adquiere relieve y profundidad, la presencia de la pulsión le añade las luces y las sombras y toda la gama de colores, y es el mensaje del sueño el que nos informa de la dinámica psíquica y da su justo lugar a lo esencial y lo accesorio. Ignorar esas "tres dimensiones" fundamentales de la psique, es contentarse, para aprehender lo que pasa a nuestro alrededor y en nosotros, con clichés planos, grisáceos y rigurosamente estáticos. Ése fue mi propio caso durante la mayor parte de mi vida. Terminé por cansarme (¡más vale tarde que nunca!) y por decidirme al fin a hacer pleno uso de mis sanas facultades...

Ya he señalado que ver el Inconsciente es ver también el proceso de *huida*[759]. No me he encontrando ese término[760], ni ningún otro más o menos equivalente, en la pluma de Freud. Quizás sea por la preocupación de no chocar a sus interlocutores más de lo que ya estaba
N 681 forzado a hacerlo para ◊hacer pasar su mensaje; ¡o porque ese término de "huida" no tiene la connotación "científica" que tanto gustaba a Freud? En su lugar habla de "*represión*": el Inconsciente que había descubierto, y que le interpelaba sin cesar, está formado por todo lo que "el yo", reinando como amo sobre el campo de la consciencia[761], no deja que aparezca, por todo

[755] Además no concibo una reflexión algo profunda sobre la psique que ignorase las tres ideas maestras en cuestión, ¡sea del mismo Freud o de cualquier otro!

[756] Este "hoy" ha terminado por estirarse hasta una semana entera. Los "complementos" en cuestión son parte de esta nota y de las dos notas siguientes, y cada una retoma unos "complementos" a una de esas tres "ideas maestras".

[757] Recuerdo que por "meditación" entiendo un trabajo de descubrimiento de sí, que en mi caso siempre es escribiendo. Sobre el tema de la entrada de la meditación en mi vida, véase la sección "La fruta prohibida (1): ..." (n^o 56, 6^o) citada en la primera nota a pie de página. Señalo que en cuanto a la existencia del Inconsciente, ya había tenido amplia ocasión de constatar su existencia *en los demás* desde los años anteriores, a través del "proceso de huida" puesto en evidencia por Krishnamurti. Pero al igual que el mismo Maestro, no veía la huida *más que* en los demás, de forma que esa constatación cien veces repetida permanecía espiritualmente estéril.

[758] Por supuesto que esa "ignorancia" no se refiere a lo que pasa a nivel *consciente*. El Inconsciente conoce perfectamente la existencia del Inconsciente, tanto en uno mismo como en los demás, y se aprovecha de ese conocimiento con maestría...

[759] Véase la nota "Freud (1): el Inconsciente – o descubrimiento del Manicomio", página N 667.

[760] "'Huida" es el término que introdujo Krishnamurti, y que bien dice lo que tiene que decir. Aquí y en lo que sigue, por "Inconsciente" entiendo el Inconsciente descubierto por Freud, o el Inconsciente superficial (o "subconsciente") y medio, excluyendo las capas profundas de la psique (o "Inconsciente profundo"). Darse cuenta en uno mismo de ese Inconsciente, del gran Estercolero, es el primer paso, el paso decisivo, en la aventura del descubrimiento de sí, él es el que pone en juego todo el arsenal de resistencias que vamos a ver. No hay nada en común entre un discurso incluso teóricamente perfecto sobre el Inconsciente, y el acto decisivo que es ese paso. Visiblemente la mayoría de los psicoanalistas (con Jung a la cabeza...) nunca lo dio.

[761] Casi siempre, aunque no esté en la naturaleza inmutable de las cosas, el yo "reina como amo sobre el campo

lo que ha "*reprimido*" fuera de la mirada consciente, fuera de la luz del día. Todas esas cosas indeseables, o demasiado deseables pero vergonzosas para exhibir a plena luz, el yo las mantiene reprimidas en el Inconsciente mal que bien, ganando la partida a las otras fuerzas[762] que tienden por el contrario a concederles una expresión más o menos clara (como prisioneros encerrados en las mazmorras, que se obstinasen en dar a conocer su presencia golpeando mensajes en los muros de sus celdas o en las tuberías...), o incluso a sacarlos a plena luz. La "huida" es ese asombroso propósito deliberado, prácticamente universal, que emana del yo, de ignorar ciertas cosas que pasan en nosotros; casi todo, por así decir, todo lo que "se pase" un poco, lo que no sea conforme con los clichés usuales sobre uno mismo, incluyendo las cosas más flagrantes, más enormes, las que literalmente saltan a la vista. ¡Hay que ver! Pero nunca falla...

N 682 ◊Siempre se trata de cosas que de hecho sabemos muy bien, pero "¡nos chupamos el dedo"!: ¡es inconsciente! Y "con la mejor fe del mundo" jugamos a los que no saben nada. En suma, el proceso de huida consiste en "*jugar a los idiotas*" con un aire cándido que desarma, del que somos los primeros engañados. Pero si nos apegamos con tal fuerza, a ese juego, a veces a costa de reventar o, si es necesario y no faltan los medios, de que reviente el mundo entero, es que a alguien en nosotros le trae cuenta. Y ahora a menudo me doy cuenta de hasta qué punto se deleita a la chita callando en ese juego, engañando todo lo que puede...

Parece que Freud fue el primer hombre en la historia de nuestra especie en ver claramente ese juego verdaderamente absurdo, siempre, siempre parecido a sí mismo; el primero que se encontró solo, con los ojos bien abiertos, y se atrevió a tener conocimiento de ese espectáculo asombroso, a creer el testimonio de sus ojos en un mundo de seres que viven a ciegas. Y lo que veía, no pudo dejar de decirlo, sin dorar la píldora. Ésa era su misión. No se lo perdonaron, y hoy menos que nunca. Ése era el precio que tenía que pagar, y lo sabía mejor que nadie. Me parece milagroso, si bien nadie por así decir ha comprendido verdaderamente ni ha visto lo que él vio (los psicoanalistas no más que los demás...), desde hace casi un siglo su pensamiento se extiende y se difunde sin cesar, como por una secreta ósmosis, en la gran esponja informe llamada "Cultura".

Lo que veía lo dijo en sus libros, con claridad y franqueza, sin ocultar nada y sin mirar el precio. Pero en su vida diaria, seguramente, bien debió aprender a mirar callándose...

Debe ser más que raro ser testigo del mismo acto de represión, en el momento mismo en que un conocimiento consciente desaparece de repente por la trampilla, como por encantamiento. Parecería que por su propia naturaleza ese acto siempre se substraerá a la mirada del observador. ¿Puede ser instantáneo? ¿O siempre necesita días o mese, incluso años? No creo haberlo observado jamás mientras se realiza, ni en el momento ni con un recuerdo posterior[763].

---

de la conciencia". La verdadera instancia dirigente de la psique, "por derecho divino", no es el yo, sino *el espíritu*. (Véase al respecto la nota "La pequeña familia y su Huésped", n^o 1.) Si es fiel a tal función, al menos tendrá voz en el capítulo, y a veces, cuando haga falta, sacará a la luz los deseos, actos, motivaciones, recuerdo etc. que el yo quería guardar ocultos. Sin embargo dudo que, en el estado actual de evolución psíquica de la humanidad, exista o haya existido un sólo ser en que el espíritu, es decir el verdadero yo, tenga completo dominio sobre el Inconsciente (medio). Eso significaría prácticamente que ese Inconsciente, al que tendríamos acceso a conveniencia, ya no existiría como tal, en el sentido en que lo entienden Freud y los psicoanalistas. Ya no sería la "cámara de los horrores" candada y con rejas, sino un confortable desván más o menos ordenado, donde los niños van a jugar... Aquí y más adelante tomo el término "el yo" como sinónimo de "el ego" (véase la nota n^o 1 arriba citada). Se entiende que ese yo está presente tanto en el Consciente como en el Inconsciente (con exclusión, por supuesto, del Inconsciente profundo).

[762] Esas fuerzas pueden brotar sea de Eros, sea del alma (y más precisamente, sea del espíritu, sea del niño que hay en nosotros), sea del Huésped es decir de Dios, sea en fin del mismo yo. En efecto, el yo no es una fuerza monolítica, como pudiera sugerir su personificación, sino que está dividido en sí mismo (igual que una persona está dividida). Muy bien puede ocurrir que unos deseos egóticos tiendan a volver o guardar conscientes cierto conocimiento, y otros deseos tiendan por el contrario a reprimirlos.

[763] Entiéndase bien que el recuerdo no sólo registra las percepciones y movimientos de la psique en el campo consciente, sino también en todos los niveles de profundidad de la psique. Cuando evocamos un recuerdo, o un

N 683 ◊Parecería que sólo se puede constatar *después* e indirectamente, por el *hecho consumado* – por la desaparición de lo que antes se conocía, o la ignorancia de lo que, a menudo, salta a la vista. Esa constatación, ciertamente ¡es más fácil en los demás que en uno mismo! En cambio, en el trabajo de descubrimiento de sí, y también en la relación con los demás (desde el momento en que nos diera, imprudentemente, por querer llamar la atención sobre lo que debe permanecer oculto), a cada paso nos enfrentamos con *resistencias*. Ése es el nombre, seguramente, que no puede dejar de imponerse a cualquiera que se las haya encontrado, sea en los demás o en uno mismo (suponiendo que en él mismo tome conciencia alguna vez...). Se trata de fuerzas, prácticamente siempre inconscientes, que se oponen a toda acción y toda provocación (sean voluntarias o no) que tienda a volver consciente un conocimiento reprimido. Es, si se quiere, el efecto de la misma fuerza de represión, pero en un estado de particular excitación, suscitado por la intervención de todo lo que pudiera tener por efecto "irse de la lengua", o de descubrir un poco el pastel.

Cuando es en los otros donde pasa, la señal infalible de las resistencias en acción es la impresión tan característica de que el otro "juega a los idiotas". La experiencia cien veces, mil veces repetida ha terminado por enseñarme que en tal caso ¡es inútil insistir[764]! Cuando es en mí mismo durante el trabajo de meditación, es un sentimiento no menos característico de inercia, de pesadez. Uno se siente muy estúpido y palurdo, sin que se sepa decir bien cómo ni por qué., con la impresión indefinible de dar vueltas en círculo, incluso de contentarse con palabras. Es inútil entonces seguir dando vueltas así, ¡seguro que hay un pequeño circo escondido por ahí! Es el momento de detenerse en el camino, para mirar eso que está ocurriendo justo delante de nuestra nariz, ¡en ese mismo momento! Entonces es cuando uno se pilla en el flagrante delito de
N 684 la mayor ineptitud, y cuando uno se toma la ◊molestia de mirar de cerca, seguro que siempre se aprende algo nuevo, ¡y justamente las cosas más interesantes!

Sólo fue en 1980, casi cuatro años después de haber descubierto la meditación, cuando comencé a darme cuenta de la presencia insidiosa y pertinaz, prácticamente omnipresente, de fuerzas de resistencia en el trabajo de meditación. Fue después de haberme decidido, por una súbita inspiración, a hacer una excursión a través de mi infancia, y después de sacar a la luz, durante algunas semanas, sucesos cruciales e ignorados de mis ocho primeros años de vida. No es que las resistencias hubiesen estado ausentes en los cuatro años anteriores. Pero salvo en raras ocasiones que tuve que enfrentarme a ellas, por así decir, cuerpo a cuerpo[765], no me daba cuenta de nada. Si hubiera sido más cauto y menos ingenuo, no habría esperado tanto tiempo antes de ese retorno a mi infancia, toda una vida enterrada. Durante esos cuatro años hice como si esa infancia no me afectase verdaderamente, como si ocuparme de ella hubiese sido casi una tontería, una forma de eludir (¡qué bien!) todas esas cosas tan actuales y acuciantes, ¡que exigirían toda mi atención! Lo mejor de todo es que igual que antes (antes de octubre de 1976) estaba convencido de que todo el mundo tenía un Inconsciente (y no criando gusanos...) *salvo*

---

recuerdo se nos presenta espontáneamente bajo el efecto de un movimiento inconsciente, lo que captamos depende, igual que con la percepción de la realidad presente, de nuestras disposiciones en ese momento. Con disposiciones de atención, de receptividad, de verdad, podemos muy bien recordar pensamientos, sentimientos, emociones etc. que, en el momento en que tuvieron lugar, eran totalmente inconscientes. Gracias a eso, sobre todo, podemos hacer nuestra, asimilar la substancia de nuestra experiencia pasada, por alejada que esté en el tiempo, y hacerla madurar espiritualmente...

[764] Por supuesto la situación es muy diferente en la relación entre médico y paciente. Ahí el paciente va a ver al médico por propia voluntad y le *paga* para que le ayude a curar ciertos síntomas molestos, y termina por comprender que no lo conseguirá sin enfrentarse a las resistencias que se oponen al tratamiento.

[765] He hablado en La Llave de los Sueños de dos de esas ocasiones, que tuvieron lugar con intervalo de dos días en octubre de 1976, con el descubrimiento de la meditación primero, después con mi primer trabajo sobre un sueño, culminando, después de cuatro horas, con los "reencuentros conmigo mismo". En uno y otro caso, las resistencias contra el avance que me incumbía tomaban la insidiosa forma de la "voz de la razón", intentado disuadirme de que me obstinar así en malgastar un tiempo precioso cortando no se qué pelos en cuatro. Véase al respecto la sección "La Llave del gran sueño – o la voz de la "razón", y la *otra*" (n^o 6).

yo, y me sabía de memoria[766] que los años de la infancia juegan un papel crucial en la vida de cada uno – salvo otra vez en mí, ¡la gran excepción que confirmaba la regla! Tal fue durante cuatro años mi convicción íntima, que me habría guardado mucho de decir abiertamente. En suma, incluso después del gran giro de 1976, y a falta de una sana desconfianza vis a vis de mí mismo (o al menos vis a vis de un ego tan fuerte y taimado como siempre...), seguía "jugando a los idiotas" de muchas maneras, como todo el mundo.

N 685 ◊Algo aprendí en 1980, al enfrentarme día tras día a las resistencias, víctima de una misteriosa inercia, fatigado como a través de arenas movedizas que sin cesar engullen mi rastro, durante semanas y meses. Pero sería falso pretender que después de esa Larga Marcha a través del desierto nunca más haya jugado a los idiotas. (Si darme cuenta en el momento, por supuesto, salvo raras ocasiones.) Y posiblemente me volverá a ocurrir en el futuro. (Y tal vez, ¿quién sabe? al escribir La Llave de los Sueños, o alguno de los libros que le sigan. ¡Incluso aunque no tenga ninguna duda de que esos libros estén escritos bajo la instigación de Dios y con Su colaboración!) Lo que es seguro es que ni la práctica de la meditación sobre mí mismo, ni la inopinada entrada en mi vida del buen Dios en persona, a partir de noviembre de 1986, han desactivado en mí los sempiternos mecanismos de resistencia que me empujan (cuando no estoy en guardia) a jugar a los idiotas conmigo mismo (que no me entero de nada) y con el buen Dios (¡que ya lo ha visto muchas veces!)

Además dudo que haya, o que haya habido, alma viviente en que sea de otro modo. Todas las observaciones que hasta ahora he podido hacer, tanto entre los que conozco personalmente como entre los que conozco por su obra escrita, concuerdan y me hacen sospechar lo contrario.

(144) Freud (5): impulso incestuoso y sublimación[767]

Cuando se piensa en las ideas de Freud sobre la sexualidad, enseguida vienen las palabras clave: sublimación, sexualidad infantil, complejo de Edipo. Y realmente están entre los descubrimientos más importantes de Freud. Sin embargo en mi propia experiencia de descubrimiento de mí mismo, y en mi visión de la existencia que surge de ella, sólo el primero de los tres ha jugado un papel importante. El hecho de que mi atracción hacia la Matemática tenga una dimensión "carnal", que sea de la misma naturaleza que la que la mujer ha ejercido sobre mí, se me reveló en 1978 (dos años después del descubrimiento de la meditación). Fue un descubrimiento

N 686 totalmente imprevisto, algo pasmoso, del que estaba lejos de ◊medir todo su alcance[768]. Con el paso del tiempo me doy cuenta de que a nivel inconsciente debió ser preparado por influencias exteriores, y especialmente, algunos meses o un año antes, por la lectura de Walt Whitman que he evocado en otra parte[769]. Pero seguramente también por lo que ya había leído o escuchado unos años antes sobre las ideas de Freud acerca de lo que había llamado (creo que el primero) con el nombre bien elocuente de "*sublimación*" del impulso sexual. Esto me recuerda también que mi madre, que a menudo tenía mucho olfato para las cosas del sexo, me desconcertó un día (yo aún era un adolescente) dándome a entender que la emoción religiosa no estaba tan lejos de la pulsión erótica como generalmente gusta creer[770].

[766] "De memoria", es decir dando fe a lo que había "aprendido" en las lecturas, o por conversaciones con algún amigo psicoanalista. Eso permanecía en la forma de un "saber" muy verbal y platónico, que nunca me había molestado en examinar...

[767] Continuación de la nota anterior, "Freud (5): represión, resistencias y el juego de los idiotas...". Véase una nota al pie de la página N 679).

[768] Para ese episodio, véase la nota "Simientes invisibles – o las llaves del Reino" (n^o 84), página N 292.

[769] En la nota que acabo de citar (anterior nota a pie de página).

[770] Es algo extraño que yo, que he olvidado tantas cosas que ahora me parecen importantes, haya guardado un recuerdo tan claro de ese pequeño episodio aparentemente sin consecuencias. Me sorprendí, delante de mi madre, mirando la foto de un grupo de esculturas que representaban (si recuerdo bien) los grandes profetas de la historia judía, al ver uno en una actitud que me parecía curiosamente contorsionada. Ahora me digo que el artista seguramente debió representárselo como un *bailarín* en estado de *trance*. Fue entonces cuando mi madre me hizo dicha observación, sin que yo comprendiera bien de qué iba la cosa...

En cuanto a la *sexualidad infantil*, bajo la forma tan asentada e incluso invasiva que nos revela Freud, y en cuanto al "*complejo de Edipo*"[771] que (en la visión de Freud) es inseparable, no hay que extrañarse de que no hayan jugado un papel en mi propia aventura de descubrimiento de mí. En efecto, por una vez pretendo ser la excepción que confirma la regla: nada de complejo de Edipo en mi caso, ¡lo siento! Bien sé que si Freud estuviera aquí y me leyera, no me creería,
N 687 él que se había ◊jurado que esa regla no tenía excepción. E incluso sin ser tan tajante sobre las reglas, es un hecho que hay que ser muy prudente cuando alguien afirma que es diferente de los demás, en lo que respecta a los nudos del Inconsciente. Casi siempre no es más que una señal de que nunca se ha preocupado de ir a mirar. Pero en cuanto a mirar, bien puedo decir que he mirado, y no un poco ni por aparentar. Y por el material que conozco, incluyendo centenares de sueños de los que pienso haber captado lo esencial del mensaje, y otros centenares que he anotado (y muchas veces sondeado) con el mayor cuidado – todo eso es suficientemente rico y coherente para permitirme hablar aquí con conocimiento de causa. Resulta que en los cinco primeros años de mi vida tuve la gran y rara suerte de ser educado en una atmósfera de libertad, exenta por así decir de toda traza de represión ligada al sexo, al cuerpo y a sus funciones[772]. Así, en mi identificación con mi padre no había traza de ambivalencia, de un ingrediente oculto de rivalidad, por ínfimo u oculto que fuera. Y mi ternura carnal y afectiva por mi madre podía expresarse sin ninguna inhibición. Las situaciones tan duras, de naturaleza traumática, a las que tuve que enfrentarme en mi sexto año, y que terminé por descubrir en 1980 (con cincuenta y dos años), eran de naturaleza ajena al sexo (al menos en lo que a mí respecta), en el sentido en que el mismo Freud lo entendería.

Estas constataciones además concuerdan con las de Neill. (No es sospechoso de un propósito deliberado contrario a las ideas de Freud, ¡del que tanto se inspiró!) Neill ya había observado que toda la psicología freudiana, o al menos sus ideas sobre la sexualidad infantil, y sobre los "complejos" en la vida adulta que ahí se originan, sólo se aplican al adulto o al niño que ha sido sometido a las represiones acostumbradas, y especialmente a las represiones sexuales. Los mecanismos puestos en evidencia por Freud con tan raro coraje y tal perspicacia *no* aparecen, o desaparecen[773], cuando el niño es educado en un clima de libertad. Con esa comprensión, fruto de una larga experiencia educativa, la obra de Neill completa de manera

[771] En la tragedia griega (de Sófocles), Edipo mata a su padre y desposa a su Madre, casi por descuido (al no haber tenido el placer de conocer a su padre ni a su madre). Sin duda Freud debía pensar que el sentido sobreentendido, "inconsciente" de la tragedia, Edipo no era tan ignorante como se hacía. El caso es que Freud se inspiró en la leyenda de Edipo para llamar "complejo de Edipo" a la conjunción, en forma permanente, de dos deseos-fuerza o impulsos, casi siempre ambos inconscientes:

1^o) Deseo carnal por el progenitor de sexo opuesto.

2^o) Impulso antagónico de rivalidad vis a vis del progenitor del mismo sexo, y (en el límite y para compensar) deseo de matarlo.

Ese complejo, según Freud, sería el origen de la mayoría (¿incluso de todas?) de las neurosis psíquicas, cuyos síntomas representarían una satisfacción simbólica muy deformada, y siempre inconsciente, de los deseos reprimidos (de posesión sexual de uno de los padres, de muerte violenta del otro).

[772] Evoco los primeros años de mi infancia en Cosechas y Siembras, en la nota "La inocencia" (CyS III, n^o 107). La única reserva que haría sobre la ausencia de toda represión "ligada al cuerpo y sus funciones" se refiere a los hábitos de "limpieza". Mi madre estaba orgullosa de haber inculcado a su notable retoño una virtuosa aversión hacia sus excrementos, mucho antes de la edad habitual para ese tipo de cosas. Tengo buenas razones para pensar que eso no fue un éxito tan beneficioso como se imaginaba.

[773] Como muestra la experiencia de Summerhill, cuando esos mecanismos ya actúan en un niño sometido a la educación represiva habitual, terminan por desaparecer al cabo de un tiempo más o menos largo (del orden, en general, de algunos meses solamente, pero pudiendo prolongarse también durante un año o dos), cuando se
N 688 ve trasplantado ◊a un clima de libertad. Por supuesto, cuanto antes es mejor. El resultado debe volverse más problemático, me imagino, a medida que el niño se acerca a la edad crítica de la pubertad. En los casos más difíciles, Neill complementaba la acción del medio Summerhill con una cura de psicoanálisis, de la que él mismo se encargaba por supuesto, y con una maestría poco común (podemos confiar en ello). Cuando el analista tiene "feeling", resulta que el tratamiento psicoanalítico "pasa" mucho mejor en los niños que en los adultos, donde las resistencias han tenido tiempo de endurecerse durante toda una vida.

particularmente neurálgica la de su gran predecesor. Ése es, me parece, otro gran avance, de un alcance comparable al realizado por Freud, que lo preparó.

En mi caso, es verdad, a partir de los seis años fui educado en el ambiente represivo habitual, en un medio pequeño-burgués de lo más conformista en muchos aspectos, y especialmente en relación al sexo. He cargado con las secuelas durante cuarenta años, y mis hijos conmigo. Pero cuando la represión hizo entrada en mi vida. la edad de oro de la sexualidad infantil "a la Freud" ya había pasado. Era demasiado tarde, decididamente, para desarrollar mi "Edipo" como todo el mundo. Y es así como seguí siendo una especie de anormal, decididamente, en el mundo de los hombres...

Eso no impide que tuviera ocasión una y otra vez de enfrentarme muy a mi pesar al famoso complejo, o al menos a uno de sus aspectos, a saber: el antagonismo con el padre. Siempre fue en el papel de padre, o más exactamente, en el de "padre sustituto". Sólo me di cuenta con claridad muy tarde, en 1984 (hace pues menos de cuatro años). Fue al escribir Cosechas y Siembras[774], cuando me vi conducido a sondear mi relación con mis alumnos y antiguos alumnos. ¡Ése era el momento o nunca! Entonces me di cuenta de que para mi desgracia, tenía la complexión soñada y los "fluidos" idóneos para hacerme adoptar – ¡como padre adoptivo! Si mis cabellos han encanecido prematuramente, no busquen otra causa. Basándome sólo en mi experiencia personal, esta circunstancia particular me hace sospechar que en nuestra sociedad macho, ese complejo tan aireado debe ser como poco la regla general, y las excepciones rarísimas. Además, tendría tendencia a fiarme de Freud, que seguramente no se ha inventado su complejo, igual que no se ha inventado el Inconsciente. Y si ha creído ver a Edipo por todas partes, es que realmente debía estar ahí muy a menudo.

N 689 ◊Sin embargo hay dos cosas, en mi experiencia, que no parece que concuerden bien con el escenario edipiano tan querido por Freud. Una se refiere a mi experiencia con mis propios hijos. Ciertamente las señales de hostilidad no han faltado y todavía hoy no han desaparecido, muy avanzada su vida adulta. Pero en ningún momento he sentido un matiz de *rivalidad*, y aún menos una rivalidad por el favor de la madre. ¿Será porque mi relación con la madre (vista por sus ojos) haya sido menos invasiva, menos exclusiva, menos posesiva de lo que generalmente es y se requiere para un buen "Edipo"? No sé...

Veamos el segundo hecho que parece chirriar un poco. Es que en mi papel-robot de padre sustituto me vi enfrentado tanto a señales de antagonismo profundo por parte de mujeres (y especialmente de mujeres de las que era amante) como de hombres, aunque en las mujeres toma a menudo formas muy diferentes. (Especialmente la del "circo conyugal"[775].) Puedo decir así que mi experiencia personal me confirma la frecuencia y la fuerza de los antagonismos inconscientes del niño y, en consecuencia, del adulto vis a vis de uno *y* otro progenitor. (Antagonismos que se ven transferidos automáticamente a toda otra persona a la que el Inconsciente asigne el papel de padre simbólico.) Por el contrario, no he tenido ocasión de detectar la forma específicamente edipiana de esos antagonismos, puesta en evidencia por Freud. Es raro, creo, que el afecto de una niña o de una mujer por su padre no este fuertemente infiltrado, al mismo tiempo que de tonalidades eróticas (casi siempre inconscientes), de un antagonismo latente (también inconsciente). En el caso inverso de la relación de un chico o de un hombre con su madre, creo sin embargo que la presencia de impulsos antagonistas es mucho menos frecuente. La razón de esa diferencia, sin ninguna duda, es que en nuestra sociedad *no* es la madre de familia la que detenta la autoridad visible y reconocida, sino el padre, que entonces se vuelve el blanco privilegiado de los sentimientos ocultos de antagonismo (incluso de odio) al mismo tiempo que de admiración y envidia, como símbolo terrible y temido de la represión, a la vez interiorizada

[774] Véanse especialmente las secciones "El padre enemigo (1)(2)" (CyS I, n^{o}s 29, 30).

[775] Véanse en Cosechas y Siembras las dos notas consecutivas "Garra de terciopelo – o las sonrisas" y "La inversión (4) – o el circo conyugal" (CyS III, n^{s}s 137, 138), así como las dos notas siguientes – todo bajo el título común "La garra en guante de seda"...

y odiada.

Pero en el hombre igual que en la mujer, la presencia de un impulso incestuoso hacia el progenitor del sexo opuesto no tiene para mí ninguna duda. Supongo que ése es un impulso
N 690 *universal*, indisolublemente ligado ◊a la presencia del arquetipo innato de *la Madre*[776] y el del *Padre*, en el Inconsciente profundo de la psique humana. Lo que es seguro es que la pulsión erótica es indisociable de estos dos arquetipos fundamentales. Son ellos los que de alguna manera la nutren, le dan su contenido, su dirección. De hecho esos arquetipos son formas de la percepción inconsciente, consubstancial a nuestro ser profundo, que tenemos de *Dios*: de Dios en sus dos aspectos más inmediatos, más fundamentales para nosotros[777]. Esa percepción original de Dios es inconsciente, y es inextricablemente erótica. En la aventura espiritual de la especie, igual que en la del alma individual a través del ciclo infinito de sus existencias, esa profunda percepción original está llamada a devenir *consciente*, incluso en su naturaleza erótica – que lleguemos a ser hijos e hijas de la Madre divina y del Padre divino, y amantes de Dios. Al mismo tiempo que está destinada a *sublimarse*, a trascender el lazo erótico original, largo tiempo desconocido o rechazado, sin que por eso se olvide, ni mucho menos se rechace.

En cuanto al impulso incestuoso en el sentido propio del término[778], sin duda está ar-
N 691 raigado, en la experiencia individual, en las primeras ◊impresiones al alba de nuestra existencia, cuando nuestra madre y nuestro padre de carne y hueso todavía eran para nosotros imágenes de la omnipotencia y la eternidad. Entonces se operó una amalgama, seguramente, entre el conocimiento arquetipo, innato, de Dios bajo su doble aspecto de "la Madre" y del "Padre", y la realidad imperfecta (por decir poco) y mortal de nuestros padres de carne y hueso. De esa amalgama fatídica, instaurada por el mismo Dios desde toda la eternidad, ¡hasta hoy la humanidad y desde la noche de los tiempos aún no ha logrado librarse! Con una intensidad que varía en proporción directa a la represión que se ejerce en su contra, el impulso incestuoso está y estuvo presente (no tengo ninguna duda de eso) en todas las sociedades humanas, presentes y pasadas. En cuanto a la humanidad de mañana, o de cien años o de mil años, presiento que se distinguirá de la de antes de la Mutación por el hecho de que el impulso incestuoso se volverá más y más consciente, y que además (y como regla general) su sublimación se hará de manera más y más sencilla y más y más perfecta.

---

[776] El arquetipo de la Madre me parece que juega un papel todavía más crucial en la vida psíquica inconsciente, y especialmente en la pulsión erótica y en los procesos creativos, que el arquetipo de alguna manera "simétrico" del Padre, y esto no sólo en el hombre sino también en la mujer. La razón es, seguramente, que la relación del hijo con su *Madre* es mucho más estrecha y más profunda, ya desde el estado prenatal (cuyo recuerdo seguramente subsiste y actúa poderosamente en el Inconsciente), que la relación con su padre. Además esto no es específico de la especie humana, sino algo que tenemos en común con todos los mamíferos. Incluso tendería a pensar que el arquetipo de la Madre está presente a todos los niveles del desarrollo de una "consciencia" en el mundo vivo, incluso en las plantas y los organismos unicelulares, incluso en la materia que consideramos "inanimada".
En Cosechas y Siembras, evoco por primera vez el arquetipo de la Madre en la sucesión de cuatro notas de octubre de 1984 agrupadas bajo el título "Nuestra Madre la Muerte" (n^{o}s 113-115, en el contexto de una larga digresión general sobre la dinámica del yin y del yang. Vuelvo sobre ello en enero de 1985, en la parte introductiva de Cosechas y Siembras, en las dos secciones consecutivas (del "Paseo por una Obra") "Descubriendo a la Madre – o las dos vertientes" y "El niño y la Madre" (n^{o}s 17, 18).

[777] Compárese con la sección "Arquetipos y manifestaciones de Dios" (n^o 7).

[778] Se trata pues de la pulsión de deseo carnal, y propiamente hablando "*sexual*" (a partir de cierta edad) hacia el progenitor del sexo opuesto. Es cosa sabida que las realidades del sexo y especialmente el deseo sexual, junto a su existencia propia, son como representaciones, reflejos, símbolos de una realidad espiritual que los transciende, y que nos pueden ayudar a captar y reencontrar. Así, tanto en el lenguaje místico como en el de ciertos sueños, a veces el lenguaje del amor carnal o (en el sueño) una vivencia propiamente "sexual" se toma como un medio, una "parábola", para expresar una realidad espiritual. Sin embargo permitirse (como hace C.G. Jung) escamotear pura y simplemente la realidad psicológica concreta del impulso incestuoso, para convertirlo en una especie de abstracción medio metafísica medio folclórica, es un engaño. Si esa operación de public-relations contribuyó a que "se aceptaran las ideas del psicoanálisis", incluso a que durante un tiempo estuviesen de moda, no hay que felicitarse por ello. Consistió en sacrificar la humilde verdad a la irresistible repugnancia de la mayoría a verla y aceptarla tal y como es.